

7269

LOS DOS CADÁVERES

LOS DOS CADÁVERES.

9498

L47
4113

LOS DOS CADAVERES.

No. 455 lib. 4. int.

474113



9498

LOS DOS CADÁVERES.

NOVELA HISTORICA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

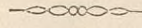
FEDERICO SOULIÉ,

traducida al castellano

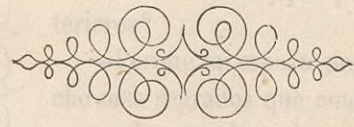
POR

D. F. V. Gomez

y adornada con primorosas láminas litografiadas.



ES PROPIEDAD.



BARCELONA.

IMPRENTA DE EL PORVENIR, DE BUENAVENTURA BASSAS,

calle de Tallers, número 51 y 53.

1859.



LOS DOS CADAVÉRES.

NOVELA HISTÓRICA ESCRITA EN VERSO

1850

ESCRITO POR

FRANCISCO DE CAJAL

1850

D. F. V. P.

y editada en primeriza lámina litografiada

ES PROPIEDAD.

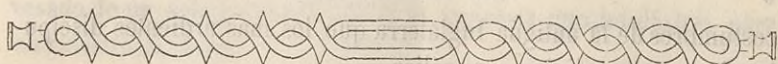


BARCELONA

IMPRESA DE EL PORVENIR DE BARRALLOTTI Y CA

en la calle de Ferrer, número 51 y 53.

1850.



I.

BIRTH-DAY.



—¿Cómo es, señora, que este año no se celebrará el natalicio de M. Barkstead con la misma solemnidad y pompa que en los anteriores?

—Porque mi esposo tiene deberes mucho mas sagrados que cumplir.

—¿Y acaso hay alguno que lo sea mas que el dar gracias al Señor por habernos llamado á la vida, á fin de que merezcamos en ella su eterna bendicion sometiéndonos

á sus decretos?

—¡Quién sabe, Molly! respondió sonriendo mistress Barkstead, á la cual se dirigian aquellas advertencias hechas con tono regañon y maternal á la vez.

—¡Quién sabe! repuso la anciana criada con marcado descontento; ¡quién sabe! ¡Ah! no hay duda que es altamente vergonzoso ver que esos bribones de papistas se mantienen mas fieles á las buenas

costumbres de la antigua Inglaterra que los mas ardientes discípulos de la santa religion evangélica.

—Mi marido se debe á otros cuidados que á los de su familia y sus placeres. Su posicion política le impone otros nuevos, añadió mistriss Barkstead con acento sosegado y dulce, pero con cierta preocupacion que no podia desvanecer la destemplada voz de la vieja Molly.

—¡Otros nuevos! otros nuevos! replicó esta encogiéndose de hombros; lo único nuevo será ver pasar en casa de M. Barkstead un cumpleaños sin beber siquiera un jarro de cerveza á su salud. Si debia suceder esto ¿por qué me habeis hecho vestir con tanto esmero á mi Ricardito?

—¿Está dispuesto ya? dijo vivamente mistriss Barkstead, deseando cambiar de conversacion.

—Y hermoso como nunca..... Le he puesto su juboncillo azul celeste, las medias de hilo de Flandes color de fuego, la gorguera de punto de Alençon y su gran fieltro gris con dos hermosas plumas de avestruz, encarnadas y negras. Se ha ceñido la daga que le dió el coronel Okey, y á cada paso la desenvaina mirándola con unos ojos!..... Parece que esté enamorado de ella. Será todo un hombre, creedlo, señora; un hombre arrojado y valiente! dijo la vieja con vanidosa alegría.

—Sí! sí! continuó su ama volviéndose á sumir en su meditacion; arrojado y valiente, es decir, que dentro de algunos años esos continuos temores en que me tiene el carácter resuelto é inflexible de mi esposo, se aumentarán todavía por los peligros que amenazarán á mi hijo; porque teneis razon, Molly, Ricardo será hombre que mejor querrá luchar que persuadir, y que morirá antes que faltar á la verdad.

—Debeis estar orgullosa de ello, exclamó Molly; sin embargo, repuso con mayor dulzura, le reñireis, señora, porque hace un momento, chanceándome con él y diciéndole que era muy jóven para llevar daga, pues semejante arma no deberia estar en manos de un niño de seis años, se ha puesto furioso, gritando: —¿Acaso crees, Molly, que el pecho de un papista es mas duro que esto? y ha atra-

vesado de un solo golpe el sillón de tapicería que bordásteis para su maestro M. Abott.

— Quiera Dios guiar su alma! porque no sé que fuerza humana podrá domarla. Hacedle venir, Molly, pues quiero llevarle á su padre, que le aguarda para salir.

— ¡Luego hoy no habrá convite ni fiesta! repuso ásperamente Molly.

Mistriss Barkstead repetía lentamente con voz alterada y tratando de ocultar algunas lágrimas, las últimas palabras de aquella. — Ni convite ni fiesta!..... cuando se abrió la puerta y entró un hombre de elevada estatura.

— ¡Ni convite ni fiesta! exclamó con acento de reproche; ¿olvidais el grande espectáculo á que está invitado el pueblo inglés, y que será sumamente agradable al Eterno?

Mistriss Barkstead no pudo contener un movimiento de disgusto y de horror, y temiendo que el coronel Okey, pues este era quien acababa de entrar, llevase la conversacion á un terreno mas desagradable todavía, dijo friamente á Molly:

— En cuanto miss Ana se haya levantado, decidle que tenga la bondad de venir.

— Para ello es menester que lo quiera, replicó con aspereza Molly. Desde hace un mes que se halla en esta casa, cada tarde se encierra en su cuarto sin querer que nadie la sirva, y no sale de él hasta que está enteramente vestida. Esto es sin duda para entregarse con mayor libertad á sus malditas oraciones de papista. Respóndale, pues, el hijo del diablo, ya que le invoca. La desdichada tendrá un mal fin.

— Silencio; guardad vuestras maldiciones para los malvados, repuso la buena señora; y con un gesto severo despidió á la vieja, que se marchó sin dejar de invocar sobre los papistas todas las desgracias imaginables.

Quando mistriss Barkstead se volvió para invitar al coronel Okey á que se sentase, vió que este fijaba en ella su mirada severa con marcable espresion de descontento.

El coronel contaba á lo menos cincuenta años; su rostro pálido y flaco en extremo, dejaba brillar con todo su resplandor dos ojos

grises que parecían querer saltar de su órbita; su pelo blanco y cortado á tijera, se erizaba sobre una frente ancha y deprimida; el ángulo facial, agudo y sin dignidad, indicaba una inteligencia poco desarrollada, y la construcción huesosa de su cuerpo, cuyas formas pronunciadas se marcaban bajo su vestido abrochado, probaban una fuerza física que debía haber resuelto en favor del coronel mas problemas que su elocuencia.

— Esa buena mujer tiene razon, dijo á la bondadosa mistriss Barkstead, el soplo de Dios marchitará la planta que no florece á la sombra de su mano.

— Dios es nuestro Padre comun, y dicho está que los que maldecirán, serán malditos.

— Y dicho está tambien, repuso el coronel, que quien reciba en su casa á su enemigo, será aplastado bajo su techo.

— Su enemigo! exclamó mistriss Barkstead; ¿podeis dar este nombre á la sobrina de mi esposo, á una niña de diez y seis años, tan apacible que todos se creen aquí con derecho para hacerle conocer que es huérfana y pobre, tan placentera y risueña en otro tiempo, que, cuando salia del colegio real donde ha sido educada, para venir á pasar algunos dias á nuestro lado, aparecia en casa como un rayo de sol, animándolo todo con su alegría pura é inocente?

— ¿Y por qué motivo la habeis sacado de allí en un dia grande y extraordinario como hoy, recibéndola en este santuario, para que con sus lágrimas culpables turbe las acciones de gracias que debeis al Señor por el sacrificio de sangre que va á realizarse?

— El coronel Barkstead lo ha querido así, respondió secamente la jóven, que parecia rehuir con insistencia el objeto á que se dirigia siempre el coronel Okey.

— Si Barkstead lo ha querido, es señal que tiene razones para ello, pues es un hombre sabio y prudente, demasiado quizás, dijo Okey, y harto inclinado á la indulgencia. Mejor quisiera verle rodeado por diez escoceses armados de punta en blanco, que delante de una mujer que llora ó de un niño que suplica.

— Y sin embargo ha sido un juez muy severo! añadió mistriss Barkstead levantando los ojos al cielo y respondiendo mas á su propio pensamiento que á las palabras del coronel.

Apenas había terminado, cuando Molly volvió á entrar en el aposento, pálida, azorada y trémula. Había buscado á Ricardo por toda la casa; llamóle al principio con tono regañon, creyendo que no queria responder; despues, recelosa por aquel obstinado silencio, casi le habia suplicado, y por último, no pudiendo encontrarle en parte alguna, le llamaba á grandes gritos.

Pronto participó la madre del espanto que helaba á la pobre criada; interrogó á esta sin aguardar sus respuestas; recorrió toda la casa llamando á su hijo, y cuando volvió á entrar en la sala, halló en ella á su esposo y á miss Ana, que disputaban acaloradamente con el coronel Okey.

— Ricardo ha desaparecido! exclamó la desventurada madre precipitándose hácia su marido, como para pedirle que la protegiese en su desgracia; me han robado á mi hijo, se ha perdido, está muerto quizás! Oh! John, John, esto es un castigo del cielo!

— María, no blasfemes así, dijo el coronel Barkstead; lo que sucede es una gran desgracia quizás, pero tal vez no pasa de una casualidad sin peligro, de una niñada.

— Sí, dijo Molly, sin duda habrá ido á enseñar su hermoso traje á sus amiguitos de la vecindad.

— Tal vez, añadió el coronel Okey, llevado de una laudable curiosidad, habrá ido al sitio en que nos esperan.

Al oír estas palabras, Barkstead lanzó una penetrante mirada á Okey, y señalándole á Ana, que sostenia á su esposa, le hizo señal de que guardara silencio. Okey tomó un aire sombrío y se encogió de hombros; pero una nueva seña le hizo comprender que el silencio debia ser absoluto. En seguida Barkstead llamó á toda su servidumbre y dió las órdenes convenientes para que fuesen en busca de Ricardo. Era digno de notarse que al señalar á alguno de sus criados la direccion que debia tomar, este preguntaba con cierto deseo si pasaria por Withe-Hall; pero el coronel Barkstead le interrumpia con aspereza y le marcaba el camino que debia seguir. Por último, dirigiéndose María á su esposo con aire suplicante, le dijo en voz baja:

— John, ¿por qué no mandais á alguien hácia aquel lado?

— ¡Cómo, María! respondió sonriendo el coronel, ¿olvidas que

yo voy á Withe-Hall, y que si nuestro hijo está allí, le encontraré mas fácilmente que otro alguno, supuesto que debía ir conmigo?

— Ricardo no sabia que debiese acompañaros; no habia querido decírselo, temiendo que dejase escapar alguna palabra delante de Ana, dijo por lo bajo mistriss Barkstead á su esposo, acercándosele al mismo tiempo. Oh! dejad que os acompañe: los ojos de una madre ven mas que los de diez criados.

— Y su corazon vale mas que el de un padre ¿no es verdad? repuso el coronel con tono afectuoso, pero en voz baja, pues por Ricardo no olvidaré el deber que me llama á Withe-Hall, al paso que tú arrostrarás por él el horror del espectáculo que allí se prepara.

Despues, tranquilizándola con una sonrisa:

— Vamos, quédate, añadió, nuestro hijo te será devuelto, estoy seguro de encontrarle; tú, vela por aquella, dijo señalando á Ana; pues con el fanatismo que le han inspirado en su miserable colegio, se volveria loca si supiera á donde voy.

Barkstead abrazó á su esposa y salió en seguida, acompañado del coronel Okey.

Ambos iban vestidos como los militares de aquella época; llevaban una casaca de grana ceñida con un cinturon de cuero, del cual colgaba una larga tizona y una daga de buen temple, unos calzones de color encarnado y unas botas de cuero amarillento con grandes espuelas completaban ordinariamente aquel traje.

La figura de Barkstead parecia denotar debilidad, al contrario de la de Okey; pequeño, flaco y casi siempre enfermizo, solo en su rostro aparecian las señales exteriores de una indisputable superioridad sobre su compañero. El coronel Barkstead tenia apenas cuarenta años, era rubio y sus facciones regulares; sus ojos azules y melancólicos se animaban raras veces, y el rasgo mas característico de su rostro se hallaba en la espresion de su boca. A veces sus labios se contraían con violencia y á menudo daban paso á una indefinible sonrisa de desden, que se hacia poderosa é irresistible como una mirada, cuando aquellos se entreabrian para pronunciar algunas bondadosas palabras.

Okey y Barkstead se alejaron, y la esposa de este último quedó

sola con Ana, pues Molly habia salido tambien para ir en busca de Ricardo.

Apenas su esposo estaba á algunos pasos de la casa, cuando María abrió la ventana del aposento, y apesar del frio, empezó á mirar en todas direcciones, esperando descubrir á su hijo y pronta á preguntar por él á los que transitaban por la calle. Al ver la poca gente que un principio pasaba por ella, no temió que le sucediese desgracia alguna; pero insensiblemente fueron aumentando los transeuntes: cada hombre del pueblo, embriagado y echando horribles imprecaciones, le parecia que iba á tropezar con su hijo que no estaba allí, y jadeante y asustada, seguia con la vista el galope de los caballos, como si en su carrera debiesen atropellar á Ricardo. Poco á poco se fué apiñando la muchedumbre de tal modo, que se apoderó de la desventurada madre un miedo sin límites; cada grito le parecia el de un niño á quien herian, cada murmullo el sordo gemido de una vida que se apagaba; por último, no pudiendo abarcar con su mirada aquel gentío que sin cesar iba pasando ante sus ojos:

— Ana, exclamó, ayudadme á buscar á Ricardo.

Ana, que estaba sentada en un rincon de la sala, se acercó lentamente á ella y miró con asombro aquella muchedumbre que aumentaba á cada paso y dejaba oir el confuso rumor de mil conversaciones animadas, observando que algunos señalaban la casa de Barksstead con aire de triunfo, al paso que otros lo hacian con un gesto de amenaza mal disimulada.

María permanecia insensible á aquellas demostraciones de respeto y de ódio, y pronto la misma Ana dejó de parar en ellas la atención, al reparar en el rostro de aquella. En él se mostraban á la vez la ansiedad, la esperanza y el desaliento, y mistriss Barksstead enjugaba casi con cólera las lágrimas que brotaban de sus ojos, porque velaban su mirada. Aquel extraordinario sentimiento del amor maternal, reflejando la mas viva angustia en el semblante dulce y pálido de María, se apoderó del alma de Ana, que contemplaba inmóvil á aquella madre desatinada, y que dejó escapar, como involuntariamente, estas palabras, cuyo significado debia conocer muy luego:

— Oh! mucho se ama á los hijos.

Ni esta exclamacion, ni el oculto sentimiento que parecia descubrir, llamaron la atencion de mistriss Barkstead; pero la voz de Ana la sacó de repente de su preocupacion.

— Sí, no hay duda, dijo, mejor será que vaya yo misma. Ana, hija mia, quedaos en casa, pues hoy no podeis salir. En seguida que encuentre á Ricardo volveré.

Y sin aguardar contestacion, queriendo evitar las observaciones que Ana podia dirigirle, se cubrió con su manto negro y se lanzó á la calle.

Aquella mujer jóven y débil, que á menudo se habia sonrojado al dirigírsele una atrevida mirada, pasaba por entre el populacho sin temor á los ultrajes y sintiéndose protegida por la santidad de su propia inquietud.

Ana la siguió mucho tiempo con los ojos, y aun quizás podia verla, cuando ya no se acordaba de ella. ¿En qué pensaba pues? ¿Por qué se puso á llorar con desesperacion en cuanto se halló sola? ¿Por qué apoyaba su abrasada frente en la fria piedra de la ventana? ¿Cuál era la causa de aquellas miradas melancólicas y resueltas, que brillaban bajo sus grandes párpados contraídos? ¿Qué recuerdo ó qué remordimiento la llevó tres veces á la puerta de la casa, que estuvo pronta á pasar, y la hizo caer de rodillas despues, sumiendo su corazon en una fervorosa plegaria interrumpida por sus sollozos convulsivos?

¿Acaso sabia por qué motivo no se celebraba el cumpleaños de Barkstead, por qué habian puesto á Ricardo su mejor traje, dónde iba aquel inmenso y alborotado gentío, cuál era el objeto que animaba la conversacion de unos y causaba el triste silencio de los demás? No; Ana ignoraba todo esto, pues encerrada en casa del coronel hacia un mes, nada de cuanto sucedia fuera de ella habia llegado á sus oidos.

Sin embargo, sin que lo sospechase, durante aquel mes se habia decidido su porvenir, su felicidad, su vida, y el dia que empezaba, debia darle á conocer todas las desgracias que le preparaba su destino.

En uno de los intervalos en que Ana, enjugando sus lágrimas, pa-

recia tener mas confianza ó mas resignacion, se asomó á la ventana, y lo primero que vió fué el sombrero con plumas encarnadas y negras que llevaba Ricardo. Llamó á este; pero su voz se perdió en el inmenso murmullo de aquella muchedumbre que se renovaba á cada paso, dirigiéndose siempre al mismo punto. Dispertóse otra vez en el corazon de Ana el sentimiento que tan profundamente la habia conmovido al ver el dolor de mistriss Barkstead; pensó que podria alcanzar al niño y conducirle otra vez á su casa, y quizás le pareció que haciéndolo, tendria derecho de revelar el secreto que la afligia, á la madre cuyo hijo habria salvado.

Salió, pues; mas apenas habia cerrado la puerta, dejó de ver á Ricardo. Al principio quiso volver atrás; pero pensando que aquel no podria estar léjos, empezó á andar lo mas aprisa que pudo, siguiendo la misma direccion que la multitud. Durante algunos minutos corrió con ardor; mas no viendo á Ricardo y asustada de hallarse sola entre tanta gente de todas clases, iba á retroceder, cuando preguntó á un mendigo que estaba recitando con aire feroz los versículos del libro de Saul, si habia visto pasar á un niño que llevaba un sombrero con plumas negras y encarnadas.

—Efectivamente, respondió el mendigo; aun no debe estar á veinte pasos de aquí. Es un guapo chico que va á gozar del magnífico espectáculo que hoy debe verificarse. Dáos prisa y le alcanzaréis; sin duda habrá doblado á la derecha, pues es el camino mas corto para ir á Withe-Hall.

Ana aceleró aun mas el paso; llegó á la calle que le habia indicado el mendigo, y no vió á Ricardo; pero sabia ya que este iba á Withe-Hall, y creyó que andando aprisa podria alcanzarle. Púsose otra vez en su seguimiento, con la mirada atenta é inquieta y sin hacer caso alguno de las conversaciones que tenian lugar á su alrededor.

De este modo llegó insensiblemente al parque de Saint-James siguiendo los pasos de aquel niño, como se sigue la esperanza que nos arrastra en pos de sí. Debemos decir no obstante, que el sentimiento que la habia animado á salir, no era el único que la guiaba. Aquella muchedumbre le parecia tener algo extraño; la ceremonia de que se habia hablado en casa del coronel, no correspon-

dia á ninguna festividad religiosa, y aunque católica, sabia que los puritanos no celebraban aquel dianinguna de sus acostumbradas funciones. Apoderóse de ella una singular y alarmante curiosidad, que aumentó un rumor prolongado y terrible que de tiempo en tiempo se dejaba oír al extremo de la avenida por donde pasaba, y su corazón ansió vivamente conocer el secreto de todas aquellas gentes.

Entonces fué cuando recordó las precauciones que habia tomado la familia Barskthead á fin de ocultarle lo que pasaba en Londres y para impedir que saliese. ¿El acontecimiento que iba á tener lugar en presencia de tantos testigos, la interesaria acaso personalmente? ¿Qué iba á suceder? Podia preguntarlo á cualquiera, porque sin duda lo sabian cuantos la rodeaban; pero no se atrevió.

Mientras pensaba en ello, sin dejar de andar, crecia la muchedumbre y aumentaban los gritos; de repente se dejó oír el redoble de los tambores, el pueblo reflujo violentamente sobre sí mismo, y Ana vió agitarse un instante en medio de aquella tumultuosa marea las plumas negras y encarnadas de Ricardo. Al ver á aquel niño, mas dispuesta á pedir proteccion que á protegerle, trémula y avergonzada por las conversaciones que escitaba su juventud y su hermosura, se arrojó hácia el sitio donde habia creido distinguirle; pero al propio tiempo que ella, un grupo de hombres del pueblo, cubiertos de andrajos y dando horribles gritos, se dirigió hácia el mismo lado y forzó una hilera de soldados que guardaban la entrada del parque.

Apoderóse de Ana un indecible terror, y aunque cediendo al movimiento que la arrastraba hácia la puerta, evitó con extraordinaria violencia la aproximacion de los que la rodeaban; mas apesar de sus esfuerzos, fué precipitada, pálida, desgredada y casi moribunda, en el parque de Saint-James y arrojada sobre una nueva hilera de soldados que iban á rechazarla rudamente, cuando se interpuso una mujer anciana y vestida de luto. Un niño de doce años que la acompañaba, protegió tambien á la jóven, parando los golpes que la dirigian, y de pronto se dejó oír la voz débil al par que penetrante de otro niño.

—Es mi prima! gritó, es Ana! Coronel Tomlinson, protegéd á la sobrina de John Barkstead.

La multitud dejó escapar un lisonjero murmullo al oír este nombre, que repitió con estrepitosos aplausos. El coronel Tomlinson se acercó con prontitud á la jóven, y los soldados la dejaron pasar, de modo que se encontró dentro dos hileras de ellos, una que contenia la impaciencia del pueblo, y otra que, al parecer, debía proteger la marcha del cortejo. En efecto, al otro lado del paseo que atravesaba el parque de Saint-James, se advertian las mismas disposiciones; pero apesar de esto, algunos de los hombres que habian arrastrado consigo á la jóven, penetraron en pos de ella en aquel recinto, por el cual se paseaban muchos oficiales profundamente preocupados.

En el instante en que las filas se abrieron para que Ana pasase, la mujer enlutada se le acercó cual si quisiera detenerla; pero el coronel Tomlinson la miró fijamente, diciéndole en voz baja y severa al mismo tiempo:

— ¿Qué venis á hacer aquí, milady?

— Vengo á presenciar un crimen y á impedir otro, respondió.

— Alejaos, dijo Tomlinson, ó de lo contrario os nombro en alta voz.

— Y el pueblo me hará trizas ¿no es verdad? replicó la mujer, con una sonrisa de desprecio. Seria dar al tigre evangélico demasiado júbilo en un solo día. Adios! nos volveremos á ver.

Y diciendo esto, llamó á su lado al niño que iba con ella y se hallaba junto á Ricardo. Ambos se lanzaron una estraña mirada, que encerraba todo el ódio de que es capaz el hombre, á pesar de que solo habian cambiado estas cortas frases:

— Con qué eres el hijo de John Barkstead, que ha condenado á muerte á Cárlos I? dijo el desconocido.

— Sí, respondió Ricardo, ¿y tú?

— Cuando tendré veinte años, Cromwell te dirá mi nombre.

— ¿A dónde vas ahora? repuso Ricardo.

— A colocarme debajo del cadalso, para recibir como un bautismo la sangre de la víctima.

— Yo tambien voy allí, pues quiero teñir mi daga con la sangre del tirano.

Al terminar estas palabras fué cuando llamó á aquel niño la mujer

que le acompañaba, al mismo tiempo que, sin pensarlo, la infeliz Ana se halló encerrada entre dos filas de soldados.

Entre tanto el populacho rugia en rededor. Algunos que estaban sobre los bancos de piedra, defendian á puñetazos su posicion; otros llevaban toneles con los cuales formaban como un anfiteatro, cuyos asientos vendian á un precio exorbitante, y los mas audaces, subidos á los árboles del parque, parecian dispuestos á arrojarlos cual fieras sobre la presa que iba á pasar. Todos tenian la vista fija en una puerta del palacio de Saint-James, señalándosela con el dedo, impacientes y ansiosos.

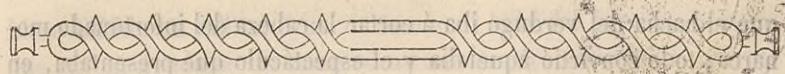
Arrastrada Ana por Ricardo hacía aquella puerta, que parecia llamar la atencion general, no habia podido preguntarle aun la causa de cuanto veia, cuando un desenfrenado grito de satisfaccion salió repentinamente de la entrada del palacio, recorriendo cual un fúnebre estentor todo el ámbito que ocupaba aquel innumerable gentío.



El Editor
Buenaventura Bassas

W. n. 265 lit. 2. n. 18.

LOS DOS CABALLEROS



El alma del pueblo se hallaba concentrada en el espacio de menos de una milla, y como el alma de un niño que concibe exactamente lo que está viendo y la muestra, y que para saber más el pájaro que volaba, la del pueblo se mostraba inquieta, alegre y triste, suscumbiendo y fatigando, buscando y desahucando todo y á flor de piel y fuerte, y el gigante también.

II.

el gorgon que palpaba entre sus dedos. Pero todas estas pasiones en la noche de invierno, y sus historias, y á nosotros solo nos toca hablar de las de aquella época que corria por entre las salidas del Parlamento, y restaba por un niño, hacia la puerta lateral de Saint-James, en la que se habla de aparecer. Pero como de esas escenas que causan nuestra desgracia, todo lo que se ve de espaldas; por una de esas fatigadas que duran los muchos años conducen al hombre por el borde del abismo en el...

WITHE-HALL.



QUEL dia era el 30 de enero de 1649.

Por la mañana Carlos I, rey de Inglaterra, preso en el palacio de Saint-James, se habia levantado tranquilo y con el corazon fuerte como el de un mártir. Llevado de la fé que en su derecho tenia, al comparecer ante sus jueces, habia dicho por toda defensa que solo debia cuenta de sus acciones á Dios, de quien recibiera la corona; pero despreciando aquellos su respuesta y obedeciendo al influjo de las pasiones religiosas y políticas que entonces agitaban todos los ánimos, lanzaron contra él una terrible sentencia de muerte.

El 30 de enero de 1649 fué un dia terrible. En él todo se mostró escesivo: la cólera del pueblo, el valor de la víctima, los remordimientos de los jueces que habian condenado bajo la influencia del miedo, la alegría de los fanáticos que creian haberse portado mejor que Abraham y tan bien como Judit, el dolor de los realistas al ver

que el hacha del verdugo iba á cortar la cabeza del infortunado monarca; todo convirtió aquel día y el espectáculo que presentaba, en el mas fecundo conjunto de emociones distintas y de pasiones encontradas. El alma del pueblo se hallaba concentrada en el espacio de menos de una milla, y como el alma de un niño que no concibe exactamente lo que es la vida y la muerte, y que para saberlo mata el pájaro que idolatra, la del pueblo se mostraba inquieta, alegre y triste, sosegada y furiosa, pronta á destrozarlo todo y á llorar, débil y fuerte, y el gigante temblaba al apretar con sus robustas manos el gorrion, que palpitaba entre sus dedos.

Pero todas estas pasiones de la muchedumbre tienen sus pintores y sus historiadores, y á nosotros solo nos toca hablar de Ana, de aquella jóven que corria por entre los soldados del Parlamento, arrastrada por un niño, hácia la puerta lateral de Saint-James, en la cual acababa de aparecer Carlos I.

Por uno de esos accidentes que causan nuestra desgracia contra todo lo que era de esperar; por una de esas fatalidades que durante muchos años conducen al hombre por el borde del abismo en que ha de perecer, sin que nada le haga levantar la cabeza para ver algo mas léjos, ó estender la mano para correr el velo que le oculta su perdicion, la pobre Ana llegó hasta muy cerca del lugar por donde pasaba Carlos I, sin que pudiese verle la cara. El rey hablaba con un sacerdote y tenia la cabeza vuelta hácia él. Ana le vió; era el obispo Juxon, cuyos consejos y bendiciones habia recibido muchas veces en el colegio real en que habia sido educada bajo la direccion de lady Salnsby; admiróse de hallarle en aquel sitio, y mientras trataba de esplicarse su presencia, Carlos pasó por delante de ella.

Apenas la hubo adelantado algunos pasos, Ana empezó á observar atentamente su talante. Carlos I andaba con paso lento y firme, y aunque llegado á aquella última prueba de la vida, parecia mas ocupado en dar órdenes al prelado que en recibir sus últimos consuelos; hablaba aprisa y accionando, y Juxon mostraba mas cuidado en enterarse de la última voluntad de su señor que en exhortarle. Al verles á los dos, nadie hubiera dicho que se dirigian al cadalso, sino que estaban paseando; y á no ser por el traje de Juxon, si hu-

biese habido un militar ó un cortesano al lado del rey, se creyera que era un ayudante de campo ó un maestro de ceremonias, que recibía las órdenes oportunas para disponer un combate ó una fiesta.

Apenas hubo visto Ana al desdichado rey, se detuvo súbitamente; un vivo rubor le cubrió el rostro, quedando sobrecogida y confusa, y murmurando llena de estupor un nombre que nadie oyó. Con todo, cual si dudara de la realidad de lo que acababa de ver, quiso acercarse á Cárlos; pero este se hallaba ya léjos.

Ana se puso en su seguimiento, tratando de atravesar el numeroso grupo que le acompañaba en su marcha, y siguiendo la hilera de soldados que cubría la carrera. Varias veces vió al rey, pero ninguna tuvo tiempo de asegurarse de si se engañaba ó no. Sin embargo, su ansiedad crecía á cada paso, pues conocía aquellos ademanes, había visto en otra ocasion aquel talle elegante y bien formado, había observado muchas veces aquel modo de andar; pero los cabellos casi blancos del desconocido indicaban una edad demasiado avanzada, y por otra parte no era posible que en seis meses hubiese cambiado tanto.

—Oh! no, exclamó, como cediendo á la lucha que se agitaba en su interior; oh! no, ese no es Jorge.

—¿Quién? dijo Ricardo, admirado de aquella exclamacion.

—Ese que pasa en medio de los soldados, con la cabeza descubierta á pesar del frío, y que habla con el obispo Juxon, respondió Ana.

—Efectivamente, no es aquel á quien dais el nombre de Jorge, dijo el niño.

—Ah! es él, exclamó Ana, con dolorosa conviccion.

En el instante en que dejaba escapar estas palabras, Cárlos se habia detenido, llevando su mano izquierda á la cadera, cual solia hacerlo para oír á los suplicantes cuando era rey: tenia la pierna derecha algo adelantada, y su cabeza estaba ligeramente inclinada hácia el suelo, como la de una persona que tiene la costumbre de escuchar á otras arrodilladas á sus plantas. Esto era realmente lo que entonces sucedia. Un anciano y dos jóvenes habian penetrado en la calle de árboles que seguía el monarca, y colocándose en el sitio por donde este tenia que pasar, doblaron su cabeza ante aquella

que pronto debía caer; en seguida, despreciando en alta voz la justicia de la sentencia que iba á ejecutarse, el anciano exclamó:

—Cárlos, os pido vuestra bendicion de rey y de mártir.

Es uno de los privilegios del valor verse premiado á menudo cuando se cree que debe perecer, y por otra parte, uno de los secretos de los hombres y de los pueblos consiste en recibir bien y admirar algunas veces lo que es obra de sus enemigos; así es que al ver aquel gesto, al oír aquellas palabras pronunciadas con tanta firmeza, detuviéronse todos al igual que el rey, y guardaron silencio como el anciano, para oír la respuesta que este esperaba.

¡Sublime momento fué aquel en que muchas cabezas se inclinaron y descubrieron, y durante el cual el poder del rey caido apareció grande como cuando ocupaba el trono!

Ana, rodeada de hombres cuya estatura era mas elevada que la suya, no podia ver á Cárlos I, á pesar de habersele acercado; sin embargo, le oyó cuando elevando la voz, dijo con tono solemne estas sencillas palabras:

—Yo, Cárlos Estuardo, rey de la Gran Bretaña, te bendigo, lord Clarendon. Levántate y sígueme, mi fiel servidor.

Entonces Ana reconoció la voz de Jorge; pero ¿á qué venian aquellas palabras: Yo, Cárlos Estuardo, rey de la Gran Bretaña? ¿Aquel que veía no era Jorge, oficial de los dragones de Escocia? Sin embargo, habia entre ambos una sorprendente semejanza. El modo de andar, sus ademanes, su voz, eran los mismos; pero y los cabellos canos y aquel título de rey!... Una cruel incertidumbre agitó el corazón de la jóven; faltábale una prueba aun, por lo que se apresuró y quiso lanzarse á través de la multitud, que continuaba siguiendo al rey.

¿Quién no ha sentido, bajo la influencia de un sueño que nos oprime, una imperiosa necesidad de correr, ya para alcanzar á un enemigo, ya para huir de una casa que se desploma ó va á ser inundada? ¿Quién no recuerda el tormento que semejante sueño le ha dado, cuando de pronto se halla en la cruel imposibilidad de moverse, cuando se le entorpecen las piernas, cuando se opone á su marcha algun obstáculo, y lucha sin adelantar, en tanto que huye el enemigo ó el peligro se acerca?

— Ana experimentaba entonces aquel terrible suplicio. Carlos seguía andando siempre, acompañándole constantemente en su marcha la muchedumbre. La jóven corría, avanzaba algunos pasos, creía llegar á su lado; pero un hombre ébrio se arrojaba delante de ella, y para evitar su encuentro, mientras rodaba, por decirlo así, entre el populacho, era preciso perder algunos pasos; vencía aquel obstáculo, y sobrevenia otro nuevo: eran dos mozos de cordel que disputaban porque uno parecía al otro demasiado triste ó alegre en aquellas circunstancias; despues se encontraba con algunas mujeres de mirada ardiente y sucios vestidos, que la rechazaban con rudeza; luego los hombres graves le echaban en cara su cruel curiosidad... y entré tanto la comitiva iba avanzando siempre.

Finalmente, obstáculos, reproches, miedo, todo lo venció, acercándose á aquel ser doble para ella, al cual era preciso dar un nombre; levantóse sobre la punta de los piés, deslizó la cabeza por entre los hombros de los soldados, dirigió la vista á aquel rostro cuyo aspecto debía darle á conocer su destino... Suerte infucua! Apenas vió á Cárlos cuando este cubrió su semblante con las manos, dejando escapar un profundo gemido. Prodújose el mayor desorden entre el pueblo y los soldados; Ana se vió arrojada otra vez en medio de la muchedumbre, y se levantó un murmullo de indignacion, que pronto fué dominado por feroces risotadas.

Tom Love acababa de escupir á la cara del rey; Love, el más atrevido carnicero de Lóndres; Love, que de un puñetazo mataba un buey cuando no tenía á mano su mazo de hierro; Love, que en una carrera de dos millas daba una de ventaja y era el primero en llegar; Love, en fin, que habia dicho que comeria carne de Estuardo, si se la querian vender.

Esta accion escitó un sentimiento de disgusto aun entre los más furiosos; pero, prescindiendo de aquel murmullo, del cual nadie debía ser responsable, no se dejó oír palabra alguna contra Love, que media con la vista á cuantos le rodeaban. Cárlos fué el único que, deteniéndose, dijo con tono de desprecio, digno de un rey:

— Cobarde! por seis *pence* haria otro tanto con los generales de Cromwell.

— Lo haria sin retribucion alguna, sino aprobaban mi conducta!

esclamó Love apretando los dientes y mirando de frente á Tomlinson, que parecia indignado por aquel acto brutal.

— Acaso este, en vista de semejante insulto, iba á castigar á aquel miserable, cuando Cárlos le llamó en alta voz. Acercósele, y de la corta conversacion que entre ellos medió hasta llegar á la puerta de Withe-Hall, solo se oyeron estas palabras del rey:

— Coronel Tomlinson, sois un excelente soldado; no querais convertirnos en un mal luchador, y procurad ser mejor político, porque ahora será preciso gobernar á ese pueblo.

— Entretanto, Ana, cruelmente engañada y mas indecisa que nunca, trataba de libertarse de las oleadas de gente que la rodeaban. Habia vuelto á oír aquella voz, y otra vez le pareció ser la de Jorge; en una de las manos que le ocultaron su rostro, vió brillar una sortija que conocia perfectamente; así es que ya no le cabia duda de que aquel era Jorge, ausente desde hacia seis meses; pero en sus oídos y en su imaginacion resonaban siempre las estrañas palabras que le habia oído pronunciar y que no acertaba á comprender: Yo, Cárlos Estuardo, rey de la Gran Bretaña.

— Por otra parte ¿á dónde iba Cárlos I, por el cual le habian enseñado á orar desde su niñez, de quien sabia que fué arrojado de Londres y hecho prisionero, y cuya suerte ignoró desde que estuvo encerrada en casa Barkstead? Solo entonces se resolvió á preguntar á Ricardo la causa de cuánto sucedia, á tiempo que aquel empezó á gritar con impaciencia:

— Por aquí! por aquí! ya ha entrado en Withe-Hall, y si tardamos, no le veremos en la ventana.

— ¿No le veremos? dijo Ana, recobrando su primera ansiedad, desde que vislumbró una esperanza de disiparla sin que fuese menester para ello acudir á sus recuerdos.

— Sí, sí, respondió Ricardo, y estaremos entre los privilegiados; ya sé por dónde entrar.

— Efectivamente, hizo dejar á Ana la calle de árboles por donde pasaban los curiosos, y siguiendo las sombrías paredes de Withe-Hall, dió tres golpes en una puerta baja situada en uno de los ángulos del palacio. Abrióles una especie de carcelero, y Ricardo preguntó resueltamente si habia entrado su padre.

— Si por cierto, contestó aquel hombre, le teniais muy inquieto, bribonzuelo; me ha preguntado si habiais venido, mandándome que os detuviese si os presentabais.

— Mientes, replicó Ricardo, mi padre quiere que asista á la grande obra; déjame pasar y ábreme el postigo que da al camino, al otro lado del parque.

— No tengo la llave, dijo el carcelero, y no puedo abriros.

— Santiago Sawton, gritó encolerizado el niño, eres un traidor y un realista, pues cuando venia, he visto abrir esta puerta y ya no distingo á las personas que han entrado. Son realistas á quienes has conducido debajo del estrado de la ventana; ábreme ó te denuncio.

Sawton miró á Ricardo lleno de estupor. En efecto, acababa de abrir á la mujer enlutada que se hallaba junto á Ana cuando esta habia penetrado en el parque, y al niño que la acompañaba y que habia hablado con Ricardo. Este les habia reconocido; pero Sawton no podia concebir de que modo sabia un secreto que le habian pagado á peso de oro.

— Así es que sin hacer la menor observacion, cogió un manajo de llaves y empezó á andar, precediendo á Ricardo y á su prima, y guiándoles por un sinnúmero de corredores abovedados, iluminados escasamente por algunas lumbreras enrejadas. Oíase á lo léjos el sordo murmullo de las voces, cual las olas del Océano que van á estrellarse al pié de una roca. Ana seguia, sin darse cuenta de sus acciones, á Sawton que marchaba pesadamente delante de ella, y al niño que la empujaba, como si temiese llegar demasiado tarde. La claridad que penetraba en aquellos húmedos corredores, los iluminaba tan mal, que el cuidado que debia tener en no tropezar, y la idea de que iban á cesar sus dudas, la ocupaban exclusivamente. De improviso se abrió una puerta, y se encontró fuera del palacio de Withe-Hall por el lado que en el dia da á la plaza de este nombre, la cual en aquella época no era mas que una pradera.

Descubrió ante ella un vasto espacio. A unos veinte pasos del edificio se estendia paralelamente al palacio un frente de cincuenta soldados á lo mas, y á la distancia de diez pasos á derecha é izquierda de la puerta se veian dos líneas iguales, perpendiculares á aquel, habiendo mas de cuarenta hileras de soldados á cada lado. Detrás de

ellos se agitaba un inmenso gentío, del cual salía el imponente murmullo que habia oido durante tanto tiempo. En el espacio cuadrado que quedaba vacío, se veian oficiales de todas graduaciones, predicadores, jueces y algunos miembros del Parlamento. Vió á su lado á la mujer enlutada, en quien no habia reparado la primera vez, y á la cual acompañaba todavía el niño desconocido. Este y Ricardo se miraron fijamente, y la anciana, que habia cubierto su rostro con un largo velo y estaba de rodillas, dejó escapar un grito de sorpresa al aspecto de Ana.

Al pasar la jóven junto á ella, deslumbrada y confusa por cuanto veía, sintió que una mano le cogia la suya, mientras una voz, conocida tambien, le dijo:

—Ana!... Ana!... ¿Qué vienes á buscar aquí?

Turbóse la razon de Ana al oír aquellas palabras, y creyó ser presa de un horrible sueño. Aquel hombre, conducido á través de los soldados y á quien pedia su bendicion un anciano é insultaba aquel populacho enfurecido, el nombre de Cárlos, el recuerdo de Jorge, y por último, aquella voz nueva y conocida tambien, se presentaban á la vez á su imaginacion, y la hicieron caer de rodillas junto á la desconocida.

—Quédate pues á mi lado, le dijo esta, y ten valor.

¿Qué iba á suceder? ¿dónde estaba Ana? ¿qué significaban aquellos soldados, aquel gentío y aquella recomendacion? ¿para qué el valor que le pedian? Iba á hablar por fin; pero la mano que habia unido su destino á los acontecimientos que tenian lugar, cerró otra vez sus labios. Dejóse oír un ruido de pasos sobre su cabeza; levantó la vista y vió á algunos piés de elevacion una especie de techo que se adelantaba hácia fuera del palacio, y que parecia cubierto con grandes paños negros. Un miedo espantoso agitó convulsivamente el cuerpo de la desventurada jóven, y mientras temblaba como las hojas del sauce movidas por el viento, una voz, la voz de Cárlos ó de Jorge, se dejó oír partiendo del tablado, debajo del cual estaba arrodillada.

El que hablaba dijo en primer lugar que protestaba de su inocencia y que solo habia hecho la guerra para atender á su defensa personal, acabando por perdonar á sus jueces y á sus enemigos,

todo con palabras nobles y precisas y con voz enérgica y resuelta. Todos los que se habian acercado para oírle, estaban conmovidos; algunos lloraban, y otros daban muestras de admiracion. De pronto aquella voz tranquila se animó gritando con fuerza:

—Llega, mensajero de Cromwell, el reinado de Cárlos I ha terminado. Llega y empieza de un hachazo el reinado de Cárlos II, rey de la Gran Bretaña! ¡Viva el rey!

Sintióse un movimiento sobre el tablado, varias personas dieron en él algunos pasos, una de ellas se arrodilló, y su boca pronunció una palabra, que fué recogida por alguien que se hallaba inmediato. Aquella palabra, algunas veces dulce y embriagadora y que no pocas terminaba con un beso, cayó en el corazon de Ana como una gota de plomo derretido; aquella palabra, última pronunciada por la voz que volvia muda y loca á la jóven, era esta:

Remember: acuérdate.

—¡Oh! exclamó Ana, desasiéndose de la mano que la sujetaba, es él!

Diciendo esto, se levantó en el momento en que resonaba sobre su cabeza un golpe terrible, al cual contestó un espantoso bramido. La infortunada se precipitó para ver lo que pasaba sobre su cabeza; dió algunos pasos hácia delante, volvióse, y vió á un hombre enmascarado, de pié y con un hacha, al obispo Juxon, con el rostro oculto entre las manos, y á otro hombre inclinado sobre el tablado, y que levantándose lentamente, tendió su brazo con esfuerzo, mostró al pueblo una cabeza separada de su tronco, gritando: ESTA ES LA CABEZA DE UN TRAIADOR, DE CÁRLOS I, REY DE LA GRAN BRETAÑA.....

—Jorge! Jorge! exclamó la infeliz jóven.....

En seguida, agitándose como un arbolillo azotado por el huracan, dió un grito desgarrador, se postró y cayó en el suelo mas pálida que la cabeza que el verdugo acababa de enseñar.

En medio de la confusion que aquel terrible espectáculo habia producido, apenas se notó la caída de Ana, y quizás el portentoso movimiento que impelió al pueblo hácia el cadalso y que hizo estremecer la muralla de soldados que lo rodeaban, hubiera espuesto á aquella á ser hollada bajo los piés, si algunas personas no la hubiesen protegido. La anciana del velo fué la primera en arrojarle hácia

ella, y Tomlinson, que habia reconocido á la jóven, se le acercó al mismo tiempo. Al igual que Ricardo y su prima, habia atravesado el palacio, pero por los salones, yendo á colocarse á la cabeza de su regimiento, que era el mas inmediato al patíbulo, como el mas leal y el mas adicto á los intereses del Parlamento.

La desconocida y Tomlinson se dieron prisa en volver en sí á la jóven, y ya fuese por el interés que esta le inspiraba, ya por cualquiera otra causa, era fácil conocer que el coronel no se mostraba tan severo como antes de la ejecucion, con la dama que prodigaba tambien sus cuidados á la sobrina Barkstead; de modo que hasta llegó á decirle con cierto interés lleno de ansiedad:

—Alejaos, milady, yo cuidaré de esta niña. Mirad, algunos de los miserables que han insultado al rey, han logrado penetrar hasta debajo del cadalso, y si os llegan á reconocer, no puedo responder de vos.

—¿Y acaso teneis que hacerlo, coronel? respondió la desconocida.

—¿Creeis que permitiria que á mi vista insultasen y maltratasen quizás á una mujer? dijo Tomlinson conmovido.

—Ni vos ni vuestros soldados lo permitiriais ahora ¿no es verdad? dijo la anciana, lanzándole una mirada que brilló bajo el velo negro con el cual se cubria cuidadosamente el rostro.

—¿Por qué decis ahora? replicó el coronel con visible embarazo.

—¿Por qué? dijo la desconocida, cogiendo la mano de Tomlinson y hablando en voz baja pero firme; porque la luz despedida por el hacha del verdugo al herir al rey, ha iluminado tu corazon; porque tu ardiente sed de sangre se ha apagado al ver el brevaje que te servian; porque tu ódio se ha amortiguado con la sangre; porque has comprendido el espantoso crimen que se acababa de cometer.

—Cuidemos de esta jóven, respondió vivamente Tomlinson, queriendo evitar aquella revelacion inesperada de los nuevos sentimientos que le dominaban.

—Pues bien, continuó la desconocida, rescatad vuestra conducta pasada, ayudadme á sacar de aquí á esta niña; la haremos entrar por esa puerta baja en casa de Santiago Sawton, con cuya

fidelidad puedo contar. Ana permanecerá allí sin que nadie lo sospeche, y esta noche vendré á buscarla y me la llevaré.

—¿A dónde? preguntó admirado Tomlinson, interrumpiéndola con prontitud.

—A un sitio donde nunca podrá descubrirla persona alguna, le respondió al oído la anciana.

—Es la sobrina de Barkstead, y quiero devolverla á su familia.

—Su familia no puede hallarse en casa de los asesinos de Carlos I. Escuchad, coronel, dijo rápidamente la desconocida, en este momento la suerte de Inglaterra depende quizás de vos. En nombre de vuestros remordimientos, ayudadme á sacar de aquí á esta jóven!

Tomlinson no sabia que resolver; despues de acercarse á Ana, la habia sentado sobre sí misma; puso una rodilla en el suelo, apoyando en la otra el cuerpo de la jóven, é inclinado hácia ella, trataba de descubrir en su rostro alguna señal de vida. La dama, arrodillada al otro lado de Ana, parecia mas cuidadosa de llevársela que de socorrerla, y el coronel, cediendo á sus instancias, la levantaba ya para conducirla á casa de Sawton, cuando el niño que acompañaba á aquella misteriosa mujer, se precipitó hácia ella, dando agudos gritos y mostrando su brazo ensangrentado.

—Estoy herido! exclamó, estoy muerto!...

—¿Quién os ha herido, Ralph? preguntó con ansiedad la desconocida; ¿qué teneis? respondió.

Pero el niño, deshecho en lágrimas, continuaba gritando y repetía las mismas quejas, cuando Ricardo se acercó acompañado de Tom Love, que le llevaba de la mano. Su rostro estaba magullado, su jubon hecho girones y rota la pluma encarnada y negra de su sombrero. Al verle, Ralph estrechó violentamente á la anciana, exclamando:

—Es este! es este!

—¿Cómo! miserable, exclamó Tomlinson, ¿habeis herido á este niño?

—Y ha hecho bien, dijo Tom Love, midiendo con la vista al coronel, acaso con mayor insolencia que antes. Cuando Jack Ketet ha dado el golpe, con notable maestría por cierto, han pasado algunas

gotas de sangre por entre las tablas del cadalso ; el chico ha alargado su pañuelo para recogerla, y el mayor ha querido impedirselo; aquel se ha resistido, y este, que le dobla la edad, le ha rechazado, recogiénola á su placer ; pero al retirarse, observando que el otro queria recibir algunas gotas que caian todavía, ese lloron ha empezado á reñir á puñetazos, de un modo atroz. Aquel no se ha movido de su puesto, sin gritar, ni llorar, ni pedir socorro; pero viendo que el mayor abusaba de su fuerza, ha dado un paso hácia atrás, y tirando de la daga, le ha herido á su manera. ¡Je! je! je! añadió Tom Love, riendo como un ogro cuando está alegre; ese lloron ha hecho bien en parar el golpe con el brazo, porque la daga iba derecha al corazon, y el golpe no era malo.

—Callaos, Ralph, dijo la anciana al niño ¿es posible que lloreis de este modo por un rasguño? Buscad alguien que pueda llevarse á esta jóven.

—Mi prima! exclamó Ricardo al ver á Ana. Dios mio!... está muerta!... Prima mia! Ana! y se puso á llorar, dando gritos, pataleando, levantando el cuerpo de la jóven, cogiéndola por las manos, llamándola y rodeándola con sus brazos.

—Vaya, dijo Tom Love acercándose, ¿á dónde se ha de llevar á esa guapa chica?

—A dos pasos de aquí, respondió la anciana.

—Muy léjos, dijo Ricardo.

—Aquí al lado, á casa de Santiago Sawton, repuso aquella.

—Al estremo del camino que conduce á Lóndres, replicó Ricardo.

—A dos pasos de aquí, muy léjos! ¿Nos entenderémos al fin? ¿Dónde hay que ir? Volvió á preguntar Tom Love.

—Es mi prima, dijo Ricardo, la sobrina de Barkstead, y es preciso llevarla á su casa.

—¡Oh! oh! dijo Tom Love reflexionando, master Barkstead es un gran nombre, y el coronel pertenece al partido de los buenos; pero su hermano era un perro realista que habia hecho entrar á su hija en el colegio de Windsor, y de ella se han contado ciertas cosas que.... Hum!... Sé todo esto, porque Juana, mi futura, ha estado empleada en el colegio y... pero ¡pobrecita! puede que sea mentira.

De todos modos, dijo, inclinándose para cogerla entre sus brazos, si alguna vez esa lady Salsby, á cuyo cargo corria el colegio, llega á caer entre mis manos, he de arrancarle la piel á latigazos, para que pueda hacer mejor su oficio.

La mujer que iba cubierta con el velo, no pudo contener un movimiento de espanto al oír estas palabras. Tomlinson nada dijo, y Love, despues de haber levantado á Ana, añadió, dirigiéndose á Ricardo:

—Ea, valiente, echad á andar, yo os seguiré con esta pobre niña... Justo Dios! apenas late su pulso.....

—Dejad que se vayan, dijo en voz baja la desconocida á Tomlinson. Seguidme, coronel, tengo que revelaros algunos secretos que en la actualidad ya sois digno de saber. ¿Conoceis á Barkstead?

—Es mi cólega, respondió Tomlinson.

—¿Podeis entrar en su casa? preguntó la anciana.

—Sus puertas están abiertas á todos sus camaradas.

—Venid pues, dijo la dama.

—Estoy á vuestras órdenes, milady.

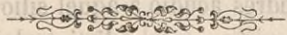
Solo entonces lady Salsby, porque era ella la desconocida, se ocupó del niño á quien habian dado el nombre de Ralph, envolvió su brazo con un pañuelo, y acompañada de Tomlinson, siguió el camino que guiaba al Támesis, mientras que Tom Love, que llevaba en brazos á Ana, se dirigia con Ricardo hácia el otro lado.

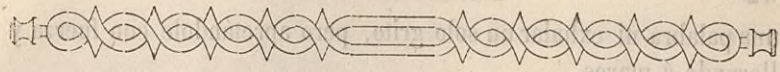
Entretanto se habian retirado las tropas que se hallaban situadas alrededor de Withe-Hall. La inmensa muchedumbre que desde todos los ángulos de Lóndres acudió á aquel sitio, iba alejándose poco á poco; pero su aspecto era muy distinto del que presentaba una hora antes.

Algunas veces, durante una tempestad y cuando las copiosas lluvias de la primavera caen sobre las montañas de Escocia, se forman un sinnúmero de torrentes poco caudalosos. Cada accidente del terreno, cada punta de roca divide las aguas y las arroja en millares de veredas ó de quebradas, que siguen ó profundizan, llegando todas al mismo término. El sol que brilla en el firmamento, en cuanto las nubes se han disipado, ilumina con rayos de fuego á aquellas aguas que corren ó saltan; los mas vivos colores parece que las tiñen, y

algunas chispas de fuego se reflejan en el húmedo polvo que lanzan al chocar con las piedras interpuestas en su camino. Cual una cabellera suelta y que cubre con profusion de rizos unos blancos hombros, las aguas de aquellos torrentes se estienden por mil sinuosidades, bordan la montaña con una hebra de plata, y se precipitan con estrépito hasta su falda. Una vez allí, reunidas en un solo cauce, encuentran tambien un poderoso obstáculo á su marcha; una peña, coronada de algunos vetustos abetos, ataja el álveo en que se reúnen. Entonces las aguas combaten con esfuerzo aquel obstáculo, que cede y cae; pero á su vez, estendiéndose aquellas por el prado, pierden su magnificencia, sus imponentes murmullos y sus brillantes reflejos, para convertirse en una gran sábana amarillenta y cenagosa, que arrastra despojos tristes y negros, troncos informes, ramas sin hojas.

A su semejanza, la muchedumbre que habia acudido, alegre, activa, bulliciosa, dando gritos, riendo y con la conciencia tranquila, se alejaba taciturna, anonadada y con la cabeza baja, despues de haber visto caer la del rey Carlos I.





Cuando hubo pasado este primer transporte, y al ir á cobrar en casa á Ricardo en desaparición, reparó en el desorden de su traje y en los golpes que había recibido en rostro magullado. Al mismo tiempo se dejó en la voz de Tom Love.

III.

— ¿No se acuerdan de esta pregunta enviada á Ana, á quien sostenía después de haber estado en una silla. —
Mistriss Barkstead en los criados, hizo preguntas con la ayuda de los criados, había visto pasar á Tom Love, las jóvenes seguían de cerca y no daba señal alguna de vida. Había dispuesto que se trasladaran á su cuarto, se acompañó á él y volvió á bajar al doctor Anby, médico de la casa.

ANA.

Mientras colocaban á Ana en la cama, Ricardo contaba á su madre su encuentro con aquella y cuanto había pasado, esto es, su noticia con el desconocido y el accidente de su prima. Las que ocupaban la habitación á su cuarto se habían retirado, y solo quedaban



UANDO Ricardo llegó á casa de su padre, todos se hallaban sumidos en la mas cruel desesperacion; mistriss Barkstead habia entrado y salido muchas veces; Molly recorrió los alrededores, preguntando á los pocos vecinos que habian permanecido en sus casas, y al regresar á la del coronel, detuvo á la esposa de este, que volvía otra vez, rendida de dolor y de cansancio, para saber si su hijo habia reaparecido. Los criados volvieron uno á uno sin poder dar ninguna noticia, y reunidos en la sala principal, contemplaban en silencio á aquella desgraciada madre, que, muda y con la mirada fija, parecia haber agotado todas sus lágrimas, cuando la voz penetrante de Ricardo vino á poner término á su angustia.

Mistriss Barkstead corrió hácia su hijo; mas fuerte de lo que hubiera podido mostrarse el mismo Tom Love, le cogió en brazos, y llevándole cual si le persiguieran, volvió á subir al aposento y se dejó caer en un sillón, teniendo abrazado á Ricardo, sin pronunciar

una palabra ni exhalar un solo grito, pero apretándole con fuerza y llorando á mares.

Cuando hubo pasado este primer transporte, y al ir á echar en cara á Ricardo su desaparicion, reparó en el desórden de su traje y en los golpes que habia recibido su rostro magullado. Al mismo tiempo se dejó oír la voz de Tom Love.

—¿No se acuerdan de esta niña? preguntó señalando á Ana, á quien sostenia despues de haberla sentado en una silla.

Ni mistriss Barkstead ni los criados, harto ocupados con la vuelta de Ricardo, habian visto entrar á Tom Love. La jóven seguia desmayada y no daba señal alguna de vida. María dispuso que la trasladasen á su cuarto, la acompañó á él y envió á buscar al doctor Andlay, médico de la casa.

Mientras colocaban á Ana en la cama, Ricardo contaba á su madre su encuentro con aquella y cuanto habia pasado, esto es, su lucha con el desconocido y el accidente de su prima. Los que acababan de trasladarla á su cuarto se habian retirado, y solo quedaban en él mistriss Barkstead, su hijo, Molly y Betty, criada que ayudaba á esta última á desnudar á Ana, cuando Molly dejó escapar un agudo grito de sorpresa. María se acercó para averiguar la causa de ello; pero aquella, tomando en seguida un aire indiferente, dijo á Betty.

—Mira, Betty, llévate á Ricardo y vé á lavarle la cara; la señora y yo desnudaremos á miss Ana.

Diciendo esto, acompañó sus palabras con una mirada que hizo comprender á María que no le faltaban motivos para obrar de aquel modo; en efecto, apenas hubieron salido Betty y el niño, cerró la puerta cuidadosamente, y con una especie de alegría desdeñosa, dijo á su ama:

—Por fin hé aquí el gran secreto de la hermosa papista.

Enseguida cogió unas tijeras, cortó el vestido de la pobre jóven, los separó al igual que las sayas y el corpiño, y mostrándola á mistriss Barkstead, le hizo notar las evidentes señales de un embarazo adelantado.

—Hé aquí lo que ocultaba la miserable, dijo Molly.

—Oh! cuánto ha debido sufrir! exclamó María; la infeliz ha causado su muerte y la de su hijo.

—Puede que esto sea mejor, añadió Molly, porque.....

Su ama no la dejó concluir, pues interrumpiéndola con indignación:

—Júzguenos Dios como juzgais á los demás, le dijo, y muéstrese implacable con vos, Molly, pues lo merecéis ya que maldecís á esta desventurada y deseais su muerte!

—Oh! no, señora; porque si el papismo no la hubiese perdido, hubiera sido un ángel de bondad, como lo es de hermosura, repuso confusa la criada, dirigiendo sus miradas á las facciones dulces y pálidas de Ana, que parecia abandonada á la muerte. Mirad, mirad, continuó despues; sus labios se agitan, diríase que quiere abrir los ojos.... ya respira!.... Oh! tanto mejor.... tanto mejor....

Acostaron á Ana, y cuando acababan de hacerlo, un criado anunció al doctor Andlay.

Este no era grueso ni flaco, viejo ni jóven, alto ni bajo, guapo ni feo; llevaba el pelo ni corto ni largo; no figuraba entre los realistas ni entre los republicanos; no se mostraba alegre ni triste, y su fisonomía no indicaba bondad ni crueldad. En todo lo que concierne á las cualidades que se averiguan ordinariamente en la vida, era completamente indiferente ó de una perfecta medianía. La única ambicion de su alma se cifraba en la ciencia, que le dominaba de un modo extraordinario. Esta pasion le inspiraba, para satisfacerla, todas las virtudes y vicios que le faltaban; mostrábase liberal, animoso, humano, y por ella hubiera robado un secreto ó asesinado á un hombre. Se comprende fácilmente que con esta inclinacion á las indagaciones científicas, no debia gustarle mucho que le llamasen para curar indisposiciones ligeras; así es que, como el criado que fué á buscarle le dijo que solo se trataba de un desmayo, el doctor entró en el aposento sin mirar á la pobre Ana, y se dirigió directamente á mistriss Barkstead.

El descubrimiento que acababa de hacer la ponía en una cruel perplejidad. Por un lado la confesion del estado de Ana comprometia á su familia, y podia desagradar al coronel, que quizás hubiera querido que aquel secreto se confiase á un amigo más íntimo que

Andlay; y por otra parte la vida de su sobrina estaba en peligro, y el menor retardo podía comprometerla. Mientras se hallaba sumida en esta irresolucion, hablando al doctor sin saber que decir, entraron en el aposento Barkstead y el coronel Okey.

—Juro que lo haré, decia Barkstead; es mi deber, y lo llenaré como el que acabo de cumplir.

—Lo que vas á hacer es criar una víbora para despedazar á Inglaterra, respondió Okey.

Barkstead se acercó á su esposa, y dejando la espada y el sombrero:

—María, le dijo, el 30 de enero es un dia notable para nosotros, y se escribirá en la historia de nuestra vida. Bien! estás sola con Molly y el doctor: Andlay, examinad á esa jóven.

—Vuelve en sí completamente, dijo Molly.

—¿Qué estais diciendo? exclamó el doctor observando los ojos de Ana, entreabiertos apenas, y colocando la mano en la parte superior de su cabeza. El cérebro está abrasando, su mente se halla extraviada, su mirada es errante; esta jóven está loca.

—Loca! exclamó Barkstead; si llegase á alumbrar en semejante estado, Dios mio! Molly, decid que lleven esta carta al obispo Junxon; le encontrarán en Withe-Hall.

Y tomando la pluma, escribió algunos renglones, que entregó á Molly.

—Loca, repetía Andlay, observando el rostro de Ana, y en cinta, es verdad. Y si alumbrara! Ah! Mathews daría su obra *de Insanis* por hallarse en mi lugar! Loca y embarazada realmente! repetía, siguiendo con avidez é inquietud los movimientos de la jóven.

La escena que tenia lugar en aquel instante, llamaba tan profundamente la atencion de todos, que ninguno pensaba en pedir á los demás la esplicacion de sus palabras ni de sus acciones. Todos, lo propio que Andlay, inclinados hácia el lecho de Ana, espianaban hasta las menores señales de vida que esta diese. Incorporóse la jóven, miró en torno suyo, sin que pudiera conocerse si veia algo de cuanto pasaba, tan empañada y fija era su mirada, y sus labios dejaron escapar un ligero gemido. Andlay impuso silencio con la mano á los que junto con él rodeaban el lecho, y á Molly que volvia á entrar en

aquel instante. La enferma exhaló varias veces y sin agitarse aquel débil gemido, en seguida se llevó las manos á la frente, prorumpiendo en quejas inarticuladas, y despues se dejó caer nuevamente sobre la cama, dando un grito penetrante y apretándose con fuerza el vientre.

—Está loca y embarazada, en efecto, dijo Andlay, y empiezan los dolores del parto.

—¿Tendrá lugar pronto? preguntó Barkstead.

—¿Quién sabe? dijo Andlay: esto no pasa de un accidente; pero el caso es importante, y conviene observarlo y estudiarlo con perfeccion. Ah! qué fortuna!

—Mejor de lo que pensais. Escuchad, doctor, es necesario salvar á esa jóven y al niño que va á dar á luz.

—Hijo del crimen! dijo Okey con horror.

—Es preciso salvarle, repuso aquel con autoridad. ¿Acaso sois tambien juez de esos infortunados, coronel Okey, para deseales la muerte desapiadadamente? Pero, continuó dirigiéndose al médico, aun cuando se os paguen vuestros cuidados mas de lo que teneis derecho á esperar, vuestro silencio os será mucho mas productivo aun.

—La ciencia ganará con ello lo bastante para que yo no tenga que hacer caso alguno de vuestro dinero, replicó Andlay. Estos momentos son un tesoro inapreciable; pero para que pueda hacerlos provechosos, es menester que sepa lo que ha determinado este desmayo y el alumbramiento.

Mistriss Barkstead contó todo lo que sabia, preguntóse á Ricardo, los criados repitieron lo que Tom Love les habia dicho, y pudo adivinarsé aproximadamente la verdad.

Entretanto habian aumentado los dolores de Ana: todo anunciaba que el alumbramiento iba á verificarse; pero ningun indicio de razon se mostraba aun en sus ojos ni en las palabras entrecortadas que sus labios dejaban escapar. De tiempo en tiempo la palabra *remember* (acuérdate), acompañada de una sonrisa convulsiva ó de un grito violento, atestiguaba sin embargo la causa de su delirio.

En medio de la ansiedad y del silencio que reinaban en aquel aposento, llegó el obispo Juxon. Había sido menester un motivo

muy poderoso para que pocos momentos despues de la muerte de su señor, abandonase el cuerpo de este, que la sentencia del Parlamento habia confiado á su guarda y á la de lord Clarendon.

Apenas hubo llegado, cuando los dolores de Ana se hicieron mas intensos: sus gritos eran desgarradores, y se revolvia con horribles convulsiones. El peligro de su posicion era mas inminente, pues habiendo perdido la razon, la naturaleza se hallaba en la imposibilidad de ayudarse á sí misma.

— Sed testigo de lo que va á suceder, dijo Barkstead á Juxon, y sabed que si la mano de los verdaderos siervos de Dios es poderosa para herir á los traidores, se muestra fuerte tambien para socorrer á los inocentes.

Despues, volviéndose á Andlay, añadió:

— Vuestra es mi fortuna si salvais al niño que va á nacer.

— Tambien la mia! exclamó Juxon.

— Puedo salvarle, dijo el doctor; pero en este caso me es imposible responder de la madre; mirad como se agita; es preciso atarla á la cama, ó matará á su hijo.

— Pero, y ella! exclamó María, es preciso salvarla!

— La vida del niño es lo que conviene! repuso Juxon. Coronel Barkstead, esta mujer ya no es vuestra sobrina; habeis prometido la vida de su hijo á aquel que nos está mirando desde el cielo.

— ¿Qué debo hacer? preguntó Andlay, la crisis se acerca, y la muerte quiere una víctima!

— Salvad á Ana! decia mistriss Barkstead al doctor.

— Lo has jurado al mártir, repetia en voz baja Juxon, salva al niño!

Molly se habia reunido á su ama, y ambas, arrodilladas delante de Barkstead, le imploraban con gritos y lágrimas, mientras que Okey, dando muestras de rabia, le decia estas palabras:

— ¿Te atreverás á hacerlo?

Y Juxon, con acento de autoridad, le repetia sin cesar:

— Cumple tu promesa, Barkstead! salva á su hijo!

— Ya es tiempo! decidid, ó de lo contrario quizás morirán los dos, exclamó Andlay, inclinado siempre sobre el lecho de la moribunda y teniendo la vista fija en ella.

Las amenazas de Okey y de Juxon, las súplicas de Molly y de su ama, produjeron nuevas congojas en el corazón de Barkstead; pero arrancándose de repente á la incertidumbre que le devoraba, y obedeciendo á una violenta resolución, dijo al doctor, en voz alta y firme:

—Hágase justicia pues; espíe su falta la culpable, y sálvese el inocente!

—Que la maldición del cielo se una á su vida y la desdicha á la tuya, por lo que acabas de decir! añadió Okey fuera de sí.

Un profundo silencio sucedió á estas palabras. Andlay, como un marinero que observa la tempestad, inmóvil y sin voluntad propia, y que ejecuta las órdenes de su capitán con prodigiosa rapidez y admirable inteligencia; Andlay, decimos, cogió las manos de Ana, y con ayuda de algunos pañuelos y unos largos cordones de lana que Molly había traído y le presentaba Juxon, ató á la desventurada joven, como se practica hoy día con los furiosos en los hospitales.

En seguida, haciendo apartar al obispo y á la criada, permaneció solo junto al lecho, ávido y trémulo, interrogando el rostro de Ana y repitiendo estas palabras, acompañadas de una indefinible sonrisa:

—Loca y embarazada!

Los demás, sumidos en un sombrío estupor, permanecían á un lado del aposento; un penetrante grito dió á conocer que los dolores del parto iban en aumento; todos temblaron al oírle, pero permanecieron inmóviles. Los gemidos aumentaban, los gritos se sucedían con violencia, y los esfuerzos de Ana hacían mover su lecho. Andlay apretaba los nudos y la contenía con toda su fuerza, presentando el espectáculo de un atroz combate. Todos se hallaban anonadados. María y Molly ocultaban su rostro entre las manos, y por el del coronel Okey se veían correr algunas lágrimas. Juxon dirigía una mirada compasiva á aquel lecho de dolor, y Barkstead, con la vista fija, los puños cerrados y los labios cárdenos, parecía no tener memoria, ni razón, ni vida.

Por fin se dejaron oír los últimos gritos, mas espantosos que los demás; Andlay se lanzó hácia la cama como una fiera sobre su presa; todos volvieron la cabeza; Ana, haciendo un esfuerzo convulsivo,

rompió sus ligaduras, dió un salto y volvió á caer como un cuerpo inerte sobre su lecho ensangrentado; el doctor dejó escapar una ligera sonrisa de satisfaccion y exclamó con acento de alegría, mezclado de orgullo:

— La niña se ha salvado!

El sentimiento que habia contenido á Molly y á mistriss Barkstead, el terror que las habia encadenado léjos del lecho, cedió entonces á una tierna piedad para con la niña que acababa de nacer, dando paso á una esperanza en favor de Ana, que respiraba aun, segun dijo el doctor.

Mientras que este, ayudado por Molly, prodigaba sus últimos cuidados á la jóven, Juxon se acercó á mistriss Barkstead, que tenia en brazos á la recién nacida; tomó algunas gotas de agua en la palma de la mano, pronunció una corta oracion en alta voz, y arrojando el agua á la cabeza de la niña, dijo en tono grave:

— Carlota Estuardo, hija de Inglaterra, yo te bautizo segun el rito de la Iglesia católica, apostólica y romana.

Seria imposible pintar la admiracion de mistriss Barkstead. Si estas palabras le esplicaban la presencia de Juxon, la importancia que el coronel daba al éxito de aquel suceso, y hasta la terrible resolution que habia tomado, en cambio la dejaban ignorante de las circunstancias que habian revelado aquel secreto á su esposo, y de las obligaciones que parecia haber contraído.

— Levantemos acta de todo esto, dijo Barkstead; vos la firmaréis, obispo Juxon, y vos tambien, coronel Okey.

— Sí, para vuestra gloria, respondió el primero.

— Y yo para vergüenza tuya, añadió el coronel.

Mientras llenaban esta formalidad, Andlay no abandonó el lecho de Ana; esta respiraba todavía, sus ojos, que habia entreabierto distintas veces, manifestaban un profundo abatimiento, y su rostro mostraba tan solo una inquieta admiracion, reflejando al propio tiempo los dolores que experimentaba sin comprenderlos. El doctor corrió las cortinas que rodeaban la cama y se acercó á María: todos le escuchaban atentamente.

— Ha recobrado la razon, dijo en voz baja, pero esta se halla débil y es incapaz de resistir una nueva conmocion. Mi presencia y la

del señor obispo podrian afectarla ahora ; vos sois quien debeis esplicarle lo que sufre ; cuidando su alma, puede aun salvarse su cuerpo.

Mistriss Barkstead, con la fecunda inteligencia de las mujeres, comprendió lo que debía hacer, y confiando la niña á los cuidados de Molly, se acercó á la cama de Ana.

—Si es preciso que las palabras que va á pronunciar la desventurada, sean las últimas, dijo Barkstead, recojámoslas ambos con cuidado para obedecerlas sin restriccion, Juxon, porque los dos la hemos muerto.

Acercáronse al lecho, prestando la mayor atencion, y María entreabrió suavemente las cortinas. Este leve movimiento sacó á Ana del estado de postracion en que se hallaba sumida, y mirando á su tía :

—Oh! cuanto sufro! dijo.

—¿De nada te acuerdas? preguntó mistriss Barkstead. Pobre niña, te ha sucedido una gran desgracia.

—A vosotros era á quien habia sucedido, repuso Ana, con voz tan débil que todos alargaron la cabeza para oirla; Ricardo se habia perdido esta mañana, y vos llorabais.

—Y tú has ido á buscarle para salvar á mi hijo! Gracias, querida Ana. Has comprendido el dolor de una madre, y Dios te bendice por haberme socorrido en mi aficcion, pues me hallo aquí para socorrerte en la tuya.

—Oh! un dolor espantoso, un dolor terrible destroza todo mi cuerpo ; no sé, pero me parecia que me daban tormento.

—¿Y tu alma no ha sido destrozada tambien? ¿las esperanzas que alimentaba tu corazon no se han desvanecido? ¿no has experimentado un agudo y mortal dolor, cuando has salido para poner término al mio?

—Sí, creo que he visto cosas incomprensibles, que he oido voces idolatradas, voces que conocí en otro tiempo, esperad.....

Y pasándose la mano por la frente, como para apartar el velo que aun cubria su memoria, añadió :

—Sí, sí, he visto á Ricardo ; pero no solamente le he visto á él ; aguardad.....

Repitió el mismo gesto, y despues de una larga pausa, durante la cual sus labios se movieron como si hablase para sí:

—Esperad, dijo; sí, me parece que me acuerdo.

—*Acuérdate*, dijo por lo bajo la voz grave y penetrante de Juxon.

Esta palabra, pronunciada sin saber por quien, y que parecia salir de una tumba, arrojó un fugaz y abrasador rayo de luz en el alma de la jóven, indecisa aun, y en la cual se hallaban adormecidos todos sus recuerdos. Aquella palabra equivalia á una revelacion. Si su cuerpo quebrantado carecia ya de fuerza para resistir nuevas convulsiones, halló á lo menos lágrimas amargas y abundantes, que fueron un sufrimiento mas para la desventurada.

Ana ocultaba su rostro entre las manos.

—Ya estás perdonada, le dijo en voz baja mistriss Barkstead, llorando como ella; ponte sobre tí, Ana, y piensa que en nosotros encontrarás amor y proteccion; eres nuestra hija, y tu desdicha es un título á nuestro aprecio. Mi esposo será tu padre y yo tu madre, si lo quíeres, tu madre delante de la cual puedes derramar lágrimas, pero no temblar; ten valor.

Ana dirigió los ojos á la que le hablaba así, juntó las manos y respondió con voz propia de un ángel:

—Mi falta es mayor de lo que acaso pensais.

Hizo un esfuerzo para incorporarse, y sus dolores se dejaron sentir nuevamente; un débil gemido, el de la niña que acababa de nacer, llegó hasta ella; escuchó con espanto, miró su lecho ensangrentado, y jadeante y desatinada, se volvió hácia su tia. Esta tenia en brazos á la débil criatura, que Molly le habia entregado. Ana reconoció á su hija.

¿Quién seria capaz de pintar la alegría, el apasionado delirio, el amor sobrenatural que resplandeció entonces en el rostro de la pobre jóven? ¿Cogió á su hija entre sus manos, inundóla con sus lágrimas, la cubrió de besos y la contempló estasiada, feliz como una madre, inocente en aquel momento, purificada por su ternura, fuerte y mostrando su rostro risueño y ufano.

—Será nuestra hija tambien, dijo mistriss Barkstead; nada debes confesar ni temer, pues ya estás perdonada.

Ana no pudo resistir tantas emociones á la vez, y la alegría que experimentaba despues de los dolores que acababa de sufrir, la hizo caer desvanecida sobre su lecho. Andlay se acercó á ella, la contempló largo rato, observó su pulso y los latidos de su corazon, y despues de un momento de silencio, dijo á Barkstead y á Juxon :

—Si Inglaterra tiene algun interés en las últimas palabras de esta jóven, recogedlas con cuidado cuando vuelva en sí. La vida anima todavía su cuerpo; pero dentro de una hora habrá dejado de existir.

—Cúmplase la voluntad de Dios! dijo Juxon; llenaré con ella los santos deberes de mi ministerio y la bendeciré en su última hora, como lo he hecho con el que la está esperando en el seno del Eterno.

En seguida empezó á recitar el oficio de difuntos, y era tan grande la emociion que á todos dominaba, que al oir las oraciones católicas que en otra parte hubieran escitado su desprecio y su irrisiion, se arrodillaron y descubrieron respetuosamente.

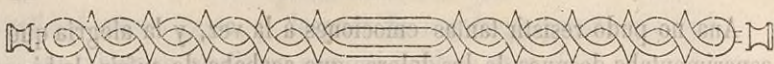
Ana no tardó mucho en recobrar otra vez los sentidos, dirigió una mirada de santa resignacion á Juxon, que permanecia solo á su lado, y comprendiendo sus últimos deberes como cristiana:

—Padre mio, dijo, oid la confesion de mis culpas; interceded por mí con Dios que está en los cielos, y haced que mis últimos deseos se cumplan en la tierra.

Restablecióse el silencio, los circunstantes volvieron á prestar atencion, y Juxon se inclinó hácia la moribunda. Hé aquí lo que dijo esta, sostenida por su fé en la religion en que habia sido educada, y por el amor maternal que en ella se acababa de despertar.

—Dadme la mano, y yo os diré lo que me pasa en el alma. Desde que me acordé de vos, he estado pensando en el momento en que os volveré á ver, y en el momento en que os volveré á perder. Me acordé de vos en el momento en que os volveré á ver, y en el momento en que os volveré á perder. Me acordé de vos en el momento en que os volveré á ver, y en el momento en que os volveré á perder.

—Hasta el primer día del año último, mi vida fue la de una niña: en todas partes encontraba corazones indulgentes con mis to-



IV.

CONFESION.



DESDE mi infancia vivía en Windsor, y allí es donde tuvo lugar toda la historia de mi vida. A escepcion de algunos días que pasé en casa de mi tío, permanecí siempre en el colegio real de Damas nobles, donde supe la muerte de mi padre y conocí á Jorge.

Habiendo hecho Juxon un ligero movimiento, Ana añadió:

—Dejad que le llame Jorge; le he amado bajo este nombre, que mis labios se han acostumbrado á pronunciar, y aun ahora que lo sé todo, me parece que no hablaria de él, si debiera llamarle Cárlos.

Juxon hizo con la mano una señal de aprobacion, y la jóven, reanimándose un momento con el recuerdo de lo pasado, continuó con voz mas segura:

—Hasta el primer dia del año último, mi vida fué la de una niña: en todas partes encontraba corazones indulgentes con mis lo-

curas; en Windsor pudisteis verlo, y acabais de observar cuanta bondad me han manifestado aquí.

Ahora conozco que no hay ninguna falta leve, padre mio; un fri-
volo olvido de mis deberes me ha conducido al crimen y condenado á morir.

Una noche yo y algunas de mis compañeras, entre las cuales se encontraba la hija de lady Salnsby, desafiando el rigor del frio, nos habíamos escapado de nuestros cuartos y corríamos por debajo de los árboles de los jardines de Windsor, alegres por haber burlado la vigilancia de nuestras ayas. La jóven lady Salnsby nos contaba su próximo enlace con un lord de Escocia, ponderándonos su fortuna, las grandes haciendas que iba á poseer y los numerosos vasallos que deberian rendirle homenaje. Nos habíamos separado mucho de la casa, y nos hallábamos cerca de la tapia que circuye el jardin por el lado del bosque, cuando se dejó oír junto á nosotras el ruido que hace un hombre al saltar de una pared elevada, y en seguida vimos á un desconocido con una espada en la mano.

Todas mis compañeras huyeron dando gritos, y yo sola permanecí inmóvil, anonadada por el miedo. Acercóseme aquel hombre, cai de rodillas ante él, pedíle perdon, levantóme y me dijo con dureza:

—¿Qué haciais aquí á semejante hora? ¿Es este el modo como lady Salnsby cuida el colegio que le está confiado? Por vida mia, que le enseñaré sus deberes. Maldicion! lo harán tan bien que no tendré asilo. ¿Qué hacer ahora? Todas esas niñas me han visto.

Nada comprendía de aquellas quejas ni del derecho de que parecia prevalerse el desconocido; pero dominada por el terror que me causaba su presencia y por el tono absoluto que se notaba en sus palabras, disculpé á lady Salnsby de nuestra falta, y le dije que mis compañeras no habian podido reconocerle, y que debia estar completamente tranquilo. Sonrióse y me dijo en voz baja:

—Pues bien, señorita, vos sereis la que me dará asilo.

—No os comprendo, respondí.

—Me ocultarás esta noche en tu cuarto, niña, y procurá introducirme sin que nadie me vea.

Hallábame sola, en presencia de un hombre armado, en medio de la noche y privada de todo socorro; pero en aquella época era tal

la indolente confianza de mi alma, que me reí de semejante proposición y del modo como se había hecho; el desconocido no pudo menos de reirse también, y al ver nuestra alegría, cualquiera hubiera dicho que nos conocíamos desde mucho tiempo.

—Teneis razon, dijo despues de un momento de silencio, y sin embargo no puedo salir de aquí, porque va en ello mi cabeza, y esta pesa mas que ninguna otra en los destinos de la humanidad; no, no debo esponerla á la espada de un soldado ó á las balas de un guardabosque; necesito quedarme aquí, y es menester que me salves; si vacilas aun, sabe que soy.

Detúvose de improviso, y cogiéndome de la mano, me dijo en aquel tono imperativo que parecia no conocer resistencia:

—Ante todo, ¿cómo os llamais?

—Miss Ana Barkstead, respondí.

—Barkstead! repitió con furor.

Al llegar aquí, Ana, bajando la voz como si temiera ser oída, añadió:

—Padre mio, me es imposible repetir os todas las maldiciones con que acompañó el nombre de Barkstead; llamóle traidor, soldado perjuro, magistrado infame, y conocí que me creía hija del coronel; desengañéle.

—No importa, dijo, este nombre es sinónimo de traicion; ya nada te pido; te mando que me obedezcas y calles.

Entonces, empuñando con una mano la daga y con la otra la espada, me obligó á andar hácia la capilla. Llegados á ella, me entregó una llave con la cual abrí la puerta, volviendo á cerrarla por orden suya, y cuando estuvimos dentro, me preguntó como se llamaba el corredor en que estaba mi cuarto, á lo que contesté diciendo que era el de la reina Isabel.

—¿Eres, pues, una de las favoritas de la casa? dijo; conduceme á tu aposento.

Quise contestarle; pero me amenazó con su daga, y le precedí temblando. Pronto llegamos á mi habitacion; lo que me pasaba me tenia tan sobrecogida, que casi no advertí que el desconocido habia encendido la lámpara y echado los cerrojos á la puerta. Se habia sentado y reflexionaba profundamente. Intenté varias veces dirigir-

le la palabra; pero la voz espiraba en mis labios: creía estar soñando.

Entretanto los gritos de mis compañeras habían llamado la atención de algunas personas; toda la casa estaba en conmoción; la hija de lady Salsby, mas atrevida ó mas alarmada que las otras, había entrado en la habitación de su madre, y contó á esta nuestra ligereza y el suceso que las había hecho huir y abandonarme. Enseguida despertaron á los jardineros; encendieron antorchas, y recorrieron los jardines, llamándome á grandes voces. El desconocido me tenía asida la mano, temiendo que me escapase, y observaba con ansiedad, á través de los cristales, el movimiento de la gente de la casa: había olvidado que la lámpara, colocada detrás de mí, proyectaba nuestra sombra en las vidrieras, y solo comprendió su imprudencia cuando un grito anunció que nos habían descubierto, al propio tiempo que todos los brazos señalaban la ventana iluminada.

En seguida se precipitaron todos hácia la casa, subieron en tropel la escalera, invadieron el corredor en que yo habitaba, y llamaron á mi puerta con redoblados golpes. Interpeláronme para que respondiera, y el desconocido me dijo á media voz que preguntara por lady Salsby. Todo lo que me pasaba era tan extraordinario, que obedecí maquinalmente.

—Dejóse oír la voz de la directora.

—Por fin! dijo el desconocido, con aire de satisfacción.

Sacó un librito de memorias, arrancó una de sus planchas de marfil, escribió en ella una sola palabra, con la punta de su puñal, y me dijo:

—Dad esto á lady Salsby.

Diciendo estas palabras, se ocultó detrás de las cortinas de mi cama. Obedecí otra vez, abrí la puerta, y dije resueltamente á lady Salsby, que fué la primera en entrar:

—Leed, señora.

Al resplandor de las antorchas, aquella dirigió la vista sobre el pedazo de marfil; alteróse su semblante; pero reponiéndose en seguida, contuvo á los que la acompañaban, y entró sola. Registró el aposento como si buscase á alguno, y pasó varias veces cerca del

desconocido sin que pareciera observar nada. Despues, levantando la voz, dijo con aire desembarazado:

—Vaya, estais locas todas, y tú tambien, Ana, que has llevado tu miedo al extremo de encerrarte, sin querer abrir á otra que á mí. Nadie ha entrado en la casa; id á dormir, y que no se hable mas de esto.

—Algunas de mis compañeras quisieron insistir, y lady Salnsby añadió con severidad:

—¿Acaso dejais de obedecer mis órdenes porque no he castigado vuestra falta? Retiraos.

Dejáronnos solos, y apenas la puerta se hubo cerrado, cuando el desconocido, saliendo de su escondite, dijo á lady Salnsby:

—El capitan Jorge os da las gracias, señora.

En seguida, y como si yo no estuviese allí, empezaron á hablar en francés. En la fisonomía de la directora conocí que el capitan le esplicaba el motivo que le habia obligado á saltar la tapia del jardín, y por la sonrisa que aquel dejó escapar y la mirada que me dirigió, comprendí que esplicaba el modo como habia penetrado hasta mi habitacion. Despues se trabó entre ambos una acalorada discusion; pareció por fin que estaban de acuerdo acerca de lo que debian hacer, y lady Salnsby me anunció que el capitan Jorge pasaria la noche y el siguiente dia en mi aposento. Quise oponer algunas observaciones, pero ella me respondió sonriendo:

—Si te dijese la verdad, me pedirias de rodillas el derecho de hacer lo que te ordeno; cierra la puerta y aguarda á que yo vuelva: mañana te diré lo que es preciso hacer. Si viene á verte alguna de tus compañeras, dile que estás enferma y que solo quieres recibirme á mí.

Salió sin aguardar mi respuesta, y me dejó sola con el desconocido, de quien no sabia mas que el nombre.

Permanecimos largo rato sin hablarnos, llena yo de una turbacion inesplicable, y él absorto en sus pensamientos. Avanzaba la noche, y yo seguia inmóvil en el mismo sitio en que me habia dejado lady Salnsby, sin saber que decir, cuando el capitan, arrancándose un momento á sus meditaciones, me dijo con su acostumbrada sequedad:

—No quisiera incomodaros; acostaos, señorita. No le contesté, pero sentí que un vivo rubor cubría mis mejillas; reparólo el desconocido, y acercándoseme, me dijo sonriendo:

—En verdad es estraña situación la nuestra! una hermosa joven que por la noche recibe en su aposento á un hombre, y un caballero que goza de esta dicha, y no saben que decirse! ¿No es verdad, bella Ana, que quisierais ver en mi lugar á un hombre de mundo, y que sin duda este no se hallaria tan turbado como yo?

Esta sospecha me indignó, y continué sin desplegar los labios. Sin embargo, me preguntó luego acerca de nuestras ocupaciones y nuestros estudios, y á pesar del tono imperativo con que hablaba de todo, su conversacion me hizo parecer la noche menos larga de lo que habia temido.

Lady Salnsby vino muy de mañana. Juzgad cual seria mi admiracion, cuando me dijo, despues de haber hablado con el capitan, que este no podria alejarse hasta pasados dos dias, y que durante todo aquel tiempo permaneceria oculto en mi cuarto, añadiendo que, para no despertar sospechas, yo no saldria de él.

Ahora que sé cual era el tesoro cuya guarda se me confiaba, comprendo que lady Salnsby olvidara todos los miramientos que debian impedirle de obrar de aquel modo; pero entonces nada me explicaba su conducta; ella misma nos trajo la comida, y tuve que pasar todo el dia sola con el caballero.

No sé, padre mio, si fué una astucia del capitan; pero me contó historias prodigiosas, hablándome de un mundo que me era desconocido, y de sentimientos que mi corazon no habia experimentado jamás. ¡Cuán corto fué aquel dia! Llegó la noche, y con ella nuestra turbacion de la víspera, de la cual en un principio hablamos riendo; pero el cansancio nos rindió á los dos; mis ojos se cerraban á pesar mio, y él mismo parecia querer luchar en vano contra el sueño; nos decidimos á abrir la ventana, esperando que el aire fresco de la noche nos reanimaria.

El cielo estaba tachonado de estrellas; Jorge me condujo á la ventana, y mostrándome en el horizonte un astro cuyo pálido resplandor se distinguia apenas sobre el azur de la noche:

—Así es mi vida, me dijo, pálida y obscura al presente, pero

deja obrar al tiempo, niña, esta estrella llegará al zenit y será la que mas brille; como ella mi vida saldrá pronto de la nube que la rodea, y su luz ofuscará tu vista.

— Al decir estas palabras su fisonomía era arrogante, y yo le miraba estupefacta. Cogióme de la mano, y me hizo acercar á él: — Cuán feliz eres! continuó, jóven y hermosa crees, y esperas! yo tambien á tu edad soñé dichas sin cuento y creí en el amor, pero en el amor grande de todo un pueblo; hoy, sin embargo, en nada creo ya.

Mientras decia esto, un negro nubarron cubrió el horizonte, ocultando enteramente la estrella que Jorge me habia enseñado.

— ¿Quiere el cielo anunciarme mi destino, dijo este, y desapareceré tambien como aquel astro?

Hacia frio. El capitán cerró la ventana; nos sentamos uno al lado de otro, y me instó para que me acostara. La vispera solo el temor me habia impedido ceder á sus súplicas; pero entonces me sentia mas confusa, y la idea de dormir á la vista de Jorge me turbó hasta el fondo del alma. El dia anterior me habia olvidado de rezar; acordéme de este deber, me arrodillé, y traté de cumplirlo; intente varias veces sin poder fijar mi atencion, y por último, esperando dominar á mi alma, me resolví á recitar en voz alta las oraciones.

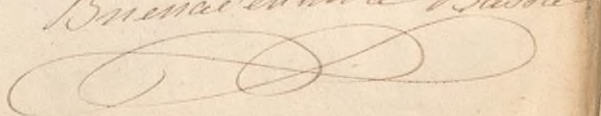
Rogué, segun costumbre, para que Dios protegiese mi inocencia, por la gloria de Inglaterra y la vida del rey. Cuando hube acabado, miré á Jorge; estaba de pié é inmóvil, y las lágrimas brotaban de sus ojos.

— Ruegas por el rey de Inglaterra, me dijo, por el que otros maldicen. Si Dios escucha la voz de los ángeles, te oirá á ti, que eres pura como ellos.

Habia terminado mis oraciones, la lámpara despedia solo un débil resplandor, el fuego del hogar iba apagándose; el sueño me dominaba á pesar mio; carecí de fuerza para luchar; mi cabeza se inclinó, y me quedé dormida.

— Despertéme al cabo de mucho tiempo: todo lo habia olvidado. Juzgad cual seria mi asombro al sentirme la frente apoyada en las rodillas de un hombre; me levanté precipitadamente arrojando un

El Editor
Buenaventura Bassa



grito. Tranquilizéme en seguida, y pregunté á Jorge si habia dormido mucho.

—El dia va á despuntar, me respondió.

—¿Y he dormido así toda la noche? añadí confusa.

—Sí; tu cabeza descansaba sobre mis rodillas, y no me he atrevido á moverme por miedo de despertarte; es tan dulce el sueño! Yo, que desde hace ocho dias no he podido dormir en parte alguna, he querido respetar el tuyo.

Sentime conmovida y miré á Jorge; tenia el rostro pálido y desencajado, debia haber sufrido mucho.

Lady Salnsby vino como el dia anterior, y volvió á decirnos que Jorge no podria marchar hasta el siguiente por la mañana; permitiéme salir de mi cuartó por espacio de una hora, y les dejé juntos. Un sentimiento desconocido me hizo volver antes de lo que pensaba; halléles reunidos todavía: lady Salnsby habia traído á Jorge algunos libros de su biblioteca particular, salió, y volvimos á quedar solos.

Al llegar aquí, Ana se detuvo un momento; recogióse algun tiempo, pidió en voz baja que le diesen á su hija; tomola de manos de Juxon, acercóla á su seno, y sentándose en la cama, después de mirar á aquella con ternura:

—Las fuerzas me abandonan, padre mio, dijo. Dejad que antes de continuar, me ocupe de mi hija, pues quizás no pudiera hacerlo despues.

Detúvose nuevamente, y al cabo de un instante añadió:

—Deseo que mistriss Barkstead eduque á mi hija.

—Mistriss Barkstead, dijo el severo Juxon, es una oveja descarriada, apartada de la verdadera fé.

—Mi tia, replicó Ana, es la virtud personificada; le direis que mi hija es católica, y esto será un título mas á su ternura.

Ana oyó algunos sollozos.

—¿Estais aquí? añadió, acercaos tambien; pero ¿estais sola?

Una señal de Barkstead dió la contestacion á su esposa. Todos guardaron el mayor silencio, y la moribunda le dijo:

—Dareis las gracias al coronel por sus bondades para conmigo.

Estas palabras, pronunciadas pocos momentos despues de la

terrible órden que acababa de dar, hicieron estremecer á Barkstead, y la mirada que le lanzó Okey, las hizo penetrar hasta el fondo de su corazon.

—Habeis oido el principio de mi relato, continuó Ana, dirigiéndose siempre á su tia; escuchad el fin; pero deseo que solo vos y el obispo Juxon lo oigais, pues lo que me falta deciros solo puede comprenderlo el corazon de una mujer, y perdonarlo la caridad divina.

—Jorge y yo habiamos quedado solos. Observé que me contestaba con mas atencion que hasta entonces; á lo que parece, habia pedido noticias mias á lady Salnsby. No puedo deciros que cambio habia sufrido Jorge, pero no era el mismo de antes; olvidando su acostumbrada aspereza, se disculpó conmigo por su presencia.

—Estais pálida, me dijo con tristeza; parece que mi destino es hacer sufrir á cuantos me quieren.

Sorprendiómeme esta palabra.

—A los que me favorecen, repuso dejando correr una lágrima por sus mejillas.

Púsose á leer un libro que yo no conocia, cuyo autor se llamaba Shakspeare, y que se titulaba el Rey Lear. Acostumbrada como estaba á los sagrados cánticos de nuestras iglesias y á las palabras graves de nuestras oraciones, cuán grande fué mi admiracion, padre mio, al oir aquellas amargas burlas, aquellas terribles maldiciones, aquellas crueles quejas de un rey proscrito! Jorge leía; pero solo ahora comprendo la mágica expresion de su voz y el acento solemne y profundo, el gesto amenazador que unia á la grave armonía del poeta. Padre mio! ¿comprendeis á Cárlos I leyendo el Rey Lear?

De repente arrojó el libro.

—Basta, basta, se dijo á sí mismo. ¿Acaso, tengo necesidad de estos enérgicos versos para que se despierte en mi corazon el recuerdo de las miserias que amargan mi existencia? No, no, mañana me ocuparé otra vez de ellas; dejémoslas hoy que duerman bajo tu mirada, como tú has dormido bajo la mia. Hablemos de felicidad y de amor; escucha.

Cogió otro libro y leyó: era la historia de dos amantes, llena de

dulce y embriagadora melodía. Leyó durante mucho tiempo, porque llegó la noche sin que hubiese cesado de hacerlo. Me hallaba sumida en una estática admiración; mi pensamiento reproducía los versos cuyo encanto me había parecido tan nuevo; ya no era la misma Ana, la joven indiferente y alegre del colegio de Windsor; había tomado todo el amor de Julieta, como Jorge me parecía haber hallado la voz de Romeo, pues lo que me acababa de leer era la historia de las desdichas de aquellos dos amantes.

No leía ya, y no oyendo su voz, me puse á escuchar mi propio pensamiento. Reproducíase en mi imaginación aquella grata noche del baile, en que una sola mirada hizo nacer tanto amor; despues aquella otra noche mas grata todavía, en la cual, léjos uno de otro, les parecia á los dos que se estaban oyendo; luego la mañana en que la aurora fué á separarles, y finalmente, la última y espantosa noche en que Julieta despertó de su sueño de muerte y llamó en vano á Romeo; otra alma que la mia me inspiraba deseos que no sabia comprender; mi corazón palpitaba con violencia; perdía la cabeza; parecíome que estaba suspendida en los aires y mecida en una atmósfera de perfumes; mis labios dejaron escapar una palabra cual si fuera una queja:

—Romeo!... Romeo!... dije en voz baja.

—Julieta!... respondió una voz conmovida.

Sentí en mi frente un aliento abrasador; víme estrechada en los brazos de un hombre, y un ardiente beso detuvo en mis labios un grito de terror, anegando mi alma en una inefable embriaguez. Todavía no era culpable, padre mio, porque arrancándome de los brazos de Jorge, huí al otro extremo del aposento, ocultando la cabeza entre las manos y llorando á mares. Cuando volví á mirarle, se hallaba arrodillado á mis piés y me dijo:

—Ana, mi vida ha sido estéril hasta hoy; tú eres la flor que germinará en mi corazón para perfumarle; te amo y te haré tan poderosa que te devolveré la dicha que te pido.

Hablando así, abrazaba mis rodillas, en tanto que yo lloraba sin poderle contestar. Sentíme desfallecer, estraviábaseme la razón; huí de su lado, y abriendo la puerta de mi cuarto, me lancé al corredor; siguióme; bajé la escalera; hallé abierta una puerta, que no

pude cerrar; entró en los jardines, donde yo corría ya á través de los árboles sin hojas; mi vestido blanco le guiaba, y me llamó en voz baja. La lluvia caía á torrentes sobre mi cabeza; alcanzóme Jorge. —Niña, me dijo, vas á morir; vuelve, vuelve por piedad! no tocaré siquiera á tus vestidos; permaneceré aquí, huiré del colegio, arrostraré los peligros que me rodean, moriré si es preciso; pero vuelve, vuelve.

Estaba rendida, se me acercó y quiso ayudarme á andar. Todo mi cuerpo se estremeció al tocarme.

—Ana, añadió, te he ofendido; perdón, perdón, pero entra; ¿no ves que la lluvia te hiela, que estás temblando?

—Oh! no, le dije, me abraso, estoy bien aquí. Separé los cabellos de mi frente para que la lluvia la refrescase.

—Ana, repuso, cogiéndome otra vez, entra, estás helada.

—Te digo que me abraso, le respondí con impaciencia, y llevé su mano á mi frente.

Su voz cambió de expresión en seguida.

—Ana, me dijo con inexplicable resolución, ¿me amas?

—Sí!

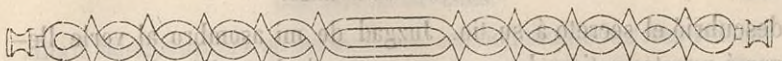
—¿Quieres ser mía?

—Sí!....

Padre mio, padre mio! no habia comprendido el sentido de sus palabras ni el de las mias; pero cuando, rodeándome con sus brazos, me atrajo hácia sí, cuando sus labios abrasaron los míos... entonces!... perdonadme Dios mio! Rogad por mí! entonces.

—Todos escucharon. Ana habia espirado.





—Había permitido á Ana, dijo lady Salnsby, que escribiese al capitán Jorge y recibiese sus cartas; esta imprudencia fué la que

LA NODRIZA.

TOMLINSON había seguido á lady Salnsby. Durante el camino esta le contó la historia de Ana; le dijo que Carlos I se ocultó en Windsor, que llevado por una pasión que ella no había podido preveer, volvió despues muchas veces. Revelóle que, obligado á reunirse con su ejército, abandonó los alrededores de Lóndres, confiándole el amor que profesaba á la sobrina de Barkstead, el estado en que está se hallaba, las precauciones que era necesario tomar, y el secreto inviolable que debía guardar con aquella acerca de su verdadero nombre y rango.

—Había permitido á Ana, dijo lady Salnsby, que escribiese al capitán Jorge y recibiese sus cartas; esta imprudencia fué la que

descubrió el secreto á su tío. Juzgad de mi asombro al verle llegar á nuestro retiro, hace un mes, cuando la noticia de la prision del rey acababa de llegar hasta nosotros como un vago rumor. Barkstead, uno de los jueces nombrados para la instruccion del proceso de Carlos, habia tenido en sus manos todos los papeles encontrados á este, y entre los cuales se hallaban las cartas de Ana. Aun cuando iban dirigidas al capitan Jorge, bastaron para despertar las sospechas del coronel, y cuando este me ordenó que le entregase á su sobrina, creí de mi deber revelarle toda la verdad.

Tomlinson pareció sorprenderse, y lady Salnsby continuó:

—Hubiera sabido por boca de la jóven cuanto le habia sucedido, y acaso le hubiese dicho imprudentemente el nombre de su amante, que debia ser un secreto para ella, pues Carlos quería únicamente que su munificencia amparase á su hijo durante toda la vida. Hoy dia todo ha cambiado: los hijos legítimos de Carlos I se hallan en manos de sus verdugos ó desterrados de su patria. ¿Una víctima será bastante para apagar su sed de sangre? el cadalso está levantado todavía, y el veneno es otra de las armas de los traidores. ¿Quién sabe si dentro de poco tiempo las últimas gotas de la sangre real de los Estuardos correrán tan solo por las venas del niño que va á nacer? Carlos I lo previó el dia que, en una entrevista que obtuvo con Barkstead, en presencia del coronel Okey y de Juxon, le exigió su palabra de cristiano de que recogeria y educaria al hijo de Ana, reuniendo, al nacer este, todas las pruebas que pudiesen hacerle reconocer algun dia. Barkstead prestó este juramento á su víctima, y no dudo que lo cumplirá. Coronel Tomlinson, yo tambien he hecho otro, y ahora que vuestra alma se halla libre de la ceguedad que la ofuscaba, me ayudareis á cumplirlo.

—En aquel momento llegaban á la puerta de una casa situada á la orilla del Támesis, y en la cual vivia lady Macdonnel, hija de lady Salnsby, la misma que estaba con Ana el dia que Carlos I se introdujo en Windsor despues de haber sido separado, por un ataque imprevisto, de algunos caballeros que le acompañaban, cuando se dirigia á una entrevista en que debia acordar los medios de apoderarse de Cromwell y de los miembros mas influyentes del Parlamento.

Lord Macdonnel era el imbécil más acomodado de los tres reinos. La ambición de lady Salnsby la había escogido por yerno. Sus grandes propiedades en Escocia y un nombre que no carecía de influencia, habían hecho que fuese el preferido; y mientras creía ser un padre de familia pacífico y resignado, su suegra le convertía en un jefe de partido osado y ambicioso.

Lady Salnsby entró con Tomlinson en casa de su yerno; hizo-le llamar lo propio que á su hija, y reclamó de ellos la mas completa atención.

Este preámbulo asustaba siempre á Macdonnel, porque era constantemente el preludio de alguna considerable petición de dinero para socorrer á los realistas proscritos ó á los católicos desgraciados, y por buen católico y sincero realista que fuese, no sabia comprender que fuera preciso arruinarse por la causa del trono ó del papa. La petición que lady Salnsby tenia que hacerle, debia admirarle mucho mas. Hé aquí el discurso que aquella empezó por dirigirle, y contra el cual creyó haber apretado perfectamente los cordones de su bolsa, pero cuya conclusion le sumió en una cruel perplejidad:

—Lord Macdonnel, le dijo lady Salnsby, sois el representante de una de esas antiguas y nobles familias que brillan alrededor del trono como los diamantes alrededor de una corona.

Macdonnel inclinó la cabeza, y su suegra continuó:—Vuestros antepasados han derramado su sangre por la casa real de los Estuardos, porque eran grandes y generosos, y vos no lo sereis menos que ellos.

Macdonnel tosió ligeramente, pero de un modo muy significativo, como queriendo decir:

—Bueno, bueno, ya veo á donde ireis á parar.

Lady Salnsby, á quien no se escapó esta acción, no pudo contener una sonrisa de desdenosa piedad y continuó:

—Los inmensos bienes que poseeis, no son la herencia mas preciosa que habeis recibido de vuestros abuelos.

—Pronto no quedará nada de ellos, respondió Macdonnel, creyendo que el combate iba á trabarse en aquel terreno.

—Esto debe ser una razon mas para guardar intacto vuestro hon-

roso nombre, y ha llegado el día de mostraros digno de él; vais á tener necesidad de valor.

Estremeci6se Macdonnel.

—De un gran valor!

Macdonnel se sintió desfallecer.

—Vengo á pedir os mas que la vida!

Esta amenaza tranquilizó al valiente lord.

—¿De qué se trata? preguntó con tono resuelto, creyendo que no habia peligro personal que correr, ni dinero que arriesgar.

—Es preciso que os separeis de vuestra esposa.

Al oír estas palabras, la jóven lady, que hasta entonces habia permanecido harto indiferente al discurso de su madre, se acercó con prontitud y esclamó:

—¡Cómo! separarme de mi marido! no lo haré sin que él me lo ordene.

—Os lo ordenará, replicó su madre. Lord Macdonnel sabe cuales son los derechos que le da su autoridad, y cuando vea que el honor de su nombre está interesado en esta separacion, sabrá exigirla.

—Es verdad, sabré exigirla, repitió Macdonnel con aire severo.

—No es esto todo, dijo lady Salnsby dirigiéndose á Julia, es preciso que os separeis tambien de vuestro hijo.

—Separarme de mi hijo! esclamó la pobre madre; confiarle á manos estrañas cuando apenas tiene dos meses! negarle mi leche! No, jamás lo haré! jamás lo haré! repitió con fuerza, como para afianzarse en su resolucion.

—No lo hará! gritó furioso Macdonnel; no lo hará!

Lady Salnsby dejó pasar este primer ímpetu de dolor, y como si nada hubiese oido, continuó:

—Me seguireis y hallareis un noble consuelo á vuestro sacrificio. El último y débil vástago de los reyes de la Gran Bretaña os será confiado, y toda la esperanza de una nacion descansará en vos, que, cual un ángel colocado junto á un endeble arbolillo, le resguardareis de la tempestad y del hacha de sus enemigos. Vuestro sacrificio será considerado por la historia igual al de la madre de los Macabeos, y dareis al nombre de Macdonnel una celebridad inmortal, que le hará citar en los tiempos venideros como un modelo de heroismo.

—Ah! ah! exclamó Macdonnel, sorprendido por aquella gloria colosal que su esposa iba á proporcionarle; esto merece pensarse. ¿Qué es preciso hacer para que yo logre ese nombre inmortal?

—Que se despoje de sus suntuosos vestidos, respondió lady Salnsby con el tono enfático de una profetisa; que vista el traje de la miseria y de la esclavitud, y que, guardando en su corazón el terrible secreto que se le va á confiar, se consagre en cuerpo y alma al servicio de la buena causa.

La jóven lady no podía comprender el sentido de las palabras de su madre; y esta procuraba revestir con los colores del fanatismo la singular proposición que tenía que hacer á su hija, sin poder alcanzarlo. La confusión de Macdonnel aumentaba á cada paso, y el mismo Tomlinson no acababa de comprender á donde quería ir á parar lady Salnsby.

En esto se abrió la puerta, y entregaron á aquella una carta del obispo Juxon, que leyó con visible ansiedad, después de lo cual, tomando una pronta resolución, dijo:

—Ya no hay que vacilar, hija mia.

—Y sin atender á las exclamaciones ni á las muestras de asombro que Macdonnel y su esposa dejaban escapar á cada palabra, continuó resueltamente:

—Hija mia, vais á vestiros como una mujer del pueblo, imitando su lenguaje y maneras. El coronel Tomlinson os llevará á casa de su cólega M. Barkstead, donde os presentará como un ama de leche que busca un niño para criar; os confiarán uno, por recomendación del coronel, y os quedaréis junto á él, consagrándole todos vuestros cuidados.

—Y abandonaré á mi hijo por el de otro! respondió lady Macdonnel, cuyo amor maternal se veía herido por aquella orden.

—Y lady Macdonnel entrará como criada en casa de un puritano! dijo el marido encogiéndose de hombros. Estais loca, lady Salnsby, desde que han muerto al rey.

—Vos sois el loco, pues hablais de este modo á lady Salnsby, replicó esta con dignidad. Lo que he dicho debe cumplirse. Lady Macdonnel es mi hija, y creo conveniente que entre como criada en casa de Barkstead.

Macdonnel se echó á reir, tan extravagante le pareció la proposición de su suegra.

—Etais loca, repelia á cada instante, estais loca!

—¿Quién sois vos, lord Macdonnel, para responderme de este modo? exclamó lady Salsby, llena de inesplicable cólera. ¿Quiénes son esos antepasados que hacen llegar vuestra vanidad al estremo de que no podais consentir en lo que os pido? El primero era un montañés á quien Jacobo de Escocia, el mas gloton de los reyes, pagó un gallo silvestre con un señorío, un dia que estaba cazando y no tenia con que desayunarse. El segundo era un trovador á quien la reina María convirtió en lord por haber improvisado un poema en elogio de su hermosura, en el cual los versos de todos los cantos empezaban por una letra de su nombre. El tercero, era un usurero que prestaba al rey Jacobo, á un interés exorbitante, el oro que le robaba del gasto de su cocina. El cuarto.

—El cuarto, gritó Macdonnel, en el colmo de su furor, era mi padre, cuyo dedo meñique valia mas que todos los Salsby pasados, presentes y futuros!

Al mismo tiempo, Ralph, que se hallaba allí, se acercó á Macdonnel y le sacudió un fuerte puntapié, gritándole:

—¿Insultas á mi familia, eh? pues vas á ver.

Macdonnel, sorprendido por este ataque imprevisto, quedó absorto; pero su asombro aumentó cuando su esposa le dijo:

—Mi hermano tiene razon, milord, insultais á los Salsby, y sois indigno de estar enlazado con ellos.

—Los Salsby, le dijo su suegra, cuentan quinientos años de nobleza, pura y sin mancha, consagrada al servicio particular de los reyes de Inglaterra.

—Los Salsby, añadió su esposa, solo se han unido con los mas nobles señores de la corte.

—Los Salsby, dijo el niño, son capaces de matar de un solo puntapié á todos los Macdonnel.

Este habia llegado al último grado de imbecilidad.

Intervino Tomlinson. Macdonnel habia oido todo lo que se le exigia, y solo saltaba hacerle consentir en ello; pero como hombre que

conocía su debilidad y temía dejarse seducir; se encerró en una obstinada negativa.

—No quiero! era su única respuesta.

A pesar de su necedad, comprendía que si manifestaba los motivos que tenía para negarse á acceder, por grandes que fuesen, se dejaría vencer por los argumentos de su suegra, y creía anticiparse á ellos gritando obstinadamente:

—No quiero.

Pero lady Salnsby era demasiado hábil para no haber guardado contra Macdonnel un terrible y último argumento, el del miedo; así es que, tomando de repente un aire resignado, se dirigió al coronel Tomlinson, y le dijo:

—Creeríais, coronel, que este que se niega á una cosa tan sencilla, es el mismo que ha tenido valor de pagar á peso de oro á los cuatro conspiradores que penetraron hasta el aposento en que debía dormir Cromwell, y que...

—Es decir, exclamó Macdonnel, que sir Salnsby es quien!

—Podríais creer, añadió aquella, sin que pareciese escuchar á su yerno, que él es también quien tres meses atrás hizo un viaje á Escocia para sublevar aquel país en favor del desdichado Carlos?

—No soy yo quien lo hizo! gritó Macdonnel; fui allí para renovar los arrendamientos, y sir Salnsby fué quien....

—El es quien pagó el último libelo que Ansbly ha escrito contra Cromwell; él quien mantiene á sus costas á los pobres escoceses que han jurado sobre los santos Evangelios la muerte del traidor; él quien oculta las armas y las municiones de los conjurados; él...

—Señora! exclamó el desventurado, estoy inocente de todos estos horrores.... He pagado... es decir, habeis pagado con mi dinero; estimo á Cromwell.... y además me dijísteis que esos barriles contenían malvasia; ¿quereis hacerme ahorcar? Coronel, todo esto es una infame mentira....

—Lady Salnsby añadió con tono de desprecio:

—Y este hombre retrocede ahora que se trata de una separación de algunos días y del cumplimiento de un deber que solo requiere su silencio.

—Al oír estas palabras, Macdonnel cogió de la mano á su mujer, la presentó á su madre, y dijo á esta :

—Aquí teneis á vuestra hija, haced de ella lo que gustéis, nada quiero saber ni mezclarme en cosa alguna; convertidla en criada, en nodriza, poco me importa, me lavo las manos; lo único que siento es que me la hayais dado por mujer. Adios!

Diciendo esto, salió del aposento, dejando á Tomlinson y á lady Macdonnel llenos de éstupor, y á lady Salnsby alegre por tan brusca resolución.

—Esto es todo lo que queria de él, que se calle, dijo.

En seguida, dirigiéndose á su hija, le contó en pocas palabras la historia de Ana y Carlos I. Por doloroso que fuese el papel que iba á representar la jóven lady, era tal el fanatismo que su madre le habia inspirado por la causa real, que aceptó su mision como una felicidad, desde que supo de lo que se trataba.

Sacrificar su vida y la de sus hijos para el triunfo del trono; soportar la miseria, el destierro, el cautiverio, el tormento; consagrar sus dias y sus noches á escitar en secreto el descontento contra el nuevo órden de cosas, minarlo ocultamente y combatirlo en público; adoptarlo, respetarlo y patrocinarlo todo, cuando venia de los realistas; odiar, despreciar y calumniar cuanto se refiriese á sus adversarios; mentir, robar, asesinar, morir, practicar indiferentemente el bien y el mal; perjurar, venderse, huir y hasta deshonorarse por lo que llamaba la gran causa, tal era la moral política que lady Salnsby habia enseñado á sus hijos, y que su esposo ponía en práctica. Ralph, á pesar de su estremada juventud, se hallaba imbuido ya en aquellos odiosos principios; pero así como su hermana no hacia mas que someterse á ellos, él los profesaba con ardor.

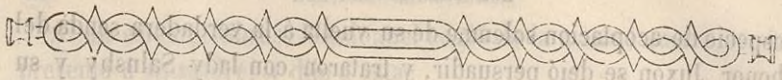
Lady Julia Macdonnel obedecia las órdenes de su madre, pero se conocia que Ralph se anticiparia á ellas algun dia.

Pronto llegó Juxon, y pareció sorprenderse al ver á Tomlinson en casa de lady Salnsby. Tranquilizóle el coronel, y le dijo con profunda conviccion que habia abandonado el funesto error por el que se dejara arrastrar antes. Le habló de su arrepentimiento en sentidos términos, y le juró que era ya tan adicto al trono como enemigo suyo habia sido antes, acabando por pedirle su bendiccion, cual una

especie de aceptacion solemne de su vuelta á la verdadera senda del honor. Juxon se dejó persuadir, y trataron con lady Salnsby y su hija de los medios de hacer admitir á esta en casa de Barkstead.

Por lo demás, preciso es decir que la organizacion de Tomlinson era muy particular. Quizás ningun hombre habia cometido mas injusticias que él con tanta rectitud de corazon, ni cambiado mas á menudo de partido con mayor buena fé. Era tan impresionable, que cualquier suceso inesperado bastaba muchas veces para trastornar todas sus ideas. Habiendo visto cierto dia que un cochero pegaba á su caballo, pidió al Parlamento que diese una ley castigando á los que maltratasen á los animales, y por haber oido que un niño respondia indebidamente á su padre, propuso establecer en Inglaterra, como en Roma, el derecho de vida y muerte de los padres sobre sus hijos. Se habia hecho republicano porque un dia el rey dió delante de él un latigazo á un criado, y volvió á ser realista porque vió ejecutar á Cárlos I.





hijos de los médicos habían admitido á esta en casa de Barkstead.
 Por lo tanto, preciso es decir que la organización de Tomlinson
 era muy particular. Quizás ningún hombre había cometido más in-
 justicias que él con tanta facilidad de corazón, ni cumplido más á
 menudo de partido con mayor buena fé. Era tan impresionable que
 cualquier suceso inesperado bastaba muchas veces para trastornar
 todas sus ideas. Sabiendo visto **VI.** á un cochero pegado á los
 en caballo, pidió al Parlamento que diese una ley castigando á los
 que maltratasen á los animales, y por haber oído que un niño res-
 podía inhumanamente á su padre, propuso establecer en Inglaterra
 como en Roma el derecho de vida y muerte de los padres sobre
 sus hijos. Se había hecho republicano porque un día el rey dio
 delante de él un látigo y un estribo, y él se levantó porque
 vio elevar á Carlos II. con el pie de la y la y un vestido.
 —Cuando solamente lo escuchaba, él escuchaba la voz de el rey.
 cuando escuchaba el nombre de Carlos II. con el pie de la y la y un vestido.
 en su vida y en su vida, él escuchaba la voz de el rey.
 él escuchaba la voz de el rey.

CONSPIRACION DESCUBIERTA.



ABIAN transcurrido ocho dias desde el 30 de enero, durante los cuales Ana fué enterrada sin pompa, y Julia Macdonnel presentada en casa de Barkstead, bajo el nombre de Catalina, siendo admitida como ama de leche. Colocáronla en un aposento retirado, donde permanecia cuidadosamente encerrada, y á pesar de los chismes de Molly, que le hallaba las manos demasiado blancas, todo habia recobrado en la casa la tranquilidad y órden acostumbrados.

El terrible Tom Love habia ido dos ó tres veces á preguntar, primero por el héroe de la daga, despues por la pobre jóven desmayada, y finalmente por la hermosa nodriza.

—Apostaria que he visto esa cara bajo una toca de terciopelo y una gorra de encajes; por otra parte, he reparado que desde que

está aquí, un guapetón con facha de caballero se pasea por las inmediaciones de la casa, y juro que si vuelvo á encontrarle, he de hundirle por lo menos dos costillas.

Tom Love decia estas palabras en la puerta de Barkstead, apoyado en el ángulo de la pared, mientras que Molly le miraba con agrado desde el umbral.

Al cabo de un instante añadió aquel con aire de disgusto y rascándose la frente:

—Estoy incomodado, Molly, porque no me parecen las cosas muy claras. Master Barkstead es sin duda un santo; pero no sé, desde que se ajustició al Estuardo, veo en su casa rostros sospechosos; ayer se hablaba de ello en la taberna del Rey Ricardo en Temple Bar. Es preciso que se vaya con cuidado, porque no falta quien oyó los gritos de Ana, se ha sabido que vino Andlay, y luego Junction, y luego.... Decid de mi parte al coronel que mire lo que hace, porque en la taberna hay muchos curiosos, y Tom Love con solo estender el brazo puede detener á un toro, pero no la balá salida de un buen arcabuz.

Molly iba á preguntar á Love, cuando este partió como una saeta. El caballero que tanto le desagradaba, acababa de aparecer al extremo de la calle, señalando con el dedo la casa de Barkstead á dos hombres que le seguian.

Alarmada Molly por lo que Love acababa de decirle, le siguió con la vista durante algun tiempo; pero el caballero habia desaparecido, y pronto vió llegar otra vez á aquel, en compañía de un obrero del puerto de Lóndres, con el cual parecia disputar acaloradamente. Al llegar cerca de la casa, oyó que este último decia:

—Te repito que aquella sangre les ha amilanado; creen haberlo hecho todo porque han cortado la cabeza á la serpiente; pero si dejan vivir á esa raza de culebras que ha quedado, el veneno real nos emponzoñará otra vez. Mira, mira, añadió señalando la puerta de Barkstead, ¿ves aquel hombre que entra allí? estoy cierto que es alguno de esos tunantes realistas á quienes recibe diariamente el coronel.

En efecto, el duque de Richmond, antiguo chambelan de Carlos I entraba en aquel momento en casa de Barkstead.

—Tom Love trataba de apaciguar á su camarada, porque el enojo de este parecia aumentar gradualmente; pero pronto conoció cuán difícil seria lograrlo, al ver entrar sucesivamente en la casa á lord Clarendon, el mismo que habia solicitado y obtenido la bendición de Carlos al dirigirse este al cadalso, á Juxon, al marqués de Hertfort y á los condes de Southampton y de Lindsey.

—Al verles, Williams, pues así se llamaba el obrero que iba con Tom Love, se alejó, profiriendo terribles amenazas, y aquel se acercó á Molly, que no se habia movido de su sitio.

—Dejadme entrar, dijo á la anciana criada, pues de fijo se va á armar una pelotera, y si vienen á hablar aquí el lenguaje de la taberna del Rey Ricardo, no será malo, añadió enseñando el puño, que Master Barkstead tenga de su parte al primer orador de la sociedad, pues aun cuando no obra muy francamente, no permitiré que echen abajo su casa sin oírle.

Asustada Molly, le hizo entrar y quiso avisar á su amo, pero no pudo realizarlo, pues este se habia encerrado con las personas que antes hemos mencionado.

Tom Love le prohibió que participara sus temores á la esposa del coronel, y los dos permanecieron con Betty en el piso bajo de la casa. Hacia un rato que se hallaban allí, cuando oyeron disputar acaloradamente junto á la puerta.

Molly corrió á enterarse de lo que pasaba, y apenas hubo entreabierto la puerta, se precipitaron por ella dos hombres, faltando poco para que la hicieran caer. Ambos la acosaron con las mismas palabras:

—Yo entré primero, y por consiguiente debo ser presentado antes que este.

—Anunciad á la respetable reunion, decia uno, á maese Cristóbal Volgthmooth.

—Decidles, replicaba el segundo, que maese Krakanwimeth está á las órdenes de sus señorías.

En seguida, sin aguardar la respuesta de Molly, gritó á su adversario:

—Miserable mercader de andrajos, ¿acaso quieres luchar con un hombre como yo, cuando no tienes una carroza decente ni una sola llorona que pueda competir con las mias?

—Cállate, replicaba maese Cristóbal, acuérdate del día en que dos entierros, salidos uno de tu casa y el otro de la mía, se encontraron en el camino de Windsor. Tus lloronas fueron silbadas y apedreados los hombres que formaban tu acompañamiento, al paso que todo el mundo aplaudió á los míos. Tan completo fué mi triunfo, que al volver de la ceremonia, los habitantes del arrabal obsequiaron á mis gentes con unos jarros de cerveza é hicieron bailar toda la noche á mis plañideras.

—Poco á poco, sepultureros de Barrabás, dijo Tom Love interponiéndose entre los dos adversarios; no metais tanto ruido, pues ha sido enterrada ya, y para nada os necesitamos.

—Cómo! replicó Krakanwimeth, si aun no hace una hora que le he visto en Withe-Hall, con la cabeza muy bien pegada al cuerpo por el doctor Andlay, perfumado y embalsamado como un pavo relleno!

—¿De quién estás hablando? repuso Tom Love.

—Toma! dijo maese Cristóbal, del traidor y tirano Carlos I, á quien el Parlamento ha concedido quinientas libras esterlinas para que le hicieran enterrar con decoro.

—Ah! eso ya es otra cosa, exclamó el gifero; ahora comprendo á que han venido todos esos caballeros. Molly, id á avisar al coronel, mientras yo mantengo en paz á estos perillanes.

Molly llamó á un criado para que avisase á Barkstead, y apenas acababa este de dar orden para que introdujesen á los dos competidores, se oyó al extremo de la calle un siniestro y confuso rumor.

En un momento la casa fué rodeada y rotos á pedradas los cristales, resonando por todos lados los gritos de: Muera Barkstead! mueran los traidores!

El coronel se asomó varias veces á la ventana, y otras tantas fué recibido con amenazas y gritos, sin lograr que le escucharan. Parecía ya que no le quedaba otro recurso que resignarse á que saquearan su casa y á ser víctima del insensato furor del pueblo, cuando Tom Love entró súbitamente en el aposento en que se hallaban reunidos él y los caballeros de que hemos hablado.

Presentóse á la multitud, que pareció sorprenderse al verle en

semejante sitio, pero cuyos gritos no cesaron por esto, y dominando aquel inmenso murmullo con su potente voz, exclamó:

—Y bien, miserable canalla! ¿qué buscáis aquí? Apuesto una guinea al mas pintado á que no lo sabe.

Esta interpelacion hizo cesar la gritería de la multitud, y Williams, subiendo á una carreta que habian colocado debajo de la ventana en que se hallaba Tom Love, para poder escalar mas fácilmente la casa:

—Hemos venido, dijo, para apoderarnos de los conspiradores á quienes recibia Barkstead.

—¿Y contra quienes conspiran? preguntó Tom Love cruzando los brazos y apoyándose familiarmente en la ventana.

—Contra el pueblo inglés, al cual quieren destruir.

—Mientes, gritó Tom Love con sardónica sonrisa, no se paran en tan poca cosa, y no falta aquí quien conspira contra toda la humanidad y quisiera veros muertos á cuantos os hallais presentes, aun cuando sois unos miserables que no teneis diez chelines para haceros enterrar.

—Tom Love se está burlando de nosotros, gritó Williams volviéndose á la muchedumbre; es un traidor á quien han seducido las promesas de los realistas.

—Si hubieras dicho esto al alcance de mi brazo, repuso furioso el gifero, juro á Dios que no habia de quedarte ni un diente en esa boca que acaba de pronunciar tan infame mentira. Vamos á ver, hablador del diablo, ¿qué has dicho á esas buenas gentes para hacerles venir aquí?

—He dicho que habia visto entrar al duque de Richmond en casa de Barkstead.

—Es verdad; aquí está, replicó Tom Love.

La muchedumbre empezó á murmurar sordamente al oír esta esplicita confesion.

—¿Y qué mas? preguntó Love en tono burlon.

—He dicho que el marqués de Hertfort y los condes de Southampton y de Lindsey habian entrado furtivamente tambien, y apuesto á que todavia se hallan aquí.

— Tom Love volvió ligeramente la cabeza, como para mirar al fondo del aposento cuya ventana ocupaba.

— También es verdad, Williams, aquí están los tres hablando con lord Clarendon.

Al oír este nombre, aumentaron los gritos de la multitud, y Williams, creyendo aprovechar un momento favorable, se volvió otra vez hacia ella, gritando:

— El traidor Juxon está también.

— Así es realmente, dijo Tom Love.

Renováronse las vociferaciones y las amenazas; pero el terrible gífero no se asustaba fácilmente; así es que, dirigiéndose de nuevo á Williams:

— Aun hay otros, vocinglero maldito, le dijo; veamos si conoces á todos los que están aquí conspirando.

— ¿Y qué me importa á mí? respondió Williams, pronto trabaré conocimiento con ellos, cuando estarán colgados de los árboles de Tyburn.

— Antes te los haré conocer yo! Eh, maese Volghmooth! Eh, maese Krakanwimeth! dijo entonces Tom Love con voz atronadora, arrastrando á la fuerza hasta la ventana á los dos enterradores, y señalándoles á Williams, aturdido por su presencia; ¿además de las quinientas libras que el Parlamento ha concedido para dar sepultura al Estuardo, cuánto quereis para enterrar á ese carroño? Costará menos que un jumento y mas que un perro ¿no es verdad? á poca diferencia lo mismo que un marrano ¿eh? Esperad, esperad un momento, y voy á entregaros la mercancía.

Entre tanto Williams se habia escapado en cuanto oyó pronunciar los nombres de aquellos *empresarios de honras fúnebres*. El populacho amotinado recordó acto continuo el decreto del Parlamento, y á no dudarlo Williams hubiera sido víctima de su error á no ser por la estravagante alegría que causaban los cómicos saludos de los enterradores, saludos que los capirotaeos que Tom Love les aplicaba alternativamente en la nuca, hacian mas ridiculos y precipitados.

— Este incidente, que parecia deber producir un funesto resultado

para Barkstead, influyó de un modo muy distinto en los acontecimientos que tuvieron lugar aquel día.

En efecto, el coronel se presentó en la ventana, y fué recibido con unánimes aplausos; pero muchas voces pidieron que se manifestara el día, hora y órden con que tendria lugar la fúnebre ceremonia de que iban á ocuparse.

Barkstead dijo que satisfaria aquel deseo, y la turba permaneció tranquila, pero no se alejó y siguió ocupando toda la calle.

Los que se hallaban en casa del coronel empezaron entonces á deliberar, afectando todos que cumplieran con su deber bajo aquella amenazadora influencia, cual si se hallaran en una fortaleza al abrigo de todo temor.

Barkstead, único que en realidad permanecia impasible, indicó á los comisionados que se sentaran, y todos lo hicieron al rededor de una mesa. Entre tanto Tom Love se habia quedado en el alfeizar de la ventana, con los brazos y las piernas perezosamente cruzadas, y apoyado en la pared.

Sea que Barkstead no le hubiese visto, sea que hubiese reparado en él y no quisiera alejarle, nadie se ocupó de su presencia. A una señal del coronel, lord Clarendon tomó el primero la palabra:

—Coronel Barkstead, dijo, deseamos que para honrar la memoria del difunto rey, se depositen sus restos en un ataúd de plomo. Doscientos soldados servirán de escolta al que ha mandado ejércitos enteros, el cual, colocado sobre un coche enlutado, precedido por el clero católico, que implorará en su favor la misericordia celestial, y seguido por algunos amigos y por sus fieles servidores, atravesará la ciudad y se dirigirá á la iglesia de Westminster, donde se le dispondrá una hoya en la capilla en que descansan sus antepasados. Un modesto túmulo, en que solo se espresarán las fechas de su nacimiento, de su advenimiento al trono y de su muerte, dará á conocer á sus amigos el sitio en que yace Carlos Estuardo, último rey de la Gran Bretaña.

—¿Es esto cuanto deseais, señores? preguntó friamente Barksstead.

Los comisionados cambiaron una mirada de inteligencia, y el duque de Richmond tomó la palabra.

—Es escusado decir que se observarán en la ceremonia las costumbres introducidas.

—¿Qué entendéis por esto? dijo el coronel.

—Que formarán parte del acompañamiento, respondió el duque de Richmond, cierto número de llorones y plañideras completamente enlutados.

—Corriente.

—Y las correspondientes hachas, añadió el duque.

—¿Y luego?

—Los chantres que acostumbra ir con los sacerdotes, replicó Richmond.

—¿Qué mas?

—Cierta número de pobres á quienes la liberalidad del rey ha legado como un deber la gratitud.

Barkstead contrajo los labios con impaciencia, y dirigiéndose á Juxon:

—¿Y vos, señor obispo, teneis algo que proponer por vuestra parte?

—No creo, respondió este engañado por la aparente frialdad del coronel, que se niegue á los amigos de la víctima un favor que se concederia á los del último de los lores del Parlamento; tal es el derecho de declarar sus colores, y permitir que formen parte de la comitiva cuantos los lleven.

—¿Es esto todo? preguntó otra vez Barkstead. ¿Marqués de Hertfort, condes de Lindsey y de Southampton, nada teneis que pedir para vuestro Señor?

—Nada mas, respondió el marqués de Hertfort, sino la libertad de llenar esos modestos deberes, libertad que ponemos bajo la salvaguardia del Parlamento, para que proteja nuestro dolor contra el enojo de un populacho desenfrenado.

—¿Y para esto, qué esperais del Parlamento?

—Que haga guardar las calles por donde pasarémos, y las avenidas de Westminster por el regimiento que tenga á bien elegir.

—¿Os agrada el de Tomlinson? dijo Barkstead en tono penetrante.

—Sí, por cierto, contestó el marqués con mal disimulada alegría.

Reinó un profundo silencio durante algunos minutos, durante cuyo tiempo Barkstead pareció recogerse.

—¿Nada teneis que añadir, milores?

Una señal negativa fué la única contestacion que obtuvo, y llamando entonces en alta voz á Cristóbal Volghmooth :

—Maese Cristóbal, le dijo, ya habeis oido lo que estos señores desean. ¿Podeis proporcio nárselo todo por las quinientas libras esterlinas que ha votado el Parlamento?

—Jé, je! respondió aquel, no atreviéndose á decir todo lo que pensaba, pero sonriendo desdeñosamente; semejante pregunta es una burla. Todo eso por quinientas libras! Ni por mil me encargaba de ello. Un carro, lloronas, chantres, pobres, antorchas... por quinientas libras! Jé, je! Ya se conoce que esos señores no se han hecho enterrar nunca, pues de lo contrario sabrian lo que puede hacerse por tan poco dinero.

A una señal de Clarendon, Krakanwimeth se acercó.

—Yo lo haré, dijo, si ese usurero no quiere; y hasta añadiré una compañía de heraldos á caballo, tocando la trompeta, y otra de tambores enlutados, para abrir y cerrar la marcha.

—Mientes! exclamó furioso Cristóbal; no le creais, nobles señores; aun cuando encienda ramas de abeto en lugar de antorchas y vista con sacos sus lloronas, aun cuando pida prestados á Arnot los trajes de la ceremonia de Hamlet, y sus músicos vayan montados en jumentos en lugar de caballos, aun cuando deje á los pobres sus harapos y alquile todos los mudos de Lóndres para cantar, no puede hacerlo por quinientas libras.

—Coronel Barkstead, repuso Clarendon, el precio de todos esos pormenores y el mayor ó menor lujo que en ellos se despliegue, nos importa poco desde el momento en que este hombre se ofrece á proporcionarlos y vos aceptais nuestro plan.

—¿Milores, dijo el coronel levantándose y apoyando las manos en la mesa, habeis meditado bien vuestra proposicion? La prudencia que generalmente preside á las decisiones de vuestro partido, ha muerto con Carlos I?

—¿Qué quereis decir con esto? exclamó el marqués de Hertfort. ¿Pretendeis insultarnos, coronel?

—No, sino daros una lección.

—Caballero! exclamaron todos, levantándose lo propio que el marqués; ¿son estas las consideraciones que el Parlamento había prometido á los amigos de Carlos I?

—Calmaos, señores, añadió Barkstead, el Parlamento ha prometido tener todos los miramientos que se deben á los amigos de Carlos I, pero no á sus propios enemigos.

—Explicaos, coronel, dijo el duque de Richmond; es preciso que sepamos si se quiere añadir la violacion de las prácticas mas santas á la de las leyes y la profanacion al asesinato.

—Voy á esplicarme, señor duque, y sabriais ya á donde quiero ir á parar, si para oirme hubierais tenido la misma calma que he manifestado yo al escuchar vuestras estrañas proposiciones. Para aquellos que jamás han visto mas que lo aparente en vuestros discursos y lo exterior de vuestras acciones, no hay cosa mas sencilla que lo que acabais de proponer. Algunos llorones y chantres, segun costumbre, unos pobres que veneran la memoria del difunto rey, unos cuantos hombres que llevan antorchas, como en todos los entierros, los servidores y amigos del finado, los que quieran vestir sus colores, y un regimiento para proteger la comitiva, todo esto es natural y decente ¿no es verdad, milord? Sin embargo, hé aquí lo que en ello ha encontrado mal combinado un hombre que acostumbra penetrar vuestros proyectos mas de lo que pensais. La comitiva, compuesta del modo que habeis dicho, sale del parque de Saint-James, desfila al son de la música religiosa, y pasa con toda solemnidad y calma por las calles inmediatas al palacio. De repente, un accidente imprevisto, una rueda que se rompe, por ejemplo, detiene el carro fúnebre.... en cualquier sitio.... delante.... supongamos delante de vuestra casa, conde de Southampton; es menester algun tiempo para recomponerla, y los amigos que van junto al ataud, suben á vuestra habitacion para descansar ó para cualquier otra cosa. La comitiva emprende otra vez la marcha y llega al poco rato á la entrada de la gran plaza de Westminster: ya sabeis, marqués de Hertfort, que hasta en las casas de los mejores realistas se ocultan gentes adictas á la mala causa; pues bien, allí, por casualidad, algunos de vuestros criados insultan acaso los restos mortales de Carlos I, á

pesar de vuestra presencia y de vuestras órdenes; casualmente tambien, la puerta de la iglesia está llena de malvados; estos hieren á algunos de los soldados que tienen el encargo de protegeros; el coronel, cediendo á su indignacion y con toda inocencia, les da órden de cargar al pueblo que les ha herido; se exaltan las cabezas; los amigos de Cárlos I han hallado algo mas que descanso en casa de Southampton, pues habian dejado olvidadas allí pistolas, sables y puñales; los pobres se hallan ricos de armas; los chantres rompen los tambores abandonados en medio de la calle, y encuentran en ellos pólvora y balas; los llorones y los músicos encuentran gran número de fusiles dentro del carro fúnebre, tirado por ocho caballos; alguien, supongamos por un momento que sea el obispo Juxon, se halla en la iglesia, una de cuyas puertas no ha mandado cerrar por distraccion; adviértenlo algunos imprudentes, se precipitan por ella, suben al campanario y dan la señal de alarma; entonces reina la mayor confusion, la irritacion de los ánimos llega á su colmo, el dolor es tan profundo que hace derramar sangre en vez de lágrimas; no falta quizás quien da vivas á Cárlos II en vez de orar por Cárlos I, y se acaba por pasear en triunfo á un niño en lugar de enterrar un cadáver. Mal dispuesta está la ceremonia, millores, y el Parlamento me ha prohibido adoptar vuestro plan.

Esta larga zumba de Barkstead habia confundido á los lores, que parecian anonadados; solo Juxon se mostró insensible á ella.

En esto se dejaron oír otra vez los gritos del populacho, y algunos violentos golpes dados á la puerta de la calle, parecian mover toda la casa. Juxon los escuchó con impaciente atencion, en tanto que Barkstead, con los labios contraídos, parecia contener con suma dificultad el furor que le devoraba. Entre tanto se calmó el ruido, como el de las olas que despues de azotar las rocas se alejan mugiendo, y Juxon dijo:

—La acusacion del coronel Barkstead no me causa la menor sorpresa. Esa política de dos caras, que se muestra generosa en la apariencia y persigue ocultamente; ese mentido respeto por la memoria de la víctima y el mal disimulado pretesto para negarle un palmo de tierra; esa proteccion que debia ampararnos aquí, y el populacho que nos rodea; esa libertad que se ha prometido á nues—

tro dolor, y la acusación bajo la cual quiere ahogarse, ¿es acaso tan nuevo ó tan contrario á las costumbres de Cromwell, que deba sorprendernos?

El tumulto, apaciguado un momento, empezó de nuevo, y pronto un murmullo continuo dominó de tiempo en tiempo los prolongados gritos de la muchedumbre, á la manera que los cañonazos se dejan oír entre los disparos de la mosquetería.

—Obispo Juxon! exclamó entonces Barkstead lleno de cólera, ¿ignoras que conozco hasta los pliegues mas recónditos de tu alma? ¿Eres tú quien puede hablar de artimañas al coronel Barkstead? ¿Y el orgullo de vuestra sangre os sube de tal modo á la cabeza á todos vosotros, que nos tratais como insensatos? añadió dirigiéndose á los lóres! ¿Direis siempre que se os calumnia porque se os adivina, que se os teme porque se os perdona, que se os asesina cuando se os juzga? Basta, basta ya, por mi vida! He arrancado de manos de Torloe las pruebas de esa conspiración mal encubierta, cuando iba á enviarlas al gerif, para hacerlos prender, ¿y vosotros sois quienes acusais y dirigís recriminaciones? Basta, basta, repito, si no quereis que esos enterradores se ocupen de vosotros en lugar de hacerlo de Carlos I. Y por lo que hace á ese populacho que nos rodea, milóres, ignoro todavía como saldremos de aquí vosotros y yo, pero puedo asegurar que tú, obispo Juxon, ayer fuiste disfrazado de marinero á la taberna del Rey Ricardo, donde estuviste bebiendo con Williams.

Juxon hizo un movimiento y palideció.

—¿Qué dices ahora, promovedor de discordias? añadió Barkstead. ¿Sabes cual de los dos es dueño de ese populacho que has desencadenado contra mi casa? ¿Quieres saberlo? Abre esa ventana y asómate á ella! ¡No te atreves, insensato! creias manejar toda esa gente como si fuera el arma de un niño ó de un cortesano! Que Dios se apiade de tí, ó vas á abrasarte en el fuego que tú mismo has encendido! Conspirador ético, que solo tienes valor para promover un motín de taberna, ¿ignoras acaso que es preciso el soplo del Señor para dirigir el incendio, cuando se estiende por toda la ciudad? ¡Júzguenos Dios á entrambos! Vén conmigo, vén á arengar á esas gentes, ensaya tu voz contra la mia, tu elocuencia contra mi elo-

cuencia, y el que de los dos haya producido la sedicion, sea su jefe.

Juxon, repuesto ya, sonrió desdeñosamente, pero Southampton, precipitándose hácia Barkstead, le detuvo en el instante en que se dirigia á la ventana para abrirla.

—¿Quereis entregarnos á ese populacho enfurecido, exclamó? es un asesinato premeditado lo que vais á hacer?

En efecto, el tumulto habia llegado á su último grado, y millares de voces pedian unánimes que se les entregase á Barkstead y á los demás comisionados.

Juxon se levantó pausadamente, y con voz solemne dijo á Barkstead:

—Coronel, vuestra vida será respetada; milores, nada teneis que temer.

Una estrepitosa carcajada se dejó oír entonces en la ventana, y al volverse hácia ella, vieron á Tom Love, de quien se habian olvidado y que se mecía perezosamente, con la espalda apoyada en el alfeizar.

Esta interrupcion produjo un sombrío silencio, y solo el coronel continuó en tono de autoridad, como si nada hubiese oido:

—Señores, nos hemos reunido aquí para tratar del difunto rey, acabemos pues. Ya que habeis destruido lo que habia de santo en la mision que os estaba confiada, sufrid la pena de vuestra falta: hé aqui lo único que podeis hacer para honrar la memoria de Carlos I.

Esto diciendo, dejó sobre la mesa una órden sellada con las armas del Parlamento.

—Señores, dijo Tom Love adelantándose, aquí no hay ceremonia que hacer, ni hoya que abrir, ni túmulo que levantar; todo se ha acabado ya para el traidor.

—Oid lo que quiere el Parlamento! añadió Barkstead.

—Oid lo que quiere Tom Love, replicó este con su feroz insolencia. Escucha, Barkstead, ó si lo prefieres haz las veces de Parlamento, y yo haré las de pueblo. Ensayemos tambien nuestras fuerzas: te propongo el mismo reto que has dirigido á Juxon. . . . Fuerte contra él y débil contra mí, no te atreves á aceptarlo! Pues

bien, así como le decías que escuchara lo que el Parlamento quería, escucha tú lo que quiere Tom Love.

Dirigió su sangrienta mirada á los comisionados, y dejando escapar la colérica sonrisa que le era particular:

—Obispo Juxon, milores, coronel, dijo, escuchad todos. Carlos I, rey de la Gran Bretaña, no yacerá en la tumba de los cristianos....

No bien hubo pronunciado estas palabras, púsose de un salto en la ventana, abrióla de un puñetazo, inclinóse hácia fuera, levantó las manos como para llamar al populacho, y gritó de un modo formidable:

—Al Támesis el cadáver de Estuardo!

En seguida, dando un salto terrible, desapareció á los ojos de los comisionados.

Todavía se hallaban sumidos estos en un mudo estupor, cuando entró en la sala un hombre embozado en una ancha capa y con el fieltro calado hasta las cejas. Hizo con la mano un gesto que parecía imponer á la vez silencio y calma, y en seguida:

—Tranquilizaos, señores, dijo, tranquilizaos; el dogo tiene ya un hueso que roer.

Al ver al desconocido, una estremada sorpresa sucedió al espanto que dominaba á los circunstantes, pero él nada pareció advertir.

—Lord Clarendon, duque de Richmond, marqués de Hertfort, condes de Lindsey y de Southampton, repuso, vosotros erais los únicos encargados por el Parlamento de las honras fúnebres del difunto rey; pero quisisteis agregaros al obispo Juxon, y este, á pesar de ser un excelente confesor, es un malísimo consejero. Ya podeis haberlo conocido por lo que iba á sucederos á no estar yo prevenido de antemano. Seguid las órdenes del Parlamento, señores; las hallareis en los papeles que os ha entregado el coronel Barkstead, y no os separeis de ellas ni un ápice. Podeis retiraros sin temor, pues Turloe nada me ha dicho, y Barkstead es discreto. Quedaos, señor obispo, tenemos algo que hablar. Coronel, acompañad á esos señores.

— Los comisionados parecían vacilar.

— Mirad, continuó el desconocido acercándose á la ventana, la calle está desierta, pues vuestros amigos de la taberna del Rey Ricardo no han podido resistir al deseo de arrojar al Támesis á Cár-

los I. — Salieron los gentilhombres, y Juxon quedó solo con Cromwell.



VII.

CONVERSACION.



AL urdida estaba vuestra conspiracion, obispo Juxon, dijo Cromwell, pues las honras fúnebres son un medio poco á propósito para promover motines, y por otra parte el cadáver de un rey que murió hace ocho días, ya nada puede inspirar al pueblo. Acaso hubierais logrado algo teniendo á uno de los hijos de Cárlos, pero aun así era preciso que fuese legitimo y conocido, y no tener que andar con esplicaciones á las masas, como hubiera sucedido con Carlota, porque mientras vos les hubierais contado la historia de su nacimiento, yo les hubiera sorprendido con un palmo de boca abierta. Poca prevision habeis mostrado.

— Sois un juez muy severo, Cromwell, pero el Evangelio dice.....

— El Evangelio dice que vemos la paja en el ojo del vecino, y no... et cætera, et cætera. Sé perfectamente el Evangelio, milord,

pero no tiene aplicacion al caso presente; juzgad vos mismo. Empezais por hacer creer á Barkstead, cuya sobrina ha tenido un hijo con Cárlos I, al igual que muchas otras, empezais, digo, por hacerle creer que esto es un gran secreto de Estado; el coronel se exalta con esta idea, interesa en ello su honor, y presta á Cárlos un juramento que puede cumplir sin temor alguno, porque, milord, si para sublevar á Inglaterra necesitais hijos bastardos de su difunto rey, puedo proporcionaros una numerosa lista para que escojais mejor. Imbuís á lady Salsby la idea de convertir á su hija en nodriza, y la tonta acepta con alegría, gracias á la educacion que le habeis dado. En seguida inducís á un marido imbécil á que robe por cuenta propia la esposa que le han arrebatado por cuenta de la buena causa, como la llamais vos, y os ofreceis á ayudarle si quiere apoderarse tambien de aquella muñeca, que quereis enseñar al pueblo, ni mas ni menos que si estuviésemos aun en los tiempos de los Warbeck. Al objeto organizais un motin en la taberna del Rey Ricardo, á donde vais disfrazado de marinero; Macdonnel ronda todos los dias esta casa, como un caballero español, con el embozo hasta las narices y el fieltro hasta los ojos; en seguida exaltais á esos pobres gentilhombres, les prometeis nombrarles pares y darles bienes y condecoraciones, y combinais con ellos una conspiracion tan necia, que aun cuando yo no la hubiera descubierto, bastara para desbaratarla que lloviera media hora ó el carro fúnebre se parara cincuenta pasos mas allá del palacio de Southampton. Además, porque Tomlinson desmayó el 30 de enero, creéis que todo el ejército está á vuestro favor! Muy errados andais, milord, muy errados!

—Solo los resultados son los verdaderos jueces del mérito de las cosas; ni hemos acabado aun, ni lo habeis previsto todo.

—Os engañais; todo se ha previsto y se ha acabado todo. Hablais de resultados! Y ¿cuáles son los que habeis alcanzado? ¿Se ha efectuado algo de cuanto combinásteis? ¿Desde el nacimiento de Carlota, que debia ser un secreto para mí, hasta esa revolucion que debia derribarme, cuál de vuestros deseos se ha realizado? Ninguno.

—Una traicion nos ha perdido.

—Mejor diriais que vuestra incapacidad os ha salvado, obispo Ju-

xon! Si vuestro plan hubiera tenido la menor probabilidad de buen éxito, ni vos ni vuestros cómplices viviríais á la hora presente. Para ello no habia necesidad de causa ni de sentencia; me bastaba dejar obrar á ese pueblo en quien confiabais. Escuchad, obispo Juxon; cuando yo era niño, en el patio de mi casa habia una especie de cubeta en que se abrevaban los caballos. Cierta dia que estaba llena de agua, quise derramarla á los piés de uno de mis amiguitos que se hallaba distraido; levantéla de mi lado, pero cuando iba ya á lograr mi intento, faltáronme las fuerzas, escapóseme de entre las manos, cayó otra vez al suelo, y el agua que debia derramarse sobre mi compañero, repelida en sentido contrario, me mojó de piés á cabeza. Vos, obispo Juxon, queríais hacer conmigo lo que yo con mi amiguito, y poco ha faltado para que os sucediera lo que á mí, pues si el pueblo no os ha despedazado hoy, es porque yo no lo he querido.

—¿Luego vos sois quien ha hecho de modo que Tom Love asistiera á nuestra reunion y que llegase al extremo de sobreponerse al representante del Parlamento?

—He querido que el gifero Tom Love supiera que hoy debia ser atacada la casa de Barkstead, para que viniese á defenderla, aun que vosotros estuviéseis en ella. Para protegeros, he armado la única fuerza que puede combatir la que imprudentemente llamasteis en vuestro auxilio; al pueblo contra el pueblo, á Tom Love contra Williams. He tenido compasion de vos, milord: los cien hombres que Williams habia comprado, hubieran muerto á Barkstead, apoderándose de la niña, lo creo; pero los demás procedian con buena fe, y os hubieran hecho trizas, estoy seguro de ello. Así pues, milord, Williams, que queria serviros, os hubiera perdido, porque vos le guiabais, y Tom Love, que hubiera dado su vida para perderos, os ha salvado, porque yo le tenia en la mano. Los parlamentos, los jueces, los generales pueden corromperse, pero no el pueblo, y la corrupcion es la única arma que conoceis á fondo. Por lo que hace al pueblo no le comprendéis, y si no quereis ser su víctima, hareis bien en dejarle á los que saben servirse de él mejor que vos.

—¿Siendo así, vos sois el que habeis querido que el cadáver de Carlos I fuese arrojado al Támesis?

—No; he querido que fuese decorosamente enterrado en Windsor, como se está practicando en este momento, y segun se disponia en la órden que Barkstead ha entregado á los lores comisionados, pues lo que el pueblo arrastra por las calles, insultándolo y llenándolo de lodo y de inmundicias, no es mas que un ataud de plomo cubierto de madera. Dentro de una hora se habrá cansado de su diversion, y lo arrojará al Támesis; pero este solo llevará al mar cuatro tablas y una caja de plomo, en tanto que el cuerpo de Carlos I. llegará á Windsor, acompañado por sus gentilhombres, como habia mandado el Parlamento y ha querido Cromwell.

—Sí, pero mañana Windsor quedará reducido á escombros, y el pueblo, irritado al ver que se le engañó, llevará sus deseos de venganza mas allá del cadáver de Carlos I. El tigre gusta tambien de la carne viva, y puede que despedace la mano que le conduce, con los dientes que le han dejado aguzar en un ataud, porque en él ha podido conocer sus fuerzas.

—Mejor diriais su torpeza. Por lo que atañe á vuestro tigre, cuyos dientes despedazan las manos de su amo, no le considero sino como un niño á quien de vez en cuando es necesario dejar que rompa el juguete de que se ha cansado ya. Mañana Inglaterra me agradecerá el que haya evitado á su pueblo la vergüenza de semejante profanacion. Oid, pues, lo que tengo que deciros: haced que guarden silencio los Salnsby; llevaos á esa lady ama de leche, y dejad á Barkstead el cuidado de educar á la hija de su sobrina; no volvais á beber con los obreros del puerto; confesad á los gentilhombres, pero no les imbuyais ideas sediciosas, y pensad que tal vez no estaré siempre de humor para perdonaros á vos y á vuestros cómplices.

—Uno tenemos que tampoco os perdonará á vos.

—¿Cuál es, milord?

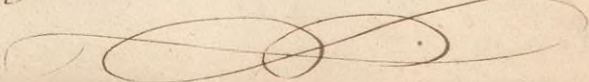
—El tiempo.

—¿Qué quereis decir?

—Que ciertamente entre cuantos desean la vuelta de los Estuardos, no hay un talento que pueda luchar con el vuestro, ni un valor capaz de combatiros; pero que sin embargo lograremos nuestro objeto, y los Estuardos ocuparán el trono otra vez.

—Jamás, milord, jamás!

Ed. Colster
Buenaventura Bassas



Vol. 299 lib. 2.º int.º

—Un jamás es mas largo que la vida del hombre, y solo podeis obligaros hasta donde alcance la vuestra, porque tenemos contra vos....

—El puñal y el veneno ¿no es verdad?

—La muerte! la muerte lejana, natural, la muerte que llega despues de la ancianidad, pero que hundirá en vuestra tumba la voluntad, el poder y el genio de la república, mientras que la monarquía habrá conservado su culto, engrandecido bajo la persecucion y preparado su triunfo.

—¿Y esto por qué?

—Porque vos sois un hombre, y nosotros somos un partido.

—¿Creeis que no tiene el suyo la república?

—Aun no; juzgad á vuestra vez. Con razon habeis despreciado á los hombres que obedecieron á mi voz; convengo en que el plan concebido por mí nada vale, y hasta si es preciso, confieso que es insensato y quimérico. Pues bien; hombres y mujeres han intentado lo imposible, lo insensato, con peligro de su vida, sin reflexion ni temor. El republicano mas célebre despues de vos por su elocuencia, por su valor y por sus virtudes, ha abierto su casa como un santuario á la débil criatura á quien hubiera llevado á un hospicio si hubiera sido hija de uno de los condenados por Carlos, en tanto que el mas fiel soldado del Parlamento, el mismo que estaba encargado de custodiar el cadalso, adjuraba al pié de aquel altar de la república el juramento que á esta habia prestado! Y ¿creeis que nada vale este sentimiento que levanta á unos y hace vacilar á los otros? Ah!... si Cromwell hubiese nacido rey!... si aun quisiera....

—Ser realista ¿no es verdad? No, milord, la palabra rey se borrará de nuestro diccionario mientras viva Cromwell...

—Mientras viva! lo creo.

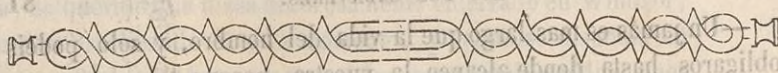
—¿Si lo creeis, qué pensais hacer, milord?

—Esperar!

Diciendo así, salió Juxon, y Cromwell se retiró pensativo.

Aquella misma noche el cadáver de Carlos I fué enterrado en

Windsor, en la capilla en que yacia Enrique VII.



VIII.

EL USURPADOR.



ENTONCES empezó una nueva era para Cromwell. Hasta aquella época, encarnizado enemigo de una autoridad que ponía dique á su ambicion, solo habia dado muestras de aquel talento que comprende, esplica y demuestra los vicios de las cosas, y de aquella fuerza que se apodera de ellas y las trastorna; así es que solo hubiera sido un rebelde si hubiese muerto en 1.º de enero de 1649, ó un infame regicida un mes despues, al pasó que diez años mas

tarde espiró siendo un grande hombre. Confiado en sus propias fuerzas, destruyó el poder que le estorbaba, y manchó osadamente su vida con la sangre de Carlos I; pero diez años despues habia borrado ya aquella mancha y formado un nuevo poder, cuyo árbitro era él. Para ello necesitaba sin embargo aquellos diez años: conociólo así, y no pidiendo á Dios mas auxiliar que el tiempo, caminó solo á su gloria.

Bajo una forma de gobierno en la cual la palabra constituía un verdadero poder, Cromwell, orador poco hábil é incapaz de expresar su pensamiento con formas seductoras, supo no obstante apoderarse de la tribuna, ocuparla y hacerse temible en ella. Con un entendimiento claro, activo y perspicaz, solo sabía hablar con dificultad, lentamente y sin objeto determinado; en cualquier otro que Cromwell se hubiera creído que aquella era insuficiencia; pero en él puede decirse que fué destreza. Era preciso que ninguno de sus designios llegara á traslucirse á través de sus palabras, y que estas fueran sin embargo un arma de aquellos. Atacar de frente á sus enemigos y manifestar abiertamente sus proyectos, hubiera sido imposible; solo la astucia podía asegurar su triunfo, y puede decirse que Cromwell, adversario desleal en la lucha parlamentaria, antes bien sorprendió y asesiné á sus enemigos que no les venció. Así es que cuando atacado en un terreno franco y leal, conocía que sus largas divagaciones y sus groseras sutilidades caian bajo el peso de un recto y eficaz raciocinio, evitaba su derrota con súbitos entusiasmos y proféticos lamentos, ó hería á su enemigo con terribles amenazas, sangrientas invectivas y mortales acusaciones. De este modo derrotaba la lógica, anonadaba la elocuencia, espantaba á las asambleas, y manifestando en medio de la sorpresa que producía, su voluntad oculta hasta entonces, la hacia aparecer inespugnable á la vista de aquellas inteligencias desarmadas, brillando ante su confusión, y Cromwell, débil atleta, salía vencedor en un combate en que tal vez hubiera sucumbido, si el hombre político hubiese tenido la vanidad de ser orador.

Pero estos subterfugios de que se valia Cromwell en la tribuna, desaparecian para dar lugar á una conducta franca y resuelta, cuando era preciso cumplir los deseos que habia manifestado ya. Como general, cuando debió combatir, como ambicioso, cuando debió apartar de su camino cuanto le impedia el paso, y como usurpador, mientras tuvo que defender su poder, despreció los medios lentos y las ficciones prolongadas, hiriendo siempre en el corazón á los ejércitos, á los hombres y á los poderes que quería vencer, perder ó destruir.

Quiere Irlanda levantarse en favor del hijo de Carlos I, Cromwell

vuela allí, derrota á los ejércitos y amilana á las guarniciones; Escocia proclama á Carlos II, las batallas de Dunbar y de Worcester someten aquel país á Cromwell, librándole del único enemigo que le quedaba, porque Montrose ya no existia, y la fuga es la única salvacion de Carlos II.

A los que han acusado á los amigos de este monarca de haberle servido mal, de haber aumentado su desgracia con sus exigencias, de haberse dividido en su causa por futilidades y resentimientos particulares, debemos contestarles que la causa de Cromwell encerraba en su seno elementos de disencion mucho mayores; que en ella se dudaba de su derecho, siendo los partidos mas numerosos y divididos, y que sin embargo Cromwell dirigió á medida de sus deseos todas aquellas facciones, odios y creencias. La causa de esta diferencia se hallaba en que Carlos era un rey orgulloso con su título, mendigando socorros con la cabeza cubierta, usando á cada paso el imperioso Yo, creyendo hacerlo todo con esponerse á una bala, resistiéndose á toda condicion y mostrando á la vez dos vicios capitales, el orgullo que nada queria conceder en un principio, y la debilidad que todo se lo dejaba imponer despues, abandonando de este modo al propio tiempo la dignidad de su derecho y de su infortunio; al paso que Cromwell se apoderaba de los partidos con profundas cortesías, reprendiendo en alta voz á los puritanos, papistas y vangelistas, y diciendo en secreto á cada uno de ellos que les preferia á los demás, luchando para que no hablaran tanto, no dudando ni dejando que nadie dudara del derecho de sus acciones, mostrándose hijo del pueblo con el pueblo, soldado con los soldados, teólogo con los teólogos, acabando la guerra antes de discutirla, y por consiguiente, como era preciso obedecer á la manía de las controversias, probando á los escoceses que debia ganar la batalla de Dunbar, despues de haber inscrito su victoria como primer argumento de su libro en contestacion al del clero presbiteriano.

Entre aquellos dos adversarios no podia ser incierto el éxito de la lucha, aun cuando uno tenia en su favor el derecho y los hombres, y el otro contaba solo con su voluntad. La batalla de Worcester confirmó un año despues de la de Dunbar la fortuna de Cromwell, y Carlos II tuvo que huir de su patria.

La historia de su fuga es la prueba más convincente de la adhesión de los realistas, á los cuales se atribuye la responsabilidad de las derrotas de Carlos II. Entre sesenta personas que tuvieron en sus manos la vida de aquel, no se halló ni un traidor, ni un indiscreto siquiera, á pesar de ver ante sus ojos el cadalso como único premio de su fidelidad y del asilo que daban á su rey, y de ofrecerles por el contrario una fortuna si le delataban. Si Cromwell hubiese permanecido una noche tan solo en cualquiera de las casas en que se ocultaba Carlos, al día siguiente hubiera sido llevado al patíbulo.

Lo que faltaba, pues, á la causa de Carlos II, lo que hizo triunfar la de Cromwell, fué el genio de este; porque el genio no se ve aislado nunca, llega á todas partes como Dios, de quien emana, y tiene siempre la facultad suprema de comunicar su poder, su fuerza y su inspiración á cuantos le rodean. Así es que Ireton, Ludlow y Monck, satélites de Cromwell, capitanes y políticos nacidos á su sombra, acabaron la sumisión de Escocia y de Irlanda, que aquel había empezado, en tanto que él realizaba en Londres su destino.

Entre tanto Blake castigaba en la embocadura del Tajo el haber querido Portugal sostener á Carlos II. El acta de navegación fundaba la dominación del comercio inglés; Holanda era vencida por el mismo almirante Blaker, apesar de la destreza de Tromp y Ruyter; y Cromwell encontraba por do quiera inteligencias que comprendían sus proyectos, y brazos que realizaban sus deseos.

Francia, España y Portugal, naciones monárquicas y católicas, solicitaban la alianza de la república hereje, y sus nobles soberanos enviaban embajadores á las antecámaras del hijo de un cervecero, que había mandado cortar la cabeza al que ellos llamaban su hermano. La fortuna de Cromwell llegaba á su apogeo, venciendo cuantos obstáculos se le oponían en su camino, á pesar de los esfuerzos que se hacían para detenerla. Así acabó aquel largo Parlamento, cómplice de Cromwell sin ser su confidente; así se disolvió también aquella otra asamblea deshonrada con el nombre de *Barebone*, el día que quisieron levantarse hasta él.

Cromwell era Protector. Hermoso título, sin definición ni límites;

modesto manto que encubría un poder mas que regio. A su abrigo Cromwell pudo hacerlo todo, porque si no le daba derecho para nada, tampoco le prohibía cosa alguna. El dia que hubiese tenido la debilidad de hacerse rey, le hubiera sucedido lo mismo que á Carlos I.

Con todo eso, sea por egoismo, sea por falta de capacidad, ó acaso por desprecio de los que debían sucederle, Cromwell no alcanzó verdadera gloria. En efecto, nada fundó, y esto distinguió su genio de todos los demás, siendo á la vez su fuerza y su falta. Ni en religion ni en gobierno creó cosa alguna como idea, como principio, como institucion moral ó política. Si hizo callar á los teólogos y calmó el sangriento ardor de las controversias, no fué enseñando una doctrina mejor y mas tolerante, antes al contrario adoptó siempre sus mayores despropósitos y les contentó desatinando con ellos. Entusiasta á medida de sus deseos, dió direccion al entusiasmo de los demás, pero no lo destruyó. Dando á las tropas una paga que endeudaba á la nacion, Cromwell se proporcionó un ejército que Inglaterra no volvió á tener despues de su muerte. Tomando de hecho en su mano todos los poderes, sin reconocer ninguno á la suprema magistratura que ejercía, esta no fué más que un nombre despues de él. Hábil en servirse de los talentos que le rodeaban, gastóles en su servicio. Realistas y republicanos, presbiterianos y católicos, obedieron su voz cual dóciles instrumentos, precipitándose unos sobre otros y despedazándose á su placer, mientras que él fundaba su fortuna sobre sus despojos. Indiferente á la monarquía y á la república, al catolicismo y á la reforma, poco celoso del triunfo de un principio, con tal que triunfara él, y aprovechándose de todos sin aprovechar á nadie, Cromwell solo se creó á sí mismo.

Peró no escribimos una historia política llena de pormenores exactos y de graves consideraciones, sino una ligera reseña de algunos acontecimientos que pasaron fuera del alcance de nuestros lectores; este libro no es mas que una confidencia hecha entre amigos, transmitida por lo bajo, oculta en un farrago de antiguos papeles, que copiamos con nuevas formas y recitamos en alta voz.

Así pues, es preciso dejar á Cromwell Protector, aliándose con Francia, venciendo los Estados, humillando á los portugueses, resta-

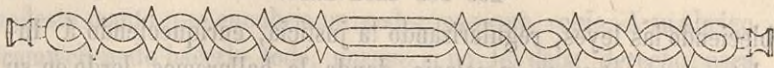
bleciendo las leyes, regularizando la justicia, enriqueciendo á Inglaterra, y entrar en su palacio, donde le hallaremos lerdando en su nueva grandeza, mal ataviado con el terciopelo de que esta le viste, sin responder á los tratamientos de milord y excelencia con que le adulan, volviendo la cabeza como para ver á quien los dan, pronto á saludar al criado que le anuncia, besando los piés tras cuyas huellas sube á tan grande altura.

Pero Cromwell se engrandece todavía; infatigable y astuto engaña á Mazarin, se alia con Suecia, somete á los puritanos, y rehusa ser rey. Todo contribuye á la gloria del protector, y nada á la felicidad del hombre. Todavía está en su palacio, pero solo con los suyos. Negado por sus hijos, que orgullosos por su nobleza de un dia, no le perdonan el que les hicieran nacer plebeyos; acusado de ambicion por aquellos á quienes elevó mas altos que su mérito; viendo su existencia amenazada por el puñal de la faccion realista, siempre pronto á herirle; castigando para atemorizar, perdonando para ganar los corazones, y hallando sin cesar á sus enemigos mas numerosos que sus verdugos, y su ódio mas perseverante que su clemencia; soberano á los ojos de Europa, regicida en concepto de sus hijos, Cromwell perdió mas fuerzas sufriendo que no habia empleado para elevarse. Así es que, jóven todavía, su cuerpo se hallaba estenuado, y aun no habian transcurrido diez años desde que habia subido al poder, cuando se hallaba moribundo, postrado en su lecho, devorado por la fiebre, jadeante de dolor, destrozado su cuerpo, pero intacto su genio y fecundo en pensamientos.

Cromwell nos pertenece ahora, pues la muerte va á herirle, y ha llegado la hora de continuar nuestra narracion.

El segundo cadáver aparece ya á nuestra vista.





IX.

RICARDO.



na cosa del mediodía cuando dos cabal-
ros cuidadosamente rebozados en sus ca-
pas y guardando un profundo silencio,
entraban en Lóndres, espoleando sus cor-
celes. No obstante su precipitada carrera,
nadie paró en ellos la atención, tan preo-
cupados parecían hallarse los habitantes
de la ciudad.

A poco que en estos hubiese fijado su
atención algún observador, hubiera podi-
do reparar que se detenían mutuamente,
formando grupos y gesticulando con muestras de desesperación. De
tiempo en tiempo se veían algunos miembros del clero presbiteria-
no llamando á los fieles al templo é invitándoles á que orasen. Al-
gunas veces se dejaban oír dolorosos lamentos en medio de algunos
grupos: ora eran unos evangelistas cubiertos de andrajos, que escucha-
ban las inspiraciones de uno de ellos, completamente inmóvil y con
los ojos y las manos dirigidos hácia el cielo; ora eran unos cuáqueros,

vestidos con sus trajes negros, que estaban recitando con una especie de convulsion estática los versículos del libro de Job; ora el clero católico, que, paseando la cruz santa y desplegando la austera armonía de sus cantos, hacia hincar la rodilla á los numerosos fieles de su gremio, sin escitar la acostumbrada ira de los protestantes y presbiterianos.

Hubiera podido decirse que una plegaria universal subía desde la ciudad de Lóndres hasta el Eterno, bajo el carácter particular de cada secta, á la manera que por la tarde un inmenso vapor se escapa de las orillas del Clyde en direccion al cielo, reflejando con los colores del arco iris los últimos rayos del sol, pronto á ocultarse en el horizonte.

Los ginetes de quienes hemos hablado seguian su carrera con extraordinaria rapidez, sin hablar ni descubrirse; pero uno de ellos hacia notar al otro los principales accidentes que presentaba el aspecto general de la ciudad, ya mostrándole con la mano las iglesias colgadas de negro, ya haciéndole escuchar el tañido de las campanas, que se dejaban oír en todos los ángulos de la poblacion.

Pronto doblaron por una de las callejuelas de la Cité que conducen al Támesis, y llegados á la orilla del río, abandonaron sus caballos á un criado, que se apoderó de las riendas, como si les aguardara de antemano. Los dos caballeros entraron en una barquilla que parecia dispuesta para ellos, y aprovechando el flujo que aun se dejaba sentir, bogaron en direccion á la Torre. El punto á que se dirigian era harto inmediato á aquel en que se embarcaron, para que fuese fácil adivinar que solo para ocultar su entrada en la cárcel habian seguido aquel camino.

El esquife llegó á la Torre, y la verja de hierro que cierra el arco de esta y bajo el cual penetra el Támesis, se abrió y cerró silenciosamente. Los desconocidos saltaron á la entrada de una larga bóveda, que recorrieron rápidamente, precipitándose en seguida el mas jóven de ellos, cual si no pudiera resistir á su impaciencia, en un estrecho corredor, en cuyo extremo se distinguía apenas una puerta entreabierta. Pasóla y se arrojó en los brazos de una mujer, que le estrechó entre ellos, deshaciéndose en lágrimas.

—Madre mia! madre mia! exclamó el jóven.

— Dejóse oír apenas el nombre de Ricardo, mezclado con los ahogados sollozos de mistriss Barkstead.

El coronel entró detrás de su hijo y se detuvo un momento para contemplar aquella tierna escena; pero su esposa, avergonzada casi, se volvió hácia él, y tendiéndole la mano, sin separarse por esto de Ricardo :

— Perdoná, John, le dijo, Ricardo es un niño débil todavía y que necesita apoyarse en su madre, al paso que tú eres un hombre y no necesitas de mí.

— Necesito tu amor, María, respondió Barkstead abrazando á su esposa; pero cuando he visto que Ricardo me abandonaba para correr hácia tí, cuando he visto que me olvidabas para estrecharle contra tu corazón, he conocido que amándoos de este modo debiais amarme á mí los dos, porque os he dado á tí semejante hijo y á él tan preciosa madre.

Una dulce lágrima brilló en los ojos de mistriss Barkstead, y el coronel continuó, sin designar á la persona de quien hablaba, pero seguro de que su esposa le comprenderia :

— ¿ Tan enfermo se encuentra, que toda la ciudad se halla desolada? Por todas partes se observan señales de un dolor universal, que he hecho reparar á Ricardo, para que, despertando los recuerdos de su infancia, pueda comparar lo que era el pueblo inglés al morir el que le sumió en la miseria y las disensiones, con el aspecto que presenta hoy, al ver amenazada la vida del héroe que tan poderoso le ha hecho.

— Ay! respondió mistriss Barkstead, ¿ por qué renovar aquel funesto recuerdo? ¿ no es bastante el dolor presente? El Protector no tiene realmente esperanzas de vida.

— Esto es lo que me ha escrito Andlay, diciéndome que tienes que pedirme un favor, y que el Protector quiere confiarme un gran secreto. A pesar de tan estraña conducta, he abandonado al momento la Haya, y cumpliendo vuestros deseos, he venido secretamente, siguiendo el itinerario que me habeis trazado, y confiando en la probidad del doctor, pero alarmado á causa de este misterio, por tí, María, cuya debilidad y timidez conozco, y sorprendido de que Cromwell no me diese directamente sus órdenes.

—¿Has encontrado un criado á orillas del Támesis, una barca y....

—Sí, respondió el coronel, y he entrado en la Torre de Londres, cuyo mando me está confiado, cual si fuera un reo de Estado.

—Hemos elegido hombres que no estuviesen empleados aquí, á fin de que no te conocieran, y por consiguiente nadie puede sospechar tu regreso á Londres.

—Creo, María, dijo sonriendo el coronel, que las precauciones han sido bien tomadas; pero ignoro con qué objeto, pues hasta el presente he obedecido ciegamente lo que me prescribía la carta de Andlay.

—Ignoro como tú los motivos de semejante conducta, en atención á que el doctor solo me ha dicho que estas eran las órdenes que habia recibido del Protector, prometiéndome venir en cuanto cierre la noche, para conducirte al lado de milord. Entre tanto debes permanecer encerrado en este aposento, en el cual nadie puede penetrar.

—Es extraño, dijo el coronel, sumiéndose en una profunda meditación.

Mientras mistriss Barkstead estuvo hablando con su esposo, habia tenido las manos de Ricardo cogidas con una de las suyas, al paso que con la otra acariciaba su agraciada cabeza, pasando los dedos á través de sus rubios y enortijados cabellos.

Ricardo contaba entonces diez y seis años, y en su fisonomía se hallaban reunidas la hermosura de su madre y la energía del coronel. Sus ojos azules despedían llamas, y su boca tenia aquel aire particular que caracterizaba á su padre; pero lo que no habia heredado de ninguno de los dos, era una singular espresion de cruel ironía que animaba á menudo su rostro, y la feroz sonrisa que parecia haber heredado de Tom Love, cuando este, que habia seguido visitando á la familia Barkstead, le enseñaba, á pesar de prohibírselo su madre, á correr, á luchar á puñadas y á tirar el baston y el sable, acompañándole á las riñas de gallos y á las corridas de caballos.

—¿Qué has hecho en el Haya, Ricardo? le preguntó abrazándole

María. ¿Holanda te ha gustado tanto como Inglaterra? ¿Te ha espantado el mar?

—Madre, respondió el jóven sonriendo, soy un buen inglés: los Estados me han gustado tan poco, comparados con mi hermoso condado de Middlesex, como su carne de buey, negra y ahumada, comparada con nuestros frescos y sabrosos asados de vaca; y he nadado dos horas, mientras los marineros holandeses corrían despavoridos por la playa.

—¿Esto has hecho? exclamó asustada su madre, ¿por qué lo hiciste, Ricardo?

—Porque cuando saltamos á tierra, ví barado á la entrada del puerto un navío en cuya cubierta estaba ladrando un perro de España que la tripulación habia abandonado, y que no se atrevía á arrojarse al mar, tan furiosas eran las olas.

—Si veía una lancha cerca de él, saltaría al agua y no le faltarían fuerzas para llegar á tierra, dijo un marinero que estaba á mi lado; ¿pero quién es capaz de aventurarse en este mar? ¿qué lancha no se rompería como un vaso contra el casco del buque, si trataba de acercársele?

—¿Y si viese á un hombre, le seguiría? pregunté al marinero.

—Puede que sí, respondió aquel; su amo, que ha muerto en el naufragio, me habia dicho que *Fan* solo necesitaba que le diesen el ejemplo.

—Salvaré á ese perro, dije para mí.

—Ricardo, Ricardo, exclamó *mistriss Barkstead* casi llorando, qué locura! Y cuando has cocebido este proyecto, no te has acordado de tu madre, que hubiera muerto de dolor si hubieses perecido?

—Perdonadme, madre mia, dijo Ricardo sonrojándose, pensé...

—Solo diste oídos á una vana gloria, olvidando los corazones que aquí dejaste; no te acordaste de tu madre que te quiere, ni de tu prima Carlota, que llora siempre que hablamos de tí.

—Carlota me habia pedido un perro de España, dijo Ricardo bajando la cabeza.

—Y para satisfacer el capricho de una niña de diez años, repuso María, hartó ocupada por el peligro que su hijo habia corrido pa-

ra dar á su contestacion el valor que tenia, has aventurado tu vida y la de tu madre!

—No, madre mia, añadió Ricardo, mirándola dulcemente con aire de súplica, estaba seguro de volver á tierra; además, debia hacerlo, porque los marineros holandeses se echaron á reir cuando les dije mi proyecto. Lancéme al agua, nadé en direccion al buque, y logré acercarme á él lo bastante para que mis gritos pudiesen oirse apesar del rugido de las olas. El perro me oyó, olfateó un momento, dió una vuelta al rededor de la popa, que aun no se habia sumergido, se detuvo inmóvil en cuanto me descubrió, y se precipitó en el mar dando un salto prodigioso. Sabia su nombre y le llamé, acercóseme, ladrando con alegría, y en seguida, viendo que me dirigia con esfuerzo hácia la orilla, se colocó delante de mí, nadando valerosamente, cortando así las olas, volviendo la cabeza á cada paso para ver si le seguia, deteniéndose cuando me faltaban las fuerzas, animándome con su mirada, y poniendo muchas veces su cabeza debajo de mi brazo, como para sostenerme. De pronto una ola me cubrió completamente, ofusquéme, conocí que me sofocaba, y por un instante tuve miedo, porque mientras sacudia el agua que desde los cabellos me caia sobre los ojos, sentí un fuerte apretón en uno de los brazos, como si me hubiese dado un calambre, y sin embargo veia que avanzaba hácia tierra... era Fan, que me tenia el brazo fuertemente cogido con la boca; estábamos cerca de la orilla, hice un último esfuerzo, y llegamos á ella.

—Ricardo mio! exclamó mistriss Barkstead, cuyo corazon habia estado oprimido durante la narracion de su hijo.

Sus labios no pudieron pronunciar otra palabra, pero su mirada espresó todo el amor y la ternura que encerraba aquel nombre.

—Desde entonces, añadió Ricardo, me ha seguido siempre, siendo para mí un verdadero amigo.

—¿Está aquí? preguntó María, deseosa de ver á aquel animal que habia estado á punto de costarle la vida de su hijo.

—Fan! gritó suavemente este.

—Un débil quejido se dejó oir entonces á través de la puerta; abrióla el jóven, y su madre vió un enorme perro, que entró lentamente y fué á ofrecer su cabeza á las caricias de su amo.

—Fan, le dijo este, como si hablase á un hombre, y señalándole con la mano á mistriss Barkstead; Fan, esa es mi madre.

El perro fué á tenderse á los piés de aquella, acariciándoselos con la cabeza.

El ruido que causó este incidente, arrancó al coronel á sus profundas meditaciones.

—Esta noche, dijo á su esposa, sabré, pues, la causa de todo este misterio; pero puedes decirme una cosa, María; ¿qué favor tienes que pedirme? La carta del doctor me habla de ello, y esta razon no ha contribuido menos que las órdenes del Protector á precipitar mi vuelta.

Mistriss Barkstead vacilaba en responder.

—Y bien, María! añadió aquel, ¿no quieres decirmelo tampoco? ¿acaso ignoras tambien tu secreto?

Una furtiva mirada que mistriss Barkstead dirigió á Ricardo, hizo comprender al coronel que la presencia de su hijo era un obstáculo para aquella confidencia.

—¿No puede Ricardo oír lo que debes confiarme, María? ¿es algun secreto vergonzoso, que no pueda oírlo sin peligro un jóven?

—No, John, las palabras que tengo que decirte me honran, y sin embargo, la presencia de Ricardo me inquieta en este momento, y....

Delúvose, y Barkstead repuso :

—¿Su presencia no es conveniente?

—Tal vez lo sea, replicó aquella; pero temo...

María vaciló otra vez.

—Me retiro, madre mia, dijo Ricardo; vos sois el único juez de lo que puedo oír.

—No, Ricardo, le dijo su padre, haciéndole señal de que se quedara; tu madre es la misma virtud, pero su alma es sobrado tímida. Ya eres hombre, y debes tener todas las cualidades de tal. Desde niño te he acostumbrado á mirar frente á frente todos los peligros; ni el acero, ni el plomo, ni las tempestades te asustan, pero esto no basta; es preciso que los reveses de fortuna te hallen tambien impasible, y que sepas desafiar la desgracia cuando llegue.

María, añadió volviéndose á su esposa, ¿he caído en desgracia? ¿me han quitado mi empleo? ¿se ha perdido mi fortuna? Contesta.

—John, tengo que pedirte un favor y no participarte una desgracia.

—¿Este favor es para tí, y quieres pedirselo á tu esposo sin que tu hijo lo sepa? María, durante el año que hace me separé de tí, Ricardo me ha seguido en peligrosas expediciones y ha oído conversaciones de sumo interés, pues he querido que conociera desde jóven lo que es la vida, y el mundo á cuyo seno está llamado; he interesado su discrecion en importantes negocios políticos, y por consiguiente no debes temer que deje escapar el secreto que quieres confiarme.

—El favor que de tí solicito no es para mí, replicó mistriss Barkstead, de mas en mas turbada y temblando casi, y no es la indiscrecion de Ricardo lo que temo...

—¿Es, pues, para él lo que quieres pedirme? ¿Ha cometido alguna falta ó formado algun deseo que no se atreve á confesarme?

—Oh! no, no es eso, se apresuró á responder María, alarmada por el modo como Barkstead interpretaba su irresolucion; es...

En seguida, despues de haber reflexionado un momento, y mientras su esposo y su hijo se sorprendian mutuamente una mirada:

—Sí, tienes razon, añadió; oirá lo que voy á pedirte, y recibirá de tí un ejemplo de moderacion y piedad, que tanta falta le hacen.

Un rayo de luz penetró entonces en el alma de Ricardo, y una sonrisa de desapiadada amargura se mostró en sus labios; su voz dulce y pura se veló de repente, como si su garganta hubiese sido comprimida por unas tenazas; su rostro se volvió livido, y dejó escapar estas palabras:

—Ah! quereis hablar de los Salsby, ¿no es verdad?

—¿Ves, John, exclamó mistriss Barkstead, acercándose á su esposo, ¿ves como el odio le domina aun? ¿Ricardo, hijo mio, como es que palideces y se altera tu voz al pronunciar este nombre?

—No se adquiere fácilmente la fuerza de vencer las pasiones, dijo Barkstead, dirigiendo una mirada á su hijo; y bueno será que

haga hoy su primer ensayo. Habla, María, y dime que es lo que pides para aquellos presos.

—Ricardo nada dijo, pero sus mejillas palidieron mas aun, apretó convulsivamente las manos y dejó brillar una lágrima en sus ojos fijos y desmesuradamente abiertos, en tanto que Fan, que se hallaba á sus piés, le miraba, dejando escapar su lastimoso quejido. Mistriss Barkstead por su parte no acertaba á apartar la vista del rostro de su hijo, asustada por la terrible espresion que le animaba.

—Mejor es que sepa dominar su alma que su rostro, añadió el coronel; habla, María.

—Ya sabes, dijo esta en seguida, la horrible conspiracion que tramaron los Salnsby para atentar á la vida del Protector; el envenenamiento de todos los que debian asistir á un banquete, que tantas víctimas podia costar, no les pareció demasiado para su odio. Aquella conspiracion fué descubierta, y sir Salnsby, su yerno Macdonnel y su hijo...

María vaciló en pronunciar el nombre de Ralph, y dirigió una mirada oblicua á Ricardo. Este acariciaba á su perro, y parecia ageno á cuanto pasaba, en vista de lo cual aquella continuó:

—Sir Salnsby, Macdonnel y Ralph fueron encerrados aquí.

—Esto tuvo lugar hace tres meses, respondió Barkstead; Okey, que estuvo encargado de prenderles y que durante mi ausencia obtiene el mando de la Torre, me lo participó, habiéndome escrito que Tomlinson fué quien, horrorizado de semejante crimen, lo reveló á Cromwell, habiéndole sido devuelto en premio de ello el mando de un regimiento.

—Así es la verdad. Okey me lo contó, aun cuando la comandancia de la guardia del Protector le deja pocos instantes para cuidar de la Torre y venir á vernos. La causa se ha terminado ya, y los tres han sido condenados á muerte como traidores.

Barkstead estaba convencido de la justicia de la sentencia, y tal vez no hubiera querido atender las súplicas de su esposa, á no reparar en la sonrisa que asomó en los labios de Ricardo al oír aquella noticia. El deseo de dar una leccion á su hijo venció el respeto

que creía deber manifestar por lo que hallaba justo, y dijo, siguiendo con ansiedad el efecto de sus palabras:

—¿Qué puedo hacer en favor de esos culpables? ¿qué pides para ellos?

—Que intercedas con el Protector para que les perdone y les devuelva á los brazos de una esposa y de una madre.

Ricardo guardaba silencio, y su padre, esperando sondear á fondo su alma, se comprometió con su esposa sin pensarlo, mostrándose mas condescendiente de lo que lo hubiera hecho en cualquier otra ocasion, y diciéndole:

—Sí, te prometo interceder con él, María; te lo prometo.

Estas palabras produjeron el efecto que esperaba el coronel. Ricardo, que se habia inclinado hácia Fan y separaba con su puñal sus largos y sedosos pelos, se incorporó de pronto y miró sucesivamente á sus padres con una especie de estupefaccion amenazadora; pero, encontrando la austera mirada del coronel y dominado á la vez por la santa autoridad que aquel manifestaba y por sus propios sentimientos, dejó escapar un grito ronco é inarticulado, que daba á conocer toda la rabia de un ódio engañado; volvióse súbitamente, y apoyando el brazo izquierdo en la pared y la cabeza en el brazo, golpeó con su mano derecha la piedra como un furioso, y su puñal cayó roto á sus piés.

—¿Qué tienes que decir? preguntó irritado Barkstead; ¿de qué proviene esa odiosa cólera, Ricardo? ¿A qué viene ese furor, esa ira? Responde.

Ricardo nada contestó y siguió golpeando la pared del aposento.

—Ricardo! exclamó con voz terrible el coronel.

El jóven guardó el mismo silencio.

Barkstead se dirigió hácia él, y María se precipitó entre ambos, arrojando un grito. Al oirlo, Ricardo se volvió, con los ojos bajos y mordiéndose los labios, pero con la amenaza retratada aun en el rostro.

—Ricardo, le dijo el coronel, dominando en seguida su propio resentimiento, esta noche me acompañareis á ver al Protector, á quien pediré el perdon de esos delincuentes. Ignoro lo que resolverá Cromwell, pero sea lo que quiera, aprenderéis con ello á modera-

ros y á perdonar las injurias. Si el ejemplo de vuestro padre no os basta, quizás no rechazareis al del héroe á quien el Señor ha elegido para glorificarle en fuerza y en virtud.

—Padre mio, contestó Ricardo obedeciendo las miradas de su madre, que imploraban su sumision, todo lo que decís es justo como cuanto haceis. Si pedís el perdon de los Salnsby, es señal que lo han merecido.

El coronel comprendió la falta que le habia hecho cometer el deseo de probar á su hijo. Un profundo silencio sucedió á aquella penosa discusion, y todos buscaban interiormente el modo de salir de la posicion embarazosa en que se hallaban, cuando un nuevo incidente fué á agravar aquella escena.

Para comprender bien lo que pasó, es preciso dar una idea exacta de la situacion del aposento en que se hallaba la familia Barkstead. Despues de muchos caminos irregulares que conducian desde la orilla del Támesis á una de las principales fábricas de la Torre, se llegaba á un largo corredor abovedado, á cuyo extremo se hallaba á mano derecha la puerta del aposento de que nos ocupamos, en el punto mismo en que la bóveda volvia á la izquierda, siguiendo el edificio, que era cuadrado; de manera que, siendo aquel corredor el único que llegaba hasta el Támesis, era preciso que cuantos quisieran salir de la Torre, pasaran por frente de la sala en que acababa de tener lugar la escena que hemos referido.

No habrán olvidado nuestros lectores que la necesidad de introducir secretamente á Barkstead habia hecho que se alejase de aquella parte de la cárcel á los guardias que ordinariamente la vigilaban y á los carceleros que tenian las llaves. Así es que fué grande la sorpresa de mistriss Barkstead al percibir un ligero ruido al extremo del corredor. Fan enderezó vivamente las orejas, dejando escapar el quejido acostumbrado y mirando á Ricardo, que le hizo callar. Barksstead y su esposa escucharon atentamente; pero el ruido habia cesado, pues por ligero que fuese aquel movimiento de sorpresa, los de afuera lo habian oido sin duda, guardando por consiguiente el mayor silencio.

Todos creían haberse equivocado, y la conversacion iba á entablarse acerca de aquel acontecimiento, llegado tan á tiempo para cortar

la mutua turbacion, cuando Fan, que estaba tendido á los piés de su amo, se enderezó sobre las patas y dejó escapar otra vez el gemido que le era particular, pero mas débil y prolongado. Ricardo levantó la mano, para detener la observacion que iba á hacer el coronel.

—Indudablemente hay alguien, dijo con voz casi imperceptible. Escuchemos.

Acercóse á la puerta y quiso mirar por el ojo de la cerradura, pero la llave estaba puesta y se lo impidió. Entre tanto se reprodujo el ruido que se habia dejado percibir al principio y que parecia producido por el roce de un vestido, mezclado con los pasos de muchas personas cuidadosamente sufocados.

—¿Nada ves? dijo por lo bajo el coronel á su hijo, que se habia arrodillado para mirar por el ojo de la llave.

—Nada, respondió aquel.

Continuó el ruido, y pudo conocerse que varias personas se adelantaban. Las mas estrañas congeturas ocuparon la imaginacion del coronel. ¿Era víctima de una traicion? ¿habian engañado á su esposa, conduciéndole de aquel modo á la Torre, para apoderarse de él mas fácilmente? Por un movimiento instintivo de defensa, llevó la mano á la espada y la desenvainó. Fan aulló sordamente al ver aquel gesto, y el ruido cesó al instante.

Este silencio, observado cuantas veces se hacia el menor ruido en el aposento en que se hallaba Barkstead, daba á conocer por parte de los que se acercaban una atencion tan escrupulosa, que el coronel frunció ligeramente el entrecejo con la espresion de un hombre que cree en un peligro cierto. Inclinábase hácia su hijo para mandarle que se levantara, queriendo poner fin á su incertidumbre, saliendo al corredor, cuando se conoció que los que en él se hallaban iban acercándose, y hasta pudo distinguirse que cambiaban entre sí algunas palabras en voz baja. Convenia decidirse con prontitud, Ricardo, indicando á sus padres que guardaran silencio, llevó la mano á la llave; volvióse en seguida hácia Fan, imitando el gesto de un hombre profundamente afligido, y el perro, tratando de lamer el rostro de su amo, empezó á gemir con tanta fuerza, que el jóven aprovechó aquel instante para sacar la llave de la cerradura.

Por aquella vez el ruido que se habia dejado oír no cesó, sino que se alejó rápidamente á lo largo de la bóveda, como si fuese producido por algunas personas que retrocediesen. Ricardo miró con avidez, y le pareció ver á favor de la dudosa claridad del corredor el reflejo de un vestido blanco; pero antes de que hubiese podido convencerse de la verdad, todo habia desaparecido y nada se oía ya.

Este incidente hizo variar las ideas del coronel, y la sospecha que habia concebido desapareció completamente. El temor que con aquella rápida retirada parecian demostrar las personas del corredor, le tranquilizaba contra la posibilidad de una trama, y le pareció mucho mas probable que se tratase de una tentativa de evasión por parte de los presos, por cuyo motivo preguntó á su esposa, trémula y sorprendida, cuales eran los que ocupaban aquel lado de la Torre. La irresolucion que en contestar manifestó María le inspiró un nuevo temor, y cuando, despues de haberla instado con energía, supo que sir Salnsby, su hijo y su yerno se hallaban encerrados en los calabozos situados al estremo de aquel corredor, no dudó ya que la debilidad de mistriss Barkstead habia consentido en facilitarles la fuga. La mirada que le lanzó, obedeciendo á la emocion que en él despertaba aquella sospecha severa y dolorosa á la vez, reveló todo su pensamiento á María. Comprendiólo esta, y acercándosele, le dijo con solemnidad y resignacion:

—Os juro, John, que lo que creéis en este momento no es verdad. He visto á lady Salnsby: es madre, y sus lágrimas me han conmovido, á mí que soy madre tambien. He visto á lady Macdonnel, y sus lágrimas de esposa me han hecho recordar que tambien lo soy, conociendo que un sentimiento de piedad se despertaba en mi corazon, y prometiéndoles interceder en favor de los culpables. Esto solo es la verdad, y nada mas sé, os lo juro, John. Tal vez tengo derecho de suplicar, pero la sumision á vos, que sois mi esposo, y á las leyes, que constituyen nuestra fuerza, son sin duda alguna un deber al que no he faltado.

Barkstead cogió entre sus manos las de su esposa, y atrayéndola hácia su corazon:

—Perdóname, María, le dijo, pero lo que sucede es tan singular, que no sé como esplicarlo. Ya nada podemos descubrir, añadió,

porque el temor que ha debido inspirarles el ruido causado por Ricardo, habrá hecho retirar sin duda á los presos.

—No es probable, respondió el jóven; el grito de Fan no se parece á nada que pueda hacer sospechar que aquí hay gente, y ha debido ofuscar el ruido de la llave. Esperemos; sin duda están de-
liberando, voy á escuchar.

Diciendo estas palabras, se tendió casi en el suelo, y Fan, que parecia adivinar sus menores deseos, empezó á gemir otra vez, pero tan débilmente que solo Ricardo pudo oírle.

—Están en el corredor, dijo este, no hay duda; es preciso tomar una resolucion.

La atencion que Ricardo ponía en espíar los menores accidentes, no le habia impedido oír el nombre de Salsby ni la justificacion de su madre. Sin embargo no habia parecido parar en ello la atencion, y á no ser por la mirada oblicua que dirigió al puñal roto á sus piés, no hubiera podido sospecharse nada de lo que pasaba en su interior.

En eso un nuevo movimiento de Fan puso sobre aviso á Ricardo, quien, obedeciendo á una seña de su padre, se puso á mirar aunque nada se oyese, confiando en el fino olfato del perro; pero por mas que con sus miradas trataba de penetrar la dudosa claridad del corredor, no alcanzaba á descubrir cosa alguna. No obstante, inmóvil y firme en su puesto, dobló la atencion, pues un resplandor blanquecino flotó ante sus ojos en el fondo de la oscuridad. Poco á poco aquel color dudoso fué mostrándose mas distintamente, luego se acercó, brillando con súbito resplandor, y pareció desaparecer de repente. Ricardo no sabia lo que pensar; aun no habia perdido de vista completamente aquel extraño objeto, cuando un nuevo resplandor muy vivo y de una blancura mas deslumbrante brilló otra vez y se apagó en seguida, pero á una distancia mas inmediata. Aun cuando Ricardo dejó de ver distintamente como la primera vez aquel resplandor que brillaba y desaparecia alternativamente, comprendió la causa de aquel suceso. Cuantas veces la persona que recorria el corredor pasaba por delante de alguna de las pocas lumbreras que lo iluminaban, el sol reflejándose sobre su vestido lo hacia brillar, aumentando de este modo la oscuridad en que volvía

á sumirse en cuanto habia atravesado aquel rayo de luz. El jóven no dudaba que era una mujer la que de aquel modo se adelantaba: comunicólo rápidamente y en voz baja á su padre, asegurándole que se hallaba sola, y en seguida se puso otra vez en observacion.

Entre tanto la desconocida se habia acercado, y Ricardo pudo distinguirla fácilmente. Su baja estatura y sus movimientos rápidos le sorprendieron tanto como su aparicion. Llegó por fin junto á la puerta detrás de la cual estaba Ricardo; un rayo de sol la rodeó otra vez con su vivo resplandor, y aquel reconoció á Carlota, vestida de blanco, andando con precaucion y mirando á todos lados con ansiedad cual si fuese á la descubierta. Al llegar al ángulo que formaban los dos corredores, se detuvo, pareció escuchar largo rato, si se oia algun ruido en el que conducia al Támesis, y segura de no tener nada que temer, se volvió, salvando en un instante, ligera como un pajarillo, toda la galería que acababa de recorrer.

Seguro Ricardo de que Carlota no podria oirle ya, contó entonces al coronel y á mistriss Barkstead cuanto habia visto. Grande fué la sorpresa de su padre; pero María, que sin duda tenia algun motivo para sospechar la verdad, les dijo en voz baja:

—No hay que dudar, vamos á ser téstigos de la fuga de sir Salnsby. Esto aclara mis sospechas: han ganado á Carlota, enseñando la mentira y la traicion á aquella niña inocente y pura.

Su hijo y su esposo la escuchaban estupefactos, y como aun no se distinguia nada al extremo de la galería, mistriss Barkstead pudo continuar:

—Cuando Andlay, dijo, combinaba conmigo los medios para alejar la guardia de esta parte de la Torre, hallaba siempre á Carlota junto á mí, y cuantas veces lady Salnsby y su hija venian á visitar á los presos, se escapaba de mi aposento para ir á hablar con ellas; por consiguiente no me admiraria que hubiese dado oidos á odiosos consejos, espiado cuanto se hablaba ó hacia y aprovechado la seguridad que inspiraba su tierna edad para favorecer la fuga de los culpables.

—Carlota no ha podido hacer semejante cosa, dijo con impaciencia Ricardo á su madre; su alma es la de un ángel en el cuerpo de

una niña, y por consiguiente no puede suponerse en ella tanta ingratitude y doblez.

—No hay planta tan tierna ni agua tan pura, respondió el coronel, que no pueda marchitar ó enturbiar el emponzoñado soplo de los realistas. Los miserables enseñarian al hijo á asesinar á su madre y al amigo á delatar á su amigo, si esto podia servir á sus proyectos. Oh! si Cromwell llega á faltar á la república, van á erguir nuevamente sus cabezas de serpiente, á renovar sus intrigas, y á ensayar nuevamente la corrupcion. Desgraciado de Juxon si lo que supones es cierto, María; antes le perdonaria que hubiese muerto á esa niña que manchado su inocencia.

—Es verdad! es verdad! dijo Ricardo con concentrada rabia. Vuelven á oirse muchos pasos. Ya no hay que dudar; han enviado á Carlota para saber si se habian alarmado sin fundamento, y vuelven porque creen que todo se halla desierto; pero se engañan, pues nos hallarán aquí, ¿no es verdad, padre mio?

Y diciendo estas palabras, su mirada gozosa y cruel á la vez descubria la esperanza que abrigaba de que su padre no consentiria en favorecer con su silencio la fuga de los Salnsby.

—Sí por cierto, Ricardo, dijo el coronel, aquí nos hallarán. María, no te asustes. Hijo mio ¿vienen ya?

—Les oigo.

—¿Les ves?

—Aun no.... Silencio, Fan!.... silencio! aquí están.

—¿Quiénes son?

—Carlota y... una... dos... sí, dos mujeres.

—Lady Salnsby y su hija! exclamó mistriss Barkstead con voz trémula.

—¿Quién les acompaña?

—Esperad que pasen delante de un rayo de luz.... Ya les veo... uno, dos, tres hombres.

—Los tres presos, dijo el coronel, bien está... ¿Vienen?

—Parece que se consultan. Ah! se detienen frente á una lumbrera.... uno, dos, tres, cuatro hombres.... Son cuatro hombres! dijo Ricardo admirado.

—¿Puedes conocerles? preguntó Barkstead.

—Están hablando : diríase que no están acordes. Señalan la puerta con el dedo. Ah! uno de ellos es Juxon! Sí, le reconozco. Carlota viene sola. Silencio! nos oyen.

—Puede que la luz que pasa por la cerradura, y que cesa cuando miras, les haya llamado la atención. No te muevas, dijo el coronel.

Conforme habia manifestado Ricardo, Carlota se acercó, pero menos tímida y mas aprisa que la vez primera, llegando hasta la puerta ante la cual aquel se hallaba de rodillas. El coronel y su esposa contenian la respiracion; Ricardo puso la mano sobre la cabeza de Fan, que comprendió con esta accion que era preciso guardar silencio, y acercando el ojo á la cerradura interceptó completamente la luz. Carlota se hallaba ya junto á la puerta, inclinóse para escuchar y trató tambien de mirar por el ojo de la llave. Ricardo percibió su respiracion, pero supo guardar una inmovilidad tan completa, que á dos pulgadas de distancia Carlota no pudo sospechar siquiera su presencia.

La jóven hizo una señal, que decidió á los fugitivos, y Ricardo les vió adelantarse con menos precauciones que hasta entonces. No obstante, no se creian completamente seguros, pues todos los hombres, escepto Juxon, llevaban una espada desenvainada en la mano. Hallábanse ya bastante próximos para que el coronel pudiera oírles, cuando Ricardo se levantó, mirándole como para que le aconsejase.

—Abre, le dijo su padre, tirando de la daga, abre y que Dios dé á los suyos la victoria.

Ricardo abrió la puerta, pero sin desnudar la espada. El coronel se adelantó primero, y ambos se hallaron frente á frente con los presos. El primer movimiento de estos fué para retroceder; pero cuando á la luz que iluminó de repente el corredor, vieron que por únicos adversarios tenian á un hombre y un niño, recobraron el valor. Guardóse silencio por un momento, durante el cual sir Salnsby tomó su resolucion y comprendió que era preciso vencer aquel obstáculo ó morir. Hizo señal de que le siguiesen á su hijo y á su yerno, pero Barkstead le dirigió la palabra antes de que diese un paso.

—Sir Salnsby, le dijo, la fuga es imposible: no hagas pues una

inútil tentativa, á menos que prefieras que la espada de un soldado supla para tí el hacha del verdugo.

—Coronel Barkstead, replicó aquel, tú mismo acabas de trazarme la conducta que debo seguir: pues sabes que en ello va mi cabeza y la de mis hijos, debes comprender que seria locura abandonar un partido tan ventajoso. ¡Qué Dios te asista!

—No, no, exclamó mistriss Barkstead precipitándose entre ellos; vuestra vida no peligra ya, sir Salnsby; mi marido me ha jurado que obtendria vuestro perdon del Protector. En nombre del cielo, no levanteis vuestra espada contra el que acaba de empeñar su palabra para salvaros.

Salnsby parecia vacilar acerca de lo que debia hacer: Ralph y Macdonnel, con las espadas y las dagas en la mano, estaban prontos á precipitarse sobre el coronel, pues hasta entonces Ricardo habia permanecido detrás de su padre, con la espada en la vaina y cogiendo con una mano el collar de Fan, inmóvil como él. Juxon tomó la palabra y contestó á María.

—*Voluntas hominis ambulatoria usque ad mortem*; ¿quién sabe si Barkstead querrá cumplir esta noche lo que ha prometido por la mañana? ¿quién sabe si á esa boca que debe pedir el perdon de los Salnsby, le queda ya aliento para implorar para sí el del Señor á quien ha ofendido? La salvacion está aquí y el perdon en Saint-James; una buena espada vale mas que la mejor proteccion. La vida está detrás de ese hombre, sir Salnsby; pasa, pues, por encima de él: la lancha y el cadalso te esperan; elige!

Los tres caballeros hicieron otro movimiento; Barkstead dió un paso atrás para ponerse en defensa, y Ricardo siguió inmóvil como hasta entonces. Iba á trabarse ya la lucha, cuando Carlota, arrojando un agudo grito, se precipitó entre los aceros, como lo habia hecho María, suplicando á Juxon y á los presos que respetasen la vida de su tío y de su primo, á quienes idolatraba.

Restablecióse otra vez el silencio, pero al cabo de un instante:

—Una mujer y una niña os atemorizan ó enternecen hasta el punto de que esponais vuestra vida por algunas lágrimas y súplicas, dijo lady Salnsby; pues bien, yo apartaré de vuestro camino ese vano obstáculo. Aquí teneis á vuestros enemigos!

Y así diciendo, se apoderó de Carlota, á pesar de sus gritos, y ayudada por lady Macdonnel, la llevó detrás de los fugitivos, que se hallaron entonces cara á cara con Barkstead, el cual por su parte habia apartado á su esposa. Lanzáronse entonces los tres hácia el coronel, pero apenas habian dado un paso, cuando Macdonnel luchaba en vano para librarse de los terribles dientes de Fan, al paso que Ralph rugia de rabia bajo las rodillas de Ricardo. Sir Salnsby habia perdido ya la espada, y la victoria parecia haberse declarado en favor de Barkstead, cuando se dejó oír una violenta detonacion: era Juxon que en el acto en que Ricardo iba á hundir su espada en el corazon de Ralph, le disparó un pistoletazo casi á quemaropa.

—Tu mano es la de un infame y de un cobarde! exclamó Ricardo, asesinas y tiembblas!

En efecto, la bala solo habia tocado la hoja de la espada, haciéndola mil pedazos, de modo que no habia quedado mas que el puño en lamano del jóven, quien mostrándoselo con rabia, le dijo:

—Si no puede atravesarle el corazon, bastará para romperle la cabeza.

Pero aun no habia terminado estas palabras y Juxon le habia cogido ya la mano, apoyando en su frente el cañon de otra pistola.

—Detente, le gritó Barkstead, que se sentia vacilar á su aspecto; no mates á mi hijo! Hablad, ¿qué quereis?

Detuviéronse todos. Sir Salnsby se hallaba desarmado y á merced de Barkstead; Macdonnel, exhalando dolorosos gemidos, se hallaba tendido en el suelo, sin menearse siquiera, mientras Fan, mirando atentamente á su amo, no esperaba mas que una señal de este para acabar con él; Ralph no podia librarse de Ricardo, que le tenia sujeto, y que sentia sobre su frente el horrible frio de la pistola con que le amenazaba Juxon. Sin perder ninguna de las ventajas que respectivamente tenian, establecióse entre los combatientes una especie de tregua como para capitular.

—Tu hijo está en mis manos, dijo Juxon á Barkstead, y al menor movimiento que hagais tú ó él, le salto la tapa de los sesos. ¿Quieres dejarnos libre el paso?

El coronel recobró la calma y calculó la posicion en que se ha-

llaba, en tanto que asustadas las mujeres, contemplaban con horror aquel espectáculo, sin acertar á pronunciar ni una sola palabra.

—Si mi hijo se halla en tus manos, replicó Barkstead, yo tengo á sir Salsby entre las mias, y Macdonnel no podrá librarse de la muerte, de modo que nos hallaremos frente á frente los dos. Además ¿es seguro el tiro? piénsalo bien. De todos modos, mi espada se habrá hundido en tu pecho antes que la bala haya muerto á Ricardo.

Juxon consideró á su vez la posición de los combatientes; temía para sí los resultados de lo que iba á hacer, y una mortal palidez cubrió su rostro al ver desarmado á sir Salsby y á Macdonnel echado al suelo. Así es que, olvidando la amenaza que acababa de hacer:

—¿Qué deseais por vuestra parte? preguntó á Barkstead.

El coronel reparó entonces en su esposa, que, arrodillada sobre las baldosas de la galería, le miraba con inesplicables muestras de extravío. Comprendió que podia conciliar la salvacion de Ricardo con lo que su deber exigia, y respondió:

—Quiero que los reos vuelvan á su calabozo, y olvidaré que esas mujeres han venido á la Torre.

—¿Y qué será de mí? preguntó Juxon apoyando con mas fuerza la pistola en la frente de Ricardo.

—Podrás retirarte tambien, dijo Barkstead, lanzándole una mirada de desprecio; el gobernador de la Torre solo debe cuenta á Inglaterra de esos tres hombres, y desde el momento que vuelvan á mi poder, podreis huir.

Estas condiciones agradaban á Juxon, pero despertaron otra vez en el alma de lady Salsby y de su hija todo su dolor.

—¿Es para entregarlos al verdugo para lo que reclamas á tus presos? En tal caso es preferible que mueran aquí, pues á lo menos tu espada les ahorrará los tormentos del suplicio. Hiere, Juxon, mata al enemigo que tiene á Ralph entre sus manos, y en cuanto este pueda levantarse te salvará.

—¿Y salvará tambien á tu esposo? dijo Barkstead apoyando su daga en el pecho de sir Salsby.

Macdonnel dejó escapar un sordo gemido.

—Obispo Juxon, salvad á mi marido de los dientes de ese perro feroz, dijo la jóven lady; si no aceptais, va á morir.

—¿Te olvidas del verdugo, replicó su madre, del verdugo que le aguarda con tenazas ardientes, cuya mordedura será mas dolorosa que la que puede causar ahora su muerte?

—Dios mio! Dios mio! exclamó lady Macdonnel cayendo tambien de rodillas, asustada por la muerte presente y sin poder olvidar la que aguardaba á su esposo si lograba escapar á ella.

La ansiedad general habia llegado al colmo. Para los tres presos solo habia una terrible eleccion que hacer, y Juxon era el único que tenia alguna esperanza de salvacion. Así lo comprendió, y previendo que la impetuosa lady Salnsby no le dejaria salvar la vida si abandonaba á su esposo y á sus hijos, dijo al coronel:

—Pues bien, sea así: has pedido que te fuesen entregados los presos porque debes cuenta de ellos á Inglaterra, pero debes tambien cuenta al cielo de un juramento; ¿no has prometido obtener del Protector el perdon de sir Salnsby, de su hijo y de lord Macdonnel? Júralo otra vez, y nos retiraremos fiando en tu palabra.

—Solo he jurado lo que puedo hacer; pedir esta gracia, pero no obtenerla. Cumpliré mi juramento, no por tí que me lo exiges, sino por aquella á quien lo he prestado cuando me lo ha pedido con las lágrimas en los ojos.

La esperanza que estas palabras hicieron nacer en el alma de las mujeres y de los presos, les hizo desistir de la idea de esponerse á las eventualidades de un combate. El mismo Ricardo, que veia escapársele así la vida de Ralph de entre las manos, nada opuso á aquellas condiciones, pues indiferente por la suerte de aquel con tal que él se salvase, calculó que de todos modos ganaba en ello, ora fuese inútil la intercesion de su padre, pues en tal caso Ralph seria entregado al verdugo, ora obtuviese su perdon, pues no se libraria con ello de su resentimiento.

Entre tanto Juxon permanecia inmóvil.

—¿Qué esperas le dijo Barkstead?

Vaciló un momento en responder, conociendo que su proposicion iba á ofender la delicadeza del coronel; pero al fin, no pudiendo dominar la desconfianza que este le inspiraba:

—Si dejas en libertad á tu hijo, respondió, ¿quién me asegura que me dejarás salir de aquí?

Indignóse Barkstead, y el mismo sir Salnsby se mostró sorprendido.

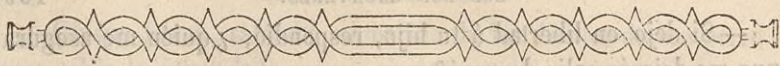
—Padre mio, le dijo, la palabra del coronel es la mejor garantía que podeis apeteer: soltad á ese jóven; por mi parte no temo dejar á mi hijo entre sus manos, si Barkstead empeña su palabra de soldado de que todo se hará conforme hemos convenido.

—La empeño, respondió el coronel.

En seguida separó su daga del pecho del caballero, Juxon levantó la pistola, Ricardo abandonó á su adversario, y Fan, á una ligera indicacion que le hizo su amo, soltó á Macdonnel, casi desmayado en el suelo.

Algunos minutos despues los presos habian vuelto á entrar en su calabozo; Juxon y las dos mujeres habian salido de la Torre, y Barkstead, María y Ricardo iban á entrar junto con Carlota en el cuarto en que se ocultaban, cuando un leve ruido en el corredor que conducia al Támesis, anunció la llegada de Andlay. A pesar de los deseos que tenia de preguntar á la tierna niña acerca de los medios que habia empleado para procurar á los presos cuanto necesitaban para evadirse, el coronel se retiró con su esposa y el doctor á una pieza contigua á la en que se hallaban, y dejó juntos á Carlota y Ricardo, despues de haber encargado á este que procurase descubrir el secreto de aquella aventura.





X.

CARLOTA.



ESPERAR ! habia dicho Juxon á Cromwell ocho dias despues del 30 de enero de 1649. Esta palabra solo espresó la mitad de su pensamiento, pues comprendia que nada podrian lograr las intrigas de los realistas mientras viviera el Protector; pero conocia tambien la necesidad de prepararse para despues de la muerte de este, y que el partido de Cárlos II debia hallarse dispuesto á aprovechar la primera ocasion que se presentara. Para ello era conveniente conservar á un hombre, á sir Salnsby, ciego partidario de los Estuardos, pronto para todo, y cuya perseverancia no era capaz de cansar ningun revés. Así es que en cuanto se hubo convenido su fuga, esta fué objeto de todos los cuidados de Juxon, resultando que, por una cruel prevision, habia preparado todos los medios habia ya mucho tiempo.

Lo que medió entre Carlota y Ricardo en cuanto quedaron solos, nos revelará mejor que cuantas reflexiones pudiéramos hacer, el modo como Juxon había inducido á aquella niña á favorecer la fuga de sir Salnsby, y cuanto fanatismo había inspirado ya su autoridad en un alma tan tierna todavía.

Ambos habían quedado solos con Fan en el primer aposento en que había entrado Barkstead. Ricardo se sentó, puso á la niña sobre sus rodillas, y acariciándola dulcemente:

—Carlota, le dijo, ¿por qué has querido hacer escapar de la cárcel á los reos, á quienes la justicia había condenado?

Carlota sonrió desdeñosamente, sin responder á esta pregunta, y Ricardo continuó:

—¿Cómo lo has hecho para abrirles la puerta de su calabozo?

La niña guardó el mismo silencio, sacudiendo ligeramente la cabeza.

—¿No quieres contestarme, Carlota? Si me dices porque obraste así, te daré este hermoso perro de España, que me pediste y te he traído desde muy léjos.

—Si me das el perro por mi secreto, respondió Carlota, me lo habrás vendido, y yo no quiero comprarlo á semejante precio.

Esta contestacion sorprendió á Ricardo, que sin embargo trató de ganar la confianza de la niña, y le respondió:

—No quiero venderte á Fan, te lo doy, pues fui á buscarle para tí en medio de las furiosas olas.

Contóle en seguida lo que ya había referido á su madre. La jóven le escuchaba ansiosa, y cuando hubo terminado, le dijo con extraña sorpresa:

—¿Siendo así, debes tener valor?

Esta pregunta y el tono con que le fué dirigida produjeron un ligero rubor en el rostro de Ricardo; Carlota no era mas que una niña, y aquellas palabras habían sido pronunciadas sin motivo alguno; pero Ricardo amaba con una especie de entusiasmo inexplicable á su edad á aquella niña, y aquellas palabras, que esta había oído sin duda en boca de otra persona, manifestaban el concepto que de él se tenía formado.

—¿Quién te ha dicho que no soy valiente? respondió con prontitud. Dime su nombre, Carlota, y pagará con la vida tan infame mentira.

—Entonces la niña, aparentando la mayor indiferencia y pasando negligentemente los dedos por entre sus cabellos, le contestó:

—Nadie me lo ha dicho, Ricardo; pero sé que todos los republicanos son unos asesinos y cobardes.

—¿Quién te ha hablado de este modo, Carlota? ¿quién te ha dicho esto? porque te lo han dicho ¿no es verdad?

Luego, fingiendo una calma que no tenía, añadió:

—Nómbrame á los que te lo han dicho, y te juro que ningun daño les haré.

La niña sonrió otra vez con desden y replicó:

—¿Acaso los presbiterianos tienen el derecho de juzgar? ¿No son todos ellos unos perjuros y traidores?

Ricardo adivinó fácilmente de donde provenían aquellas estrañas palabras; pero, admirado de que la vigilancia de su madre no hubiese previsto el peligro, dijo con dulzura á la jóven:

—¿Hablas de este modo á mi madre y le has dicho que los presbiterianos eran unos perjuros y traidores?

—Oh! no, respondió Carlota; mistriss Barkstead me reñiria; te lo digo á tí porque siempre que he cometido alguna falta la has ocultado.

—Entonces ¿porqué no quieres decirme quiénes te lo han enseñado?

—Porque se lo dirias al coronel, tu padre, que en otro tiempo hizo morir al mio.


Ricardo no pudo retener una exclamacion de sorpresa; pero Carlota, pasando de una idea á otra, le dijo de repente:

—¿Cómo es que no me llamas milady? Ellos no me dan otro título.

—¿Quién? exclamó Ricardo con impaciencia.

Carlota guardó silencio; Ricardo reflexionó un momento y, á pesar de su juventud, se espantó al considerar las ideas que un ódio implacable habia cuidado de inspirar á aquella tierna criatura; se

El Editor
Buenaventura Bassas



acordaba de Juxon y de lady Salnsby, y á pesar ~~de~~ ^{de} este último nombre se escapó de sus labios.

Carlota, que habia abandonado las rodillas de Ricardo y estaba jugando con Fan, se acercó entonces á su primo.

—¿Cumplirá tu padre el juramento que ha prestado, le dijo, y pedirá el perdon de los presos?

—Lo hará, pues lo ha prometido, respondió Ricardo; pero indudablemente devolverá por un beneficio una perfidia. Esos Salnsby son unos miserables!

—Ya ves como les insultas, dijo Carlota al oír aquella exclamacion; haces mal, Ricardo, pues á su vez te harán castigar para vengarse, y entonces...

—¿Entonces? preguntó Ricardo, á quien admiraba cruelmente esta conversacion.

—Entonces, replicó la niña que, engañada por la espresion del rostro de Ricardo, creyó leer en él el miedo que semejante amenaza le causaba, entonces yo te salvaré; imploraré al rey, mi hermano, para que te perdone, pero á tí solo, Ricardo, á tí solo.

Y diciendo estas palabras, rodeó con su brazo el cuello de Ricardo, mirándole con una espresion de ternura que á su edad solo podia provenir de la simpatía innata y oculta que encadena algunas veces dos existencias entre sí.

Despertóse en la memoria de Ricardo el recuerdo de la historia de Ana, combinándose en su imaginacion mil circunstancias confusas, que se agitaban en ella sin orden alguno. La muerte de Carlos I, el nacimiento de Carlota, las palabras *hija ilegítima, sangre real, joven seducida*, pronunciadas á menudo por Barkstead y su esposa, tuvieron entonces para él un sentido claro, esplicándose naturalmente la educacion católica que se habia dado á Carlota. La acusacion de esta al decir que el coronel habia condenado á su padre, y el nombre de hermano que daba al rey que podia subir al trono, substituyeron á la ignorancia en que hasta entonces se habia dejado á Ricardo acerca de quien fuese el padre de Carlota, una duda que en vano trató de esclarecer. Al intento accedió al capricho de aquella y le dijo:

—¿Por qué querrán vengarse de mí, milady? ¿qué mal les he hecho?

Al oír estas palabras, los sentimientos infantiles recobraron todos sus derechos en el corazón de Carlota, la cual mirando con terror á su primo:

—Ricardo, le dijo, no me llames así en voz alta, pues me han dicho que me pegarian y que aun quizás me pondrian en la cárcel si el coronel tenia noticia de que sé que hizo morir á mi padre. Además, cuando ayer tomé de debajo de la almohada de mi tía las llaves de esta parte de la Torre que el carcelero le habia entregado, tuve miedo solo de tocarlas, y cuando las llevé á milord Juxon, que me estaba aguardando, temblé de horror porque me dijo que si contaba á mistriss Barkstead ó al coronel algo de lo que me habia mandado hacer, iria en derechura al infierno.

—Infame! exclamó Ricardo; ¿y es posible que mi padre no le castigue? ¿es posible que implore el perdón de los Salsby? No, no; esto seria locura, cobardía... No lo hará... voy á decírselo.

—Ricardo, exclamó Carlota arrojándosele al cuello, tu padre me matará si lo sabe; no se lo digas, porque ellos me harán morir también... morir con el suplicio de los traidores!

Diciendo estas palabras, Carlota lloraba á mares y apretaba convulsivamente el cuello de Ricardo; un miedo sin límites alteraba la pureza de sus facciones, y parecia ahogarse.

—Carlota, Carlota mia, le dijo su primo, nada temas, Ricardo te defenderá.

—Oh! exclamó la pobre niña, que sollozaba violentamente y que, dejándose alucinar por el horror del cuadro que habian procurado pintarle con los terribles colores de la verdad, creia ser víctima ya de aquellos tormentos; oh! ¿sabes lo que es el suplicio de los traidores?... Les dejan en la horca mucho tiempo, mucho, pero de modo que no mueran, y luego les bajan de allí... Ricardo, Ricardo, cállate por Dios!... nada digas á tu padre!... les colocan encima de una mesa, y el verdugo les abre el vientre con una cuchilla, arrojando despues las entrañas al fuego. Ah! ¿comprendes eso, Ricardo? les quemán las entrañas!.. Oh! no, no; nada dirás á tu padre,

porque después el verdugo hunde la mano en el pecho y arranca el corazón de la pobre víctima... Piedad, Ricardo; ten piedad de mí.

Carlota exhalaba sollozos convulsivos, y Fan, asustado por aquellos gemidos, aullaba tristemente. Admirado de ello el coronel, entreabrió la puerta del cuarto para ver lo que pasaba, y al reparar en él, la pobre niña, cuyo espanto había llegado á su colmo, se arrojó otra vez al cuello de Ricardo, ocultando la cabeza en su seno, apretándole con toda la fuerza de sus débiles brazos, jadeante y pidiendo socorro con un terror tan enérgico, que, engañado Fan por el excesivo miedo á que se entregaba Carlota, se volvió aullando hácia Barkstead, guiado por el instinto de la defensa de los débiles, que domina á aquella fiel y noble raza.

Ricardo, sin saber que responder á las preguntas del coronel y su esposa, y no pudiendo calmar el espanto de Carlota, que aumentaba sus gritos y le apretaba con mayor fuerza cuantas veces quería acercarse alguno de aquellos, suplicó á su padre que se alejara; y como este insistía en averiguar la causa de tan doloroso llanto, no queriendo el jóven que Carlota le entendiese, respondió en francés:

—Retiraos, padre mio; todo os lo diré.

En el mismo instante los brazos de la niña se desprendieron del cuello de Ricardo; cayó anonadada sobre sus rodillas, y mirando con indecible espanto al que creía su amigo, que permanecía de pie ante ella:

—¡Se lo dirás todo, Ricardo! repitió en francés.

La aparición de un espectro en medio del aposento no hubiera sorprendido mas á los actores de aquella escena de lo que lo hicieron las palabras que Carlota acababa de pronunciar. Cuanta perseverancia habria sido menester para enseñar á aquella niña el idioma de que se servían los católicos para mantener sus relaciones con la corte de Francia! Qué de terrores debieron inspirar á su crédula conciencia para hacer guardar el secreto á la indiscreta vanidad tan natural á su edad! Esta idea asustó á Ricardo hasta el punto de gritar á su padre, olvidando que sus palabras podían agravar aun mas la posición de Carlota:

—Por piedad retiraos, padre mio, ó la matareis.

El acento de su hijo pareció resolver á Barkstead á salir; pero las imprudentes palabras: La matareis, persuadieron á Carlota de que era inevitable la desgracia que temia, así es que dijo á su primo:

—Ricardo Barkstead, ¿es posible que lo reveleis todo á vuestro padre, que me matará? esto seria propio de un cobarde.

—Despues, mirándole con el fatal afecto que unia su infancia, añadió:

—Si me hubiéseis muerto, Ricardo, Carlota de Inglaterra os hubiera perdonado.

Es imposible pintar la angustia del jóven en aquel momento. ¿Cómo arrancar de aquel alma, tan odiosamente engañada, la terrible creencia de que su padre era un asesino? Mil sentimientos distintos se agitaban en su corazon, y miraba fijamente á Carlota que, pálida y de pié ante él, parecida á una víctima resignada y arrogante, oraba sin llorar. Pintábase á sí mismo la horrible doblez de Juxon, y no sabia qué partido tomar, cuando Fan, que parecia conmovido por el dolor de Carlota, se tendió á los piés de esta, mirándola tristemente y llamándola con un leve y prolongado gemido. La niña dirigió los ojos al perro, y Ricardo, aprovechando aquella circunstancia, le dijo:

—Mira á Fan, Carlota, mírale. Para traértelo, arrostré el peligro de un mar embravecido, cuyas olas subian mas alto que esta torre. Si ese perro pudiese hablar, te diria que continuamente le he estado repitiendo tu nombre. ¿No es verdad, Fan, añadió con un tono particular, que conoces á Carlota?

—El perro, cuyo testimonio reclamaba Ricardo, colocó primero la cabeza hácia este y en seguida hácia Carlota, meneando la cola en señal de alegría, y revolcándose por el suelo, se colocó delante de la niña, fijos los ojos en ella, como esperando que hablase. Carlota, arrancada á su pensamiento cual una débil planta que cede á todos los vientos, dijo al perro, acompañando sus palabras con una triste y ligera sonrisa:

—Fan, ¿quieres á Carlota?

El perro contestó á este nombre, gimiendo como de costumbre;

pero sus ojos manifestaron con su brillo una indecible alegría. Cuanto habia sucedido quedó olvidado; Carlota cogió entre sus manecitas la enorme cabeza del perro, besándole en la frente; el inteligente animal se prestaba gustoso á aquellas caricias y cogió con la boca los blancos y torneados brazos de la niña, que los retiró primero con espanto y riendo despues. Acariciaba á Fan, le pegaba, queria detenerle, corria tras él; despues, queriendo cogerle, cayeron ambos, y Ricardo estaba buscando aun el modo de consolarla, cuando ya cantaba y reia, turbando con su alegría el silencio que hacia un momento interrumpieran sus gritos de terror.

Acercósele entonces su primo, y aprovechándose con arte de la intimidad que entre ellos habia renacido, gracias á la intervencion del perro, vino en conocimiento del modo como habian llenado de ódio y de errores aquella inocente alma, despues de lo cual, satisfecho de haber reconquistado su confianza, le prometió que guardaria silencio acerca de aquel punto; pero su sorpresa fué grande al ver que le suplicaba ayudase á su padre para obtener el perdon de los Salnsby.

—Si deseas que te quiera, le dijo Carlota acariciándole con la inefable y familiar ternura de la infancia, has de obtener el perdon de Ralph! Lo quiero, Ricardo, porque lo he prometido. ¿Lo entiendes? Oye, si me miras de ese modo no te querré; y alegre y ligera, señaló á Fan su amo, añadiendo: ¿no es verdad, Fan, que ni tú ni yo querremos á Ricardo, si no salva á Ralph?

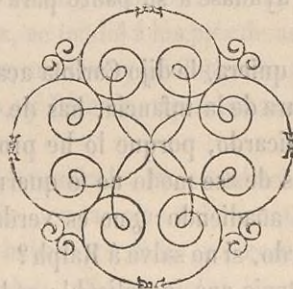
La voz de Carlota tenia una inesplicable seduccion contra la voluntad de Ricardo y hasta contra el ódio que este encerraba en su corazon. El jóven miró un instante aquel rostro en que parecia deber brillar algun dia la mayor hermosura, y respondió en voz baja:

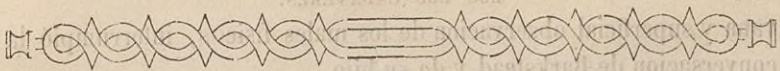
—Sí, Carlota, probaré de librar del cadalso á Ralph.

Llena de alegría al oir esta promesa, pareció que aquella recobraba su alma de diez años, y echó á correr por los corredores, saltando y riendo, llamando á Fan y escitándole para que saltara hasta las lumbreras que iluminaban la galería, en tanto que Ricardo, cuya alma pura y honrada se doblaba tambien bajo el peso de su ódio, decia para sí:

—Sí, sí! salvaré á Ralph..... ya lo habia pensado. Mejor es que le guarde para mí.

—La conferencia de Andlay y el coronel habia acabado ya. Era de noche, y mistriss Barkstead, despues de haber recibido apresuradamente algunas confidencias de su hijo, se retiró con Carlota á la magnífica habitacion destinada al gobernador de la Torre, en tanto que el coronel, Ricardo y el doctor se dirigían al Támesis, cuidadosamente embozados en sus capas.





—Por los síntomas que he visto de describir, hijo á ese último, cohecho que el alma de esta niña está gangrenada, y que para curarla es preciso hacer uso del fuego y del hierro, pues si no se extrae del fondo de su corazón cuanto le han hecho crecer, lo poco que en él queda seguramente siempre á pesar de nuestro cuidado.

XL.

—Sin duda, respondió el coronel, podría decirse de su espíritu, en las calumnias que le han hecho creer de los verdaderos hijos de Dios.

—No es eso, dijo Andlay, aunque desistiera á ser católico, el ejemplo de las virtudes de mis tíos, Barkstead y el de las virtudes que he observado en esta niña; pero hay además de esto una disposición propia que es preciso corregir cuidadosamente.

—¿Cuál es, doctor, que es, y por qué medios pueden ser corregidas para vencerlas?

LA ANTECÁMARA.

—Estos son muy fáciles cuando quisiere emplearse, y aquella muy natural, es necesario decirlo que cuanto le han contado sobre su nacimiento es falso, y que la verdad á respecto tal por cierto, es la siguiente:



A lancha en que entraron las tres personas que acababan de abandonar la Torre de Londres, se deslizó ligeramente por el Támesis, y al cabo de un cuarto de hora abordó casi en frente del palacio de Saint-James. La distancia entre este y la orilla era mucha todavía, y el absoluto silencio que el coronel y sus compañeros guardaron mientras se hallaron en el esquife, no se rompió hasta que estuvieron solos.

Barkstead, á quien Ricardo comunicó la causa del terror que manifestara Carlota, no podía contener su indignación; pero se calmó pensando que impidiendo toda clase de visitas á su familia, y por consiguiente haciendo cesar las péfidas sugerencias de Juxon, lograria reparar el mal que habia causado con su imprudente confianza en aquel hombre.

Andlay, para quien las ciencias médicas no consistían ya en una

vana y superficial observacion de los males físicos, interrumpió la conversacion de Barkstead y de su hijo.

—Por los síntomas que acabais de describir, dijo á ese último, conozco que el alma de esa niña está gangrenada, y que para curarla es preciso hacer uso del fuego y del hierro, pues si no se estraee del fondo de su corazon cuanto le han hecho creer, lo poco que en él quede germinará siempre á pesar de vuestro cuidado.

—Sin duda, respondió el coronel, podrán borrarse de su espíritu las calumnias que le han hecho creer acerca de los verdaderos hijos de Dios.

—No es eso, dijo Andlay; aunque destinada á ser católica, el ejemplo de las virtudes de mistriss Barkstead y el de las vuestras pueden reformar su alma respecto á este punto; pero hay además de esto una disposicion peor, que es preciso corregir cuidadosamente.

—¿Cuál es, doctor, preguntó Ricardo, y qué medios pueden emplearse para vencerla?

—Estos son muy fáciles cuando quieren emplearse, y aquella muy natural. Es necesario decirle que cuanto le han contado sobre su nacimiento es falso, y que la teneis á vuestro lado por caridad; pues de lo contrario, por mas que os esforceis, ni lecciones ni ejemplos lograrán hacerla una jóven honesta y sumisa.

—No quiero mentir de este modo, dijo el coronel. Podré ocultarle la verdad con mi silencio, pero nunca con falsas aserciones.

—Es una delicada eleccion entre dos modos de mentir, dijo el doctor. Vos preferís el primero; pero yo no creo peor ni mas culpable el segundo.

—¿Tanto importa, pues, que ignore este secreto para que profese los sentimientos de cariño y sumision que debe á su familia? preguntó Ricardo.

—No me admira vuestra pregunta, jóven, respondió el doctor; pero lo que sí me estraña es que vuestro padre, que ha vivido en el mundo y podido observar á los hombres, y entiendo por estos la raza humana, comprendidas tambien las mujeres, no haya conocido aun esta importancia.

—Confieso, doctor, dijo el coronel, que no sé comprenderla: dignaos explicarme en qué consiste.

—Consiste, dijo Andlay, en que Carlota está perdida si sigue creyéndose hija y hermana de rey, por cualquier título que sea.

—Pero ¿por qué razón? dijo Barkstead cada vez mas sorprendido.

—Porque, replicó con aspereza el doctor, la jóven está llena de vanidad, y á todas las edades esta es la enfermedad incurable de las mujeres. Enfermedad del alma, añadió Andlay, que influye raras veces sobre el cuerpo.

El coronel comprendió mejor que su hijo el valor de la observacion del doctor; conoció cuantas pretensiones locas y cuanto disgusto de su vida oscura podía hacer nacer en el alma de Carlota la probabilidad de trocar su estado de huérfana por la posicion brillante de hermana reconocida del rey Carlos II, y buscaba interiormente algun medio para evitar este peligro, cuando le sacó de su meditacion una exclamacion de Andlay.

Habian llegado bastante cerca del palacio de Saint-James para observar que en él se mostraba una extraordinaria agitacion. Hallábanse iluminados sus principales salones, y las sombras que se proyectaban sobre los cristales probaban que estaban llenos de gente.

—¿Qué es eso? dijo Andlay, ¿habremos llegado demasiado tarde? No; si no ha cometido alguna imprudencia, debe vivir toda la noche; estoy seguro de ello! Insensato! habrá hecho alguna otra locura! ese hombre se cree inmortal; pero esta noche le diré yo lo que no quiere saber.

Aludiendo entonces á una circunstancia cuyo secreto supo despues Barkstead, añadió con orgullosa sonrisa:

—El loco se burla de su sentencia de muerte, y está es mas segura que la de todos sus tribunales.

Estas palabras recordaron á Barkstead y á su hijo su promesa relativa á los Salmsby.

En eso llegaron á la puerta de una angosta escalera situada al lado del parque, y Andlay hizo entrar en ella á sus compañeros, valiéndose de una llave que Cromwell le habia entregado. Subieron á tientas los tres hasta que se abrió otra puerta, hallándose entonces en un pequeño aposento alumbrado por una lámpara suspen-

dida de una cadena de hierro, y contiguo á un salon del palacio donde resonaba el murmullo de una numerosa concurrencia.

—Alguna novedad acontece, dijo Andlay. Díjome que era preciso introduciros aquí en secreto, y el salon por donde debemos pasar está lleno de gente! Sin embargo, no hay que perder un instante, porque quiere veros, coronel, y es menester que se cumplan sus caprichos esta noche, pues mañana el Protector habrá dejado de existir.

Barkstead pareció admirarse del modo como hablaba Andlay, y este continuó, sonriéndose :

—Si por cierto, se burla de la muerte, disputa con su médico y no está dispuesto á morir.

—¿Creeis, preguntó el coronel, que le falte valor en su hora suprema?

—Hum! esto es un estudio curioso tratándose de un hombre de su temple, dijo el doctor, y podremos saberlo dentro de algunos minutos. No le perderé de vista ni un instante. Pero el rumor aumenta; esos vocingleros van á matarle, por vida de...!

En seguida abrió la puerta que comunicaba con el salon donde se hallaban las personas á quienes se referia; pero nada vieron, pues una túpida cortina de seda, primera que se habia fabricado en Inglaterra, adornaba aquella puerta. Sin embargo, pudieron oir repetidos gritos de : Viva Cromwell! Dios salve al Protector!

—Insensatos! murmuró el doctor; dentro de seis horas Cromwell habrá dejado de existir. *Quod scripsi, scripsi.*

Dejáronse oir nuevos vivas, y Andlay, despues de reflexionar un momento, dijo al coronel :

—No puedo hacerlos entrar delante de tanta gente; venid, veamos si está abierto el pasillo que conduce al gabinete del Protector.

Así diciendo, se dirigió á uno de los ángulos del aposento, y dió tres golpes mesurados en una puerta baja que allí se descubria. Abrióse esta, y dos soldados de los llamados *costillas de hierro del Protector*, se presentaron cortando el paso.

—La cosa marcha, dijo Andlay, entremos por aquí.

Diciendo estas palabras, hizo seña de que le siguiera á Barkstead, lo que no fué poca dicha para el doctor, pues el coronel le detuvo en

el instante mismo en que iba á echarse sobre las afiladas puntas de las picas con que los soldados se disponian á recibirle.

—¿Qué hacen esos animales? exclamó el doctor; picarones, dejadme pasar ó de lo contrario os haré sacudir el polvo con vuestras mismas picas.

Los soldados permanecieron inmóviles y levantaron las armas. Andlay quiso avanzar otra vez, pero inmediatamente aquellos volvieron á bajarlas á la altura de su pecho, lo que puso furioso á aquel, quien, dirigiéndose ora al coronel, ora á los soldados y algunas veces á Cromwell, como si pudiese oírle, exclamó:

—Llévesele el diablo! ¿acaso me toma por alguno de sus criados, para hacerme esperar de este modo? Por vida mía, señores, entrad como querais, pues ya veis que he hecho cuanto ha estado en mi mano. Mirad esos dos estafermos ¿qué quieren? Eh! ¿qué es lo que quereis? Soy el médico del Protector, y este me está aguardando. Viejo loco! ¿si creerá que sus alabardas impedirán entrar á la muerte? Pronto lo sabrá... Pero para ello es preciso que yo le vea, que entre. Ah! de ello depende mi gloria... Brutos! animales!... Ya vereis como no me dejarán pasar!

—Esos soldados han recibido sin duda una consigna y deben cumplirla, le dijo Barkstead.

Los rostros de ambos soldados hicieron un gesto parecido, indicando que el coronel habia acertado la verdad.

—Doctor, añadió este, es preciso valerse de otro medio para entrar.

Mientras Andlay estaba meditando como haria avisar de su llegada al Protector, se operó en el salon inmediato un tumultuoso movimiento seguido de un profundo silencio. Los guardias volvieron á entrar en el pasadizo, y la puerta se cerró otra vez.

Nuestros tres compañeros se acercaron de nuevo á la cortina que les separaba del salon, y no fué poca la sorpresa del doctor al oír pronunciar distintamente á Tomlinson las siguientes palabras:

—El Protector se ha salvado, como sabeis ya. Confiando en el Espíritu Santo, ha alejado de sí los auxilios humanos y buscado al Señor; desde aquel momento el Todopoderoso se ha apiadado

del pueblo inglés, reanimando con su soplo al mas amado de sus elegidos.

—Entusiastas vivas acogieron estas palabras; Andlay siguió guardando silencio, y la voz continuó:

—Con todo, aun cuando el Protector oirá lo que querrais decirle, se abstendrá de contestar á ello, para conservar las fuerzas que el Altísimo le ha devuelto; y á fin de que la presencia de un gran número de personas no altere la pureza del ambiente que respira, le dirigireis vuestras felicitaciones desde el umbral de esa puerta, oyéndolas él desde su lecho, dichoso y triste á la vez de poderos escuchar, pero no daros las gracias.

Estas palabras de Tomlinson fueron estrepitosamente aplaudidas, lo mismo que las anteriores.

—¿Habrá mandado llamar á Harvey, decía por lo bajo Andlay, y le habrá salvado? Puede que sí, pues en cuanto á recurrir al Señor, ya conozco yo al suyo. Hipócrita! burlarse así de todo un pueblo! Capaz es de ello Cromwell!... Sin embargo, si Harvey... Harvey! Harvey! Ya se ve que ha encontrado la circulacion de la sangre, que esto le hará inmortal, que le igualará á Hipócrates, que prueba su génio; pero cuando se acaba el aceite, es preciso que se apague la lámpara, y en esto puede hacer Harvey lo mismo que uno de esos jumentos armados de corazas que estaban aquí hace un instante.

Entre tanto el coronel, deseando ver lo que iba á suceder, entreabría ligeramente la cortina de seda.

—En frente de la puerta donde se hallaba, estaba abierta otra de dos hojas, guardada por cuatro de aquellos soldados tan mudos como fieles á su consigna, que conducía á la alcoba de Cromwell, en el fondo de la cual se veía su lecho, cuyas cortinas estaban cuidadosamente corridas. Barkstead observó entonces que en el salon había un centenar de personas de diferentes profesiones, quienes, en el acto de mirar él, se reunían en varios grupos. Esta division se esplicó en seguida, cuando cada uno de aquellos grupos se adelantó sucesivamente hasta la puerta de la alcoba, pronunciando el que parecía su jefe un corto discurso en que fecilitaba á Comwell.

El lecho de este se hallaba colocado frente á la puerta, de-

lante de la cual pasaban las diputaciones. Curioso espectáculo fué el de la singular mezcla que ofrecia aquella recepcion, y que era una prueba mas del arte de gobernar que tenia el Protector.

El primero que se presentó, haciéndolo en nombre del ejército, fué Monck, que mas tarde debia restablecer el trono á cuyo mas encarnizado enemigo servia entonces. General insensible y prudente al par que indolente político, halló entusiastas palabras para pintar la alegría del ejército al saber el restablecimiento del Protector.

Tras él usó de la palabra Carr, ardoroso puritano, que le felicitó por haber buscado y hallado al Señor. La espresion buscar al Señor, en el lenguaje de aquellos fanáticos, significaba la plegaria estática á que se entregaban por cualquier causa, y durante la cual pretendian estar en comunicacion con la Divinidad.

— Imbécil! dijo por lo bajo Andlay, eres un tirabuzon!

Sorprendido Barkstead al oír esta esclamacion, pidió á Andlay que se la esplicase, y este le respondió mientras el predicador terminaba su discurso:

— Una noche, apenas hace de ello un año, Cromwell habia convidado á cenar con él á algunos de sus amigos íntimos. Eramos ocho ó nueve ateos, y tres ó cuatro deistas, todos de las mismas ideas y que nos cuidábamos muy poco de religion. Los criados habian sido despedidos, segun costumbre, de modo que nos serviamos nosotros mismos. De pronto Cromwell, queriéndonos hacer probar una malvasia del tiempo de los Lancastres, buscó el tirabuzon, pero no pudo hallarlo. Pidiólo, todos se apresuraron á buscarlo y el Protector con mas diligencia que los demás. En medio de la confusion que produjo aquel incidente, entró un oficial.

— Una comision de los verdaderos hijos de Dios, dijo, desearia implorar la santa presencia de milord.

— Detúvose Cromwell y respondió:

— No puedo recibirles.

— ¿Qué les diré pues? preguntó el oficial.

— Decidles, contestó Cromwell... que estoy buscando al Señor. Apenas el oficial hubo cerrado la puerta, exclamó:

— Por vida mia! ya le he encontrado; héle aqui!
Y nos enseñó riendo el tirabuzon. Desde entonces ha quedado

aquel nombre al sacatapon, y algun dia se sabrá cual es el Señor de Cromwell.

La austera virtud de Barkstead se dolió de aquella esplicacion, sin admirarse de ello no obstante, pues conocia á Cromwell; pero como en él el hombre político dominaba al hombre religioso, era la causa de que no por ello hubiese dejado de erigirle en ídolo. Signió mirando desde su escondite, y vió pasar sucesivamente una comision del Parlamento, otra del clero católico de Irlanda y otra del *Convenant* (1). La mas curiosa para un espectador indiferente hubiera sido la de los milenarios, que requirieron á Cromwell para que declarara si era Jesus en persona que habia bajado á la tierra para reinar en ella durante mil años, suplicándole que si era así, prolongase su vida tanto tiempo como su reinado. Pero la que mas sorprendió á Barkstead fué la del clero anglicano de Westminster, al frente de la cual reconoció á Juxon, cuyo discurso acabó con una vehemente plegaria al Eterno para que conservase la vida del héroe de Inglaterra.

Barkstead se mostraba tan sorprendido como indignado de ello, cuando otra voz conocida llamó nuevamente su atencion, y el mismo Ricardo, que hasta entonces pareciera del todo indiferente á cuanto pasaba, escuchó cuidadosamente. El orador que entonces estaba en el uso de la palabra era hombre de unos treinta y seis años á poca diferencia, vestido como persona acomodada, y llevando al cuello la cadena que distinguia á los síndicos de los gremios de mercaderes. Hablaba en nombre del respetable cuerpo de los gíferos, y era el honorable maese Tom Love, á quien dejamos echando al Támesis el ataud en que creía se hallaba el cuerpo de Carlos I. A su lado se hallaba un jóven sosteniendo una especie de cesta abierta que se suponía ser un presente. Su discurso tuvo la notable circunstancia de llamar desde las primeras palabras la atencion de todos y mas particularmente la de Andlay.

—Milord, dijo con su acostumbrada voz de trueno, los médicos son unos asnos, pues han aniquilado vuestro cuerpo sacándoos la

(1) Confederacion que hicieron los escoceses en 1580 para mantener intacta su religion. (N. del T.)

sangre cuando debian daros sendos tasajos de buey asado, y haciéndoos beber agua caliente en lugar de cerveza.

Al oír este preámbulo, se apoderó de Andlay una agitacion que al principio solo se manifestó con una tos seca, pues la cólera le oprimia de tal modo la garganta, que no podia hablar.

Tóm Love continuó:

—Si os dignais seguir los consejos de los que os quieren por vuestro propio interés y no por el suyo, hareis ahorcar acto continuo á unos cuantos de esos doctores dietéticos, y sin duda os hallareis mas aliviado.

Al llegar aquí, las esclamaciones de Andlay empezaron á ser inteligibles, pero solo las proferia en voz baja. Los epítetos de villano, malvado, judío, ladron y verdugo salian convulsivamente de su boca, y llevado de la rabia, daba al orador las calificaciones mas incoherentes, llamándole con los nombres que mas despreciaba, y titulándole sucesivamente irlandés, usurero y ministril. Entre tanto el síndico seguia en estos términos su discurso:

—El pueblo inglés, y particularmente la ilustre corporacion de los giferos, ha sabido con alegría vuestro restablecimiento y que habeis plantado en la calle á esos tratantes en drogas y raices.

Costábale al coronel gran trabajo retener al médico, cuyo furor habia llegado á su colmo, y que queria medir sus fuerzas con el orador. Este acabó por fin su discurso, diciendo:

—El ilustre cuerpo de los giferos, agradecido al ver que habeis entrado otra vez en el verdadero camino de la salud, me ha encargado que os ofrezca este presente, para induciros á continuar en él.

Y como al decir estas palabras enseñó un magnifico filete de buey colocado en una fuente de plata,

—Bandido! verdugo! asesino! exclamó Andlay, desprendiéndose de las manos de Barkstead y entrando en el salon; mis recetas son las únicas que te han de matar, malvado! usurero! cómico!

Es imposible describir el desórden que causaron entre los concurrentes estas esclamaciones, que, sin embargo, se esplicaron fácilmente cuantos reconocieron á Andlay y habian oido á Tom Love. Todos se interesaron en saber lo que iba á resultar de aquel estraño choque de dos autoridades tan poderosas; pero Andlay, sin escu-

char á nadie, se lanzó á la alcoba del enfermo, con un furor siempre creciente, y acercándose al lecho, gritó: —Es ocurrencia escuchar los obsequios y felicitaciones de los cuerpos del Estado cuando no sois mas que un cadáver, vivís por artificio y no teneis otra fuerza que la que debeis á mi ciencia. Pase aun si se tratase de oír las santas exhortaciones de un sacerdote ó los consejos de un médico, pero dar oídos á las absurdas necedades de un galopo, de un descamisado!...

—Tom Love, al oír estas palabras, empezó á jurar con toda la fuerza de sus robustos pulmones y á enseñar su puño al doctor por encima de las picas de los *costillas de hierro*. Andlay, viendo que el Protector no le respondía, continuó con voz que daba á conocer la rabia de que se hallaba lleno su corazón:

—Pues bien! ya que das oídos á esas infames invectivas contra el arte que por tanto tiempo te ha disputado á la muerte, sabe, Cromwell...

Y para hacer mas horrible su sentencia, se acercó al magnífico lecho del Protector, entreabrió las cortinas, inclinóse hácia la cama y exclamó en tono de oráculo:

—Sabe, Cromwell.... Ah!

Y el doctor se enderezó de nuevo, con la boca abierta y lleno de terror; una especie de risa convulsiva y de cólera amenazadora se retrataron durante algun tiempo en su rostro y le dieron el aspecto de un loco; pero el furor venció al fin, y salió de la alcoba de Cromwell, echando espumarajos, profiriendo sonidos inarticulados y dirigiéndose á los aposentos interiores, sin que nadie acertase á comprender la causa de semejante cambio.

En eso Barkstead, que habia permanecido detrás de la cortina, sintió que alguien le tocaba en la espalda, y volviéndose, reconoció á su cólega el coronel Okey, que le hizo señal de que le siguiese con Ricardo por la puerta baja en que aparecieran antes los dos soldados.

—

XII.

LA ALCOBA.



URANTE algunos minutos Barkstead siguió á su guía por un laberinto de corredores y aposentos oscuros pero perfectamente guardados. A cada diez pasos dos soldados, inmóviles como piedras miliarias, les detenían en su marcha para preguntarles el santo y seña; y así como los mojones del camino miden la distancia que recorren los viajeros, así el número de aquellos centinelas podía servir para calcular los temores del Protector con una exactitud matemática. Hé aquí una escala de proporción para medir el amor del pueblo hácia sus soberanos, calculando este en razon inversa á semejantes precauciones.

Con todo, Cromwell no habia tomado todas aquellas contra el ódio popular, sino mejor contra la curiosidad de ciertos amigos. Barkstead seguía á Okey guardando siempre el mayor silencio, y pronto llegaron al extremo del palacio, opuesto al en que acababa

de tener lugar la recepcion de las diputaciones de la ciudad de Lóndres. Por último, despues de muchos rodeos, Okey abrió una puerta baja y estrecha é introdujo á sus compañeros en un aposento bastante espacioso, en el cual se hallaba una cama. Al entrar en él Barkstead, vió á Andlay que llegaba por la puerta principal, siguiendo sin duda distinto camino que Okey. El doctor continuaba en el mismo estado de exasperacion en que le habia sumido el discurso del síndico de los giferos, y hasta parecía haberse aumentado su ira durante el camino. Iba á preguntarle Barkstead, cuando una voz que salió de la cama, les interpeló de repente.

—Y bien! amigos míos, ¿han dicho muchas necesidades á las cortinas de terciopelo de mi lecho protectoral? Creo, por vida mia, que gritaban: Viva el Protector! Ah! Cromwell no necesita sus votos, pues vivirá porque quiere! ¿Lo entendeis, doctor? Quiero vivir, lo necesito!

—¿Luego sois vos, respondió indignado Andlay, quien ha hecho representar esa comedia, anunciando vuestro restablecimiento, alcanzado por intercesion del Señor, segun acaban de decirme vuestros secretarios? Y os habeis atrevido á hacer esparcir por Lóndres la noticia de que, en cuanto me habiais despedido, el Espíritu Santo os habia dado nueva vida! Sois un loco.

—¿Crees, doctor, dijo Cromwell, que has de enseñarme lo que debo hacer? Procura guardar silencio sobre lo que acaba de pasar, ó no seré yo el que de los dos tenga la vida mas corta.

—Pero de fijo sois el mas enfermo de cuerpo y alma, milord, replicó Andlay, y por esto he ido á buscar al coronel Barkstead para que reciba vuestras órdenes.

—Mañana se las daré, respondió Cromwell; qué digo mañana! dentro de quince años. No me mires con esa cara, doctor; vienes á hacer aspavientos junto á mi cabecera para darme miedo y administrarme tus drogas, ya lo sé; pero no quiero tomarlas. Ea! cuéntame la recepcion; ¿quién ha hablado?

—Una porcion de necios, contestó furioso Andlay.

—Bien! ¿Y cómo se llaman los oradores?

—¿Creeis, replicó el doctor, que tenga en tan poco la memo-

ria, el mas precioso don que el cielo ha concedido al hombre estudioso, para emplearla en los nombres de aquellos descamisados?

—Me admira tu cólera, dijo riendo el Protector, pero ¿cuál es su causa? ¿Acaso es faltar á los peceptos de la medicina el restablecerse sin conocimiento suyo?

—Ah! milord, respondió Andlay, ocultando la cabeza entre las manos con profunda desesperación, me habeis deshonrado.

—¿Por qué me he curado sin tí? Vamos, consuélate, doctor, soy amigo tuyo y te nombraré decano de los hospitales de Lóndres.

—Milord, replicó Andlay con dolorosa calma, hace trece dias os entregué un pliego cerrado; servíos devolvérmelo, pues con él podré vindicar mi honor; debo retirarme, supuesto que nada tengo que hacer aquí.

—Retirarte! exclamó vivamente Cromwell, no lo quiero. ¿Quién me cuidaria si tal hacias? ¿Esas manos de hierro? dijo señalando á los soldados que guardaban la puerta, ¿mi familia que me aborrece y me vende? No, doctor. quédate. Todavía sufro y acaso puedo morir aun. Pero no, no moriré si te quedas á mi lado... Tú me salvarás! Andlay. La vida! la vida! la necesito, me es precisa.

—¿Segun eso, la muerte os espanta mucho, milord? dijo gravemente Andlay.

—La muerte! exclamó Cromwell, ¿qué estás diciendo, miserable? Nunca me habias hablado de ella... Ah! me has engañado... pero no, solo estoy algo enfermo, ¿no es verdad, mi buen doctor?... Responde.

—¿Cómo, pues, habeis mandado llamar al coronel Barkstead? preguntó Andlay; ¿no era para manifestarle vuestra última voluntad?

—Oh! se hace el testamento sentado á la mesa, entre dos botellas de vino, si se quiere, replicó Cromwell; así pues, puedo confiar á Barkstead mi última voluntad, aunque solo me halle ligeramente enfermo ¿no es cierto, doctor? Pero responde, infame! ¿solo estoy enfermo, y no en peligro de muerte?

La voz de Cromwell temblaba al decir estas palabras, y su mirada esquiva revelaba un espanto que admiraba y afligia á sus amigos. Andlay, anonadado, no sabia que responder.

—¿Qué haré? dijo en voz baja á Barkstead.

—Decirle la verdad, respondió este, tambien en voz baja.

—¿Qué estais hablando? exclamó el Protector. ¿Conspirais?..... Responded. ¿Qué te ha dicho, Barkstead? Es un traidor! Okey, apoderaos de él; va pregonando por todas partes mi muerte, se ha vendido á los realistas y sostiene sus esperanzas. ¿Oís lo que os digo? lleváoslo de aquí, apartadle de mi vista.

—Os abandono en manos del Espíritu Santo, dijo Andlay con mal disimulada expresion de desprecio. Devolvedme el escrito que os entregué; deseo que su contenido no sea cierto, y que en lugar de servirme de gloria cause mi vergüenza. Es preciso que mañana lo deposite en manos seguras, consignándose la hora en que lo reciban; dádmelo, milord, el tiempo urge.

—¿Qué escrito es este? preguntó Cromwell. No lo recobrarás, Andlay, pues sin duda contiene alguna infame perfidia, y no quiero devolvértelo sin enterarme antes de él.

En seguida buscó con ansiedad debajo de la almohada que sostenia su cabeza, sacando un papel cuidadosamente cerrado, é iba ya á romper el sobre, cuando Andlay exclamó:

—Deteneos, milord, no abrais este pliego, pues contiene un secreto de muerte.

—Un secreto de muerte! repitió asustado Cromwell, incorporándose y dejando caer el papel. Ah! algun veneno sutil que habrás guardado en él ¿no es verdad, miserable? ¿Sabes cuál es el suplicio que está reservado por semejante crimen á los asesinos y á los traidores?

—Milord, lo que contiene ese pliego lo escribí el 20 de agosto, entregándooslo aquel mismo dia en presencia de mas de diez personas, que lo sellaron con sus armas, y solo debia abrirse mañana delante de ellas.

—Lo sé, dijo Cromwell; pero no importa, esta noche se abrirá aquí mismo. Quizás contenga el secreto de una conspiracion, añadiendo de sospecha. Cuán loco soy! He guardado este papel durante trece dias sin pensar en ello, y esto para darte gusto! Pero voy á saber al instante...

—A saber, dijo Andlay, lo que no sois capaz de oír.

—¿Qué dice, pues, este papel? gritó Cromwell.

—La verdad, respondió el doctor.

—Barkstead, dijo el Protector con estremada cólera, abrid este papel y decidme lo que contiene. Ah! sin duda será alguna infame sátira dirigida contra mí, ó algunos secretos que habré revelado durante un acceso de fiebre. Toma, Barkstead, toma y lee. Ah! todavía me quedan fuerzas para castigarte, Andlay. Abre el pliego, Barkstead.

—Pero, replicó el coronel, este papel está sellado con las armas de algunas personas ilustres, y en el sobre se lee: *Para ser abierto en nuestra presencia el 4 de setiembre, suceda lo que quiera.* Además esta inscripcion va firmada; ved, milord, que esto es un depósito sagrado.

—¿Quieres decirme lo que contiene ese papel, Andlay? dijo Cromwell en el colmo de la ansiedad.

—Preguntádselo al Espíritu Santo, respondió el médico.

—Imbécil, exclamó el Protector, ¿qué le importa á tu ciencia lo que he hecho decir al pueblo? No ves, idiota, que si muero dirán que es por culpa mia, porque te he despedido, y que se me importa un comino de lo que digan de mi falta de prevision despues que haya espirado; al paso que si me salvo, el pueblo creerá de buena fé que he tenido una conversacion con el Espíritu de Dios en persona, y entonces me adorará como un elegido, como un hijo del Señor, como... Ah! añadió! interrumpiéndose... si lo hubiese pensado antes, podia erigirme en profeta.. Ah! ah! continuó riendo, hubiera sido bueno...pero no, ya es bastante. Oh! sálgame bien mi plan, é Inglaterra será mia, y el mundo de Inglaterra!

Andlay y Barkstead contemplaban admirados á Cromwell, por que en aquel momento sobre su frente despejada brillaba la aureola de su poderosa y eficaz voluntad. Sus ojos centelleaban, respiraba con fuerza, y continuó:

—¿Crees ahora, doctor, que te he deshonrado diciendo que te habia apartado de mi lado y tomado por médico á Dios? ¿Estás celoso de semejante rival? Vaya, cálmate, viejo loco, y dime que contiene ese papel.

—Un oráculo como el vuestro, milord, dijo Andlay, y dentro de algunas horas se sabrá cual de los dos ha dicho la verdad.

—¿Y qué dice tu oráculo? repuso Cromwell recobrando su cólera, farsante infame que procuras engañarme; corazón sin fé ni probidad, ¿qué dice que tan contrario sea al mio?

—Dice, replicó Andlay con voz solemne, que el 3 de setiembre antes de media noche, Cromwell, Protector de la Gran Bretaña, habrá espirado!

—¿Esto dice? exclamó Cromwell agarrándose con fuerza al cobertor de su cama, incorporado sobre ella é inmóvil, con la boca entreabierta y los labios agitados por un temblor espantoso: Barksstead, abre ese papel y léelo. Oh! no puedo morir de este modo!.. Morir! morir! repetía con acento desgarrador; no, Andlay, me engañas, te estás vengando de mí; tú no has podido prever eso, lo que dices no es verdad... responde.

El médico guardó silencio, y Cromwell continuó mas furioso:

—¿Y porqué, miserable, has previsto que podía morir? malvado, ¿qué demonio te ha inducido á hacer semejante suposición? sin duda te han pagado para ello, hipócrita. Has vendido el secreto de mi vida á mis asesinos! te has atrevido á decir que podía morir!

—Escucha pues, exclamó el doctor con la misma solemnidad y tomando el papel de manos de Barkstead; jamás persona alguna sacrificó á otro mas de lo que te sacrifico en este instante. Escucha, es la inmortalidad de mi nombre lo que deposito como una ofrenda sobre tu tumba, porque lo que este papel contiene, mañana hubiera parecido una revelacion al mundo entero; no una de esas mentidas y engañosas comedias que representas, sino el resultado del estudio mas sincero y profundo. Y sin embargo para tí solo y por tu interés destruyo todo su poder; lo destruyo para que ño te veas sorprendido, como un soldado desarmado, por su enemigo; para que sepas que es menester prepararte para abandonar esta tierra que has hecho temblar bajo tus plantas; para que se desvanezca de tu ánimo esa ilusion en que te meces dulcemente y con que te engañan para dominarte; en fin, para que puedas cumplir los últimos actos del hombre: orar y mandar.

Todos se agruparon junto al lecho de Cromwell, el doctor á la ca-

becera, Okey y Barkstead de pié cerca de él, y Ricardo mas léjos, al pié mismo de la cama : el Protector, sentado siempre, se habia vuelto hácia el primero. El miedo que le dominaba tenia algo de triste; el terror que alteraba sus facciones era una cruel decepcion para los que le habian amado y admirado. La lámpara, pendiente del techo, apenas despedia la suficiente claridad para que pudiese procederse á la lectura de aquel pliego, cuyo sello rompió Andlay. Aumentó la atencion, el Protector dejó escapar un profundo suspiro, y el doctor leyó:

«El 13 de julio de 1658, llamado para prestar mis auxilios á Oliverio Cromwell, Protector de la Gran Bretaña, concebí el proyecto de sentar que el arte divino de la medicina es una ciencia cuyo poder estriba en los profundos conocimientos del alma, combinados con una exacta apreciacion del cuerpo. »

Este preámbulo admiró á los circunstantes. Cromwell prestó atencion, y Andlay siguió leyendo:

«Nunca mas ilustre ejemplo podia llamar la atencion del mundo, por esto le he elegido como el mas incontestable que puede oponerse á las incredulidades de los enemigos del arte médico. »

—Hum! dijo Cromwell, veamos!

Andlay continuó:

« Observé al Protector y reconocí en él un alma virgen y una firme voluntad; pero ví al mismo tiempo que estas nobles cualidades se abrigaban en un cuerpo gastado. »

—Diablo! murmuró Cromwell, ¿qué mas?

« Busqué las causas de ello. Su corazon jadeante, su frente arrugada y su rostro flaco llevaban el sello de aquellos disgustos que destruyen para siempre los principios vitales. Me convencí de que el poderoso Cromwell habia pasado muchas noches con el corazon oprimido y los ojos llenos de lágrimas, buscando á quien dar una parte del poder que le rodea, por un poco de amor y de reconocimiento. Conocí que el dolor habia muerto á Cromwell mas que el trabajo, porque durante su vida el trabajo y el genio han hallado siempre la recompensa en sus triunfos, al paso que sus afecciones como hombre, recompensadas solo con ingratitudes y traiciones, han secado su existencia como una llama oculta. »

El rostro de Cromwell manifestó una estraña emocion al oír estas palabras, y Andlay prosiguió :

« Entonces traté de conocer cual era la enfermedad del Protector, y ví que solo consistia en una languidez causada por una cruel melancolia, que por medio de la descomposicion del cuerpo procedia á pasos lentos á la destruccion del alma mas enérgica del mundo, como la carcoma que taladra los inmensos robles del bosque y los mata inmediatamente. Espié los progresos de la enfermedad; seguila paso á paso, dia por dia, hora por hora; pesaba en mi mano la parte de vida que cada minuto arrancaba al jefe del pueblo inglés, y despues de una observacion de treinta y cinco días, declaro hoy, 20 de agosto de 1658, que Cromwell, devorado por la decepcion y el tedio, y sin que su enfermedad reconozca otra causa que los celos y los pesares, morirá de consuncion antes de las doce de la noche del 3 de setiembre próximo. »

Andlay habia terminado su lectura, y un sombrío silencio reinaba en el aposento. Barkstead apenas se atrevia á mirar al Protector, pues el aspecto de sus temores le desgarraba el corazon mas que la misma idea de su muerte. Esperaba de su parte nuevos gritos, lágrimas y señales de furor; así es que se adelantó hácia él sin decir una palabra.

—¿Qué hora es? preguntó Cromwell con voz sosegada.

—Las ocho, respondió Okey.

—Bien está; no tenemos tiempo que perder, replicó el enfermo. Okey, dí á mi esposa y á mis hijos que deseo verles dentro de una hora. Doctor, era preciso decirme esto mas pronto, pero de todos modos te doy las gracias, pues semejante vaticinio es obra de un genio profundo. Es muy notable tu prevision, y sin embargo la admiracion que hubiera producido solo se habria debido á la ignorancia que se tiene de tu arte. Este, como todo, debe tener reglas y leyes sacadas de la naturaleza, y segun las cuales puede decirse de un modo exacto lo que ha de suceder mañana, porque yo tambien he adivinado, con una hora de diferencia á lo mas, la marcha de un ejército ó la caida de un poder.

Despues, animándose, continuó:

—No debes envanecerte tanto de haber adivinado que moriria hoy,

doctor; porque al fin y al cabo observabas un cuerpo, una substancia que está al alcance de la vista y de la mano, al paso que yo solo he podido ver síntomas que únicamente puede percibir el alma, apesar de lo cual, si queria predecir, no hablaria de un hombre ni de algunos dias, sino que pronosticaria el destino de todo un pueblo, abarcando el espacio de muchos años. Yo tambien depositaré en cierto lugar la prueba de mi prevision, y entonces podrás juzgar si debes lamentar tanto lo que llamas tu perdida gloria, comparando tu ciencia con la mia.

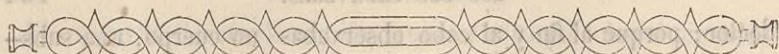
— Una toesa nada añadirá á la altura de un campanario como el de Westminster, pero un pié aumenta en mucho la de una quilla que solo tiene seis pulgadas, respondió el doctor. No obstante, poco importa ya, el sacrificio está hecho, y no me acuerdo de ello; además, no lo he perdido todo, pues acabo de descubrir un secreto del corazon humano, que sospechaba hacia mucho tiempo.

— ¿Cuál? dijo Cromwell.

— Que la certeza da gran valor.

— No adelantes demasiado, Andlay; quizás ese cambio es mas bien efecto de mi carácter particular que distintivo de toda la humanidad. Siempre que me ha sido preciso decidir algo, he luchado conmigo mismo cuanto he podido; pero una vez he tomado mi resolucion, he marchado con paso firme y sin retroceder jamás. Espero que me perdonarás el haber querido usar de ardidés con la muerte; pero se acabó ya, no hablemos mas de ello.

Okey entró en el aposento en aquel instante, y dijo á Cromwell que su familia cumpliria su orden. El enfermo le hizo señal de que alejase á los soldados que se hallaban á la puerta de la cámara, inmóviles y mudos, y Barkstead, Okey, Andlay y Ricardo quedaron solos con el Protector.



XIII.

ÚLTIMA VOLUNTAD.



ARKSTEAD aguardaba ansioso lo que debía suceder, pues iba á oír el secreto que Cromwell no se atrevia á revelar ni siquiera á su propia familia. A una señal del Protector todos los que se hallaban presentes se acercaron al lecho, permaneciendo de pié, y continuando Cromwell incorporado como se hallaba.

—Escuchad, amigos míos, dijo este, y bien considereis que lo que voy á decir os sea hijo de la debilidad, un capricho ó el resultado de un orgullo que quiere vivir mas allá del sepulcro, juradme que cumplireis lo que os pida, sin que pueda impedirlo ninguna consideracion, pues es una órden que debeis ejecutar como fieles servidores, una súplica que no podeis olvidar si realmente sois mis amigos.

Los dos coroneles, Ricardo y el doctor estendieron sus manos so-

bre el lecho de Cromwell y prestaron el juramento que este les pedía. Solo entonces reparó el Protector en Ricardo.

— Muy jóven erés, le dijo, para confiarte el peso de un secreto. ¿Es ese tu hijo, Barkstead? ¿Me respondes de él? Piensa que de antemano hago pesar sobre tu conciencia toda indiscrecion.

— Mi honra es la herencia de Ricardo, respondió Barkstead, y no temo confiársela.

— Sea, dijo Cromwell; escuchad, pues. En cuánto habré muerto, lo que no debe tardar mucho, mandareis disponer para mí magníficos funerales, á cuyo fin, Barkstead, hallarás en mi bolsillo secreto una suma destinada al efecto. Quiero que la mas extraordinaria pompa llame la atencion de Inglaterra; pero del mismo modo que diez años atrás el pueblo arrastraba hácia el Támesis el féretro vacío de Carlos I, es preciso que siga lloroso y recogido el ataud vacío de Cromwell: despues de haber burlado su rabia, burlaré tambien su dolor, pues es preciso que el cuerpo de los que han tenido en sus manos la suerte de las naciones, no sea arrastrado por el cieno y hollado por el populacho.

Pintóse en todos los rostros una estremada sorpresa, y Andlay interrumpió al Protector.

— Ninguna duda puede caber, milord, de que el pueblo de Londres acompañará con respeto el féretro del que fué su héroe. ¿A qué viene, pues, esta precaucion que parece quereis tomar para evitar sus insultos?

— Tambien yo soy profeta, doctor, repuso Cromwell sonriendo.

— En seguida, tomando un aire solemne, continuó con voz tranquila y casi profética, fijos los ojos ante sí, cual si leyera en un libro invisible:

— Hijos míos, nuestra época ha pasado ya, se acabó nuestro reinado; he sembrado en Inglaterra una semilla que fructificará mas adelante, pero que aun debe dormir mucho tiempo. Antes de tres años Carlos Estuardo será rey de la Gran Bretaña, y el nombre de Oliverio Cromwell se verá proscrito como el de un bandido que robara á su amo; pero este nombre tendrá mi vida para defenderle, y ni la calumnia, ni la censura, ni la proscripcion harán que deje

de ser lo que ha sido. Lo único que de Cromwell quedará sin defensa, será mi cuerpo, que la rabia de los realistas no dejará de infamar por mano del verdugo. Pues bien, Cromwell no quiere que el vencido y los fugitivos tengan derecho de venir á insultar su cadáver en el campo de la gloria, que solo la muerte le habrá obligado á abandonar. Entregad, pues, á las pompas de Westminster, á las oraciones del clero, á las lágrimas del pueblo y á las ovaciones de los inspirados, el féretro vacío y helado de vuestro amigo, y ocultad profundamente en la tierra sus mortales despojos, para que los chacales absolutistas no vayan á escarbar su tumba y á satisfacer su venganza en los restos de su enemigo.

Barkstead y sus compañeros se miraron entre sí: la mirada que trocaron encerraba una pregunta recíproca, cual si se interrogaran para saber si la razon del Protector no se habia perturbado bajo la influencia de su enfermedad. Comprendiólo Cromwell, y añadió:

—Lo que os digo, amigos míos, es cierto como lo que Andlay ha predicho hace un momento; creed á quien, lo mismo que él, ha pesado exactamente el valor de los hombres y la duracion de las cosas. Muerto yo, no queda mano alguna bastante poderosa para sujetar todos los bandos que dividen la Inglaterra: los amigos de la libertad, reunidos en torno mio, se separarán mañana, y por débil que sea la causa de Carlos II, triunfará muy luego de todos los ambiciosos que se disputarán los restos del protectorado. Conozco perfectamente aquel partido; durante los diez años de proscripción que han pesado sobre él, ni ha roto uno de sus lazos, ni ha abandonado á uno de sus secuaces, ni ha perdido un solo momento; es perseverante é implacable, y con estas dos cualidades se triunfa siempre; creedme, hijos míos, y poned á cubierto el porvenir de vuestra vida, como yo quiero proteger el mio para despues de mi muerte.

Los confidentes del Protector se hallaban confusos, y, apesar de su incredulidad, todos se entregaban ya á las crueles reflexiones que les inspiraba tan deplorable porvenir, cuando Cromwell les interrumpió:

—En el condado de Northampton hay una pradera llamada de Naseby, que debes conocer, Barkstead, pues en ella hemos comba-

tido juntos. Llevareis allí el cadáver de Oliverio Cromwell durante una noche oscura, á cuyo fin, Barkstead, hallarás en ese cofre el dinero necesario para hacer frente á los gastos del viaje y el salvo conducto que os permitirá llegar hasta allí sin que registren vuestro carruaje. Cuando esteis en la pradera, quitareis el césped en un espacio de nueve piés, para cuyo trabajo llevareis con vosotros un hábil jardinero; dejareis el césped, como se hace para el adorno de los jardines, junto al sitio de donde le hayais arrancado, procurando no echarlo á perder; abrireis despues una hoya de nueve piés de profundidad, arrojando la tierra sobre un lienzo que tendereis allí cerca, para que no se introduzca entre las yerbas y pueda descubrir que se ha abierto la fosa; hecho esto, baja reis mi ataúd en la hoya y le cubrireis con la misma tierra, que tendreis cuidado de apretar con los piés, á fin de que el piso, removido de aquel modo, no pueda hundirse mas adelante y proporcionar un indicio que quizás serviria para descubrir el sitio donde yacerá mi cadáver. Cuando la hoya esté rellena, el jardinero volverá á colocar el césped en el mismo lugar de que antes lo habreis arrancado, y lo regareis en seguida para que recobre todo su verdor, porque la menor señal podria despertar sospechas. La tierra restante, envuelta con el lienzo en que la habreis colocado, os la llevareis, arrojándola en alguna zanja, á lo menos á tres leguas de distancia de la pradera. El jardinero de que os valgais irá con los ojos vendados al sitio que hayais escogido, marchándose del mismo modo en cuanto haya concluido su tarea; le entregareis quinientas libras esterlinas, y deberá partir de Inglaterra.

A pesar de la admiracion que les causaba, todos habian escuchado con escrupulosa atencion esta instruccion detallada.

—¿Es esto todo? preguntó Barkstead; ¿teneis algo mas que mandarnos?

—Amigo mio, le dijo Cromwell, he tomado todas las precauciones humanamente posibles para que la tierra sea discreta; he creido que su superficie verde y lozana era mejor para engañar las miradas de nuestros enemigos acerca del misterio que iba á confiársele, que la piedra mas fuerte y el monumento mas profundo, del mismo modo que el rostro de los hombres oculta mejor un secreto

con una sonrisa, que mostrando un aspecto austero; pero en vano obligaria á la materia y á la tierra á cumplir mi última voluntad, si no hubiese cerrado tambien vuestra boca, y no estuviesséis dispuestos á ocultar esta confianza con un velo de serenidad que la haga impenetrable á las dudas mas suspicaces. Escuchadme, hijos míos, y comprendedme bien: de ninguno de vosotros temo una indiscrecion debida al miedo, á la traicion, al tormento ni siquiera al cadalso. Entre los millares de hombres que me deben lo que son, lo que nunca hubieran sido; junto á mi familia, que, despues de haber vendido mi protectorado á quien quiera comprarlo, obteniendo en cambio seguridad, riquezas y ociosidad, venderia tambien mi cadáver por algunas libras de renta, vosotros solos me habeis parecido dignos de ocultar en vuestro seno el misterio de mi última morada; así pues, amigos míos, para poner este secreto al abrigo de todas las pesquizas, haced con vuestro rostro y vuestras acciones lo mismo que os he encargado hagais con la pradera de Naseby. No fieis de vuestras fuerzas para guardar un secreto que la astucia podria arrancaros, como yo no me he fiado de la piedra y el hierro para que guardaran un ataúd que el ódio podia ir á buscar allí. Solo aquel á quien nadie pregunta está seguro de no responder mal, y así como no irán á preguntar á la pradera, conservando su aspecto puro y risuño, pues el verdor indiferente de su césped no llamará la atencion de persona alguna, así tampoco preguntarán nada á los hombres, si estos saben alejar de su rostro el aire de zozobra y la reserva afectada que incitan la curiosidad, y si pueden hacer que renazca en él la calma y la indiferencia del césped de Naseby.

Barkstead y sus compañeros prometieron cumplir en todas sus partes la voluntad de Cromwell despues de lo cual, dirigiéndose el Protector á Ricardo, le proporcionó, lo propio que á su padre, ocasion de cumplir el juramento que habian prestado, este á su esposa y aquel á Carlota.

—¿Jóven, sabes escribir? le preguntó.

—Sí, respondió Ricardo.

—Pues bien, siéntate y estiende para Andlay el nombramiento de decano de la Universidad de Lóndres. Es una indemnizacion que te

debo, doctor. En cuanto á tí, Okey, dispondrás el orden de mis fingidos funerales, de los que con su pompa deben engañar á Inglaterra, y los despojos serán para tí. ¿Qué quieres que te dé, Barkstead?

—Deseo, respondió el coronel, que en la hora de vuestra muerte deis una prueba de generosidad y clemencia como las que habeis ofrecido durante vuestra vida, y os pido por lo mismo el perdón de un culpable.

—Es algun loco milenario, algun ardiente puritano por quien te interesas hasta este extremo, ó algun republicano de los que Lambert ha levantado tan á menudo contra mí?

—No, milord, añadió el coronel, lo que os pido es el perdón de sir Salnsby.

—Okey no pudo contener una esclamacion de sorpresa; el mismo Andlay pareció admirarse, y el Protector respondió:

—¿Qué interés tienes, Barkstead, en salvar á ese miserable? ¿Acaso no se ha acabado ya la historia de la hija de tu sobrina? Ten cuidado, porque aquella niña te hará cometer muchas faltas. Además ¿para qué dejar vivir á semejante hombre? Piénsalo bien, con ello te creas un enemigo implacable. ¿No tienes otra cosa que pedirme?

—La vida de su hijo y de su yerno, dijo el coronel.

—Barkstead! esclamó Cromwell, es traicion pedirme, aun en la hora de mi muerte, la vida de mis mas crueles enemigos; por Dios, que estás loco. ¿Piensas acaso que esa familia te agradecerá tus beneficios, y calculas ya que te darán algun empleo al volver los Estuardos? Si lo crees, haces mal, porque el absolutista incendia el techo que le da asilo, muerde la mano que le salva en un naufragio, y es capaz de envenenar á tus hijos con el pan que por caridad le des, si lo exige el interés de su causa; y tu proscripcion, Barkstead, está escrita en el alma de todos los realistas, porque no debes olvidar que juzgaste á Carlos I.

—Ningun acto de mi vida he olvidado, pues cuanto he hecho me parece honroso; pero tampoco he echado en olvido un juramento prestado hoy á mi esposa y renovado despues á aquellos culpables.

Barkstead contó entonces la escena que habia tenido lugar en la cárcel, y Cromwell, despues de reflexionar largo rato:

—¿Y tú, jóven, que me pides? dijo dirigiéndose á Ricardo.

—La vida de Ralph Salnsby, respondió este.

—Que Dios os tenga de su mano, insensatos! dijo Cromwell con dolor; no sabeis cuantas desdichas os labrais para el porvenir. Derramar beneficios en el alma de un realista es lo mismo que echar aceite en el fuego, es avivar el odio con la ingratitud. Pobres locos; ¿lo quereis?

—Sí, milord, respondieron á un tiempo padre é hijo.

—Pues bien, os concedo á cada uno de vosotros el perdon de uno de esos reos. A tí, jóven, el de Ralph; á tí, Barkstead, el de Macdonnel. En cuanto á Salnsby, es preciso que muera. ¿Lo oyes, John? que mañana sea entregado al verdugo; lo quiero. Lo único que de mí obtendrá es que no le hagan sufrir el suplicio de los traidores.

Volviéndose en seguida á Barkstead y Okey, les dijo con acento de profundo dolor:

—Ojalá que algun dia pueda una voz amiga obtener para vosotros igual gracia. Ea! es preciso separarnos. Barkstead, dame la mano; ha llegado la hora de nuestro último adios.

Acercóse Barkstead al Protector para tomarle la mano, y observó que su semblante se hallaba ligeramente demudado. Sus miradas habian perdido la energía que les era habitual, y las dirigia á cada paso hácia la puerta secreta por donde habia entrado el coronel; sin embargo, continuó:


—Adios, mi noble compañero, mi fiel servidor, mi buen amigo; adios, todos vosotros que me habeis amado y á quien amaba. Ha llegado ya mi hora.

Su voz se alteró al pronunciar estas palabras, y su cuerpo esperimentó una visible agitacion; dominóla un momento y añadió:

—Si la bendicion y los deseos de un moribundo son agradables á Dios y provechosos al hombre, recibid los míos.

Diciendo estas palabras estendió los brazos como para bendecir á los que le escuchaban, que se habian arrodillado al rededor de su lecho, y en el instante mismo en que iba á pronunciar las palabras sacramentales de la bendicion, movido por una fuerza invisible, se puso de pié sobre la cama, como un arco tendido, cuya cuerda

El Editor
Buenaventura Bassa



Nº 352. 11.º. 1.º. 1.º.

LOS DOS CADÁVERES.



se rompe, y que se endereza por sí solo: con una mano se cogió del cortinaje y con la otra señalaba la puerta, en la cual sus miradas fijas y esquivas parecían descubrir el objeto de su temeraria

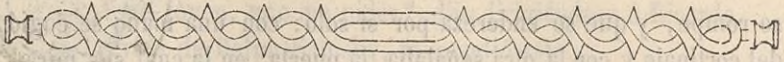
Los actores de esta escena apenas habian tenido tiempo de volver el rostro para ver la persona ó el objeto que así llamaba la atencion del Protector, cuando, fuese casualidad ó efecto de una voluntad desconocida, se apagó la lámpara, dejándoles en completa oscuridad. Cromwell estaba jadeante, y por el crugido de los anillos del cortinaje se conocia que la mano con que lo tenia cogido experimentaba un cruel temblor; todos se disponian á pedir socorro, cuando las siguientes palabras les dejaron inmóviles, turbando el silencio que reinaba en el aposento.

EL TAYLOR

THE 723 to present a in view of the no
the mantle of his day, the tendency to
— sobre mi cabeza, me pronosticaba que se
— suavemente ahora?



de llegar; la guarda y la histérica.
El que así hablaba era Cromwell; su
voz ronca y entrecortada manifestaba lo
agitado que se hallaba su corazón. Dejó—
tose un momento como para esperar una
respuesta, pero no se percibió el menor
ruido. Barkeley y los demás que rodeaban el lecho del Protector
contaban su respiración, y como este, parecían esperar que una
voz sobrenatural produjese algunas palabras, tanto los había sor-
prendido la actitud de Cromwell y su primera pregunta, sin em-
bargo, nada se oyó; ni un gemido, ni un grito, ni una palabra, ni
un suspiro, ni un resplandor incierto, ni un rayo de luz, nada
alivió el silencio ni la oscuridad. Solo volvió a oírse la voz de Crom-
well, que decía:



Los actores de esta escena apenas habían tenido tiempo de volver el rostro para ver la persona á cuyo efecto se había producido el efecto del Protector, cuando, fuere casualidad ó efecto de una voluntad desconocida, se apagó la lámpara, dejándolos en completa oscuridad. Cromwell se acordó por el crujido de los anillos del corchete se acordó que la lámpara que lo tenía cogido estaba iluminada un cristal también; todos se disponían á pedir socorro, cuando las siguientes palabras les dejaron inmóviles, tembando el aliento por encima de la cabeza.

XIV.

EL FANTASMA.



TRA vez te presentas á mi vista, tu que no me mentiste el día que, deteniendo tu vuelo sobre mi cabeza, me pronosticaste que sería rey? ¿Qué vienes á anunciarme ahora? ¿Acaso la muerte? Ya sé la hora en que ha de llegar; la aguardo y la desprecio.

El que así hablaba era Cromwell; su voz ronca y entrecortada manifestaba lo agitado que se hallaba su corazón. Detúvose un momento como para esperar una respuesta, pero no se percibió el menor ruido. Barkstead y los demás que rodeaban el lecho del Protector contenían su respiración, y como este, parecían esperar que una voz sobrenatural pronunciase algunas palabras, tanto les había sorprendido la actitud de Cromwell y su primera pregunta. Sin embargo, nada se oyó; ni un gemido, ni un grito, ni una palabra, ni un suspiro, ni un resplandor incierto, ni un rayo abrasador, nada alteró el silencio ni la oscuridad. Solo volvió á oírse la voz de Cromwell, que decía:

—¿El juicio de Dios, dices? ¿vienes á anunciarme mi juicio? Dios no es mi juez, es mi Señor! ¿Castigará al instrumento que le ha obedido? ¿Cuando en su eterna prevision escribió la historia de todos los pueblos, no consignó mi destino en la de Inglaterra, desde el día de mi nacimiento hasta este momento supremo, desde la primera página hasta la última?

Cromwell se detuvo otra vez. El tono de las palabras que acababa de pronunciar tenía algo de triste y de zumbon, como le sucedía en la tribuna cuando creía haber hallado algun argumento irresistible.

La sorpresa, que antes produjera el silencio, le mantenía aun. ¿Era aquello el ángel de Cromwell? ¿era el Espíritu Santo que por última vez se le aparecía? Hé aquí lo que se preguntaban interiormente en su crédula é ignorante fé el coronel Okey y Ricardo. ¿Es una nueva farsa, un nuevo juego político? pensaba Barkstead. Un delirio mental tiene el poder de hacerle sensible lo que no existe? decía para sí Andlay. Sin embargo, todos permanecian inmóviles y escuchaban aquel diálogo con profundo silencio.

De pronto un sin número de interjecciones interrumpidas, de carcajadas rápidas, de exclamaciones de admiracion ó desden, probaron que Cromwell era presa de una viva agitacion; hubiérase dicho que escuchaba con impaciencia un discurso que tenia deseos de interrumpir. De repente exclamó:

—Mi voluntad! me hablas de mi voluntad! Tanto valdria, fantasma, decir á los navíos que la tormenta estrelló contra las costas de Escocia, que hacen mal en estrellarse, y que deberia permanecer inmóvil á la piedra que, arrastrada por los torrentes, rueda hasta el pié de las montañas. Pues qué, ¿no sabes acaso que he desenvainado la espada contra la espada, levantado el cadalso contra el asesinato y proscrito á los que han puesto á precio mi cabeza? ¿Dices que no tenía derecho de juzgar á mi rey, á mi amo, al ungido del Señor? Dábanme derecho para ello las quejas del pueblo, la esclavitud de Inglaterra y el olvido de los juramentos; dábanme derecho la dilapidacion de los fondos públicos, la insolencia de los cortesanos, la concesion de los empleos á los aduladores, la corte

prostituida; y ese mismo derecho lo prueba la victoria que Dios me ha concedido.

Un momento de silencio interrumpió esta justificación.

—Qué miento! exclamó Cromwell como si repitiese con terror la palabra que acababa de oír. ¡Qué miento! dijo por segunda vez.

Calló de nuevo. Era indudable que escuchaba, que una voz despertaba en su memoria crueles recuerdos; penetraba en los secretos de su alma y de su vida, se los presentaba tales como eran, despojándolos de la vana escusa del bien público con que por tanto tiempo los había revestido, porque se conocía que los sollozos le ahogaban y que dentellaba con rabia. Al cabo de un rato respondió:

—Dices que solo pensaba en mí! maldicion!!! ¿Me preguntas qué me ha hecho esa cabeza real separada del tronco por el hacha del verdugo? ¿qué me ha hecho esa familia proscrita? No hay duda que han dejado un trono y un palacio vacíos y que yo los he ocupado; ¿pero es acaso una felicidad tan grande el ocupar un solio ó el abrir á su familia un palacio, donde aprende á ser ingrata, para que se limitaran á esto todos mis deseos? Dígote, fantasma, que he querido la gloria de Inglaterra, y que he dedicado las noches, los días, todas mis horas, todos mis pensamientos, todas mis fuerzas, á conseguir que mi patria fuese grande y poderosa.

Otra vez guardó un momento de silencio.

—Qué miento! exclamó nuevamente. Misericordia! ¿qué me quieres, fantasma? Ah! por piedad nó me enseñes de este modo esa cabeza de rey! ¿Por qué agitas sobre mi frente los palpitantes miembros de Montrose? Sí, sí, aquí está toda la sangre de Worcester y de Dumbar! y todo esto por nada! dices; todo esto por un nombre; todo esto para llamarme el Protéctor y para ver inclinarse ante mí las cabezas de los mas poderosos de Inglaterra, para marchar rodeado de soldados con largos arcabuces y dormir bajo tapices de terciopelo! No, no es por esto que fueron saqueados Drogheda y Wexford y pasadas á cuchillo sus guarniciones; no es por esto que el obispo de Ross ha sido ahorcado y decapitado Derby, sino para pasar toda una vida de terrores, todas las horas de mi existencia llenas de pesares; para ir con una coraza oculta bajo mis vestidos y con la vista fija

en cuantos se me acercaban; para pasar noches de insomnio, errando de aposento en aposento como un animal montés por las madrigueras del bosque; para dormir con el puñal ó la espada desenvainados á mi lado y oprimido el corazón por crueles pesadillas; para despertar sobresaltado profiriendo gritos y amenazas; para temer á mis enemigos; para ser aborrecido de mi familia; para vivir solo y maldecido de todos. Hé aquí para que hice todo aquello. ¿Qué me guarda aun, pues, el juicio de Dios?

Si en aquel momento se hubiese oído una voz grave que pronunciara lenta y solemnemente la sentencia eterna, ninguna sorpresa hubiera causado á los que habian oído á Cromwell, pues las palabras de este tenian un acento tal, que no dejaba duda de que contestaba á otro; pero continuó reinando un silencio absoluto, turbado solo por un suspiro del Protector, que bien pudiera confundirse con un sordo gemido. De repente se dejó oír un grito agudo, la cortina se rasgó como cediendo al peso de un cuerpo suspendido de ella, y el lecho bamboleó.

—Condenado! exclamaba Cromwell. Piedad, fantasma, piedad! Confieso que soy culpable, que la ambicion ha sido lo único que me ha guiado. Sí, hice cercar á Estuardo de casa en casa; quise dejar que su viuda muriese de hambre, y busqué á su hijo en Dumbard, con una pistola en una mano y el puñal en la otra. Confieso que mis hijos me pedian que les permitiese ocultar su vida en la oscuridad, y les puse una argolla de oro para amarrarles á los pies de hierro de mi trono de Protector. Confieso que antes de morir mi hija, me llamó asesino, y que murió á mi vista, abrasada por el amor que profesaba á un noble, marchitándose de día en día, como una rosa de mayo, sin que me apiadase de ella ni un momento. Confieso que prometí la libertad de Inglaterra á Lambert, á Fleetwood y á Harrison, en pago de su valor, y que la he esclavizado. Confieso que he reconocido públicamente á Dios y que he renegado de él en el fondo de mi alma. Confieso que he muerto á Pantaleon Sa, movido por mi orgullo. Piedad, fantasma, piedad! Quiera Dios perdonar mis crímenes!

Es imposible describir lo que experimentaba Barkstead y sus compañeros; sus cuerpos temblaban, horrorizábanse sus almas, y sus ima-

ginaciones eran presas de la duda. En aquel momento todo parecía real á los ciegos testigos de aquella escena: el dolor, los crímenes, el fantasma.

Sin embargo, restablecióse una calma horrible, y un sepulcral silencio fué la única contestacion que obtuvo Cromwell. Sin duda este habia muerto, porque nada se percibia, ni un suspiro, ni un soplo, ni su respiracion entrecortada y fatigosa, ni las interjecciones que profiriera durante el primer silencio, ni los sollozos del segundo.

—Dios! Dios! Dios!

Estos tres gritos resonaron como el saludo que un buque dirige al puerto en que va á entrar. Cromwell se habia incorporado nuevamente, y todos pudieron verle, porque sus ojos despidieron un resplandor sangriento como los del gato ó del tigre...

Un frio glacial heló el corazon de cuantos le escuchaban.

—Dios! Dios! Dios!

Esta vez los gritos fueron mas terribles, y mas sangriento el resplandor que lanzaron las pupilas de Cromwell.

Faltóles á todos el corazon.

—Dios! Dios! Dios!

Todos cayeron, dando con el rostro en el suelo; aquello ya no era una voz humana. Un sordo murmullo zumbó ligeramente en sus oídos, ondulando, llegando y alejándose como el lejano rumor de las embravecidas olas; sin embargo, pronto se hizo mas estenso, cual el sonido de un tambor que se acerca, y el espanto oprimió la garganta de los mas intrépidos. Aumentó el rumor; parecíase al hervidero de una caldera inmensa; la sangre refluyó en todos los corazones. Aquel prolongado zumbido vibró al fin con toda su fuerza: era una voz; estalló: era una risa parecida al trueno, una risa como el rugido de la hiena, una risa inestinguible, furiosa, mezclada de estertor y de hipo, ora sorda y perceptible apenas, ora rápida y penetrante, azotando el aire, saliendo con ímpetu, aumentando ó disminuyendo alternativamente, hasta que al fin, se la oyó disminuir por grados, como una tempestad que se desvanece, calmarse y extinguirse completamente al caer Oliverio Cromwell sobre el lecho, que hizo bambolear, al mismo tiempo que proferia estas palabras despreciándose á sí mismo:

—Oh ! es una supersticion de niño!

En aquel momento llamaron á la puerta del aposento, y Andlay, que no habia echado en olvido las órdenes secretas del Protector, arrastró consigo á Ricardo y á Barkstead.

—Es horrible! dijo el jóven.

—Triste! observó el coronel.

—Curioso! replicó el doctor.

—Un fantasma le ha hablado, añadió Ricardo.

—La voz de Dios, dijo Barkstead.

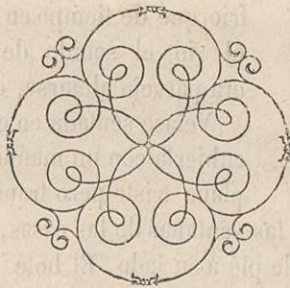
—El mismo, repuso el doctor.

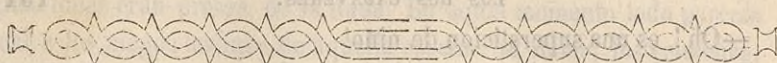
—Es su ángel, continuó el primero.

—Su conciencia, observó el segundo.

—Un delirio, replicó el médico.

Despues de cuanto acabamos de contar, Cromwell tuvo una muerte pública, vulgar, embrutecida, pues el grande hombre habia ya dejado de existir. Balbuceó el nombre del que debia sucederle, y creyeron oir el de su hijo Ricardo. En aquel acto hallábanse en el aposento del moribundo treinta personas y la familia del Protector, que despues creyeron haber asistido á su muerte; pero cuando entraron, el verdadero Cromwell habia ya dejado de existir.





En aquel momento llamaron á la puerta del aposento, y Andray, que no habia estado en olvido las órdenes secretas del Protector, entró con sigilo á Ricardo y á Barksby.

—Es horrible! dijo el joven.

—Triste! observó el coronel.

—Curioso! replicó el doctor.

—Un fantasma le ha habido á Ricardo! dijo Andray.

—La voz de Dios! dijo Barksby.

—El mismo, repuso el doctor.

—Es su ángel, continuó el primero.

—Su conciencia, observó el segundo.

—Lo delirio, replicó el tercero.

XV.

INGLATERRA.

Después de cuanto acabamos de contar, Cromwell tuvo sus miras públicas, vulgar, anticlerical, pues el grande hombre habia ya dejado de existir. Barksby el nombre del que habia sucedido, y yeron or el de su hijo Ricardo. En aquel año hallábase en el aposento del moribundo treinta personas y la familia del Protector.



NA barca se deslizaba rápidamente por el Támesis. La noche empezaba á tender su negro manto, y el rumor que durante el día se eleva de la ciudad de Lóndres, iba apagándose gradualmente; soplabá un aire frío que de tiempo en tiempo llevaba hasta el río el sonido de las trompetas, que ora parecia alejarse, ora aproximarse.

Veíase sentada en el esquife una mujer cubierta con un manto negro, que contemplaba triste pero tranquilamente las luces que aun brillaban en las ventanas de las casas, lo propio que un joven que permanecía de pié á su lado. El bote pasó por delante de Saint-James, y los que en él iban oyeron la lejana armonía de una orquesta, y casi en seguida, como sirviéndole de eco, el último toque de las trompetas que se paseaban por la ciudad.

Los dos personajes de que hemos hablado trocaron una mirada de inteligencia, sin pronunciar empero una sola palabra; pero ¿qué

hubieran podido decir que fuese mas elocuente que aquella mirada, que hubiese espresado mas que la aproximacion de aquellas dos músicas? En Saint-James tenian lugar una fiesta espléndida, baile, canto y festines; en las calles de Lóndres cuatro trompetas convocaban á los habitantes de la ciudad, á quienes un heraldo que con aquellos iba, leia en alta voz la lista de los regicidas condenados á muerte por prevaricación.

La última vez que el sonido de las trompetas hirió el oido de los que iban en la barca, el heraldo habia llegado frente á la casa de Barkstead, donde se detuvo de intento. Las trompetas tocaron allí con mas fuerza y durante mas tiempo que en los otros puntos, y el heraldo leyó la terrible lista, dando á su voz toda la insolente acritud de que era capaz, al pronunciar el nombre del coronel.

Sin embargo, la casa de este pareció indiferente á aquella escena; ningun movimiento se notó en su interior, ni se oyó una voz, ni se levantó una cortina, ni se apagó súbitamente una luz: todo permaneció inmóvil. La comitiva siguió adelante; pero indignado el heraldo del mal éxito que habia obtenido, acercó su caballo á la casa y con la punta del largo baston que llevaba como distintivo de su empleo, golpeó con rabia la puerta, diciendo:

—Guarida de traidores y asesinos!

—No tiene derecho de hacer esto, gritó en la muchedumbre una voz. Está ultrajando la puerta de un inglés libre, de un ciudadano.

El heraldo se reunió con su acompañamiento, que siguió adelante; pero los murmullos aumentaron á su alrededor, y entre el zumbido de mil voces sobresalió otra mas fuerte:

—¿Somos, pues, esclavos? Mi casa es mi castillo, dice la ley. ¿Dejaremos que esa gentuza ataque nuestras casas? Abajo el heraldo!

—Abajo el heraldo! repitió la muchedumbre:

—Paso á la justicia del Parlamento! gritó aquel; pensad en el castigo que de lo contrario vais á merecer.

—Abajo el heraldo! repitió la voz que habia causado el tumulto.

—Nadie respondió, y Tom Love, pues no era otro, hubo de retirarse triste y avergonzado.

—Todo está perdido, murmuró entre dientes; pueden escupirnos á la cara. Un uniforme ó una librea pueden al presente más que una maestría, pues hacen recorrer las calles por sus dragones sable en mano. Diríase en verdad que todos los antiguos derechos de Inglaterra se han refugiado en la Cité; pero si esto continúa entrarán en ella el mejor día, sin permiso del corregidor ni del alderman, y una vez hollado el santuario y destruido el tabernáculo, ay de Inglaterra!

Así pensaba el gifero, entrando en su casa, situada en Church-Hill, á algunos pasos de la Torre. Entre tanto la barca de que nos hemos ocupado bajaba por el Támesis, dejando á Lóndres tras sí, y atracando por fin junto á un buque, hermoso y bien aparejado, semejante á un noble corcel que aguarda solo al ginete para emprender su carrera. Subieron en él los viajeros, alejóse la ligera embarcacion que les habia conducido, y el capitán les saludó, dando á la dama el nombre de mistriss Barkstead; el jóven era Ricardo.

Hizose á la vela el bergantín. La noche era sombría. Ricardo y su madre entraron en el camarote que se les habia destinado y que una pequeña lámpara colgada del techo iluminaba apenas, y se sentaron en silencio sobre un cofre que ocupaba la mitad de aquel pequeño recinto. Permanecieron largo rato sin pronunciar ni una palabra; un sombrío estupor pesaba sobre su alma, cual las enormes piedras con que en otro tiempo se cerraban las entradas de los calabozos en que el feudalismo sepultaba á sus víctimas. A veces un esfuerzo sobrehumano de algun desventurado prisionero lograba levantar durante un segundo algunas pulgadas aquellas piedras, dando paso á un rayo de luz y á un soplo de aire; pero faltábanle en seguida las fuerzas, volvía á caer la piedra, y el calabozo quedaba sumido en mas densas tinieblas, aumentándose el hedor que despedía. Así tambien mistriss Barkstead y Ricardo, levantando con gran trabajo el peso de los pensamientos que les oprimian, trocaron algunas palabras; pero no acertaban á comprenderse ni á contestarse, y ambos se sumian nuevamente en su mudo y profundo dolor. Por último, las lágrimas lograron lo que no habian podido obtener la firmeza de carácter ni la resignacion, desvaneciendo el doloroso obstáculo que parecia ahogar en la garganta la voz de mistriss

Barkstead; la infeliz madre prorumpió en llanto, y al igual que al romperse un dique todo se precipita hácia la abertura, arrastrado por la corriente, escapáronse de su seno algunas palabras mezcladas con lágrimas y sollozos.

— Inglaterra! hermosa Inglaterra!... dijo; ¿ crees, Ricardo, que mañana la veremos aun?

— Inglaterra ya no existe, respondió el jóven; aquella noble nacion ya no es mas que una manada de esclavos sobre cuyas cabezas descansan los piés de los tiranos. Valor, madre mia! dentro de poco veremos á mi padre que nos aguarda en Delft. Holanda es un país hospitalario, allí hallareis á vuestro esposo, y vuestro hijo no os abandonará jamás; aun podeis ser feliz.

— ¿ Y tú, Ricardo, lo serás?

— Yo!...

Ricardo no pudo continuar, tan profunda era la desesperacion que se apoderó de él otra vez. Fan, tendido á sus piés, Fan, que le habia seguido en la lancha, subiendo despues al buque, triste y silencioso como aquel, lamió suavemente sus manos y exhaló un débil quejido. Vióle el jóven, y mirándole dolorosamente, pareció revelarle cuanto su corazón sentia. El sordo necesita una muda espresion del pensamiento, signos convenidos, para comprender lo que quiere decirsele, pero al perro le basta para ello ver el rostro de su amo. Un imperceptible temblor de los labios, una arruga que surque la frente, una lágrima que asome bajo el párpado, son suficientes para que el noble animal incline tambien la cabeza, sufra y se queje.

Tambien mistriss Barkstead leia en el alma de Ricardo y sabia cual era el pesar que en aquel momento oprimia su corazón. No era la idea del destierro ni el recuerdo de la sentencia de muerte que pesaba sobre la cabeza de Barkstead, lo que hacian hinchar con rabia las venas de su frente: porque el destierro se lo habia impuesto él voluntariamente, y su padre se hallaba al abrigo de las encarnizadas persecuciones de que durante largo tiempo habia sido víctima. Era tal aquella herida del alma, que nadie podia intentar curarla sin aumentar sus agudos dolores. La voz de una mujer es muy grata en la desdicha, y la de una madre es la mas grata de todas; y

sin embargo mistriss Barkstead guardaba silencio, porque para tratar de calmar el dolor de Ricardo, era menester pronunciar un nombre, y hacerlo hubiera equivalido á traspasarle el corazon con un hierro ardiente. No obstante, siguiéndole con su escudriñadora mirada, vióle perderse como un insensato en sus propias meditaciones, atormentándose con sus pensamientos, entregándose á la desesperacion: llamóle varias veces; pero Ricardo no le contestó, ó mejor no le oyó; cogióle de la mano, sin que diese muestras de sentirlo, y por último le dijo con voz tan baja, que parecia no quererse oír ella misma:

— ¿Carlota lo es todo para tí?

Este nombre fué como un mágico talisman. Ricardo respondió á él con un grito, Fan con un aullido, y á través del tabique que separaba el aposento que ocupaban del inmediato, oyeron como un estertor de rabia. Aquel extraño accidente llamó la atención de Ricardo apesar de su profunda preocupacion; era una especie de rugido tan feroz y particular, que mistriss Barkstead y su hijo se olvidaron de sí mismos, y el espanto sobrepujo al dolor. Los pelos de Fan se erizaron cual si sintiera aproximarse un tigre ó una pantera. Escucharon todos atentamente, pero nada volvieron á oír.

Mistriss Barkstead no se atrevió á repetir el nombre fatal; no temia la cólera de su hijo, sino que se oyese segunda vez aquel terrible grito. Por último, la fatiga pudo mas que su dolor, y se tendió sobre un colchon, guardado en el cofre sobre el cual se habian sentado antes.

Ricardo se embozó en su capa y subió á cubierta, donde encontró al capitán: llamábase Santiago Downing y habia ganado su grado á las órdenes de Blake durante el protectorado; pero eran ya tales el poder y la necesidad de la marina, que al paso que Carlos II licenciaba á los oficiales de tierra á la menor sospecha de puritanismo y conferia grados á la intriga ó á lo que él llamaba adhesion, respetaba los derechos de los marinos, de modo que, á pesar de sus opiniones republicanas, no habian tomado á Downing el mando del bergantin *Bristol*.

— A este paso pronto llegaremos á las costas de Holanda, dijo Ricardo acercándosele, mientras él se paseaba por la cubierta.

—Mas aprisa me dirigia hácia ellas cuando iba á buscar balas y enemigos, que ahora que voy á dejar proscritos, respondió Downing.

—Holanda no es un país de proscripción para mí, repuso el jóven suspirando; al presente la considero mi patria.

—¿No os teneis ya por inglés porque sopla el viento de un lado que no debería? Muchas veces me ha sido contrario en viajes mas largos que el presente, sin que me haya impedido seguir mi camino tan directamente como les es dado á un hombre y una embarcacion, y el viento cambiaba siempre tarde ó temprano. Es preciso saberle esperar, jóven.

—Mi padre y yo somos ciudadanos de Hanau; aquella noble ciudad nos ha protegido con su adopcion, é Inglaterra no es mas que un país estraño para nosotros.

—Pobres gentes, dijo dolorosamente para sí el capitán, este es el único medio que les queda de salvar su vida.

—Sí, respondió Ricardo, el ódio realista no dejaba siquiera el recurso del destierro á los proscritos; así es que el honorable sir Miles Corbet, lo propio que el coronel Okey, han sido presos en Delft por orden de un agente inglés, encarcelándoseles sin que los estados generales tuviesen valor para defenderles. Presos contra el derecho de gentes, en medio de una ciudad libre, han sido abandonados al miserable traidor que les acechaba desde hacia mucho tiempo, y pronto pagarán con la vida su funesta confianza en la hospitalidad de los estados.

—¿Con qué infame lazo les han sorprendido? preguntó el capitán.

—Llamados á Delft por algunos asuntos particulares el coronel Okey, sir Miles Corbet, mi padre y yo, llegamos á aquella ciudad hará unos dos meses. Al dia siguiente debia embarcarme para ir en busca de mi madre; volvia del puerto, á donde habia ido á fin de disponer algunos preparativos, cuando al entrar en la pesada donde vivia mi padre con sus amigos, víle arrastrado por algunos miserables á cuya cabeza iba un hombre que parecia ser su jefe. De todas partes gritaban: Estos son los regicidas á quienes el rey de Inglaterra hace prender; señalábanselos con el dedo, y la muchedumbre curiosa é indiferente engrosaba á su alrededor. Lancéme hácia

el oficial, preguntéle la causa de aquella violencia, y le exigí que me mostrase las órdenes que le autorizaban para proceder á su arresto, á consecuencia de lo cual me puso de manifiesto un despacho de los estados generales autorizando al caballero Jorge Downing para apoderarse de los tres sugetos que en él se designaban y que la víspera habian llegado á Delft.

—Jorge Downing! repuso estupefacto el capitan; infame! ha preso al coronel Okey!... él que....

Detúvose el capitan y al cabo de un momento añadió:

—Continuad, jóven, continuad.

—La orden se hallaba en regla, y yo no sabia que hacer. Nos acercábamos á la cárcel; de repente se me ocurrió una idea: pedí al oficial que me dejase examinar el despacho, tendíomelo con un aire de seguridad tal, que me hizo temer hubiese concebido una vana esperanza. Léilo, y en seguida, levantando la voz de modo que pudiese ser oído:

—Caballero, dije al oficial, la persona á quien habeis preso no es la que designa la orden.

—¿Cómo es esto? exclamó leyendo con rabia el documento y señalando uno á uno á sus prisioneros. ¿No es este sir Miles Corbet, gentilhombre del condado de Norfolk, regicida?

—Yo soy, respondió sir Miles.

—¿No es este el coronel Okey?

—Bien debia conocerle, dijo tristemente el capitan.

—El coronel respondió como sir Corbet, continuó Ricardo; entonces el oficial acercándose á mi padre, añadió con cólera:

—Y este, no es el coronel John Barkstead?

—Continuad leyendo, le dije.

—El coronel John Barkstead, ciudadano de Lóndres, regicida, añadió.

—Ese, exclamé, es el coronel John Barkstead, ciudadano de Hanau.

Downing quedó estupefacto; leyó otra vez la orden palideciendo, y el pueblo gritó:

—Justicia á los estados!

Todos fuimos arrastrados á casa del burgomaestre, que reco-

noció como verdadero el título de ciudadano de Hanau y declaró que mi padre no podía ser preso mas que por un crimen cometido en el país y juzgado por los tribunales de Holanda, á menos que volviese á entrar en el territorio inglés. Marché al dia siguiente, y en Lóndres supe que el coronel Okey y sir Miles Corbet se hallaban en la Torre, y que segun lo que posteriormente se ha decretado, no se trata ya de formarles causa, sino tan solo de acreditar la identidad de sus personas, pues ya están condenados á muerte como miembros del tribunal que juzgó á Carlos I.

—Jóven, dijo suspirando el capitan, vuestro padre tiene un hijo digno de él, y sé que por su parte es hombre virtuoso y valiente. Dichosa familia en que no se encuentran infames delatores, y en la cual todos hacen estar orgullosos de su nombre á cuantos lo llevan. Me llamo Santiago Downing, y el que ha cometido aquella infamia es mi hermano.

—Vuestro hermano! respondió Ricardo sorprendido.

—Sí, mi hermano, que ha comido el pan del coronel Okey, que ha vivido en su casa, que ha sido su huésped y su soldado, que se hizo predicador en su regimiento, y á quien el coronel, á pesar de lo exaltado de sus principios, se vió á menudo obligado á reprimir sus furibundos sermones cuando señalaba como un deber religioso la muerte de todos los realistas. Y sin embargo, es él quien lleva ahora al cadalso al que le ha sacado de la miseria, protegiéndole con noble mano! Maldicion! En Delft he de encontrarle.

Siguió á esta conversacion un prolongado silencio. El capitan parecia haberse tranquilizado, y Ricardo se disponia á recogerse, cuando llevándole aquel á la proa del bergantin, le preguntó como, siendo hijo de un proscrito, habia obtenido una órden para embarcarse en un buque de la marina real.

—Por conducto de lord Juxon, obispo de Lóndres, entre el cual y mi padre han mediado relaciones y servicios que le han hecho, si no nuestro amigo, á lo menos nuestro protector.

—Hum! dijo el capitan, siempre temo que esos miserables realistas tiendan algun lazo á la buena fé de las personas honradas. El coronel Barkstead es á quien mas ódio profesan, y lo que les ha salido mal una vez, lo intentarán otra. De todos modos no permanez-

cais en Delft, pues el mar está muy cerca; es muy fácil apoderarse de un hombre y meterle en una lancha, y una vez allí no hay burgomaestres ni Hanau que valgan. Adios! la noche es fria; volved á vuestro camarote.

— ¿Os quedais sobre cubierta? preguntó Ricardo al ver que el capitan no le seguia.

— Voy á dormir en una hamaca de marinero, respondió aquel. Un momento antes de que llegaseis, se ha presentado á bordo un hombre conducido por una lancha del almirantazgo, y me ha entregado una orden para que le recibiese, ocultándole durante la travesía, hasta en mi cuarto, si era menester; y lo ha sido en efecto, porque era el único que quedaba disponible. Supongo que es algun proscrito, como vuestro padre, y que tambien ha encontrado un protector entre los que hoy ocupan el poder, á quien debió salvar en otro tiempo. Esto prueba que no todos son ingratos.

Diciendo estas palabras, se dirigieron hácia popa y el capitan señaló con el dedo á Ricardo un hombre envuelto en una capa, que se alejó en cuanto hubo visto que se encaminaban hácia aquel lado.

— Héle allí, dijo Downing; si supiera que somos verdaderos amigos de Inglaterra, no se ocultaria de este modo; pero la desgracia es recelosa.

— ¿Es él, preguntó Ricardo, quien ocupa el aposento que hay al lado del nuestro?

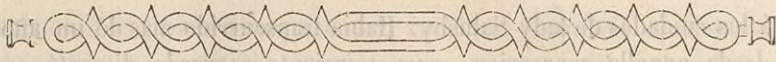
— El mismo, respondió el capitan.

Ricardo recordó entonces el extraño grito que habia llamado su atencion. Al entrar en su camarote, halló á su madre profundamente dormida; contemplóla cariñosamente, y á poco rato su pensamiento, en vez de concretarse á la actualidad ó al porvenir que se le preparaba, retrocedió al pasado. Recordó los dos años que siguieron á la muerte de Cromwell, pasados al lado de Carlota; repitióse palabra por palabra, por decirlo así, las prolongadas y dulces conversaciones que le habian hecho creer que el alma de aquella niña le pertenecia por completo; presentósele á la imaginacion tal cual era entonces; recordó la cruel escena que tuvo lugar cuando la arrancaron de su lado en virtud de una orden de Carlos II, que la confiaba

á los cuidados de lady Salnsby. Habia transcurrido mas de un año desde aquella separacion, pero semejante recuerdo despertó en él un dolor tan terrible como el que experimentara entonces al ver que Ralph se llevaba á Carlota de casa del coronel, mientras él luchaba en vano con los dragones del rey. Desde entonces no habia vuelto á ver á Carlota; habiale escrito cien veces, desde Lóndres, desde Hanau, desde la Haya, desde Delft, en una palabra, desde todos los puntos á donde habia acompañado á su padre en su destierro, hasta que por fin, antes de emprender el último viaje, cuando ya no le quedaba esperanza de volver á Inglaterra, habia pedido á Carlota que le concediera una hora, un instante siquiera, á fin de despedirse de ella para siempre; pero su carta habia quedado sin contestacion, como las anteriores, á pesar de que sabia positivamente que le habia sido entregada, que la habia leído, y que el mismo dia de su partida, mientras él pasaba como un fugitivo por delante de Saint-James, ella tomaba parte en aquella fiesta real, cuyo rumor llegó hasta sus oidos.

Perdido en sus pensamientos, oprimido por aquella especie de sueño que los hace cerner sobre el alma como fantasmas visibles, Ricardo vió despuntar la aurora; levantóse, y subió precipitadamente á cubierta. Inglaterra habia desaparecido. Quedó ànonadado, pues la vista del suelo patrio habia sido hasta entonces como una esperanza que le ligaba á su vida pasada. Volvió al camarote, y pronto el sueño le dominó á su vez, rendido como se hallaba á causa de aquella prolongada vigilia y del dolor en que se habia sumido.





XVI.

EL MAR.



NINGUN accidente turbó la uniformidad del viaje, y solo de noche se vió salir algunas veces al desconocido del cuarto del capitán, en que se ocultaba; pero eran tantas las proscripciones que en aquella época pesaban sobre Inglaterra, que nadie se admiró del misterio de que parecía rodearse. No dejaba de ser extraño que ni aun estando en alta mar mostrase el rostro; pero quizás darse á conocer hubiera sido descubrir á su protector, y cuantos iban en el bergantín interpretaron favorablemente para el desconocido la reserva que mostraba.

El 6 de abril de 1662 el grito de : tierra! tan conocido y casi tan agradable para los viajeros como el primer vagido de un recién nacido lo es para su madre, les hizo subir precipitadamente al puente del *Bristol*.

Mistriss Barkstead habia llorado al abandonar la Inglaterra y lloró

al ver la Holanda, á pesar de que esta le restituía á su esposo y le conservaba á su hijo; porque el cariño de un hijo y de un esposo alientan sin duda y fortalecen el alma, pero solo la patria la llena: el amor de aquellos es quizás la felicidad, pero la patria es la vida. Aquella ciudad en que puede marcharse á ciegas; aquella casa tan conocida, que los piés se detienen ante ella aun cuando esté apartado el pensamiento; aquel rumor acostumbrado que despierta y adormece; aquel aspecto constante en que se encierran todos los sentimientos y en que habitan todos los recuerdos y todos los sueños; el ruido del martillo que se ha convertido en un lenguaje apto para decirnos el nombre del que lo maneja; la voz del mercader que pasa cada día á la misma hora; la confianza que nos da nuestro nombre; el grato imperio de la virtud, adquirido con una permanencia de muchos años, y que aun en las ciudades mas populosas resplandece á nuestro alrededor; el afable saludo de los vecinos; un pobre á quien conocemos; una casa que deseamos ver acabada; un niño á quien hemos visto nacer; un antiguo criado á quien amamos, todo esto no constituye la felicidad; pero cuando el cariño de un esposo se ha fundido en los largos años de una dulce y tierna union; cuando ha pasado á ser costumbre; cuando el amor maternal ve convertido en hombre al que era un niño y no debe dispensarle proteccion sino afecto; cuando uno ni otro no ocupan ya todo su corazón, entonces aquellas mil cosas, de las cuales ninguna parece inherente á la vida, pasan, sin que lo advirtamos, á formar parte de su esencia, se enlazan con ella, la componen, y cuando se las pierde, la dejan triste y desierta: entonces todo se encuentra á faltar.

Así es que la tristeza de mistriss Barkstead aumentó al descubrir la costa desnuda y triste de Holanda, que se destacaba sobre un cielo sombrío.

—Ah! dijo á Ricardo, nunca seré feliz en ese país.

Poco tardaron en bajar la lancha al mar por órden del capitán, cuya maniobra á nadie sorprendió, pues el viaje del bergantin no tenia aparentemente otro objeto que dejar en el continente á algunos pasajeros. Mistriss Barkstead se sentó en la lancha junto á su hijo; el desconocido y algunos otros viajeros entraron tambien en ella, haciéndolo el último Santiago Downing, vestido de uniforme. Ricardo,

al observar la sombría mirada del capitán, recordó lo que este había dicho al saber la conducta de su hermano y previó algún siniestro acontecimiento.

Entre tanto la lancha se acercaba á la playa, y crecía la esperanza de una reunion por tanto tiempo deseada. De improviso un punto negro apareció en el horizonte. ¿Era una gaviota, un bote ó una embarcacion que se acercaba? La vista se engaña fácilmente sobre la superficie plana de un mar tranquilo, y pájaro, bote ó embarcacion al principio se presentan siempre como un punto al ojo poco hábil del viajero; pero Downing descubrió en seguida cual era aquel objeto informe todavía.

—Es un bote, dijo. Sin duda alguno de vosotros tiene en Delft amigos muy impacientes.

Y diciendo estas palabras fijó su mirada en el desconocido que, sentado junto al marinero que gobernaba el timon, seguia embozado en su capa.

Todos los corazones se dirigieron hácia el bote, y acaso nadie mas que Downing podia distinguirle aun, cuando cada cual creía ver en él al hermano, amigo ó pariente á quien iba á buscar ó al especulador que le aguardaba. Poco á poco se acercó el bote: era una débil embarcacion conducida por dos remeros, y en cuya proa iba un hombre que agitaba al aire un pañuelo. Por un momento aquel hombre tuvo la apariencia de veinte personas distintas, pues cada cual creía que era el que él deseaba.

—Es mi padre! exclamó Ricardo.

—El coronel Barkstead! añadió una voz ronca.

Esta última exclamacion pasó desapercibida para aquellos á quienes hubiera debido interesar, hasta tal grado les dominaba su ansiedad; así es que Ricardo y su madre no oyeron aquel nombre, como no vieron tampoco el rápido movimiento por el cual el desconocido se puso en pié.

Era en efecto Barkstead el que iba en el bote, cuya rapidez aumentaba á cada paso. El coronel, de pié en la proa, saludaba con la mano y con el gesto; veíase que hablaba, que llamaba y que daba prisa á los remeros, y Ricardo, su madre, los pasajeros, el capitán y los mismos marineros de la lancha del *Bristol* le contestaban

afectuosamente. Por fin se acerca, le oyen ya pronunciar los nombres de María y de Ricardo, algunas toesas mas, algunos piés, y estarán juntos.

María y Ricardo quieren arrojarse al bote; pero un barril empujado por un pié desconocido rueda bajo sus piés; vacilan, se detienen, y Barkstead es quien se arroja, primero en la lancha y en seguida en sus brazos.

En el momento, mas pronto que el rayo, el desconocido se levanta en medio de la lancha, empuja con el pié el frágil bote holandés, arroja la capa y deja ver un brillante uniforme de capitán, desenvaina la espada, la estiende sobre la cabeza de Barkstead y esclama con arrogancia:

—Coronel, os prendo en el suelo inglés.

Un mudo estupor se apoderó de cuantos oyeron estas palabras. Barkstead y su esposa permanecieron uno en brazos de otro, inmóviles y como clavados en su sitio; pero lo que no podria concebirse sin haberlo presenciado, lo que no sabia pintarse aun despues de haberlo visto, es el rostro de Ricardo al reconocer á Ralph Salnsby, y el sonido de su voz al pronunciar su nombre.

Pero Ralph lo habia previsto todo, y á una señal suya algunos marineros se apoderaron de Ricardo. Este no se movió y midió con la vista cuanto le rodeaba, como lo hacia siempre que debia tomar una resolucion. Entre tanto Downing preguntaba á Ralph con que derecho mandaba á bordo de su lancha á los hombres que formaban la tripulacion.

Sir Salnsby, pues desde la muerte de su padre Ralph llevaba este título, sir Salnsby, decimos, que habia entregado ya á Downing una órden para que no condujese el bergantin hasta Delft, le presentó otra espedida por el canciller, requiriendo á todos los ingleses, en cualquier parte en que se hallasen, y particularmente al capitán Downing y á su tripulacion, para que obedeciesen á sir Ralph Salnsby. La lancha se dirigió otra vez al bergantin; todo habia acabado.

Era tan grande el asombro y estupor de todos, que nadie hizo la menor observacion. Barkstead se consideraba perdido, María nada pensaba, solo Ricardo hizo un gesto, y Fan se levantó.

Salnsby y Downing, durante la esplicacion de aquel, se habian situado en la popa de la lancha; Ricardo estaba en la proa entre cuatro marineros que le vigilaban, y Barkstead en el centro, de pié junto á un banco, sobre el cual se hallaba tendida su esposa, ahogada por la desesperacion.

Reinaba un terrible silencio, y todos temian de antemano la primera palabra que se pronunciase. Los ojos de Ricardo se movian dentro de sus órbitas con una especie de oscilacion frenética. Por último los fija un momento en el bote, que permanecía inmóvil en medio del mar, y del cual se alejaba rápidamente la lancha; de-cídese al fin, aparta á los marineros con sus robustos brazos, arrójase sobre su padre, le coge con violencia, le precipita al mar y se arroja tras él. Una mano de hierro le coge, sujétanle diez hombres, y queda encadenado en la lancha. Pero Fan se arroja tambien al agua, y el fiel animal es bastante para salvar al coronel.

—Está en el mar, y el mar es libre! Dice Ricardo con una sangrienta sonrisa á Ralph, cuya mano no le ha soltado aun.

Diez años antes, en tiempo de Cromwell, cien años despues, en tiempo de Chatam, un inglés hubiera respondido :

—El mar es Inglaterra!

Ralph rugió de cólera.

Barkstead no sabía nadar; pero tenia valor y sangre fria, y viendole á Fan, se cogió de su cola.

—Al bote! exclamó Ricardo, y con la vista, ya que no podia con el gesto, indicó al perro á donde debía ir.

El perro nadó, arrastrando á Barkstead. La lancha, impelida en direccion contraria, se hallaba ya léjos; los marineros seguian remando hácia el bergantín; la ansiedad era terrible; el bote permanecía inmóvil.

Sin embargo, Ralph se repone de su asombro, da las órdenes oportunas, amenaza y llama á la obediencia á los marineros, que dejaban llevarse de la humanidad; detiéndose la lancha, vira de bordo y se lanza en persecucion de Barkstead; pero al ver esta manobra los del bote, adivinan la escena que al principio no podian esplicarse: aquel hombre á quien han arrojado ó que ha caido al mar es sin duda el proscrito. Los dos marineros holandeses reman con

todas sus fuerzas, el bote se dirige, corre, vuela hácia Barkstead, y este se salvará. Pero Ralph manda con furor, promete castigos y recompensas, y la lancha va adelantando. Ricardo anima con sus gritos á Fan y á los marineros holandeses; Barkstead se aleja, y el bote se acerca.

Solo se oian el ruido de los remos y los gritos de los dos jóvenes. Mistriss Barkstead miraba, miraban los pasajeros y Downing, pero sus corazones no experimentaban placer ni temor, hubiérase dicho que la ansiedad les hacia insensibles. Sin embargo, una débil esperanza les animó por un momento. La velocidad del bote iba en aumento, Fan se le acercaba, y María creyó por un instante que su esposo podia salvarse.

Por su parte la lancha no se quedaba atrás y hendia las olas con la rapidez de una flecha. Ralph, de pié, seguia mandando con energia; pero el bote parecia tocar apenas el agua y se deslizaba sobre su quilla como el filo de un patin en el hielo. Barkstead estaba salvado!

Ralph se desesperaba, y su voz era cada vez mas sombría, cuando de repente reanimó con sus gritos á los marineros, que desmayaban ya, y recobró la esperanza, pues cansado Fan, habia amortiguado su fuga, desapareciendo su cabeza.

—Fan! gritó Ricardo.

Este nombre atravesó el espacio como una señal de desesperacion. El perro recobró el valor, emprendiendo su carrera con mas ardor, y el corazon de los pasajeros, que habia concebido alguna esperanza, sintió otra vez la mas cruel ansiedad.

El espacio era menor á cada instante; no se conocia que Fan se hubiese detenido, no se mostraba ya débil en su fuga, y nadie hubiera podido prever el resultado de ella. Por último se decidió la ventaja; uno de los remeros de la lancha perdió el remo, pues Downing lo habia sacado del escabelmo con el pié, mientras que Ralph miraba fijamente á su víctima, á quien le parecia tener ya en su poder. Diez toesas mas de cada lado, y Barkstead estaba salvado ó perdido; pero el bote seguia volando, y la lancha, contrariada por aquel incidente, amainaba un poco.

De repente, cuando todas las miradas se fijaban en aquel hombre

que nadaba en medio del Océano y para quien un segundo encerraba el cadalso ó la libertad, Ralph no piensa ya en prenderle, comprende que el bote llegará antes que la lancha al alcance de Barkstead, que este se cogerá de él, y que una vez lo toque con un dedo siquiera, estará en su patria y será libre. Animado por una terrible desesperacion, se lanza al timon; pasará junto al bote cuando Barkstead lo habrá tocado ya, es verdad, pero le pulverizará contra aquel, y si no se apodera del proscrito, solo un cadáver quedará libre.

Ricardo comprendió aquella maniobra. Sujetado por diez manos de hierro, lanzó una mirada á Ralph, pero tan acerada y que se le dirigió tan directamente al corazon, que aquel al observarlo, llevó la mano al pecho, como si se lo atravesase la hoja de un puñal.

—A babor! gritó Ricardo á los holandeses, os van á abordar!

Hay en los grandes peligros un poder que exalta las facultades de sentir y comprender hasta el extremo de que una palabra equivalga á toda una esplicacion; así es que los marineros desviaron ligeramente el bote para evitar aquel terrible roce; pero este movimiento les hizo perder un instante casi inapreciable, pero decisivo. Las dos embarcaciones pasaron la una junto á la otra, y Barkstead entre las dos.

En el supremo momento en que el coronel tendía á los remeros del bote la mano que le quedaba libre, Fan, como el jóven ateniense que murió despues de una carrera sobrehumana, gritando: Marathon! Fan, decimos, exhaló su débil quejido y sumergió su cabeza en el agua. El coronel se vió cubierto tambien por las olas, hizo un esfuerzo y volvió á aparecer; pero sofocado, cegado por el agua, tendió los brazos al acaso; los holandeses estaban inclinados fuera del bote é iban á cogerle ya, cuando las olas le cubrieron otra vez; un grito desesperado pidió un nuevo esfuerzo al coronel.

—John! gritó María con acento mas propio de madre que de esposa.

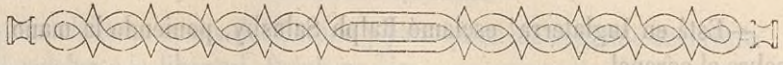
Al oír este grito, se agita el coronel, aparece otra vez á la superficie del agua, con los ojos empañados y descarriados, ve un brazo sobre su cabeza, lo busca y se ase de él. Era el de su esposa que le condujo á bordo de la lancha.

—Está en Inglaterra! exclamó Ralph Salsby, poniendo la mano sobre el coronel.

Nadie respondió, ni mistriss Barkstead, ni Ricardo, ni Downing, ni Fan, que no volvió á aparecer.

Entre tanto las dos embarcaciones, lanzadas cual los briosos corceles en los torneos en que se rompien lanzas y se encontraban los caballeros, las dos embarcaciones, decimos, habian continuado por un momento su carrera; pero en seguida volvieron al punto de donde habian salido, lenta y tristemente ambas, el bote como un caballero vencido por una perfidia, y la lancha como el vencedor avergonzado de su victoria y oprimido por un eterno remordimiento.





XVII.

LAS DOS MADRES.



Las tempestades políticas devoran la existencia, acortan la juventud y producen en la flor de la edad las arrugas y el extenuamiento de la vejez. El cuerpo, que experimenta sin cesar violentas conmociones, se postra y se aniquila, y el rostro, á fuerza de espesar sentimientos estrechos, se cansa y se aja.

Mistriss Barkstead, bella y apacible, de rubios cabellos, de ojos serenos y cariñosos, graciosa y adorada al principio de esta historia y en la actualidad pálida y encorvada, envejecida despues de catorce años, á la edad en que tantas mujeres brillan aun, mistriss Barkstead, decimos, caminaba tristemente por las calles de Lóndres la noche del 19 de abril, doce dias despues de la escena que acabamos de contar.

Habia salido furtivamente de la casa en que vivia sola con Ricardo, despues de ver que este, ansioso de entregarse al sueño ó

quizás á la soledad, se retiraba temprano á su aposento y se acostaba. Libre del trabajo de escusar su salida á semejante hora y de motivarla, y dichosa de poder escapar á las inquietas preguntas de su hijo, salió de su casa en cuanto creyó que aquel dormía.

¿A dónde se dirigía tan preocupada y con tanta prisa? Aquel día Barkstead, comparecido ante el tribunal supremo de justicia, habia sido condenado al suplicio de los traidores. Este suplicio terrible en que la muerte se economizaba con arte, por decirlo así, para que durase mas tiempo, en que el condenado apuraba los sufrimientos poco á poco como un convidado que en el festin bebe gota á gota un vino delicado y esquisito, debia tener lugar al día siguiente. Quedaba, pues, una noche á la esperanza, porque la esperanza y la vida son inherentes al corazon humano, como la luz y el calor á la llama de una antorcha. Solo se apagan juntas.

Mistriss Barkstead, habia contado en su alma los recuerdos que debian hablar en su favor á ciertos poderosos del día; habia pesado las probabilidades de obtener su proteccion y no dudó que su esposo podia librarse aun del patíbulo. Dirigiase, pues, entonces á casa de lady Salnsby, pero el temor de que Ricardo se negase á aceptar de semejante mano la vida de su padre, le habia determinado á salir sola, durante la noche y sin decírselo.

Agitada por mil pensamientos, previendo todas las negativas y preparando, para combatirlas, argumentos que creia invencibles, llegó á la puerta de lady Salnsby. Un instinto de su alma la indujo á no decir su nombre, y un criado fué á avisar á su ama que una mujer anegada en llanto deseaba hablarle. En aquella época, lo mismo que hoy, era una táctica de la llamada aristocracia acoger pronto y favorablemente á las personas de la clase pobre; así es que la orgullosa lady Salnsby recibió en seguida á mistriss Barkstead, á quien creyó una pobre mujer desconocida, que iba á pedirle una limosna.

María fué introducida en un aposento débilmente iluminado y vió á lady Salnsby sentada en un gran sillón y que parecia escuchar con placer la conversacion que tenia lugar en un gabinete inmediato. En el acto de entrar mistriss Barkstead, un criado entregaba á la noble dama una larga tizona, cuya empuñadura de hierro bru-

ñido estaba trabajado como un encáje, y aquella le despedía con la mano, diciéndole :

—Yo misma se la entregaré ; haced entrar á esa mujer.

Mistriss Barkstead sintió que las piernas le flaqueaban, y toda su confianza se desvaneció al oír el acento frio y triste de aquella voz tan conocida. No pudo dar un paso mas, y lady Salnsby, volviéndose ligeramente hácia ella, vió su indecision y la invitó á que manifestara lo que pedia.

—No tembleis de ese modo, buena mujer, le dijo ; si vuestra súplica es justa, la acogeré favorablemente; las lágrimas del pueblo se convierten en un torrente que todo lo arrastra cuando no se las hace cesar. Hablad, pues.

—Bendito sea Dios por lo que acabais de decir, respondió mistriss Barkstead : sin duda quiere que logre lo que deseo, pues ha dotado de tales sentimientos vuestro corazon.

Lady Salnsby no reconoció la voz ni las facciones de mistriss Barkstead ; sin embargo, se volvió con prontitud al oír sus palabras, y la observó atentamente.

Las costumbres sociales, cambiando las relaciones de nuestro corazon, imponiéndoles un aspecto y formas convenidas, dando á la vida otra defensa que nuestra propia naturaleza, han alterado sin duda el primitivo sentido que protegía al hombre en su estado de creacion. Sin embargo, en las almas en que las pasiones son violentas, en los corazones en que arden con todo su vigor, se conserva un resto de la facultad de adivinar la esencia de los seres que se nos aproximan. Así es que cuando lady Salnsby hubo oído á mistriss Barkstead, cuando la hubo mirado, se oscureció su semblante, y replicó con aspereza.

—Daos prisa, buena mujer, tengo que hacer algo mas importante que oír los lamentos de alguna revendedora de la Cité cuyo marido ha sido aporreado en la taberna.

Mistriss Barkstead no sabia como darse á conocer y esplicar el motivo que allí la llevaba. No se trataba para ella de uno de esos intereses vagos é insignificantes, cuya discusion se conduce tranquilamente y con destreza, y para los cuales se traza de antemano una especie de plan de campaña : cada palabra podia ser fatal ; no sabia

por donde empezar; sus ideas estaban desordenadas, perdida toda la elocuencia que habia supuesto á su desgracia, y ya nada tenia que decir. Por último, su misma incertidumbre le inspiró la única frase que pudiera llevarla de repente, sin preparacion ni exordio, al verdadero objeto que la guiaba; así es que balbuceando y buscando frases para pintar su desesperacion, sentia ya flaquearle el corazon y perderséle la cabeza, cuando dejó escapar, como sin saberlo, estas solas palabras:

—Soy mistriss Barkstead.

En efecto, no necesitaba mas lady Salnsby. Barkstead, preso por Ralph, encerrado en la Torre de Lóndres, juzgado aquella mañana misma y prometido al verdugo para el dia siguiente; Ana, Carlota, la Torre, el combate que en ella habia tenido lugar y el perdon pedido á Cromwell, todo se encerraba en aquellas palabras. La presencia de la desventurada María completaba lo que esta no hubiera podido decir, lo que no se escribiría en muchas páginas y que sin embargo fué á herir á lady Salnsby directamente en el corazon; pero en el corazon es donde se encierran el ódio y el orgullo lo mismo que el reconocimiento y la compasion, y si aquella frase hirió en él á lady Salnsby, no fué para enternecerle, sino para irritar su ódio y despertar su orgullo.

—Mistriss Barkstead! exclamó, ¿qué me quiere la mujer de un verdugo? Que la saquen de mi casa.

—Misericordia! gritó la infeliz, aterrada por estas palabras y corriendo hácia lady Salnsby al ver á los dos criados que habian acudido á la voz de su ama; misericordia, milady! yo fui quien os llevé al lado de vuestro esposo y de vuestros hijos, cuando estaban presos en la Torre; yo quien obtuve de Barkstead que pidiese su perdon al Protector.

—Loca! repuso lady Salnsby dirigiéndole una mirada de desprecio, invocas tus crímenes para conmoverme! Sí, yo te supliqué, y esto es lo que te acusa, porque tú y los tuyos habiais salido del cieno para ocupar nuestros puestos. Miserable esposa de un regicida, tus palabras huelen á sangre! Véte!

—Pero sin ese regicida, exclamó indignada mistriss Barkstead, no tendríais ya hijo ni yerno!

—¿Acaso, repuso con cólera la anciana lady, acaso debo agradecer al ladrón el dinero que no me ha robado y al asesino la poca sangre que me ha dejado? Y cuando ha llegado el día de la justicia ¿sería ingratitud castigarles, porque no han acabado con nosotros? Esclavos sublevados contra vuestros señores, el verdugo, y solo el verdugo, os harán entrar otra vez en vuestro deber!

Lady Salnsby se levantó al pronunciar estas palabras: la conversacion que tenia lugar en el aposento vecino se interrumpió de repente, y Ralph apareció en la puerta, acompañado del obispo Juxon.

—¿Qué ocurre? preguntó al entrar. ¿Quién es la miserable que escita hasta este punto vuestra cólera, señora?

—Mistriss Barkstead, respondió su madre mostrándosela con ese gesto desdeñoso de la mano que mide de piés á cabeza á aquel de quien se habla, como para insultarle mejor.

Sin embargo el dolor de mistriss Barkstead no era accesible á semejante injuria; el objeto que se proponia era para ella como uno de esos puntos lejanos en que se fija la vista y que distraen la atencion de todo otro objeto. Por mucho que fuese el horror que le inspiraba la presencia de Ralph, al verle creyó que podria despertar en el alma de lady Salnsby uno de esos ímpetus tan naturales á la ternura maternal: creyó que ciertos nombres, ciertos recuerdos, comunes á todas las madres, harian brotar lágrimas de sus ojos, y que su corazon se desarmaria de su venganza política. Acercósele, pues, mirándola tristemente, y cogiéndole la mano, le habló con voz tan grave y dulce que la despiadada anciana la escuchó casi con compasion.

—Hé aquí á vuestro hijo, milady, que es vuestro orgullo! Dios no me ha concedido suficiente discernimiento para juzgar si la voluntad del pueblo inglés, libre y poderosa durante seis años, debe calificarse de crimen y rebellion; pero aun cuando así fuese, conozco que perdonaria fácilmente á quien hubiese salvado la vida de mi hijo. No hablo con sir Ralph, porque sé que un valiente como él solo mira la vida como un bien incierto que es preciso jugar á cada paso; pero á vos, milady, os hablo un lenguaje que ambas comprendemos. El hijo, á quien prodigamos todos nuestros cuidados, aun antes de nacer; el hijo, por quien suportamos con alegría sufrimientos que

harian desmayar el valor de los hombres mas esforzados; ese débil arbolillo por quien nos desvelamos durante tanto tiempo, que nos hace parecer agradables las vigiliás y temer el sueño; esa existencia que no es la nuestra, pero que forma parte de ella; esa otra vida que late en nuestro pecho; todo eso lo teneis, milady, y se lo debeis á aquel á quien podeis salvar con una sola palabra. ¿Os negareis á pronunciarla? ¿os negareis á ello delante de vuestro hijo?

La incertidumbre detuvo por un momento la respuesta de lady Salnsby, y mistriss Barkstead creyó que podia tener alguna esperanza; tentó un último esfuerzo y continuó:

—Mi esposo es, señora....

—Tu esposo! miserable, replicó con rabia lady Salnsby; y el mio ¿no ha muerto en el patíbulo? Dices que te debo á mi hijo; pero ¿acaso no tienes el tuyo? ¿quieres aun á tu esposo? Reanima, pues, en su tumba el yerto cadáver del ilustre Salnsby; haz que sea todavía la honra de su nombre y el sosten del rey, y despues podrás pedirme la vida de tu esposo.

—¿Y por qué no ha podido salvar á todas las vicimas, exclamó mistriss Barkstead, no le agradeceis el que haya salvado las demás?

—¿Y con qué derecho, replicó violentamente la anciana, ha escogido mi dolor, designando al verdugo su presa?

—Preferiais que dejase perecer á vuestro hijo! dijo asustada mistriss Barkstead.

—Eran tres! respondió súbitamente lady Salnsby.

Mistriss Barkstead quedó estupefacta: aquella sangrienta eleccion de Macdonnel le pareció un crimen. Puede que ella en la posicion de lady Salnsby hubiera concebido interiormente la misma idea; pero de fijo la hubiera ahogado en seguida, y se habria convertido para ella en un pesar, si la casualidad hubiese realizado aquella secreta eleccion de su corazon. Sin embargo no desesperaba aun, sus ideas, aunque trastornadas por el violento giro que habia tomado la entrevista, su razon, aunque incapaz de discutir lucidamente sus derechos á la proteccion de lady Salnsby, iban á parar siempre á este terreno que le parecia inespugnable: esta madre me debe la vida de su hijo, decia; y no sabia comprender que su re-

côncimiento tardase tanto en devolver una parte del gran beneficio que de ella habia recibido. Trató de reponerse y de continuar la conversacion; pero el obispo Juxon se adelantó hácia ella en el momento en que se acercaba otra vez á lady Salnsby.

— Señora, le dijo, cesad de importunar á milady con vuestros lamentos, pues nada puede en este asunto. No es á ella á quien el coronel Barkstead debe cuenta de sus crímenes, sino á un juez colocado sobre vuestros deseos y que no puede oír vuestras súplicas.

— ¿Acaso el rey no tiene el derecho de perdonar, milord, respondió la desventurada María, y sus mas fieles servidores no pueden transmitirle las lágrimas de una desventurada esposa, ya que á esta no le es dado llegar hasta él?

— El rey, señora, replicó Juxon, nada puede tampoco en la causa del coronel, porque Dios ha sido el ofendido por el asesinato de Cárlos I; su derecho ha sido lacerado por las manos de los regicidas, y ningun siervo del Señor, por mas que fuese rey, puede privarle de su venganza sin renunciar á su salvacion. Aun cuando el coronel hubiese salvado la vida á Cárlos II, este faltaria á sus deberes de rey y de cristiano si, llevado de su reconocimiento, usase del poder que ha recibido de Dios, para proteger al que quiso herir con el hacha aquel poder y cortarle de raiz.

— Así pues, milord, dijo mistriss Barkstead anonadada por aquella respuesta, ya no hay esperanza!

Y diciendo estas palabras se dejó caer sobre una silla, deshecha en lágrimas y ocultando la cabeza entre las manos.

A una seña de Ralph su madre y Juxon se le acercaron, y les habló rápidamente y en voz baja. Mistriss Barkstead notó aquella conversacion, y era tanta su desesperacion que, aun cuando no se atrevia á esperar nada de la intervencion del que habia arrestado á su esposo, le servia de consuelo cuanto le parecia retardar la muerte del coronel. Pronto lady Salnsby se le acercó, dirigiéndole una mirada que trataba de hacer compasiva, sentóse á su lado y le dijo:

— Una esperanza se presenta, señora; vos podeis acogerla y hacerla fecunda. Vuestro esposo puede aun obtener su perdon de la clemencia de Cárlos II, y este perdon yo es lo puedo asegurar, por-

El Editor
Buenaventura Bassa



que será la recompensa de una reparacion de los ultrajes hechos á la majestad real.

Dilatósele el corazón á mistriss Barkstead al oír estas palabras, y preguntó con ansiedad cual era la reparacion que se pedia al coronel. Entonces lady Salnsby le dijo que la cámara de los comunes habia votado una suma bastante considerable para erigir un panteon á Carlos I, pero que hasta entonces habian sido inútiles todas las pesquisas hechas en Windsor para encontrar su cadáver. El duque de Richmond habia muerto y el conde de Hertfort se hallaba detenido en cama; en cuanto á los condes de Southampton y de Lindsey, no habian podido reconocer el sitio en que habia sido sepultado, pues habiéndose hecho esto de noche, apresuradamente y á la luz de dos antorchas tan solo, no recordaban á punto fijo el lado de la iglesia á que les habian conducido, y como por otra parte habian sido cuidadosamente borradas las señales hechas en las columnas mas inmediatas á la hoya, nada habia podido guiarles en sus indagaciones. Ninguna losa sepulcral ni inscripcion alguna daban á conocer el sitio donde se hallaba el cadáver del rey, y era de creer que deberia renunciarse á tributarle aquel pio homenaje, si las nuevas averiguaciones que dentro de algunos dias se harian bajo la inspeccion del marqués de Hertfort, eran tan inútiles como las que hasta entonces se habian hecho. Presumiase sin embargo que Barkstead, encargado en otro tiempo de todos los pormenores del entierro, debia conocer exactamente el punto en que, bajo sus órdenes, habia sido abierta la hoya.

Al llegar aquí lady Salnsby fué interrumpida por mistriss Barkstead que, previendo el servicio que querian pedir á su esposo, quiso saber la recompensa que por él le darian.

—¿Y si Barkstead os revela el sitio donde se halla el cadáver del rey, dijo, si ayuda á Carlos II á honrar la memoria de su padre, qué gracia se le concederá por tan importante revelacion?

Antes de responder, lady Salnsby interrogó con la vista á su hijo y al obispo Juxon.

—La gracia que se le concederá, dijo por fin, será la misma que recibí de tí.

—La vida! exclamó mistriss Barkstead, recordando siempre que habia salvado á Ralph y á Macdonnel.

—No ; la exencion del suplicio de los traidores, de que libráste á mi esposo.

Mistriss Barkstead se levantó con dignidad.

—Oh ! exclamó, ha sido una locura querer arrancar una lágrima de piedad á esos corazones llenos de sangre y de orgullo ! Yo tambien tengo un hijo, milady, y ojalá no sepa nunca lo que aquí acaba de pasar, pues de lo contrario su venganza os seria funesta.

—Que venga pues ! dijo con cólera lady Salnsby ; Ralph, aquí tienes la espada que su Majestad el rey Cárlos II acaba de enviarte en recompensa de tu conducta cuando prendiste al coronel Barksstead ; enseña su temple á su hijo si te pide cuenta de ello : aun cuando debiese costarte la vida, no seré yo quien te impida combatir y destruir esa raza de sediciosos que tanto mal han hecho en Inglaterra.

—¿ Debe una madre escitar el ódio y el furor de un hijo ? replicó mistriss Barkstead.

—Una súbdita fiel y buena católica debe sacrificar su sangre por el monarca que el Señor nos ha dado, respondió gravemente Juxon, y lady Salnsby lo hará cual buena inglesa.

Iba ya á retirarse María, cuando Ralph se le acercó vivamente y la detuvo :

—Señora, le dijo, haga vuestro esposo esa revelacion, y consentid vos en lo que voy á pedir, y os juro que se salvará la vida de aquel, ya que no su libertad.

Esta vez mistriss Barkstead no concibió ninguna esperanza. La existencia de Ralph y todo cuanto hacia, parecian una conjuracion de desgracias contra ella y su familia, de modo que apenas se detuvo para escucharle, aun cuando le habló de la vida de su esposo ; pero Ralph siguió deteniéndola.

—Una palabra, señora, añadió ; lady Carlota va á bajar ; el rey me ha prometido su mano para cuando haya cumplido catorce años, si consiente en casarse conmigo ; vos sola acaso podeis obtener en seguida para mi este consentimiento, que el tiempo me dará sin duda, pero que puede ligarla irrevocablemente desde hoy. Obtened

de ella que diga al rey que está pronta á obedecerle, y os juro que vuestro esposo no morirá.

Mistriss Barkstead habia ido, sin saberlo su hijo, á implorar el perdon de su esposo á sus mas crueles enemigos; desde luego vió que para obtenerlo era preciso que el coronel sirviera de instrumento á lo que él miraba como un sacrilegio, pues se trataba de honrar al que habia condenado como culpable, y comprendió que no accederia á ello. Pero no era esto todo; era menester que ella misma acabase de desesperar á su hijo desvaneciéndose para siempre el sueño de toda su vida, y no se consideraba con derecho ni con valor para hacerlo. Sin embargo, en medio de las crueles angustias que experimentaba, no sabia que responder, cuando la voz de lady Salsby la libró de su embarazo.

—Ralph, dijo con cólera, ¿es esto lo que os he enseñado? Pues que ¿buscáis el cumplimiento de un vano deseo en una baja traicion? porque seria traicion obtener de la debilidad del rey el perdon de uno de los asesinos de su padre. Si pudiese perdonarle, vos deberiais defenderle contra sí mismo y proteger su honor de rey contra su debilidad de hombre.

—Pero, madre, respondió Ralph con ira, va en ello mi felicidad!

En seguida, acercándose á lady Salsby, añadió en voz baja:

—De ello depende mi fortuna; es la hermana del rey, madre mia, la hermana del rey, á la cual no podrian negarse los mejores empleos.

Lady Salsby dirigió á su hijo una mirada en que se pintaban á la vez la cólera y el desprecio.

—No sois noble, Ralph, si pensais lo que acabais de decir.

—No sois un verdadero católico, dijo Juxon, si mezclais el interés de vuestro porvenir y de vuestra ambicion con el triunfo de la religion.

—Idos pues, añadió Ralph dirigiéndose con ira á mistriss Barkstead, y procurad olvidar que he tenido la cobardía de pedir os vuestro apoyo; yo lo procuraré tambien.

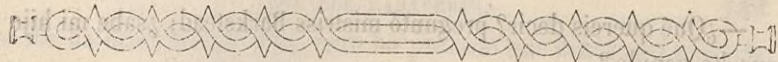
Mistriss Barkstead salió al instante del aposento y en seguida de la casa. Solo le quedaba ya la seguridad de que seria inútil toda tentativa para salvar á su esposo, pues su corazon no podia aver-

gonzarse de haber suplicado é implorado en vano. Al dirigirse á lady Salnsby , iba, segun su conciencia , á llenar un deber sagrado, y como el buen éxito no hubiera podido servirle de excusa si hubiese creido que no obraba bien, tampoco podia arrepentirse de haberlo hecho porque no habia logrado su deseo.

Alejóse pues , y se dirigia ya hácia su casa, cuando fué á sacarla de su postracion una voz que pronunciaba su nombre.



— Ralph, ¿dijo con voz...
que buscas el cumplimiento de un vano deseo en una hija...
cion y porque seris...
hon de uno de los ases...
deberias detendarte con...
tu su debilidad de hom...
—Pero, madre, resp...
La segunda, acorran...
—De ella depende un futuro, es la hermana del rey, madre mia,
la hermana del rey, ¿la cual no podrian regresar los mejores em-
pleos.
Lady Salnsby dirigió á su hijo una mirada en que se pintaban á la
vez la adora y el desprecio.
—No seas noble, Ralph, si piensas lo que acabas de decir.
—No seas un verborro católico, dijo furon, si mezclais el in-
terés de vuestro porvenir y de nuestra ambicion con el título de la
religion.
—Mios puer, añadió Ralph dirigiéndose con ira á mistress Barke-
stead, y procurad olvidar que he tenido la cobardia de pedir vus-
tro apoyo; yo lo procurare tambien.
Mistress Barkestead salió al instante del aposento y en seguida de-
jó la casa. Solo le quedaba ya la seguridad de que seria inútil toda
tentativa para salvar á su esposo, pues su corazon no podia aver-



— Si por cierto, y se queda con razón. El nombre de Barkstead es su mejor bien, y también el nuestro, y no podemos cambiarlo ante esos canallas. Por otra parte, el coronel es un ángel, una víctima, y no debe privarse a los verdaderos hijos de Dios y de Inglaterra de la gloria de su martirio. Escribe pues cada hombre obtenido de esos canallas.

XVIII.

— ¡Ay! repitid miseria, insultos y desprecio!
— ¡Infames! mirad solamente Tom Love, encastado á la vez de que hubiesen sido los otros y de que esta ingratitude sobreviese á la existencia de lo que él llamaba su esposa; tanto como se debe y no han tenido compasión de vos! Dios tenga misericordia de ellos, porque la vida es larga, y no volveremos á ver. Vuestra hija lo ha puesto, señora, y es un valiente joven.
— ¿Dónde está? preguntó María. Como habéis sabido que yo estaba en casa de lady Salisbury?



ERA cosa alarmante á la verdad oírse llamar por su nombre á las diez de la noche en una de las calles de Londres inmediatas al Támesis. La cualidad de mujer no es muy respetable á aquella hora; la de esposa de un regicida podia ser un motivo de insulto, y la voz que llamó á mistriss Barkstead, nada tenia que pudiese amenguar el espanto causado por aquella interpelacion. Sin embargo, cuando Tom Love hubo dicho su nombre, mistriss Barkstead se tranquilizó y hasta llegó á experimentar alguna satisfaccion por haberle hallado. No obstante, no era la casualidad lo que le habia conducido allí, sino que por el contrario, atormentado por una inquietud, cuya causa esplicaron luego sus palabras, aguardaba, al parecer, hacia mucho tiempo á que saliese mistriss Barkstead.

— Héos aquí al fin, dijo ofreciéndole el brazo, ya era hora, pues sir Ricardo acababa la paciencia.

—¿Qué quereis decir? preguntó mistriss Barkstead; ¿sabe mi hijo que he venido?

—Sí por cierto, y se queja con razon. El nombre de Barkstead es su mejor bien, y tambien el vuestro, y no podeis humillarlo ante esos canallas. Por otra parte, el coronel es un santo, una víctima, y no debe privarse á los verdaderos hijos de Dios y de Inglaterra de la gloria de su martirio. Espero que nada habreis obtenido de esos canallas.

—Ay! replicó mistriss Barkstead, solo insultos y desprecio!

—Infames! murmuró sordamente Tom Love, encantado á la vez de que hubiesen sido ingratos y de que esta ingratitud sirviese á la exaltacion de lo que él llamaba su política; tanto como os deben y no han tenido compasion de vos! Dios tenga misericordia de ellos, porque la vida es larga, mañana no ahorcarán á todos los hijos de Cromwell, y nos volveremos á ver. Vuestro hijo lo ha jurado, señora, y es un valiente jóven.

—¿Dónde está? preguntó María. ¿Cómo habeis sabido que yo estaba en casa de lady Salnsby?

—Esta mañana cuando vuestro hijo os ha hecho salir de la sala del tribunal, despues de pronunciada la sentencia, vuestro esposo que, como sabeis, habia estado pálido y abatido durante toda la vista, se ha desmayado de repente.

—Dios mio! dijo dolorosamente mistriss Barkstead, padece tanto, está tan enfermo, que me admira que haya podido suportar las fatigas de todo el proceso. Y ¿qué ha sucedido despues?

—Le han sacado fuera de la sala del tribunal, y ha vuelto en sí muy luego; pero lo mas horroroso es que mientras los amigos de la buena causa se atfugian de su debilidad, los bribones realistas le han silbado, designándole con los nombres infames de fanfarron, cobarde y zarcero de Cromwell. Esto no puede quedar así, señora; despues de milord Protector el coronel era, si no el mas elevado en dignidad, á lo menos el mas venerado de los santos jueces de Estuardo, y en su hora suprema no puede desdecir de su causa; ya cuidaremos de ello.

—¿De qué modo? exclamó asustada mistriss Barkstead.

—Hé aquí lo que me he preguntado durante mucho tiempo; al fin

se me ha ocurrido una idea, pero he pensado que debía comunicarla al que mas interesado estaba en esto , á vuestro hijo, y he ido esta noche á vuestra casa. He llamado largo rato, porque desde que la pobre Molly murió, no se despiertan pronto vuestros criados, y por fin ha venido á abrirme sir Ricardo en persona. Antes de escucharme, ha querido ver si el ruido que habia hecho os habia despertado, y al encontrar desierto vuestro aposento, se ha desesperado, poniéndose furioso despues, porque á fuerza de suposiciones equivocadas ha dado con la verdadera. Hemos ido á preguntar en casa de lady Salnsby, y cuando nos han dicho que se habia presentado una mujer y que habia sido recibida, ya no ha dudado de vuestro proyecto. Nunca le habia visto tan desconsolado , pensando ora en la vida de su padre, ora en el honor de su nombre, llorando unas veces , y queriendo otras forzar las puertas para arrancaros de aquella casa. Por fin he podido calmarle , y nos aguarda aquí cerca, en la puerta del doctor Andlay, para donde le he citado.

—¿Por qué escoger aquel punto y no ir en seguida á casa? dijo mistriss Barkstead.

—Porque los tres necesitamos ver al doctor. Quiera Dios ayudarnos en la santa empresa que vamos á tentar!

Así diciendo, llegaron á una calle oscura y percibieron los pasos de un hombre que se paseaba por delante de la casa de Andlay, cual si fuera un centinela. Detúvose de pronto, y Ricardo, á pesar de la oscuridad que le rodeaba, corrió hácia su madre y Tom Love, á quienes habia oido. Abrazó á María, y ninguno de los dos pudo pronunciar una sola palabra. Solo Love dijo á Ricardo con voz conmovida :

—Consolaos, nada ha logrado.

Dieron en silencio algunos pasos y se encontraron frente de la casa de Andlay : una lámpara, colocada detrás de una de las vidrieras, daba á conocer que allí vivia un sabio. La costumbre que los hombres estudiosos tenian de velar hasta muy tarde, habia hecho creer al vulgo que todos los sabios trabajaban en vez de dormir. Todo lo que sabia un doctor era, en lenguaje escolar, el fruto de sus vigiliias, y hubiera sido deshonoroso para un miembro de cualquier academia, que alguien pasase de noche por delante de su casa, sin ver iluminada la ventana de su gabinete. De aquí era que

algunos, despues de haber meditado una ó dos horas, dejaban quemar su lámpara, aun despues de estar durmiendo, al paso que otros tenian cuidado de encenderla antes de salir de casa para ir á alguna orgia. Poco á poco habia esto pasado de tal modo á ser costumbre, que al oscurecer, la criada de un doctor encendia su lámpara y la dejaba junto á la ventana, aunque aquel estuviése enfermo ó ausente, y algunas veces llegaba hasta el extremo de verse aun la lámpara encendida detrás de la vidriera al cabo de un mes de haber sido enterrado el doctor. Entonces algunos vecinos se reian de aquella distraccion, pero dos ó tres comadres aseguraban que era el alma del difunto que iba á terminar alguna nigromancia que habia dejado incompleta, y como habia peligro de ser apedreado si se les queria probar que se engañaban, callaban los vecinos, y se tenia por cosa cierta que el sabio era un brujo, de lo cual á concluir que lo eran todos los sabios habia tan poca distancia, que esta opinion era general en Europa dos siglos antes de que tuviese lugar esta historia, quedando todavía algun resabio de ella en la época á que nos referimos.

Ricardo y su madre ignoraban para que les llevaba Tom Love á casa de Andlay; quisieron preguntárselo, pero él les aseguró que debian agradecerle su resolucion, y que ya la sabrian en casa del doctor. Llamó, pues, á la puerta, y el súbito movimiento de la lámpara les dió á conocer que, á lo menos para Andlay, aquella precaucion no era una mera formalidad. Introdujéronles en un aposento vasto y sombrío, y Andlay que habia reconocido en seguida la voz de mistriss Barksstead y de su hijo acudió á recibirles; pero habiéndole manifestado Tom Love que se trataba de un gran secreto, les hizo pasar á su gabinete particular, donde hallaron el admirable desórden de la ciencia. Mistriss Barksstead se sentó en el único sillón que no estaba cargado de libros, y el doctor, Ricardo y Love permanecieron de pié.

Andlay les preguntó cual era el motivo que les llevaba allí á semejante hora y en tales circunstancias, Ricardo indicó á Tom Love que respondiera; pero este, á pesar de su natural audacia, estaba sobrecogido de espanto á la vista de algunos cráneos, cuya lustrosa blancura resaltaba sobre el fondo negro de los antiguos armarios en

que estaban revueltos con algunos libros. Sin embargo, sobreponiéndose á su embarazo y creyendo haber hallado un espediente ingenioso, sacó de su bolsillo una enorme bolsa llena de monedas de oro, y tirándola sobre la mesa, dijo en seguida:

— Aquí teneis mas oro del que os daria un lord de la cámara de los pares para que le hicierais tener un hijo varon, y tanto como os prometeria aquel hijo al cabo de algunos años para que le desembarazaseis de su padre; sin embargo, para ganar esta suma no os pido un sortilegio para cambiar el sexo de un niño en el seno de su madre, ni un conjuro para hacer morir á un padre sobrado aficionado á la vida, sino una sencilla nigromancia que reanime el corazón de un hombre durante seis horas solamente.

Entonces contó á Ricardo y á Andlay el desfallecimiento de Barksstead despues del juicio, y el triunfo de los realistas al verlo.

— En cuanto á salvarle la vida, continuó, es imposible, pues Macdonnel tiene á su cargo el mando de la Torre, y á pesar de ser muy necio, tiene el talento suficiente para ser un buen carcelero. Mañana debe tener lugar la ejecucion, doctor; tomad, pues, toda mi fortuna; si para el conjuro necesitais un poco de sangre, aquí están mis venas, y si es menester empeñar la salvacion de un alma, os doy lo poco que aun me queda que perder de la mia, aun cuando por lo que á esto toca témome no tener grandes fondos de reserva, pues he gastado mucha parte de ella en puñetazos, en blasfemias y con los mozos de la taberna del Rey Ricardo. Pero no importa, tomadlo todo; el dinero y la sangre reemplazarán lo que falta por otro lado.

Esta estraña proposicion, que hoy dia haria dudar de la razon del que la hiciera, no admiró en lo mas mínimo á los que escuchaban á Tom Love. Ricardo dió las gracias al generoso gifero, estrechándole en silencio la mano, y la desdichada mistriss Barkstead, postrada por la desesperacion, le oyó sin que pareciese conmoverse. El doctor se habia puesto á meditar, paseándose por el aposento; de vez en cuando se rascaba la frente, se detenia, murmuraba entre dientes algunas palabras ininteligibles y parecia consultar consigo mismo. Acercóse por último á la mesa sobre la cual Tom Love habia tirado la bolsa, y se la devolvió, diciendo:

—No hay sortilegio capaz de dar valor al que no lo ha recibido del cielo, ni de restablecer la energía de un alma conmovida por la desesperación. Guardad, pues, vuestro oro.

—¿No hay bastante? replicó Tom Love con resolución, doblaré la suma. Vos no sabéis lo que han dicho en aquella horrible sentencia: de los tres condenados, sir Miles Corbet, el coronel Okey y mister Barkstead, este será el primero á quien llevarán al patíbulo, para que sobre él caigan con mayor violencia los insultos y las burlas del pueblo, ajusticiándosele el último para que vea el suplicio de sus compañeros, mientras les arrancarán el corazón y las entrañas. Así pues, si no haceis un milagro con el coronel Barkstead, la buena causa quedará deshonrada. Ea, doctor, doblaré la suma, y si es menester, la taberna del Rey Ricardo la triplicaré.

—El alma de mi padre es fuerte, pero tan débil su cuerpo, añadió Ricardo cruelmente turbado, que podemos temer que su muerte no sea digna de su vida.

—¿No hay medio alguno de salvarle? preguntó Andlay.

—Ninguno, respondió Tom Love.

—Ay! añadió María, hace algunas horas que aun tenia alguna esperanza, pero los beneficios no germinan en el corazón de los servidores de los Estuardos.

Y contó entonces á Andlay su visita á lady Salnsby, el modo horrible como habian sido rechazadas sus súplicas, y la proposición que le habian hecho de librar al coronel de parte de su suplicio; si queria mostrar el sitio donde estaba sepultado Carlos I.

—Mucho tardarán en descubrirlo, exclamó Love con su amarga risa, pues una noche de enero de 1660, cambié de tal modo las losas sepulcrales que hay en la iglesia de Westminster, que solo Dios es capaz de volver á hallar el cadáver del tirano.

—Yo la encontraria con los ojos vendados, dijo Ricardo, pues mi padre me la ha enseñado veinte veces. Aun cuando entonces nada la daba á conocer, ni siquiera una pequeña inscripcion, y por mas que despues hayan cambiado las losas, no me equivocaria de un paso, contándolos desde la puerta principal.

—Esto seria quizás un medio de salvarle la vida, dijo Andlay; pero para ello seria necesario ver al rey, que es mas clemente de lo

que suponen los cortesanos que le rodean. Mas esta noche hay fiesta en Saint-James, y para distraerle de sus placeres se necesita mas que la vida de un regicida y el cadáver de su padre. Inglaterra entera nada vale para él cuando baila ó juega á los dados. Veamos, señora, ¿no os han dicho nada mas los Salnsby?

Mistriss Barkstead manifestó entonces con inquietud que Ralph le habia ofrecido la vida de su esposo á condicion de que indujese á Carlota á casarse con él. Ricardo contuvo el furor que le devoraba durante aquella narracion; temblaba al pensar que los proyectos de Ralph no tenian otro obstáculo que la voluntad de una niña de trece años, y que la proteccion del rey podia vencerlo cuando la edad de Carlota le permitiese casarse. Sin embargo, su corazon concibió al mismo tiempo una esperanza; la proposicion de Ralph le hizo adivinar la negativa de Carlota, y los ensueños de su amor se presentaron dulces y risueños durante un momento entre el tumulto de sus ideas, como pasa por el aire el perfume de una flor durante la tormenta.

— Aquí debeis buscar la salvacion del coronel, dijo vivamente Andlay; Carlota puede librarle de la muerte.

— Pero ¿cómo encontrarla? exclamó mistriss Barkstead; ¿nos dejará llegar hasta ella lady Salnsby?

— No es á casa de lady Salnsby sino á Saint-James á donde es menester ir. Esperad, señora, Ricardo va á acompañarme; vos Love, recoged vuestro oro y conducid á mistriss Barkstead á su casa. Si Dios quiere que el paso que vamos á dar no tenga buen éxito, alentaré al menos el alma que llama á sí, y yo mismo daré á Barkstead un elixir que sostendrá su cuerpo. Creed á un hombre que ha estudiado los resortes de los miembros y los del alma, el valor de Barkstead no se ha estinguido en su desmayo, solo su cuerpo se ha postrado. Por otra parte, ¿no ha sostenido hasta el fin la justicia de su causa?

— Sin duda, respondió Tom Love, que no estaba aun del todo persuadido; pero mejor sería que muriese mil veces antes de declarar en sus últimas oraciones que no tenia derecho para juzgar á Cárlos I, como se lo han pedido; y si no estais muy seguro de él al pié de la horca, guardad este oro, pues pagaré el mismo precio por una gota

de veneno que le mate en la puerta de la Torre, que por un sortilegio que le dé valor hasta debajo del triángulo de Tyburn.

—Tranquilizaos, dijo Andlay; Barkstead no desmentirá de su causa ni de sí mismo, pues tiene la voluntad mas firme que yo haya visto en hombre alguno. Su cuerpo se halla débil, no hay duda; pero le sostendremos, aun cuando Macdonnel hubiese mezclado substancias nauseabundas con sus alimentos para abatir mas sus fuerzas.

—¿Se atreveria á ello? gritó Ricardo con horrible sorpresa.

—¿No lo hicieron con Juan Jones y Clemente, ejecutados en 1660, y á quienes llevaron á la horca como dos cadáveres yertos ya? dijo el doctor.

—Maldicion! exclamó Tom Love; y cambió con Ricardo una mirada que parecia un juramento renovado entre ellos.

Andlay tomó entre tanto una ancha capa negra, una linterna y una llave, y al mismo tiempo mistriss Barkstead, á quien la esperanza dilataba de vez en cuando el corazon, como para hacer despues mas cruel el dolor, se dispuso á volver á su casa acompañada de Tom Love. Salieron todos de casa del doctor, y Ricardo se separó de su madre prometiéndole no comprometer ni contrariar con su imprudencia los proyectos de Andlay.

Este y Ricardo andaban uno al lado del otro absortos en sus reflexiones. Era tal la emocion que experimentaba el jóven al pensar que iba á ver otra vez á Carlota, que no pensaba siquiera en cuales podian ser los medios de que para hablarle se valiese el doctor; y si se hubiesen seguido escrupulosamente todas las esperanzas que agitaron su corazon durante el camino, quizás se hubiera visto que la idea de un reproche ó de una confesion de Carlota le ocupó mas que el perdon de su padre. Por último, preguntó á Andlay como podria ver á su prima y si seria muy larga su conversacion.

—Veré á Carlota, respondió el doctor, en la fiesta que se da en Saint-James, y aun cuando no sea larga la conversacion que con ella tenga, supongo que la que deberá tener ella con su hermano nos detendrá mas tiempo.

—Y ¿yo no la veré? dijo Ricardo.

—Jóven, repuso el doctor, prudencia ó no intervengo en el

asunto. En rigor no deberiais entrar en Saint-James, ni ver á Carlota, ni hablarle; pero pienso conocer á los hombres y creo haber notado que vos sois de los que toman su partido con la vida, y que desde jóvenes están resueltos á considerarla como una desgracia, sin mecerse en locas esperanzas. Así pues, si no me he engañado, debeis pensar que hace media hora no teniais ninguna probabilidad de salvar la vida á vuestro padre ni de ver á Carlota, y que por consiguiente si la casualidad quiere que yo obtenga el perdón de aquel y que vos podais entrever por un instante el rostro de vuestra prima, sin hablarle ni acercarnos á ella, considerareis esto como una gran felicidad y no pedireis mas.

Llegaron por último á la pequeña puerta de Saint-James que da al parque, por la cual el doctor y Ricardo habian pasado ya una vez con aquel cuya vida iban á solicitar.

—¿Habeis guardado, pues, esa llave desde la muerte de Cromwell? dijo Ricardo al doctor.

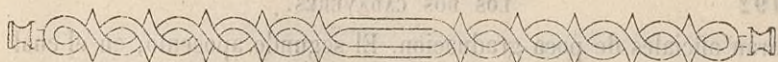
—Cárlos II me la ha dado, porque yo tengo un protector mejor que todos aquellos cuyo apoyo mendigan los cortesanos: la muerte y las enfermedades. Cárlos II ha tomado el médico de Cromwell como tomaria el de Satanás si creyese que podia prolongar su existencia un dia, una hora, un segundo siquiera.

Subieron la escalera que conducia á los aposentos del primer piso, y entraron en aquel gabinete de que hemos hablado ya. Oíase un rumor igual al que oyeran la primera vez; la puerta que conducia al gran salon estaba cerrada del mismo modo, y cuando Andlay la entreabrió, Ricardo vió que estaba cubierta por unas cortinas de seda, como en otro tiempo. Despues de haberse asegurado de que la fiesta se hallaba en su mayor grado de animacion y que no seria notada su presencia, el doctor llamó á la puerta baja que conducia á las habitaciones particulares. Presentáronse tambien dos soldados, pero Andlay, mas afortunado que la otra vez, pasó sin dificultad, porque era el mismo camino que seguia siempre para llegar hasta el rey, y le habian dado una contraseña particular. Antes de salir, el doctor se acercó á Ricardo y le encargó que se contentase con mirar á través de la cortina.

—Como á menudo se concede á alguna querida oscura del rey ó de su favorito el favor de venir á ver desde aquí las fiestas de la corte, dijo, nadie se admirará de que la cortina se abra ligeramente; pero acordaos de que todas las miradas tratarán de adivinar el rostro oculto tras ella, pues no hay un solo cortesano que no diera un dedo para saberlo, aun cuando debiera besar la mano á una moza de taberna, á fin de que le nombrase al rey durante una orgía.

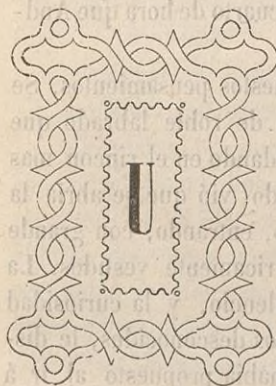
Dicho esto, alejóse Andlay, dejando solo á Ricardo.





XIX.

PROMESAS REALES.



UNA sola lámpara iluminaba tan débilmente el aposento en que se hallaba Ricardo, que aun cuando aquel era pequeño en comparación de los que en aquella época se construían, los ángulos quedaban en la mas completa oscuridad. La claridad era suficiente en el lado hácia donde estaba vuelta la mecha, pero el cuerpo de la lámpara arrojaba sobre el otro una oscuridad tan completa, que era fácil á cualquiera permanecer en él sin que le vieran, sobre todo si se acercaba á la chimenea, situada en la parte menos iluminada de la habitacion.

Ricardo aguardaba con impaciencia, y los instantes le parecían tan largos, que al cabo de algunos momentos se asomó á una ventana para ver si despuntaba la aurora. En seguida trató de observar lo que pasaba en el salon y entreabrió ligeramente la cortina de seda, pero nada pudo ver. La mayor parte de los que estaban en él

eran oficiales de poca graduacion. El segundo aposento, en el cual habia visto en otro tiempo el lecho vacío de Cromwell, parecia tambien que solo estaba reservado á los hombres, pero los trajes de estos eran mas lujosos y la mayor parte iban cargados de condecoraciones y pedrerías.

Ricardo pensó que, segun la etiqueta, la sala donde se hallaba el rey debia seguir á la que veia, y perdió la esperanza de ver á Carlota, que sin duda debia estar al lado de aquel. Así pues, empezó á recorrer á grandes pasos la habitacion en que se hallaba, tratando de pasar el tiempo, quedando inmóvil unas veces y otras volviendo á emprender su marcha con mayor actividad. Miraba ora por la ventana, por donde solo se veia la oscuridad de la noche, ora por la puerta que daba al salon, en donde parecia que la fiesta no habia cambiado de aspecto. Despues se puso á contar los latidos de su pulso para medir el tiempo, y por la impaciencia que experimentó contando los que correspondian á un minuto, por los muchos pensamientos que se agitaron en su imaginacion durante tan corto espacio, comprendió que el siglo que acababa de pasar para él no era mas que un instante, y que solo hacia un cuarto de hora que Andlay le habia dejado solo.

Cansado de esperar, se perdió en sus funestos pensamientos. Se habia sentado maquinalmente en un banco de roble labrado que adornaba ambos lados de la chimenea, quedando en el rincon mas oscuro, y apenas acababa de hacerlo, cuando vió que se abria la puerta por donde Andlay se habia marchado, entrando, con grande admiracion suya, una dama y un caballero ricamente vestidos. La sorpresa que experimentó le hizo guardar silencio, y la curiosidad que le inspiraron las primeras palabras de los desconocidos, le distrajo por un momento del objeto que se habia propuesto al ir á Saint-James.

— Ojalá que así sea, bella lady! decia en voz baja el caballero. Ya ves esos pasillos secretos; podrás entrar y salir de palacio sin que nadie repare en tí. Oh! si tu corazon dice la verdad, ahórrame todos esos rodeos de las mujeres, todas esas defensas calculadas en que se conceden los favores uno á uno. Vuelve esta noche, te aguardaré con el mayor secreto en mis aposentos, cuyo ambiente es tibio.

y embalsamado, cuando se hayan alejado de palacio esos cortesanos que me abruma, esas damas que me cansan, y algunas de las cuales se creerían dichosas con obtener á toda costa el amor que te ofrezco.

Ricardo redobló su atención para oír la respuesta que daría la hermana de Ralph.

Lady Macdonnel guardó silencio.

—Díme, hermosa lady, ¿volverás? Ah! ¿Comprendes cual será mi felicidad durante la hora que vas á pasar aun en el baile, si me prometes volver? fijaré en tí mis miradas, contemplaré mil y mil veces tu hermoso rostro, tus ojos que me matan al clavarse en los míos, tus sedosos cabellos que acarician suavemente tus blancos hombros, y ébrio de placer diré para mí:

—Esa mujer encantadora me ama!

—Oh! tú no sabes que gozo me hace sentir esta sola idea, añadió Cárlos cogiendo entre las suyas la mano de Julia.

Sea rubor, sea que se estremeciese por una vanidad mal entendida al solo pensamiento de los favores que podía obtener del rey accediendo á sus deseos, la mano de la jóven se agitó débilmente entre las de Cárlos.

—¿Tiemblas? le preguntó éste.

—Señor..., tartamudeó lady Macdonnel.

—Deja á un lado ese vano temor, continuó el rey; no veas en mí al monarca á quien una inmensa distancia separa de sus súbditos, aun los mas elevados; no veas al rey que sentado en el trono impone su voluntad á todos sus vasallos, no; yo no he de ser para tí mas que el hombre en cuyo pecho arde la amorosa llama que han encendido tus miradas, el hombre que te adora con delirio y que se postra humildemente á tus piés como un esclavo. Díme pues, ¿volverás, hermosa lady?

—Jamás, señor, jamás!

—¿Por qué no?

—Mis deberes de esposa...

—Pero tú no amas á lord Macdonnel, ¿no es verdad? tú no puedes amarle, pues tu madre solo te unió á él por cálculo...

—No por ello son, sin embargo, menos fuertes los lazos que á él me unen.

—Yo sabré romperlos con mi generosidad. Pide cuanto quieras, títulos, honores, riquezas, todo te lo daré. Lord Macdonnel será gobernador de Escocia, ya que esto satisface tu ambicion, y te otorgaré el poder en cambio del amor que te pido.

Julia Macdonnel guardó silencio otra vez.

Ricardo inmóvil en su sitio, podía contener apenas la sorpresa que le causaba aquel secreto que tan casualmente habia descubierto.

—Te he prometido el gobierno de Escocia ¿lo quieres? respóndeme y te lo daré.

—Pero ¿cómo dejar á mi esposo? dijo la dama con un tono que probaba que no era su corazon solo el que estaba turbado.

—Es un simple! respondió el caballero.

—Pero todavía es mas celoso.

—¿No puedes adormecerle tan profundamente, que no se despierte hasta mañana al medio dia?

Mientras parecia que se estaban consultando acerca de lo que podian hacer, se abrió otra vez la puerta baja, y entraron dos personas mas en el aposento en que se hallaba Ricardo. El rey y la dama, para evitar que les vieran, se acercaron precipitadamente á la chimenea, y quedaron no poco admirados de encontrar allí á un desconocido. La dama pareció asustarse, y olvidando que su nombre habia sido pronunciado muchas veces durante la conversacion que acababa de tener lugar, se echó el velo sobre el rostro, y Ricardo la oyó ahogar amargos suspiros. El caballero se sentó en el banco, junto á Ricardo, y al hacerlo, le dijo en voz baja, cogiéndole apresuradamente la mano.

—Quien quiera que seas, no solo perdono tu atrevimiento de permanecer en este sitio escuchando cuanto hemos dicho, sino que te empeño además mi real palabra de concederte lo que me pidas, si callas cuanto has oido.

Es imposible pintar el sentimiento que agitó á Ricardo al oír estas palabras. La sorpresa, el ódio, el espanto, la esperanza y el desprecio se mezclaron confusamente en su alma. Aquel hombre que le tocaba era el rey, el mismo que ordenaba la muerte de su padre,

el que tenía derecho de castigarle por su presencia en aquel sitio, aquel de quien esperaba el perdón y que acaba de manifestar ante él los más licenciosos deseos, que le horrorizaban aun cuando no comprendía todo su horrible refinamiento.

Púsose á reflexionar sin embargo, y calculaba ya de qué medios se valdria para salvar á su padre, cuando el nombre de este, muchas veces repetido, llamó su atención.

—Os repito, dijo uno de los recién llegados, que el doctor está aquí, que ha hablado á la jóven, que esta ha prometido alcanzar el perdón de Barkstead, y que quizás en este instante está buscando al rey, para arrojarle á sus plantas.

—Es Juxon! murmuró sordamente Ricardo.

—En efecto, es mi confesor! respondió por lo bajo Carlos II, dándole con el codo, como para hacerle comprender lo gracioso de su situación.

—Pero, repitió el segundo de los recién llegados, el rey no está ya en el salón, y Carlota no le encontrará; sin duda está bien encerrado con alguna de nuestras bellas ladys, de las que se le entregan por una promesa que no cumple nunca.

—Insolente! murmuró el rey.

—Es él! dijo Ricardo.

—Es mi hermano! añadió con espanto la hermosa lady acercándose al rey.

Al hacer este descubrimiento, Carlos pudo apenas contener una ruidosa carcajada. Entre tanto continuaba la conversacion de Ralph y Juxon.

—¿Será, pues, en vano, dijo este, que haya tomado tantas precauciones para que no pueda escapársenos? Despues de haber logrado más de lo que esperábamos, dando pasaje á su mujer y á su hijo en el bergantín de Downing, será posible que se nos escape la víspera de su muerte?

—Y esto cuando las fatigas del camino y del calabozo han quebrantado sus fuerzas, añadió Ralph, cuando era de esperar que iria al cadalso pálido y vacilante, como un malvado y un asesino! Macdonnel acaba de informarme de que esta tarde ha tenido frecuentes desmayos.

—Perder esta ocasión de destruir en el pueblo la estúpida admiración por los que él llama los mártires de la libertad: mostrarle este, á quien consideraba el mas santo de todos despues de Cromwell, mostrárselo, digo, hurafío, estenuado por lo que él creará ser los remordimientos, tembloroso, ajado, muerto casi; ah! esto sería una dicha que es preciso no dejar escapar! dijo Juxon, y es necesario prevenir al rey.

—Verdaderamente no conviene dejar escapar la dicha que aguardo, dijo Carlos en voz baja, y estos dos escelentes consejeros acababan de procurarme los medios.

Sería imposible describir el estado de Ricardo durante esta conversacion. La incertidumbre que le agitaba tenia para él mismo algo de espantoso. Verse al lado de Carlos II, oir á Juxon y á Ralph revelar que esta proteccion que le habia abierto el camino de Holanda, lo propio que á su madre, no era mas que una nueva traicion; conocer la feroz esperanza que agitaba sus corazones, sentir todo esto y permanecer mudo, inmóvil, helado, era un suplicio superior á sus fuerzas. Un momento mas, y sin duda hubiese sucumbido el deseo de castigar á Ralph y á Juxon, arriesgando con su cabeza la de su padre. Sus ideas se atropellaban ya confusamente, su rabia iba á arrebatarle, cuando se percibió un gran movimiento en la sala contigua. Una voz delicada pero vivamente acentuada, dominaba á intervalos el murmullo que zumbaba confusamente, é iba acercándose.

—El rey! dónde está el rey? gritaba aquella voz. Señor, hermano mio, respondedme! ¿Carlos, dónde estais?

De repente, la mampara que separaba el gabinete donde estaban los personajes de quienes acabamos de hablar, del salon de recepcion, se abrió con prontitud, y Carlota se precipitó en el gabinete. Con ella entraron muchos nobles, algunas damas y criados con hachas: la mayor parte de los cortesanos, atraidos á la puerta, se habian agrupado en ella como un enjambre de abejas. Lady Macdonnel asustada, quiso esconderse; pero Carlos mas dueño de sí mismo, se adelantó graciosamente hácia su hermana; Ricardo habia quedado oculto en el rincon donde estaba situado, y la sorpresa era tanta que nadie reparó en él, ocupados como estaban todos en

examinar el semblante del rey y el continente de lady Macdonnel. Se cambiaban ya entre los cortesanos algunas miradas furtivas, cuando Carlos evitó los malignos comentarios de estos dirigiendo la palabra á Carlota :

—¿Quién os ha dicho, hermana mia, que estaba hablando aquí con lord Juxon, sir Salnsby y su hermana? Era una especie de consejo de familia, y por lo mismo llegais muy oportunamente.

Al oír estas palabras se notó la presencia del obispo y del capitán de guardias, y se desvanecieron las mil chanzas que se habian preparado ya para herir la reputacion de la hermosa lady.

Solo Salnsby y Juxon comprendieron lo que pasaba, y ambos se inclinaron en silencio; lady Macdonnel se tranquilizó algun tanto, y todos supusieron en seguida que se trataba de alguna medida política. Confirmóse esta opinion cuando Carlos añadió, dirigiéndose á Ralph, pero mirando á lady Macdonnel :

—Llevareis al capitán de la Torre, lord Macdonnel, la orden de permanecer en el calabozo mas seguro del castillo al lado de Barkstead, uno de los tres miserables que deben ser ejecutados mañana al medio dia, y le direis que desde que reciba esta orden hasta el momento de la ejecucion, no le pierda de vista un solo instante, pues he sabido que existian proyectos culpables para salvarle, y el capitán de la Torre me responde con su cabeza de aquel prisionero.

Volviéndose en seguida hácia lady Macdonnel, añadió :

—Comprendo, milady, que semejante orden os contraria, pero no puedo escuchar por mas tiempo vuestras solicitudes, y es preciso que os resolvais á ceder, pues sabeis que soy inflexible.

Lady Macdonnel bajó los ojos y respondió :

—Obedeceré, señor.

Juxon y Ralph, aunque sorprendidos de lo que pasaba, habian comprendido que Barkstead estaba perdido, y su odio, por lo menos en aquel entonces, no pedia otra esplicacion de aquel singular encuentro. Con todo eso adivinaban parte de la verdad, es decir que lady Macdonnel y el rey, ocultos antes que ellos en aquella cámara alumbrada apenas, de seguro no se habian ocupado en ella de la suerte de los regicidas; pero creian que la orden que acababa de

recibir Ralph era debida á la conversacion que habian tenido juntos. Solo Ricardo habia comprendido la feroz doblez que contenia esta precaucion: lord Macdonnel, encadenado de aquel modo, dejaba libre á su esposa para entregarse á los depravados caprichos de Carlos II, y Barkstead era quien pagaba con una última tortura la infame voluptuosidad del rey. Ricardo buscó durante un momento su razon en el cúmulo de pensamientos y de horrores que afluyeron entonces á su alma; habia quedado inmóvil é inmóvil permaneció aun, porque, fuese admiracion, rabia, espanto ú estupor, no podia darse cuenta de lo que sentia. Entre tanto la voz de Carlota fué á herir otra vez sus oidos, y como un viento fresco desvaneció la tempestad que agitaba su corazon é hizo penetrar en él un rayo de esperanza.

—Señor, hermano mio, dijo la jóven, sin duda pueden existir culpables proyectos para librar al coronel Barkstead, pero los hay tambien que son inocentes; tal es el mio, señor, porque de vos espero su éxito, y lo que vos mismo habreis hecho, no podrá pareceros criminal. Vengo á pedirós el perdon del reo.

—El perdon del asesino de nuestro padre, hermana mia! Estás loca! Dios me castigaria como á un nuevo Absalon; pues la causa de mi padre es hoy la venganza, y perdonar es hacerle traicion.

—Y si esto era servirla! repuso la jóven con resolucion. La causa del rey nuestro padre no estriba solo en vengarle; consiste tambien en honrar su memoria y su cuerpo y Barkstead es tal vez el único que puede enseñarnos donde reposa este. Comprad este secreto al coronel, pues será honroso para vos levantar á Carlos I un monumento donde los fieles ingleses, vos, y acaso yo misma, podamos ir á ofrecerle el tributo de nuestras lágrimas.

—Nuestras lágrimas! replicó Carlos con un ligero movimiento de impaciencia, nuestras lágrimas y las de nuestros fieles súbditos no tienen necesidad de un mármol que nada representa, para rendir homenaje á la memoria del mártir: ellas han corrido á menudo y no se secarán jamás para un dolor tan legítimo; pero la sangre de sus asesinos falta ante todo á su venganza, y no tengo el derecho de privarla de ella.

—Esta proposicion ha sido hecha á Barkstead ó á su esposa, según creo, y esta ha rehusado, dijo Juxon, adelantándose.

—¿Mi tia ha rehusado la vida de su marido? esclamó Carlota, esto no es posible.

Ralph creyó entonces deber tomar la palabra y dijo con amargura contenida no obstante por el respeto:

—Ha desechado á lo menos la promesa que le hacia mi madre, de pedir á su Majestad que librase á Barkstead del suplicio de los traidores en premio de esta revelacion; y en el estado de espanto en que se halla desde que ha sido condenado, esta gracia no era para rehusada.

—Sé, sir Salnsby, respondió la jóven con inesplicable desprecio, que ha rehusado esta gracia; sé tambien que ha rehusado la vida de su marido, que le ofreciais bajo condicion de que me decidiese á casarme con vos, y se lo agradezco.

—¿Qué es esto? esclamó Carlos II con tono irritado, se dispone de mi voluntad sin que yo lo sepa; así pues, sir Salnsby firmas gracias para ser protegido cerca de la belleza! Esto es obrar como rey, y no me parece tengais las cualidades necesarias para ser un segundo Cromwell.

—Habia esperado, señor, respondió Ralph confundido, que en recompensa de mis servicios, que por haber cogido al coronel.....

—A los perros que han cogido un noble ciervo, se les dan las entrañas por ralea, dijo encolerizado Carlos II; si quereis las de Barkstead, el verdugo os las entregará; id, llevad al capitán de la Torre la órden que os he dado, y no volvais jamás á mi presencia.

Al oír estas insultantes palabras Ralph se puso lívido; pero á una señal de Juxon se calmó, permaneciendo inmóvil. El obispo se acercó entonces al rey y le dijo en voz baja y con aire grave:

—Hé aquí los hombres que mueren por vos; los hombres como Salnsby lo aceptan todo de su señor, escepto una afrenta tan pública: ¿olvidais que solo él puede proponer y hacer pasar en la cámara de los comunes el bill contra los cadáveres de Cromwell y sus cómplices? Reparad, pues, el mal que habeis causado; depende de ello el honor de este jóven y la salvacion de la monarquía, á la cual privais de esta manera de sus mas celosos defensores.

Cárlos aprobó con un ligero movimiento de cabeza las palabras de Juxon, y, adelantándose hácia Ralph, le dijo con la cortesía real, cuyo tacto conocia mejor que nadie :

—Aun cuando nuestro confesor no tenga uno de los elevados grados militares, conoce sus conveniencias y acaba de recordarme que he faltado á ellas. No es un capitán el que de ordinario está encargado de llevar órdenes del rey, y comprendo que el capitán á quien este las confie vacile en ejecutarlas; pero no hay duda que tendria derecho á incomodarme, si el coronel Salsby tardase un segundo en obedecerme.

Ralph, cuyo semblante resplandeció al oír estas últimas palabras, se inclinó y salió al instante. La mirada de desprecio con que Carlota le acompañó, fué un bálsamo para el corazón de Ricardo, y sin embargo aquella ignoraba que Ralph olvidaba algo más que su afrenta personal y que transigia también con la deshonra de su hermana. En el momento en que iba á dirigir de nuevo la palabra al rey, este la interrumpió bruscamente :

—Basta ! basta ! hermana, la dijo, hé aquí un negocio que nos ha detenido demasiado tiempo. No pidais nada, porque no es bueno que os acostumbreis desde niña á veros contrariada, y esto es lo que os sucederá conmigo: vamos, acabemos de una vez, y volvamos al baile.

—No sin que hayas cumplido antes tu real palabra ! dijo Ricardo levantándose y avanzando hasta el centro de la cámara.

La sorpresa general fué suma ; la del rey, que había olvidado enteramente al desconocido, junto al cual había tomado asiento, vióse mezclada de espanto, cuando observó que el que creía un cortesano á quien haría enmudecer con un puñado de oro, era un hombre enteramente extraño en la corte. Ricardo se había colocado delante del rey ; su capa parda, desembozada, colgaba de cada lado hasta sus piés ; sus manos, en una de las cuales tenia su ancho fieltro gris, colgaban como su capa ; su cabeza descubierta dejaba flotar sobre sus espaldas sus sedosos cabellos rubios, y llevaba una ancha daga en su cinto de cuero negro. Lo inesperado de su aparición daba sin duda algo de espantoso y de solemne á su actitud. pues un glacial silencio y una ansiedad universal reemplazaron re-

pentinamente el movimiento que conducia á todos hácia la gran sala de recepcion. Pero este silencio y esta ansiedad, tomaron un carácter mucho mas lleno de interés cuando Carlota, lanzando un grito, se arrojó en brazos del desconocido, exclamando:

—Ricardo! Ricardo!

—¿Quién es Ricardo? exclamó el rey estupefacto, contemplando con ojos despavoridos lo que pasaba.

—Yo, Ricardo Barkstead, contestó el jóven, que vengo á intimaros me concedais el perdon de mi padre.

El movimiento que se operó al oir esta extraordinaria declaracion, fué un verdadero golpe de teatro; algunos retrocedieron aterrorizados, como si hubiesen descubierto la cabeza de una víbora entre las flores que acariciaban; pero las mujeres miraron con mas atencion, pues la belleza de Ricardo estaba entonces en toda su pureza. Carlota se apoyaba en su brazo, y en sus miradas podia leer Ricardo que no habia perdido aquella posesion completa de su alma que desde la infancia les unia tan poderosamente. Cárlos II se paseaba descontento por la cámara, estregando su guante con cólera, como si buscase un medio de librarse de la obligacion que torpemente se habia impuesto, y lady Macdonnel estaba mas sobrecogida que antes.

De pronto se detuvo Cárlos delante de Ricardo, dirigiéndole bruscamente estas palabras:

—Y bien! jóven, pídemme tu vida en cambio de mi promesa, pues has merecido la muerte por haberte introducido en esta cámara, acercádote á mi persona armado con este puñal, lo que prueba que premeditabas un asesinato.

—Vine aquí, contestó Ricardo, para obtener por cualquier medio la vida de mi padre; en cuanto á lo que decís de que habia formado un proyecto de asesinato, sabeis mejor que nadie que hubiera podido ejecutarlo, si fuese cierto, y esta noble dama puede decir si es verdad lo que digo.

Cárlos, cada vez mas despechado, reparó en lady Macdonnel que, pálida y vacilante, parecia pronta á desmayarse; no sabia que partido tomar, pues ni queria perdonar, ni perder su nueva conquista,

y volviendo á emprender su agitado paseo, repuso otra vez repentinamente:

—Además, ¿qué he prometido? concederte un favor, un título, que sé yo! pero no te he dicho que revocase por tí las sentencias de mi parlamento, pues yo no puedo en manera alguna sobreponerme á las leyes.

— Me habeis empeñado vuestra real palabra de concederme lo que os pidiese! esta noble dama lo sabe, replicó Ricardo.

— Sí, señor, añadió lady Macdonnel con voz desfallecida, esto es lo que habeis prometido.

Cárlos la contempló un momento, y le pareció mas bella que antes. Olvidó, pues, su venganza y su resolución de no perdonar á ningun regicida, y dijo con una especie de satisfaccion:

—Cúmplase la voluntad de Dios, pues solo él ha podido impelerme á empeñar tan imprudentemente mi real palabra á un desconocido, y solo él tambien ha podido hacer que este desconocido fuese el hijo del regicida Barkstead; su mano se descubre fácilmente en este cúmulo de estrañas circunstancias. Pues bien, jóven, obtendrás el perdón de tu padre!

—Y ¿se me dará la órden ahora mismo, señor?

—Mañana por la mañana podrá espedirse, dijo Juxon, se os mandará á vuestra casa.

— Mi tio está perdido, dijo por lo bajo Carlota á Ricardo; pide que se espida la órden acto continuo, pues de aquí á mañana Juxon habrá destruido cuanto acabas de alcanzar.

—Perdonad, señor, pero si la clemencia es natural en vuestro corazon, dijo Ricardo, os será grato añadir al perdón de mi padre el favor de entregarme inmediatamente la órden; al paso que si por el contrario esta clemencia es un esfuerzo, debeis libraros de un solo golpe de un combate que os es desagradable y que os será preciso volver á empeñar mañana.

—Tienes razon, jóven; page, que me traigan un pergamino con el sello real y una pluma.

Juxon trató de hacer algunas observaciones, pero Cárlos II no le dió tiempo para ello y aun le contestó algo severamente. Luego se

acercó á lady Macdonnel y le dijo en voz tan baja que solo ella pudo oírle: — ¿Vendrás, no es verdad, hermosa lady? pues solo por tí, por la embriaguez de tus besos, concedo este perdón. ¿Vendrás, no es verdad?

Lady Macdonnel contestó bajando los ojos, en tanto que Carlota hablaba con Ricardo con singular rapidez y en voz baja también.

— Escucha, le decía, dentro breves días parto de Lóndres y voy á Great-House, camino de Wíndsor. Vén por la noche; darás tres silbidos como cuando llamabas á Fan; reconoceré esta señal, bajaré y hablaremos; tengo muchas cosas que decirte; pero en Lóndres es imposible; ya sabrás el motivo, ¿lo oyes? en Great-House. Tres silbidos!

— Sí, le contestó Ricardo, cuyos ojos fijamente clavados en los de Carlota, parecían buscar el alma de la jóven y transportar á ella, la suya. Silbidos!

La opresion que le hacían sentir tantas emociones reunidas, no le permitieron continuar.

Por último, llegó un page con un pergamino en que estaba estampado el sello real, y llevando una pluma, una escribanía de plata y una pequeña tabla de ébano incrustada en el mismo metal. Puso el pergamino, la pluma, y la escribanía sobre la tabla y la presentó al rey, sosteniéndola de manera que este pudiese escribir sobre ella. Sin embargo, en el instante en que Cárlos iba á tomar la pluma, Juxon se adelantó, y reprendiendo al page por su torpeza, se apoderó de aquella especie de pupitre y se colocó el mismo delante del rey, alzándolo con ambas manos. Cárlos II se puso á escribir al momento; pero aun no había trazado un renglon, cuando Juxon, cuyos ojos no le abandonaban un momento, hizo como que soltaba la tabla; esta se cayó al suelo, vertiéndose casi toda la tinta sobre el rey y manchándole su rico jubón, sus calzones de seda blanca bordados en oro, su casaca encarnada, los encajes que caían sobre sus piernas y sus manos, su capa y sus medias. Algunos cortésanos apenas pudieron contener la risa.

— Maldicion! exclamó Cárlos en el colmo de su furor, manchar mi jubon y mis encajes de Malinas! Retiraos, Juxon; echar á per-

der mi mejor traje, un traje que yo mismo había arreglado! Maldición! os castigaré, Juxon, lo habeis hecho adrede! Salid! Y tú, ¿qué quieres? añadió dirigiéndose á Ricardo, ¿qué quieres? el perdón de tu padre! Infierno! Preferiria castigarle con mis propias manos antes que firmarlo! Oh, mi vestido! mi jubon!

—Y si dijese que habeis faltado á vuestra real palabra! esclamó Ricardo.

—Si á esto te atreudieses, contestó Cárlos colocándose delante de él y midiéndole de piés á cabeza con una mirada en que se veía mas al hombre terrible y poderoso que al rey; si dijese esto te arrancaria la lengua como á un calumniador, y esta daga, guiada por mi mano iria á sepultarse en tu corazon lo mismo que en el de cualquiera que me insultase.

Asustada Carlota, se colocó entre el rey y Ricardo; pero no habia remedio, la causa de Barkstead estaba perdida. Cárlos II, encolerizado como no puede imaginarse, se retiró á su habitacion, despues de haber dado órden de que cesase la fiesta y que todos se marchasen. Nada pudo detenerle, ni los ruegos de Carlota, á quien rechazó rudamente, ni el recuerdo de su real palabra, altamente invocada, ni las suplicantes miradas de lady Macdonnel, á la que dijo al pasar y muy secamente que relevaba á su esposo de la órden que le habia dado.

Tal era Cárlos II: sacrificaba el derecho de honrar la memoria de su padre á una horrible venganza; luego abandonaba esta por los besos de una mujer; pero, mujer, venganza y deber filial, todo lo olvidaba por un lazo ó un bordado.

Pronto aparecieron algunos soldados, cuatro de los cuales se apoderaron de Ricardo, á quien el estupor habia dejado inmóvil, y le condujeron por la escalera escusada hasta la entrada del parque, dejándole apenas tiempo de oír la voz de Carlota, que le dijo por lo bajo:

—En Great-House!

En fin, en el momento en que los soldados le dejaron, permanecia aun en el estado de estupor que antes hemos manifestado, y parecia no poder volver en sí, cuando la voz de Andlay, que le habia

seguido, siendo mudo espectador de toda esta escena, le hizo volver en sí con estas pocas palabras :

—El ódio de Juxon ha prevalecido.

—Venganza! venganza! murmuró Ricardo con tono que espantó á Andlay, á pesar de que estaba acostumbrado á tales transportes.

En seguida se alejaron ambos en silencio : el doctor se retiró á su casa, y Ricardo fué á añadir este último golpe á los horribles dolores de su madre.

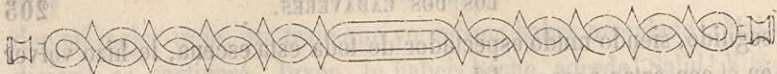
XX



LA TORRE

no para entrar en la torre.

Encontrábase en aquel sitio la familia y los amigos del coronel Okey y de sir Miles Corbet. Los que llegaban iban á reunirse al grupo en que veían á sus parientes ó amigos, á quienes saludaban con un movimiento de cabeza que casi pasaba desapercibido, cambiando con ellos una mirada ó estrechándose la mano de forma que alguna vez brillaba una lágrima en los ojos de los que aguardaban, cuando llegaba un amigo mas íntimo del conde, como muestra de simpatía á un dolor que se conocía debía ser mas



XX.

LA TORRE.



El 19 de abril por la mañana mistress Barkstead, su hijo, el doctor Andlay y Santiago Downing, estaban en la puerta de la Torre que mira hácia Church-Hill. Empezaba á amanecer, y por distintos lados llegaban personas que, casi todas silenciosas y aisladas, iban á tomar su turno para entrar en la fortaleza.

Encontrábanse en aquel sitio la familia y los amigos del coronel Okey y de sir Miles Corbet. Los que llegaban iban á reunirse al grupo en que veían á sus parientes ó amigos, á quienes saludaban con un movimiento de cabeza que casi pasaba desapercibido, cambiando con ellos una mirada ó estrechándoles la mano dolorosamente. Alguna vez brillaba una lágrima en los ojos de los que aguardaban, cuando llegaba un amigo mas íntimo del condenado, como muestra de simpatía á un dolor que se conocia debía ser mas

cruel. La sucesiva llegada de todas aquellas personas y el modo como iban ocupando silenciosamente su puesto, tenían algo de triste y de religioso, como el arreglo de un entierro. Sin embargo, en medio de aquel dolor que debía despedazar el corazón de aquellos á quienes el suplicio arrebataba su esposo, su padre ó su amigo, apareció un sentimiento que se puede llamar inglés. Se concibe fácilmente que Ricardo lo experimentase; pero que llegase hasta el alma de *mistriss Barkstead*, solo puede explicarse por la facultad que tiene el hombre de impregnarse de las ideas que llenan el aire que respira, aun siendo estrañas á su naturaleza, como acontece á una flor inodora que se perfuma en la atmósfera embalsamada en que vive. Así pues, *mistriss Barkstead*, mujer tímida y reservada, que siempre había temido y evitado las manifestaciones políticas, la apacible *mistriss Barkstead* media con ojo inquieto la línea que se formaba detrás de cada uno de los tres grupos colocados cerca de la puerta de entrada, y mirando varias veces las hileras de amigos ó partidarios del coronel Okey y de sir Miles Corbet, observó con dolor que estos eran en mayor número que los de su esposo.

—Ricardo, dijo en voz baja á su hijo, nuestra desgracia va acompañada de todas las aflicciones, tenemos muy pocos amigos! ¡Ay! ¿la debilidad del coronel le ha privado pues de la veneracion de tantos nobles corazones que le amaban, ya que su conciencia no puede ser efecto de temor, pues los amigos del coronel Okey y de sir Miles Corbet están aquí casi todos?

—Ay! madre mia, contestó Ricardo, no sé que pensar de ello; como decís muy bien, Dios no nos evita ningun tormento de prueba; bendito sea, pues ha medido nuestro ánimo y nuestro dolor. Con todo nos falta un amigo en quien contaba como en mí mismo; si no viniere seria para mí una triste decepcion.

Quando decía estas palabras, se oyó el acompasado paso de un gran número de personas, y todos supusieron que iba un batallon á la Torre para reforzar la guardia de los prisioneros; pero como aun no había amanecido enteramente y la niebla era muy densa, no se podia distinguir nada, de modo que Ricardo no reconoció á Tom Love, seguido de mas de cuatrocientas personas, hasta que se hallaron á pocos pasos de la puerta. Ricardo se arrojó hácia él y le abrazó con

las lágrimas en los ojos; mistriss Barkstead le tendió la mano en señal de agradecimiento, y Santiago Downing y Andlay aplaudieron, imitando su ejemplo todos los amigos de Barkstead, que ya habían llegado.

—Después de haberme separado de vosotros hace algunas horas, dijo Tom Love á mistriss Barkstead, me he ido á casa; he despertado al momento con algunos latigazos á mis mozos, que al principio han quedado sorprendidos de mi manera de llamarles; pero ya sabía yo lo que me hacía, pues si les hubiese tirado de la pierna ó del brazo uno tras otro, se habría pasado una hora antes de que hubiesen bostezado, estirado los brazos y las piernas y frotádose los ojos, al paso que con dos ó tres latigazos, les he tenido en pié y despabilados como gorriones, antes de un minuto. Entonces les he manifestado que era preciso correr á casa de todos los amigos del coronel Barkstead y advertirles que no faltasen esta mañana á su egecucion; les he dicho les rogasen que se reuniesen en mi casa, que no está muy distante de la Torre, advirtiéndoles que encontrarían en ella buena cerveza para todos y algunas botellas de vino para las personas mas distinguidas. Mis valientes muchachos, al ver de lo que se trataba, me han dado las gracias como si fuera su padre, y podeis ver que no me he manejado tan mal, pues me parece que aun cuando reuniérais los partidarios del coronel Okey y los de sir Miles, no alcanzarían á la mitad de los nuestros.

—Lo veo, dijo Ricardo, y os lo agradezco, Love.

—Pues bien, replicó en voz baja el gifero, si el coronel des-
fallece, le rodearemos y nadie le verá. ¿Sabeis algo acerca de su estado?

—Nada, contestó Ricardo; pero el doctor está tranquilo.

—¿Conque está aquí? ¿lleva su redoma? Mirad, añadió Tom Love, haciendo notar á Ricardo la animacion del doctor, la tiene en la mano! la está probando, vive Dios! qué aire tan alegre! parece contentísimo.

Acercáronse ambos al doctor que estaba hablando con Santiago Downing, y que cuando reparó en ellos les dirigió vivamente la palabra:

—Ved, dijo, este regalo del capitán, vale mas que todos los eli-

*El Editor
Buena Ventura Buisa*





xires del mundo! Oled! de veras que tiene un perfume divino y un sabor esquisito.

—¿Qué es pues? preguntó Ricardo.

—Es, contestó Downing, un licor que he adquirido en mis viajes en los mares del Nuevo Mundo; lo he traído de las Antillas y ha sido elaborado en Jamaica.

—Es admirable! repetía á cada momento Andlay, examinando cuidadosamente la botella y acercándose á menudo á las narices; supongo que destináis á Barkstead este precioso frasco.

—Ay! exclamó el capitán, despues de haber sido, bien á pesar mio, cómplice de la prision del coronel, le traigo el socorro que ningun soldado puede rehusar á otro; vengo para ayudarle á morir como un valiente, del mismo modo que ha vivido, porque es preciso que no tiemble delante del patíbulo, despues de haber sonreido ante el fuego de veinte cañones; y si uno ó dos vasos de ese rom pueden sostenerle, no sentiré tanto lo que pasó á bordo del *Bristol*.

—Esperemos en Dios, repuso mistriss Barkstead, que durante esta conversacion se habia acercado, y cuyo valor, desembarazado como estaba en aquel momento de las falaces esperanzas y de las inquietudes que le abrumaban, se habia desarrollado enteramente, como crece la flor que se ha separado de las yerbas parásitas.

Transcurrieron algunos minutos todavía, y se abrió la puerta de la Torre, siendo admitidos sin dificultad todos los que desearon hablar con los sentenciados. Ricardo y mistriss Barkstead, atormentados por el temor de encontrar al coronel en el estado de abatimiento que les desesperaba, solo permitieron á un corto número de personas que les siguiesen hasta su calabozo. El doctor fué el que eligieron primero; Tom Love y Downing obtuvieron igual favor. Adelantáronse tristes y desanimados por los numerosos corredores de la fortaleza cuyo mando habia obtenido Barkstead en otro tiempo, y seria difícil figurarse la penosa inquietud que detuvo por un momento la mano de Ricardo, cuando empujó la puerta del calabozo que habitaba su padre. El jóven se presentó el primero, á fin de retardar á los demás, en cuanto pudiese, la vista del doloroso espectáculo que creía encontrar, y su temor no cesó aun despues que hubo entrado

en el calabozo, pues vió á su padre de rodillas, con la cabeza apoyada entre sus manos y sin que pareciese haberle arrancado de su anonadamiento el ruido de las llaves y de los goznes que acababa de llegar á sus oídos. Ricardo llamó á su padre con voz apagada; el coronel no contestó, y todos los que habian entrado con aquel se miraron unos á otros, sobrecogidos y confusos; Tom Love refunfuñó sordamente, Ricardo, le pidió con un gesto perdon por la debilidad del coronel y se adelantó hácia él llorando.

En aquel momento se levantó Barkstead; su semblante estaba tranquilo, sus ojos, medio velados por sus largos párpados, parecian mirar ya la tierra desde lo alto. Se habia vestido con particular esmero; no se notaba la mas mínima alteracion en su fisonomía ni el menor temblor en su voz, su andar era firme, y presentaba el aspecto de un hombre animoso y seguro de sí mismo, para quien la muerte no es mas que un triunfo. La alegría que al observarlo experimentaron su esposa, su hijo y sus amigos, les llenó los ojos de lágrimas, y al dolor de aquella última entrevista se mezcló un inconcebible sentimiento de satisfaccion. La desdicha que cada cual esperaba, perdiendo una de sus circunstancias mas dolorosas, se aligeró mas de lo que se puede espresar en el corazon de los que la sobrellevaban, pues el dolor de ver morir á su esposo y á su padre hubiera sido realmente mas cruel para mistriss Barkstead y Ricardo un momento antes de lo que lo fué entonces, si no hubiesen temido verle morir como un cobarde. La desgracia que les aquejaba era tan grande como habian podido preveerla, y con todo sufrían menos, por lo mismo que se habian visto amenazados con un dolor mas vivo; de modo que se hicieron todos los preparativos de la marcha con una calma inesperada y una solemne tranquilidad. Barkstead estrechó la mano de su hijo y de todos los presentes, estampó un beso en la frente de su esposa y contestó alegre como nunca á las preguntas que sobre el estado de su salud le fueron dirigidas. Entonces fué cuando Andlay, presentándole el fraseo que le habia dado Downing, le dijo:

—Aquí teneis, coronel, un consolador como no podrian elaborarlo los mas sabios alquimistas de Lóndres; probadle: os fortalecerá el corazon y os sostendrá en la lucha que vais á sostener.

—Mi consolador está en el cielo, contestó Barkstead; le he llamado en mis oraciones, y ha respondido á mi voz. Como todo lo que he hecho ha sido por su gloria y por la del pueblo que él protege, no me abandonará en lo alto de mi calvario, aun cuando seria permitido á un indigno cristiano como yo sucumbir bajo el peso de su cruz, toda vez que está escrito que Jesucristo dobló la rodilla bajo la suya y llamó al Señor en su ayuda.

—Lo creo, contestó Andlay; pero Dios nos ha dado las armas de la tierra para sostenernos y defendernos; probad este precioso licor, pues os hará despreciar las fatigas temporales que teneis aun que sufrir.

—Sí, padre mio, dijo Ricardo, bebed ese licor, es un precioso jugo que el capitan ha traído de las mas lejanas tierras. Ese elixir viene de la Jamaica.

—Será cierto! exclamó Barkstead, cogiendo el frasco con inspirada alegría y contemplándole atentamente; ¿es verdad que este licor viene de Jamaica.

—Palabra de honor, contestó Downing; yo mismo lo he traído.

—Lo recibo, pues, como un presente del cielo, dijo Barkstead. Este fruto de la mas noble conquista de Cromwell, no viene á mis manos á la hora de mi muerte por una vana casualidad. ¿No parece que el genio del Protector se cierne sobre los hijos de Inglaterra y acompaña sus pasos hasta su último momento? Cúmplase, pues, la voluntad del Señor! bebó este licor á la gloria de Cromwell! Ojalá que al fin de mis días sea para mí, como el agua del bautismo á su principio, una prenda de reconciliacion entre la humanidad pecadora y mortal y la eterna é infalible Divinidad!

En seguida echó algunas gotas de rom en un vaso, y elevándolo hácia el cielo, se las bebió de un sorbo. Apenas acababa de hacerlo, cuando se dejó oír el ruido de las rastras resonando en el empedrado del patio; asomóse Barkstead á la ventana, y despues de haber contemplado la que le estaba destinada, se volvió hácia Andlay y le dijo:

—Hé aquí sin duda mi última cama, doctor, porque no concederán otra al miserable cuerpo que harán trizas.

—Oh! exclamó Tom Love lleno de cólera, si no os abren una tumba

honrosa y decente, en vano habrán sido cavadas las tumbas reales para guardar los restos de los señores de Inglaterra!

Ricardo impuso silencio á Tom Love con una significativa mirada; y un momento despues un oficial de la Torre fué á anunciar á Barkstead que todo estaba dispuesto y que solo se le aguardaba á él. Barkstead, despues de darle las gracias, rogó á su esposa que le prodigase los últimos cuidados que necesitaba; púsole María su holgada capa parda, y le entregó su fieltro de ancha ala, despues de cepillararlo, como lo hacia en otro tiempo cuando salia á paseo. Los caballos piafaban en el patio; habian dado las ocho, y lord Macdonnel entró para ordenar en persona al reo que no retardase por mas tiempo la marcha.

Solo mistriss Barkstead tenia que separarse entonces del coronel, pues Ricardo y los demás contaban acompañarle hasta Tyburn. Su valor tuvo en aquel momento la fatal medida que da á la desgracia toda su estension; no fué bastante grande para que pudiese reprimir sus lamentos y sus lágrimas y para que no fuese preciso separar sus brazos que estrechaban con desesperacion el cuello de su esposo; ni tuvo bastantes fuerzas para vencer los sollozos, las convulsiones que destrozaban su pecho y estremecian su cuerpo, sin tener sin embargo la venturosa debilidad que, sumergiéndola en un largo desfallecimiento, la hubiese salvado de tan terribles dolores.

Ricardo, el doctor y Downing lograron arrancarla de los brazos de su esposo, y este dijo á su hijo, en el momento en que María ocultaba la cabeza en su seno:

—Despues de Dios, á quien he pedido para ella la resignacion y la esperanza, te la confio á tí, Ricardo; no olvides que hizo la felicidad de mis días y que mientras viva será la honra de las mujeres.

Por toda contestacion, Ricardo estrechó á su madre entre sus brazos; entrególa despues á Tom Love y siguió á su padre al patio en donde le aguardaba la rastra. Mientras bajaban, mistriss Barkstead, que habia recobrado el valor, quiso hablar aun á su esposo; Tom Love se opuso á ello, pero enternecido á pesar suyo por sus ruegos, la prometió que volveria á verle antes que llegase á Tyburn.

Alejóse en seguida con ella, evitando pasar por el patio en donde se encontraba Barkstead, y ambos salieron de la prision.

Durante este tiempo el coronel se acercaba á la puerta de la Torre conocida bajo el nombre de puerta del Teniente, y en la cual habia recibido tantas veces los honores militares debidos á su mando. Ricardo, con los ojos fijos en el suelo, parecia evitar la vista de aquellas paredes cuyo recuerdo, avivado con lo que pasaba, heria su orgullo y su ternura; pero Barkstead, libre ya de todos los lazos personales que encadenan á los hombres, miraba complaciente los sitios por donde pasaba, y la comparacion, amarga para su hijo, le serenaba el alma, y cual si fuera un último ejemplo de las vanidades presuntuosas y de los infortunios de este mundo, le hacia dirigir al cielo sus postreros pensamientos; de modo que habiéndole dicho Downing por lo bajo:

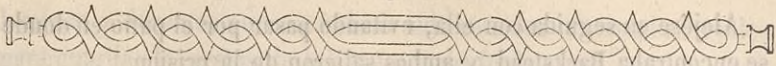
—Quién diria que este fué vuestro palacio, y que aqui habeis poseido tesoros!

—El palacio que voy á habitar y los tesoros que poseo, contestó, son tan superiores á los que he perdido como el alma lo es al cuerpo y la inmortalidad á la vida, pues mi palacio será el cielo, y mi tesoro es la tranquilidad de mi conciencia.

Así diciendo, llegaron á donde estaba parada la rastra. Era esta un enorme cuadro de madera que tenia á poca diferencia seis piés de largo y tres y medio de ancho y estaba formado con cuatro vigas sólidamente unidas. Algunas planchas muy delgadas, clavadas por lo ancho, lo cubrian por un lado, formando una especie de suelo sobre el cual sentaban al reo; el otro lado de aquellas cuatro vigas estaba guarnecido de dobles barras de hierro que impedian se gastasen demasiado pronto con el roce del empedrado.

—Hé aquí mi carro triunfal, dijo Barkstead sonriendo y poniendo el pié en aquella grosera máquina.

Sentóse en seguida é hizo al conductor la señal de partir. En el momento en que iba á emprender la marcha, oyó detrás de sí el ruido de las otras rastras que desde los patios mas apartados de la Torre iban á reunirse con la suya. Volvióse y vió á sus dos colegas, saludándose los tres como convidados que se dirigen al mismo festin, y el carro de Barkstead salió el primero de la Torre.



XXI.

EL CAMINO.



ENTONCES empezó la dolorosa marcha que debía conducir á Barkstead desde la Torre de Londres á Tyburn, en donde las horcas estaban levantadas y el verdugo esperaba ya. La ansiedad era suma, porque se trataba de una especie de victoria para los dos partidos. Los realistas no dudaban de que Barkstead, pusilánime y enfermo, rompería la cadena de muertes admirables, cuyo heroísmo exaltaba al pueblo. Los republicanos temían que aquel de los suyos á quien nadie negaba el dictado de virtuoso, desmintiese por su cobardía la verdad de sus principios, y sobre todo que en el discurso que acostumbran á dirigir al pueblo los sentenciados, negase el derecho de juzgar á los reyes y confesase este acto como un crimen.

Tal era el estado de los ánimos cuando la rastra salió de la Torre y se dirigió hácia Church-Hill. Si por un lado los amigos de Barks-

tead se habian preparado activamente para sostener su marcha, por otra parte sus enemigos no habian olvidado nada para hacerle sufrir un suplicio anticipado. En el momento en que apareció Barkstead, cayó sobre él una tempestad de insultos, pullas é injurias, cuales eran amargas burlas sobre su religion y su propia persona, crueles comparaciones entre su fortuna pasada y su actual situacion y mas frecuentemente espantosas descripciones de las torturas que iba á padecer.

—Barkstead! Barkstead! El regicida! gritaron desde luego todas las voces.

Y luego se oyó por todas partes:

—El coronel! va á bailar la danza de las brujas....

—¿Ha buscado al Señor?

—Seguramente le ha buscado y le encontró, pero no le ha servido, pues no puede escapar á la muerte.

—Si no te has desayunado bien, Barkstead, tanto mejor, pues se te servirá un *pudding* con sangre de tu propio corazón bien asado!

—Mirad cuán pálido está!

—Tiene miedo!

—Llora!

—Pide perdon!

—Os desprecia! exclamó Love con atronadora voz, recobrando su lugar al lado del coronel.

Al oír este grito, pararon las pullas, y se percibió la voz menos fuerte, pero mas sonora y firme de Barkstead, que añadía con resignacion:

—Les compadezco y les perdono.

Por todas partes resonaron aclamaciones al ver que Barkstead habia resistido á este primer ataque. La rastra adelantaba con lentitud. Al llegar al estremo de Church-Hill, Ricardo, que iba al lado de su padre, observó que este, de quien no apartaba los ojos, se quitaba el sombrero, saludando á alguien que parecia distinguir á lo léjos, y levantando los ojos, vió á su madre, que estaba asomada en una de las ventanas de la casa de Tom Love y agitaba su pañuelo. Triste, pero resuelta, se habia situado en el camino que seguia su esposo; su semblante estaba tranquilo, una melancólica sonrisa se asomaba

á sus labios como para animar á aquel, y el movimiento de su cabeza, que levantaba con orgullo, parecia decirle:

—Valor! no tiembles, pues yo, que soy mujer y que quedaré sola, soy fuerte y no lloro!

Todos los espectadores fijaron su atencion, porque la rastra estaba aun léjos de la ventana, y esta escena podia prolongarse mucho y hacer sucumbir la resolucion de uno ú otro. Las miradas pasaban vivamente del coronel, que adelantaba lentamente, á su esposa, que no abandonaba la ventana. La santidad de esta última entrevista y aquel íntimo adios de dos almas que durante tanto tiempo habian estado perfectamente unidas, se esparció por la muchedumbre que aguardaba la rastra y la que le acompañaba, pues ni un grito, ni una injuria fueron á turbar aquella muda escena. Solamente se oyó á Barkstead que inclinándose hácia Love, le dijo sonriendo:

—Dios es el esposo de las viudas y el padre de los huérfanos! Decid esto á María y á Ricardo despues de mi muerte, á fin de que no lloren tanto al esposo y al padre que habrán perdido.

Entre tanto la rastra habia adelantado y se hallaba ya debajo de la ventana en que se asomaba mistriss Barkstead.

Todos esperaban algunas palabras de consuelo salidas de sus labios cual si bajaran del cielo; pero parecia que el cuidado de su continente habia agotado todas sus fuerzas, pues permaneció muda en el momento en que su esposo se encontraba bastante cerca de ella para poder oirla. Unicamente se inclinó fuera de la ventana, y con una dignidad que encontró en el recuerdo de su amor una indecible gracia, envió á su esposo un último y casto beso. Barkstead se encontraba en aquel momento debajo de la ventana, y al observar el movimiento de su esposa, se puso en pié en la rastra, quitóse su ancho fieltro con una especie de galante cortesía, y con voz en que la exaltacion religiosa se unia á la mas íntima emocion, exclamó:

—Te dejo en medio de la tormenta, amor mio, pero en el cielo nos encontraremos.

Un noble y dulce sentimiento se apoderó del pueblo al oir estas sencillas y solemnes palabras. Las aclamaciones de los amigos del coronel no contestaron á su voz, pero se oyeron apagados sollozos, y se vieron muchas manos rudas y groseras enjugar furtivamente

una lágrima, mientras que Ricardo, con los ojos fijos en su padre, le contemplaba con mudo éxtasis. Parecía que la muerte no fuese mas que una circunstancia casi indiferente de aquel día : como la inquietud de los amigos de Barkstead se habia concentrado en la manera como sabria morir, sucedió que, viéndole tan lleno de valor y de fuerza, su satisfaccion fué tan viva, que su marcha tomó un aspecto de triunfo, de modo que mas parecia que la rastra condujese á Barkstead á una grande y magnífica ceremonia donde le aguardasen gloriosas recompensas, que á Tyburn, donde la horca se alzaba al lado del brasero que debia consumir sus entrañas y de las tenazas destinadas á arrancarle el corazon.

Los soldados que le acompañaban y el oficial que los mandaba sintieron tal despecho que, por órden de este, el conductor azotó vivamente los caballos, que se pusieron al trote hasta llegar Tower-Gate, en donde el gentío les impidió adelantar tan rápidamente. El movimiento dado á la rastra que saltaba violentamente sobre el empedrado y sacudia á Barkstead de un modo capaz de romperle los miembros, le causó un dolor tan agudo, que sintió que sus fuerzas se debilitaban y que un sudor frio inundaba su rostro. Miró á su alrededor y vió que estaba separado de todos sus amigos. El populacho amotinado en aquel sitio, podia acercársele fácilmente, y las injurias se repitieron mas ardientes y atroces ; pero cuando la multitud notó que nadie parecia defender al reo, añadió á los insultos horribles amenazas, y pronto cubrió de barro la rastra y al mismo Barkstead. Un hombre del pueblo le acercó á la cara una enorme barra de hierro candente, y como Barkstead, en el primer momento de sorpresa echase la cabeza hácia atrás, fué silbado é insultado con espantosas carcajadas.

En seguida se vió á un grupo de algunos miserables atravesar el gentío dando gritos de alegría ; abrióseles paso y se les aplaudió ruidosamente hasta que, llegando por último junto á Barkstead, se colocaron al lado de su rastra, representando una espantosa pantomima. Ante todo alzó uno de ellos una larga pértiga con un travesaño á guisa de horca, en cuyo extremo habia una polea por la cual pasaba una cuerda cuidadosamente untada con grasa. Es de notar que se encontraban ya en Hoborn, y que el camino, elevándose bastante, hacia

muy lenta la marcha de la rastra, circunstancia que permitió á aquellos miserables llevar á cabo la horrible comedia sin quedarse ni un paso atrás de la rastra del coronel.

Como decimos, habian levantado su pértiga, y atento el pueblo, se estrechaba en silencio para ver lo que iba á pasar, cuando se oyeron los desgarradores ladridos de un perro á quien ataban, y bien pronto se le vió en el aire, colgado de la polea que estaba atada á la pértiga, y figurando un ahorcado. El contento del populacho á tal aspecto se manifestó con la explosión de mil gritos, infinitas carcajadas y furiosos aplausos; pero lo que sobre todo parecia admirablemente cómico á la muchedumbre, era que uno de aquellos hombres, subido á la espalda de otro, cogia con sus manos una de las patas del perro, aparentaba consultar con atencion el pulso del infeliz y contestaba doctoralmente é imitando la importancia de un médico, á las preguntas de uno de sus camaradas que hacia las veces de verdugo.

En cuanto vió Barkstead la pértiga de la cual colgaba una cuerda, comprendió al momento la intencion de los que la llevaban, y apartó con repugnancia la vista; pero en el mismo instante los insultos, los silbidos y los gritos de infame y de cobarde cayeron sobre él con tanta violencia, que comprendió que por él y por todos los de su causa debia mostrarse indiferente á todos los ultrajes y amenazas, y se condenó á mirar las torturas del pobre animal. Al verle suspendido en el aire y luchando con las angustias de la muerte, un triste recuerdo se despertó en su corazon; acordóse de Fan, de la fatal lucha que sostuvo cuando su arresto y del valor de aquel leal perro, muerto para salvarle; en aquel momento reflexionó que su vida habia estado pendiente de un hilo, de un segundo, de una mirada turbada, de una mano tendida hácia un lado y no hácia otro, y pensando así, su semblante se puso triste é inquieto, graves reflexiones arrugaron su frente, y miró con tanta atencion al perro que acababan de desatar, que no veia nada de cuanto pasaba á su alrededor.

El coronel fué arrancado de repente á su sombría preocupacion por los ladridos del perro, pues los actores de aquella terrible escena, imitando con todos sus pormenores el suplicio que aguardaba á Barkstead, acababan de abrir con un cuchillo el vientre del infeliz animal, y uno de aquellos canibales le arrancaba las entrañas con

unas tenazas y las arrojaba en un brasero que otros dos llevaban junto á la rastra.

Es un secreto inesplicable del corazon del hombre el de su fuerza y su debilidad. Aquel suplicio cuyo inmundo simulacro ponian de manifiesto ante sus ojos, iba á sufrirlo Barkstead , debiendo ver antes como lo aplicaban á dos hombres , de los cuales uno era su cólega, y el otro su amigo; y sin embargo, aun cuando se representaba en su imaginacion aquel horrible espectáculo con todas sus atrocidades, el coronel se habia sentido con valor para verlo tranquilamente. Aquella confianza en sí mismo no era seguramente una mentira, porque si arrastrado por los soldados hasta el lugar de la ejecucion , hubiera pasado todo tal como lo habia imaginado , no solo hubiera quedado impassible su rostro, sino que su alma no hubiera tenido que luchar siquiera consigo misma. Pero para ello era preciso que su valor no tuviese que sostener una lucha imprevista, y la resolucion tomada por Barkstead, ó por mejor decir las fuerzas que habia reunido , bastantes para hacer frente á cuanto era mas temible, fueron vencidas por un accidente mas innoble que cruel, y cuando vió ahorcado al perro y sus entrañas encogerse y humear sobre el brasero, cuando una mano ensangrentada sacudió delante de sus ojos el corazon chorreante del animal , se sintió preso de un horrible vértigo , turbóse su vista, sus ideas se confundieron y sin duda se hubiera desmayado, cuando la rastra se detuvo de repente. La muchedumbre suspendió su marcha, y Barkstead vió á una mujer cubierta con un velo que , acercándose al oficial, le habló con una autoridad que parecia no admitir resistencia.

Por el modo como este respondia, se veia claramente que balbuceaba algunas excusas que no aceptaba la jóven , hasta que al fin, obedeciendo á un gesto imperativo de esta , mandó á sus soldados que alejasen á los miserables que habian ejecutado aquella sangrienta parodia; y como en todas las cosas el exceso es el patrimonio de los caracteres sin dignidad , arrojó á aquellos hombres con una insolencia tan brutal como la indiferencia con que habia dejado que se acercasen.

Sin embargo, no por eso el cortejo continuó su marcha, y la

desconocida se acercó á Barkstead ; levantó su velo de modo que solo él pudiese verla, y llamándole dulcemente, le dijo :

—Coronel Barkstead, teneis ante vos á una hija arrepentida que viene á pedir os vuestra bendicion.

El coronel la contempló con asombro, y en el terrible estado á que le habia reducido el incidente que acababa de pasar, no pudo reconocer sus facciones ni su voz.

—Niña! respondió con una emocion que tenia algo de sobrehumano, cual si hubiese traspasado ya los límites de la vida mortal; niña, ¿eres el ángel de mi muerte y vienes á tenderme la mano para sostenerme en presencia del Señor?

Notó la jóven la turbacion de la voz y de las miradas de Barkstead, comprendió su causa, y subiendo á la rastra, que permanecia inmóvil, se inclinó hácia él, levantó sus brazos al rededor de su cabeza, le cubrió con su velo blanco, cual hubiera podido hacerlo un ángel con sus alas, y le dijo en voz baja :

—¿No me reconocéis, vos, que me servisteis de padre?

—Sí, dijo el coronel, reuniendo sus recuerdos, dispersados por el violento choque que acababa de experimentar ; sí, he querido como un padre á una niña que tenia tu voz y tus miradas ; pero murió, y yo fui la causa de su muerte. Pobre Ana!

—Pobre madre mia! repitió la jóven.

Esta exclamacion despertó todos los recuerdos de Barkstead.

—Carlota! exclamó.

—Sí, dijo la jóven, Carlota, que se ha escapado de la prision en que la tienen, para venir á pedir os vuestra bendicion y para advertiros. Escuchad, padre mio, pues vos, que me habeis alimentado en la niñez, sois mi padre; escuchad y preparad vuestras fuerzas, porque han resuelto abatirlas. Os esperan en Tyburn; Ralph está al pié del cadalso, pues Juxon lo ha querido así; lo tramaban junto á mí, en el aposento de mi carcelera. Ignoro lo que pueden y quieren hacer; pero las tenazas candentes y la hoguera no son el suplicio que deben intimidaros mas, porque Ralph ha reido largo rato despues de haber hablado en voz baja á Juxon, y este ha respon-

—Bien está.

— Ya veis pues, padre mio, añadió Carlota, que necesitais tener valor. No soy el ángel de vuestra muerte que os tiende la mano delante del Señor, pero soy vuestra hija que viene á sosteneros ante el verdugo. ¿ Quereis que os acompañe ?

— Gracias, Carlota, respondió Barkstead, eso no corresponde á tu posicion de hermana del rey que me condena, ni de jóven débil y trémula. Déjame. ¿ Ves la colina de Hoborn ? Mira con atencion, y si tus ojos ven tan claros como los míos, repararás á Jesucristo que me tiende la mano y viene á sostenerme.

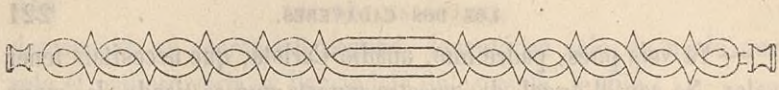
Diciendo estas palabras, el rostro de Barkstead brilló con un supremo éxtasis, y Carlota, bajando los ojos, lo presentó radiante y sereno á las miradas de la inmóvil muchedumbre.

Esta interrupcion de la marcha del cortejo habia dado tiempo á los amigos de Barkstead para reunirse con él, y Ricardo se precipitó hácia su padre, visto lo cual por Carlota, se cubrió otra vez el rostro con el velo, saltó ligeramente de la rastra é hizo señal al oficial de que se pusiera en marcha otra vez.

— Padre mio, dijo rápidamente á Barkstead, permanezco á vuestro lado, pero quiero que Ricardo lo ignore. Aun deseo recibir otra vez vuestra bendicion.

El cortejo se puso en marcha nuevamente, pero tranquilo y grave, y sin que nadie se atreviese á turbar el religioso silencio del coronel que, con los ojos levantados al cielo, elevaba á Dios su alma en alas de la oracion.

Ricardo iba á la izquierda de la rastra, y Carlota á la derecha. Aquellos dos compañeros del culpable, que estaban entonces en la edad en que la vida es toda pureza, fueron desde aquel momento la mas segura égida de Barkstead contra los insultos preparados á su paso, y aquella aureola de inocencia que rodeaba la infamante carreta deslumbró al populacho, de manera que el coronel llegó á la plaza de Tyburn acompañado y acogido por un religioso silencio y muchas bendiciones.



XXII.

LA EJECUCION.



a muchedumbre era inmensa y compacta en la plaza de Tyburn, en la cual reinaba una activa agitacion, que no se manifestaba por el flujo y reflujo de la multitud que se agita y azota las paredes de las casas como hace el mar en las riberas escarpadas, sino por un continuo murmullo como el de un enjambre de abejas. Los soldados de á caballo formaban un cuadro de cerca veinte piés al rededor de la horca, que estaba levantada en uno de los estremos de la plaza. Tres cuerdas colgaban de otras tantas enormes argollas de hierro fijadas en los brazos que salian de la enorme horca, y tenian á su estremidad un lazo por el cual debia pasar el cuello del condenado. En vez de la trapa que se abre hoy día bajo los piés del reo y que le hace caer de una altura bastante grande para que se le rompan las vértebras con la violencia de la caída, estaba colocada debajo de la horca una carreta tirada por un caballo, la cual

se adelantaba en el momento designado para la muerte, y dejaba al reo colgado á un pié del suelo todo lo mas. El movimiento progresivo de la carreta que, alejándose, apretaba insensiblemente el lazo, y la poca elevacion de la caida cuando el cuerpo la abandonaba, ocasionaban al condenado una estrangulacion lenta, que sentia en todos los grados. Aquel método tenia además la ventaja de que no dando una muerte inmediata y completa, permitia al verdugo cortar la cuerda durante las últimas convulsiones del sentenciado, de manera que pudiese sentir las torturas que le faltaban sufrir.

Cromwell, para quien la muerte no consistia mas que en eliminar á un hombre del número de sus enemigos, evitó tales torturas á casi todos los condenados. Al matarles no quiso jamás castigarles porque no pensaban como él, porque sabia que podia pensarse honradamente sin ser de su opinion, y nunca trató tampoco de intimidar á sus contrarios con los suplicios, porque estaba seguro de que la sangre derramada en el cadalso es fecunda en venganzas; hizo solamente que los que le combatian dejasen de existir, por el solo motivo de que su vida le contrariaba. Les mató, como se destruye un insecto que nos ha picado: sin pretender reformar su naturaleza ó advertir á sus semejantes. No era esta la opinion de los realistas. Haber dirigido la mirada ó puesto la mano sobre los derechos del trono era el mayor de todos los crímenes, era desobediencia, rebellion y sacrilegio, y por consiguiente los castigos debian prolongarse para que se igualasen á tantas fechorías, de modo que la restauracion no perdonó una sola tortura á los que hizo morir, y si se añade á esto que se habia formado una especie de religion del amor al trono, se comprenderá fácilmente que toda venganza fué implacable y todo perdon imposible.

El suplicio, pues, estaba pronto con todos sus horrores. A dos pasos de la rastra ardia un vivo fuego en un enorme brasero de hierro, sin rejilla ni agujero alguno que dejase pasar el aire para avivar las llamas, de manera que un ayudante del verdugo se ocupaba en atizar el fuego con un inmenso fuelle, y las largas tenazas introducidas en el carbon, hacian las veces de esos punzones de hierro que en el dia se usan en Inglaterra para atizarlo.

Cuando llegó Barkstead, el gentío estaba tan compacto que fué imposible hacer avanzar la rastra, de manera que le fué preciso bajar y dirigirse á pié á la horca. Es necesario recordar otra vez, porque este fué el carácter mas particular de aquel dia, que la atencion general se habia fijado de tal modo en la conducta y en el valor del condenado, que su muerte no entraba ya en los temores ni en las esperanzas de nadie. Así es que hubo un momento en que Barkstead, bajado de la rastra y rodeado tan solo de sus amigos, hubiera podido probar un golpe desesperado. Él y los suyos podian arrojar sobre la multitud, hacer cundir el desórden en ella, y quizás entre la confusion y el tumulto de tantos miles de personas, mientras el gentío se hubiera precipitado por todas partes, la fuga hubiera sido posible, obteniendo de aquel modo la salvacion del coronel. Pero en tal momento nadie pensó en la vida, ni Barkstead, ni sus amigos; estos solo aprovecharon aquel instante para animar al coronel, y él mismo no se ocupó mas que de tranquilizar á los que tenia á su lado. Los mismos soldados que debian rodear á Barkstead, no parecia temiesen semejante tentativa, pues el oficial que los mandaba y que en aquel acto debia haber hecho doblar la vigilancia al rededor del reo, se alejó precipitadamente, separó el gentío con gran trabajo y se acercó al otro oficial que estaba montado á caballo al pié de la horca con los dragones del rey, pareciendo que ponía en su conocimiento cuanto habia pasado durante el camino.

Ricardo notó este incidente, y como seguia con atencion los movimientos del oficial, reparó que este señalaba á la jóven que estaba cerca de su padre. Al ver este movimiento, el coronel de dragones se inclinó desde su caballo, como para escuchar mas atentamente lo que le decia el oficial; luego se alzó de repente sobre sus estribos y dirigió estupefacto una mirada en el grupo en que se hallaba la jóven al lado de Barkstead. Ricardo conoció á Ralph Salnsby, y por la palidez de su semblante, el gesto con el cual señaló á la mujer cubierta con el velo, y la mirada con que parecia herirla, reconoció á Carlota. El alma de Ricardo, marchita á la edad en que solo deben encontrar eco las palabras de amor y de afeccion, solo comprendia ya los sentimientos de ódio. El puro desinterés de aquella jóven para con su padre, la gracia de sus acciones, la amable atencion con que estre-

chó varias veces con su mano la de Barkstead; nada advirtió á Ricardo durante una marcha de mas de media hora, que aquella jóven era Carlota; pero la mirada de Ralph se la dió á conocer de un modo mas indudable para él que si hubiese levantado el velo que la cubria, poniendo de manifiesto su semblante.

Acercósele y llamóla en voz baja y con ternura, como avergonzándose de su poca penetracion.

—Aun no! le contestó ella.

Barkstead y sus amigos atravesaron por último el gentío, y el coronel entró en el cuadro formado por los soldados de á caballo, siendo admitidos con él Ricardo, Love, Andlay y Carlota. Los demás quedaron fuera, pero lo mas cerca posible de la horca.

Apenas hubo llegado Barkstead, le hicieron subir en la carreta; acercósele el verdugo y le ató las manos á la espalda con cuerdas de lana negra, apretando los nudos con tanta fuerza á una señal de Ralph, que las manos del coronel se pusieran negras y su semblante palideció á causa de la agudeza del dolor. Dejáronse oír algunos sordos murmullos; pero Salnsby, tirando de su sable, pareció pronto á castigar á los descontentos, y todos guardaron silencio, en tanto que Barkstead permanecía inmóvil. El verdugo se le acercó de nuevo; pero la voz de Love, que en los momentos críticos se interponia siempre poderosa y sin miedo, le detuvo repentinamente. Acababan de deslizarle un pergamino por entre las piernas de los caballos, y despues de enseñarlo á Andlay, se adelantó del lado opuesto á Ralph, donde el gerif del condado de Middlesex, que debia presidir á la ejecucion, se hallaba montado en un caballo de elevada talla y llevando en su gualdrapa las armas de Londres.

Cuando Love se encontró bastante cerca de él, levantó la voz, y presentándole el pergamino, dijo:

—Yo, Tom Love, gifero, ciudadano de Lóndres, os requiero para que la sentencia que condena á Barkstead sea ejecutada segun los usos y reglamentos del suplicio y sin que se añada cosa alguna.

—¿Está en forma vuestro requerimiento y os acompañan dos testigos para presentarlo?

Mil voces se dejaron oír al terminar esta pregunta, y pronuncia-

ron otros tantos nombres en apoyo de la demanda, todos seguidos de la calificación de ciudadano de Londres.

—Pues bien, continuó el gerif, supuesto que el requerimiento está apoyado como es debido, hablad ; ¿de qué os quejais?

—De que las cuerdas que atan las manos del reo, están mas apretadas de lo que se necesita para la seguridad del verdugo, lo cual es una tortura inútil y contraria á la ley.

—¿Hay aquí alguna persona competente que pueda acreditarlo?

—Yo, Andlay, decano de la facultad de medicina y ciudadano de Londres, respondió el doctor.

—Hágase justicia, pues, á la peticion, replicó el gerif, y revolviendo su caballo se acercó á la carreta.

Ralph, que todo lo habia oido, se lanzó á su lado, y acercándosele al oido, le dijo en voz baja :

—El rey lo quiere! Tened cuidado en lo que vais á hacer.

—La ley lo prohíbe, respondió en voz alta el gerif. Volved á vuestro puesto, coronel. Aquí no sois mas que un asistente del verdugo y estais á mis órdenes, lo propio que él. Volved á vuestro puesto.

Al oir esta contestacion del magistrado, estallaron vivas y palmas, y Ralph volvió á su lugar con el corazon lleno de rabia, colocándose junto al caballo que debia arrastrar la carreta. El gerif dejó subir á Andlay al lado de Barkstead, y en vista de su informe, ordenó al verdugo que aflojase las cuerdas que ataban las manos del coronel.

Inmediatamente despues, uno de los ayudantes del verdugo puso á Barkstead un gorro de lana, bastante grande para que le pudiese cubrir todo el rostro en el acto de la ejecucion, despues de lo cual fué preciso echarle al cuello la cuerda que le estaba destinada ; pero esta era tan corta, que el nudo corredizo solo quedaba abierto mientras Barkstead se mantenía de puntillas.

Renováronse los murmullos, pues la costumbre exigia que los reos pronunciasen su discurso con la soga al cuello, y aquel era un medio infalible de suprimir el del coronel. Al verlo el gerif, sin aguardar un nuevo requerimiento de Tom Love, mandó cambiar la cuerda á pesar de las reclamaciones de Ralph, que se obstinaba en

lo contrario. El verdugo deshizo algunos de los nudos que ataban la soga á la horca, y aun cuando aquella no quedó tan floja como las que aguardaban al coronel Okey y á sir Miles Corbet, quedó sin embargo lo suficientemente larga para que Barkstead pudiese permanecer de pié y hablar sin dificultad.

Cuando todos estos preparativos estuvieron terminados, el gerif se dirigió á Barkstead y le dijo:

—Ahora decid lo que tengais que arreglar con Dios, pero no pronuncieis ni una sola palabra que tienda á justificaros, pues me veria obligado á interrumpiros. Podeis hablar.

—No diré una palabra, respondió Barkstead, sin que mis compañeros estén á mi lado, pues nuestra vida y nuestra muerte están unidas de un modo tal, que no me es dado separarlas. Les debo mi ejemplo, del mismo modo que espero el suyo, y no hablaré hasta que se hallen aquí.

—Lo que pedís es justo, dijo el gerif. Despedíos, pues, de vuestros amigos y nombrad á los dos asistentes que deben permanecer á vuestro lado, porque veo que se acercan las rastras, y una vez hayan llegado esos caballeros, se alejará á todo el mundo de este recinto.

Barkstead hizo un gesto con la mano en señal de consentimiento y declaró que deseaba que su hijo y Tom Love permaneciesen á su lado. Llamó á Carlota, que se le acercó, y le dijo:

—Hija mia, me has pedido mi bendición: vén para que la llame sobre tí desde lo alto del cielo, que veo abierto ante mí.

—Ricardo, dijo la jóven, vén á recibir conmigo esta bendición.

Y diciendo estas palabras, tendió la mano á su primo y subió á la carreta por una pequeña escala que se apoyaba en ella. En cuanto estuvo al lado de Barkstead, echó hácia atrás su velo, y mostrando su rostro infantil al pueblo admirado, dijo al coronel en voz bastante baja para que no pasase el cuadro que formaban los soldados de á caballo, pero suficientemente fuerte para que Ralph lo oyese:

—Padre mio, mi alma es débil para resistir al dolor y á la seducción. Ya una vez han estraviado mi razon hasta el punto de hacerme creer que no erais mas que un infame asesino; pero el ejemplo de vuestras virtudes y la ausencia de odiosos consejos me han

hecho volver á la buena senda. Sin embargo, despues habeis estado proscrito, y los fastos de la corte han llenado de tal modo mi alma, que vuestro recuerdo se iba borrando paulatinamente en ella, despertándose únicamente al llegar la hora de la desgracia y de vuestra muerte. Ya lo veis pues, soy una niña que carezco de razon y de fuerza, á la cual arrancarán quizás mañana mismo á sus buenas resoluciones y á su virtud por cuyo motivo os pido que me afianceis en ellas por medio de un lazo que nada será capaz de romper en mi corazon.

Al pronunciar estas últimas palabras levantó la voz y miró fijamente á Ralph.

—¿Qué quieres? dijo Barkstead, que no comprendia lo que pedía Carlota.

—A falta de mi voluntad, demasiado jóven para ser poderosa, respondió esta, á falta de un sacerdote que se atreviera á unir sin permiso del rey el destino de una princesa de Inglaterra con el de ningun hombre, vos, padre mio, cuyas palabras va á santificar la muerte, bendecidme como la desposada de Ricardo Barkstead, y quiera Dios que esta bendicion consuma y devore mi vida como la maldicion de un padre, si llego á olvidarla ó á romper su sagrado lazo.

Así diciendo, se arrodilló, haciendo lo propio Ricardo á su lado. Ralph, se precipitó hácia la carreta, con el sable levantado, para descargarlo sobre el coronel, anticipándose de este modo al verdugo; pero el gerif, levantando el bastoncillo de ébano que era la insignia de su dignidad, opuso un débil obstáculo á la larga tizona de Ralph, que se detuvo acto continuo, porque aquel bastoncillo representaba la ley, y la fuerza bruta del coronel de los dragones del rey no se atrevió á tocarlo, tanto era lo que el respeto debido á su poder dominaba hasta á los mas resueltos á desconocerlo.

Todos quedaron inmóviles: Ralph con la espada levantada y el gerif teniendo su bastoncillo entre esta y la cabeza de Barkstead, quien, tranquilo cual si estuviese resguardado por el mas sólido escudo, levantó los ojos al cielo, invocó al Señor y pronunció en alta voz estas palabras:

—Carlota Estuardo, yo te bendigo como desposada de Ricardo

Barkstead! Ricardo Barkstead, yo te bendigo como desposado de Carlota Estuardo!

Estas palabras causaron un prolongado murmullo en la muchedumbre, y el nombre de la hermana del rey corrió de boca en boca, avivando la curiosidad que todos sentían.

—Ahora ya me considero fuerte contra la vida, exclamó Carlota; que venga el porvenir, le aguardo impasible.

En seguida, aprovechando el estupor que había causado su acción, bajó rápidamente de la carreta y dijo á Ricardo de modo que solo este pudiese oírlo:

—En Great-House!

Todos la seguían con la vista. Adelantóse hácia el oficial que había protegido el acompañamiento de Barkstead y que á una señal suya le abrió paso con sus soldados, la precedió en su rápida carrera y le hizo atravesar en seguida la muchedumbre. Lo que sobre todo favoreció su retirada, fué que, casi en el mismo momento en que se alejaba, las rastras del coronel Okey y de sir Miles Corbet llegaron á la plaza, y la atención del pueblo, que nada había comprendido de aquella escena, se dirigió nuevamente á los reos y á su ejecución.

—Ya ha llegado la hora, dijo el gerif. Hablad, coronel Barkstead, y no olvidéis que nada debéis decir en justificacion de vuestro crimen.

—Que le ahorquen! que le ahorquen! gritó Ralph. Ahorcadle antes de que se acabe de morir! ¿No veis que se desmaya?

Y en seguida pinchó con la punta de su espada al caballo de la carreta para hacerle adelantar. El caballo se encabritó y forcejeó, pero la carreta permaneció inmóvil. Era que Tom Love había pasado una palanca por entre los rayos de la rueda, y que, teniendo aquella cogida con la mano, los esfuerzos del caballo fueron impotentes para mover la carreta una pulgada siquiera.

Ralph, furioso y engañado en todas sus atroces esperanzas, rugía de cólera y con espantosas amenazas ordenaba al verdugo que hiciera adelantar la carreta; pero la voz del gerif intervino otra vez, y la ley, tan indignamente violada en la prision y condena del coronel, fué por lo menos respetada en su suplicio.

Entonces, levantando Barkstead los ojos al cielo, dijo con voz firme :

— Espero que se nos dejará decir cuanto nos dicte la conciencia, ora nos consideremos culpables, ora seamos inocentes, pues no es esta ocasion de mentir á Dios ni á los hombres, sino de decir la verdad.

— Hablad pues, dijo el gerif.

Barkstead tomó la palabra y dijo :

— Pido á Dios que me asista en mi última hora, y lo hago con la esperanza de un alma que se ha arrepentido de todas sus culpas, pidiendo perdon de ellas al Señor y á cuantos ha ofendido. Si alguno de los que me oyen tiene alguna queja contra mí, le suplico que me perdone, y si fuera de aquí oís que se me dirige alguna acusacion, rogad al que lo haga que me perdone tambien, pues me arrepiento.

Al terminar estas palabras se oyó un prolongado murmullo mezclado de tristeza y descontento. Barkstead continuó :

— Sí, me arrepiento de cuanto haya hecho contra los mandamientos de Dios, que prescriben la dulzura, la paciencia y la caridad; pero si hay aquí ó fuera de aquí alguno que me acuse por lo que causa mi muerte, sepa que me glorío de ello delante de vosotros, del mundo y hasta de Dios.

El gerif levantó su baston para detener á Barkstead, pero era inútil, pues las aclamaciones del pueblo interrumpieron su discurso mejor de lo que hubiera podido hacerlo aquel. Estas aclamaciones, mezcladas con gritos y aplausos, duraron con inesplicable frenesí hasta que el coronel Okey subió á la carreta y anunció con su presencia que iba á hablar.

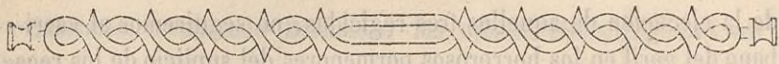
Todos le escucharon atentamente, haciendo despues lo mismo con sir Miles Corbet. Ninguno de los dos confesó como crimen la causa de su muerte; pero aquella ruidosa confirmacion de la sentencia pronunciada contra Cárlos I, no tuvo en sus discursos el carácter exaltado que habia tenido en las palabras de Barkstead.

Terminados aquellos discursos, los verdugos empezaron su oficio.

Despues de haber extractado lo que acabamos de contar del acta

de la ejecucion de aquellos tres regicidas, no seguiremos al escribano del gerif en los horrorosos pormenores del suplicio de los reos, pues poco nos importa saber si las convulsiones de uno duraron un minuto mas que las del otro; si el coronel Okey rompió en su agonia las cuerdas que sujetaban sus manos, las cuales levantó en señal de maldicion sobre los que le rodeaban, y si sir Miles Corbet exhalaba aun prolongados suspiros cuando sus entrañas humeaban ya sobre el brasero. Todas estas horrorosas circunstancias de nada sirven para nuestra narracion, pues el espíritu de los partidos y no sus actos es lo que hemos tratado de estudiar. Bástenos decir, pues, que Ralph Salsby y Ricardo presenciaron hasta el fin aquella terrible ejecucion, que parecia saborear cada cual segun la posicion en que se hallaba: uno embriagándose de alegría, otro saturándose de dolor. Despues, cuando todo hubo acabado, se miraron, cambiaron entre sí una sonrisa de desprecio y se alejaron al mismo tiempo de Tyburn.





XXIII.

DECRETO DEL PARLAMENTO.



Esto es suponer que la mayor parte de los que leen esta narracion dirian al autor, si lo tuviesen delante:

—¿Por qué se titula este libro *Los Dos Cadáveres*?

Y en verdad ya tenemos muertos ó ejecutados á siete ú ocho de los actores de esta historia, y por consiguiente otros tantos cadáveres con derecho á ser contados en el título. ¿Depende esto de que el autor cree que el título de una obra es la cosa mas insignificante del mundo y que nada prueba en favor ó en contra de ella? O bien ¿es preciso acusarle, como á algunos de sus jóvenes ó ilustres cofrades, de haber gastado su imaginacion buscando para su libro un título extravagante ó sorprendente, reservándose la libertad de contar despues una historia sencilla y verdadera?

Con el desden conveniente que todo escritor debe mostrar hácia la crítica, y sin abandonar en lo mas mínimo el privilegio que tie-

nen todos los literatos de tratar de necios é ignorantes á los que no reconocen la superioridad de cuanto escriben, creo que debo apresurarme á contestar á estas observaciones.

Tratando de representar con todos sus detalles la parte mas oscura de un inmenso cuadro ; tomando para mi lienzo los personajes á quienes hasta el presente los pintores de historia habian relegado en la sombra, no he podido librarme de las crueles verdades que manaban del manantial en que habia ido á beber. ¿Puede alguien admirarse de encontrar ejecuciones, patibulos y verdugos en una narracion que atraviesa los años de la revolucion y de la restauracion inglesas? No; luego no es acerca del número de muertos y ajusticiados que debo escusarme, sino de la eleccion que he hecho de unos y del desprecio que he mostrado por los otros. Hé aquí las razones que me han inducido á obrar así.

Para la mayor parte de los personajes que han vivido y espirado en las primeras páginas de este libro, todo acabó con la vida, y una vez entregados á la tierra, se pudrieron en ella sin levantarla una pulgada siquiera; pero no sucedió lo mismo con dos de estos personajes, pues el ódio de los partidos, apoderándose de sus cadáveres y haciéndoles enderezar con su galvanismo político, les dió una vida póstuma que pesa aun sobre Inglaterra y produjo parte de las desgracias que la destrozaron. Estos dos cadáveres son el de Carlos I y el de Oliverio Cromwell.

Sin duda recordará el lector las vanas tentativas de Carlos II para tributar á su padre las honras fúnebres, y no habrá olvidado tampoco la insinuacion que Juxon hizo á aquel, referente al decreto que la cámara de los comunes debia espedir contra los restos de Cromwell; pues bien, aquí empieza la justificacion de mi título.

Despues de la muerte de Barkstead nada habia cambiado en la situacion de los héroes de nuestra historia. Habia llegado ya el mes de enero de 1663. Ricardo vivia junto con su madre en su casa tan alegre en otro tiempo. Andlay á menudo y Downing algunas veces, iban á distraerles en su retiro. Love, único que les permanecia fiel en su desgracia, les traia cada tarde noticias de Lóndres y de la corte. Casi siempre se trataba de persecuciones contra los puritanos ó de los desenfrenados gastos del rey, á los cuales no podian bas-

tar ni el millon doscientas mil libras esterlinas que le habia votado el parlamento, ni la pension que le pagaba la Francia, ni la parte secreta que cobraba de las confiscaciones y liberalidades que hacia, ni el precio del puerto de Dunkerque, que vendia á Luis XIV.

Por otra parte Carlota, encerrada en casa de lady Salnsby, no habia podido hablar con Ricardo, pues el atrevido paso que dió el dia de la ejecucion de Barkstead, habia hecho que se la sometiese á la mas rigurosa vigilancia; por manera que habiendo impedido diferentes circunstancias su viaje á Great-House, los dos desposados no habian podido verse siquiera.

Sir Ralph Salnsby, coronel de los dragones del rey, seguia con perseverancia sus proyectos de ambicion. Su amor por Carlota se habia convertido en una pasion cuya violencia, bien que encerrada en su corazon, se mostraba á veces con amenazas tan odiosas y otras con sumisiones tan bajas, que solo le valian el ódio de unos y el desprecio de los otros. Seria dificil esplicar el origen y la esencia de aquel sentimiento en el corazon de Ralph, así como separar todos los elementos que lo componian. La ternura que profesaba á Carlota no era esa adoracion pura y única que no tiene otra razon que su existencia, ni ese amor que se resiste á darse una causa y un pretesto. Lo que sentia Ralph, lo que le abrasaba y torturaba sin cesar, no era la intimidacion de las almas que para reunirse no tienen en cuenta ni las cualidades ni los defectos personales y que se buscan á pesar de la diferencia de su posicion y de las dificultades que esto hace nacer, ni era tampoco la union abstractiva de dos seres, que los puristas consideran el único y verdadero amor. A decir verdad, sir Salnsby amaba á Carlota porque á la edad de catorce años era ya una de esas hermosuras cuyo solo aspecto llama la atencion de todos los hombres y hace morir de envidia á sus rivales. Su talle esbelto, sus piés pequeños, sus manos blancas y delicadas, tenian aquel sello de belleza elegante y superior que solo se encuentra entre la clase noble de la sociedad; sus ojos, en cuyo fondo se veia dormir el valor y la arrogancia á través de un velo de melancolía; su larga cabellera rubia; su boca ligeramente desdeñosa, eran de una hermosura tal, capaz de turbar la razon de cualquier hombre, y Ralph veia á Car-

lota cada dia. La amaba, pues, porque era bella, quizás la amaba tambien porque siendo hermana del rey, veia en su amor un medio para satisfacer su ambicion, y si debemos pesar todo lo que sentia el alma de Ralph, está fuera de duda que amaba tambien á Carlota con todo el ódio que profesaba á Ricardo. Pero sean cuales fueren los elementos de esa pasion, y bien fuese el deseo, el ódio ó la ambicion el que formase su base, mejor que el respeto ó el cariño, es lo cierto que aquella era desenfrenada, capaz de todas las luchas para vencer y de todos los crímenes para satisfacerse.

Ricardo lo sabia y sin embargo permanecia tranquilo, pues tenia la conviccion de que Carlota le pertenecia, no porque esta se lo hubiese dicho ni porque hubiesen sido bendecidos ni desposados al pié del cadalso, sino porque lo conocia, y porque sus almas se atraian con una fuerza igual á la del polo que atrae la aguja magnética. Ricardo, segun hemos visto, no tenia la costumbre de apresurar sus acciones y obraba en su vida como un buen arcabucero que carga y prepara su arma lentamente y que apunta largo tiempo antes de disparar el tiro que debe resonar y volar como el rayo. Así es que no habia buscado á Salnsby y que al encontrarle le habia mirado apenas; de tiempo en tiempo habia ido hasta Great-House, cuyas ventanas vió cerradas, reinando allí el mayor silencio, y finalmente, algunas veces acompañaba á Love á la taberna del Rey Ricardo en Temple-Bar y se mezclaba en las conversaciones de los parroquianos; pero jamás cosa alguna pudo hacer sospechar que no estaba resignado con su desgracia ni que pensaba en vengarse. Su madre se alegraba mucho de ello, aun cuando en el fondo no dejaba de sorprenderla, y Tom Love manifestaba á veces hallarse descontento de lo que él llamaba una vergonzosa apatía; pero Ricardo continuaba ocupándose esclusivamente en consolar á mistriss Barksstead y nada contestaba á los reproches del gifero.

Cierto dia se hallaba junto á aquella leyéndole un libro de devocion; la noche empezaba á tender su manto; eran cerca de las cuatro, cuando Tom Love entró con la tristeza retratada en el semblante y el talante abatido. Mistriss Barkstead lo advirtió y, dirigiéndole la palabra:

—¿Os ha sucedido alguna desgracia? le preguntó ¿la persecu-

cion que cae sobre los verdaderos hijos del Señor, ha llegado hasta vos?

Love nada respondió; pero exhalando un profundo suspiro, se sentó con aire consternado.

—¿Qué os han hecho? dijo Ricardo levantándose de repente y con un interés que ya no acostumbraba mostrar en su rostro.

El gifero parecia sofocado por el dolor y la cólera, y solo con gran trabajo pudo pronunciar las siguientes palabras:

—A mí nada me ha sucedido personalmente, ni me han hecho cosa alguna; ojalá que no fuese así, pues no soy hombre que me deje abatir por una desgracia que pueda combatirse, ni por una persecucion á la cual es posible resistir; pero lo que sucede, ó mejor lo que va á suceder, es capaz de aniquilar el valor de cualquier hombre, porque ni vos ni yo podemos nada contra ello, y la mas cobarde de todas las persecuciones es insultar al que ya no puede defenderse, y condenar al que no puede invocar la ley para que le proteja, ni su propio valor para defender su honra.

—¿Qué nuevas víctimas han descubierto? exclamó Ricardo; ¿han hecho prender otra vez á algun fugitivo en país extranjero para entregarle el verdugo del condado de Middlesex?

—Oh! esto seria una venganza harto comun, respondió Tom.

—¿Hacen sentir el peso de su ódio á las viudas y á los huérfanos? añadió mistriss Barkstead.

—Las viudas y los huérfanos, replicó Tom Love, tienen una voz para quejarse y lágrimas para mover á compasion á sus verdugos, y por consiguiente nada lograrían dirigiéndose á ellos para castigarles.

—¿Qué han hecho pues? exclamó Ricardo.

—Cuando les faltan los vivos, se dirigen contra los muertos, replicó el gifero con voz casi apagada.

—¿Qué quiere decir esto? preguntó Ricardo estupefacto.

—Quiere decir, contestó Love, levantándose y apoyando el puño cerrado sobre la mesa en que ardia la lámpara, quiere decir que los cadáveres de todos los hijos de la verdadera fé, que los restos mortales de cuantos han sido enterrados en Westminster serán arrancados de la tumba y arrojados á los perros.

—Imposible!

—Escuchad, dijo Love; ¿oís el sonido de las trompetas? es el heraldo que lee el decreto del Parlamento. Pronto llegará aquí y lo oireis.

—Conqué ¿es un decreto del Parlamento? preguntó Ricardo.

—Sí, respondió el gifero; no es una proclamacion real de la que solo deban avergonzarse un hombre y tres ó cuatro cortesanos, sino un decreto de la cámara de los lores y de la de los comunes, una mancha sobre Inglaterra, una cobardía nacional.

Los tres guardaron silencio, y este duraba todavía cuando llamaron violentamente á la puerta de la calle, y en seguida se presentó Andlay.

—Es verdad, dijo al entrar; han cometido esta infamia.

—Sin duda nada habia oido de la anterior conversacion, pero la tristeza mezclada de asombro que se veía en el rostro de Ricardo y de su madre, le habian dado á conocer el objeto sobre que versaba, y la continuó, como si hasta entónces hubiese tomado parte en ella.

—Es verdad! repitió Ricardo. Han proscrito los cadáveres!

—Sí, dijo Andlay, los muertos han sido proscritos, y cuando su tumba no ha podido protegerlos, no debereis admiraros de que nada haya sido capaz de proteger su tumba. Nada han respetado, ni decoro, ni pudor, ni gloria, y entregarán á las miradas del populacho los cadáveres de mujeres á los cuales el pudor hubiera debido conservar el ataud como un último velo. Asi pues, la gloria no servirá de escudo al hombre que fué el héroe de Inglaterra. Sí, Ricardo, continuó Andlay, levantando la voz con creciente indignacion, sí; mañana entregarán á los perros de Tower-Gate el cuerpo de Isabel Cromwell, madre de Oliverio, y el de Isabel Claypole, su hija, y harán arrastrar por el lodo de Smithfield los restos del almirante Blake, que venció á Portugal, España y Holanda.

—Maldicion! murmuró Ricardo; miserables! miserables!

Y cayó anonadado sobre una silla.

El silencio se restableció otra vez.

Andlay se paseaba rápidamente. Jamás se habia mostrado en él tanta indignacion; hablaba consigo mismo en voz baja, y despues se

detenia de improviso. De repente se dirigió á Ricardo y le dijo, cual si este hubiese podido oír su monólogo ó penetrar en su pensamiento :

—Y sin embargo ese hombre tiene un temperamento sanguíneo, es ligero y amigo de los placeres; los proyectos no duran en su cabeza mas de lo que los relámpagos duran en el cielo; carece de ese áspero calor de las gentes biliosas que hace nacer y madura sus pensamientos y los lleva á cabo: no debia ser mas que un alegre libertino, y han hecho de él un tirano.

—¿De quién hablais? preguntó admirado Ricardo.

—¿De quién hablo? replicó el doctor; hablo de Carlos II, cuyo carácter dócil é indulgente ha desviado ya la feroz destreza de los que le rodean; hablo del rey de Inglaterra esclavo ya de Juxon.

—¿Conqué es el rey quien ha dictado este decreto? dijo mistriss Barkstead.

—¿Para qué hubiera servido gran parte de las doscientas cincuenta mil libras esterlinas por las cuales ha vendido Dunkerque á Luis XIV, si no fuera para comprar á los miembros del Parlamento, que se negaban á votar tan horroroso acto? Oh! no sabeis á que manos está entregado.

—Pero, dijo Ricardo deseoso de conocer por completo aquella odiosa medida, ¿los nombres que me habeis dicho son los únicos que menciona el decreto del Parlamento?

—No he querido oír mas, respondió el doctor, y me he alejado mientras acababan de leer su infame lista.

—Han nombrado á diez y siete delante de mi casa, respondió Tom Love, y entre ellos á sir John Pym.

—John Pym, exclamó Andlay, á quien el Parlamento en masa acompañó religiosamente á su última morada!

—Tambien he oido el nombre de Tomás May.

—¿El ilustre é incorruptible historiador del largo Parlamento?

—Recuerdo igualmente al doctor Dorislaus y al coronel Eduardo Popham, almirante.

—Sí, es verdad; el primero fué embajador en Holanda y ha hecho conocer el acta de navegacion con sus hábiles tratados; y el otro fué uno de los almirantes que la han asegurado con sus victo-

rias ; justo era que les proscribiera el que vende las ciudades de su reino.

—Escuchad! exclamó de repente mistriss Barkstead; se dirigen hácia aquí, y vamos á oír el decreto, pues no dejarán de leerlo delante de nuestra puerta.

—Ah! dijo Tom Love con una desesperacion que sorprendió á cuantos le escucharon; ese decreto no es el único, y leerán otro mas horrible todavía.

—Otro mas horrible ! repitieron á la vez Andlay y Ricardo.

—Sí, respondió sordamente el gifero ; el que condena los cadáveres de Enrique Ireton, de John Bradshaw y de Oliverio Cromwell á ser ahorcados en Tyburn y hechos pedazos por mano del verdugo.

—Oh! cuán bien les conocia el Protector! dijo Ricardo con una indignacion en que se mezclaba una sonrisa de triunfo.

Andlay, que adivinó su pensamiento, le hizo señal de que callara, y cuasi en seguida sonaron las trompetas delante de la puerta de la casa. Primero hicieron tres llamamientos á los habitantes, dejando entre cada uno de ellos un largo intervalo. Era ya de noche, y al lado del heraldo iban dos soldados con antorchas. Reunióse un corto número de curiosos al lado de la comitiva, y el heraldo empezó su proclamacion, dejando oír además de los esclarecidos nombres que el doctor y Tom Love habian citado ya, los de William Constable, el doctor William Twiss y algunos otros, ascendiendo entre todos á diez y siete, segun habia indicado el gifero.

Todos escuchaban con profunda atencion en casa de Barkstead, y cada uno de aquellos nombres iba acompañado de amargas reflexiones, y por parte de Andlay, ya por la de Tom Love.

Es de notar que el decreto del Parlamento que el heraldo acababa de leer, se valia de la palabra acostumbrada *el cuerpo*, para designar los cadáveres condenados á la exhumacion, de modo que no sin asombro se oyeron las innobles espresiones del segundo decreto. En efecto, las trompetas se dejaron oír otra vez, y continuando el heraldo su lectura, anunció que en virtud de un decreto del Parlamento *los odiosos esqueletos* de Oliverio Cromwell, Enrique Ireton y John Bradshaw serian colgados el 30 de enero

en las horcas de Tyburn y descuartizados por mano del verdugo, para enviarlos despues en muestra de justicia á los principales condados de Inglaterra.

—Mientras que Love, Andlay y mistriss Barkstead se mostraban indignados por aquella profanacion, Ricardo, silencioso y preocupado, parecia meditar y desarrollar interiormente un plan que acababa de concebir.

Entretanto el heraldo y su acompañamiento se habían alejado, y Love esclamaba con amargura:

—Pues qué! ¿dejaremos llevar á la horca el cuerpo de Oliverio Cromwell? ¿Las leyes han huido de Inglaterra al mismo tiempo que el honor? ¿No hay medio alguno para evitar este atentado?

—No por cierto, replicó el doctor; por otra parte no pueden hacer mas de lo que han hecho ya; ¿habeis olvidado acaso que el rey Jacobo hizo comparecer ante el tribunal de Edimburgo el cuerpo de sir Francis Mowbray; que este cuerpo fué interrogado allí, y que, no habiendo podido responder, se le aplicó el tormento? Dos testigos declararon contra él, el fiscal pronunció su acusacion, y al cabo de cuatro horas de aquella repugnante locura, el cadáver de Mowbray fué solemnemente condenado á la horca como culpable de alta traicion.

—¿Seguirán la misma marcha con el cadáver de Oliverio Cromwell, preguntó mistriss Barkstead, y le harán comparecer ante el tribunal de Lóndres?

—No; sin duda, replicó el doctor, se mostrarán consecuentes en su justicia con los muertos lo mismo que con los vivos, y despues de haber ordenado que todos los regicidas sufran el suplicio de los traidores, se limitarán á acreditar la identidad de los cadáveres, como lo han hecho ya con las personas á quienes han inmolado.

—Pero encontrarán vacío el ataud de Oliverio Cromwell, esclamó Tom Love, si hay algunos de los verdaderos hijos de Inglaterra que no teman sacrificar su vida y su fortuna en esta piadosa expedicion. Todavía quedan dos dias y una noche para penetrar en las bóvedas funerarias de Westminster y sacar de allí el cadáver del Protector. ¿No hay quién quiera ayudar á Tom Love en esta tentativa desesperada?



Andlay, que queria hacer desistir al gifero de una empresa que sabia era inútil, sin revelararle empero el secreto referente al lugar en que estaba enterrado Cromwell, le respondió con cierto emba-
razo:

—Dios, que protegió la vida de Oliverio, no le abandonará des-
pues de muerto: esperemos en él.

Love le miró con sorpresa.

—Vos no sois de los que acostumbran á invocar el auxilio de
Dios cuando pueden obrar por sí solos, y hasta el presente no nos
habeis enseñado á creer en vuestra confianza en el Eterno; pero
tranquilizaos: no es por vos por quien hablo, y creia que habia
aquí alguien mas que vos que hubiese oido y comprendido mis
palabras.

El doctor hizo una nueva seña á Ricardo, que pareció tranquili-
zarle con una sonrisa acerca de los temores que experimentaba. Andlay
salió, acompañándole mistriss Barkstead, y acercándose entonces
Tom Love á Ricardo, le dijo en voz baja:

—Creia que habia llegado la hora de cumplir vuestros juramen-
tos; pero veo que me he equivocado. No importa, el 30 de enero
encontrarán vacío el ataúd de Cromwell, ó habrá que ahorcar un ca-
dáver mas en Tyburn.

—No, no, respondió Ricardo, tambien en voz baja y con una
cruel sonrisa de alegría: es preciso que encuentren ocupado aquel
ataúd el 30 de enero, porque, como habeis dicho muy bien, ha so-
nado la hora de la venganza.

—¿Qué pretendéis pues? preguntó Love.

—Mi madre vuelve. Es preciso que esta noche á las diez me
aguardeis en la taberna del Rey Ricardo, donde necesitamos tener
cena, un cuarto separado y oro. Haced cuanto os digo, y os pro-
meto una venganza mas terrible de lo que podeis apetecer.

En seguida añadió algunas palabras mas, pero tan por lo bajo,
que apenas las entendió Tom Love, y pronunció dos nombres que hi-
cieron estremecer á este.

—Como! dijo estupefacto el gifero, los dos hermanos!

—Les necesito absolutamente, replicó Ricardo.

Mistriss Barkstead entró, y Tom Love se marchó al momento. Ri-

cárdo permaneció junto á su madre, y llegó la hora de recogerse sin que esta sospechase que el alma de su hijo habia salido por un momento de la apatía en que se hallaba sumida desde la muerte del coronel.

Se separaron por fin, y daban las diez cuando Ricardo llegaba á la taberna. Era la hora en que las gentes pacíficas se retiraban, cediendo el puesto á algunos truanes, á los privilegiados de Temple-Bar que se esponian á ser presos, y á los grandes bebedores que no abandonaban la taberna hasta el amanecer.

A aquella hora, aun cuando no quedaba al rededor de las mesas una décima parte de los parroquianos de la taberna, aumentaba en esta el ruido, empezando la algazara como á una señal dada en cuanto se habia cerrado el último postigo de las ventanas; las conversaciones de los concurrentes, las órdenes dadas á los mozos, las injurias que les dirigian con motivo de su pereza, los saludos que trocaban los conocidos, perdian de repente aquella moderacion que durante el dia dejaba oír en la taberna tan solo un sordo murmullo, y estallaban mezclados con cantos y risas, lo mismo que la alegría de los discípulos cuando se aleja el maestro.

Ricardo no acostumbraba á quedarse ni á ir á la taberna pasada aquella hora; pero sin embargo conocia sus costumbres, y se sorprendió extraordinariamente al entrar en la pieza principal, de ver mas gente que de ordinario, á pesar de lo cual reinaba en ella mayor tranquilidad.

Al entrar, todos se volvieron hácia él y le saludaron, cual si le hubiesen aguardado. Los rostros de todos los concurrentes estaban tristes y era fácil adivinar que la publicacion de los decretos del Parlamento habia herido, por decirlo así, el corazon del pueblo inglés, hasta en sus partes mas fuertes y gangrenadas. Ricardo atravesó la sala y se dirigió en derechura hácia Tom Love, cuya voz le guiaba en medio de aquel tremendo laberinto. En cuanto llegó al lado del gífero, este se levantó de la mesa en que discutia acaloradamente con siete ú ocho personas de la clase media que aquel dia habian faltado á sus hábitos de orden, permaneciendo allí mas de lo acostumbrado.

—No es esto lo que yo he pedido, dijo en voz baja Ricardo; cuando he hablado de vino y oro, no ha sido para encontrarme con algunos honrados ciudadanos que seguramente lamentan las desdichas de nuestra patria, pero á los cuales no querria decir ni una palabra de mis proyectos.

—No son estos los que nos aguardan en el gabinete particular en que está dispuesta la cena; pero ¿acaso puedo impedir que cuantas personas honradas quedan en Inglaterra deseen que al fin se levante un hombre y ponga término á la tiranía de Estuardo? Además, la maldicion del cielo no nos hiere solamente por mano de los que gobiernan la nacion; grandes calamidades se acumulan sobre nosotros, y han sucedido cosas muy estrañas en la Cité. Algunos hombres han muerto de repente, unos con el rostro negro, cual si hubiesen sido ahogados, otros enflaquecidos y lividos en el espacio de pocas horas, cual si hubiesen sucumbido á consecuencia de una larga enfermedad, y otros, finalmente, cuyas carnes fétidas se separaban de sus huesos y caian á pedazos. El anatema eterno pesa sobre la antigua Inglaterra, y Dios nos castiga sin duda de haber tolerado cobardemente la vuelta de esa raza maldita de tiranos.

—El momento tanto tiempo ha anunciado, ha llegado pues, dijo Ricardo pensativo. Cuántas veces me lo ha predicho Andlay, induciéndome á que alejase de Lóndres á mi madre! pero la esperanza de vengarme estaba aquí, y he olvidado la seguridad de aquella. Maldito sea si perece, con tal que logre vengarme! Venid, Love, y apresurémonos.

Diciendo estas palabras, cogió el pasamano de una pequeña escalera que conducia desde la sala baja donde se encontraba, al aposento en que le aguardaba su festín nocturno. Desde que habia entrado reinaba un silencio respetuoso entre los concurrentes. Todos parecian creer que traia alguna noticia consoladora ó que iba á proponer alguna empresa atrevida; y por esto, al ver que iba á salir, uno de los hombres que hablaba con Tom Love antes de que llegara Ricardo, le llamó en voz alta y le dijo:

—¿No hay nada que hacer, señor Barkstead? ¿debemos tolerar

con paciencia cuantos insultos y vejaciones le plazca á la corte hacernos sufrir ?

Ricardo , que habia subido ya algunos escalones , se volvió al oír esta interpelacion , y desde lo alto de aquella especie de tribuna , respondió con desprecio mezclado de cólera.

—¿ Y qué derecho teneis para no sufrir los insultos de la corte, habitantes de Lóndres , que habeis empavesado vuestras casas y cubierto de flores las calles, cuando la entrada de Cárlos II? ¿Compadecéis á algunos cadáveres cuando habeis dejado ahorcar en Tyburn á vuestros mas nobles defensores?

Aquellos á quienes iba dirigida esta respuesta injuriosa no la hubieran tolerado, si la idea de que estas palabras podian disculparse en boca del hijo del coronel Barkstead, tan cruelmente ajusticiado, no hubiese contenido la cólera de los que las oyeron. El que habia hablado ya, continuó diciendo :

—Oh! si hubiese un hombre que dirigiera la buena voluntad de las personas honradas, no sucederia esto. Que se nos dé una cabeza capaz de concebir la libertad y la gloria de Inglaterra, que se nos dé un corazon capaz de desafiar los peligros de este pensamiento, y no faltarán brazos que le obedezcan y secunden.

—Ingleses, respondió Ricardo, la cabeza que pedís dejó de pensar y el corazon de latir el dia que murió Oliverio Cromwell.

—Sí! sí! exclamaron amotinadamente todos los circunstantes. Oliverio Cromwell era el genio de Inglaterra.

—Y nosotros no permitiremos, continuó el mismo interlocutor, que su cuerpo sea ahorcado en Tyburn como el de un envenenador ó un asesino.

—Lo arrancaremos de manos del verdugo, dijo uno.

—Antes derribaremos á Westminster hasta su última piedra, añadió otro.

Gritos tumultuosos y amenazas horriblesse dejaron oír en seguida en toda la sala, y Ricardo, temiendo que si dejaba tomar creces á aquel tumulto produjese uno de tantos motines sin resultado como turbaban á menudo la Cité, y mas aun que aquellos vanos clamores opusieran un obstáculo al proyecto que habia meditado, haciendo aumentar al rededor de Westminster la vigilancia de la autoridad,

Ricardo, decimos, resolvió contener la tempestad pronta á estallar, y subiendo algunos escalones mas, para dominar mejor al concurso, le dirigió con voz retumbante las siguientes palabras :

— Como os ocupais de venganzas y de cadáveres insensibles, cuando aquellos de vosotros que respetan la religion de sus padres, deberian estar de rodillas en los templos implorando la misericordia de Dios, mientras que los demás cuya vida ha estado consagrada hasta ahora al juego y á la embriaguez, serian mas cuerdos en seguirles para arrepentirse, que en perder aquí sus últimos dias! Porque es preciso que lo sepais : ninguno de los que estais aquí reunidos puede esperar en mañana ni para sí, ni para su mujer, ni para sus hijos; Lóndres está herido en el corazon ; Lóndres que se resiste á la tiranía, sucumbirá muy pronto á un adversario más terrible.

Todos se miraron, asustados por las palabras de Ricardo y por el acento con que las habia pronunciado, y aquel continuó :

— ¿ Nada sabeis pues ? ¿ desde hace algunos dias no habeis visto morir las gentes cual si fuesen heridas por el rayo? ¿ no habeis visto á otros consumidos hasta la médula de los huesos como si hiciera muchos años que hubiesen espirado? ¿ no ha habido algunos cuyos miembros se han contraido como un cuero arrojado á una hornaza.

— Es verdad! es verdad! respondieron sordamente algunas voces.

— Pues bien, continuó Ricardo, esto depende de que solo habeis sufrido hasta ahora las mas ligeras de las plagas que os están destinadas ; depende de que las exacciones de la corte, la humillacion de Inglaterra, la brutalidad de los soldados, los suplicios de los vivos y la profanacion de los sepuleros no son mas que ligeras desgracias con que os ha azotado el Todopoderoso ; depende de que ha sonado la hora de su venganza ; depende de que la peste está en Lóndres.

Un horrible estupor se apoderó de los circunstantes al oír estas palabras. Ricardo hizo señal de que le siguiera Tom Love, y desapareció acto continuo. Todos los que se hallaban reunidos en la taberna, habian quedado inmóviles y como anonadados. La palabra peste, sordamente pronunciada, se repitió muy luego de boca en boca, y dándose apenas tiempo para tomar cada cual los objetos que le pertenecian, se alejaron, dirigiéndose en seguida á sus ca-

sas; los amigos se separaron sin despedirse: los mas intrépidos bebedores no acabaron siquiera el jarro de cerveza ó la botella de vino que habian empezado á probar: los concurrentes de Temple-Bar que mas fama tenian de no asustarse por nada, se apresuraron á entrar en sus guaridas, cual si debiesen servirles de asilo contra el azote, y apenas habian transcurrido dos minutos, cuando la taberna se encontraba ya desierta y silenciosa como un claustro, y Ricardo, que habia quedado solo con Tom Love, de cuantos estaban en la pieza principal, entraba en el gabinete particular donde le aguardaban dos nuevos personajes.

La cena fué larga, pues habian transcurrido ya tres cuartas partes de la noche cuando Ricardo volvió á su casa.

Al dia siguiente nada ocurrió que fuese digno de notarse. Sin embargo, el rumor de que en la Cité se habian declarado algunos síntomas de peste, agitó por un momento á la poblacion; pero nadie habia visto los prodigios de que se hablaba, y el espectáculo que se disponia para el dia siguiente ocupaba tan profundamente los ánimos, que para temer la calamidad que les amenazaba y hasta para inquirir lo que acerca de ella hubiese de verdadero, aguardaron todos á que hubiese tenido lugar el suplicio del cadáver de Cromwell. Los pueblos, lo mismo que los príncipes, tienen una hora en que dicen:

—Dejemos para mañana los negocios.

Para los príncipes aquella hora es cuasi siempre la de las fiestas y de los placeres; para los pueblos, doloroso es tenerlo que confesar, aquella hora es particularmente la de los suplicios.

Ricardo permaneció como de ordinario junto á su madre y pareció haber olvidado hasta las proclamaciones de la víspera. Sin embargo, al caer de la tarde salió de su casa, diciendo que iba á recorrer la ciudad para descubrir el origen de los rumores que corrían, y avisó á su madre que tal vez llegaría hasta Great-House para averiguar si el temor de la epidemia que amenazaba á Lóndres habia determinado á lady Salnsby á retirarse en aquel sitio, en cuyo caso trataría de ver á Carlota, por cuyo motivo no debia alarmarse si no se recogía tan temprano como de costumbre.

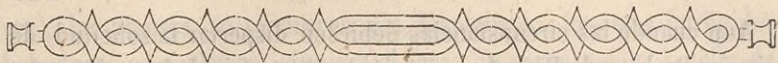
Aun cuando las circunstancias debiesen despertar la solicitud de mistriss Barkstead, Ricardo anunció con tanta frialdad aquella corta ausencia, y por otra parte su carácter parecía haber sufrido un cambio tan completo, que la buena mistriss no concibió ninguna inquietud y únicamente encargó á su hijo que evitase todo encuentro con sir Salsby.

VIXX

WILSON



Aparece habido salido de su casa, cuando á corta distancia de ella
 que se había conocido con Tom Love.
 continuamos nuestra marcha y acompañamos á Thomas en la in-
 exigida para por el carácter de las modificaciones que se han
 no para y que no comparada jamás. Después de esta declaración
 los que como estos se refieren á la autenticidad, por muchos veces
 mas tiene derecho al título de novela, toda es tan indiferente á los
 científicos que se ocupan de un libro que á los
 que, cuando de tener esto una pretensión
 un proceso de la época, si no creyera
 cada página algunas crónicas antiguas y ef-
 según hubiera prohibido el título si no lo
 pues cuando se refieren á la poesía.
 doctor que no es responsable de ello,
 vez con que se suceden; pero el autor
 -cualquier y de la capi-
 -un objeto del presente
 -sin duda de los aconte-



XXIV.

WINDSOR.



El lector se admirará sin duda de los acontecimientos que son objeto del presente capítulo, de su singularidad y de la rapidez con que se suceden; pero el autor declara que no es responsable de ello, pues cuenta sencillamente lo que sucedió, según pudiera probarlo citando al pie de cada página alguna crónica antigua ó algún proceso de la época, si no creyera que, además de tener esto una pretensión científica impropia de un libro que á lo mas tiene derecho al título de novela, nada es tan indiferente á los lectores como estos certificados de autenticidad, que muchas veces no mira y que no comprueba jamás. Después de esta declaración, exigida acaso por el carácter de los acontecimientos que siguen, continuemos nuestra narracion y acompañemos á Ricardo en la empresa que había concertado con Tom Love.

Apenas habia salido de su casa, cuando á corta distancia de ella

encontró al gifero, embozado en una ancha capa y teniendo de la brida dos caballos. Love dió á Ricardo una capa igual á la suya, y ambos, ocultándose cuidadosamente el rostro, ganaron el camino de Windsor. Sin embargo, no observaron que un hombre habia permanecido inmóvil en el dintel de una puerta hasta que echaron á andar, alejándose en cuanto les vió desaparecer. Al principio caminaron en silencio y con estremada rapidez; pero en cuanto estuvieron fuera de la ciudad, pareció que aumentaba su prisa, pues hicieron tomar el galope á sus cabalgaduras, aunque al mismo tiempo se mostraron menos temerosos de ser reconocidos y trocaron algunas palabras.

— El carro está adelante, dijo Love, y llegará á Windsor al mismo tiempo que nosotros.

— ¿Por qué no está aquí Drake? preguntó Ricardo; es un tuno á quien me gustaria tener al alcance de mi puñal, caso que á su hermano se le antojase vendernos.

— En primer lugar no les he dejado desde que nos reunimos en la taberna; han permanecido todo el dia encerrados en mi casa, y además no tienen ninguna noticia de lo que van á hacer y creen ir en busca de un rico tesoro del cual obtendrán una buena parte.

— ¿Estás seguro de la habilidad de esos hombres?

— Andlay os podria responder de ella mejor que yo, pues mas de una vez han abastecido su laboratorio, no habiendo ido á buscar siempre debajo de la tierra y el césped objetos de estudio, sino mas amenudo debajo del mármol y del hierro; porque Andlay no es como los otros médicos, estima muy poco el cadáver de un luchador muerto de un puñetazo ó de un marinero ahogado, necesita el de personas distinguidas, y le he oido decir que daría toda su fortuna para obtener solamente la cabeza del doctor Milton.

— ¿Y el guardian de Westminster? dijo Ricardo.

— Cincuenta libras esterlinas han arreglado el negocio, respondió Love, y podremos... Silencio! añadió rebozándose de nuevo con la capa, nos acercamos á algun carruaje; ¿oís el paso de los caballos y el ruido de las ruedas? A pesar de la oscuridad bueno es ponerse en guardia contra los curiosos. Callemos.

Love y Ricardo guardaron silencio otra vez; y, siguiendo su

marcha con la misma rapidez que hasta entonces, llegaron muy luego á corta distancia del carruaje. Este parecia acompañado por algunos ginetes, y se oia distintamente un ruido de voces. Una de las personas que hablaban iba dentro del coche, y la otra á caballo, y por consiguiente se veian obligadas á hablar muy alto para poderse oir.

—Así pues, decia una voz de mujer, ¿la corte sale de Lóndres dentro de algunos dias, y es verdad que la peste se ha mostrado en la Cité?

—Sí por cierto, respondió el ginete.

—Son Ralph y su madre! dijo Ricardo estremeciéndose á pesar suyo.

—Sin duda van á Gread-House para huir de la peste, añadió Love.

—Supongo que Carlota va con ellos, continuó Ricardo.

—Acortemos el paso de los caballos y escuchemos con atencion, si queremos saberlo, dijo el gifero.

Siguiendo este consejo, se mantuvieron ambos á corta distancia del coche; pero sin duda su llegada habia puesto fin á la conversacion, pues ya no oyeron mas que el ruido de los caballos y de las ruedas; únicamente sir Ralph gritó al postillon que se apresurase, en atencion á que debia volver á Lóndres aquella misma noche, despues de haber dejado á su madre en Great-House, y como esta recomendacion nada hacia saber á Ricardo, este se decidió á pasar delante del coche.

—No es esta ocasion de pensar en ello, se dijo por lo bajo; adelante, Love, adelante.

Pusieron otra vez sus caballos al galope y pasaron junto al coche, que iba escoltado por cuatro soldados del regimiento de Ralph.

—El zorro ha oido los perros en el camino y se ha hecho acompañar prudentemente, dijo Love cuando estuvieron á suficiente distancia para que Salnsby no pudiese oirle. Sin embargo, si no tuviésemos otra cosa mas interesante que hacer, no serian esos soldados los que nos impedirian acabar con él.

—Esto es cuenta mia y de nadie mas, dijo Ricardo: despachemos, van á dar las seis, y aun estamos léjos de Windsor.

Echaron á andar nuevamente al galope y solo se ocuparon ya de mantener los caballos á aquel paso. Muy luego llegaron cerca de Great-House, cuyo castillo no pudieron ver, en atencion á que estaba rodeado de un bosquecillo que llegaba hasta el borde del camino; pero cuando llegaron delante de la avenida que desde este conducia á la casa atravesando el bosquecillo, vieron que aquella estaba iluminada. Detuviéronse un momento y notaron que las luces iban y venian de un aposento á otro, como si las estuviesen preparando para recibir á los que debian habitarlos. Despues de haber descansado aquel breve instante, que dió tiempo á los caballos para tomar aliento, se pusieron otra vez en marcha siempre con la misma celeridad.

Como reinaban entonces las noches mas largas del invierno, aun cuando la hora no fuese muy adelantada, la obscuridad era profunda y el camino se hallaba desierto, de modo que Ricardo y Love llegaron hasta un cuarto de milla de Windsor sin encontrar á nadie. Una vez allí vieron un pequeño camino que revolvía á la derecha á través de los campos, y en él, á algunos pasos de distancia, un hombre sentado en una piedra y en completa inmovilidad, tatareando con voz indiferente una cancion, cuya música parecia una especie de declamacion cantada, compuesta de la repeticion constante de ciertos sonidos.

Al principio aquel canto parecia monótono y pesado; pero á medida que se le oia, la modulacion lenta y regular que lo componía adquiría cierta solemnidad y tristeza; despues, aquella frase musical que se repetía siempre, aquella melodía inflexible, por decirlo así, que hería constantemente el oido, resuelta, uniforme é implacable, acababa por embargar el alma y llenarla al fin de un terror inesplicable, pero real.

Love y Ricardo se detuvieron súbitamente.

—Es uno de nuestros hombres, dijo el primero; sin duda habrán ocultado aquí la carreta. Veamos.

En seguida detuvo el caballo, y despues, dando á su voz toda la estension de que era susceptible llamando en voz baja:

—Hola! Bob, dijo, Bob!

Nadie respondió; pero el cantor impasible continuó la segunda estrofa de su canción.

—Váyase al diablo al cantor, murmuró Love; parece que no es Bob. Drake hubiera podido responder por su hermano; pero esa gente parece que no oyen cuando no se les habla como quieren. Sin embargo, si hubiese gritado: Bob, voy á dispararte un pistoletazo, ya se hubiera dado por aludido. Hola! Drake! Drake!

El gifero no obtuvo mas respuesta que la primera vez, y la inmovilidad del desconocido á quien se dirigia, la singularidad de su canto, la hora de la noche y acaso tambien el proyecto que le llevaba á Windsor, le turbó de tal modo, que no se atrevió á seguir llamando, pudiendo oirse la tercera parte de aquel romance sepulcral, que el cantor dijo con la misma impasibilidad.

—No es un hombre el que así canta, dijo Love con cierto embarazo, que ocultaba mal su espanto; nuestras gentes están mas léjos sin duda.

—Sin embargo este es el lugar de la cita, respondió Ricardo, aunque sea el diablo, he de saber quien es ese cantor.

Así diciendo, tiró de la espada, y dirigió su caballo hácia el sendero en cuestión, gritando:

—Eh! amigo, ¿quién sois?

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando el desconocido, que hasta entonces permaneciera inmóvil, se puso de pié y se colocó delante del caballo; Ricardo se detuvo de repente, y aquel le dijo con voz sombría:

—Amigo es un nombre al cual puede cualquiera responder, sea cual fuere el lugar en que se encuentre, la hora á que se le llame y el objeto que le lleve; pero Drake y Bob son nombres demasiado conocidos de la justicia para que los que los llevan se vuelvan cuando se comete la imprudencia de pronunciarlos de noche y á un cuarto de milla de una abadía en que hay reyes enterrados.

—¿Por qué no has contestado, Drake? preguntó Love que se habia acercado.

—Porque, respondió Drake, pues era él, si os gritase tieso que tieso: Ola! maese Love, el gifero de Church-Hill! quizás os pare-

ceria conveniente apretarme el gáznate para impedirme que hiciera saber á toda la vecindad que os hallais aquí, en lugar de estar bebiendo en la taberna del Rey Ricardo, segun vuestra costumbre.

— Bien está, dijo Barkstead, que temia se trabase una discusion entre los dos interlocutores; ¿dónde está Bob con la carreta y los utensilios?

Drake no respondió, pero dejó escapar un grito ronco é inarticulado que no era propio del hombre ni de ninguna clase de animal. Otro grito semejante le respondió, haciendo estremecer de espanto á los caballos. Un momento despues llegó Bob con su carreta. Era esta un vehículo construido á la manera de nuestros carros de artillería, con su cubierta en forma de techo, y montado sobre cuatro ruedas pequeñas, cuyas llantas estrechas estaban cubiertas con cuero de mucho espesor. No tenia pescante, pero en el extremo que descansaba sobre las ruedas delanteras, habian colocado encima del carro una especie de escabel, en el cual iba sentado Bob, dirigiendo con un gran látigo cuatro perros, que arrastraban diestramente aquel extraño carruaje. Aquellos perros eran unos animales enormes, con los ojos ensangrentados, la boca colgante y babosa, capaces lo mismo de destrozar á un hombre que de arrastrar una carga. La idea de que siempre acompañaban á sus amos en sus horribles expediciones y de que acaso habian arrancado algunos pedazos de su siniestro botin, se presentó al alma de Ricardo y le llenó de un disgusto que apenas pudo vencer.

— Entregad vuestros caballos á Bob, dijo Drake, pues debemos dejar el camino real, y aquel los ocultará en un sitio donde nadie podrá verles ni oirles, al paso que ellos encontrarán con que reponerse á fin de echar á andar otra vez.

Love y Ricardo se apearon, y Bob se volvió por donde habia venido. Drake se puso en marcha y los perros le siguieron, porque no subió al asiento en que antes iba Bob, sino que andó á pié delante de sus nuevos compañeros, á los cuales hizo señal de que le siguieran, volviendo súbitamente á la derecha despues de haber dado algunos pasos y antes de llegar al camino real.

Drake marchaba el primero delante del carro, y Ricardo, que le seguia lo mismo que Love, admiraba la marcha silenciosa de aquel

hombre y de su equipage. Hubiérase dicho que adelantaban sin moverse, como hoy día lo hacen en nuestros teatros los brujos sobre los escotillones con correderas que les pasean por la escena, pues no se oía ni el ruido de los pasos, ni el de las ruedas, ni los vaivenes del carruaje.

Hallábanse solo á una corta distancia de la abadía, é iban á entrar en un nuevo sendero, cuando un cuerpo opaco pasó ligeramente á la altura de la cabeza de Ricardo y cayó en la delantera del carro. Era Bob que de un salto acababa de recobrar su puesto. Al punto Drake apretó el paso, y silencioso siempre, llegó, después de un sin fin de rodeos, á un sotillo distante á lo más cincuenta toesas de las paredes de la iglesia.

Llegados allí, ocultaron el carro entre los árboles, y Bob desenganchó dos de los perros que se alejaron acto continuo.

—Hé aquí unos centinelas á los cuales nadie sorprenderá, dijo, pues conocerían á un mal intencionado á media milla de distancia, y creo que percibirían á un constable de aquí á Londres.

Al mismo tiempo Drake tomó del cofre algunos objetos, y se adelantó solo hácia la iglesia, en tanto que Bob, después de encargar con una señal espresiva el mas completo silencio á sus compañeros, se tendió en el suelo, escuchando atentamente. Permaneció inmóvil en aquella posición durante algun tiempo; después dió varias veces muestras de impaciencia, pero tan imperceptibles, que para reparar en ellas era menester toda la atención que Ricardo paraba en sus menores movimientos, y por último recobró su inmovilidad, pareciendo responder con una especie de gemido prolongado á una señal que él solo había oído. Levantóse casi en seguida, tomó en el carruaje algunos nuevos instrumentos, desenganchó uno de los perros que quedaban en él, y le ató aquellos útiles en las correas que le servían de arnés. El perro desapareció al instante, y Bob, recobrando su primera posición, dijo por lo bajo á Ricardo:

—Parece que las cerraduras son buenas y que los cerrojos tienen candados; malo es eso, pues Drake necesitará diez minutos para aserrar la piedra en que están clavados los goznes.

El perro volvió muy luego, pero sin traer ninguno de los objetos

que Bob le habia confiado ni de los que se habia llevado Drake. Bob le examinó atentamente para ver si llevaba algo colgado de las correas; reparó al fin algunos nudos hechos en la cuerda que le servia de tirante, y dijo á Ricardo, mientras los desataba para enganchar otra vez el perro al carro:

—Drake me dice que guarda los útiles temiendo que encontremos alguna puerta interior que esté cerrada tan sólidamente como la exterior.

Aun no habian transcurrido los diez minutos que Bob indicara como tiempo necesario para aserrar las piedras en que estaban clavados los goznes, cuando aquel se levantó diciendo:

—Se acabó ya. Ahora es preciso que me ayudeis, pues es inútil que Drake vuelva: allí le encontraremos.

Inmediatamente entregó á Love una palanca de hierro de una longitud y peso considerables, cargó á Ricardo con dos cajas cuidadosamente cerradas, y se ató al rededor del cuerpo un cinturón en el cual se veian artísticamente colocados varios punzones, limas, sierras pequeñas, hojas de flexible acero, y en particular un par de pistolas que parecian escelentes y un puñal que Love encontró bastante largo. Despues tomó otro cinturón igual para su hermano, y dijo á Ricardo y al gifero que le siguieran á la abadía, despues de haber encargado á los perros, por medio de una señal, que se mantuvieran en acecho.

Ya no era tiempo de retroceder para el jóven Barkstead ni para Love, pero aun cuando ni uno ni otro eran hombres que renunciassen á una empresa cualquiera despues de haber resuelto llevarla á cabo, la estrañeza de cuanto tenia lugar, aquella mutua correspondencia entre los dos hermanos, la inteligencia maravillosa de sus perros, la importancia y lo horroroso de la accion que iban á cometer, su asociacion con aquellos hombres condenados y sacrílegos, de quienes solo se hablaba con espanto; todo esto llenó su alma de una glacial aprension, que no les dejó seguir á Bob hasta que este se lo hubo indicado por segunda vez.

Pronto llegaron á la abadía, donde encontraron á Drake junto á una puertecita que parecia intacta. Ricardo temió por un momento que los dos hermanos le hubiesen engañado; pero pronto conoció

que debia admirar más que nunca la destreza y prudencia de sus cómplices.

— Esta puerta pesa demasiado para que pueda separarla y sostenerla yo solo, dijo Drake, y si la hubiese dejado caer hácia dentro, hubiera hecho un ruido capaz de despertar á los muertos.

— Los dos hermanos clavaron en seguida unos fuertes tornillos en aquella puerta, pasando por los anillos que tenian en su estremidad, unas cuerdas que entregaron á Love y Ricardo, quedándose tambien una Bob, en tanto que Drake, armado con una palanca, empezó á remover la puerta por el lado de los goznes. Esta se separó fácilmente de la pared, dejando muy luego espacio suficiente para que pudiese pasar un hombre; Drake entró el primero y sostuvo la puerta por la parte interior, mientras Ricardo le seguía. Este se reunió con Drake, y Love pasó á su vez, despues de lo cual los tres sostuvieron la puerta hasta tanto que Bob hubo arrancado de ella los anillos y entrado todo el equipage que necesitaban. Volvieron á colocar cuidadosamente la puerta en su quicio, y Drake la apuntaló con la palanca, para impedir que cayera.

— Estaban ya en el interior de Windsor, pero aun no en la iglesia. Recorrieron un largo corredor, subieron y bajaron varias escaleras, todo en la más completa oscuridad, y llegaron á una segunda puerta, que encontraron cerrada tambien, y cuya cerradura arrancó Drake en un momento.

La noche era fria; ninguna luz brillaba en la nave desierta; el viento gemia sordamente en los arcos de las ventanas, y cada movimiento resonaba como un rumor lejano, bajo aquellas desnudas bóvedas. La confusa claridad de la noche parecia pegarse á las vidrieras sin penetrar en la iglesia, y dibujaba en la sombra las grandes ventanas del templo cual si fueran inmensos fantasmas. Love se acercó á Ricardo y le estrechó silenciosamente la mano, y entonces Drake dijo á este:

— Ahora, jóvenes, os toca á vos: contad bien los pasos y tomad exactamente vuestras medidas porque no tenemos tiempo de desenlazar la iglesia de un extremo al otro.

— Conducidme á la puerta principal, dijo Ricardo, y os llevaré en derechura á donde está el tesoro de que quiero apoderarme.

Drake le colocó en la puerta que hay delante del coro, y Ricardo echó á andar en línea recta y con pasos cortos y mesurados, contando hasta veinte. Despues, volviendo súbitamente á la izquierda, de modo que describiese un ángulo recto con la línea que acababa de seguir, contó doce pasos mas y se detuvo diciendo :

—Aquí es donde se ha de escavar.

—Bien está, dijo Drake: ahora dejadnos hacer y no queráis ayudarnos hasta tanto que os lo pidamos.

Bob y Love se acercaron al sitio en que Ricardo permanecía inmóvil.

—Retiraos, dijo Drake, ya he señalado la piedra; guardad silencio sobre todo, pues esto es lo mas esencial. Pero ¿quereis absolutamente que desaparezca todo rastro de lo que vamos á hacer? Ved que esto nos obligará á tener luz, lo que es muy peligroso.

—Es absolutamente preciso, respondió Ricardo.

—Adelante pues, replicó Drake.

Bob encendió en un momento una pequeña vela, recorrió con ella toda la superficie de la losa, examinándola sin embargo atentamente, despues de lo cual observó algunos puntos en que el cimientto sobresalia de las rendijas y algunos otros en que parecia faltar. Despues de esta inspeccion en realidad minuciosa, pero que sin embargo habia parecido ligera á Ricardo, apagó la luz, y ausiliado por su hermano, puso manos á la obra.

Ricardo y Love fueron acostumbrándose poco á poco á la obscuridad, de modo que les fué posible seguir los movimientos de los trabajadores, los cuales primero derramaron con cuidado al rededor de la losa que querian levantar, un licor que por el olor conocieron era vinagre; en seguida pasaron una hoja de acero delgada y flexible por entre las juntas de las piedras, y haciéndola ir y venir con extraordinaria rapidez, cual hubieran podido hacer con una sierra, rociando de tiempo en tiempo el intersticio de las piedras, empezaron á separar la losa que querian levantar, de las que le rodeaban.

Durante cerca de tres cuartos de hora que duró este trabajo, Drake y Bob, sentados en el suelo, no cambiaron siquiera una palabra, y Ricardo permaneció inmóvil, lo propio que Love.

Terminada aquella operacion, los dos hermanos introdujeron entre las losas la punta adelgazada de una palanca y empezaron á levantar la que habian separado. Drake que tenia la palanca, hacia solo movimientos muy lentos y parecia levantar apenas la piedra; pero á cada uno de aquellos movimientos, Bob introducía una pequeña cuña de madera en el intervalo que iba agrandándose, de modo que si hubiese faltado la palanca, la losa no hubiera podido volver á su sitio. De este modo pronto la hubieron separado completamente y pudieron colocar debajo de ella un rodillo que la sostuvo en el aire.

Mientras Ricardo permaneció inmóvil, tuvo tiempo de entregarse á mil reflexiones, sucediendo lo mismo á Love, aun cuando su imaginacion no ayudaba á las impresiones que recibia de los objetos exteriores. Así fué que al principio examinaron con curiosidad mezclada de interés el trabajo continuo y silencioso de Bob y de Drake; despues, mientras que cortando y gastando sin descanso el cimiento de las losas sepulcrales, aquellos dos hombres indiferentes parecian olvidar que tuviesen testigos, Ricardo se sintió asombrado al observarles, cual si les viera por primera vez. Aquella continuidad de movimientos regulares, aquella perseverancia silenciosa, que apenas dejaba ver la incierta claridad de la noche, tomaron por fin un carácter tan singular, que Ricardo se figuró que dos demonios que desenterrasen á un condenado para llevarlo á los infiernos, no tendrian otro aspecto: poco á poco esta suposicion, que solo se habia presentado á su espíritu como la aplicacion que un poeta ó un pintor hace de la observacion de una accion real ó un hecho imaginario, esta suposicion alimentada en su mente por el silencio y las tinieblas, acabó por tomar las formas de una realidad, y Ricardo llegó cuasi á estar cierto de que asistia á una operacion sobrenatural. Mas esta conviccion, léjos de atemorizarle, le exaltó de tal manera, que se consideró dichoso con aquella posibilidad, y una orgullosa sonrisa agitó sus labios.

Love, por el contrario, reflexionando sobre los mismos objetos, encontró en ellos otros sentimientos y vió mas que la realidad, es decir unos hombres que cometian un sacrilegio, y un ataúd que encerraba el cadáver de un rey; pero sacrilegio castigado con la muer-

te y la condenacion eterna, rey á quien él habia escupido á la cara. Esto era lo que estaba pensando y lo que turbaba su alma, cuando Drake le dijo:

—Ea! ayudadnos á echar la piedra á un lado.

Tom y Ricardo se apresuraron ambos á obedecer, el primero para librarse de sus meditaciones, y el segundo para llevar las suyas hasta cooperar personalmente á la obra infernal á que creia asistir. El ardor con que se dedicaron á ejecutar lo que Drake les habia dicho, les prestó tanta fuerza, que los dos hermanos cambiaron en medio de las sombras una señal de sorpresa y de contrariedad.

La piedra quedaba levantada, pues, é iba á resolverse la gran cuestion de saber si Ricardo habia designado bien el sitio. Esta observacion hecha por Drake, llevó otra vez á Ricardo á la realidad de lo que sucedia. En seguida con el ardor que inspira la satisfaccion de haber vencido un primer obstáculo, desembarazaron el espacio que cubria la enorme losa que acababan de levantar, de la cal, argamasa y piedras que la sostenian, escavando de este modo un pié á corta diferencia, sin encontrar cosa alguna.

Love, cuasi desanimado, dejó escapar un suspiro de descontento. Ricardo, ayudado por los dos hermanos, siguió con perseverancia sacando tierra; escavaron otro pié, y clavando fuertemente en el suelo sus agudas azadas, no encontraron la menor resistencia. Ricardo quedó desconcertado, y Drake murmuró con mal humor:

—Nunca se entierra á tanta profundidad en las iglesias.

—Tentemos, dijo Bob; es inútil que perdamos el tiempo si no hay nada.

En seguida sacó del cinto una varilla de hierro de unos dos piés y medio de longitud y la clavó en varios puntos de la hoya, sin encontrar ninguna clase de obstáculo.

—Os habeis equivocado, dijo Drake; no olvideis el trato que hemos hecho; cien guineas si nada encontramos, la mitad del tesoro si damos con él.

—Tentad á mayor profundidad, dijo Ricardo.

Drake tomó la varilla de manos de su hermano, unió otra á su extremo y la clavó nuevamente en la tierra, siendo mas afortunado

que Bob, pues apenas habia clavado la sonda unos tres piés, experimentó una fuerte resistencia.

—Creo que ya lo tenemos, dijo Drake con tono alegre.

Sin embargo, en lugar de retirar en seguida su herramienta, le hizo dar una vuelta en el punto donde habia dejado de penetrar en la tierra, y luego la sacó lentamente. En cuanto estuvo fuera, Bob se apoderó de ella, llevóse la punta á la boca y despues de un corto exámen la tiró con aire de descontento, diciendo:

—Es un pedazo de ladrillo lo que has encontrado; vámonos.

Love no sabia que pensar. Drake se levantó para marcharse; Ricardo insistió nuevamente, y cogiendo las dos varillas, las hundió en la tierra en toda su estension, que era de cerca de cinco piés. Fué tal la cólera y la fuerza con que lo hizo, que el hierro se dobló bajo su mano al encontrarse detenido por un cuerpo duro.

—Será alguna otra piedra, dijo Bob.

—No, no, respondió Drake, que habia cogido la sonda de manos de Ricardo; se ha clavado en alguna madera, porque cuesta mucho arrancarla.

Sacóla al fin y Bob examinó otra vez la punta.

—Es madera, dijo, y de escelente cualidad! Ea, manos á la obra.

Los cuatro continuaron su trabajo con ardor, y en menos de un cuarto de hora hubieron sacado la tierra que cubria un ataud de roble perfectamente conservado. Ricardo, á quien habia agitado profundamente el temor de no encontrar lo que buscaba, una vez lanzado en el camino de la incertidumbre, pensó que en aquella iglesia llena de féretros, era fácil encontrarlos do quiera se buscasen y que por consiguiente no era seguro que el que habian hallado fuese el objeto de sus ardientes pesquisas. Sin embargo no comunicó sus dudas á sus compañeros para no desanimarles; pero pronto se desvanecieron aquellas cuando Bob y Drake, que estaban dentro de la hoya, queriendo sacar el ataud, apenas pudieron levantarlo á causa de su enorme peso. Ricardo recordó que la caja de roble cubria otra de plomo, y creyó que al fin habia encontrado lo que buscaba.

Muy difícil era sacar de una hoya que tenia siete piés de profundidad, un féretro que pesaba tanto, así es que Drake, cesando en su intento despues de la primera tentativa, dijo á Ricardo:

—Supuesto que este es el tesoro, no tenemos que hacer sino romper las tablas, y nos llevaremos por partes mas fácilmente que reunido el oro y la plata que encierra.

—No es esto lo que hemos convenido, dijo Ricardo; habeis prometido sacar el ataúd, y una vez fuera de aquí, si no os conviene la mitad de lo que encierra, os he ofrecido cien guineas; ¿las quereis en seguida?

—Cien guineas, respondió Bob, son una buena retribucion por una noche perdida; pero por el peso de este ataúd es de creer que nos producirá mas. Probemos otra vez.

Hiciéronlo así efectivamente, y pasando unas cuerdas por debajo del féretro, fueron levantándolo ora de un extremo, ora de otro, colocando debajo de él algunos trozos de piedra y volviendo á rellenar de tierra la hoya á fin de que no pudiese caer. Por fin á fuerza de trabajo lograron dejar el ataúd junto á la fosa, y los dos hermanos se ocuparon inmediatamente en hacer desaparecer toda huella de aquella sacrilega sustraccion. Echaron en la hoya toda la tierra, volvieron á colocar la losa como estaba, si no tan sólidamente á lo menos de manera que, en una iglesia tan poco concurrida, pudiese pasar mucho tiempo antes de que se descubriese cosa alguna. En seguida sacaron de una de las cajas que habian confiado á Ricardo, una argamasa parecida á la que unia las baldosas; despues de haber encendido otra vez una luz, llenaron los intersticios de la losa con aquella argamasa, y como su color era mas fresco, esparcieron por encima un polvo en extremo sutil, que estaba guardado en la segunda caja. Bob fué despues al ángulo mas retirado de la nave, cogió una gran cantidad de polvo, y dejándola pasar á través de sus dedos, la esparció con tanta destreza en el sitio que habian ocupado, que el mas advertido no hubiera podido reparar la menor diferencia con el resto del pavimento.

Tomadas todas estas precauciones, que Ricardo habia juzgado necesarias al buen éxito de su proyecto, se ocuparon los cuatro en sacar el ataúd fuera de la iglesia. Queriendo evitar todas las dificultades que les hubiera ocasionado seguir el mismo camino que al entrar, pasando por los corredores estrechos y escaleras espirales,

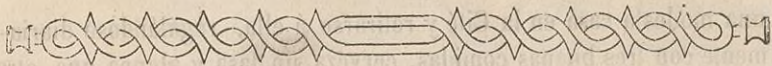
abrieron la puerta principal, y Bob salió por ella para ir á buscar la carreta.

Entre tanto Drake, Love y Ricardo, cansados por los esfuerzos que habian hecho, se sentaron sobre el ataúd en el cual el primero creia encontrar inmensos tesoros, y los otros dos el cadáver de Carlos I.

La duda invadió otra vez el alma de Ricardo y cuasi iba á resolverse á hacer abrir el féretro, decidido á abandonarlo á sus cómplices con la recompensa prometida, si se habia equivocado; pero recordó que aquel cadáver debia conservar una huella terrible que podia hacer que aquellos miserables lo reconociesen, y que entonces quizás se negarian á llevárselo ó irian á delatarle antes de que hubiese realizado su proyecto, y determinó correr la ventura hasta el fin.

Bob llegó poco despues con el carro, tirado por cuatro perros, en el que colocaron con bastante facilidad el ataúd, gracias á la destreza de los dos hermanos y á la fuerza prodigiosa de Love y Ricardo. Echaron á andar, siguiendo el camino real; al poco rato llegaron al sendero donde Love y Ricardo habian encontrado á Drake, y este les trajo en seguida los caballos, completamente descansados. En cuanto todos estuvieron prontos, Drake se lanzó detrás de su hermano, y animando este á los perros con un agudo silbido, se pusieron en marcha con extraordinaria rapidez.





XXV.

EL BOSQUE.



MIENTRAS hemos seguido uno á uno los movimientos exteriores de Ricardo y sus compañeros, no hemos podido dar cuenta exacta de lo que en su interior pasaba, y no obstante es probable que la accion que acababan de cometer les habia hecho experimentar sensaciones distintas. Cuando hubieron cesado todas las dificultades materiales, debió ser cuando cada uno de ellos pudo reflexionar acerca de lo que acababa de hacer, y la marcha rápida y silenciosa que hacía Lóndres habian emprendido, era muy á propósito para entregarse á semejantes meditaciones.

Para los dos hermanos el resultado de las ideas que galopaban en su cérebro mas rápidamente que los enormes perros que arrastraban la carreta, no era otro que el cálculo de lo que esperaban encontrar en el ataud. Al principio eran monedas de plata que, repartidas entre ellos y sus compañeros, debian bastarles para comprar

una modesta casa en la Cité y retirarse á ella, regalándose diariamente con tres buenas comidas, cerveza sin tasa y alguna que otra botella de vino de Francia.

Despues pensaron en el cuidado que se habia tenido en enterrar aquel tesoro en una iglesia, en la importancia del que, habiendo podido alcanzar una sepultura en Windsor, la habia utilizado para aquel objeto, y en los riesgos que debia haber corrido para llevar á cabo semejante superchería. Todas estas razones podian hacer creer bastante verosímilmente que un tesoro semejante debia ser muy superior á algunos miserables sacos de dinero, que hubieran ocultado en un jardín ó á lo mas al pié de una cruz en algun cementerio. Así pues, Drake y su hermano Bob pensaron que el ataud que habian robado, debia seguramente estar lleno de oro, y como consecuencia de esta suposicion, se veian ya poseyendo no solo una excelente casa en la ciudad de Lóndres, sino tambien una granja magnífica en el condado de Middlesex ú otro por el estilo.

Una vez aventurados en el camino de las ilusiones, adelantaron por él rápidamente; el tesoro, que de plata se habia convertido en oro, sufrió una nueva metamórfosis, pues era muy posible que fuesen las pedrerías de alguna familia ilustre proscrita en tiempo de Cromwell, y en tal caso la fortuna que debian repartirse se hacia incalculable, y ya no era una casa ni una granja lo que convenia á la ambicion de Bob y de Drake, sino palacios y castillos con inmensos señoríos, paseándose muy luego con la imaginacion por su parque y cazando en sus frondosos bosques.

Pero la ambicion nos estravia hasta las mas locas y á veces hasta las mas culpables pretensiones, y la de los dos hermanos traspasó los límites de cuanto pudiera inventar el mas estravagante delirio. Despues de haber agotado todas las suposiciones para hacer ascender al mayor valor posible el presunto tesoro que habian adquirido, alterados por su insensata sed de riquezas, ansiosos de poseer una colosal fortuna, se preguntaron porque dividirian aquel oro, aquellas pedrerías, aquellos diamantes, aquellos castillos, aquellos señoríos y aquellos palacios que acababan de conquistar, y esta pregunta hizo nacer la idea de una traicion en la mente de aquellos profanadores de sepuleros.

En aquellos dos seres unidos por la sangre, el interés, el oficio, las costumbres y los peligros, habia lo que podríamos llamar un paralelismo de alma y de pensamiento que les hacia obrar de concierto en todos los actos de la vida y que les hizo llegar á ambos, casi á un mismo tiempo, á la misma pregunta y á la misma duda. Volviéronse, pues, uno hácia otro, y sus miradas comprendieron fácilmente sus mutuos designios. Entonces se pusieron á hablar en voz baja y concertaron un plan cuya ejecucion dejaron para cuando el camino les ofreciese una ocasion favorable.

Entretanto el pensamiento de Ricardo salia tambien de su acostumbrada senda, pero no porque discutiese interiormente lo que le faltaba hacer. Exaltábale un inaudito sentimiento de alegría, y cual un cautivo que, libre de la cárcel que le encerraba, devora el espacio con la mirada y la carrera, daba rienda suelta á su alma, á la que abria, como un ancho campo, la venganza á que por fin iba á entregarse con placer. Su caballo marchaba al lado de la carreta mortuoria, en tanto que él dirigia al ataúd que guardaba aquel insensible cadáver, las miradas dulces y complacientes con que una madre protege la cuna de su hijo, sonriendo como ella á lo que formaba su alegría y su esperanza.

En cuanto á Love, bastaban para ocupar su imaginacion las dificultades que todavia debian vencerse para realizar la tan deseada venganza.

Cada cual habia llegado, pues, al último término de sus reflexiones, es decir que la resolucion de los dos hermanos no tenia ya escrúpulo de ninguna clase, el delirio de Ricardo, escitado por la rápida carrera de este, tenia algo de furioso, y las dificultades para llevar á buen término aquella aventura parecian insuperables á Love, cuando descubrieron á Great-House.

Este edificio, como hemos dicho ya, se hallaba algo apartado del camino, del cual le separaba un bosque que se estendia hasta alguna distancia á derecha é izquierda y que dependia inmediatamente de él. Una cerca impedia la entrada en el bosque por el lado de los campos, pero solo una zanja bastante ancha le separaba del camino. Apenas la carreta y los ginetes llegaron al sitio en que los árboles tocaban con aquel, cuando, sin que ninguna señal apa-

rente pareciese escitarlos á ello, los perros dieron algunas muestras de insubordinacion, y veinte pasos mas adelante el carro cayó en la zanja.

¿Cuál era el proyecto de Drake y Bob, á quienes todo retardo podia ser tan fatal como á sus compañeros? Solo despues de algunas respuestas ásperas de los dos hermanos empezó Ricardo á sospechar sus designios, adivinándolos Love completamente.

—Maldicion! dijo Ricardo, apeándose de caballo, esto va á hacernos perder una hora.

—¿Qué decís? una hora! respondió Drake, que se habia desembarazado con prontitud, lo propio que Bob, de la especie de silla en que iban, nuestra empresa ha fallido por esta noche, pues la carreta debe haberse roto y nada podemos hacer.

—Nada podemos hacer! dijo Ricardo con reconcentrada ira. Nada podemos hacer! estais locos ó sois unos traidores.

—Ni lo uno ni lo otro, respondió Bob, que parecia examinar atentamente el carro y que habia desenganchado ya de él los perros; es preciso sacar este ataúd de aquí dentro, ocultarlo en alguna parte y venirlo á buscar mañana por la noche.

—Mañana por la noche! replicó Ricardo; mañana por la noche no daría un sueldo por este ataúd y cuanto encierra.

—Sin embargo es preciso renunciar á ello por hoy, añadió Drake.

—No lo haría, respondió Ricardo, cuyo furor aumentaba gradualmente, por el título de duque y par y la posesion del mejor condado de Inglaterra; lo juro por mi salvacion eterna.

—Tesoro muy singular es este, pues, dijo Bob, apartando la tapa del carro, que, enteramente ladeado, dejó rodar por el suelo el ataúd; sin embargo, á juzgar por el peso, me parece que su contenido no ha de evaporarse en una noche, sobre todo si le ponemos encima algunos piés de tierra.

—Decidme, repuso Ricardo con mayor sangre fria que hasta entonces, ¿qué es lo que hemos convenido?

—Que nos dariais cien guineas ó la mitad del tesoro.

—¿Con qué condiciones?

—A condicion de que lo desenterraríamos y lo llevaríamos á casa de Love antes de que hubiesen dado las tres de la noche.

—Cumplid, pues, vuestra promesa.

—Es imposible, dijo Drake.

—Imposible! repitió Love, los tunantes tienen pocas ganas de hacerlo, mirad.

Mientras Ricardo disputaba con los dos hermanos, Love habia bajado á la zanja, que estaba completamente enjuta, y examinado á su vez el carro; despues, levantándolo con sus robustas manos, en cuanto estuvo libre del peso enorme del ataúd, volvió á ponerlo sobre sus ruedas.

—Mirad, continuó, el carro ha resistido á la caida, y no hay que hacer mas que ponerlo en el camino, cargarlo otra vez con el ataúd y echar á andar otra vez.

—¿Y de qué modo, dijo Drake con mal humor, despues de haber subido al camino al lado de su hermano, quereis sacar de la zanja esta pesada masa?

—Del mismo modo que lo habeis hecho para sacarla de la hoya, que era mas estrecha, y en la cual no podiais maniobrar mas que dos, al paso que aquí podemos emplear nuestras fuerzas los cuatro.

—Aquí, Fox! Mab, aquí! dijo Drake, sin responder á Love, llamando á los perros que se alejaban en el camino, y haciéndoles tender á sus piés.

—Esos pícaros, dijo en voz baja el gifero á Ricardo, que estaba á su lado, traman alguna traicion; quizás seria prudente molerles los huesos.

Ricardo, que empezaba á participar de sus temores, le respondió que opinaba lo mismo, pero le hizo observar que lo esencial era hacer llegar el féretro á Lóndres y que era mejor transigir que apelar á la violencia. Por lo tanto, mientras los dos hermanos parecian consultarse por lo bajo, les dirigió la palabra.

—Veamos, les dijo, ¿quereis cumplir ó no lo que habeis prometido? No olvideis que si os negais á hacerlo, llevamos buenas espadas y mejores dagas, que pueden obligaros á ello.

—No olvideis tampoco, respondió Drake, que nosotros tenemos escelentes pistolas, que alcanzan desde mas léjos que vuestras es-

padas, y que se hallan aquí nuestros auxiliares, añadió señalando á los perros, que están ya cansados de comer despojos y no desean otra cosa que probar carne fresca. Aquí, Fox, aquí! dijo, observando que los perros no estaban quietos como de costumbre.

Esta horrible amenaza no asustó á Love ni á Ricardo, pero puso en descubierto la mala voluntad de sus cómplices, y sin tomarse gran trabajo para averiguar cual podía ser la causa de aquella disposición hostil, pudo Love adivinar fácilmente que era el cebo del tesoro lo que les tentaba y les inspiraba aquella resolución, por cuyo motivo creyó evitar toda disputa manifestándoles que fundaban en falso su esperanza.

—Me tomáis por un idiota, dijo entonces, y como tal me tratáis queriendo persuadirme de que no podeis sacar de la zanja el ataúd y creyendo que me asustáis con vuestros gozquillos. Sabed que maese Love tiene media docena de esos animalitos para el servicio de su carnicería, cada uno de los cuales se comería de un solo bocado á los vuestros, y que sin embargo cuando se atreven á gruñir demasiado alto y les doy en la punta de las narices una especie de capirotazo que me es particular, no vuelven nunca á enseñar los dientes. No olvideis tampoco que habeis permanecido una hora en una hoya húmeda, y que la pólvora necesita estar seca para prender. Así pues, no os hagais el fanfarron, porque nada ganariais en ello, aun cuando quedaseis únicos dueños de este ataúd, pues solo encontraríais en él un cadáver corrompido, que á buen seguro no tiene en el bolsillo las cien guineas que os ha prometido mi compañero.

Los dos hermanos respondieron á esta especie de discurso con una sonrisa de incredulidad, sorda como sus gestos y sus palabras. Drake sacó del cinto una de sus pistolas, y Love y Ricardo desenvainaron las espadas; pero Bob, poniendo de repente la mano sobre el brazo de su hermano, le detuvo en el momento en que iba á apuntar con su arma al gifero. Dijole algunas palabras ininteligibles y añadió despues, de modo que le oyesen Love y Ricardo:

—Mal rayo! gente viene; estamos perdidos!

Todos guardaron un profundo silencio. Love y Ricardo nada oian; pero habian adquirido un conocimiento tan indisputable de la inte-

ligencia de Bob en semejantes encuentros, que no dudaron de la verdad de cuanto decia. Al instante los dos hermanos se deslizaron como culebras desde lo alto del camino, al cual habian vuelto á subir, al fondo de la zanja, donde se encontraban nuestros héroes.

—Alerta, mis amos, les dijo al propio tiempo Bob, corremos peligro de ser ahorcados los cuatro; entremos todo este equipaje en el bosque, ó perdemos no solo el tesoro, sino tambien las cien guineas, el cadáver corrompido y la vida.

El peligro comun venció todo disentiimiento, y en un abrir y cerrar de ojos, con el auxilio de algunas cuerdas y reuniendo sus esfuerzos todos los interesados, sacaron de la zanja el ataúd y el carro, ocultándolo todo en el bosque. Ricardo ayudaba á Love á internarlo mas, en tanto que Drake y Bob habian ido, segun decian, á buscar los caballos que quedaran en el camino, cuando sintieron que les tiraban violentamente por los piés, lo que les hizo caer al suelo, y aun no habian vuelto de su sorpresa y ya los dos hermanos les habian sujetado fuertemente con una cuerda, que pasándoles por encima de los brazos, les privaba de todo movimiento. Mientras ellos se ocupaban en tirar del carro, Bob les habia deslizado lentamente un nudo corredizo en las piernas, y de este modo les derribó tan fácilmente.

Hallábanse en el bosque, á doce ó quince piés de la zanja, tendidos debajo de las malezas que les ocultaban sin que sin embargo les impidiese ver el camino. Aun cuando nada se oia, á pesar de lo que habia dicho Bob, no por este dejó de creer Ricardo que realmente habian sido detenidos por la llegada de alguien.

—Se acercan, miserables, dijo; se acercan, y recibireis el premio de vuestra infame traicion.

—Qué vengan! respondió Bob, lo mas que puede suceder es que os dejemos gritar y en tal caso, como nos prenderán á todos, será preciso que confesemos la verdad, es decir que nos habeis seducido prometiéndonos oro para hacernos cometer un crimen castigado con la muerte. Segun esta revelacion, vosotros sereis los instigadores y nosotros los ejecutores; vosotros habreis perseverado y nosotros retrocedido ante este atentado, y ya sabeis que la ley dice: Los que violen alguna tumba serán condenados á muerte,

añadiendo mas adelante : Se recompensará á los que descubran este delito.

—Ah, perros! murmuró Love : espero que os ahorcarán con nosotros, y voy á llamar aunque debiese responderme el diablo.

—Silencio! añadió Bob, tambien puede suceder otra cosa, á saber, que nos desagrade oiros gritar, y en tal caso nos aprovecharemos de vuestra recomendacion, no olvidaremos que teneis excelentes dagas, y ya comprendeis que conocemos demasiado el cuerpo humano para no saber exactamente entre que costillas deben clavarse á fin de que el paciente no tenga que quejarse de la operacion.

Ricardo conoció que su posicion era desesperada. La noche adelantaba, llevándose consigo su esperanza de vengarse, el resto de su vida. Probó pues un último esfuerzo.

—Escucha, Drake, dijo rápidamente, por mi honor, por mi alma, por la de mi padre, muerto por la santa causa inglesa, te aseguro que en este ataud no hay mas que un miserable cadáver. Examinadlo en seguida si quereis. Pues bien! Os he prometido cien guineas para que lo llevaseis á Londres, y os daré doscientas. Sí, doscientas, pero es preciso que nos pongamos otra vez en marcha.

—Y yo añadiré ciento mas, añadió Love.

Los dos hermanos quedaron sorprendidos de aquella proposicion; pero Drake empujó el ataud con el pié y respondió :

—Este féretro pesa mas de trescientas guineas; quereis engañarnos.

—Locos! dijo Ricardo, lo que le hace pesar es una caja de plomo, vedlo sinó.

Esta explicacion tan natural llenó de estupor á los dos hermanos.

—Una caja de plomo! repitió Drake en voz baja.

—Veamos pues, dijo Bob.

En seguida tomaron del carro algunos instrumentos y se dispusieron á arrancar la tapa del ataud; en tanto Love y Ricardo, sujetados por las cuerdas, permanecieron junto á este. Aquel trabajo, como todo lo concerniente á su oficio, fué obra de poco tiempo para los dos hermanos, quienes, en cuanto le hubieron terminado, introdujeron las manos con feroz avidez en el féretro abierto.

—Es un cadáver! dijo Bob.

Recorrieron con las manos toda la estension de la caja de plomo.

—No hay nada mas, añadió Drake.

Cogieron la mortaja, la desgarraron y examinaron el cadáver con la misma avidez.

—Está desnudo, dijo Bob.

—No tiene sortija alguna en los dedos, añadió Drake.

—Nada tiene tampoco en el cuello.

—Nada en el cuello! exclamó Ricardo con voz bronca, incorporándose con un esfuerzo convulsivo y clavando la mirada en el ataúd; ¿nada tiene en el cuello?

—¿En el cuello? repuso Drake volviéndolo á tentar: sí!

—¿De veras?

—Una cicatriz! tiene mucha estension; ocupa toda la garganta.

—Es decir, da la vuelta al cuello!

—Sí, es...

—Es él, dijo Ricardo en voz alta y sin poder contener un grito de alegría.

—Estais loco! dijo Bob, ¿quereis hacernos ahorcar? Seriais capaz de despertar al gerif de Lóndres con vuestros gritos, aun cuando estuviere á diez millas de distancia.

—Y bien! dijo Love, que hasta entonces habia guardado silencio, ¿quereis las trescientas guineas?

Drake, cuya mano no habia abandonado el cadáver, y que parecia querer reconocer sus facciones con el tacto, respondió lentamente, como pesando sus palabras y hablando consigo mismo:

—Un cadáver encerrado en una caja de plomo; un cadáver embalsamado y cubierto con una mortaja de terciopelo; un cadáver con la marca del verdugo, enterrado en Windsor y por el cual pagan trescientas guineas Ricardo Barkstead, hijo del regicida, y Love, que escupió á la cara al rey mártir! Este cadáver es el de Carlos I, rey de la Gran Bretaña!

Dichas estas palabras, que pronunció con tono acompasado y á medida que aparecian en su imaginacion las ideas que representaban, se volvió á Love y añadió con amarga sonrisa:

—Trescientas guineas, pobres señores! este cadáver producirá

mucho mas á los que lo han descubierto. Desde luego habrá dos sogas y dos horcas para vosotros y á lo menos dos mil guineas para cada uno de los que lo habrán devuelto á su hijo Carlos II. Ea, Bob, manos á la obra ; es preciso que nos pongamos en marcha.

Las esperanzas de Ricardo se habian desvanecido otra vez ; no solo perdía en aquella ocasion su venganza, sino que se veía además amenazado con el suplicio, del cual nada podría librarle. La desesperacion se había apoderado tambien del alma de Love, que ya ningun proyecto llegaba á concebir, y ambos permanecian anonadados, cuando la casualidad, que tan amenudo sirve á los novelistas y que mas á menudo todavía parece regir los destinos humanos, les prestó por un momento su auxilio. A decir verdad, la casualidad no entró en aquella ocasion en los sucesos que tuvieron lugar mas que en la forma, porque el fondo era el resultado de un cálculo y de una prevision muy razonables. Hé aquí en que consistió aquella intervencion.

Bob nada respondió á las palabras que Drake acababa de pronunciar y que hemos transcrito mas arriba, porque con el oido pegado al suelo, escuchaba atentamente.

— Este vocinglero nos ha vendido, dijo en voz baja. Ya no es un ardid ; realmente viene gente por el lado del castillo.

— Qué importa ! dijo Drake.


— Conviene que no nos sorprendan antes de que hayamos prestado nuestra declaracion, respondió Bob, porque una vez presos ningun caso harán de nuestras palabras.

— Pues bien, dijo Drake, dejemos pasar á los importunos.

Los dos hermanos y sus perros se ocultaron en las malezas, y muy luego se oyeron los pasos de los caballos. Estos seguían la calle de árboles que desde Great-House conducía al camino real, y una vez estuvieron en él subieron hasta el ángulo del bosque en que se hallaban nuestras gentes. Cuando los recién llegados se acercaban á aquel sitio, los dos caballos que habian quedado olvidados en el camino, huyeron asustados en direccion á Windsor. Las siguientes palabras que Ralph Salnsby pronunció con claridad aun que en voz baja, prueban que lo que sucedía no era efecto de la casualidad.

— Estoy cierto de que son ellos que huyen ; mi criado les ha

El Cefito
Buenaventura Bassa



N.º 857 del 3.º vol.

LOS DOS CADÁVERES.

visto montar á caballo. Sospechaba que de un modo u otro Ricardo sabría la marcha de Carlota, y le he hecho acechar. El compañero Love son los que nos han adelantado esta noche en el camino; habia creído reconocerles, y mi espía, que les seguia de cerca, ha confirmado mis sospechas. Seguramente Ricardo intentará ver esta noche á Carlota, y aunque siento no poder castigar por mí mismo á ese miserable, me daré por satisfecho si de un modo ú otro lleva su merecido. Ea! ocultaos junto á la zanja, y al primer silbido que oigais, venga de donde venga, haced fuego con vuestros arcabuces primero, y despues acabad con ellos con las dagas. Al primer silbido, ¿lo entendeis? Esta es la señal que ha convenido con Carlota.

Un *Sí, coronel*, respondió á esta instruccion que, segun se ve, estaba basada en un cálculo de prevision por parte de Ralph Salnsby; pero la parte de esta aventura que pertenecia por completo á la casualidad, ó por mejor decir á la fortuna de ciertos hombres, consistia en que aquella instruccion fuese dada en francés, y que por consiguiente solo Ricardo la comprendiese. Podríamos explicar lo que llamamos casualidad diciendo que la permanencia de Cárlos II en el continente y el apoyo que habia buscado en todas las cortes de Europa, habian hecho que entrasen á su servicio gentes de todos los países y en especial franceses; pero el hecho que hemos referido tiene una explicacion mejor que esta, á saber, que es exacto, y la razon ni la verosimilitud nada tienen que oponer á la verdad.

Terminadas las palabras de Ralph, guardóse un momento de silencio, cual si los que estaban en el camino escuchasen si percibian algun ruido; pero Ralph añadió de repente, tambien en francés:

— Es ya media noche y debo volver á Lóndres. Prestad mucha atencion.

Los caballos partieron al galope, no dejando percibir á los dos hermanos el ruido que hicieron los soldados al deslizarse en la zanja. Aun cuando el oido de Ricardo no estuviese tan ejercitado como el de Drake y Bob, adivinó fácilmente lo que sucedia por el roce de las malezas, pues ya estaba advertido de lo que iba á pasar, mientras que los dos hermanos, que solo escuchaban los caballos, nada percibieron.



— El grito de Barkstead habrá llamado la atención de las gentes de la casa, dijo Bob. Despachemos, el tiempo vuela, y no podemos pensar en llevarnos el ataúd; envolveremos cuidadosamente el cadáver con las capas de estos valientes camaradas, y el carro estará pronto en marcha.

— Pero ¿y nuestros compañeros? dijo Drake.

— Apretando un poco los nudos de las cuerdas y sujetándoles á un árbol para que no puedan acercarse uno á otro y cortarlas con los dientes, podrán aguardar á que venga la justicia, á quien les enviaremos mañana. Mab, Fox, al carro.

El frío y la desesperación entorpecían á Love, y Ricardo, siempre tranquilo cuando el peligro parecía desesperado, aguardaba en silencio.

— Es extraño, dijo Bob, los perros no avanzan; diríase que sienten á alguien.

— ¡Cál respondió Drake; el aroma que despide ese cadáver les ha echado á perder el olfato: ostigales.

— Imposible, dijo Bob, gruñen y permanecen tendidos.

— Habrán perdido el rastro; ven hasta la zanja, nos seguirán y reconocerán que se engañan; por otra parte, allí no percibirán el olor que exhala el cadáver.

Bob y Drake, se dirigieron á la zanja, llamando en voz baja á los perros, pero sin poner en ello precaución alguna; estos, cuyo instinto no se equivocaba, les siguieron humildemente y á su pesar, y cuando llegaron junto á la zanja, tres silbidos dados por Ricardo y tan fuertes que podían oírse á una legua á la redonda, resonaron en el bosque, respondiéndoles acto continuo cinco ó seis arcabuzazos. Love y Ricardo sintieron pasar por encima de ellos una bala mal dirigida, y un momento después oyeron caer en la zanja dos cuerpos dando sordos gemidos.

— Han sido heridos los dos, dijo una voz.

— Sí por cierto, respondió otra; pero ¿has oído que silbido tan extraño? hubiérase dicho que salía del centro del bosque.

— Veremos, repuso el primero que había hablado; pero no han muerto, pues me parece que gimen todavía. Ea, manos á las dagas.

Dichas estas palabras, cinco ó seis hombres corrieron hácia el sitio donde los dos hermanos yacian en el suelo; pero los fieles perros, cuyas advertencias habian despreciado aquellos dos miserables, como parece debe suceder con los verdaderos amigos á cuantos traspasan los límites de lo que puede esperar razonablemente su fortuna, los dos fieles perros, decimos, que lamian las heridas de sus amos, se volvieron contra sus asesinos, entablándose entre ellos una encarnizada lucha.

Por mas que aquellos animales mostrasen un terrible valor, nada podian contra algunos hombres armados, á quienes libraban de sus mordeduras casacas de búfalo, corazas ó cotas de malla. Pronto fueron degollados, y uno de los hombres que habia hablado antes, exclamó en voz bastante alta y riendo:

—¡Ah! los guardias de corps del gifero eran valientes y fieles; ojalá que Su Majestad los tenga tan adictos! Retirémonos y dejemos aquí estos cadáveres, pues mañana podremos llevárnoslos.

Así diciendo, volvieron á la casa, pero en lugar de seguir otra vez la calle de árboles que se dirigia á Great-House, atravesaron el bosque pasando lo bastante cerca de Love y Ricardo para asustarles. Sin embargo, los soldados estaban tan seguros de haber acabado su cometido, que andaban muy aprisa y pronto estuvieron lejos de nuestros dos cautivos.

—¿Qué hacer ahora? dijo Love.

—Hélo aquí, respondió Ricardo obedeciendo al ardor de su pensamiento, pues habiendo concebido, al marcharse Ralph, un plan para libertarse, el buen éxito de la primera parte parecia asegurarle que lo llevaria á cabo sin nuevo obstáculo; es preciso que procuremos alcanzar los caballos; arreglaremos el cadáver como han dicho estos traidores; lo envolveremos con nuestras capas; lo ataremos con las cuerdas que nos sujetan, como hacian los egipcios con sus momias, y lo colocaremos en el arzon de nuestra silla, cada uno á su vez. Valor, Love, y quedaremos vengados.

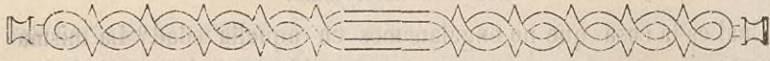
—Todo esto está muy bien, respondió el gifero; pero para ello seria preciso que á lo menos tuviésemos libre una pierna á fin de poder correr tras los caballos, aunque fuese á la pata coja, y una mano desatada para levantar el cadáver.

—Pues bien, dijo Ricardo, nos han proporcionado todos los medios de salvacion: voy á arrastrarme hasta llegar á tu lado, tienes buenos dientes y el gusto de cuerda no te espanta.

—Es preciso que así lo haga, dijo Love, aunque me parece que huele á cadáver á una legua. Acercaos pues.

Agil como una culebra, Ricardo se deslizó hasta Love, y tendiéndose boca abajo, presentó al gifero la parte de su cuello en que estaba atada la cuerda. Love se puso en la misma posicion con un vigoroso esfuerzo, y acercando su cabeza á la de Ricardo, empezó á morder la cuerda con todas sus fuerzas. Si nuestros dos héroes no hubiesen tenido el cuerpo separado, hubiérase dicho que eran la sombra de Rogerio y Hugolin tendidos en el bosque de los árboles de hierro. Los esfuerzos de Love adelantaban poco, cuando un nuevo incidente vino á turbar su trabajo. Dejóse oir un ruido de pasos, acompañado del que producía un vestido de seda al rozar con los árboles. Love y Ricardo dirigieron sus miradas hácia aquel lado y repararon en una mujer vestida de blanco que, exhalando sollozos inarticulados, se acercaba al lugar en que ellos estaban. Al verla quedaron mudos de sorpresa; pero en el momento en que Love perdía su valor, Ricardo reconoció á Carlota.





XXVI.

EL CRÍMEN.



CARLOTA había oído los tres silbidos é inmediatamente despues la detonacion de los arcabuces, bajando en seguida despa- vorida y llena de temor y desesperacion. Al atravesar el bosque encontró á los sol- dados de Ralph, y aunque evitó sus mira- das, llegaron á su oído palabras siniestras y sangrientas carcajadas. La noche estaba oscura, y los últimos estertores de un hom- bre ó de un perro la condujeron hasta el borde de la zanja. Carlota sentía en su alma una afeccion particular y simpática que debía matarla con la muerte de Ricardo, así es que el aspecto informe que descubrió á sus piés á pesar de la oscuridad, la dejó inmóvil.

No pensaba siquiera en bajar á la zanja y miraba fijamente, fas- cinada por un espectáculo que le parecía mas terrible que la muerte, pues no era de aquel modo como se habia presentado esta á su imaginacion. En efecto, ¿en qué no soñamos á los catorce años?

¿Cuál es la cosa que no engalanamos en aquella edad? La misma muerte se nos presenta con un aspecto noble y gracioso. Bajo la influencia de una imaginación joven nos la representamos en el campo de batalla apagando una altiva mirada y marchitando un hermoso rostro; la vemos bella en una mar furiosa, hiriendo con el rayo á un marinero que lucha contra el huracán desencadenado; la contemplamos llorando en un lecho de dolor, en que se estingue una existencia pura y bondadosa; la admiramos hasta en el cadalso, donde la honramos con el nombre de martirio. Pero la muerte con anchas heridas, con las carnes desgarradas, los cabellos arrastrados por el lodo, manchados y colgando sobre un rostro contraído por la rabia, es nueva y triste para una imaginación de catorce años, como toda verdad lo es para una alma tan joven; y Carlota miraba, no ya á Ricardo, no ya á aquel por quien hubiera dado su vida, sino la muerte, la muerte verdadera, que hasta entonces aun no había comprendido bien.

Ricardo, á quien la llegada de Carlota había llenado de esperanza en un principio, pero que cuasi en el mismo instante había temido que su prima no estuviese sola, se aventuró á llamarla al observar su inmovilidad. Carlota, arrancada á la cruel contemplación que la absorbía enteramente, hizo un movimiento convulsivo. Ricardo la llamó segunda vez, y aquella, tendiendo la mano en la dirección de la voz que le hablaba, pareció interrogar aquel sonido inesperado y al cual no creía tener que responder más. Ricardo la comprendió y le dijo dulcemente:

--Sí, Carlota, aquí.

La joven corrió ligera como una gacela y cayó de rodillas al lado de Ricardo.

--Soy yo, dijo este, estoy atado y cautivo, librame.

Carlota, sin responder, desató con sus delicados dedos los nudos que sujetaban á Ricardo, cogió las manos de este y apartó su cabeza para mirarle mejor; después, separándole de la frente sus rubios cabellos, le sonrió, trató de murmurar su nombre, y dejando escapar dos ó tres gemidos, cayó en sus brazos abogada por la alegría y las lágrimas.

¿Cuántas sensaciones extrañas se habían sucedido durante algu-

nas horas en el corazón de Ricardo, y cuán viva y deliciosa fué la que experimentó en aquel momento! Embargóle completamente por un instante, mientras con sus besos secaba las lágrimas de Carlota; pero aquel instante fué corto como toda dicha, y la voz sombría de Love lo apagó de repente en su corazón.

--¿Olvidáis, dijo con mal humor, que os estoy aguardando y que otro nos espera á los dos?

Estas palabras escitaron á la vez en la memoria de Ricardo todos sus proyectos y todas sus esperanzas. Mientras no habian hecho mas que sucederse en él, tanto unos como otras habian parecido fáciles á su voluntad; pero cuando aquellas palabras los hubieron puesto frente á frente, cruzándolos por decirlo así cual dos espadas enemigas, Ricardo se estremeció, y aun cuando Carlota, ignorante de cuanto sucedia, permanecia abandonada entre sus brazos, y el cadáver de Carlos I seguia mudo é inanimado, parecióle sin embargo por un momento que los dos se habian levantado á su lado, llamándole al mismo tiempo. Trabóse, pues, en el alma de Ricardo una lucha, cuyos actores se hallaban presentes aunque permaneciesen estraños á ella, entre la jóven á quien adoraba y el padre que merecia todo su ódio, entre el corazón enamorado y el corazón que habia jurado vengarse.

Transcurrió un minuto de duda y de silencio. ¿Quién obtuvo la victoria? ¿Fué el amor ó la venganza? El corazón humano es un profundo abismo, es un volcan terrible cuya lava una vez encendida lo devora todo, al que hace arder lo que deberia apagarlo, y que se exaspera hasta producir espantosas esplosiones. Así sucedió con Ricardo, quien en lugar de escoger, hizo entrar su amor en su venganza para que esta fuese mas horrorosa y completa. Una vez lanzado en la carrera del crimen, quiso llegar á su último término, y su imaginacion acalorada creyó que haria digno de respeto su atentado si lograba que este fuese inmenso. Levantóse, pues, cogió la daga y cortó las cuerdas que sujetaban á Love.

--Haz lo que te he dicho, murmuró con voz áspera al gifero; vé á buscar los caballos y vuelve á este bosque, donde te aguardaré.

Alejóse Love dejando solos á Ricardo y á Carlota.

--Escucha, dijo Barkstead á esta, ninguna existencia humana

tiene un largo porvenir, pero hay algunas que están destinadas á estinguirse mas jóvenes que las demás. Tu vida y la mia pertenecen á este número y ambos moriremos muy pronto.

La jóven le escuchaba, y esta prediccion la dejaba feliz y la encantaba, sin que tratase de averiguar con que podia lisonjearla ó amenazarla Ricardo. Entre las palabras que este habia pronunciado habia una que absorvia todo su pensamiento: el *ambos* con que aquel unia sus destinos. Si hubiese dicho: Vivirás, serás poderosa, serás feliz, se hubiera arrancado de sus brazos con lágrimas en los ojos; pero habia dicho: *Ambos moriremos*, y le habia estrechado apasionadamente.

—Sí, Carlota, añadió el jóven, moriremos, porque ya ves que nuestra existencia no se encuentra en las circunstancias comunes; nuestros padres murieron en el cadalso, el tuyo condenado por el mio, y este sufriendo la venganza que aquel inspiró, y sin embargo aun no ha acabado todo... No importa, no tiembles! Recuerda que ha sido menester el suplicio de tu padre, de un rey, para que nacieras en el seno de mi familia, recuerda que para separarnos se ha necesitado la muerte del genio mas grande de Inglaterra y la destruccion de su obra; en fin, Carlota, recuerda que para que nos volviésemos á ver y nos desposásemos, nuestro destino ha tenido necesidad de una cabeza y de un cadalso, los de mi padre, no olvidando que si me escuchas y te hablo en este momento es porque la peste ha invadido la ciudad de Lóndres, y quizá tambien porque en este momento estamos ya á 30 de enero y se ha levantado otra horca en Tyburn.

—Ricardo, Ricardo, murmuró la jóven con voz casi apagada y cual si sus siniéstras palabras oprimiesen su pecho como una pesadilla en una noche de fiebre.

—Sí, Carlota, continuó el feroz Ricardo, moriremos, porque, bien lo ves, cada uno de los dias que nos ha reunido ha costado una vida querida, y sin duda la nuestra será la última que aceptará la suerte como precio de esta entrevista. Pues bien, si tal es nuestro destino ¿consentirás en que demos á la muerte nuestra vida cubierta de desdichas?

—Lo que tú quieras lo querré yo también, respondió la joven con entusiasmo.

—¿Quieres pues ser mía? repuso Ricardo estrechándola contra su corazón.

—Tuya! respondió Carlota, lo soy con mis pensamientos, con mis sonrisas, con mis lágrimas, con mi alma, con mi vida, con todas mis fuerzas. Lo soy cuando sueño dormida, lo soy cuando sueño despierta, permaneciendo silenciosa y con los ojos inmóviles durante largas horas; tuya soy cuando sufro, tuya cuando espero.

Y enlazando sus brazos al rededor del cuello de Ricardo, acercó sus labios á los del joven y comprimió bajo su seno palpitante el jadeante pecho de aquel.

Aquel beso anonadó á Ricardo, pero escitado por una indecible sed de venganza, resuelto á no abandonar una circunstancia de lo que él habia meditado como objeto de su vida y conociendo que su resolución se debilitaba, encontró instintivamente un atroz socorro. Cual la Pitonisa rendida por los oráculos y el frenesí se sentaba otra vez en el trípode que le comunicaba la inspiración divina; cual el enfermo cuyas fuerzas se apagan, toca con la mano el hilo eléctrico que le reanima y galvaniza, Ricardo, esperando que el horror de tan espantosa proximidad encendería otra vez su delirio, se sentó sobre el ataúd de Carlos I y puso sobre sus rodillas á la hija de este.

Ya hemos dicho que Ricardo se habia lanzado en la carrera del crimen, y nada era ya capaz de detenerle en ella, ni la inocencia de Carlota que no comprendia siquiera el verdadero sentido de sus palabras, ni el recuerdo del amor puro que la habia profesado, ni la idea de que el delito que iba á cometer se convertia en sacrilegio por la presencia del cadáver de Carlos I.

La pluma se resiste á describir la escena que tuvo lugar.

—Hoy es el 31 de enero, dijo una voz sorda, á algunos pasos de Ricardo, y van á dar las dos de la madrugada.

Era Love, que habia vuelto á traer los caballos. Ricardo se lanzó hácia él y le detuvo un momento.

Cuando se acercó al sitio en que habia dejado á Carlota, esta estaba de rodillas, con la cabeza apoyada en el ataúd, inmóvil, sin llorar y comprendiéndolo todo por fin. Ricardo la llamó en voz baja.

—Hoy es el 31 de enero, aniversario de la muerte de mi padre! dijo Carlota con acento solemne.

Levantóse despues y añadió con inesplicable tranquilidad:

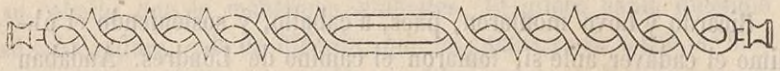
—Moriremos pronto, ¿no es verdad, Ricardo? Tú me lo has dicho. ¿Cuándo te veré otra vez, cuándo volverás? Al presente solo la muerte puede libramme, porque no me atreveré á decir que soy tu esposa. Dime pues, ¿cuándo volverás?

—Mañana á la misma hora, dijo Ricardo con igual solemnidad.

—Te aguardaré, respondió la jóven.

En aquel instante se dejaron oír algunos pasos hácia el lado del castillo, y Carlota se lanzó al encuentro de los que llegaban, pues habiéndose sentido indispuesta lady Salnsby, la habia enviado á buscar, y todos se habian llenado de inquietud al ver que no estaba en su aposento. Pronto alcanzó á los primeros criados, y dirigiéndose con ellos al castillo, favoreció la ejecucion del último proyecto de Ricardo.





XXVII.

REGRESO Á LÓNDRES.



L plan que se habia trazado Ricardo para apoderarse del cadáver de Carlos I, habia tenido un éxito mas feliz del que podia esperar. Envuelto en dos capas y fuertemente atado con cuerdas, que le rodeaban en forma de espiral desde la cabeza hasta los piés, el cuerpo del desventurado monarca presentaba una masa fuerte y flexible á la vez y se mantenía en el arzon de la silla en que estaba atravesado, como los sacos de trigo que los molineros colocan delante

de sí sobre sus caballos.

En la imposibilidad en que Ricardo se encontraba de hacer desaparecer todas las huellas del crimen que habia cometido, las abandonó todas, esperando que habria consumado su venganza antes de que nadie hubiese podido explicar la presencia de los muertos que yacían en la zanja y el abandono del carro y del ataúd vacío en el bosque.

Ricardo y Love montaron, pues, á caballo, y sosteniendo el último el cadáver ante sí, tomaron el camino de Lóndres. Andaban en silencio, uno al lado del otro, y aun que llegaban al término de su proyecto ejecutando con todos los pormenores previstos y acordados de antemano las terribles represalias que habian decidido, su frenesí se habia desvanecido y se hacian interiormente tardías reflexiones acerca de su crimen, de su cobardía y acaso tambien del peligro que corrian.

Estos pensamientos se presentaban mas particularmente á la imaginacion de Love, pues, aun cuando no fuesen agenos á Ricardo, experimentaba su alma tan profunda confusion de remordimientos y alegría, de desesperacion y esperanza, que todo lo olvidaba. Sentíase preso por la fiebre, no por esa fiebre ardiente que abrasa y da al hombre una imaginacion sobrenatural pero lúcida; no esa fiebre durante cuyo acceso ve lo que no es ni ha sido jamás y oye palabras que no pertenecen á idioma alguno, pero percibe distintamente los fantasmas que se le aparecen y que se mueven con una accion inteligible; no, la fiebre que dominaba á Ricardo era una especie de pesada somnolencia, en la que entra por algo la verdad, pero desfigurada é imposible; cuanto pasaba á su alrededor, tomaba un aspecto monstruoso, cuanto oia, aparentaba un ruido confuso é inesplicable; él mismo participaba de aquel estado de insensato atontamiento, y su individualidad se perdía en aquel océano de tenebrosas sensaciones. Ora le parecia estar unido al cuerpo palpitante de Carlota, en tanto que le arrastraba consigo un caballo de hierro; ora el cadáver que se llevaba era el de la jóven, al paso que Carlos I luchaba contra sus besos; ya su pié puesto en el estribo pesaba tanto que no podia sostenerlo su pierna, y en vano queria desembarazarse de él; ya le parecia que sus dedos se enredaban con la brida, y se esforzaba inútilmente para desprenderlos de ella; ya en fin, el ruido de su propia respiracion le parecia un sonido extraño, que trataba de evitar, cual si fuese un grito de venganza. Vacilaba sobre su silla, y su cabeza flotaba insegura sobre su pecho ó se inclinaba sobre uno de sus hombros.

De repente se detuvo su caballo, y el salto que le hizo dar, desvaneció su fantástico delirio. Miró á su alrededor y vió á Love y

su caballo que se mantenian inmóviles. El gifero habia detenido su cabalgadura, y la de Ricardo, que no guiaba ya su mano, se habia parado instintivamente. Algunas ideas menos indecisas se presentaron entonces al alma de Ricardo, é inclinándose hácia Love le dijo :

—Si esta carga os cansa, la tomaré yo ; dádmela.

—Mucho pesa, respondió Love con voz sorda, y tanto que quízás ni vos ni yo podemos llevarla mas léjos. ¿Nada veis al estremo del camino ?

Ricardo miró. Un resplandor rojizo parecia asomar en el horizonte, triste y vacilante ; era poco considerable y parecia que no aumentaba.

—No debe ser un incendio seguramente, dijo Ricardo, pues á esta distancia no hay casa, bosque ni otra cosa que pueda alimentarlo.

—Tampoco es un entierro nocturno, respondió Love, ni algun cortesano acompañado de criados con antorchas, porque el resplandor no se acerca.

—Puede que sea una avanzada, cuyos soldados se estarán calentando en tanto que amanece, dijo Ricardo.

—Debe ser el sábadó que viene á saludarlos con gran pompa. Lo que hacemos es propio de condenados, y á la hora presente daría dos dedos de mi mano derecha por no haberlo empezado.

—¿ Tienes miedo acaso ? dijo Ricardo.

—La pregunta es inútil : no tengo miedo de nada ni de nadie. Si es preciso que sea ahorcado por lo que hemos hecho, iré al cadalso tarareando la cancion del viejo Noll, y no por esto estaré menos orgulloso de ello ; pero hubiera podido no esponerme á que me ahorcasen.

—Pues bien, replicó Barkstead, déjame, ya sabré realizar mi venganza yo solo.

—Lo que acabais de decir es inútil tambien, añadió Love, pues ya sabeis que no os dejaré, á menos que me corten las piernas para impedirme que os siga, aunque fuese no al sábadó, sino al infierno ; pero en fin, hubiera podido quedarme en la cama, y no tendria que estar receloso á causa de aquel resplandor que brilla á lo léjos.

—Es preciso que averigüemos en que consiste, sigamos adelante.

Echaron á andar otra vez, pero mas lentamente y tomando algunas precauciones, y muy luego un prolongado murmullo de voces, que aumentaba ó disminuía cual las ondulaciones del viento cuando gime bajo largas bóvedas, les hizo comprender que en aquel sitio se hallaba reunido un inmenso gentío, conociendo que debia obstruir el camino, y que probablemente les seria imposible pasar.

Adelantaba la noche, y aquel nuevo obstáculo les desanimó cuasi por completo.

—Dicho está que no conseguiremos nuestro objeto, exclamó amargamente Love; esto es un aviso, señor, no vayamos mas léjos.

Ricardo no respondió; su cérebro fatigado no tenia ya fuerza, porque el obstáculo que se atravesaba en sus designios nada tenia de irritante. Sin duda era alguna miserable reunion que la casualidad ponía en su camino, y no se encontraba con deseo ni fuerzas para superarla.

Love, que habia comprendido el silencio de Ricardo, le dijo:

—¿Qué vamos á hacer ahora de este lío? ¿Le dejaremos abandonado aquí y entregaremos á los realistas el cadáver que hace tanto tiempo buscan?

Ricardo siguió guardando silencio. Una prolongada gritería llegó hasta él, como un último agujon, desde el horizonte enrojecido, y le despertó algun tanto de su apatía.

—Adelantemos un poco mas, dijo, y veremos si podemos pasar.

Avanzaron en efecto y observaron un gran número de hombres y mujeres esparcidos por el camino y un campo inmediato; la mayor parte estaban provistos de antorchas y corrian como insensatos, agitando y dando gritos. Love y Ricardo hicieron entrar sus caballos en un campo, desde el cual, manteniéndose fuera del círculo de luz que los hachones despedían, y por consiguiente envueltos en una densa oscuridad, pudieron distinguir los movimientos de toda aquella turba sin temor de ser descubiertos. Los furiosos gritos que aquella arrojaba sofocaban el ruido de los caballos, de modo que se acercaron insensiblemente y se colocaron de modo que pudieran observar todo.

La muchedumbre, reunida entonces en un campo, rodeaba dos enormes carros en los cuales estaban subidos algunos hombres, y estos, bajándose de vez en cuando, tomaban en aquellos unos objetos cuya forma no podia distinguirse, y los arrojaban al suelo. Cada vez que uno de estos objetos caia en tierra, la multitud daba grandes gritos de alegría.

—Son aldeanos que descargan abono para estercolar las tierras.

—¿En este tiempo y á esta hora? dijo Ricardo, no es creíble. Debemos acercarnos mas todavía.

Dieron algunos pasos hácia adelante y vieron que los carros estaban descargados ya. Un extraño espectáculo se presentó á su vista. Las carretas se alejaron en direccion al camino, formóse un inmenso corro en el campo en que se hallaba la muchedumbre, y un sor-do murmullo se dejó oír á su alrededor. Aquel corro, inmóvil en su conjunto, pero agitado en todas sus partes, parecia una corona de antorchas que se levantaban y bajaban sucesivamente; este movimiento aumentó con rapidez y pronto se convirtió en un vaiven continuo y desordenado; á fuerza de mirar, Love observó que su causa no era mas que la accion de los hombres que llevaban aquellas antorchas y que se bajaban para coger piedras y arrojarlas contra los objetos que rodeaban, acogiendo con aplausos y gritos de alegría los golpes bien dirigidos.

Pronto se turbó el órden que reinaba en el corro, sin que no obstante se perdiese del todo. Algunos de los que iban provistos de antorchas se separaron del círculo y atravesaron el espacio que quedaba vacío en su centro, agitándolas, como hacen los niños en el Mediodía de Francia en la velada de San Juan, cuando saltan las hogueras, en tanto que las jóvenes bailan al rededor y los hombres formando rueda. Estas idas y venidas se multiplicaban despues, cruzándose en todos sentidos y acompañadas siempre de gritos y carcajadas, porque algunos caian y otros tropezaban violentamente. Por la altura de las antorchas cuando se hallaban en el centro del corro, se conocia que habia allí una especie de montecillo, formado sin duda por los objetos que de las carretas habian arrojado.

Cuando mas actividad demostraban en aquella estraña ocupacion, la muchedumbre arrojó de repente un grito, respondióle un prolon-

gado aullido, y la rueda volvió á formarse, empezando á dar vueltas, primero lentamente y despues con mayor rapidez. Esta aumentaba de mas en mas, y la llama de las antorchas inclinada por la accion del aire, se dobló entonces como las mieses al impulso del viento; los gritos confusos al principio, se reunieron en una especie de ritmo y se concentraron en un son único, no pudiendo dudarse que estaban cantando una antigua balada; apresuróse el canto, el corro aumentó su rapidez y la llama de las antorchas se tendió cuasi horizontalmente: hubiérase dicho que era un círculo de cometas desmelenadas; poco á poco danza y palabras se precipitaron con furor, los pasos y los cantos corrieron rápidos como el galope de un caballo; pronto se convirtió en un torbellino frenético, y las llamas se prolongaron, se tendieron y se reunieron entre sí, presentando á la vista una corona de fuego, bajo la cual rodaba una cadena animada de hombres ó de demonios.

Love y Ricardo contenian su respiracion y no sabian que partido tomar. De repente el corro, lanzado con sobrada violencia, se rompió, y todos aquellos hombres empujados por la rapidez de su carrera, se lanzaron unos sobre otros, como espigas que caen bajo la hoz del segador. Oyóse entonces una prolongada y horrorosa gritería, y la muchedumbre se dispersó. Algunos se levantaron y se precipitaron sobre los objetos que habian ocupado el centro del corro, y despues de habérselos disputado durante algun tiempo, arrancaron algunos pedazos y cada cual se llevó en triunfo el suyo, corriendo á arrojarlo léjos del círculo. Apenas habian empezado algunos esta nueva carrera, cuando cuasi todos quisieron imitarles: acercábanse al monton que se hallaba en medio del campo, cogian algo é iban á arrojarlo en todas direcciones, unos arrastrando con fuerza su presa, otros levantándola sobre sus cabezas, algunos llevándola entre dos, y todos agitando sus antorchas y dando gritos.

Finalmente dos de aquellos estraños seres se apoderaron de una parte considerable de los objetos en cuestion, y despues de haber defendido con vigor su presa contra los que querian disputársela, la cogieron cada uno por una estremidad y echaron á correr con estraordinaria rapidez en direccion al sitio en que se encontraban Ricardo y Love. Al resplandor de las antorchas, estos pudieron re-

conocer que eran dos mujeres cubiertas de harapos, que arrastraban un cadáver. Los caballos se estremecieron al verlas y se encabritaron.

Después de acercarse algunos pasos, aquellas furias arrojaron su carga gritando :

—Vamos á buscar á lady Claypole.

En seguida volvieron al monton, que iba disminuyendo gradualmente.

—¡Son los cadáveres proscritos! dijo Ricardo; bendito sea Dios! ¿Ves á lo que han llegado ya, Love? y la noche pasa, y aun estamos aquí!

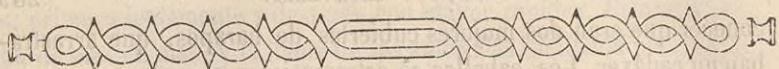
—Vamos, vamos, dijo rugiendo Love, ahora nos toca á nosotros.

Al mismo tiempo, pasando los dos una mano por una de las vueltas de la cuerda que sujetaba el cadáver por una de sus estremidades, y sosteniéndole entre los caballos del modo que se lleva una cesta, volvieron á ganar el camino. Una vez en él, reuniendo toda su fuerza y destreza, se afirmaron en la silla, hundieron las espuelas en los hijares de los caballos y partieron con la velocidad del rayo.

Entretanto, la muchedumbre continuaba esparciendo por el campo que costaba el camino los restos de los traidores; las cabezas rodaban al acaso, los miembros desgarrados cubrían la tierra, y la alegría se manifestaba con horribles gritos; pero cuando los caballos pasaron por el camino, la multitud se detuvo para contemplar aquellos ginetes desenfrenados, que desaparecieron cuasi al momento de haberlos visto; burlóse de ellos por un momento persuadida de que eran unos viajeros que se habían asustado y que creían huir de una cuadrilla de bandidos, y en seguida acabó los dos feroces puritanos llevaban silenciosamente á la horca el cadáver de este rey.

Una hora después Love y Ricardo entraron en Lóndres.

Otra hora después habían salido de la abadía de Westminster y entrado en sus respectivas casas, antes que hubiese despuntado el día ni transitase persona alguna por las calles de la Cité.



XXVIII.

LA MADRE Y EL HIJO.



LA mañana siguiente mistriss Barkstead se levantó temprano. Sentíase débil, y sus miradas se veían turbadas por continuos vértigos; pero llena de un agradable pensamiento, sobrepujó aquel penoso mal-estar y empezó á vestirse.

Grande fué la sorpresa de Betty, que la ayudaba en este trabajo, al ver que por primera vez despues de muchos años mistriss Barkstead abandonaba su sencillo traje de luto y se ocupaba en adornarse.

En efecto, sentóse delante de una mesa de ébano, sobre la cual descansaba un espejo hacia mucho tiempo olvidado; separó sus cabellos, como cuando era jóven y hermosa, y echó la sombra de sus sedosos bucles sobre su frente pálida y empañada y sobre sus mejillas enflaquecidas, adornándose despues las orejas y el cuello con sus hermosos pendientes y su collar de oro puro. Un broche de piedras preciosas apretó su talle, y ricas sortijas brillaron en su mano. Cuando hubo terminado estos preparativos, trató de levantarse de

la silla en que estaba sentada, pero sus piernas no pudieron sostenerla, y apoyando el codo en la mesa y la cabeza en la mano, se entregó á amargas reflexiones.

Betty, que observaba á su ama, no hubiera podido seguir á buen seguro el rápido curso de los recuerdos que se sucedieron en el pensamiento de mistriss Barkstead; pero tenia la costumbre de verla sufrir, y cuando cayó una lágrima de sus ojos inmóviles, la pobre criada comprendió que su dolor se inflamaba, y arrodillándose humildemente delante de ella, le cogió una de sus manos y le dijo llorando tambien:

—Mi buena ama! sed fuerte hoy, pues debe ser el último dia que tengais que sufrir.

—Sí, respondió mistriss Barkstead, creo que es el último; he pasado toda la noche escuchando mis presentimientos, y me han anunciado un fin próximo y funesto.

—Oh! no es así como yo lo entiendo, repuso Betty. Hoy será el último dia de sufrimiento para vos, porque despues de lo que hacen, despues del suplicio que debe tener lugar, ¿con qué nuevo dolor pueden heriros?

María se contentó con sonreir dolorosamente, alzando los ojos al cielo, y despues de haber hecho señal de que se levantara Betty.

—¿Dónde está Ricardo? le dijo.

Betty pareció confusa y vaciló en responder; pero adivinando la inquietud que su turbacion producía en el alma de mistriss Barkstead, añadió:

—Sin duda está durmiendo...

—Sin duda está durmiendo! repitió María, cargando el acento en las palabras que acababa de oir. ¿Luego no estais segura de ello? y se levantó de la silla.

—Lo supongo, dijo Betty rápidamente, porque como se ha recogido tan tarde!

—Con que ¿ha vuelto? añadió mistriss Barkstead sentándose, ó mejor dejándose caer otra vez; me habíais asustado.

Al pronunciar estas palabras, pasó varias veces la mano por delante de sus ojos, como para apartar un velo importuno, y dejó

caer la cabeza sobre el pecho, sumiéndose de nuevo en sus amargas reflexiones.

Betty, que queria distraerla de ellas, la llamó varias veces sin que le respondiése, y finalmente, levantando la voz para sacarla de su preocupacion, le dijo:

—¿Quereis que vaya á buscar á Ricardo?

—Ricardo! dijo María, á quien este nombre hubiera despertado del mas pesado sueño, Ricardo! No, yo misma iré. Venid, Betty, ayudadme.

Cogió el brazo de la ciega, y haciendo un penoso esfuerzo, se puso en pié y echó á andar hácia el cuarto de Ricardo, á quien, contra lo que esperaba, encontró levantado. La cama, que permanecia intacta, probaba que habia pasado la noche sin dormir. Sea que un mismo presentimiento preocupase, sin saberlo ninguno de los dos, á la madre y al hijo, sea que ambos, aunque con objeto diferente, se hubiesen encontrado en la egecucion, mostraron alguna sorpresa del cuidado que habian tenido en adornarse, pues Ricardo se habia puesto su traje mas elegante, peinándose cuidadosamente; una daga y una espada, cuyos puños eran de acero labrado, brillaban suspendidas de su cinturón, y los acicates de sus espuelas doradas resonaban á cada paso que daba.

Su rostro tenia toda la belleza de la juventud unida al indecible encanto de la palidez, cuando esta no es el resultado de una salud gastada, sino que viene del alma y es el síntoma de un sufrimiento moral. Sus grandes párpados, ligeramente amoratados por el cansancio de la noche, hacian resaltar con un brillo no acostumbrado el azul celeste de sus pupilas ardientes y el blanco azulado de sus ojos; sus labios, ligeramente contraídos, afectaban una espresion de desden, estaban descoloridos y se agitaban con un estremecimiento casi invisible y continuo: toda su actitud tenia algo solemne, y en su rostro se pintaba una tranquilidad desesperada.

—Ricardo, le dijo su madre tendiéndole la mano, sin duda Dios ha dirigido hoy nuestros pensamientos, pues nos ha hecho encontrar en un mismo punto.

—Dios, respondió lentamente Ricardo, no ha presidido los pen—

samientos de este día, porque los pensamientos de muerte y de venganza nacen lejos de su presencia.

—¿Son estos, pues, los que te agitan, Ricardo? repuso mistriss Barkstead; escucha, hijo mio: la indiferencia que mostrabas hacia mucho tiempo, la tranquilidad y la resignacion de tu vida me habian hecho esperar que la felicidad no se habria perdido del todo para tí.

Ricardo sonrió amargamente.

—Habia creído, continuó su madre, que tantas desdichas sufridas habian iluminado tu alma, y que impotente para combatir la mano que nos hiere, ocultarias tu cabeza á sus golpes y buscarias descanso y consuelo en una vida íntima y oscura.

—¿No lo he hecho así hasta hoy? respondió Ricardo, ¿no me he ocultado al verme impotente?

—Pero hoy, dijo mistriss Barkstead sentándose delante de su hijo, es un día de prueba difícil de pasar, pues puede volver á encender en tu pecho la sed de combates y de venganza por largo tiempo adormecida; el odio puede levantarse otra vez ardiente y emponzoñado en tu alma de veinte años, pues lo he sentido agitarse en mi corazón gastado y marchitado, al saber los detestables suplicios que deben tener lugar. Así lo temo al menos, y despues de esta lucha contra tí mismo, en la cual triunfas hace tanto tiempo, he creído debía ofrecerte mis auxilios y ayudarte en tu última victoria.

Ricardo nada respondió, pues no queria destruir con una palabra las ilusiones de su madre, revelándole que su resignacion no habia sido mas que aparente y para aguardar un momento oportuno; mistriss Barkstead se engañó acerca del silencio de Ricardo, creyó que este eludía la esplicacion de sus proyectos, y resuelta á destruirlos, invitó á su hijo á que se sentara y continuó así:

—Ya ves, Ricardo, que no me habia engañado y que todas tus buenas resoluciones han venido á estrellarse contra el atentado que ha de consumarse. Has pasado la noche fuera de casa, sin duda en alguna reunion nocturna, donde habreis preparado alguna loca resistencia á la ejecucion de los decretos del Parlamento. Cuentan contigo, ¿no es verdad? tu nombre y tu brazo serán los primeros que se espongan en esta lucha inútil; han dispartado en tu alma el

recuerdo de este día señalado con sangre en nuestra historia ; han exaltado tus resentimientos y te han estraviado hasta hacerte tomar parte en alguna tentativa desesperada.

Ricardo apoyó su mano en la de su madre, y moviendo lentamente su cabeza en señal de negacion, le respondió :

— No, madre mia, lo que suponeis no es exacto ; no he pasado la noche entre enemigos de los decretos del Parlamento, y ninguna voluntad estraña ha imperado en mis acciones.

— Sin embargo, dijo mistriss Barkstead, anoche y á hora muy adelantada trajeron una carta, y el portador de ella preguntó por tí con sobrada insistencia para que no debiese alarmarme, sobre todo acordándome del dia en que estamos.

Ricardo tomó aquella carta, que estaba abierta sobre una mesa, y enseñándola á su madre le respondió :

— Leed, madre mia ; ya veis que Downing me ruega que pase á su casa para un negocio de familia, y no ignorais que es hombre prudente.

— En efecto, dijo mistriss Barkstead, devolviendo la carta á su hijo.

Guardó silencio por un momento, y despues, dirigiendo una mirada á Ricardo en que parecia suplicarle que no abusase de su credulidad, añadió :

— ¿ Qué significa pues este trage, qué esta espada y esta daga que brillaron en otro tiempo en la cintura de tu padre ? ¿ Acaso te los has puesto para permanecer á mi lado ?

— ¿ Por ventura no es hoy un dia de fiesta y de alegría para Inglaterra ? respondió Ricardo con una estraña sonrisa ; ¿ no hago bien en adornarme para asistir á esa funcion ?

— ¿ Irás á ese horrible espectáculo ? preguntó mistriss Barkstead, cogiendo precipitadamente la mano de Ricardo.

— Iré, respondió el jóven levantándose y desprendiendo su mano de la de su madre.

Mistriss Barkstead se levantó tambien, y colocándose entre su hijo y la puerta, le dijo con energia :

— Me engañas, Ricardo, se ha combinado algun proyecto, debe estallar alguna sublevacion, porque no irás sin objeto á torturar tu

alma con aquel espectáculo; no irás á beber hasta las heces la afrenta que quisieras vengar; no presentarás tu flanco al aguijón para permanecer inmóvil; no vas á sufrir en valde dolor, cólera y humillacion.

—Os engañais, madre mía, dijo Ricardo con amarga arrogancia, cogiendo el sombrero y disponiéndose á salir; solo encontraré allí alegría y triunfo.

—Ricardo! Ricardo! exclamó su madre cayendo de rodillas ante él; no puedes salir hoy! no puedes salir antes de haberme oido! escúchame! escúchame!

Mistriss Barkstead se hallaba tan débil que no pudo permanecer en aquella posicion, y se dejó caer en el suelo despues de pronunciar estas palabras. Ricardo volvió á dejar el sombrero, y levantándola en brazos, la sentó en un sillón. María estaba pálida y oprimida, pero conservaba el conocimiento; Ricardo la llamaba dolorosamente, pero ella solo le estrechaba las manos por toda respuesta; poco á poco volvió en sí, abrió los ojos y sonrió á su hijo al verle á su vez arrodillado delante de ella y espiando los menores movimientos de su rostro: entonces cogió la cabeza de Ricardo entre sus manos, estrechándola largo rato contra su seno. Cobró nuevas fuerzas en aquel abrazo maternal y pudo seguir hablando, diciendo al jóven, que se habia sentado otra vez á su lado.

—Ya lo vés, hijo mio, mi vida se acaba; conozco que pronto exhalaré el último suspiro, antes quizás de lo que piensas.

Ricardo la miraba con ansiedad, y ella añadió, suspendiendo de tiempo en tiempo sus palabras y respondiéndole á la impresion del rostro de su hijo, que permanecía mudo:

—Sí, Ricardo, una voz me ha hablado esta noche, una voz que me ha llamado, advirtiéndome que debia abandonarte muy pronto! Te sonries, hijo mio, no me crees! Quieres descubrir en mis ojos si es la astucia ó la locura la que me hace hablar así. Te engañas, Ricardo, mi cuerpo está ya gastado por el sufrimiento, y el azote que se estiende sobre Lóndres me matará.

—Madre mia! madre mia! exclamó Ricardo ahogado por los sollozos.

—Te digo que me matará, repuso mistriss Barkstead, quizá

dentro de algunos dias, tal vez mañana, porque no estoy loca y tengo como garantía de mis palabras la opinion de una persona cuyo saber puedes apreciar; hablo de Andlay.

—Andlay se engaña, madre mía, exclamó Ricardo, por mucha que sea su ciencia, no puede saber en tan poco tiempo donde y como herirá la peste. Madre mía! madre mía! borrad de vuestro pensamiento este horrible pronóstico y tranquilizaos por Dios.

—Nada temo, hijo mio, respondió sonriendo la buena mistriss; pero recuerda que Andlay no se engañó ni de una hora para Cromwell, y no olvides tampoco que este pronóstico no es tan reciente como dices, sino que hace mucho tiempo que estamos advertidos.

Ricardo se estremeció y dirigió á su madre una mirada en que se pintaba un horrible asombro.

—Estamos advertidos! exclamó en voz baja, estamos advertidos!!

Su madre no comprendió el dolor que experimentaba ni el sentido que daba á aquellas palabras, y continuó con dolorido acento:

—Me habia dicho que ya lo sabias, pero tu estupor me prueba lo contrario. Vamos, no llores, hijo mio, no llores aun! todavía podemos pasar juntos un dia, y esto es lo que vengo á pedirte.

Ricardo se ahogaba. Al fin comprendia que el sueño constante de su venganza, lo habia absorbido todo en él, y recordaba entonces las repetidas advertencias de Andlay, cuando le decia:

—La vida de vuestra madre es como una antorcha débilmente encendida: en un aire puro, en una completa calma, puede vivir y durar largo tiempo, pero una atmósfera mas pesada ó un soplo de desgracia pueden apagar esa llama vacilante. Huid pues de Lóndres y del azote que le amenaza; huid de Lóndres y de las emociones agudas que pueden aquí agitar la existencia.

Ricardo, recordando todo esto, habia caído otra vez de rodillas ante su madre, ocultando la cabeza en su regazo y prorrumpiendo en lágrimas y sollozos, torturado por los remordimientos y considerándose cuasi parricida. Su madre acariciaba su cabeza entretanto, enjugaba sus lágrimas y le llamaba con los nombres mas dulces; pareció tranquilizarse al fin, y aquella añadió:

—Ricardo, hijo mio, no te desconsueles de este modo, pues, como

te he dicho ya, la dicha no está desterrada de tu vida, y la voz que me ha hablado esta noche me ha inspirado la idea de escoger el día de hoy, día por tantos títulos solemne para nosotros, para enseñarte donde se encuentra tu felicidad y guiarte con mis últimos consejos por el sendero que debe conducirte á ella.

Ricardo levantó la cabeza, y mirando á su madre á través de las lágrimas, escuchó religiosamente mientras esta le dijo:

—El día de hoy fué el del nacimiento de tu padre, y durante mucho tiempo lo celebramos á su lado; sea pues nuestro último día de fiesta. Juntos lo santificaremos con la oracion; juntos nos sentaremos á la mesa que él presidía, y hablaremos de él, Ricardo, de él que fué el mas noble de los hombres, y cuyo nombre llevas; invocaremos su memoria; imploraremos á su espíritu que nos anime y responda, y recogeré tus palabras para llevárselas al cielo, donde muy luego iré á reunirme con él! Este es el motivo porque me he adornado así; esta es la fiesta que espero, y en la que no me dejarás sola, hijo mio.

Confundiéronse por un momento las lágrimas de mistriss Barks-tead con las de su hijo, y aquella fué la primera en dominarlas.

—Hoy, dijo, es tambien el cumpleaños de Carlota! pues bien, hijo mio, á este convite de despedida, terminado el cual te abandonaré, admitiremos tambien á su desposada que se halla ausente, como admitimos á mi marido que ya no existe.

Ricardo miró á su madre con un terror tal, que quizás hubiera suspendido sus palabras, si con los ojos dirigidos al cielo y el alma inspirada, hubiese podido reparar en el terrible efecto que aquellas producian.

—Sí, Ricardo, exclamó juntando piadosamente sus manos, sentados el uno junto al otro entre estos dos puestos vacíos, pasaremos el día de hoy, yo recordando y esperando tú. Los dulces años de mi juventud pasados al lado de John aparecerán nuevamente á mi vista, y ahora que eres hombre, Ricardo, te diré que aquel fué valiente, piadoso, fiel á su palabra, indulgente, sin odio en el corazón, perdonando las injurias, y sometiendo su vida á la voluntad de Dios; y pues ha llegado mi última hora, y puedo hablar de mí á mi hijo, te diré lo mucho que le amaba por la felicidad de que me col-

mó, por la virtud que supo inspirarme, y por la honra que esperiméntaba llevando su nombre, porque ¿cuál es la esposa que se atrevería á manchar el nombre que le dan puro, y para quién sería difícil la virtud cuando se une á ella la felicidad? Después de esto, Ricardo, después de mi pasado hablaremos de tu porvenir. Como sin duda serás valiente y generoso como tu padre, tu esposa será casta y dulce como yo lo fui, y como le llevarás un corazón noble y elevado, que pondrá su existencia al abrigo de tu valor y de tu honra, te dará un amor sumiso y rendido que rodeará tu vida con su inocencia y su pureza. Después invocaremos ambos al Eterno para que nada detenga á mi alma cuando irá á reunirse en su seno con la de mi esposo, y para que te guarde á tu desposada amante y virgen hasta el día en que la llevarás al altar.

El rostro moribundo de mistriss Barkstead brillaba de entusiasmo al decir estas palabras, en tanto que el de Ricardo, en el que se pintaba una horrible desesperación, parecía el de un cadáver, cogido por la muerte en una convulsion terrible. En aquel momento su alma estaba llena de remordimientos, horrorizábase de sí mismo, y ojalá que su madre hubiese suspendido sus palabras en aquel momento, sin tocar la fibra que conmovia su alma fria y dura como el acero; pero mistriss Barkstead, siempre bajo el imperio de su entusiasmo, añadió:

—Ricardo, hoy es también el aniversario de la muerte de Carlos I.

Esta imprudente palabra encendió como un rápido soplo la amortiguada hoguera, evocó de repente el espíritu de venganza que estraviaba á Ricardo, quien apartándose de su madre, repitió lo que esta acababa de decir, con una sonrisa llena de feroz esperanza. La desventurada mistriss acabó diciendo:

—Ricardo, hoy es también el día en que entregan á los verdugos el cadáver de Cromwell. Ojalá que te enseñe á despreciar las feroces venganzas de los odios políticos!

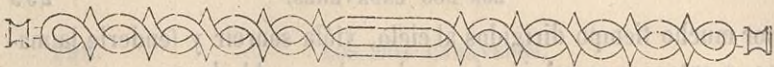
Ricardo se levantó al oír estas palabras, resuelto, terrible y avergonzándose de su debilidad. No separó la vista de su madre moribunda y débil, antes al contrario, la contempló largo rato, saciándose con aquel espectáculo triste y doloroso, vióla bajar hácia él sus ojos

por mucho tiempo dirigidos al cielo, vióla sonreír y tenderle la mano, y entonces se volvió y tomó el sombrero. Al observar este gesto al ver aquel movimiento infame, María se levantó de su silla, empleando para ello sus últimas fuerzas y gastando su aliento para gritarle al mismo tiempo que daba un sollozo :

—Ricardo! hijo mio!

Este la miró otra vez, la oyó y salió del aposento.





XXIX.

LOS DOS HERMANOS.



ESTE es el resultado de las disensiones políticas. Un jóven nacido con las mejores disposiciones para la virtud y los sentimientos nobles, se estravía hasta las mas horribles acciones, hasta la mas detestable insensibilidad; y no se diga que esto es un cuento inventado á placer. Quizás será una narracion defectuosa y que no habrá llevado la conviccion al ánimo de los lectores; pero indudablemente es la relacion de un hecho verdadero, pues en estos últimos capítulos el autor no hace mas que seguir una cruel realidad, sin que le sea posible inventar mas que frases harto desordenadas para contar los hechos de cuya veracidad no debe dudarse.

Ricardo salió pues, en tanto que su madre, tendida en el suelo, alargaba hácia él sus brazos debilitados por los sufrimientos. Betty fué la única que acudió á levantarla, y aquella madre tan dulce, tan angelical, tan digna de semejante nombre, no murió sola y aban-

donada sobre el pavimento, porque su criada se apiadó de ella, ó tal vez porque esta tuvo la probidad de no faltar al deber que su servicio le imponía.

Ricardo se había convertido en el mas miserable de los hombres. Impelido por su ódio, había olvidado los mas santos deberes de la naturaleza, la mas íntima afeccion del alma, el amor de un hijo á su madre. Sin embargo, quizás tenia una excusa porque habia llegado al parasismo de su lucha con la desgracia. Sublevado, amenazando al cielo y al destino, resuelto á no quedar vencido, cada obstáculo que la naturaleza ó el deber arrojaba bajo sus piés, no debia servirle de nada porque se habia puesto en la necesidad de desafiarlos y triunfar de todos. Cuando su alma alimentada por el amor y llena de respeto por la religion, habia podido resolverse á profanar aquel y á arriesgar su salvacion á trueque de vengarse, ¿qué otro sentimiento podia contenerle? Parece, por el contrario, que debió esforzarse en multiplicar sus sacrificios, á fin de que si no se respetaba como venerable el sentimiento que le animaba, se le temiese al menos como inevitable.

Andaba rápidamente por la calle cuasi desierta pensando en los acontecimientos que señalarian aquel dia, y palpitaba al impulso de mil emociones distintas, aun cuando la hora del suplicio fuese lejana todavía. Pero habia que sobrepujar tantos obstáculos para que los proyectos de Ricardo se realizasen completamente, que aun cuando no dependiese de su voluntad ni de su valor vencerlos ó allanarlos, no podia suportar la idea de esperar pacíficamente su desenlace sin tener en ellos alguna participacion á lo menos por su presencia. Por otra parte, sin atribuir gran importancia al mensaje de Downing, no queria faltar en una invitacion á la cual parecia pedirle un servicio.

Dirigióse pues á la habitacion de aquel y pronto llegó á ella, encontrándole levantado y al doctor sentado en un rincon de la sala con aire de mal humor. La daga y la espada del marino estaban sobre una mesa, y él arreglaba un par de pistolas, cuyos eslabones afianzaba. Al ver entrar á Ricardo, las dejó al lado de las otras armas y se adelantó hácia él. El doctor dió un salto sobre su sillón y se volvió refunfuñando sordamente.

—Gracias, amigo mio, dijo Downing á Ricardo, me he valido de una supercheria para incomodaros, pidiéndoos que viniéseis para un negocio de familia, porque temi que mi carta cayese en manos de vuestra madre, y que esta se alarmase al saber la verdadera causa porque deseaba veros.

Ricardo iba á informarse del motivo porque le habia llamado Downing, cuando el doctor, que no podia guardar silencio durante mucho tiempo cuando su mal humor estaba algo irritado, exclamó de repente:

—No he mentido, jóven, se trata realmente de un asunto de familia, pues el señor, á quien estais viendo, añadió señalando al marino, se ha metido en la cabeza que debia matar á su hermano.

—Doctor! dijo Downing, con aquella inflexion de voz que encierra á la vez una invilacion para que el interlocutor permanezca tranquilo y una queja por su exajeracion.

Pero Andlay continuó, contemplándole de arriba abajo:

—¿Y cómo hacerle cambiar de resolucion con una cabeza cuadrada, una frente baja y unos músculos de marinero! Os digo que matará á su hermano!

—¿Qué es esto pues? dijo Ricardo, adivinando la verdad de las acusaciones del médico; ¿habeis tenido alguna disputa con vuestro hermano, capitan?

—Yo no disputo con un traidor y un espía. Mi hermano volvió anteayer de Holanda, tuvo la imprudencia de presentarse en mi casa, y le arrojé de ella. Ayer le encontré en la escalera del almirantazgo, quiso hablarme, y le volví la espalda; insistió y le rechazé; quiso cojerme la mano, y...

Downing vaciló, y el doctor acabó su frase con tono de burla é indignacion á la vez:

—Y el señor le tendió la mano á la altura del rostro, lo que hizo que el otro recibiera un bofeton.

—Un bofeton á vuestro hermano! exclamó Ricardo con sorpresa.

—Ya está hecho, replicó Downing con visible impaciencia, y nada puede impedir que sea así. Ya está hecho, y con justicia. Un infame que prendió á un hombre honrado en país estrangero y le

entregó á los verdugos que le aguardaban , merece ser maldito de Dios.

—Pero es vuestro hermano ! exclamó el doctor ; infeliz ! es vuestro hermano !

—Por esto le odio , repuso Downing. ¿Qué me importa á mí que un extraño se deshonne , que un Douglas ó un Morton manche su nombre ? ¿ qué tengo que ver con ello y en qué puede interesarme ? Pero me llamo Downing y él tambien ; de la herencia de mi padre puede disipar si quiere la parte que en bienes y en oro le corresponde ; pero su nombre es una fortuna indivisible ; igual para cada uno de nosotros y por consiguiente respetable para ambos , luego no puede deshonorarle sin deshonrarme ; no puede mancharlo sin mancharme á mí.

—¿Es esto una razon , repuso Andlay , para arrojarle de vuestra casa , insultarle y abofetearle ?

—¿Por qué no me dejaba en paz ? replicó el marino. Os juro por mi alma que no hubiera ido á buscarle , pues ni siquiera le habría querido ver. Cuando me habló me volví y quise huir. Avergonzado de mi nombre , hubiera suportado mi desgracia á condicion de que , extraños uno á otro , nuestra separacion me hubiese á lo menos diferenciado de él á los ojos de mis amigos ; pero recibirle y abrazarle como hermano despues de su infame conducta , hubiera sido declararme cómplice de su crimen , y yo no lo quiero.

—¿Y esta mañana , dijo Ricardo cogiendo la espada de Downing y examinándola cuidadosamente , debeis batiros ambos ?

—Sí , respondió Downing. y vos sereis mi segundo , ó mejor mi testigo : he contado con vos.

—No os batireis , este duelo es imposible , dijo Ricardo ; no permitiré que arriesgueis en él vuestra vida.

—Bien ! bien ! exclamó Andlay , hé aquí una cabeza de veinte años mas tranquila , madura y reflexiva que la vuestra. Esto debería avergonzaros ; batiros con un hermano ! no lo habeis pensado bien. Ja ! ja ! estais loco , Downing.

—Ricardo , dijo el capitan , media un insulto por el cual debo una reparacion , y por culpable que sea mi hermano , por mas que es indigno del nombre que lleva , le queda sin embargo bastante honra

—todavía para que quiera vengar la afrenta que ha recibido. Al fin y al cabo es un Downing!

—No hay duda, respondió Ricardo que, teniendo la espada del marino en la mano, hacia doblar la hoja con aire de distraccion; pero la animosidad que mostrais contra vuestro hermano, el insulto que de ella ha resultado y que debe vengar, no son mas que las causas secundarias de vuestro duelo; toda esta disputa tiene por principal causa la traicion que atentó contra la libertad de mi padre, y por consiguiente este asunto me concierne antes que á vos; yo seré el que me batiré y vos quien me servirá de padrino.

—Contra mi hermano! exclamó Downing, ¿lo habeis pensado bien?

Como se vé, el marino comprendia que podia batirse con su hermano, pero no ser testigo contra él, porque hay en la vida lazos que es preciso romper completamente, llevando el odio hasta el último extremo, si no queremos sentir que nos sujetan el corazon; porque Downing, que se disponia á desplegar toda su destreza para herir á su hermano, no se atrevia á hacer votos en favor de Ricardo que se habria batido con él. El doctor, que habia quedado estupefacto al oír las últimas palabras de Barkstead, que en un principio creyó tenian por objeto una conciliacion, se levantó furioso de su asiento y empezó á recorrer á grandes pasos la habitacion.

—Necio! archinecio! exclamó golpeándose la frente, simple! imbecil! que he creído podia haber un átomo de razon y piedad en el corazon de un hombre de pártido! Ricardo! Ricardo! añadió con acento triste y digno, ¿has olvidado el ejemplo de tu padre, que no estaba estraviado por el frenesí político, sino que habia medido su tarea y la cumplió sinceramente? Ni la satisfaccion de su odio personal, ni la realizacion de sus deseos particulares ganaron jamás sus acciones, y el único objeto que se propuso siempre fué la libertad de Inglaterra; así es que fortuna, miseria, triunfo, destierro, suplicio, muerte, todo fué alegría en su corazon, porque todo fué virtud. Pero tú, pero vos, Downing, ¿á qué tienden vuestras luchas, vuestras palabras, vuestra sangre derramada? á indignas venganzas, á miserables triunfos, en que la patria no entra para nada. Queréis ser fraticida, Downing: sedlo; quieres vengar tu agravio, Ri-

Barcelona 27 Marzo 1860

*El Editor
Buena Ventura Bassa*

cardo: puedes hacerlo; pero no rebajeis la causa de Inglaterra á vuestro odio ni á vuestra venganza, pues vuestra venganza y vuestro odio son demasiado pequeños para ella, y el ruido de vuestras espadas no llegará á oídos del coloso.

—No se trata aquí de Inglaterra ni de su libertad, replicó Downing con mal humor, sino de mi nombre arrastrado por el lodo é infamemente deshonrado.

—Mentís, repuso el doctor deteniéndose delante del capitán, que quedó estupefacto al oír aquella audaz palabra; mentís, vos y cuantos velan con su honra particular la rabia de sus opiniones. Si la traición de vuestro hermano Jorge se hubiese dirigido contra uno de esos miserables realistas á quienes considerais como la deshonra y ruina de Inglaterra, si hubiese tenido por objeto entregar á Cromwell uno de esos partidarios de los Estuardos que iban de corte en corte mendigando enemigos contra el Protector, mientras él nos colocaba á la cabeza de las naciones, no os faltarian palabras para decir que la salvación de la patria es la ley suprema y que la causa santa de la libertad todo lo justifica, y abrazaríais tiernamente á ese hermano á quien vais á inmolar.

El capitán se mordió los labios, y Ricardo quiso tomar la palabra.

—En cuanto á tí, Ricardo, nada tienes que ver en este asunto, continuó rápidamente el doctor, porque al fin y al cabo el caballero Jorge Downing no es la causa de la desgracia de tu padre, pues no triunfó en la tentativa que hizo contra él. No te mezcles, pues, en esta cuestión.

—¿Olvidais, doctor, dijo Ricardo, que hay un insulto que no se perdona entre hombres?

—Pero entre hermanos! repuso Andlay.

—No lo es mio! replicó Downing con furor; no, no es mi hermano quien se ha vendido infamemente á un partido que persigue á los mejores ciudadanos y nos somete á nosotros, antiguos y valientes defensores de la patria, á la insolencia de algunos impertinentes cargados de cintas y bordados.

—Al fin lo confesais! estos son los motivos que os inducen á obrar así! exclamó el médico.

En aquel momento se oyó en la calle el ruido de un caballo.

Downing cogió su espada y su daga, y se percibieron en el corredor contiguo los pasos de un hombre. Era Ralph Salnsby. Al entrar, saludó con severa cortesía al capitán, que se había adelantado á su encuentro. Downing no pudo ocultar una sonrisa de alegría al ver al segundo que su hermano había elegido, y Andlay pareció asustarse nuevamente por ello, sabiendo la animosidad que existía entre él y Ricardo; pero la admiración mas viva, la emoción mas profunda fué la que agitó á Ralph cuando, despues de haber saludado á Downing, levantó los ojos y vió delante de sí á Ricardo.

Por la madrugada había ido á verle uno de los criados de Great-House, y Salnsby estaba tan distante de sospechar lo que Ricardo había ido á hacer en Windsor, que le bastó que aquel le hablase de dos hombres muertos, para que creyese en la muerte de Ricardo y Love y en el triunfo de sus propios proyectos. Esplicábase á su favor los incidentes con que el criado había acompañado su narración, de modo que no le cabía la menor duda de que los perros que habían hallado cadáveres eran los del gifero. En cuanto al extraño carro encontrado en el bosque, creía que era un carruaje provisto de los objetos necesarios para un rapto, escuchando apenas la historia del féretro vacío, cuya circunstancia despreció como inventada por la simpleza del criado, que seguramente habría visto mal.

Así pues, no fué poca su admiración al ver á Ricardo. El doctor y Downing tradujeron su sorpresa como un movimiento insuperable de odio; Barkstead fué el único que comprendió la verdadera causa y no pudo contener una palabra cuyo sentido solo ellos comprendieron.

—Sí, coronel, dijo saludando con zumbona humildad, soy yo, Ricardo Barkstead.

Ralph nada respondió, pero su imaginación buscó acto continuo una nueva explicación de lo que había sucedido en Great-House. Afortunadamente para los proyectos de Ricardo, las reflexiones de sir Salnsby no pudieron detenerse en este objeto á causa de la misión de que estaba encargado. Saludó, pues, á Andlay con esta seguridad cortés que había adquirido en la corte, y dirigiéndose á Downing le dijo:

—Caballero, aun cuando Jorge Downing, pudiera establecer las condiciones del duelo, como ofendido por vos, os deja este cuidado ó mejor este derecho, lo propio que la eleccion del sitio. Por mi parte os ruego que lo escojais lo mas cerca posible, pues mi presencia es necesaria en Tyburn dentro de una hora.

—La daga y la espada en la mano, las pistolas en el cinto, á pié, con el derecho de servirse de todas estas armas indisintamente en cuanto se hayan cruzado las espadas, y sin que pueda cesar el combate á causa de las heridas ni por convenio. Estas son mis condiciones, dijo severamente Downing.

—Es un combate á muerte, respondió Ralph sin mostrar la mas ligera emocion; las reglas, aunque crueles, son las acostumbradas, y no puedo menos de admitirlas. Sin embargo, al inducir á vuestro hermano á que os dejara la eleccion, habia creido que el agresor se mostraria moderado.

Callóse un momento como para aguardar contestacion, pero viendo que el capitan guardaba silencio, continuó:

—Es necesario que designeis ahora el sitio en que debe verificarse el desafio.

—El primer lugar á propósito junto á las puertas de Lóndres, dijo Downing.

—Sé uno, repuso Salnsby; ahora os falta resolver si se verificará el combate de los segundos.

Ricardo hizo un movimiento, y Andlay le detuvo. Downing se apresuró á decir:

—No por cierto, no lo quiero bajo pretesto alguno.

—Os doy las gracias por ello, respondió sir Salnsby inclinándose, porque debo hacer ejecutar un acto de justicia, el cual hubiera sentido mucho no presenciar si hubiera sido vencido, y que habria perdido para mí cuasi todo su valor, si el señor Barkstead hubiese sucumbido antes de que se hubiera realizado.

—Teneis razon, dijo Ricardo dejando escapar una cruel sonrisa; es preciso que hoy nos hallemos los dos en la plaza de Tyburn, pues ambos tenemos que hacer en ella, coronel, y allí nos veremos.

—Así lo espero, replicó Ralph.

Andlay había guardado silencio durante demasiado tiempo para que no se concentrara en él toda la cólera de que era capaz, y que estalló al oír aquellas frias y burlonas palabras que trocaban Ralph y Ricardo.

—Hé aquí dos hombres que no se matan porque es preciso que vayan á regocijarse con el espectáculo de unos cadáveres colgados de una horca!

Ralph le interrumpió, y dirigiéndose siempre á Downing, le dijo con aire de solemnidad cuasi religiosa:

—Ahora que todo está arreglado, me falta haceros una santa y última súplica en nombre de vuestro hermano.

El capitán nada respondió, pero con una señal invitó á Salnsby á que continuase.

—Arrojásteis de esta casa á vuestro hermano, dijo Ralph, y teníais derecho para hacerlo, pues aun cuando esta casa sea la de vuestro padre, os tocó en herencia al morir este. Respetando vuestro derecho y vuestra voluntad, el caballero Jorge no ha querido atravesar otra vez sus umbrales y está aguardando en la puerta la contestación que debo darle; sabed, pues, que me ha dicho que os pidiera permiso para entrar bajo este techo en que nacísteis ambos, para venir á saludar el lugar en que juntos vivísteis felices y unidos, y para arrodillarse otra vez en el sitio en que, abrazados los dos y anegados en lágrimas, recibísteis la bendición de vuestro moribundo padre.

Esta petición encerraba cierta cosa tan noble y tierna, que á Downing y Ricardo, hombres de emociones francas y vivas, no les fué dado contener una lágrima que brilló en sus párpados. Pero Andlay, mas acostumbrado á juzgar el fondo de las acciones que su apariencia, no pudo menos de esclamar entre dientes:

—Hipócrita!

Downing, aun cuando oyó la exclamación, respondió gravemente á Ralph:

—Consiento en que el caballero Downing entre en esta casa segun desea; pero como he jurado que nunca volveria á poner los piés en ella como hermano mio, es preciso que entre como enemigo. El patio que hay detrás de esta casa es bastante ancho para que puedan

batirse en él dos hombres, y las paredes que lo rodean bastante altas para ponernos al abrigo de las miradas indiscretas. Pues quiere invocar la memoria de nuestro padre, hagamos que se halle presente en el combate en cuanto sea posible, esto es, guardando en el corazón su recuerdo, y que animándonos este, pueda, por decirlo así, juzgar entre los dos.

Ralph se inclinó sin responder y salió acto continuo. En seguida Downing cogió una pluma y se puso á escribir, en tanto que Ricardo, acercándose á Andlay, le dijo en voz baja:

—¿Cómo es posible que un miserable que ha vendido á los verdugos la vida del coronel Okey, su bienhechor, tenga sentimientos de piedad filial tan pura y noble?

—Hé aquí, dijo Andlay riendo, en lo que os engañarán siempre á vosotros, necios de buena fé. ¿Acaso crees una palabra de esta comedia? Figúrate tú que todo este partido que va detrás de la corte, hace lo mismo para aparentar virtud á los ojos del pueblo, y recuerda que no hay accion, por infame que sea, á la cual no den un aspecto disculpable, ni asesinato en que no pongan de su parte tan buenos procedimientos. ¿Ves este palurdo marino que quiere matar á su hermano en la casa paterna? pues hay mas honra en un pelo de su bigote que en todo el cuerpo de ese hipócrita que va á hacer el lloron.

La mano del capitán temblaba al escribir. Dobló el papel, levantóse, y el caballero Downing entró en el mismo instante. Saludó sin distincion y sin mirar á nadie á cuantos estaban presentes, y atravesó el aposento para subir al piso superior. El capitán, sacudiendo la sensibilidad que se apoderaba de él, cogió sus armas en cuanto hubo salido su hermano, y pasando por la puerta que se hallaba en el fondo del corredor, entró en una especie de jardinillo que habia detrás de la casa, y al cual le signieron Ricardo y Andlay. Este, que examinaba cuidadosamente una lanceta y algunos instrumentos de cirugía que habia llevado para el caso de que tuviese lugar algun accidente remediable, encargó rápidamente á Ricardo que se asegurase bien del terreno y que no apartase la vista de Ralph, á fin de contener el menor gesto ó la mas leve señal de traicion.

—Ya sabeis por esperiencia, añadió, que son muy espertos.

Entretanto Downing andaba con rapidez, estrujando entre sus manos el papel que había escrito. De repente se detuvo como si hubiese percibido algún ruido; todos escucharon, y oyeron crueles sollozos salidos del aposento del caballero Jorge. El capitán bajó tristemente la cabeza y pareció caer en una cruel irresolución, llegando á dar algunos pasos hácia la casa, como para entrar otra vez en ella; pero de pronto se volvió y continuó su marcha, sacando y metiendo su daga en la vaina de hierro labrado, para cubrir con aquel ruido los sollozos que le importunaban.

—Bah! bah! dijo el doctor en voz baja á Ricardo y encogiéndose de hombros, he oido llorar y sollozar al caballero Jorge dos veces mas fuerte de lo que lo hace hoy, un dia que predicaba en el regimiento del coronel Okey para que esterminasen sin compasion á doscientos miserables prisioneros realistas cogidos despues de la batalla de Dunbar.

Despues de haber estado esperando algunos minutos, apareció un criado en la puerta del jardin y anunció que los dos caballeros que habian llegado hacia un rato, pedian se les condujese al lado del capitán.

—Acompañadles aquí, dijo Downing al criado, y que á nadie se permita acercarse á este sitio aun cuando se oiga ruido; suceda lo que quiera no debe intervenir persona alguna durante lo que va á pasar ni despues de ello, dejándose salir á cuantos se hallen aquí presentes, sin averiguar lo que habrá sucedido.

El criado se retiró, y el caballero Jorge Downing y sir Ralph Salnsby entraron en seguida. Jorge, con los ojos bajos y el humilde aspecto de un mártir, parecia profundamente afligido. Su hermano Jacobo le contempló largo rato sin poder encontrar su mirada, que tenia constantemente fija en el suelo, por lo que se acercó á sir Ralph Salnsby y le entregó el papel que habia escrito, haciéndole señal de que lo diese al caballero. Este lo recibió de manos de Ralph, lo leyó rápidamente y acto continuo se lo dió, haciéndole señal de que lo devolviese al que se lo habia entregado. El marino no pudo menos de exclamar al verlo:

—Te niegas á admitirlo Jorge! Es la casa de nuestro padre lo que te asegura este papel dado caso de que yo muera. Ya que te queda

este sentimiento honroso y sagrado en el corazón, acepta su santuario para que puedas á lo menos darle culto en él. No lo rehuses, Jorge, porque si sucumbo, será señal de que nuestro padre habrá fallado en tu favor.

—No tengo necesidad, respondió friamente el caballero sin levantar los ojos, de ese papel para ser dueño de esta casa, pues si la santa causa triunfa por mi mano, las leyes serán mi primer título, y no quiero otro.

Diciendo estas palabras, cogió su sombrero de anchas alas adornado con plumas y lo arrojó lejos de sí; su hermano hizo lo mismo, y ambos llevaron al propio tiempo la mano á su espada. Andlay se precipitó entre ellos:

—¿No hay reconciliación posible, exclamó, hermanos, cristianos, ingleses? ¿No teneis en el corazón ni naturaleza, ni religión ni patria? ¿Todos estos lazos no son para vosotros mas que vanas palabras? Jacobo, vos que sabeis lo que es el honor y el valor verdadero, y vos, Jorge, que dicen sois piadoso y caritativo....

En este momento Andlay se calló al reparar la mirada que le dirigió el caballero, acompañada de un gesto lento é imperativo que obligó á todos los asistentes á seguirle con la vista. Jorge soltó el puño de su espada, y sin pronunciar una palabra, pero dejando escapar un sordo gemido, llevó la mano á la mejilla, que mostró al doctor, tocándola con el dedo y con un movimiento convulsivo, como cuando se toca un objeto que inspira temor ó disgusto.

—Tiene razon, exclamó el capitán.

Así diciendo, desenvainó la espada; imitóle su hermano, Ralph y Ricardo hicieron lo mismo, y adelantándose entre los combatientes, les hicieron retroceder á la distancia de diez pasos uno de otro. Cuando los dos estuvieron en su puesto con la espada en la mano, los dos testigos se colocaron al frente uno de otro, formando cruz con los dos antagonistas. Saludáronse primero, cruzaron despues ligeramente sus espadas, y manteniéndolas altas retrocedieron cada uno por su lado cinco pasos. Llegados á esta distancia, bajaron al mismo tiempo sus armas, y los dos hermanos adelantaron el uno hácia el otro, lentamente y midiendo sus pasos á la voz de los segundos.

Un profundo silencio habia reinado hasta entónces entre los que

se hallaban presentes, pero en aquel momento los pasos fueron contados en alta voz por los testigos, teniendo por objeto la marcha de los adversarios el cruzar las espadas con que estaban armados. Todas estas precauciones se tomaban para que ninguno de los combatientes pudiese valerse de la sorpresa precipitándose sobre enemigo. Jacobo Downing, con la mirada insegura, adelantaba hácia su hermano, que marchaba hácia él con los ojos bajos hasta el momento en que contaron el último paso. Entónces le miró y cruzó su espada con la suya. Esta fué la señal del combate.

En aquel momento, al ver aquella mirada, al oír el choque del acero, ambos recobraron su ódio y su rábía. El capitán, afirmándose en el suelo, blandió la espada con fuerza y desenvainó la daga, en tanto que el caballero, echándose ágilmente hácia atrás, retrocedió tres pasos y sacó del cinturón con la mano izquierda una de sus pistolas. El golpe era atrevido y tal vez decisivo, porque si el que lo intentaba tenía tiempo de amartillar su pistola antes de que su adversario se le arrojase encima, podía matarle cuasi á boca de jarro. Pero el marino estaba demasiado acostumbrado á estos combates para dejarse sorprender por aquella evolucion, y aun no habia salido del cinto la pistola, cuando atacaba ya á su hermano con la daga y la espada. El caballero no era menos diestro que su hermano, pero en aquel momento su astucia le habia dado una verdadera desventaja, porque su mano izquierda estaba ocupada con una arma inútil; sin embargo paró con prodigiosa habilidad los primeros golpes del capitán, quien los multiplicaba con tanta mayor rapidez, en cuanto un solo momento de interrupcion hubiera permitido al caballero amartillar su pistola y podia perderle. Cruzando su espada con la de Jacobo, el caballero, amenazado siempre por la daga de su hermano, solo evitaba los golpes rompiendo cuasi á cada estocada. Por fin, pronto á ser cerrado contra una pared, toma un partido decisivo: se detiene, hace voltear su espada con singular rapidez y hiere con tanto furor, que aturdido por un momento el marino, suspende el ataque, y aprovechando él la primera sorpresa, se arroja de lado y huye al otro extremo del jardín. Una vez allí, se vuelve, amartilla su pistola y apunta cómodamente á su hermano, que corre hácia él. Deja que se acerca, y al hallarse á cuatro pasos de distancia, dispara

contra él. El capitán, con la pierna rota, cae sobre una rodilla, y el caballero arroja la pistola y se lanza con la espada levantada para herirle en la garganta; pero el marino opone su espada á la de su hermano, y mientras este busca su segunda pistola en el cinto, aquel le atraviesa la mano de una furiosa puñalada, de modo que la hoja, penetrando en el grueso búfalo del cinturón, donde se tuerce ligeramente, le clava el brazo izquierdo en el cuerpo.

Por una regla del combate, que no hemos explicado, podía tomarse indiferentemente el arma que se quisiera, pero una vez elegida esta, no era dado dejarla hasta que estuviera inservible, esto es, rota, si era la espada ó la daga, ó descargada, si era una pistola.

En este estado, Jorge, que solo tenia libre el brazo derecho, se veia obligado á servirse de su espada, mientras que Jacobo, aunque herido en una pierna, podia valerse todavía de sus dos pistolas.

El peligro habia variado, pues, de lado, y el caballero Downing previno el que le amenazaba con la misma rapidez con que lo habia hecho el capitán. Lanzóse sobre este y le dió tan precipitados golpes, que el marino no tuvo tiempo de defenderse, imposibilitado como se hallaba de levantarse. La posición del capitán era incómoda y se hizo desesperada cuando su hermano le hirió de una estocada en el brazo izquierdo y le hizo imposible el uso de las pistolas. No obstante Jacobo se defendió con la misma tranquilidad, y aprovechándose de la imprudente confianza de Jorge, que se creia seguro de la victoria, le asestó con la espada un revés tan furioso en el muslo, que el caballero cayó á su vez.

Los dos estaban, pues, sobre una rodilla á la distancia de su espada. El dolor y el cansancio suspendieron por un momento su furor. Andlay quiso dar un paso para intervenir, pero Ricardo se lo impidió estendiendo su espada. En aquel instante Jorge, cuyo rostro habia conservado hasta entonces la mayor impassibilidad, pareció agitado por una sombría esperanza; apoyóse sobre su espada, como para levantarse, y la hoja se rompió.

Andlay no pudo menos de decir en voz baja á Ricardo:

—El capitán se ha salvado!

—Está perdido si no intervengo, respondió vivamente Ricardo. En efecto, una vez rota la espada, el caballero quedaba libre de

su mano derecha, y teniendo entónces la facultad de valerse de su segunda pistola, podia matar con seguridad á su enemigo herido, que en vano procuraba alcanzarle con la espada. Jorge habia cogido ya la pistola, amartillándola con los dientes, cuando Ricardo se lanzó entre ellos con la espada levantada. Imitóle Ralph.

—La espada ha sido rota traidoramente, dijo Ricardo, y hé ahí la prueba. La punta en lugar de entrar perpendicularmente en el suelo, entra oblicuamente, y la hoja ha quedado marcada con sangre en la arena en una estension de tres pulgadas. No és así como se pone la espada cuando se la quiere hacer servir de punto de apoyo, sino que se conserva perfectamente derecha. Esto se ha hecho para doblarla y romperla fácilmente, luego es una traicion.

Ralph no supo que responder, porque el caso en que alguno de los combatientes se privaba de un arma de otro modo que por un accidente natural del combate, estaba previsto y considerado del modo que decia Ricardo. En semejante caso el que se habia hecho culpable no tenia derecho de servirse de otra arma hasta que su adversario hubiese perdido una de las suyas, debiendo entretanto defenderse con la que le quedaba en la mano. Así pues, como el caballero estaba herido en el brazo izquierdo y por consiguiente desarmado, se hallaba á merced de su hermano, que podia impunemente arrastrarse hasta él y herirle sin peligro con su espada. El marino, que no queria cesar un combate cuyas reglas implacables habia establecido él mismo, ni aprovecharse de tan horrible ventaja, exclamó:

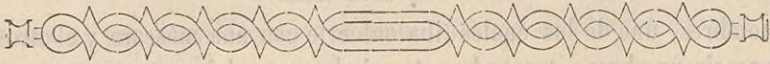
—Atrás! señores.

Los testigos retrocedieron.

—Armas iguales! gritó el marino, y rompió tambien su espada.

Los testigos bajaron las suyas como en señal de que podia continuarse el combate, pero sorprendidos por aquel movimiento generoso, ninguno de ellos se acordó de que la pistola del caballero estaba amartillada, y mientras Jacobo buscaba la suya en el cinto y la armaba con los dientes, Jorge le apuntó friamente, disparó y le tendió yerto.

—Hé aquí á lo que conducen los partidos! dijo Andlay á Ricardo con profunda espresion de desconsuelo.



XXX.

EL NOBLE Y EL VERDUGO.



As de tres horas antes de lo que acabamos de contar, antes del combate de Downing y su hermano, antes de la entrevista de Ricardo con su madre, cuando el día no habia despuntado aun, un hombre que se ocultaba cuidadosamente el rostro con la capa, recorrió varias veces de un extremo á otro la calle de Old-Bailey, en los alrededores de Newgate. Observaba una á una las casas con la atencion del que trata de aplicar á uno de los edificios que vé las señas que le han dado; pero sea que su memoria le sirviera mal, sea que la luz de la mañana no fuese aun suficiente para que pudiese reconocer bien el sitio á que se dirigia, es lo cierto que parecia hallarse muy indeciso. Nadie pasaba aun por la calle, y por lo tanto le era imposible informarse de cual era la casa que sin duda buscaba.

Hacia un cuarto de hora aproximadamente que duraba su irresolución, cuando se abrió una puerta, y el desconocido vió salir dos

hombres, uno de los cuales iba cubierto con una máscara y el otro parecía un obrero, trocando entre sí algunas palabras.

—Ya habeis visto, dijo el obrero, que, apesar de su mala reputacion, el maestro no es muy insensible, pues dos guineas no es mucho para llevaros en mi lugar. Ahora acordaos de que la cita es en Westminster, donde el gerif estará á las diez en punto.

—Allí estaré, respondió el enmascarado.

—Sobre todo no os olvidéis de lo que os acaban de decir; que una vez allí, cuando os presentareis como obrero, no debeis llevar máscara, pues el gerif cuidaria de quitárosla. Procurad, pues, componeros el rostro, si no quereis que os reconozcan, y si no sabeis como desfiguraros, voy á daros una receta para ello. Tomad una ó dos onzas de piél de cebolla, hacedla hervir con tres de agallas, y os dará un rojo oscuro para pintaros el rostro, mas propio para representar el papel de obrero, que los delicados colores que, segun me parece, deben brillar en vuestras mejillas. Luego daos en la cabeza un baño de cal mezclada con albayalde, y os quedarán los cabellos de un color rojo mas hermoso de lo que podeis desear.

—Así lo haré, respondió el enmascarado, aquí tienes media guinea.

Así diciendo puso una moneda en manos de su compañero.

—Bien está, respondió este, tomad la medalla que os hará reconocer como obrero de Jack Ketet.

El hombre de la máscara se alejó enseguida por un lado, y el obrero, tomando otra direccion, se encaminó hácia el extremo de la calle en que estaba parado el desconocido, embozado siempre hasta los ojos. Este no habia oido la conversacion de los dos interlocutores; pero el nombre de Jack Ketet llegó hasta él, y cuando el obrero pasó por su lado, le dijo:

—Ola! amigo, ¿conoceis á Jack Ketet y podeis enseñarme su casa?

El obrero así interpelado miró con aire poco afectuoso al que le hablaba; pero cuando vió asomarse por debajo de la capa que le cubria unas espuelas ricamente doradas, se quitó el gorro, y tomando un aire sumiso, respondió:

—Voy á acompañar á Vuestro Honor hasta su puerta. Salgo de

su casa, y podrá recibiros acto continuo, pues ya está levantado, aun cuando no sea de día.

El desconocido le hizo señal de que pasara delante, y llegaron á una casita de estraña apariencia. Separada de las demás por una zanja que la rodeaba, no tenia ventanas en el piso bajo, y sí solo algunas lumbreras, defendidas por sólidas rejas; la puerta estaba guarnecida de anchas bandas de hierro y parecia capaz de resistir á mas de un ataque; en el primer piso solo habia una ventana, pero fuertemente enrejada como las lumbreras; en resúmen, era una especie de fortaleza difícil de atacar por gentes desarmadas y que podia proteger á su propietario bastante tiempo para que la fuerza pública acudiese en su auxilio cuando le viese atacado, lo que sucedia muy á menudo, pues Jack Ketet, verdugo ordinario del condado de Middlesex, no era el ciudadano de Lóndres mas respetado.

El desconocido dió una pequeña retribucion al obrero por su trabajo y llamó á la puerta de la casa. Una mujer, jóven aun, fué á abrirle; era de una frescura deslumbrante y de notable hermosura.

—Necesito hablar á Jack Ketet, dijo el embozado al entrar.

—Jack Ketet es bueno y honrado y recibe á cuantos vienen á verle, respondió la jóven sonriendo como un niño: entrad, milord, bajo el techo hospitalario de Jack Ketet.

El desconocido no hizo caso de aquella estraña respuesta, y despues que estuvo dentro y se hubo cerrado tras él la puerta, dijo á su introductora:

—Acompañadme á su lado.

—Jack Ketet es hermoso y rico; pero como hoy es día de fiesta, se está poniendo su mejor traje.

El desconocido no pudo menos de estremecerse á pesar suyo al oír aquella voz dulce y alegre, tanto era el contraste que hacia con el sitio en que se hallaba y probablemente tambien con sus disposiciones interiores. Miró á la persona que así le hablaba, y vió un rostro fresco y hermoso, que le sonrió con aire de inteligencia. No sabia que pensar de ello, cuando se dejó oír una nueva voz, que salia del piso superior.

—¿Por qué vais siempre á abrir la puerta contra mis órdenes,

Baby? El mejor dia me hareis torcer el cuello. ¿Quién ha venido ahora?

— Un hombre que paga á buen precio á las gentes de quienes necesita, dijo el desconocido, y que ha menester de vos.

— Ya bajo, caballero, ya bajo, respondió Jack.

— Jack Ketet es dulce y hospitalario, repuso la mujer, bien lo veis; es un amo á quien se sirve fácilmente, y yo lo hago con mucho gusto. Es un marido que ama á su mujer, y yo correspondo á su amor!... Es un padre que dejará cuantiosos ahorros á su hijo, y su hijo le bendecirá... pero no tiene hijo alguno!... ¿Qué haria de él... porque bien sabeis... que lo que se quiere es tener un niño que herede el nombre de su padre... Pero hay padres que no tienen hijos... y madres sin criatura... él y yo... nada... nada...

Las palabras de la jóven fueron haciéndose de mas en mas incoherentes, hasta que se perdió en un sinnúmero de ellas que nada significaban. Solo entonces advirtió el desconocido lo estraviado de su mirada. En aquel momento una voz dulce y débil llamó á la desventurada.

— Madre mia! madre mia! decia aquella voz.

Al mismo tiempo un niño de diez años á lo mas, tirando del vestido á su madre, trató de llamar hácia sí su atencion: era una criatura flaca y endeble, cuya mirada revelaba una imaginacion mas desarrollada de lo que correspondia á su edad. Dirigióse al desconocido y le dijo:

— Mi padre va á bajar en seguida, caballero; dispensad á mi madre que se retire, pues está enferma y necesita descansar.

Al terminar estas palabras, se llevó á Baby, que se alejó diciendo al desconocido:

— Jack Ketet es servicial, caballero, y hará cuanto le pidais.

El desconocido quedó solo, apretó los dos pequeños resortes de acero que sostenian su máscara de terciopelo negro, se embozó mas cuidadosamente con su capa y esperó á que llegase Jack Ketet, el cual no tardó en entrar acompañado del niño.

— ¿En qué puedo servirlos, caballero? dijo al desconocido, haciéndole señal de que se sentára con notable cortesía.

— Ese niño no debe hallarse presente á nuestra conversacion,

respondió el desconocido , pues lo que tengo que decir es un secreto entre vos y yo.

—Simon puede y debe oír cuanto tengais que decirme, repuso el verdugo. Su vida no es de aquellas que se aprenden fácilmente á cualquiera edad, antes por el contrario, es menester que sepa muy jóven cuanto debe saber, para que se acostumbre á ello mientras es tierno é ignorante. Mas tarde, cuando habrá vivido fuera de las cadenas que deben sujetar su porvenir, tendrá que sufrir demasiado para volver á entrar en ella. Esta vida que le ha señalado el destino, tiene condiciones á las cuales es preciso aclimatarse desde la cuna, so pena de morir ó volverse loco. Hablad pues, porque ya sabe que el oído de un verdugo debe estar abierto, pero cerrada su boca.

El desconocido respondió :

—Si su oído debe estar abierto, es sin duda para recibir cuantos sonidos puedan llegar á él, y quisiera saber si el del oro sería mal acogido.

—No peor que por el de un cortesano ó de un rico mercader, dijo el verdugo; pero esto depende de lo que le acompañe, pues hay tales proposiciones que no podría hacer admitir el sonido de cien mil florines.

—La proposición que tengo que hacer, repuso el desconocido, nada tiene contrario á vuestros deberes. No obstante, añadió con cierto embarazo, no quisiera delante de este niño...

—Si es así, dijo Jack Ketet, voy á alejarle; pero daos prisa, pues hoy tengo mucho que hacer.

Marchóse el niño, y el desconocido, apoderándose de la frase que acababa de oír, añadió acto continuo :

—Sin duda teneis mucho que hacer, y por esta razon no debéis negaros á escuchar al que quiera libraros de parte de vuestro trabajo.

—Los cuerpos de Ireton y de Bradshaw están dispuestos, respondió Jack sacudiendo la cabeza; esta mañana iremos á sacar de la tumba el de Cromwell en presencia del gerif, y por consiguiente es preciso no pensar en aligerarme del trabajo de hoy. Cada brazo de la horca triangular tendrá su cadáver: nada hay que suprimir.

—No es así como yo lo entiendo, repuso con intencion el desconocido.

—Entonces no os comprendo, dijo el verdugo.

El desconocido miró á su alrededor como para asegurarse de que nadie podia oírle, acercó su silla á la del verdugo, y le dijo con voz temblorosa:

—¿Es verdad lo que se ha contado de la ejecucion de Archibald? ¿Otro que vos ha hecho caer su cabeza?

—Sí, la cabeza del marqués de Argyle, respondió Jack Ketet, cayó bajo una mano que muchas veces habia estrechado la suya. Pero cuando el que realizó esta venganza vino á mi casa, enmascarado del mismo modo que se presentó en el cadalso, llamó á esta puerta, entró, me arrojó una pesada bolsa sobre la mesa, diciéndome lo que queria, me ordenó la mayor discrecion, cogió un hacha, la pesó por un momento, la blandió varias veces y se fué. Al dia siguiente estaba de pié delante de mí al lado del tajo, y cuando el marqués hubo terminado su pregaria, se inclinó hácia él, separó un poco la máscara y le dijo un nombre....

—¿Cuál? exclamó el desconocido interrumpiendo á Jack.

—¿Cuál? repitió el verdugo que, dejándose llevar de su relacion, lo hubiera quizás pronunciado sin advertirlo, ¿cuál? solo el marqués de Argyle lo oyó. Justo Dios! con qué dolorosa y atónita mirada contempló al que se lo dijo! Nunca me habian parecido tan estremados la sorpresa y el espanto. Creo que quiso hablar, pues sus labios se agitaron por un momento, pero solo oí el ruido que hizo el hacha al caer describiendo un círculo luminoso, y la cabeza rodó á mis piés. Pero, caballero, el que descargó aquel golpe tenia un alma resuelta, y ni su voz ni su brazo temblaron en aquella ocasion.

—No se trata aquí de valer, replicó con aspereza el desconocido.

—¿Qué quereis pues? repuso ásperamente Jack Ketet.

—Es una locura, respondió el enmascarado apretando los puños con rabia, es una locura sin duda, pero mató á mi padre, y mi venganza no pudo alcanzarle vivo, porque al mismo tiempo....

El desconocido, que habia cedido á un movimiento demasiado

vivo, se detuvo de repente al llegar aquí y continuó con mayor tranquilidad :

—Olvidad lo que acabo de decir, Ketet, y no trateis de conocer, gracias á la circunstancia que os he descubierto imprudentemente, lo que he sido ni lo que puedo ser.

—Poco me importa, respondió el verdugo, y además no es una indiscrecion tan grande el haber manifestado esta circunstancia, pues desde Su Gracia Carlos II hasta el último de sus vasallos, no son pocos los que pueden decir que Cromwell ha muerto á su padre.

—Pues bien, añadió el desconocido, sacando de su faltriquera una bolsa medianamente repleta de oro y presentándola al verdugo; dejadme, en cambio de esto, cumplir un atroz juramento. Ya que no me ha sido dado llevar á cabo esta venganza en vida de Cromwell, pueda al menos saciarla en su cadáver. Os juro, Ketet, que esto no es cobardía; os juro que quien os pide este derecho es un hombre que nunca ha podido encontrarle frente á frente ni al alcance de un arcabuz, ni aproximarse á su lecho, ni tocar sus alimentos. No, una vez pronunciada la sentencia de mi padre, se ha refugiado en un asilo que creia seguro y eterno, pero que no lo ha sido, porque por mi voluntad se ha visto precisado á salir hoy de allí.

El verdugo retrocedió al oír estas palabras. No sabia quien era el desconocido que tenia en su casa, pero la salvaje autoridad de sus palabras y la suntuosa elegancia de sus vestidos, que se distinguían al través de su capa, le hicieron conjeturar que hablaba con un hombre de elevada categoría. Tomando entonces un aire respetuoso y levantándose, dijo:

—¿Qué exige Vuestro Honor?

—Vuestro lugar en Tyburn en la ejecucion de hoy, respondió el encubierto.

—Basta, dijo Ketet.

—Iré con antifaz, pero me reconocereis por las siguientes palabras: *Venganza de un hijo!*

Así diciendo, el caballero se levantó y recorrió á grandes pasos la morada del verdugo, abismado en una profunda meditacion. De repente se detuvo delante de Ketet, preguntándole:

—¿El que se vengó del marqués de Argyle recibió de vos por ventura alguna instruccion?

—¿A qué llamais instruccion? repuso el ejecutor. No comprendo á Vuestro Honor.

—Quiero decir, añadió el desconocido titubeando, quiero decir si le indicasteis como, en fin...

—Nada, absolutamente nada, replicó Ketet, que habia comprendido el pensamiento del misterioso personaje; pero se trataba de una decapitacion, y, continuó con una sonrisa casi placentera, en semejantes casos se dan los consejos y advertencias que mas puedan aprovechar, pues es muy difícil un ejemplo práctico; al paso que podremos ensayarlo, si tal es el deseo de Vuestro Honor.

—Pues bien, sea, contestó el desconocido, ya os escucho.

—Allá arriba comprenderéis mejor, seguidme.

Y tomando acto continuo la lámpara, subió por la escalera principal, precediendo al desconocido. Al llegar á lo alto de la escalera, encontraron á Baby jugando con Simon, á quien tenia sobre sus rodillas. Jack se detuvo un momento para contemplarles, é inclinándose hácia Baby, que le sonreia alegremente, le dió un beso en la frente; despues, dirigiéndose á Simon:

—Vamos, le dijo; á la leccion, niño.

Llegaron los tres á un espacioso aposento al que daba luz la ventana de que ya nos hemos ocupado en otro lugar; Baby se deslizó dentro sin que ellos lo notaran, ocultándose en un rincon. Cualquiera hubiera dicho que era el taller de Jack Ketet. Todos los instrumentos de los mas atroces suplicios de aquella época se hallaban confusamente amontonados. Tenazas, parrillas, hachas, cuerdas, poleas, volantes para la tortura de los condenados, cuñas, barras de hierro, embudos y calcetas, yacian aquí y allí en desórden, presentando reunidos todos los recursos de la ingeniosa justicia humana. Destacábase entre otras cosas en medio del aposento una elevada horca, y á su pié se hallaba tendido un maniquí en disposicion de que se le suspendiera en el aparato.

Al recibir la órden de su padre, Simon enseñó al desconocido la manera de pasar el nudo corredizo para que se detuviera en la nuca, y despues, sacando el peso que colgaba del maniquí, lo mostró al

desconocido, suspendido en el aire. A pesar de haber seguido con escrupulosa atención el curso de estas operaciones, no pareció satisfecho el caballero y dijo á Ketet:

—Esto no es lo suficiente: vos os colgáis también con las manos á la cuerda y apoyáis vuestros piés sobre el ajusticiado.

—Es verdad, repuso Jack, pero esto sucede cuando se trata de una persona que me ha sido recomendada, en cuyo caso, en lugar de hacerle morir ahogado, se le colocan los piés sobre la cabeza, con objeto de romperle las vértebras del cuello y abreviar de este modo su suplicio. Hoy es inútil esta operación.

—No importa, contestó el incógnito, quiero presenciar la prueba.

Jack Ketet dió orden á Simon para ejecutar lo que se le pedía. El muchacho se encaramó por una larga escalera apoyada en la horca, y tomando la cuerda por el punto donde estaba sujeta, se deslizó hasta el maniquí, dando con los piés sobre su cabeza. En este momento dejóse oír una risa dulce y alegre, y se hubiera podido ver á Baby mirando á su hijo con risueño ademán. El niño, que era afable y dulce, á pesar de su fatal educación, permaneció suspendido de la cuerda, é imprimiéndola un ligero movimiento, empezó á columpiarse, aumentando á cada vaiven la rapidez de sus oscilaciones. Su madre, que seguía con un placer indecible la aérea carrera de su hijo, batía sus manos con infantil alegría cada vez que redoblaba la fuerza de sus columpios, mientras que Jack Ketet, sin separar la vista de ella, la contemplaba, sumido en el más profundo dolor.

—¿Es vuestra mujer? preguntó al verdugo el desconocido, que presenciaba con repugnancia esta escena.

—Sí, respondió sin perder de vista á Baby; es mi mujer, hace diez años; es la hija de un cofrade que la dejó huérfana á los seis años. La hice criar lejos de aquí en casa de una anciana, y al llegar á los diez y siete, me casé con ella. Le expliqué quien había sido y lo que era, la pobre me profesaba amor y reconocimiento, y se creyó con el suficiente valor para llamarse esposa mía; pero ay de mí! cuánto se ha engañado! Yo tengo la culpa; si la hubiera criado aquí, se habría acostumbrado á este género de vida; pero no fué así. Durante los primeros meses de nuestro matrimonio, en los

hermosos tiempos del Protectorado, como no había cuasi nada que hacer, todo iba á pedir de boca, y en las raras ocasiones que utilizaban mis servicios, se lo ocultaba. Mientras tanto se apoderaba de ella el fastidio, y sufría visiblemente un cambio en su naturaleza. Llegó la época de la Restauracion, siéndome entonces ya indispensable salir cotidianamente de mi casa, donde volvía por la noche molido por el cansancio. Apoderóse de ella la desesperacion y el sufrimiento, y empezó á enflaquecer hasta quedar como un esqueleto. Finalmente, un día que había llegado yo al colmo del aburrimiento y del disgusto, un día que me ví obligado á golpear tenazmente para romper los brazos de Spendlay, que había robado dos caballos destinados á la montería del rey, el pueblo se amotinó, tomando mi casa por asalto; Baby se hallaba sola, y tal fué el miedo que le causó la multitud, unido al horror que desde esta escena le inspiré, que se volvió loca. Con el tiempo volvió la salud, la lozanía y la frescura á su cuerpo, siendo desde entonces mas dichosa en su locura que si hubiera recobrado la razon, viendo á su marido en el ejercicio de una profesion denigrante en la sociedad, y considerando el no muy grato porvenir de su hijo.

Durante esta relacion, el balanceo de la cuerda había disminuido progresivamente, lo que era debido á que Simon escuchaba las palabras de su padre. La alegría de la mirada de Baby había ido desapareciendo á medida que la cuerda oscilaba con mas lentitud, é inclinando la cabeza sobre sus rodillas, concluyó por entonar en voz baja el siguiente estribillo :

Mece tu cuerpo, niño,
 tu cuerpo mece ;
 á la felicidad Dios te convida
 y tu madre te guarda su cariño.
 Mece tu cuerpo, niño,
 tu cuerpo mece, etc.

El canto espiró en sus labios, como su alegría huyó de sus ojos al terminar el movimiento de la cuerda. Simon, que se había entristecido al escuchar la cancion, se descolgó con ligereza de la cuerda,

y corriendo hácia su madre, la prodigó llorando cariñosos abrazos.

Jack Ketet movió súbitamente la cabeza y dijo al desconocido :

--Ahora hemos concluido, caballero; ¿supongo que no me necesitais mas?

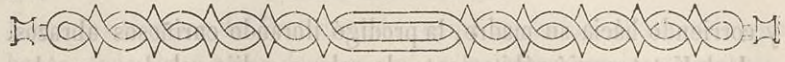
Y tomando al mismo tiempo la lámpara, siguió al encubierto, que se decidió á salir de aquel lúgubre aposento. Jack Ketet pasó por delante de su mujer, sin fijar, al parecer, su atencion en ella; pero si el desconocido hubiese escuchado, habria oido al verdugo decir á su hijo:

--Ya ves que no somos tan infames ni miserables, cuando los grandes señores compran á peso de oro el honor de reemplazarnos.



En la mañana del día 30 de enero se dirigieron á aquel sitio el gentil del condado de Middlesex, el señor Gibberd, alguacil de la Cámara de los Comunes, Jack Ketet, verdugo ordinario del condado, y algunos operarios armados de palancas y machos con objeto de descubrir el lugar en que se hallaban los monumentos del rey Robert, de Edmundo Crouchback, conde de Lancaster, de Avelina, su mujer, y del conde de Pembroke, casi todas las tumbas se hallaban en las subterráneas de la iglesia, donde se entraba por la capilla de San-
que VII.

En la mañana del día 30 de enero se dirigieron á aquel sitio el gentil del condado de Middlesex, el señor Gibberd, alguacil de la Cámara de los Comunes, Jack Ketet, verdugo ordinario del condado, y algunos operarios armados de palancas y machos con objeto de descubrir el lugar en que se hallaban los monumentos del rey Robert, de Edmundo Crouchback, conde de Lancaster, de Avelina, su mujer, y del conde de Pembroke, casi todas las tumbas se hallaban en las subterráneas de la iglesia, donde se entraba por la capilla de San-



—Ahora hemos concluido, caballero; ¿suplico que no me me-
 conista más?—
 —Y tomando el mismo tiempo la lanterna, siguió al encendido, que
 se decidió a salir de aquel lugar poseso. Jack Ketet pasó por
 delante de su mujer, sin fijar, sin mirar, su atención en ella; pero
 si el desconocido hubiese visto al verdugo, de-
 á un hijo;—
 —Ya ves que no somos tan infames ni miserables, cuando los
 grandes señores compran á peso de oro el honor de reemplazarlos.

XXXI.

WESTMINSTER.



WESTMINSTER es un monumento gótico. En la época á que nos referimos tenia, mas que en la actualidad, ese aspecto sólido y sombrío de la arquitectura de aquellos tiempos. Entonces no se veian, como ahora, en sus costados bajos la profusion de esculturas de mármol de todos colores, ni alumbraba sus arcadas mas que una luz débil y opaca, ni se destacaban tumbas erigidas en forma de pirámides. A escepcion de la parte de la nave que mira al

Oriente, en la que se hallaban los monumentos del rey Sebert, de Edmundo Crouckback, conde de Lancaster, de Avelina, su mujer, y del conde de Pembroke, casi todas las tumbas se hallaban en los subterráneos de la iglesia, donde se entraba por la capilla de Enrique VII.

En la mañana del dia 30 de enero se dirigieron á aquel sitio el gerif del condado de Middlesex, el señor Gifford, alguacil de la Cámara de los Comunes, Jack Ketet, verdugo ordinario del condado, y algunos operarios armados de palancas y azadones con objeto

de levantar las baldosas que cubrían la tumba de Oliverio Cromwell. Jacobo Sawton, guardian de la abadía, les precedía con una linterna en la mano. En la fisonomía del gerif se reflejaba el mal humor de verse precisado á asistir á esta operacion, que delegaba otras veces á su bajo gerif; pero en esta ocasion se le convenció de la necesidad de la presencia del primer magistrado del condado, tratándose de la exhumacion del cadáver de un personaje como Cromwell. El alguacil de la Cámara de los Comunes y el verdugo, cuyas funciones estaban ordinariamente separadas por la distancia que media entre un arresto y una ejecucion, distancia llenada comunmente por la prision, el juicio y la sentencia, el alguacil y el verdugo, repetimos, reunidos en aquel entonces por la eleccion del criminal, iban caminando uno al lado del otro. Por mas que el señor Gifford, cuidadosamente arropado en su toca de sarga negra y ostentando gravemente su vara de alguacil, trataba de darse toda la importancia que creia deber á su dignidad, no por esto dejaba de ver con disgusto á su lado á Jack Ketet, que parecia complacerse en no separarse de él ni un instante. A cada momento el malicioso verdugo se divertia en tocarle con el codo para llamar su atencion y dirigirle misteriosamente las mas triviales observaciones, sin olvidarse de apostrofarle á cada paso con la familiar denominacion de querido cofrade. Los operarios, gente de baja esfera, á quienes la idea de la peste tenia aterrorizados y que naturalmente temian las pestilentas exhalaciones de un cadáver, iban de no muy buena voluntad á ganar el salario que en remuneracion de su trabajo se les habia prometido; por manera que casi todos, escepto el verdugo, deseaban terminar pronto aquella triste expedicion.

En cuanto á Jacobo Sawton, que conducia á los magistrados á la capilla de Enrique VII, era el mismo que en cierta ocasion hemos visto dejó entrar á lady Salnsby en Withe-Hall, cuando el suplicio de Carlos I. Desde aquella época habia conservado un particular recuerdo de la resolucion del jóven Barkstead; y Ricardo á su vez tampoco habia olvidado que Jacobo Sawton no llevaba en el manojillo pendiente de su cinto ninguna llave tan pesada y que cerrase tan exactamente un palacio ó una iglesia que no la entregase en cambio de una buena cantidad de oro.

Así es que en cuanto supo que por la proteccion de lady Salnsby ocupaba la plaza de guardian en los subterráneos de Westminster, creyó salvado el mayor obstáculo que podia encontrar en la realizacion de su proyecto.

En el momento que nos ocupa, no era Sawton, á buen seguro, el que menos deseaba ver terminada la ceremonia, puesto que, si bien tenia en la faltriquera las cincuenta guineas de Ricardo, no estaba seguro de que le aprovecharan. Indudablemente despues de introducir algunas horas antes á Love y Ricardo en los subterráneos, se habia cerciorado de que nada le habian robado y les habia registrado al salir; pero se acordaba, aunque vagamente, de que, mientras con una mano tenia abierta la puerta de la capilla y con la otra recibia cincuenta guineas que le entregaba Ricardo, y habia caido al suelo y rodado hasta alguna distancia de la puerta una moneda, y que en tanto que se bajaba para buscarla con su linterna, Love se habia introducido en la iglesia. En aquel acto las cincuenta guineas habian obrado tan poderosamente en su ánimo, que apenas prestó atencion á esta circunstancia, considerando el que entrase precipitadamente el gifero como efecto de la diligencia propia de un puritano, cuyas lágrimas ansiaban regar los restos de su Dios, antes de que fuesen entregados á los verdugos. No se esplicaba tan fácilmente la enorme anchura del gifero, que envuelto en una ancha capa, parecia más grueso que de costumbre; pero las cincuenta guineas que le habian sido prometidas por Love á condicion de que le dejara penetrar de la manera que quisiera en el subterráneo, se presentaban á su vista desterrando los débiles escrúpulos de su conciencia. Por otra parte, como la sola suposicion que pudiera Sawton hacer razonablemente á propósito de los proyectos de Barkstead y de su compañero, era la sustraccion del cadáver de Cromwell, estaba enteramente convencido de la facilidad de conciliar su seguridad, sus deberes y sus intereses, exigiendo que se sometieran los visitantes á una escrupulosa inspeccion al salir del subterráneo. Es preciso no olvidar que habia ocupado tres dias á Lóndres la pompa de los funerales de Cromwell, y que ni siquiera se habia dudado un solo instante de que su cuerpo se hallase en la capilla de Enrique VII.

Sawton habia dejado entrar , pues , en el subterráneo á Love y á Ricardo , quienes , despues de haber permanecido allí una hora , segun sus pactos , salieron sin que en nada pudiera revelarse una sustraccion. En consecuencia , el guardian volvió á su aposento muy confiado , haciendo desaparecer hasta la última sombra de sus recelos , contando y volviendo á contar cien veces las guineas de Ricardo.

Pero á fuerza de contar y recontar con toda la escrupulosidad posible estas cincuenta guineas y de calcular detenidamente como las emplearia , el primer placer de la posesion se gastó y corrompió del todo. El buen Sawton miró aquel dinero como una cosa que de derecho le pertenecia , y se admiró interiormente al considerar los grandes peligros á que se esponia por una suma tan miserable. Dos horas antes de la llegada de Ricardo , la existencia de las cincuenta guineas le parecia un hecho imaginario , de tal modo , que creia con la mayor buena fé que semejante cantidad no podia tener equivalente en el mundo ; y dos horas despues de su llegada , descontento de haber pedido una cantidad tan insignificante , estaba irritado por el mezquino éxito del negocio que habia hecho , no viendo otra cosa que los inminentes riesgos que podia correr. Entonces empezó á comprender que no se gastan cincuenta guineas con el único y esclusivo objeto de llorar unos momentos sobre una losa sepulcral. Tembló , pues , ante la idea del peligro que en la capilla corriera y del que corria aun si llegaba por casualidad á traslucirse , y acercándose el momento de la exhumacion , tomó con temblorosa mano la linterna y empezó á andar cabizbajo seguido de los magistrados.

Todos estos diversos sentimientos , que agitaban su ánimo , hacian que en la marcha de los ejecutores de las sentencias del Parlamento viese él cierta cosa fastidiosa y estravagante , no pudiendo en modo alguno transigir con la oficiosa celeridad con que la comitiva iba á dar fin á su cometido , celeridad solo comparable con la que hoy emplearia un procurador del rey para asistir á la autopsia del cadáver de un droguero presuntamente envenenado por su mujer , y que desea de todas veras la terminacion de este acto judicial. En esta disposicion , nuestros hombres llegaron á la capilla de En-

rique VII, y Sawton, recobrando de nuevo su valor, abrió apresuradamente la puerta. Entre otras precauciones que su temor le habia sugerido, no elvidó la de echar mano de una mala linterna que despedia mas humo que luz, y aun esta estremadamente lánguida y opaca. Nadie diria sino que todos los personajes de aquella escena habian hecho entre ellos una equitativa distribucion de mal humor. El gerif nada observó sobre una falta que en otra ocasion hubiera castigado severamente. La repugnancia que tenia en asistir á semejante operacion era tan viva, que concentró en aquella obligacion todo su mal humor, de modo que, cuando al abrir la puerta de la capilla tropezó con la grada que habia en sus umbrales, ni tan siquiera se acordó de dar á Sawton una severa reprimenda por su falta en no alumbrarle debidamente; pero en cambio se quejó amargamente de las órdenes del Parlamento que le imponia tan incómodas y repugnantes obligaciones. Inmediatamente bajaron al subterráneo, y Sawton, despues de haber lanzado á su alrededor una rápida mirada, designó con voz bastante tranquila la baldosa de piedra que debia cubrir la tumba de Cromwell. Imposible de todo punto seria describir la sorpresa que esperimentó Sawton cuando, al bajar su linterna, pudo observar que la losa habia sido removida con una palanca. Tal sofocacion esperimentó, de tal modo se le anudó la garganta, que, lleno de temor, se tambaleó sobre su cuerpo próximo á desfallecer, escapándosele de sus manos la linterna, que se apagó con la caida. El señor Gifford, que no era el menos aburrido de todos, gracias á lo engorroso de sus funciones y sobre todo á las roncerías del verdugo, exclamó encolerizado:

—Oh! torpe animal! ¿es necesario que permanezcamos aquí hasta que haya ido á buscar luz?

El pobre Sawton intentó balbucear algunas excusas; pero fué apostrofado de torpe, de palurdo y de imbécil por el gerif mismo, y tuvo que cumplir la órden que se le dió, de traer antorchas junto con la lámpara á fin de que no se renovase aquella escena. El desgraciado se vió perdido. En cumplimiento de las órdenes que le acababan de dar, salió aceleradamente subiendo tras él á la capilla de Enrique VII el gerif y el alguacil, á quienes no agradaba mucho permanecer en el subterráneo frio y húmedo mientras su pre-

sencia no era absolutamente necesaria. Jack Ketet no quiso abandonar al alguacil y subió á lo alto de la iglesia ; pero el gerif y el señor Gifford habian entablado, paseándose , una conversacion muy formal sobre la ejecucion que debia tener lugar al dia siguiente, y el verdugo, á pesar de sus irresistibles deseos , no se atrevió á terciar en ella. Sin embargo, como sentia un acceso de alegría y necesitaba dar tormento á alguno, espresion gastada por él muy á menudo en son de chiste cuando aludia á sus ocupaciones habituales , aguardó para ello á que volviera el pobre Sawton.

En el interin el miserable guardian habia vuelto á encender su linterna , como un hombre seguro de su ruina , falto de esperanza y de empresa para su salvacion. Oprimido por tan desconsoladora conviccion y no pensando en huir ni en forjar una patraña , obedecia sumisamente, obrando como un autómeta y poniendo en accion maquinalmente las órdenes que recibia. Se le habia hecho encender su linterna , y la habia encendido ; se le habia dicho que fuera á buscar antorchas , y las habia traído, no dudando que cuantos objetos iba acumulando en el subterráneo, conspiraban de un modo terrible en contra suyo. Para comprender mejor la situacion de su espiritu , retroceded hasta la infancia y acordaos de la cólera y desesperacion del muchacho á quien el maestro ha impuesto un ejemplar castigo por el simple delito de haber reido á carcajada tendida ó haber hecho una mueca , cosa que sucede á menudo cuando el pedagogo dicta la leccion ; pues bien , una vez ha sufrido el castigo, indignado todavia el muchacho, escribe no obstante letra por letra con muestras de disgusto las palabras que le dicta el profesor, palabras que en aquel momento ningun eco tienen en su inteligencia , y que únicamente son para él sonidos que zumban confusamente en sus oidos y que su mano reproduce sin que los oidos ni las manos obren mas que mecánicamente, sin el predominio de la razon. Enteramente abstraído en su castigo, que se le presenta como única idea fija , no tiene conciencia de lo que hace, tanto que, á no dudarlo, escribiria sin apercibirse de ello su sentencia de muerte. Tal era el estado en que se hallaba Sawton al cumplimentar las órdenes del gerif. La única cosa que hizo muy á su gusto, aun cuando puede decirse que en esta ocasion contra su

voluntad, por el hábito que de ello habia contraído, fué vaciar la cuarta parte de una botella de aguardiente, que luego se metió distraído en la faltriquera. Pertrechado con estos utensilios, volvió á subir hácia la inmensa nave de Westminster, dirigiéndose de nuevo á la capilla de Enrique VII, que median á grandes pasos el gerif y el señor Gifford en una muy sostenida conversacion; porque es preciso decir que el gerif estaba muy envanecido de ser puritano, al paso que el alguacil de la Cámara de los Comunes era nada menos que un denodado católico. Al llegar junto á ellos Sawton, se detuvo inmóvil ante el gerif, con la linterna en la mano y las antorchas debajo el brazo, esperando la órden fatal de bajar al subterráneo, como si debiesen enterrarle en vida en tan lóbrego recinto.

En aquel momento el señor Gifford terminaba un largo discurso encaminado á demostrar las ventajas de la confesion, que iba á ser contestado por otro que el gerif tenia ya combinado de antemano, así es que cuando Sawton se plantó como un espectro delante de él, se concretó á hacerle un signo con la mano, diciéndole:

—Adelante! adelante! ya os sigo, podeis bajar.

El indulto del desertor en uno de los mil dramas que en los teatros se representan sobre este asunto, y en los que el autor ha creído conveniente no matar á su protagonista, no produce tanto efecto en el auditorio, como el que produjeron en Sawton las palabras del gerif, sacándole de su anonadamiento. Quedó tan atónito al ver que contra sus esperanzas no le apostrofaba aquel funcionario con una severa reconvencion por su torpeza en dejar caer la lámpara, que solo pudieron hacerle volver en sí de su sorpresa estas palabras, pronunciadas con ademan imperativo por el magistrado, que se vió en la precision de interrumpir su discurso:

—Andad pues; ya os sigo.

A esta segunda intimacion, Sawton saboreó alborozado la esperanza de revivir y avanzó rápidamente hácia la puerta del subterráneo. Pero parecia destinado á pasar por todas las emociones de la alegría y el terror, pues al llegar á la puerta observó á Jack Ketet bamboleándose perezosamente, el cual empezó á sonreir al ver que se aproximaba. Nadie puede imaginarse el horror que inspira

la sonrisa del verdugo al hombre que abriga la convicción de que merece la cuerda ; de manera que el nuevo terror de Sawton hubiera tenido el mismo resultado que el primero á no haberse mezclado su miedo con la cólera , hasta el extremo de cerrar con rabia los puños , lo que impidió que su linterna cayera otra vez.

Sin embargo Sawton no habia cobrado en vano alguna esperanza , y por mas que le asustase el aspecto del verdugo , no volvió á sumirse en el estado de anonadamiento que le habia sorprendido al principio , y trató de huir ; pero por mucho que fuese su valor , creyó necesario revestirse de nuevas fuerzas , y en consecuencia se dirigió á la botella de aguardiente que tenia en el bolsillo , y la llevó á sus labios. Apenas Jack Ketet olió el perfume del alcohol , cuando torturando su imaginacion , segun su espresion favorita , para jugar una mala pasada al pobre Sawton , se decidió á aligerarle del frasco que contenia el confortante líquido , á cuyo fin alargó la mano en el momento en que aquel llegaba al cuello de la botella , y conservando á esta su posicion inclinada para dar mas gracia á su astucia , la hizo pasar de la boca de Sawton á la suya.

El guardian contempló estupefacto al maligno verdugo , en tanto que este , con los ojos fijos en la bóveda , saboreaba el espirituoso néctar , y con la rapidez del hombre que juega su vida , comprendió la fortuna que la Providencia le deparaba , y se lanzó al subterráneo , gritando á los obreros :

—Ea ! apresuraos , ó Jack habrá apurado el aguardiente que yo os traía , antes de que podais probarlo.

Los obreros , que por una parte no deseaban mas que acabar un trabajo que les desagradaba , y que por la otra ansiaban probar un aguardiente cuyo valor aumentaban el frio y la humedad , empezaron á levantar la losa que les indicó Sawton. Uno de ellos , dotado de una fuerza prodigiosa , desplegó tal ardor , que la piedra no resistió mucho tiempo , y en cuanto estuvo levantada se descubrió una especie de cavidad en el mármol , como las inmensas pilas que sirven de abrevaderos en nuestros campos , y en medio de ella una caja de roble , cubierta de cuero negro sujeto con tachones , como los cofres que se construyen en la actualidad. Aquella especie de ataúd , de uso muy comun entonces , tenia una tapa sujeta por un

lado con bisagras y por el otro con ganchos , de modo que se abria como una caja.

Sawton , en su prisa por seguir adelante, iba á ordenar que abriesen el ataud para asegurarse de si habian tocado algo de él y si podia contar con su vida. Su vida ! El infeliz confiaba demasiado en ella , dichoso con el buen éxito que hasta entonces habia obtenido y que parecia prometerle la impunidad. Demasiado afortunado hubiera sido sin duda si en aquel momento se hubiese descubierto la verdad y hubiera pasado mas tarde de las manos de los implacables jueces á las del verdugo ; sí , mas dichoso muriendo sobre un cadalso que librándose del peligro presente para sufrir dentro de algunas horas los tormentos que le estaban reservados. Pero quién podia prever lo que debia suceder aquel dia ! Así es que Sawton recobró su terror cuando oyó la voz áspera y zumbona de Jack Ketet , que le gritó desde la puerta del subterráneo :

— Ah ! mi fiel amigo, no vayas tan aprisa, pues es necesario terminar este trabajo en presencia del gerif y de mi cólega el señor Giffort. Aguarda y enciende tus antorchas , á no ser que quieras que el gerif lo haga por tí.

Sawton obedeció é imploró mentalmente al cielo para que todo acabara como habia empezado, es decir, sin ningun percance, y que ni Love ni Ricardo que á no dudarlo habian levantado la baldosa, hubiesen variado nada dentro del ataud. En aquel momento entraron el gerif y el alguacil, cuya discusion habia terminado al invitarles el verdugo á que fueran á presenciar la apertura del féretro.

Nadie estrañará sin duda la especie de indiferencia que se mostraba en aquella operacion, y el poco cuidado que parecia tenerse en asegurarse de la identidad del cadáver que se iba á exhumar, pues hacia muchos años que los restos mortales de Cromwell yacian en aquel subterráneo, su tumba habia sido cerrada en presencia de todos los magistrados de Lóndres, el gerif habia asistido á esta ceremonia cuando los funerales del Protector, y la abadía de Westminster habia sido hasta entonces un recinto sagrado para los muertos que estaban depositados en ella. Nada, pues, debia escitar la menor sospecha acerca del cadáver que encerraba el ataud, y era imposible que se descubriese el secreto de Barkstead.

Solo con un sentimiento de temor por la profanacion que iba á cometerse, dió, pues, el gerif la órden de abrir el féretro, sentimiento que se explica con facilidad, por poca filosofía que se tenga. El nombre de Cromwell no habia muerto con él, todos se acordaban del hombre vivo, de su rápida justicia, de su ojo certero, que distinguia á sus enemigos de entre sus mas íntimos confidentes, y de su inevitable rigor en castigarles. El gerif habia tenido relaciones personales con él, y cuando levantaron la tapa del ataud, dirigió al cadáver una mirada llena de ansiedad, para ver de nuevo aquel rostro que en otro tiempo se le habia presentado tan grande y terrible. En aquel momento solemne el terror agitaba los ánimos de todos los circunstantes, no solo porque se hallaba en un lugar destinado á guardar los restos mortales de los reyes de Inglaterra, no solo porque iban á arrancar un cadáver de su frio asilo, sino porque la tumba y el cadáver eran los de Cromwell.

No obstante, los recelos de todos los asistentes se vieron engañados. El cadáver, cuidadosamente envuelto en una mortaja de sarga negra, tenia cubierto el rostro. Si un deseo del gerif, si un soplo del viento que llegaba á los últimos rincones de la iglesia, hubieran levantado aquel velo; si la curiosidad de un trabajador ó la del verdugo hubiese querido examinar aquel rostro, cuya fascinadora mirada no se hubiera atrevido á suportar en otro tiempo ninguno de ellos, quedaban destruidos los proyectos de Ricardo; con solo este movimiento cambiaba el porvenir de diez personas; y ¿acaso la existencia del desdichado Sawton, las del gerif y del alguacil no se hallaban arrastradas por aquel torbellino de acontecimientos que debian hacer notable aquel dia y que arrastró tambien á Love, Ricardo, Carlota y otros muchos? Pero los destinos humanos se enlazan de una manera estraña los unos á los otros, como los eslabones de una gran cadena. En una misma hora los que en apariencia están mas separados, siguen una misma marcha y se deciden por un mismo hecho; así sucedió entonces con los de Sawton y Carlota, y un incidente muy insignificante fué el que, separando la atencion del gerif del objeto principal de su mision y hasta de su curiosidad, evitó una inspeccion mas escrupulosa y fijó la marcha de los acontecimientos que mas adelante esplicaremos.

Sobre el pecho del cadáver se hallaba una caja de plomo que atrajo todas las miradas, que al principio se habían dirigido al rostro. El señor Gifford, apesar de su repugnancia á tocar todo cuanto se hallaba en el ataúd, se apoderó de aquella caja, como encargado de la ejecucion de las órdenes del Parlamento, y la abrió pidiendo al gerif que le ayudara á examinarla. Encontraron dentro de ella una magnífica placa grabada, que parecia ser del oro mas puro, y en cuyo anverso se veian las armas de Inglaterra enlazadas con las de Cromwell, leyéndose en el reverso la siguiente inscripcion :

OLIVIERUS,
 PROTECTOR REIPUBLICÆ
 ANGLIÆ, SCOTIÆ ET HIBERNIÆ,
 NATUS XXV APRIL., MDLXXXIX,
 INAUGURATUS XVI DEC. MDCLIII,
 MORTUUS III SEPT., ANNO MDCLVIII,
 HIC SITUS EST. (1)

Si el gerif hubiese experimentado la menor duda, aquella inscripcion la hubiera desvanecido seguramente; pero obraba firmemente persuadido de encontrar el cadáver de Cromwell en el sitio y en la tumba en que lo buscaba, por lo que acogió aquella placa como una cosa muy natural. Apesar de su conviccion, la costumbre de llenar con escrupulosa exactitud sus deberes le hubieran inducido á mandar que descubriesen el cadáver, y quizás iba á ordenar que lo hicieran, no obstante la meditacion en que se hallaba sumido, cuando de repente se dejó oír la áspera voz del verdugo.

—Poco á poco, decia al alguacil de la Cámara de los Comunes, ¿por qué, mi digno cólega, guardais en vuestro bolsillo esa pesada y brillante placa de oro? ¿acaso teneis miedo de que eche á perder el de mi jubon y quereis ahorrarme el gasto de recordarlo?

(1) Aquí yace Oliverio, Protector de la república de Inglaterra, Escocia é Irlanda, nacido el 25 de abril de 1599, elegido el 16 de diciembre de 1653 y muerto el 3 de setiembre de 1658.

Barcelona 27 Marzo 1860

*Al Editor
 Buenaventura Bassas*



—Tomo esta placa , respondió el alguacil afectando una fria dignidad , porque tal es mi derecho.

—Vuestro derecho ! repuso Jack Ketet con el aire de burla que le era peculiar , aumentado por la dosis de aguardiente que se habia administrado ; vuestro derecho ! amigo mio : me parece que un hombre que formó parte integrante de la Cámara de los Comunes , donde se hacen las leyes de Inglaterra , debería conocerlas un poco.

El alguacil hizo un gesto de indignacion al oír la burla del verdugo , pero el truhan Jack Ketet continuó , suavizando la voz y tendiéndole la mano en ademan suplicante :

—Si , querido amigo , si conocierais un poco las leyes , ó mejor , si no quisierais aparentar que las ignorais , me devolveriais esta insignificante placa de oro , en atencion á que , y os pido perdon de que parezca que quiero enseñároslo , en atencion á que está terminantemente prevenido que cuanto lleva el reo en el momento de la ejecucion , tanto vestidos como alhajas , pertenece al ejecutor , lo propio que el cadáver en carne y hueso , á no ser que la sentencia disponga de él , como sucede en el caso presente. Hacedme pues el favor de darme esa bagatela , amigo mio.

Así diciendo , tiraba dulcemente del brazo del señor Gifford , que lo tenia ya medio sepultado con la caja en su inmensa faltriquera. Por mas que se desempeñe el cargo de alguacil de una Cámara de los Comunes , y aunque solo se fuera un simple constable , es siempre repugnante el contacto de la mano de un verdugo , y si algo puede aumentar todavía el horror que debe inspirar , es la zumbona familiaridad con que lo hacia Jack Ketet. Así es que el señor Gifford , al sentir sobre su brazo el contacto de aquella mano , retrocedió precipitadamente , y con acento de verdadera dignidad , inspirada por la cólera y el orgullo , le dijo :

—Alejaos , alejaos ; no me toqueis , yo os lo mando.

—¿Qué es eso ? preguntó el gerif que , sumido en sus reflexiones , habia permanecido hasta entonces extraño á aquella discusion. ¿Qué teneis , señor Gifford ? ¿os ha faltado al respeto ese pícaro ?

—Jack Ketet , que gracias á la preocupacion general se habia elevado cuasi á la altura del alguacil hablando con él , se halló sumi-

do otra vez , por las palabras del gerif , en su estado de abyeccion y de deshonrosa dependencia , y vuelto á su posicion natural, adquirió el carácter que le era propio, es decir , su ruda brutalidad.

—No vale la pena de que me llameis pícaro porque pido lo que me pertenece y suplico cortesmente al señor alguacil que no me tome lo que la ley me concede. Como la estima y consideracion que me acarrea mi oficio no me dan con que vivir ni me proporcionan una casa en donde me halle al abrigo de las piedras , de los insultos y del hambre, es necesario que se protejan al menos mis derechos , ya que no se hace lo mismo con mi persona. Pido, pues, al señor Gifford que me devuelva la placa de oro hallada sobre el cadáver, pues el señor gerif sabe perfectamente que tengo derecho á ello, y que esto constituye mi salario.

—El señor gerif sabe como yo, repuso el alguacil , que cuanto lleva el ajusticiado en el momento de la ejecucion, pertenece al verdugo ; pero maese Jack sabe tan bien como el señor gerif que todos los objetos pertenecientes al reo, que se le encuentren encima en el acto de prenderle y que puedan probar su identidad, pertenecen al encargado de su prision. En las presentes circunstancias me parece que la placa es la mejor prueba de la identidad del reo que la Cámara de los Comunes me ha encargado que os entregara.

—Llamais á esto un arresto! exclamó Jack Ketet enfurecido y encogiéndose de hombros.

—Si por cierto, respondió con prontitud el alguacil , porque yo solo soy el responsable de la identidad de los reos que ajusticiais ; seguramente si este cadáver no fuese el mismo que hoy debe ser ahorcado, no seria á vos , sino á mí á quien se haria cargo de ello, por consiguiente es justo que guarde las pruebas con que se puede acreditar el fiel desempeño de mi cometido, pues va en ello mi responsabilidad.

El desdichado alguacil no sospechaba siquiera, al dar esta razon, que se colocaba en un terreno resbaladizo ; pero de todos modos el verdugo no se dió por vencido.

—Si , si! dijo midiendo al alguacil con una mirada de desprecio; ya en ello vuestra responsabilidad y un marco de oro que pesa

á lo menos esta placa. Monseñor , añadió dirigiéndose al gerif , esto no es justo ; bastantes miserables me han hecho ahorcar hace algun tiempo , de los cuales solo he heredado algunos harapos , para que no me vengan á disputar hoy la suerte que la casualidad me depara. Por lo demás , Vuestro Honor es nuestro juez , y á vos os toca fallar.

Sin duda esta polémica no tendia á mas que á prolongar una operacion desagradable para el gerif ; pero el caso era delicado , la ley espresa , y en Inglaterra la aficion al texto de las leyes era , especialmente en aquella época , una especie de fanatismo tan inherente á toda magistratura , que muchas veces los jueces daban los fallos mas extravagantes para no desviarse en ciertos casos extraordinarios de la letra de la ley. El gerif escuchó , pues , con religiosa atencion lo que acababan de decir los contrincantes , despues de lo cual se vió muy embarazado , reflexionó algun tiempo , y dirigiéndose por fin , al señor Gifford , le dijo :

—¿Cuáles son las razones que alegais para reclamar esa placa? Confieso que no he comprendido bien su eficacia.

El señor Gifford se colocó entonces á un lado del gerif , mientras que Jack Ketet permanecia en el otro. El magistrado , apoyado en la base saliente de una columna , parecia sentado en su sitial entre dos litigantes. Los operarios , que estaban detrás de él , podian considerarse como los oyentes de aquel singular proceso , y Sawton alumbraba con una antorcha. El alguacil fué el primero que habló.

—Recuerdo á Vuestro Honor , dijo , el decreto del Parlamento que condena al architraidor Cromwell á ser ajusticiado y que me ordena la ejecucion de la sentencia. Ciertamente que mi deber consiste en obedecer y buscar , en un caso tan extraordinario , la regla de conducta que debo seguir , y está la encuentro en lo que acabo de hacer. Cuando se decretó la pena de muerte contra los regicidas , no se trató de procesarles , sino tan solo de prenderles ; todos hicieron lo que pudieron para lograrlo : á unos les favoreció la suerte , los otros fueron desgraciados. El gobernador de Kilkenny prendió sin salir de su casa á tres que tuvieron la ingenuidad de pedirle asilo , al paso que el gerif del condado de Northampton , en el cual se habian refugiado siete ú ocho de aque-

llos miserables , no pudo capturar ni á uno solo , por mas que pasase á caballo dia y noche á la cabeza de los soldados acantonados en el país. En cuanto á mí , no puedo quejarme , porque capturé á dos ; el primero , como sabeis , era John Carew : cuando le prendí , no le conocia , aun cuando sóspechase que era el hombre á quien buscaba ; pero conocia á su mujer , en cuya casa habia practicado muchas pesquisas. Como no ignorais , era muy difícil encontrar personas que declarasen reconocer á aquellos pícaros , de manera que me hallaba muy embarazado. Sucedió , pues , que un dia , en el momento en que creia haberme engañado , vi al miserable contemplar con las lágrimas en los ojos un retrato de mujer , guarnecido de diamantes ; apoderéme de él y reconocí que era el de mistriss Carew. Con aquel ligero indicio hice prender al regicida , y ya sabeis lo que sucedió.

Al terminar esta última frase , el alguacil se inclinó hácia el gerif , que guardó silencio despues de haber exhalado un suspiro y levantado los ojos al cielo , y ante el verdugo , que hizo con la cabeza una señal de asentimiento. El digno alguacil continuó despues de aquella breve pausa , dirigiéndose al gerif :

—Ahora bien , milord , he conservado en mi poder el retrato que me sirvió de indicio. El señor Carew me lo ha reclamado : lágrimas , súplicas , amenazas , todo lo ha empleado para recobrarlo ; su mujer ha ido á mi casa y me ha suplicado , diciéndome que era el consuelo de su marido en la cárcel ; se ha arrojado á mis piés , gritando y sollozando , pero yo nada he querido escuchar y he conservado el retrato , porque tal era mi derecho. Otro ejemplo. El capitan mayor Daniel Axtell , era , ya lo sabeis , el mejor escudero de la Gran-Bretaña. Yo habia comprado en New-Market un caballo del que jamás pude utilizarme , porque nadie logró domarlo , y solo pude volverle á vender con una considerable pérdida , á causa de sus viciosas cualidades. Una mañana , al volver de mi casa de campo , reconocí mi cabalgadura montada por una especie de aldeano que le conducia como yo hubiera podido hacerlo con el mas manso rocin. Esto me pareció extraño , y traté de averiguar como se habia efectuado tal cambio : entré en discusion conmigo mismo , contemplando al propio tiempo el desembarazo del ginete

y el paso de la cabalgadura , y dije para mí que habia debido necesitarse un hombre muy diestro para domar un animal tan salvaje ; busqué los nombres de los mas célebres tratantes y maestros de equitacion. Tal vez sea Mac-Fee , que cuidaba de los caballos del duque de Aabdermale , me dije interiormente , ó tal vez Swith , el tratante , que ha domado el hermoso y terrible caballo de caza del duque de Farmooth en términos de que pueda montarlo lady Ormond , que tanto lo deseaba. No obstante , aquel animal era tan reacio , que yo no acertaba quien habia podido amansarle de tal manera , hasta que de repente recordé que no habia en Inglaterra mas que un solo hombre al cual , segun todos decian , ningun caballo habia podido resistir , y que este hombre era sir Daniel Axtell. Este recuerdo brilló como un relámpago en mi imaginacion ; olvidé el caballo para examinar al jinete , descubrí un porte noble mal disfrazado bajo el traje de campesino , seguíle y le prendí : era realmente sir Axtell , y ya sabeis....

El alguacil iba sin duda á saludar de nuevo al gerif y al verdugo ; pero aquel le detuvo con la mano , y el señor Gifford añadió :

—Pues bien , aquel caballo está todavía en mi poder , y nadie se ha atrevido á disputarme su propiedad. ¿ Para qué me habia servido , sin embargo ? Para sospechar mejor que para reconocer al culpable. Luego , si nadie me ha disputado el derecho que tenia sobre un indicio , ¿ cómo se me puede negar el que tengo sobre una prueba ? ¿ Acaso hay alguna mejor para cerciorarme de que este es el condenado que busco ?

El gerif , magistrado prudente , no dió la menor muestra de admiracion mientras duró el discurso del litigante , y terminado este , se volvió hácia Jack Ketet para que espusiera por su parte los derechos que creia tener á la posesion de la placa , objeto del litigio. El verdugo se puso en actitud de discutir sobre su derecho y tomó la palabra. Pero en el momento en que iba á hablar , un fuerte rumor que resonaba al parecer en la iglesia , á pesar de hallarse esta cerrada , obligó al gerif á enviar á Sawton para descubrir la causa , despues de lo que invitó al digno ejecutor á ser tan breve como le fuese posible.

—Milord , dijo , no ocuparé largo rato vuestra atencion , ni ci-

taré precedente alguno, á pesar de tener muchos en mi favor, como por ejemplo el de Tomás Harisson, cuyos anteojos y Biblia me fueron otorgados, porque leia la Biblia con el auxilio de sus anteojos en el momento de la ejecucion; podria citaros tambien el de la pipa de oro de Gregorio Clement, con la cual fumo todas las mañanas, y el del violin de Roberto Tichburne, que he vendido al maestro de música de S. M., pero no quiero apoyarme en estos ejemplos, pues considero innecesario defender mi derecho, que me parece indudable, limitándome por consiguiente á destruir el que el señor Gifford supone asistirle. Dice este que tiene derecho á cuanto le sirve de indicio ó de prueba para asegurar un arresto; pero ¿dónde está el arresto aquí? ¿Acaso el señor Gifford no pierde toda relacion con los acusados ó condenados desde el momento que se hallan en la cárcel, pues ya no responde de ellos? ¿y qué cárcel es más segura que la tumba? Si alguien pudiera reclamar, seria el carcelero; pero ¿dónde está este?

—Yo soy, dijo Sawton, atraido por el cebo de la ganancia, y que, de vuelta en el subterráneo, habia oido las últimas palabras de Jack Ketet. Me parece que yo soy el carcelero de los muertos.

—Y por cierto los has custodiado bien, le dijo al oido una voz sorda.

Sawton no se atrevió á volverse y sintió que le flaqueaban las piernas; pero el rumor que se habia oido antes, empezó otra vez, dándole tiempo para reponerse, en tanto que la voz desconocida añadía por lo bajo:

—¿No te bastan cincuenta guineas?

Entonces reconoció la voz de Love, quien habia comprado á un trabajador el derecho de reemplazarle para presenciar el resultado de su ardid.

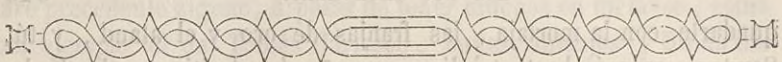
El gerif preguntó entonces á Sawton si habia averiguado la causa del sordo murmullo que llegaba hasta el subterráneo, y el guardian le contestó que era el pueblo reunido en grandes masas al rededor de Westminster, gritando que ya habia pasado la hora y golpeando con grandes piedras las puertas de la iglesia.

—La hora ha pasado en efecto, dijo con viveza el gerif, despachemos! Vos, señor Gifford, guardad la placa, tú, Jack, puedes

quedarte con la mortaja , las franjas de oro y el ataúd , y tú, Sawton , ganarás bastante dinero enseñando el sitio en donde ha dormido el Protector. Ea , manos á la obra ! la Cité no está hoy de buen humor, ayer rompieron las puertas de la taberna del Rey Enrique V; se dice que habrá un gran concurso en Pawltry, por donde debemos pasar, y es preciso que no hagamos aguardar al pueblo para no disponerle mal.

En consecuencia, se estrajo de la tumba el ataúd, sin mas ceremonia , sacándolo de la iglesia de Westminster y colocándolo en la carreta que debia conducirlo á Tyburn. De este modo la sed de un inmoderado deseo, obligando al primer magistrado del condado á precipitar la operacion que le habia sido confiada , aseguró, por lo menos hasta la puerta de Westminster, el buen éxito de la empresa de Ricardo y Love. Pero mil accidentes nuevos podian hacer abortar aquel proyecto, y pronto veremos que se presentó uno que nadie habia podido prever.





XXXII.

EL JARRO DE CERVEZA DE PAWLTRY.



MEDIDA que avanza la narracion, se presenta sin cesar un escrúpulo en el ánimo del narrador. A pesar de que este ya se ha explicado acerca de él, teme no haberlo hecho lo bastante; el título de la obra le inquieta, y se pregunta si, no obstante lo que ha dicho en el comienzo de ella, se le disputará la exactitud del título *los Dos Cadáveres*, pues verdaderamente puede decirse que peca en su expresion por exceso ó por defecto. Es poco, si se cuentan numéricamente los personajes que figuran en esta obra; demasiado, si el título no debe comprender mas que aquellos que juegan en ella un papel importante, en cuyo caso sobra uno, en efecto, porque hasta el presente solo el cadáver de Carlos I ha figurado en los acontecimientos que hemos referido, mientras que los restos de Cromwell permanecen intactos é ignorados bajo el césped de Nazeby. Sin duda es una incontestable verdad que hasta el presente Carlos I ha sido objeto de todas nuestras relaciones, y

sin embargo, no puede decirse que, aunque ausente, Cromwell sea menos necesario, pues él, ó mejor su cadáver, es la causa de las resoluciones y de las iras cuyos efectos sufre otro; y si es permitido comparar una produccion tan insignificante como esta con una grande obra de un célebre genio, el autor se atreverá á decir que ha podido incluir en su título el cadáver de Cromwell, de la misma manera que el gran Corneille dió el título de *la Muerte de Pompeyo* á una tragedia en que no aparece el rival de César.

Además de este temor, otro se presenta muy amenudo á su escrupulosa conciencia. El autor teme que se le acuse de haber amontonado por gusto una série de cuadros horribles, tan pesados de representar físicamente como difíciles de profundizar en su parte moral. Las exhumaciones, la dispersion de cadáveres, las ferocidades del poder que tienen por eco las ferocidades del pueblo; la juventud, ebria de venganza, hasta el punto de olvidar toda piedad y honor; el furioso delirio de un amante; el indigno olvido de un hijo; un noble que se hace verdugo, ¿todo esto no es mas que una ficcion creada en un momento de mal humor, una negra y fétida invencion que debe inocular la hiel en el corazon, la duda en el espíritu y el desprecio en el alma? No es una ficcion, no es un invento, es una verdad, y si sorprende hasta el punto de parecer inverosímil á nuestros lectores, el mas jóven de ellos podrá recordar como cosa contemporánea las reacciones de Nápoles, los suplicios de Madrid, los patíbulos de Módena y los desterrados de Varsovia, mujeres, niños y ancianos que van á poblar los desiertos de Siberia; los lectores de edad mas avanzada tendrán presente el drama del 93, las profanaciones de las tumbas de San Dionisio, los degüellos de setiembre y la muerte de la princesa de Lamballe; los que admitan la historia como autoridad, hagan memoria de la revocacion del edicto de Nantes, de la Liga, de la noche de San Bartolomé y mas antes de la guerra de los Albigenses, sobre la cual podria escribirse una obra magnífica; compárese lo uno con lo otro y confiétese que el autor ha andado muy parco al representar los horrores que ofrecen los ódios políticos y religiosos.

Por otra parte, si la moralidad de esta obra no se presenta de una manera ostensible á la imaginacion del lector, preciso es acu-

sar de ello á nuestra debilidad, no á nuestra intencion, y sobre todo, si no se ha visto en la pintura que hemos hecho, una severa leccion dada á los partidos y un terrible ejemplo mostrado á sus satélites de los furores á que uno puede verse arrastrado cuando se aparta del camino de la justicia y de la humanidad, el autor ha faltado á su propósito ; pero cree que no es así, y persuadido de ello, acometerá los últimos y mas formidables acontecimientos de esta historia.

Si esta obra no fuera un libro pobre y exento de pretensiones, escrito en prosa y destinado á satisfacer simplemente la curiosidad de los abonados á un gabinete de lectura ; si sobre todo quedara á los hombres de nuestro siglo, tanto lectores como escritores, alguna creencia en poesía, alguna fé en el espíritu inteligente y desconocido por mucho tiempo invocado bajo el nombre de musa, y que el doctor Gall ha fijado en un bulto ; si, en fin, no estuvieran proscribas las formas de nuestras antiguas y sublimes composiciones, el autor se atreveria á implorar la fuerza invisible ó material que le ha conducido hasta esta página, para que le sostuviera mas que nunca, para que siguiera ayudándole y hasta para que aumentara en proporcion al personaje que es necesario poner en escena. Este personaje es el pueblo, no este ser moral que lo es todo, esta abstraccion que parte de una corona para llegar á unos harapos, sino un conjunto de hombres que no es ni el populacho, ni la clase media, ni la nobleza, ni el clero, pero en la cual hay sacerdotes, nobles, clase media, ganapanes y mendigos.

Nosotros nos ocuparemos del pueblo en esta acepcion, á la cual no corresponde exactamente el nombre de muchedumbre. En efecto, este puede convenir á diez reuniones separadas y numerosas que se agitarán tal vez en la Cité por acontecimientos distintos y en un sentido diferente, al paso que seria impropio dar el mismo nombre á toda la poblacion de una ciudad levantada á una misma hora por una misma causa, y que, experimentando sus individuos mil sentimientos diversos, está destinada, cuando se habrá aglomerado y concentrado, á tener un alma, una inteligencia, una razon, una voluntad y una ejecucion únicas, como un ser aislado, y que pensará y obrará como un hombre, sin que pueda decirse donde están la

cabeza y los brazos del coloso. Este ser colectivo es el que se llama pueblo.

De esta manera y bajo este mismo aspecto se presentaba una inmensa multitud en los alrededores de Westminster, que esencialmente curiosa, queria ser testigo del espectáculo que iba á ofrecérsele. Entre los sentimientos de horror ó de aprobacion que dominaban los ánimos de aquel gentío, la curiosidad preponderaba en todos, aunando, por decirlo así, todos aquellos pensamientos distintos. Este unánime sentimiento fué á lo menos el que se manifestó al abrirse las puertas de la iglesia. Todas las miradas se dirigieron al ataud de Cromwell, que, como hemos dicho ya, no era mas que un cofre negro claveteado con tachones; pero aun cuando parecia imposible que se aguardara tanta gente para ver un objeto tan insignificante, no se oyó la menor reclamacion por parte de la muchedumbre.

Y en efecto, ¿qué aguardaba el pueblo? El féretro de Cromwell. Mas ó menos rico, de madera podrida ó de cobre luciente y dorado, hubiera llamado la atencion del mismo modo, porque tenia un nombre que cubria y hacia desaparecer la elegancia de su estructura, la riqueza ó la pobreza de la materia: era el ataud de Cromwell.

Tal vez se debió á que este ataud se hallaba cerrado y á que no indujo al pensamiento del pueblo á ocuparse de las formas que con la muerte habia tomado el cadáver del Protector, que aquel pensamiento se conservase inmenso y grandioso, porque, si hubiera tenido ocasion de contemplar aquel cuerpo inerte, corrompido y amoratado, con los ojos vacios, la barba y el pelo arrancados á trechos, y con los miembros en estado de putrefaccion, hubiera abandonado horrorizado tan repugnante espectáculo; pero el féretro de Cromwell estaba herméticamente cerrado y produjo una impresion muy distinta en la multitud. En aquel supremo momento toda la historia del Protector se reprodujo instantáneamente en el pensamiento del pueblo, y todos recordaron alguna parte de ella. Unos aportaron una página á aquella epopeya mental, otros una frase, algunos una palabra sola, pero todos algo.

Un soldado recordaba haberle visto combatir en Worcester; un

marino le habia conducido cuando fué á someter la Escocia ; uno le habia visto formar parte del Parlamento y del Consejo ; otro , cazar el zorro ; á este juez le habia explicado la ley , y la Biblia á aquel ministro ; este le habia visto perdonar ; aquel , castigar ; habia predicado delante de unos , embriagándose delante de otros ; brutal para con estos , habia sido dulce y afable para con aquellos ; hallábanse allí algunos con quienes habia discutido los intereses de Inglaterra y otros á quienes habia disputado el importe de una cuenta ; muchos le vieron tranquilo el dia que se ejecutó á Carlos I , y varios le habian visto triste por la muerte de un perro favorito ; habia sido el subordinado de algunos y el dueño de casi todos ; uno habia querido matarle , otro le debia la vida ; un anciano le habia visto nacer , crecer y morir , otro mas jóven no le habia conocido mas que mientras estuvo en el poder ; aquí habia contestado con el sombrero puesto á un embajador , y allí saludado á un obrero ; un antiguo amigo suyo recordaba los momentos que con él habia pasado , y un niño se acordaba confusamente de que su madre se lo habia enseñado una vez ; en fin , cada hora de la vida de Cromwell tenia allí su testigo , su recuerdo , su relacion ; hasta la hora de su muerte , que Ricardo representaba en aquella inmensa historia.

Mientras este universal sentimiento de atencion acogia el ataud de Cromwell , Love encontró á Ricardo entre la muchedumbre , cerca de la puerta principal de Westminster. El jóven le contó el duelo de Downing , su muerte y la situacion desesperada de su hermano , á quien habia dejado en manos de Andlay. Refirióle tambien la especie de cita que para Tyburn se habian dado él y Ralph. Aquel dia hacia catorce años que se habian encontrado los dos debajo del cadalso de Withe-Hall , y Ricardo sonreia al pensar en la víctima de aquellas dos jornadas. Love le dió cuenta á su vez de lo que habia ocurrido en la iglesia , sin ocultarle los temores que el gerif habia manifestado por la cita dada para la calle de Pawltry , á consecuencia de lo cual se ausentó por un momento para quitarse su disfraz , á fin de poder obrar mas libremente sobre las masas , segun lo exigieran las circunstancias , verificado lo cual volvió al lado de Ricardo.

Entretanto la multitud , los magistrados , la carreta y el féretro

seguián adelante, y parecia que nada debía turbar el órden de la ejecucion. El cortejo habia llegado á la calle de Pawltry, que, como todas aquellas por donde pasaba, estaba llena de un inmenso gentío, acogiendo con murmullos la vista lejana del ataud y callándose cuando pasaba. De este modo llegaron delante de una taberna situada poco mas ó menos á la mitad de la calle, y cuyas ventanas estaban ocupadas por hombres del mas bajo populacho, viéndose en la del centro el dueño de la casa.

Los ingleses tienen una palabra á propósito para dar á conocer aquella gente particular que se ve en las ciudades y especialmente en Lóndres los dias que se experimenta alguna conmocion pública, palabra que no puede traducirse mas que por la voz populacho, pero que es mas significativa que esta. *Mob*, pues tal es la palabra en cuestion, tiene un carácter particular; define por sí sola la terrible erupcion de las guaridas de mendicidad, de las tabernas clandestinas, del vicio cenagoso; pinta con su única sílaba el asqueroso torrente que derraman en las plazas públicas y en las calles las fábricas de curtidos y los encargados de limpiar los portales y las cloacas; representa con un solo rasgo á todos esos hombres andrajosos y desgreñados, de ojos hundidos, de gesto embrutecido, y cuya boca entreabierta por la sed, lo beberia todo, agua, cerveza, vino y sangre; á esos hombres, en fin, que durante los dias en que la sociedad pasa por alguno de sus periodos de febril agitacion, aparecen en su superficie como las pústulas en la piel del enfermo.

Tales eran los hombres que llenaban aquella taberna, cuyo propietario era Williams, el antiguo obrero del puerto. En cuanto divisaron la carreta, que avanzaba lentamente, se volvieron con prontitud los unos á los otros, avisándose sin duda de que habia llegado la hora, y animándose mutuamente. Sin embargo, no se movian de las ventanas, y el gerif, que les habia divisado desde lejos, creyó que podria pasar sin obstáculo; pero, á pesar de todo, ordenó á los pocos dragones que escoltaban la carreta que se hallaran prevenidos, y mandó decir á un cuerpo de infantería, situado en aquellas inmediaciones, que se presentara si el tumulto tomaba creces. Finalmente, en el instante en que el cortejo llegaba delante de la

taberna disponiéndose á seguir su marcha , un gran número de voces exclamó :

—Deteneos ! deteneos ! El derecho de Pawltry ! el derecho de Pawltry !

Aun cuando aquella intimacion hubiese sido pronunciada por cien mil bocas á la vez , no hubiera detenido ni un momento la marcha del gerif ; pero bastaba que una sola de ellas pronunciara la palabra *derecho* , para que la escuchara inmediatamente. Este admirable respeto del magistrado que aplica la ley á toda pretension fundada en un derecho cualquiera , es lo que garantiza á aquella el respeto del pueblo á quien rige. Seguro de que ninguna reclamacion será desechada sin exámen , si se apoya en un derecho verosímil , habla siempre en su nombre. A decir verdad , viéndose arrastrado por sus pasiones , como todos los pueblos , sus exigencias no son siempre razonables ; pero acostumbrado á encerrarse en el círculo de la ley , es necesario que busque un punto de partida , y esta obligacion contiene muchas de sus exigencias y restringe la mayor parte de ellas. No puede dudarse que tortura la ley , acosándola en sus menores detalles y estrujándola para sacar de ella armas en su favor ; pero por mucho ingenio que manifieste , aunque encuentre algunos recursos en los textos contradictorios , estos no son tan fecundos como podrian serlo sus caprichos y sus deseos.

Para mantener en el pueblo esa costumbre de no pedir mas que con la ley en la mano , es por lo que la magistratura inglesa da muchas veces sentencias tan extraordinarias , persuadida de que la extrañeza y hasta la injusticia de un fallo particular no puede ponerse en parangon con la inmensa ventaja que reporta á Inglaterra una completa obediencia á las leyes. En Francia , donde la manía del sentido comun , de la recta razon y de la interpretacion se han apoderado desde el último juez de paz hasta el primer presidente de los tribunales supremos , se guardarian muy bien de proferir un fallo absurdo que resultase de la ley , y se esforzarian en interpretarla. Indudablemente el fallo será mejor en especie , pero la ley perderá su prestigio popular. Esto es lo que no han comprendido aun los franceses , y lo que los ingleses no han olvidado todavía , por

mas brillo que hayan adquirido por otra parte sus conocimientos legislativos (1).

Así pues el grito : El derecho de Pawltry ! detuvo súbitamente el cortejo. El gerif, que montado á caballo precedía la carreta donde iba la caja mortuoria , hizo á la multitud señal de que callara , y se dispuso á escuchar la reclamacion que deseaban dirigirle. Williams , que ocupaba la ventana mas visible de la casa , exclamó entonces :

—¿ No es verdad , milord , que no todos los derechos de los ingleses están escritos en la ley y que , á pesar de esto , no son menos respetados ?

—Sin duda , respondió el magistrado ; pero estos ordinariamente están consagrados por un uso inmemorial y son conocidos por todos los ciudadanos , y no sé que podais reclamar ninguno de ellos.

—Digno magistrado , repuso el tabernero , siento mucho ver que Vuestro Honor ignora el derecho de los dueños de Pawltry , y los que nos escuchan deben estar disgustados de ver que su gerif no es tan ilustrado como exige el elevado puesto que ocupa.

Al oír aquella impertinente leccion , los partidarios del gerif dejaron oír algunos murmullos ; pero los mas prudentes de los espectadores les impusieron silencio , diciendo todos para sí en voz baja :

—Este hombre parece estar muy seguro de lo que dice ; puede que el gerif se equivoque , y es preciso escuchar.

El magistrado , que muy á menudo se habia visto embarazado con el cúmulo de privilegios fundados en algun texto ignorado de las leyes antiguas ó en una costumbre cuasi olvidada , y que pocos me-

(1) Para probar este hecho podemos citar el ejemplo siguiente : La ley de impuestos , hecha en los años 1820 y 1821 , gravaba con una cuota progresiva los carruajes de dos , tres y cuatro ruedas , no diciendo nada de los demás. Inmediatamente despues de la publicacion de aquella ley muchos empresarios hicieron construir carruajes de cinco ruedas. La administracion fiscal quiso imponerles contribucion ; pero no hubo un solo tribunal ó magistrado ante quien se interpusiera el litigio , que no decidiera que los carruajes de cinco ruedas estaban exentos de pago , en atencion á que la ley no hablaba de ellos. ¿ Qué magistrado ó tribunal francés con su habitual fórmula no hubiera fallado que : Puesto que los carruajes de cuatro ruedas pagan contribucion , con mayor motivo deben satisfacerla los de cinco ?

mentos antes habia sido árbitro en una cuestion de aquella especie, se puso de parte de los que reclamaban el silencio.

Comprendió que delante de aquella muchedumbre su fallo seria comentado, y no quiso prevenir los ánimos en contra suya, pareciendo que evitaba aquel exámen público; así es que, con la esperanza de ponerle de su parte, respondió al tabernero, levantando la voz para hacerse oír:

—El lugar que ocupo no puede exigir que sepa cuanto hace que el pueblo inglés sea un pueblo grande y libre, pues la memoria de un hombre no seria bastante para ello. Lo único que exige absolutamente es que respete sus derechos cuando los sé ó cuando me los enseñan.

Las palabras del gerif fueron acogidas con aplausos, y todos se dispusieron á escuchar á Williams.

—El derecho que reclamo, dijo este, es tan antiguo como esta calle y mas que esta casa, y consiste en hacer servir un jarro de cerveza á todos los condenados que pasen por ella para ir al lugar de la ejecucion.

Una prolongada exclamacion de asentimiento, una afirmacion unánime respondió á estas palabras, y el gerif mismo se acordó de aquella costumbre. Desde mucho tiempo la de ajusticiar á los reos ordinarios en Newgate en lugar de Tyburn, habia hecho caer aquella en desuso, y como los reos políticos, á quienes se ajusticiaba aun en esta plaza, salian de la Torre y no pasaban por aquella calle, no se habia presentado ocasion de ponerla en práctica. Indudablemente la esplicacion de aquel derecho era absurda, pues asimilaba un cadáver á un reo en un acto para cuya realizacion se necesitaba que este gozase de vida; pero el pueblo se complacia en aquellas sutiles discusiones, y sin duda se hubiera entusiasmado si hubiese oido la conversacion de Jack y el señor Gifford.

El gerif, que no veia ningun inconveniente en que se ofreciera un jarro de cerveza al cadáver de Cromwell, iba sin duda á reconocer aquel derecho y á permitir que se ejerciera; pero aquella pretension, que para todos no tenia otro carácter que el quisquilloso cuidado del pueblo inglés de hacer constar sus derechos siempre que

para ello se presentara ocasion, produjo una cruel ansiedad en el corazon de Love y de Ricardo, pues no podia dudarse que si des-
 tapaban el ataúd á la luz del dia, la curiosidad de tantas miradas descubriria la verdad. Convenia, pues, evitar el fallo del gerif, de lo cual se encargó Love. Púsose de un salto encima de la carreta, y levantando al aire su sombrero, hizo señal de que iba á hablar. Algunos le reconocieron, saludándole, y su nombre fué repetido con entusiasmo. Era conocido como un ciudadano terrible, que tenia al dedillo todas las sutilezas de las prerogativas populares, y todos esperaban de él una luminosa esplicacion. Esta cuestion tomó creces como la que hemos referido antes, y se concedió á Love la facultad de esplicarse.

—Niego la existencia del derecho que en este momento se reclama (*sensacion*), no porque los reos no tengan la costumbre de beber un jarro de cerveza en la taberna de Pawltry, sino porque el derecho no pertenece al tabernero (*atencion! atencion!*) Acordaos del origen del derecho; data de Jenkin, el ladron de caballos, que, conducido á la horca el dia 15 de julio de 1520, y pasando por esta calle, pidió que se le permitiera beber un jarro de cerveza, en atencion á que de no concedérselo, moriria de sed antes de llegar al patíbulo, y á que era demasiado buen inglés para privar á sus conciudadanos del espectáculo de su suplicio (*muy bien! muy bien!*) Desde aquella época, sea que el temor de tener la garganta apretada por una cuerda les pusiese en el caso de remojarla antes (*risas*), sea que los reos encontrasen en esta detencion un minuto mas de vida, han pedido y obtenido este permiso, y el uso ha pasado á ser un derecho. Pero ¿en dónde se halla este derecho? ¿pertenece al tabernero que ofrece su cerveza? No; corresponde al reo que la pide; y afirmo y juro que en esta ocasion el condenado no ha pedido nada.

El discurso de Love se vió coronado por los aplausos y las risas de la muchedumbre, y confuso Williams parecia disponerse á retirarse de su ventana, cuando un hombre medio oculto detrás de él, se le acercó, diciéndole rápidamente al oido algunas palabras. Williams reclamó de nuevo que se le permitiera hablar y obtuvo un silencio completo; la discusion interesaba, y por otra parte el taber-

nero no era ningun ignorante, de suerte que los espectadores se prometian alguna cosa nueva.

—Maese Love tiene razon cuando dice que el derecho primitivo de pedir el jarro de cerveza pertenece al reo; pero reclamo el testimonio de Jack Ketet para que diga si se ve obligado á pagarlo del precio que saca de los vestidos de aquel, y si, para asegurar esta ganancia, el tabernero tiene la costumbre y el derecho de ofrecer el jarro de cerveza, á fin de que no se eche en olvido la costumbre; si el jarro está siempre preparado de antemano como sucede hoy, y si jamás se ha esperado para efectuarse, la reclamacion del reo, quien casi nunca tiene fuerzas para hablar. Sin disputa el derecho pertenece al reo, pero siempre es el tabernero quien lo ejerce.

El gerif se volvió hácia Ketet, quien confirmó lo que acababa de decir Williams, y este continuó:

—Deseo, pues, que se me permita preguntar al reo si quiere ó no aceptar el jarro de cerveza, como es costumbre.

—Es justo, dijo el gerif; podeis hacer vuestra peticion.

No se crea que el interés que el pueblo manifestaba en aquel debate fuese debido al fondo de la cuestion, sino que, disculador por temperamento, gustaba de semejantes ejercicios, por lo que aplaudió á Williams con grandes aclamaciones. Es tal la condicion humana, que el amor propio de Love se interesaba ya mas que su venganza en aquella cuestion, tanto, que el feliz éxito de sus planes con Ricardo le importaba menos que salir vencedor en la polémica entablada con Williams. Por esto al oír sus razones, permaneció aterrado y meditabundo sobre la carreta, buscando en vano en su mente alguna nueva sutileza que oponer á aquel.

Entretanto Williams se habia separado de la ventana, bajando con aire de triunfo, con un jarro de cerveza en una mano y un cubilét en la otra. Subió á la carreta y se inclinó hácia el ataud; pero mil voces, que partian de todas partes, gritaron á la vez:

—En pié el ataud! en pié!

Jack Ketet y un criado lo levantaron, y Williams, inclinándose, dijo en voz alta:

—¿Quieres beber el jarro de cerveza de Pawltry?

—Abrid la caja para que lo oiga! gritaron los mas cercanos á la carreta, anhelando dar á la victoria de Williams todo su brillo.

El gerif hizo señal de que obedecieran. Ricardo se estremeció. Love se puso pálido y se sintió desfallecer. Jack Ketet sacó los ganchos y abrió el féretro, y Williams repitió su pregunta:

—¿Quieres beber el jarro de cerveza de Pawltry?

Al momento, por un accidente cuya causa solo podian explicarse Ricardo y Love, la cabeza del cadáver, que apenas habian tenido tiempo de mirar, se bajó lentamente sobre su pecho y pareció hacer un signo afirmativo. Asustado Williams, arrojó al instante el jarro y el cubilete; el criado y Jack, que sostenian la caja, retrocedieron estupefactos, dejándola caer en la carreta, en donde se cerró por efecto del choque, y la multitud, llena de un indescriptible terror, quedó muda y confusa. El gerif, que podia suponer que la putrefacción del cadáver habia sido causa del incidente, comprendió que nadie pensaba en continuar la comedia empezada, y el cortejo se puso en marcha en medio de una sombría admiracion.

El magistrado creyó que el peligro habia pasado ya, siendo así que en realidad empezaba entonces. En efecto, aquel suceso se manifestó incierto por un momento en la estupefaccion general, y tal vez si hubiera habido alguien capaz de reirse, todo el mundo se hubiera reido inmediatamente; pero la primera palabra que se pronunció por una voz largo tiempo callada en este libro, fué la siguiente:

—Hé aquí el resultado de sus infames profanaciones!

El que dijo esto era el coronel Tomlinson, enemigo de la monarquía desde que se habia encarnizado multiplicando los suplicios. Aquella frase pronunciada por un individuo que, á juzgar por su esterior, era un personaje importante, alteró á la multitud, convirtiendo en indignacion la incertidumbre con que habia presenciado el suplicio hasta aquel momento.

En menos de un segundo la historia, los discursos, el gesto y la opinion que de ello debia formarse, se propagaron entre la multitud; pero el *crescit eundo* de Virgilio, es mas verdadero que sus bucólicas; á cien pasos de la carreta se aseguraba que el cadáver habia indicado con la cabeza y la mano, que aceptaba; á quinientos pasos

se decia con gran formalidad que habia respondido: Sí! con voz terrible; y á mil se apostaba que hasta habia bebido el jarro de cerveza.

Como la desaprobacion de la sentencia del Parlamento acompañaba la noticia del consentimiento del cadáver, seguia la marcha progresiva de esta. A medida que se hacia mayor la maravillosidad del hecho, la reprobacion iba en aumento; de manera que siguiendo adelante su camino, el gerif advirtió las malas disposiciones del pueblo, comprendiendo que era muy probable que el dia no transcurriese sin algun tumulto. Miró, pues, á su alrededor con desconfianza y distinguió entre el gentío á Love y al jóven Barks-tead que no se apartaban de la carreta y de quienes sabia eran enemigos encarnizados del gobierno y denodados partidarios de Cromwell, por lo que resolvió vigilarles y apresurarse, asegurando de esta manera el éxito de las medidas tomadas por Ricardo, quien temia mas que él que algun motin viniera á turbar la ejecucion.



XXXIII.

TYBURN.



si pues, cuando la comitiva llegó á Tyburn, ningun resto quedaba en el pueblo de aquel sentimiento de atencion universal, aunque pacfica, que habia acogido la aparicion del féretro de Cromwell. Sin que intentase emprender ni impedir cosa alguna, habia abandonado ya aquel vasto recuerdo que al principio le embargaba por completo, empezando á ocuparse de la ejecucion en sí; y á la manera que cuando un vaso está colocado en el fuego y un débil calor empieza á modificarlo, mucho antes de que el agua llegue á hervir completamente, se elevan desde su fondo millares de burbujas que revientan en la superficie y lanzan en partículas imperceptibles la diminuta gota de agua que las envuelve, así el pueblo, ligeramente enardecido por la singular noticia de lo que habia tenido lugar en Pawltry, dejaba entrever en sus exclamaciones los síntomas de una naciente agitacion.

El gerif no pudo engañarse acerca de estas disposiciones y previó

que el menor accidente llevaria al pueblo á las mas estremadas empresas, tanto mas en cuanto era fácil adivinar que se mezclaba un temor supersticioso con la indignacion política, por cuyo motivo juzgó conveniente apresurar cuanto fuese posible la ejecucion de que estaba encargado.

La horca, tal cual la hemos descrito al referir el suplicio de Barks-tead, estaba levantada en medio de la plaza, y los dragones del rey la protegian, como aquel dia, contra los curiosos, hallándose junto á los ataúdes de Bradshaw y de Ireton, trasladados allí de antemano, un verdugo con el rostro cubierto con un antifaz.

El ligero murmullo que en un principio se dejara oír en la muchedumbre, habia tomado ya un carácter mas serio, y entre los gritos aislados que de tiempo en tiempo la dominaban, podian percibirse imprecaciones proferidas por voces irritadas.

El gerif se apresuró á atravesar la multitud y á llegar al pié de la horca, y en cuanto estuvo detrás de la muralla de soldados que la rodeaban, creyó que podria evitar cualquiera tentativa que se hiciese para apoderarse del cuerpo de Cromwell, única empresa que le pareció verdaderamente temible.

Sin embargo, contra lo que esperaba, todo permaneció tranquilo. La curiosidad reemplazó por un momento la agitacion que habia producido lo que acababa de suceder en Pawltry; pero aquella curiosidad y aquel sosiego, si hubiesen podido examinarse bien, hubieran parecido mucho mas terribles que cuantas agitaciones habian tenido lugar hasta entonces. En la escrupulosa atencion con que el pueblo observaba los preparativos del suplicio, podian leerse el deseo y la esperanza de descubrir lo que habia ocurrido. En su supersticioso horror no dudaba de que, si el cielo reprobaba la terrible medida acordada por el Parlamento, manifestaria su voluntad por medio de cualquier circunstancia sobrenatural. La mayor parte de la gente, irritada ya, esperaba que se confirmase lo que ella llamaba una primera advertencia. La discusion que por un momento se habia suscitado entre las masas, no se habia suspendido sino por un deseo irresistible de observacion. No obstante, si alguien hubiese podido abarcar de una sola mirada aquel inmenso gentío, le hubiera sido imposible encontrar en ningun punto determinado la espresion

sion del sentimiento que le dominaba por completo, pues las conversaciones que en todas partes tenían lugar, eran á corta diferencia como las siguientes :

- Tal vez no sea verdad!
- Aguardemòs otra prueba.
- Y entonces, ay de los infames!
- Ya estais exaltado como siempre! ¿Habeis visto como consentia el cadáver?
- Os digo que ha contestado : *Si!* con una voz que se ha oido á una milla de distancia.
- Que imbécil! hace dos horas que estamos en este sitio, y nada hemos oido, y eso que no nos hallamos á una milla de Pawltry.
- Creo muy bien que nada habeis oido ; siempre hablais como un pato chapuzando en el agua.
- Calle! pues si hace un cuarto de hora que he oido un sonido extraño!... Como que lo he dicho á este caballero.
- Es verdad. Me ha dicho : ¿No habeis oido alguna cosa? pero yo le he contestado : No, nada absolutamente.
- Claro está! pero hay personas que se precian de sabias y en nada creen.
-
- Qué es eso?... Vaya un alboroto.
- Uf!... Eh!... Eh!
- Aquí hay uno que solo lo verá á medias.
- Toma! pues está buscando su ojo.
- Decidme, ¿de qué color es vuestro ojo, azul ó negro?
- Peters es quien le ha sacudido este puñetazo.
- Sí, Peters; ya baja! Se comeria cuatro como Peters. Ha sido Fremy, el calafate, que tiene unos puños como balas de á doce.
-
- Apartarse, señores; apartarse.
- ¿Qué es lo que tiene ese hombre?
- Apartarse, que voy hasta la horca.
- Qué aire tan exaltado tiene! ¿Qué le pasa al cerrajero?

- Eh! Santiago Smith, ¿qué haces aquí tendido en el suelo?
- Ah! ¿eres tú, Fremy? vengo de Pawltry.
- ¿Estabas en Pawltry?
- Estaba en Pawltry!
- ¿Estabais en Pawltry? Callaos vosotros. Y bien! ¿Le habeis visto?
- Sí, le he visto á diez pasos de distancia.
- Y ¿ha consentido? Que se callen los de allí abajo.
- Exactamente. Williams se le ha acercado, haciéndole el ofrecimiento de costumbre, y el Protector ha bajado la cabeza, respondiendo: Con mucho gusto.
- Ca! esto no es posible!
- Qué patraña!
- ¿Cómo patraña? Repito que ha contestado: Con mucho gusto!
- Este nos toma por bobos!
- Te tomo por lo que eres, por un pícaro papista, y te digo que ha contestado: Con mucho gusto.
- Sí, sí, es un papista. Fuera! fuera!
- Vaya! ¿no veis que es un imbécil?
- Decias que ha contestado: Con mucho gusto, ¿y despues?
- Despues! ¿Crees que no es bastante eso, ó querias que bailase una zarabanda?
- Si no la ha bailado allá abajo, la bailará aquí.
- Esto es lo que veremos. Primeramente es necesario...
- Silencio!... Mirad á Jack Ketet como examina los nudos corredizos.
- Calle! allí veo un verdugo con antifaz, como el que decapitó á Carlos I.
- Esto no impide que sea abominable desenterrar cristianos.
- Cristianos ó perros, ¿qué le hace? Siempre es una profanacion.
- Tanto mas cuanto que el aire está ya de por sí bastante infecto para matar al mísero pueblo, sin necesidad de añadir tan pestilentos miasmas.

—¿Ha habido algun muerto en vuestro barrio?
 —Cinco esta mañana, y arrogantes mozos.
 —Miren la bruja! dice que eran arrogantes mozos. ¿Acaso te importa esto?

—Vaya si me importa, y digo y repito que es una infamia ahorcar porquerías como esas para apestar la atmósfera.

—¿Por qué vienes pues? Tú eres la puerca.

—Uf! ella sí que apesta!

—Está livida.

—¿Quereis callaros, tunante?

—Tuerce el pico y vuelve los ojos.

—Vaya! silencio, picaruelos. Dejad en paz á esa buena mujer y no gasteis bromas, pues esto podria acarrearla una enfermedad.

—Bah! ¿Estás seguro de ello?

—Los he visto. Esta mañana antes de que amaneciese, han salido de Westminster dos hombres.

—En todo esto hay algun misterio espantoso.

—Ya lo descubriremos.

—¿Quién es el guardian de las tumbas de Westminster?

—Sawton.

—Ah! si, un canalla.

—Ay de él, si no marcha todo bien!

—¿Acaso tiene la culpa ese pobre diablo? Si alguien la tiene es el gerif, que no ha querido asistir á la exhumacion de los otros cadáveres.

—Bueno, si no se hace todo en regla, veremos lo que sucederá. Tanto el guardian como el gerif lo pagarán.

—Silencio! se va á empezar la ejecucion.

—Que se callen los de allá abajo!... Mirad!...

A imitacion de estas se oian mil conversaciones entre el pueblo, en el cual se manifestaba un descontento vago é indeciso, pero que

solo esperaba un ligero acontecimiento, una circunstancia cualquiera para determinarse en uno ó en otro sentido ; y como hay momentos en que acertadamente puede compararse la muchedumbre á un hombre, bien podemos decir que á la sazón pasaba por una especie de crisis nerviosa, y que se hallaba poseida de esa impaciencia que, importunada por el mas insignificante objeto, se aumenta poco á poco por una rápida sucesion de contrariedades, y acaba por una explosion cuando, por decirlo así, se le aplica la mecha de un suceso algo notable, declarándose muchas veces contra la que deberia creerse que es su opinion.

Entretanto habian terminado los preparativos al pié de la horca, pues el gerif apresuraba sus órdenes, deseoso de entrar á puerto antes de que estallara la tormenta, toda vez que, como hábil piloto, sentia hincharse las olas y oia silbar el viento.

Ricardo y Love se hallaban tan cerca de la horca como les era posible, y el primero espiaba atentamente todos los movimientos del verdugo, como si su vida dependiera de ellos ; así es que le vió colocar sobre la carreta que habia conducido el cadáver, un tablado de cerca seis piés de altura, encima del cual fué depositado el ataúd, á fin de que el cuerpo pudiera ser visto de todas partes. En seguida el verdugo enmascarado subió á las laderas del carro y se dispuso á pasar por el cuello del cadáver el nudo corredizo que debia tenerlo suspendido. Como se ve, Jack Ketet cumplia su promesa; pero la poca maña del que ocupaba su puesto, y el mucho tiempo que empleó en una operacion que solo necesitaba algunos segundos, escitaron sordos murmullos en el pueblo, y el gerif no pudo menos de gritar que se apresuraran.

Esta circunstancia no fué inútil para el buen éxito de los proyectos de Ricardo, pues el ataúd estaba abierto ante el hombre de la máscara, que ataba la cuerda, y este, quien quiera que fuese, veia el rostro del cadáver que iba á ajusticiar ; pero sea que el ódio que le habia impulsado á aquel acto abominable estraviase sus miradas y sus recuerdos ; sea que la turbacion natural producida en él por una accion tan inaudita embargara por completo su atencion y sus sentidos ; sea que, apremiado por las órdenes del gerif, perdiera completamente su presencia de ánimo, ó quizás tambien que estuvies e

cegado por la persuasion en que se hallaba de que iba á ahorcar á Cromwell, es lo cierto que acabó su cometido é hizo señal al verdugo de que todo estaba corriente, sin que nadie sospechase que no era al Protector á quien iba á arrancarse del ataud para ahorcarle ignominiosamente.

Preciso nos ha sido explicar los detalles de esta exhumacion, seguir paso á paso la marcha del féretro, contar todas las circunstancias materiales que engañaron las miradas de cuantos se interesaban en aquella ejecucion y todos los sentimientos morales que les facinaron, enumerar todos los incidentes, por insignificantes que fuesen, que distrajeron la atencion de unos y obligaron á que otros se apresuraran, para mostrar como se verificó aquella terrible substitution, que parece hubiera debido descubrir á cada instante la mas leve circunstancia.

En el momento supremo de la ejecucion, cuando el noble de la máscara ataba la cuerda, figúrese el lector en lugar de aquel hombre trastornado, tembloroso, sediento de venganza y que apenas podia ver á través de su máscara, al verdugo tranquilo, acostumbrado á tales escenas, con la vista despejada, y aun acaso lleno de admiracion al observar la larga barba del cadáver, que Cromwell no tenia, y la espesa cabellera, que este habia perdido, y convenirá en que se hubiera detenido probablemente; pero una inaudita casualidad combinó el ódio de los unos con el de los otros, los sentimientos de todos y las precauciones que debian contribuir al buen éxito de aquella profanacion, y esta fué inevitable.

Asi pues, el tablado habia sido separado, habíase alejado la carreta, y el cadáver, meciéndose en el aire, estaba espuesto á las miradas del pueblo.

A su aspecto, dejóse oír un prolongado murmullo de satisfaccion, y todos se vieron libres de su ansiedad. El gerif creyó que ningun incidente debia temer ya, comprendiendo que los otros cadáveres importaban poco á la curiosidad pública. El pueblo, librado del arranque de cólera supersticiosa que le habia inspirado la noticia del suceso de Pawltry, creyó que la ejecucion era justa, porque nada la habia turbado. Todas las miradas se dirigian al cadáver.

Sin embargo, dos hombres radiantes de alegría, no mirando ya á

la horca, pero buscándose é interrogándose con la vista, debian dar á aquella jornada un final horroroso. En efecto, ¿qué importaba á Ricardo que su venganza se llevara á cabo, si solo él debia poseer el secreto? Ciertamente podia escitar las sospechas de los que estaban á su lado, y hasta no tenia que hacer mas que guiarles en su asombro, pues los mas cercanos se preguntaban ya si jamás habian podido figurarse el cadáver de Cromwell tal como lo veian en aquel momento; pero no era este el principal objeto de Ricardo, quien antes de participar al pueblo su venganza, necesitaba herir especialmente á alguno de una manera terrible. Buscaba con avidez, y no podia distinguir á Ralph Salnsby; trémulo de rabia por su ausencia, habia preguntado por él á los dragones de su regimiento, interrogado á Love, que se agitaba sin cesar entre la multitud, y hasta llamádole en alta voz, pero todo inútilmente; por manera que ya desesperaba de encontrarle, cuando sus miradas, lo propio que las de la muchedumbre, se fijaron nuevamente en la horca.

Habian acercado y apoyado una larga escalera en la estremidad de uno de los brazos que el patíbulo tendia hácia el pueblo, y un hombre que se lanzó hácia ella, subió hasta su parte superior, y cogiendo la cuerda con las manos, se dejó deslizar hasta el cadáver. Era el verdugo de la máscara, y la muchedumbre contempló aquella acción con estúpido asombro.

Al llegar junto al cadáver, el pretendido verdugo, en quien seguramente el ódio habia ahogado todo sentimiento de cordura y de prudencia, golpeó con los piés la cabeza de aquel cuerpo insensible, dando un grito de alegría salvaje; pero al impulso de los golpes del feroz ejecutor, los hilos que juntaban la cabeza con el tronco, separado ya, desgarraron las carnes consumidas, y rompiéndose al fin, dejaron caer por un lado el cuerpo, que fué á dar contra el suelo produciendo un ruido sordo, en tanto que la cabeza, sostenida un momento por el nudo corredizo que apretaba el cuello, pareció agitarse y torcerse, acabando tambien por desprenderse de la cuerda y desaparecer, al mismo tiempo que el verdugo, faltándole aquel punto de apoyo y mal sostenido por sus manos, resbalaba y caía.

Al ver aquel espectáculo, al observar la desaparicion del cadáver y del ejecutor que, cayendo dentro del recinto formado por los

dragones al rededor de la horca, parecian hundirse en el abismo, un grito espantoso partió de la muchedumbre, operándose al propio tiempo un movimiento general junto á aquella muralla de soldados. Estos no pudieron resistir su impulso, parecieron doblarse sus hileras, y algunos hombres, lanzados por una fuerza irresistible, separaron los caballos y penetraron en el circuito reservado, al propio tiempo que el gerif, el verdugo, el alguacil de la Cámara de los Comunes y los oficiales de dragones se lanzaban sobre el enmascarado que habia producido aquel incidente, amenazándole con sus espadas. Aturdido por la caída, hizo este un esfuerzo para levantarse, lográndolo apesar de los gritos que le ensordecian; pero apenas estuvo de pié, cuando una mano desconocida le arrancó la máscara, y todos retrocedieron asustados, pronunciando su nombre:

—Sir Ralph Salnsby! exclamaron veinte voces.

—Sir Ralph Salnsby! dijeron otras ciento.

—Sir Ralph Salnsby! repitieron todos, como un eco embravecido.

Pero mientras que su nombre iba, con la rapidez del rayo, á despertar en la muchedumbre horribles reflexiones y espantosos proyectos, el miserable, herido á consecuencia de su caída, enjugó la sangre que brotaba de su frente; vacilando, trató de afirmarse sobre sus piés; azorado, estendió los brazos, como buscando un apoyo; con la vista empañada, buscó por todos lados un rostro conocido ó amigo; pero sus ojos se velaron otra vez, cubiertos por la sangre: enjugólos de nuevo, restrególos con las manos, cerrólos un momento como para coordinar nuevamente sus ideas, y tranquilizándose al fin, miró á su alrededor. Miró y á dos pulgadas de su rostro vió mecerse una cabeza horrible; retrocedió, y siguióle la cabeza; grita, calla y queda con la boca abierta, y la cabeza se mueve, manteniéndose siempre á la altura de su rostro, en tanto que una voz terrible le dice:

—¿Reconoces esta cabeza, verdugo de Carlos I?

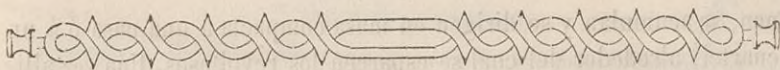
Al oír estas palabras, Ralph quedó inmóvil, anonadado, clavado al suelo, por decirlo así, y mientras que cuantos le rodeaban, asustados por aquel terrible espectáculo, no sabian si aproximarse ó

huir, Ricardo continuó con una voz que resonó hasta en las últimas estremidades de Tyburn :

—Cárlos II ha condenado á su padre al patíbulo, y aquí está su cabeza, que por segunda vez entrega al pueblo, como prueba del cariño que le tiene.

Y así diciendo, la arrojó con mano vigorosa por encima de los dragones, yendo á caer en el fango, á los piés del populacho, la cabeza de Cárlos Estuardo, que Cromwell habia protegido contra los furores populares.





XXXIV.

EL MOTIN.



ENTONCES empezó una monstruosa bacanal de doscientos mil hombres, como no es fácil imaginarse sin haberla presenciado.

Todos han visto, á lo menos una vez en su vida, algun movimiento popular mas ó menos imponente. Algunos han sido testigos en el campo de los motines promovidos por los aldeanos cuando algun impuesto que no esperaban, tal como el derecho de peaje de un puente ó el aumento de las tarifas en los derechos de los mercados, viene á gravar inopinadamente sus intereses. Armados entonces con palos, con trillos, azadones y hoces, se precipitan sobre los agentes del fisco, saquean sus despachos, prenden fuego á sus registros y devastan sus habitaciones.

Otros habrán asistido á las turbulentas revueltas de nuestras ciudades cuando se creen insultadas por la presencia de una guarnicion hostil ó de un magistrado indigno. Entonces la ciudad entera se amotina, se forman grupos aquí y allá, se encuentran, se reu-

nen, se acumulan y se dirigen en masa compacta á una casa ó á un cuartel, alrededor del cual se esparcen los revoltosos. Una vez allí, estallan los gritos, las pullas y las amenazas, en tanto que las piedras hienden el espacio y rompen en mil fragmentos los cristales; pero si los sublevados encuentran resistencia en el interior, si sufren los funestos efectos de una descarga, ó sale una partida de hombres armados para reprimir el movimiento, la muchedumbre empieza á correr y se dispersa por completo. Al dia siguiente algunos duelos vengan la ciudad desarmada, y las cosas vuelven á su estado normal.

Muchos de nuestros compatriotas han podido presenciar en otra época algunos de esos dias terribles en que, levantándose en masa los arrabales de Paris, se esparcen sus moradores por la ciudad, amenazándola por todas partes. Para espresar el poder y los efectos de estos terribles molines, hay una palabra admirable en el vocabulario popular. Sin necesidad de apurar el pensamiento para buscar una comparacion, como sucede en la imágen tantas veces repetida por los poetas y los novelistas, de *el pueblo parecido á un torrente*, en los dias en que la ciudad hierve en su centro, amenazada por todos lados, se oyen mil voces asustadas que gritan:

—Desgracia! desgracia! los arrabales bajan!

Frase enteramente parecida á la que usan los pastores y campesinos de los Alpes y los Pirineos cuando á los primeros rayos del sol de mayo y al influjo de sus tibias y abundantes lluvias se desprende la nieve y ruedan los aludes, arrastrando en su descenso cuanto se opone á su paso.

De la misma manera las masas furiosas de los arrabales de Paris invaden las calles como las olas de un mar embravecido, gritando, mezcladas con mujeres asquerosas y niños cubiertos de andrajos, rompiendo los faroles, blandiendo picas y aturdiéndose con sus propios abullidos. Si un hombre se encuentra á su paso, y una voz, una palabra ó un gesto le señala como un enemigo de la voluntad del pueblo, acto continuo le asedian con amenazas é invectivas, se apoderan de él, le empujan, le arrollan, le rompen los dientes, le muerden los muchachos, las mujeres le despedazan, y algunas veces un hombre de corazon le mata de un solo golpe; despues le cortan

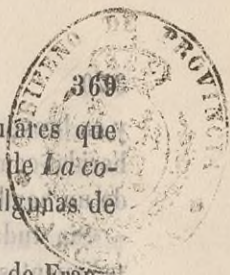
Barcelona 27 Marzo 1860

El Editor

Brunaventure Bussas

N.º 828 lib. 3.º int.

LOS DOS CADÁVERES.



la cabeza y la pasean en triunfo, no faltando poetas populares que improvisan la *Carmañola* ó alguna otra canción como la de *La cosa marchará*. Nuestros padres han podido presenciar algunas de esas horribles jornadas.

Otros hay finalmente que en las ciudades del Mediodía de Francia han podido oír y presenciar los cantos ardientes y las danzas frenéticas de la *farándula*, contemplando el terrible espectáculo que presenta su origen, su acrecentamiento y su apogeo.

Quando una docena de obreros enardecidos por la febril agitación revolucionaria ha lanzado el grito que da la señal de la *farándula*, se ponen en marcha, cogidos unos con otros, cantando algunas de esas canciones de proscricion que son la base de los partidos. Al principio la *farándula*, lenta aunque tumultuosa, mesurada aunque moviendo mucha algazará, recorre pausadamente los barrios bajos de la ciudad, donde se le reunen cuantos miserables y vagabundos encuentra al paso; poco á poco va haciéndose bastante numerosa para ser imponente; entonces llama á los transeuntes, les invita á que se agréguen á sus filas, les insulta si se niegan á ello, y algunas veces les obliga á hacerlo empleando la violencia. Luego, marchando y aumentándose siempre, enlazados unos á otros por las manos, apresurando sus cantos y su marcha, arrastra á cuantos encuentra á su paso y se apodera de los pacíficos habitantes á quienes ha atraído la curiosidad, se lanza de una á otra calle, las invade todas, se repliega, y enlaza la ciudad con sus mil ondulaciones. Despues, siempre andando y cantando, amenazadora y desordenada, llenando las plazas, las calles y las encrucijadas, arrastrando y agregándose aquí y allí porciones enteras de la poblacion, como un hierro cuyas asperezas arrastran en pos de sí los restos de cuanto toca; la *farándula* cambia su marcha en carrera y sus cantos en gritos, se precipita, vuéla, vocifera, aulla, y pronto, erizada de puñales y de teas, formando una masa inmensa y flexible, corre, se desliza y pasa á través de las sinuosidades de la ciudad, de la misma manera que una enorme serpiente se desliza á través de las yerbas cuando ha visto sin presa.

Si se pronunciasse entonces el nombre de una persona proscrita, esta, rodeada por todas partes, huyendo inútilmente de casa en casa

y en breve descubierta, caeria despedazada y acribillada por tantas heridas como el puñal de los asesinos es capaz de abrir en el cuerpo de un hombre.

Sin duda estas emociones son terribles, y crueles aquellos acontecimientos en que corre la sangre y que son presididos por la muerte. Los que fueron testigos de ellos, guardan duraderos y tristes recuerdos, y sin embargo, motines de campesinos, revueltas y *farándulas* no son mas que incompletas y débiles demostraciones de la fuerza popular en comparacion de los inauditos excesos que han tenido lugar en las calles de Londres, ejecutados por su inmensa poblacion. En efecto, aquellos movimientos, promovidos y guiados por la cólera, marchando ó hiriendo al acaso, algunas veces son causa de asesinatos y devastaciones, pero siempre con un sentimiento de precipitacion y de temor parecido al que mueve á los niños en sus débiles actos de destruccion, al paso que en Inglaterra los motines adquieren el carácter tenaz y reflexivo de la nacion. En ambos países puede decirse que sucede con las conmociones populares lo mismo que con los banquetes. Los franceses se sientan á la mesa para beber regularmente y hablar mucho; pero algunas veces beben un algo mas de lo que hubieran querido, y poco á poco se embriagan sin apercibirse de ello, al paso que los ingleses se sientan á la mesa para comer mucho y beber mas, y comen hasta reventar, bebiendo hasta que se hallan completamente ébrios. Lo mismo sucede en los tumultos populares: en Francia son efecto de un arrasamiento, en Inglaterra son hijos de una resolucion.

Cuando la repugnante cabeza de Carlos I cayó en medio de la muchedumbre, se efectuó un movimiento terrible.

Como una piedra que cae en una balsa y que traza á su alrededor un círculo que parte del centro y va ensanchándose, al propio tiempo que debilita su ondulacion, hasta llegar á las paredes de aquella, un círculo humano rodeó la cabeza del infeliz monarca, y la multitud que lo formaba onduló en torno suyo, rechazada por el vacío que se creaba en su centro.

Todos miraron aquella cabeza, reconocieronla, y un grito de reprobacion universal se levantó contra aquellos cuyos decretos de profanacion habian tenido aquel espantoso resultado. Hasta ento-

ces el odio político había obcecado á algunos respecto á la atroz estupidéz de los decretos del Parlamento, y el estado de proscripción en que se hallaba el partido vencido, acostumbrado á todos los ultrajes, apenas le había dejado ver en aquel sacrilegio un insulto más; pero al ver en el fango la cabeza de Carlos I, pareció que el acto del Parlamento se presentaba de repente al espíritu con todo su horror, y se dejaron oír de pronto espantosos gritos de venganza, lanzados unánimemente por republicanos y realistas, puritanos y católicos; unos por el odio que sentían contra la medida que se había tomado, los otros por execración de lo que acababa de acontecer.

Sin duda hubiera sido justo dirigirse contra los autores del decreto, y esto es lo que en un principio quiso hacer la multitud; pero el Parlamento estaba disuelto y ausentes el rey y su corte, y en consecuencia el furor popular descendió rápidamente las gradas de la gerarquía del poder y se detuvo en la primera, en la que encontró un hombre que podía responderle de lo que había sucedido. Después del rey, que se hallaba ausente, después del Parlamento, que estaba disuelto, después de los ministros, ausentes también, venía el gerif, que se hallaba presente en la plaza, encargado de la ejecución de la sentencia, de la cual era responsable. Seguía el alguacil de la Cámara de los comunes y después de él el verdugo, siendo ambos responsables de aquella horrible substitucion y hallándose presentes los dos. Después de todos ellos venía el guardian de las tumbas, el miserable Sawton. En menos de un minuto y por un acuerdo unánime fueron elegidas las víctimas y resuelto su castigo.

Así, mientras por una parte Ralph aturdido, desatinado, insensato, procuraba reanudar sus recuerdos, sin poder comprender nada de su propia situacion, y mientras que por la otra Ricardo, ébrio con el triunfo, se alejaba del pié de la horca, aprovechándose del estu-
por general; la multitud hacia sobrehumanos esfuerzos para llegar hasta el palibulo, empujándose y comprimiéndose unos á otros. Por todas las avenidas de la plaza la gente se dirige á un centro común, rompiendo á su paso la línea de caballería que rodea la horca, y lanzada desde todas partes á un mismo punto, se encuentra chaco, se arremolina, y como un torbellino que arrastra, rompe y

destruye todo lo que se halla bajo su influencia, la muchedumbre hace desaparecer del suelo sin dejar el menor rastro, carretas, atahudes y horca; todo lo arranca, todo lo dispersa y todo lo absorve. Véñese por un momento á ginetes y caballos dispersos y arrastrados por este furioso torbellino, flotar en la superficie de aquella inmensa mole humana, de la misma manera que fluctuan sobre las aguas del mar los aparejos del buque que ha zozobrado, y al cabo de pocos instantes desaparecer cual si se hubieran abismado en el profundo de aquellas oleadas de hombres, cuya superficie se presenta de nuevo compacta, como el Océano cuyas aguas vuelven á cerrarse despues de haber devorado su presa.

Despues de esto, se buscaron los culpables, y al poco rato el gerif, Giford y Ketet, se hallaron en medio del populacho. Aquella masa de hombres tan numerosa, tan violenta, tan exaltada, se guardó no obstante de herirles al momento y de maltratarles: tenia segura su presa y se veia dueña de su venganza, pero creía que debía proceder lentamente para calcularla y saborearla mejor. Para profundizar este sentimiento que impidió uno de esos asesinatos irreflexivos que acaban prontamente con las víctimas, es preciso buscar su analogía en un hecho muy comun.

Cuando en uno de esos días felices para el gloton cae entre sus manos alguno de los succulentos manjares que constituyen el deseo de las mejores mesas, podreis observar como aquel los contempla, los examina, los aprecia, procura hacer renacer su apetito por medio de una combinacion exquisita y variada, y últimamente cuando como un hábil conecedor ha escogido ya las viandas preciosas, se pone en actitud de regalarse con sus delicias.

Indudablemente es horrible pensar y mas horrible decir que predominase este cálculo en el pueblo al rodear á sus tres víctimas. Satisfecha la sed de asesinatos vulgares con la muerte de los dragones que habian desaparecido uno á uno, habia llegado á esas buenas presas, á esas viandas delicadas y escogidas, de que hablamos, porque verdaderamente un gerif, un alguacil de la Cámara y un verdugo son para el pueblo un festin que merece no ser desperdiciado.

Al principio resonaron gritos de esterminio al derredor de los tres

desgraciados, y fué jurada su muerte en medio de mil espantosas imprecaciones. Despues se les dirigieron preguntas por todas partes; les acusaron, les juzgaron, les condenaron, y en breve no se habló ya mas que de su suplicio. Millares de voces proponian su muerte, y millares de voces la aprobaban ó la reprobaban; aquello era una deliberacion en la que cada voto lo formaba el grito de diez mil hombres. No obstante nada se decidia, unos proponian la horca, otros el Támesis, y algunos el tormento. Si entonces no hubieran tenido mas que una sola víctima que inmolar, tal vez la discusion que reinaba en las masas exasperadas hubiera producido un choque terrible entre las mismas, saciando de este modo sus deseos de venganza; pero, poseian las suficientes para satisfacer todos los gustos con diferentes suplicios, y su perdicion fué inevitable. Así discurrieron algunos, y pronto fué este pensamiento el de todos. Un grito de: Al Támesis el alguacil! decidió el primer acto de la venganza popular.

Si aquel dia estaba destinado á demostrar hasta que grado pueden llegar las violencias de las masas en sus mayores escesos, tambien debia evidenciar lo ocasionadas que son á dejarse arrastrar por el carácter ó influencia de un hombre solo. Así pues, resuelta la muerte del alguacil, del gerif y de Ketet, que se encontraban en presencia de la multitud, tuvieron los tres una suerte distinta, porque la recibieron de diferente modo, y por poderosa que fuese la voluntad manifestada por millares de individuos, sufrió algunas modificaciones segun las distintas luchas que tuvieron que sostenerse con cada una de sus víctimas.

El que primero habia sido designado era el desgraciado alguacil. Mientras las amenazas habian sido colectivas, mientras se habia ultrajado indistintamente á las tres víctimas, el alguacil abrigó algun resto de esperanza y participó á pesar suyo de la calma reposada del gerif y de la triste indiferencia de Jack Ketet; pero apenas el grito de: Al Támesis el alguacil! le hubo separado de sus compañeros, encontrándose aislado en su condena, se apoderó de él una desesperacion horrible, miró á su alrededor como un loco, buscando entre las fisonomías ávidas y sedientas de esterminio que le rodeaban, un amigo, un consejo, un socorro, pero solo le contestaron aulli-

dos de muerte y sonrisas de sangre, sintióse helado y sin poder moverse. — Camina! camina! le gritaban de todas partes. El infeliz no podía dar un paso, lamentando esta circunstancia mas y mas su desgracia, pues le empujaban y le ayudaban á andar; pero qué empujones! qué auxilios! Uno le aguijoneaba en los riñones con un palo, en tanto que otro le lanzaba hácia adelante, arrastrándole de los cabellos. Bajo esta brutal impresion anduvo algun tiempo sin que nadie le insultara, fijas todas las imaginaciones en una sola cosa, que caminara á su destino.

Gifford no era uno de esos hombres dotados de resolucion que adoptan un partido, aunque sea el de su muerte, y que lo siguen irrevocablemente. Por otro lado, era incapaz de calcular la inutilidad de la resistencia opuesta á diez mil hombres y lo quimérico de una lucha entablada con los mismos, y no conocia que el solo combate posible con el pueblo es el del poder moral y que si en ciertas ocasiones un solo hombre ha vencido á un número tan inmenso, ha sido porque ha procurado evitar un combate de fuerzas físicas. Desgraciadamente para él se habia empeñado en un combate de este género, que le condujo á la mas frenética desesperacion. En efecto, apenas hubo dado cien pasos como un hombre privado de razon y probablemente sin haber pensado siquiera á donde se dirigia, cuando de improviso pareció que esta idea se le presentaba á la imaginacion, pues se detuvo, y retorciéndose con horribles gritos los brazos y arrancándose los cabellos, exclamó:

—No! no quiero! no iré! aunque me despedaceis no daré un paso mas!

Oh! qué respuesta mas terrible escitó en el populacho esta exclamacion! Una carcajada de desprecio y de sarcasmo producida por centenares de individuos resonó en el espacio. Figúraos un niño de tres años que llora y patalea con rabia, diciendo á un hombre de seis pies:

—No quiero! no quiero caminar!

El hombre sonrie y empuja al niño con la punta del dedo. En esta situacion se encontraba el alguacil al negarse á andar: el populacho se sonrió y le empujó con el dedo. Misericordia! qué se me

perdone esta imagen; la sonrisa de la muchedumbre fué el espantoso apllido de la hiena; el dedo del gentío fué la accion de veinte hombres que empujaban al alguacil con los piés y con las manos, maltratándole y obligándole á continuar su camino. Al ver esto, el desgraciado perdió de nuevo el conocimiento, y magullado, herido y ensangrentado, emprendió su marcha, presa de mil vértigos y de ese zumbido que produce en el cerebro un ruido mas atronador que los gritos mas agudos y las palabras mas fuertes. Si en aquella situacion se le hubiera presentado un medio para salvarse, á buen seguro que no lo hubiera comprendido, y aun quizás no lo hubiera deseado.

La muchedumbre, entretanto, avanzaba hácia el Támesis. El alguacil caminaba en el espacio que aquella dejaba libre en torno suyo para contémporar mejor su pálido y ensangrentado rostro, sus atontadas miradas, sus vacilantes pasos y sus continuos traspiés. El gerif y Ketet seguian á alguna distancia, cautelosamente vigilados. De repente, sea por un resto de esperanza de salvacion, sea por locura, sea por el deseo de dar fin á una situacion tan critica, el alguacil echó á correr con todas sus fuerzas. Oh! ¿qué es lo que hace el infeliz? Ni tan lentamente ni tan aprisa, desdichado, puesto que el populacho no ansia otra cosa que recrearse en tu triste aspecto! Por haberse detenido un minuto antes, habia sido maltratado y magullado; por querer correr ahora, un baston lanzado contra él habia de herir al insensato. Gifford se para, bambolea y cae: tenía una pierna rota.

Los agudos gritos lanzados por el paciente revelan sus atroces dolores; el pueblo se obstina en que se levante y continúe andando. Se lo exigen, se niega á ello, y le maltratan; se levanta y vuelve á caer; la muchedumbre rie y le golpea nuevamente; reúne sus fuerzas para ponerse en pié, y cae otra vez, siendo mas estrepitosas las carcajadas. Un mozo de esquina propone á la desenfrenada turba un suplicio que ha inventado, y ella acoge su proposicion con las señales de la mas salvaje alegría.

—Es preciso llevarle en triunfo! esclama.

—Y al mismo tiempo coge á la víctima por su pierna quebrada, arrastrándole por el fango, donde su ensangrentado rostro se despe-

daza entre las piedras desiguales que forman el pavimento de las calles. El mísero alguacil se resiste aun, se retuerce con desesperación, procura agarrarse en alguna parte con las uñas y los dientes, lanzando aterradores gritos que no bastan á sofocar las insolentes risotadas del populacho, mientras el impasible ganapan continúa su carrera, arrastrando siempre á su presa. Poco á poco se debilitan las convulsiones del desgraciado, su rostro pasa por el éieno que sofoca sus gemidos, sus dientes ya no rechinan, sus brazos inertes siguen los impulsos del cuerpo, y sus cabellos enmarañados los de la cabeza, teñidos de sangre y lodo; ya no resiste ni grita: es un cadáver.

Un muchacho que le seguía hacia mucho tiempo, quiere á su vez tomar parte en aquella bárbara escena, y acercándose al desdichado, fija la planta de su pié sobre sus desordenados cabellos, los cuales se desgajan de la cabeza al emprender de nuevo su carrera: el ganapan, en medio de un grito agonizante que exhala aun el paciente.

Loor al muchacho, que ha sabido inventar un nuevo dolor para la víctima que los mas crueles creían ya exánime! La muchedumbre admirada, acoge con ruidoso aplauso un acto tan bárbaro, y no bien llega al Támesis, dos hombres precipitan al río desde lo alto del puente una masa informe de carnes ensangrentadas y cubiertas de lodo.

El suplicio del alguacil habia terminado, y tocaba su turno al gerif. La muchedumbre se dirige á él, le amenaza, le insulta, pero él permanece impasible, con su mirada altiva, los brazos cruzados y la frente levantada, dibujándose en sus labios una sonrisa de desprecio. Entonces cambia la escena. Este hombre que nada imploró y que no se resiste, no ofrece pasto al encono de la muchedumbre indómita, y sin embargo está destinado como el que acaba de perecer, al suplicio y á la muerte; pero si se le mata sin lucha, sin esfuerzos, sin tormentos ni ferocidades, el populacho no quedará satisfecho, pues todavía necesita miembros destrozados, cuerpos jadeantes, mas destrozados y mas jadeantes aun que los del alguacil, porque la sed de sangre ha llegado hasta el frenesí. Y sin embargo es difícil maltratar á un hombre que no grita, que no se de-

fiende, que á nada da pié. ¿Qué hacer entonces? Privarle de su calma y de su intrépida resignacion, aguijonearle, en una palabra, hacer lo que en España con el toro que sale á plaza: los capeadores le escitan, los picadores le hostigan, los banderilleros le enardecen, y el toro, bramando de corage, embiste ciegamente y presenta su cuello al matador, que le atraviesa con la espada, para hacerle pasar luego al dominio del cachetero que le remata.

Los mas furiosos querian adoptar este partido. Uno de ellos levantó un palo para descargarlo con furia sobre la cabeza del gerif. El movimiento era tan rápido que debia aturrullarle, por mas que, siguiéndolo con la vista, procurase evitar el golpe, así es que el gerif cerró los ojos, permaneciendo inmóvil, y el agresor se vió contenido por unánimes gritos de reprobacion.

Otro quiso infundir temor al magistrado, creyendo exasperarle, y le gritó al oido:

—Vas á ser ahorcado! lo oyes?

—Lo sé, replicó tranquilamente el gerif.

A la cólera de la muchedumbre sucedió el asombro y la estrañeza. La lucha con aquel hombre se presentaba bajo un aspecto diverso que con la primera víctima. La enardecida canalla se doblegó por un momento ante una grandeza de ánimo tan extraordinaria, y comprendió intuitivamente que su fuerza brutal podia muy bien matar á un hombre, pero no amedrentarle. Impulsado por este sentimiento, un obrero se acercó al gerif, y colocándose delante de la víctima para hacerle comprender bien lo terrible de su amenaza, le dijo:

—Vas á ser ahorcado aquí, en este instante, acto continuo.

—Corriente, respondió el gerif.

El obrero quedó mudo de admiracion, y la multitud retrocedió espantada y sin estrépito. Esta respuesta obligaba á cien mil hombres á poner friamente sus manos sobre un solo individuo; reduciéndola á la situacion de un villano que aplasta sin motivo alguno bajo su planta al indefenso polluelo que picotea á sus piés, y condenándola á la condicion del verdugo que hiere á un reo encadenado. El pueblo comprendió esta situacion y procuró imprimirla un nuevo sesgo, haciendo por manera que el magistrado

se resistiese y se lanzara fuera del círculo de su intrépida impasibilidad. Tenía necesidad de un motivo que viniera á legitimar en apariencia sus agresiones, y en consecuencia algunos hombres, esperando que se presentára una ocasion propicia mas adelante, empezaron á gritar :

—No, aquí no! es necesario colgarle en otra parte! Ea! ve andando ; te ahorcaremos en otro lugar.

Las manos, los palos, los piés, estaban levantados para empujar al magistrado y hacerle caminar, pero él, mirando sin cólera ni estrañeza á los que le rodeaban :

—¿ Adónde debo ir ? preguntó.

Todos los golpes quedaron en suspenso. El espíritu humano en sus mas desordenadas aberraciones no abandona tanto como se cree las reglas que le dirigen, pues necesita en sus obcecados furrores un pretexto, una excusa, y la tranquila resignacion del gerif no dejaba campo abierto á las violencias. Así es que permaneció ileso todavía entre los mil instrumentos de muerte que le amenazaban, y á pesar de hallarse rodeado de hombres resueltos á asesinarle desapiadadamente. Hasta aquel momento se habia intentado en vano infundirle miedo : se le habia conminado con un suplicio inmediato, despues con un suplicio mas lejano, pero ni la fisonomía ni la voz del gerif habian experimentado el mas ligero cambio, y la muchedumbre se sentia vencida, y lo estaba en efecto, pues apenas deseaba ya asesinar al magistrado. La situacion habia tomado un nuevo aspecto, pues ya no se pensaba en ensayar la fuerza poderosa de un pueblo desbordado en una víctima tan serena ; solo se trataba de aterrarla. De repente un sordo murmullo anuncia el descubrimiento de un nuevo medio que se cree infalible para anonadar la obstinada firmeza del reo : todos rien, todos se lo comunican en voz baja ; despues, con una alegría salvaje, lo aullan á los oidos del gerif, comentándolo de mil modos :

—Si! serás ahorcado, pero delante de tu casa!

—De tu casa, que destruiremos hasta la última piedra.

—Allí entregaremos á las llamas tus miembros!

—Y verás correr tu oro.

—Nos beberemos tu vino.

—Y obligaremos á tus hijos, á quien tanto amas, á bailar delante de tu horca y sobre las ruinas de tu casa.

Después de haber vociferado todas estas amenazas, la turba se contuvo, segura de su inmenso poder, y miró al gerif con sonrisa de triunfo, esperando ver retratada la palidez en su frente magestuosa y aguardando con ansia la respuesta que iba á formular probablemente con voz alterada. Y á decir verdad, bien podía confiar en la infalibilidad de este supremo esfuerzo, de este agudo puñal dirigido con certera mano al corazón de la víctima; pero el alma de aquel hombre tenía tanto valor y tanta presencia de ánimo, que había comprendido que no solo podía salvar su dignidad, sino hasta su vida. Reuniendo, pues, todas sus fuerzas contra los terribles golpes con que le abrumaban, contestó con arrogancia:

—Seguidme; yo os enseñaré el camino mas corto!

Púsose en marcha, y el populacho le siguió aterrado.

La causa del gerif no estaba del todo ganada; pero había vencido los mas formidables obstáculos, y en la situación en que había colocado á sus obstinados perseguidores, podía al menos intentar su salvación. En efecto, el pueblo dudaba ya de la justicia de su venganza, y el intrépido gerif le había arrebatado la esperanza de un asesinato que les recreara, de un suplicio dramático; todo lo mas que le concedía era otro hombre que ahorcar, pero un hombre que parecía no hacer gran caso de ello.

Si, á propósito de lo que venimos narrando, se pregunta que se ha hecho del pueblo que hace un momento decíamos ser tan esclavo y tan entusiasta por la ley, contestaremos que no hay un corazón tan tranquilo que no se deje arrebatarse alguna vez por la cólera, ni un alma tan buena que no la combatan algunas ráfagas de odio, ni una conciencia tan justa que no se halle alguna vez obcecada; y como sucede casi siempre que los que llegan á los mas estremados excesos son los que con menos frecuencia se dejan arrebatarse por ellos, por la misma razón aquel pueblo, tan preciado del cumplimiento de sus leyes, una vez conculcadas estas, debió infringirlas mas que otro alguno. El gerif, que conocía á fondo el carácter de sus compatriotas, sabía que era imposible atraerse á la muchedumbre irritada, aun cuando le recordara sus deberes, y por lo tanto andaba

silencioso y resuelto, seguido de las masas, que cachicheaban, contrariadas, dispuestas á abandonar su resolucion á la primera ocasion que se les presentára, y conduciéndole al suplicio porque no sabia hacer otra cosa. Cuando el magistrado conoció que el espíritu del pueblo vacilaba, paróse de repente, y con aire desenvuelto y el gesto libre como pudiera hacerlo una persona que se encontrase entre sus amigos, dirigióse á los que le rodeaban y exclamó en alta voz:

— ¿Hay alguno aquí que conozca á maese Love, el gifero de Church-Hill ?

— Yo ! — yo ! — yo ! respondieron cien voces.

El gerif sabia perfectamente que este nombre era una autoridad para con el pueblo y que todos conocian á Love, que habia escupido al rostro á Carlos I, arrastrado su ataud por el fango y descalabrado la cabeza á mas de un católico. Entre las personas que manifestaron conocer á Tom Love las habia de aspecto honrado y que vestian con decencia; pero el magistrado se guardó bien de dirigirse á ellas, y fijando por el contrario sus miradas en un miserable descamisado que habia dado á conocer durante el camino su exaltacion con mil horribles imprecaciones, le dijo:

— Ya que conoceis á Tom Love, me hareis un favor.

El tigre sonrió, y el gerif continuó sin inmutarse:

— Ireis á encontrarle de mi parte, y le direis que el gerif del condado de Middlesex le ruega que reciba en clase de aprendices á sus dos hijos y que les eduque caritativamente hasta que puedan ganarse el sustento. Le contareis, para que no se oponga, que he muerto, que mi casa ha sido allanada y dispersados mis bienes, y que mis hijos se hallan desnudos y huérfanos. No lo rehusará, os lo aseguro, Love es honrado y benéfico.

El furioso, que al principio miraba al magistrado con aire insolente, se turbó y bajó la cabeza, y el gerif continuó, estrechándole la mano:

— Dentro una ó dos horas, cuando todo haya concluido, haced lo que os pido y rogaré por vos desde el cielo, en donde espero verme pronto.

En este momento una voz lejana, la voz de un hombre que no

había oído las palabras del magistrado y que probablemente se impacientaba, gritó:

— Á la horca ! á la horca el gerif !

Este grito no tuvo eco entre los circunstantes, antes al contrario fué acogido con un espontáneo murmullo de reprobacion; pero apesar de esto, el gerif comprendió que si avanzaba ó retrocedía un paso estaba perdido , y que en el sitio en que se encontraba debía salvarse ó perecer, por lo que continuó:

— Lo entendeis? no hay tiempo que perder, prometedme que hareis lo que os he pedido, ó sino suplicaré á otro que me haga este favor, puesto que, como veis, ha llegado mi hora, y quisiera que despues de mi muerte estuviera asegurada la suerte de mis hijos. Vos comprendereis mis súplicas, si los teneis !

Aquel miserable era padre y escuchaba con la vista fija y con la cabeza baja. La voz lejana gritó de nuevo:

— Que muera el gerif ! que muera !

— Quién habla de matar al gerif ? dijo el descamisado, levantando sus ojos anegados en llanto, conmovida la voz y con mirada firme — El gerif no morirá.

— No ! no ! gritaron cien voces, el gerif no morirá ! Desgraciado del que toque un cabello de su cabeza !

— Para llegar á él será necesario que pasen por encima de mi cuerpo !

— Es un digno magistrado !

— Es un enemigo de las tiranías de la Côte !

— Se ha negado á exhumar á los otros cadáveres !

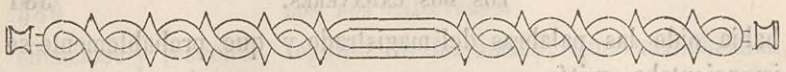
— Se ha visto forzado por la Cámara de los comunes !

— Abajo la Cámara de los comunes ! Abajo el Parlamento !

— Viva el gerif !

— Que viva siempre el gerif !!!

Pocos momentos despues el gerif entraba en su casa en medio de las aclamaciones populares, mas contuso y magullado por las manifestaciones de entusiasta adhesion de los que antes le habian acosado , que por las amenazas y atropellos que habian rugido sobre su cabeza. Su presencia de ánimo y su extraordinario valor le habian salvado.



XXXV.

LA CRUZ ROJA.



VEDABA Jack Ketet, con respecto al cual era distinto el sentimiento que animaba á los revoltosos, contra los que tuvo que defenderse. Efectivamente, despues de haber asesinado el populacho á Gifford y de haber sucumbido en la lucha con el gerif, se dirigió hácia el verdugo con la mayor satisfaccion y decidido á terminar con un hombre de aquella clase.

Creia que iba á jugar con su última víctima, como lo hace el gato con un despreciable raton, dándole algunas lijeras esperanzas de libertad, para atraparle de nuevo con sus garras, inmolándole poco á poco, hasta devorarle definitivamente. Pero Ketet era uno de esos hombres que no pierden la esperanza mientras entrevén un rayo de luz ó un medio por insignificante que sea. Habia presenciado la inusitada salvacion del gerif y estaba profundamente convencido de que lo que hace un hombre puede hacerlo otro; pero era demasiado hábil para emplear los mismos medios, y comprendió

que á él , verdugo , sér detestable y detestado , especie de monstruo social que no pertenece á ninguna de las clases que ha creado la sociedad , proscrito moral del mundo que habita , le eran inútiles las armas que habian salvado al gerif. Ni su resignacion , ni su calma , ni el invocar los sentimientos de paternidad , podian tener para él buenos resultados. Si hubiese tentado una de estas influencias sobre los que le rodeaban , de seguro que la muchedumbre hubiera acogido sus palabras con una carcajada indiferente , que hubiera sido su decreto de muerte. Así pues , prescindiendo de la dignidad , de la resistencia y de la conmiseracion , cuando vió adelantarse la desencadenada turba hácia él , como lo hiciera con el gerif , gritó desaforadamente :

—Viva el gerif ! que viva siempre el gerif !

¿Qué se proponia Jack Ketet. al asociar sus gritos á los de la muchedumbre ? Se proponia hacer causa comun con ella , á fin de poder disputar su vida de igual á igual. La muchedumbre se vió obligada á interrumpir sus gritos , y una voz le dijo :

—Ahora te toca á tí , Jack Ketet.

—El verdugo no se dió por aludido y continuó gritando con mas entusiasmo :

—Viva siempre el gerif !

—Te digo que vas á ser ajusticiado con sus propios instrumentos , le dijo otro ; ¿ lo oyes Jack ?

Pero Jack continuaba gritando de mas en mas :

—Viva el gerif ! viva nuestro digno gerif !

Finalmente sucedió lo que deseaba : un hombre , impacientado por sus interminables exclamaciones , le cogió por la garganta y le dijo :

—¿Has concluido ya ? ¿Por qué gritas tan alto viva el gerif ?

—Porque , respondió Ketet , pareciendo haber olvidado que la cólera del populacho iba dirigida contra él en aquel instante , porque hubiera sido una infamia arrancar un solo pelo del bigote de ese digno magistrado , cuando si algo malo hay en este asunto , no deberia acusarse á otro que á ese pícaro de Sawton , á ese guardian de Westminster , que probablemente habrá hecho algunas de las suyas.

Ketet habia calculado bien, á lo menos por el momento, puesto que le dirigieron varias preguntas, exigiéndole una explicacion de sus palabras. Contó el acto de la exhumacion, inventó circunstancias que acusaban á Sawton, y como no sabia la verdad, supuso acertadamente que el guardian estaba complicado en la substitution que se habia verificado, desviando, por decirlo así, la primera oleada del furor popular, pronto á servir á la multitud si su salvacion dependia de ello.

La muchedumbre acogió presurosa la nueva presa que el verdugo le arrojaba, y en breve le pareció que Sawton era el único culpable y el responsable de todo lo ocurrido, convencimiento que arraigado profundamente en su ánimo y propagándose con asombrosa celeridad con el nombre de la nueva víctima, impulsó á las masas en direccion á Westminster.

Desde aquel instante perdió el populacho el carácter de furiosa exaltacion que hasta entonces le habia dominado: para destrozár un alguacil de la cámara de los Comunes y querer ajusticiar á uno de sus primeros magistrados, era necesario que la muchedumbre se encontrara poseida de una ferocidad igual en gerarquía, si cabe decirlo así, á la de las personas destinadas al sacrificio; pero matar á un verdugo y á un guardian de las tumbas, dos miserables á quienes, por poco que estimára su dignidad, se habia de creer en el caso de despreciar, era un castigo de superior á inferior, era para ella un juego, una diversion, no una venganza. Así es que, desde que solo se trató de Sawton y de Ketet, los equívocos, las pullas y las bromas reinaron entre la multitud, que preparaba alguna escena chocarrera y aguzaba su ingenio buscando un espectáculo alegre que disfrutar, mientras avanzaba hácia Westminster, cerca de cuya iglesia tenia su morada el miserable Sawton. La cólera y el furor se habian amortiguado en el populacho que no se revoltaba ya contra una autoridad que acostumbraba á respetar; el nuevo homicidio que iba á cometer era producido por la tiranía de la fuerza, era una diversion lo que intentaba.

Entretanto Sawton se mecía en mil esperanzas risueñas, sin sospechar la tempestad que sobre él se desencadenaba. Lo primero que hizo fué calcular el tiempo minuto por minuto; el que necesi-

taba el cortejo para llegar desde Westminster á Tyburn y el que podia durar la ejecución, previendo los accidentes y los retardos, y segun la suma total, en su concepto todo debia haber terminado, la carrera, la ejecución y el suplicio, y podia saborear tranquilamente la posesion de sus cincuenta guineas. Sentóse, pues, gravemente delante de una mesa, en frente de una gran botella de aguardiente. Habia probado ya algunos sorbos con el oído atento, pero el tiempo pasaba sin que sucediera ningun percance, y con la ayuda del aguardiente desaparecieron los temores, bebiendo mas á sus anchuras de lo que hasta entonces habia hecho, y poco á poco, por una rápida sucesion de reflexiones y tragos del alcohólico líquido, se puso en un estado de satisfaccion tan zumbona y parlanchina, que no carecia de encanto. Luego sacó de su cofre la bolsa que contenia las cincuenta guineas, las esparció por encima de la mesa, y disfrutó del hermoso espectáculo de aquellas, para él, encantadoras monedas de oro. Examinaba detenidamente sus dos caras y su cordón, las hablaba y las daba un nombre; una la llamaba su hermoso jubon doblado de seda, la otra nada menos que su vagilla de estaño brillante, otra podria llamarse muy bien camisa de tela de Flandes, y esta hermosa y nueva bastaba para una comida en la taberna del Rey Enrique, con alguna alegre ninfa del barrio. Distribuyendo así su fortuna, bebia un trago tras otro, no mucho á la vez, pero amenudo, y por este procedimiento singular llegó á un grado de contemplacion estática por su oro querido, que habia reunido en un solo monton. Estaba disfrutando de este espectáculo, con los ojos medio cerrados, la cabeza inclinada sobre el pecho, entreabiertos los labios, encantado, estasiado, en una palabra, dichoso, cuando de repente unos golpes violentos conmovieron la puerta de su casa, llamándole desde la calle algunos gritos mas violentos todavía.

En el estado en que se hallaba, no se tomó la pena de prestar atencion siquiera á aquel importuno ruido, creyendo que serian algunos curiosos que querrian visitar el monumento contiguo, y riéndose interiormente, dijo, como si le pudieran oír:

—Llamad! llamad! sois bien tontos si creéis que voy á molestar-me por unos miserables medios-schellings que tal vez me dariais.

Pero la puerta habia sido ya derribada, pues la muchedumbre,

que suponía que Sawton la había oído y se negaba á abrir, se apresuraba para acabar con él. Al ver á algunos hombres enfurecidos que á la vez penetraron en su aposento, Sawton se arrojó sobre su oro para ocultarlo á sus miradas; pero ya no era tiempo, y aquella precaucion, que habia tomado como instintivamente, pues se encontraba del todo ébrio, pareció una acusacion y una confesion sin réplica á los ojos de los que se habian hecho sus jueces. Un sólo instante bastó para que se derribára la mesa, desapareciera el oro, esparcido por el suelo, y Sawton, arrojado de su casa, pasára de mano en mano hasta encontrarse delante de Jack Ketet.

Entonces empezó un horrible espectáculo. Aquel hombre falto de razon y de recuerdos servia de diversion al populacho, que le lanzaba de un lado á otro, como una pelota con la cual juegan los niños. Pero aquel juego no era mas que el preludio de la fiesta que se habia preparado durante el camino.

Aunque toda su cólera se dirigia contra Sawton, y al parecer solo este habia de ser la víctima, la muchedumbre deseaba aprovecharse de Ketet, y para conciliarlo todo, habia resuelto regalarse con un espectáculo del que únicamente disfrutaban los mas grandes señores de la corte y algunos magistrados de consideracion. Quería que Sawton fuese llevado al tormento para que confesase el crimen del cual se le suponía culpable, y ordenó á Ketet que se lo aplicára, con la condicion de que nada omitiera y procurase sobre todo echar mano de los suplicios mas curiosos, en el caso de que el paciente no pudiera resistir todas las pruebas.

¿Qué dirémos de lo que tuvo lugar desde la morada de Sawton hasta la de Jack Ketet? Imaginaos aquella enorme masa acosando á un hombre ébrio, agasajándole, empujándole, acogiendo con risotadas sus caidas, invitándole á que riera con ellos, diciéndole que iban á una fiesta, riendo estúpidamente y respondiendo á sus preguntas acerca de la diversion de que le hablaban:

— Ya tomarás parte en ella!

Ya tomarás parte en ella! Atroz é innoBLE burla, frase que se aplaude en la *Ifigenia* de Racine, cuando Agamenon la dice á su idolatrado hijo.

Corriendo, bailando y cantando, llegaron á casa de Ketet, que á los

pocos momentos se hallaba literalmente llenada por el gentío, y Sawton fué transportado al cuarto del tormento. Demasiado pequeña esta habitación para un espectáculo de tal naturaleza, y á fin de que todos disfrutaran de él, acudió á algunos una idea que obviaba el inconveniente y que fué aprobada y ejecutada sin discusion. Empieza el trabajo, y centenares de hombres derriban el techo con el mayor orden y armonía; millares de manos hacen saltar las tejas en mil pedazos, las vigas que las sostenian son inmediatamente arrancadas, desnudan el armazon de madera, se destruye el pavimento sostenido por este armazon, y en breve la sala del tormento queda del todo descubierta y al alcance de todas las miradas. Sin duda era ya mucho para los que introducidos voluntariamente ó por fuerza en las casas vecinas y encaramados en los techos, descubrian el aposento que ocupaba todo el primer piso de la casa de Ketet; pero los que se encontraban en la calle, reclamaron, y fué preciso ceder á sus exigencias.

Por consiguiente, se dispusieron á derribar las paredes laterales que rodeaban el lugar del espectáculo, y en menos tiempo del que empleamos para esplicarlo, fueron demolidas hasta el pavimento del primer piso, de manera que el conjunto presentaba el aspecto de un vasto catafalco elevado en medio de un anfiteatro. Aislada, como hemos dicho, la sala de todos los edificios que la rodeaban, se hallaba todo admirablemente dispuesto para la diversion que iba á tener lugar. Las casas contiguas estaban cuajadas de curiosos. Todos los pisos estaban atestados de hombres y de niños, que se sostenian unos á otros como por encantamiento. Las ventanas estaban guarnecidas hasta su parte superior de cabezas que formaban una escalera. En las bohardillas no se veian mas que ojos ardientes, que brillaban en sus estrechos alfeizares. En cada aspereza donde podia introducirse un pié, se sostenia un hombre, y en cada hueco en que una mano podia penetrar, se hallaba suspendido un muchacho.

Se barrieron los escombros que obstruian el piso, y desapareciendo por la escalera que conducia á la calle cuantos habian tomado parte en la demolicion, la sala del tormento se vió en breve ocupada tan solo por cuatro personas: Jack Ketet, su hijo Simón, Baby

y Sawton. Bien podía compararse á un teatro y á los actores de un drama en el momento de dar comienzo á la función.

¿Acaso hay necesidad de describir el tormento que se aplica á un hombre? ¿Muchos libros que se han ocupado de asuntos serios y científicos, lo propio que otros que han nacido de la imaginacion, no han bosquejado este cuadro tan terrible ante los ojos de toda suerte de lectores? ¿Por ventura es necesario que añadamos este último cuadro á los otros tan horribles que ha sido preciso describiera nuestra pluma? Ciertamente es horroroso, pero es necesario hacerlo, porque tal vez no se encuentre otra ocasion tan favorable para poner de manifiesto hasta donde llegan los estravíos de un pueblo cuando sobre él se deja sentir la influencia de un gobierno inhumano, cuando no recibe mas ejemplos que los de caprichos absolutos y venganzas á toda costa, por parte de los que deberian enseñarle la moderacion y el respeto á las leyes.

Y además de esta leccion moral y política, nosotros poetas, nosotros pintores, nosotros que nos hemos representado en la imaginacion esta escena tan gigantesca, tan fantástica y tan imprevista, ¿podremos resistir al deseo de reproducirla tal como se nos presenta? Porque no se trata de un tormento ordinario que pasa en un reducido calabozo, ni de un acusado que tiembla entre su juez y su verdugo al resplandor de una lámpara que apenas disipa las tinieblas; nada de eso, se trata de un suplicio á la luz del dia, de un reo que ignora lo que pasa y á quien la embriaguez libra del miedo, que ríe cuando se le acerca el verdugo y que juega con las tenazas que este tiene en la mano.

No obstante no seguiremos paso á paso los movimientos del ejecutor ni las convulsiones de la víctima. Al principio Sawton quiso escaparse, no por un sentimiento de terror ni porque previese lo que le esperaba, sino porque le pareció divertido echar á correr á fin de que le persiguieran. Ketet, que conocia que el populacho se hallaba en disposicion de despedazarle; Ketet, que veia á su mujer y á su hijo en un rincon del aposento, destinados á perecer sino obedecia, alcanzó pronto á Sawton, y la muchedumbre, que se alborozaba con aquellas corridas, guardó silencio cuando el verdugo sentó al paciente en una silla.

Apenas sentado este, Ketet cojió una de sus piernas y la colocó entre dos planchas pequeñas que ató fuertemente con cuerdas de un extremo á otro. Sawton, que nada comprendia, no oponia resistencia, riéndose de esta operacion. Ketet hizo lo mismo con la otra pierna, colocándola tambien entre dos planchas. Sawton con el mayor regocijo soltaba estrepitosas carcajadas, golpeando sus dos piernas, y los espectadores se reian tambien. Ketet entonces juntó las dos piernas de Sawton por medio de otra cuerda atada fuertemente por un extremo á la altura de la rodilla y por el otro en la clavija, y Sawton, al ver que no podia moverse, empezó á impacientarse y se quiso levantar, pero Jack Ketet le obligó á permanecer en su potro, y el miserable guardian, bajo la influencia de una embriaguez frenética que le ponía en un estado de debilidad extrema, echó á llorar con las inflexiones, las palabras y los ademanes de un niño. El populacho, que estaba encantado, manifestaba su contento con prolongadas risotadas y hubiera reido mas aun si un grito agudo, terrible y espantoso no le hubiese interrumpido.

Ketet habia hecho señal á Simon para que le trajera una cuña, colocóla en los intersticios que dejaban las planchas unidas á las piernas de Sawton, y descargando sobre ella un golpe de maza, comprimió de un modo cruel las carnes del mísero paciente. El dolor fué terrible, el grito espantoso; la risa cesó, se restableció el silencio, y no se oyó mas que una voz que murmuraba una cancion. Era Baby que reia y cantaba. Este canto llenó de indignacion á Jack, quien descargó ciegamente un formidable golpe sobre la cuña; Sawton exhaló de nuevo un prolongado alharido, y el gentío tembló de horror.

A partir de este momento los golpes de maza y los aullidos de Sawton formaron un terrible coro. Admirable suplicio que encorvaba los huesos sin quebrantarlos, sostenidos por la presion de la plancha! Hermoso suplicio que permitia á la muchedumbre oir unos gemidos que desgarraban el corazon y ver unos sufrimientos que no podian producir ni las enfermedades ni otra clase de accidentes, sin que no obstante la víctima espirara á consecuencia de ellos!

—Interrogadle! interrogadle! exclamaron algunas voces.

El verdugo se detuvo y preguntó á Sawton quienes eran sus

cómplices. Gritos de rabia y de dolor fueron la única contestacion.

Jack se preparaba á introducir la cuña algunas líneas mas.

—Otra cosa! gritó la multitud.

Ketet obedeció y se dispuso á aplicar un nuevo tormento al desdichado guardian. Durante los preparativos, el gentío empezó á murmurar y á consultarse entre sí. Por una singular disposicion de espíritu, se mostraba grave en presencia de los dolores que habia ordenado para su recreo, y resolvió hacer justicia, ya que se habia constituido en juez, si descubria la verdad por revelacion del torturado; pero el miserable sufría sin saber como ni porque. No habia oido la pregunta que se le dirigiera, y por consiguiente nada podia responder y debia morir inútilmente. No obstante, sus atroces dolores le habian disipado la borrachera, y si no tenia conciencia de sus sufrimientos cuando Ketet sacudia los golpes, no sucedió así cuando le hubo desatado.

Un pensamiento dudoso y un recuerdo incoherente asaltaron su espíritu, y mientras que el verdugo tendiéndole de espaldas le preparaba un nuevo tormento, se presentaron y asociaron confusamente en su imaginacion las ideas de que habia cometido un crimen y de que le castigaban. Quizás si se hubiera procedido á un hábil interrogatorio, se le hubiera por su medio despejado enteramente, obteniéndose una declaracion; pero no debia suceder así.

Hallábase tendido boca arriba y sujeto de modo que no podia huir ni moverse, y tenia la cabeza apoyada sobre un trozo de madera como sobre una almohada. Ketet tomó un instrumento semejante á una de esas balanzas de uso comun en nuestras tiendas, pero de mayores dimensiones. En efecto, en primer lugar tenia un astil de cinco á seis piés de estension, junto al cual y formando ángulo recto con él, habia una pequeña barra de hierro, de la que colgaba un balancin. Pero aquí acababa la semejanza, porque en las dos estremidades de este balancin, en lugar de las cadenas que sostienen los platillos, pendia una varilla de acero, delgada y flexible, que sostenia una pequeña bola de plomo.

Este instrumento se colocaba sobre la cabeza del paciente, se le ponía en movimiento, y merced al vaiven de las bolas, estas golpeaban sucesivamente la cabeza del empotrado. No era la fuerza

de los golpes lo que constituía el tormento, sino el modo periódico con que se asestaban, magullando las carnes, estrujando el cráneo y produciendo en el cerebro unos terribles zumbidos acompañados de los mas crueles dolores.

Así pues, cuando esta nueva prueba fué ensayada en Sawton, el infeliz, atontado todavía por la embriaguez y por su primer suplicio, no pareció comprender ni sentir lo que se le hacia; pero al cabo de un rato de sufrir aquellos golpes perseverantes y regulares, empezó á gritar y á rechinar los dientes, llegando por fin á un punto tal, que el populacho comprendió que no podia ya sufrir mas, y mil voces gritaron:

—Basta! basta! basta!

Ketet se detuvo. La muchedumbre se hallaba defraudada en sus esperanzas. Acababa de ser testigo de un espectáculo que no la habia divertido tanto como se prometiera. Aquel suplicio frio, lento, sin movimiento ni combate por parte de la víctima, no tenia para ella atractivo alguno ni podia recrearla, y casi estaba horrorizada de lo que acababa de hacer. Pero como el espíritu humano, ya sea de un hombre ya de veinte mil, no reconoce acto continuo su culpabilidad, cohonestaba sus actos de barbarie con la esperanza de una revelacion y se decia á sí misma que no tenia la culpa de que Sawton no confesase el nombre de sus cómplices, nombre necesario para ejercer una justa venganza. Así pues, ordenó á Ketet que volviera á interrogar á Sawton. El verdugo tomó un cántaro lleno de agua y roció con ella la cara del paciente.

Los nuevos sufrimientos del guardian y el agua que calmó por un momento el delirio de su cerebro, acabaron por despertar sus recuerdos, y su razon, aunque incierta, comprendió de una manera mas clara la causa de su suplicio; así es que cuando Ketet le preguntó si queria nombrar á sus cómplices, sus labios murmuraron un nombre que no se percibió distintamente, pero se conoció que habia hablado. Reinó el mas profundo silencio, y llegaron hasta los oidos de algunos estas palabras:

—Una hora... sí.... cincuenta guineas..... Ricardo Barkstead.

—Ricardo Barkstead! repitió el gentío con aire de triunfo. Á casa de Barkstead! á casa de Barkstead! muera Barkstead!

En un momento todas las casas fueron desalojadas por la turba, que se lanzó hácia la morada de Barkstead; pero cuando se efectuó este movimiento, los que estaban esperando en las calles adyacentes sin ver lo que habia tenido lugar, opusieron alguna resistencia, de la que resultó un choque, una presion terrible, que repelió á la muchedumbre hácia la casa de Ketet. La demolicion del piso y de las paredes habia dejado al rededor de esta una gran cantidad de escombros, la cual, elevándose hasta la mitad de la altura del piso, facilitaba su escalamiento. Así es que cuando se verificó en el centro de las masas la repulsion, los que estaban al rededor de la casa fueron empujados hasta el sitio en que se hallaban Jack Ketet, su familia y el desdichado Sawton. El verdugo tomó entre sus brazos á su muger y á su hijo para protegerles de una invasion que nada tenia de amenazadora; pero el infeliz guardian, tendido en el suelo y que ningun daño sufrió mientras hubo espacio suficiente para él y para los demás, se vió en breve pisoteado, y cuando una nueva oleada empujó al gentío, todos le pasaron por encima de su cuerpo, acabando por ser aplastado bajo millares de piés, aun cuando la multitud habia depuesto ya el furor que antes le indujera á maltratarle por su presunto crimen, apiadándose de él á causa de sus terribles sufrimientos.

La muchedumbre volvió á emprender su marcha paulatinamente, y de nuevo se oyeron los gritos de ¡muera Barkstead! á casa Barkstead! acompañados de las mas inequívocas muestras de reprobacion universal. Finalmente la muchedumbre, parecida en sus ondulaciones á la masa de agua que se arremolina en una esclusa mientras las compuertas no le dejan mas que una angosta salida, y que sale con espantosa fuerza cuando se abren por completo, la muchedumbre, decimos, cuando se hubo abierto paso, se abalanzó mas furiosa que nunca á través de las calles que conducian á casa de Barkstead.

Corre, avanza, se acerca, creyendo haber descubierto ya al verdadero culpable y justificando de autemano cuantas crueldades se ejecuten en su persona. Los mas frenéticos llegan á la estremidad de la calle en que está situada la casa, llaman á grandes gritos á la muchedumbre, corren otra vez y llegan á la habitacion del nuevo

proscrito. Se dirigen á la puerta para derribarla, y el primero que levanta la mano, retrocede espantado; llegan otros, empujan y escitan á los de delante, y al encontrarse á su vez frente á la puerta, retroceden como los primeros, y como ellos se callan.

El populacho, comprimido en la calle, se impacienta y quiere acercarse porque no oye el ruido de los techos que se desploman, ni vé saltar las tejas ni agitarse víctimas.

Los que forman la vanguardia se desvian, y los que les impulsan llegan á su vez, miran, retroceden y se apartan tambien. A medida que la puerta se va haciendo perceptible, un grito sordo de admiracion y de terror se escapa de los que huyen consternados. De este modo la muchedumbre, siempre empujada y huyendo siempre, pasa por delante de la casa como un torrente, sin que nadie pueda salvar el círculo de hierro que el asombro ha puesto al rededor de los umbrales de la casa de Barkstead. Todos se estrellan contra él y se desvian, como se estrellan y desvian las aguas del rio al dar contra una estacada.

¿Qué poder sobrehumano, qué brazo de acero aparta esta masa viviente y flexible, que se dobla delante de aquella puerta? ¿Qué respeto, qué sentimiento sagrado la obliga á desistir de sus homicidas designios? ¿Es por ventura algun objeto del culto religioso? ¿Es alguna señal venerable de poder? ¿Es alguna orden de un magistrado fijada allí, y respetada por que se vé en ella el escudo de armas de Lóndres? No, nada de esto era capaz de contener el impetuoso curso de aquel torrente invasor, nada de lo que en otras ocasiones era bastante para detener á las turbas, hubiera podido hacerlo en aquel momento de desórden y de rebelion. La resistencia hubiera exasperado todavía mas su furor, y en vez de huir, de escaparse y de diseminarse por la calle, como sucedia, sin atreverse á mirar unos á otros espantados y laciturnos, hubieran sacrificado una víctima mas á su soberana voluntad.

¿Qué era pues? ¿Por qué aquella oleada humana, empujada hácia adelante, impetuosa y devastadora al llegar á casa de Barkstead, parecia calmarse en cuanto veia su puerta? ¿Por qué retrocedian todos espantados despues de verla? ¿Por qué huian despavoridos

en cuanto la habian pasado? ¿Qué habia, pues, allí tan espantoso y mas fuerte que todo un pueblo desbordado?

Solo una señal, una imágen, una cruz roja, que decia á todos los que la veian:

—Esta es una casa de apestados!

Los que forman la vanguardia se desvian, y los que los im-
san llegan á su vez, miran, retroceden y se apartan tambien. A
medida que la puerta se va haciendo perceptible, un grito sorbo de
admiration y de terror se escapa de los que huyen consternados. De
este modo la muchedumbre, siempre empujada y huyendo siempre,
pasa por delante de la casa como un torrente, sin que nadie pueda
salvar el círculo de hierro que el asombro ha puesto al rededor de
los umbrales de la casa de Barstead. Todos se castellan contra el
y se desvian, como se desvian las aguas del río al dar
contra una cascada.



¿Qué poder sobrenatural
virtuoso y terrible, que
traspasa que condicion
citas de las? ¿Es la
? ¿Alguna señal venenosa
gacado está allí, y repentinamente se ve en ella el escudo de
armas de los barones? No, nada de esto era capaz de contener el im-
petuoso curso de aquel torrente invasor, nada de lo que en otras
ocasiones era bastante para detener á las turbas, hubiera podido
hacerlo en aquel momento de desorden y de rebelion. La resisten-
cia hubiera experimentado todavía mas su furor, y en vez de huir, de-
cepacion y de disminuirse por la calle, como sucedia, sin volver-
se á mirar hacia á otros espantados y lacrimosos, hubieran sacri-
cado una víctima mas á su soberana voluntad.

¿Qué era pues? ¿Por qué aquella órdaba humana, empujada hacia
adelante, impulsada y llevada al lugar á casa de Barstead,
parecia estarse en silencio en su puerta? ¿Por qué retrocedian los
dos espantados despues de verla? ¿Por qué huyan desparcidos

XXXVI.

ESPLICACIONES NECESARIAS.

RECISO se hace explicar ahora lo que había sido de Ricardo durante aquel largo motin popular. Reunido con Love, le había confiado sus proyectos, segun los cuales queria salir de Lóndres aquella misma noche, llevándose á su madre. El gifero se encargó de hacer ver á esta la necesidad de semejante marcha, en tanto que Ricardo disponia lo menester para ella. Cuando la noche hubiese cerrado, mistriss Barkstead debia subir á un coche y salir de Lóndres por la puerta de Windsor, al mismo tiempo que Ricardo se dirigiria á Great-House y robaria á su prima, yendo despues á reunirse con aquella. Una vez juntos los tres, pasarian á Francia ó á Holanda, lo propio que Love, si este consentia en acompañarles.

En consecuencia Tom y Ricardo se separaron en cuanto esté hubo arrojado al populacho la cabeza de Carlos I, dando márgen á aquel

terrible movimiento popular. Ricardo había empleado casi todo su tiempo en asegurar sus medios de fuga, proporcionándose un carruaje, caballos, dinero y cuantos otros objetos podía necesitar para librarse de la persecucion si alguna casualidad descubria con demasiada prontitud su crimen.

Love se apresuró á ir á casa de mistriss Barkstead ; pero al llegar, la encontró en un abatimiento tan profundo, que no pudo menos de asustarse, y como suponía que Andlay podia hallarse todavía en casa de Downing, corrió á buscarle y le suplicó fuese á ver á la enferma. Hecho esto, fué á buscar á Ricardo en los sitios en que creyó podia estar ocupado, pero, por una fatal casualidad, no le encontró en ninguna parte. Finalmente, en una de sus carreras encontró, léjos todavía de la casa de Ricardo, á la muchedumbre que iba lanzando gritos de muerte contra este y que corria furiosa hácia aquella. Love adivinó aproximadamente que su secreto habia sido vendido, y se apresuró para llegar antes que el populacho á la habitacion de mistriss Barkstead, encontrando en ella á Andlay, quien le participó que la enferma se hallaba en un estado desesperado, y al cual contó á su vez lo que habia ocurrido. El peligro era inminente; el doctor no se detuvo á examinar si Ricardo era ó no culpable ni si era justa la venganza popular, únicamente atendió á que las turbas iban á precipitarse en aquella casa é indudablemente á asesinar á una mujer á quien tal vez no le quedaban mas que unos cortos instantes de vida, pero á la cual podia salvar quizás. Así es que tomó un partido decisivo, y viendo que le era imposible, valiéndose de la astucia y de la fuerza, evitar la desgracia que amenazaba á aquella casa y defenderla de los ataques de la muchedumbre, resolvió alejar á esta por medio del terror, á cuyo fin trazó sobre la puerta la terrible cruz roja cuyos poderosos efectos hemos visto. Encerrado con Love en la casa, oyeron los bramidos del huracan popular. Mistriss Barkstead, que guardaba cama por orden del doctor, preguntó varias veces la causa del atronador ruido que se percibia, inquietándose por la suerte de su hijo; pero Love la tranquilizó como pudo, prometiéndola que este estaria de regreso antes de llegar la noche, y una vez pasado el peligro, descubrió, sin confesar por

completo la verdad, el proyecto de fuga de Ricardo y la manera como debía llevarse á cabo.

Andlay, durante esta relacion, movió varias veces la cabeza como dudando de la posibilidad de realizar su proyecto, y aproximándose á Love, le dijo en voz baja :

—Esta cruz no es una mentira, Tom, mirad á esa mujer que tan bella ha sido ; pronto la vereis sucumbir víctima de la horrible enfermedad que dentro de poco ha de asolar á Londres.

—Sin embargo no distingo en ella, observó Love, los síntomas rápidos y horribles que acompañan á esta enfermedad, segun me han dicho. ¿No es cierto, pues, que esta terrible plaga hiere y mata con la rapidez del rayo?

—Toda enfermedad se alimenta con la vida, replicó Andlay ; si la peste se apodera de un cuerpo lleno de sávia y de sangre, dentro de pocas horas esta sávia y esta sangre, escitadas por el mal, son causas rápidas de la muerte. Tambien prestan su vigor al mal las emociones violentas y las fuerzas físicas, y el dia de hoy será un funesto ejemplo de ello. El frenesí popular dará mas víctimas á la peste en un dia, que no le hubiera dado en dos meses la miseria. Pero esa mujer débil, cuyo cuerpo y cuyo espíritu se iban estenuando hacia mucho tiempo, no pasará por una de esas crisis terribles que causan la muerte en pocas horas. Todo debe ser pobre en ella, así el principio de la muerte como el de la vida ; pero á pesar de todo no transcurrirá esta noche sin que haya cesado de sufrir. Que Ricardo no cuente con llevársela, y si por su seguridad debe ausentarse de Inglaterra, que venga á despedirse para siempre y á recibir su bendicion.

Love quiso salir para ir á apostarse en la calle de Windsor, seguro de ver pasar á Ricardo ; pero le fué imposible abrir la puerta de la calle, pues empezaba ya á ponerse en práctica la bárbara medida que prohibia salir de las casas apestadas á las personas que en ella se encontraban, y los prudentes vecinos habian amurallado la puerta. Love quedó horriblemente sorprendido. Hasta entonces el temor de la peste no se habia opuesto á sus habituales ocupaciones, pues en los pocos dias que hacia se hablaba sériamente de ella, no habia tenido ocasion de ver ningun caso, y además era hombre

que no se dejaba intimidar fácilmente. Sin embargo, al volver otra vez al lado de Andlay, no pudo participarle aquella novedad con voz tranquila.

—Andlay se vió en extremo contrariado. No obstante, confió salir prontamente de tan triste prision, gracias á su calidad de médico, así es que abrió una ventana y quiso llamar á los transeuntes; pero nadie se veía en la calle; que era mirada ya con horror, y si de tiempo en tiempo pasaba alguno que ignorase lo ocurrido, respondía á la voz que le llamaba, pero no bien veía la cruz de la puerta, huía apesar de los gritos, las súplicas y las amenazas del doctor.

—Esperaremos, dijo Love; y así que llegue la noche, saltaré por esta ventana, iré á casa del corregidor y le diré que os encontráis aquí y que Lóndres tiene necesidad de vuestros servicios. No se necesita mucho tiempo para ello; vive á dos pasos, y con un orden y dos individuos de policía se reconocerá en seguida vuestra calidad, y podreis salir.

—Pero, replicó Andlay, ¿cómo bajar por esta ventana? Si los vecinos ven la tentativa de evasión, os asestarán algunos disparos de arcabuz, y todo se habrá acabado.

—Oh! no, repuso Love; no soy tan tonto que les haga suponer que deseamos escaparnos. Dejaremos abierta esta ventana, á la que es necesario no se asome nadie durante una ó dos horas; transcurrido este tiempo, la noche estará muy oscura, y cansada la atención de los que vigilan. Entonces, en lugar de amarrar una cuerda y deslizarme por ella poco á poco, esponiéndome de esta manera á que me apunten como á un palomo de tiro, desde la mitad del cuarto doy una embestida, salto por la ventana á la calle y echo á correr como sabeis sé hacerlo, doctor. Preciso es que sean muy listos para atraparme en mi carrera.

—Está bien, dijo Andlay; todavía nos queda un medio que probablemente se nos presentará de aquí á mañana. Si mistriss Barkshead muere, nos ofreceremos para trasladar su cadáver, y se nos dejará pasar.

—Tocar su cuerpo! replicó Love. No, por todos los santos! prefiero saltar por la ventana y esponerme á las balas!

—Oh! repuso Andlay; desgraciado Lóndres si todos son como

vós, que no estais falto de valor y sin embargo os amedrentais. La peste hará estragos!

Dicho esto entraron ambos en el aposento de la enferma, en el cual se hallaba Betty, y esperaron la noche.

Entretanto Ricardo lo habia preparado todo. Un carruage debia esperar á su madre y á Love en casa de este, mientras que él se dirigia á Great-House, á cuyo efecto contaba con un vigoroso caballo. La noche habia cerrado completamente cuando hubo terminado estos preparativos; dirigióse á casa de Love para esplicárselo y tomar sus últimas medidas, y no encontrándole, tuvo por conveniente aguardar su llegada. Ricardo indudablemente habia oido desde léjos los gritos de las masas; pero como evitó el encontrarse con estas para no retardar su marcha, y por otra parte se hallaba en el extremo opuesto de Lóndres cuando iban á asaltar su casa, ignoraba por completo el inminente riesgo que habia corrido su vida y la de su madre.

La noche iba avanzando, y Love no regresaba, por lo que Ricardo se decidió á ir á su casa; pero confiando en la casualidad, escribió antes al gifero, previniéndole que á las ocho tendria un carruage á su disposicion; que toda vez que no habia vuelto, suponía que habria advertido á su madre, y que sin duda serian los preparativos los que le ocupaban; que iba á asegurarse de ello por sí mismo, pero que si por una contingencia cualquiera no lograba encontrarle, la cita tendria efecto en el sitio convenido.

Tomadas estas precauciones, no vaciló ya en dirigirse á su casa. La agitacion se habia calmado en la ciudad, pero no obstante dió mil rodeos, llegando muy tarde á la puerta de su casa. Llamó y no obtuvo respuesta alguna; volvió á llamar y empezó á creer que eran fundadas sus conjeturas y que todos habian partido. Llamó por última vez con objeto de asegurarse de que habian podido oírle; abrióse la ventana de una casa contigua, y asomándose á ella una persona, esclamó:

—Ola! ¿quién llama en esa casa maldita? No hay nadie; todos han salido.

Ricardo reconoció la voz del vecino y respondió maquinalmente:

—Gracias, maese Blump, gracias!

Pero el vecino reconoció á su vez la voz de Ricardo, y enterado de los acontecimientos de aquel dia, gritó en seguida: —Alerta! alerta! es Ricardo, el sacrilego, el profanador de las tumbas! Sus! sus! á las ventanas! á las ventanas!

Al mismo tiempo resuena en el espacio el tiro de una carabina, y una bala se estrella contra un ángulo de la puerta junto á la que se encuentra Ricardo. Instantáneamente se abren las ventanas y aparecen todas atestadas de gente armada; pero Ricardo huye con tanta rapidez, que los tiros que al acaso se le dirigen no le alcanzan, logrando salvar con la velocidad de su carrera el inminente riesgo que acaba de arrostrar. Entonces reflexiona, cohordina todas sus ideas, deduce que su crimen ha sido descubierto, y ya no duda de que el silencio de su casa es la prueba mas inequívoca de la fuga de su madre y de Love. Resuelve, pues, volver á Great-House é ir á buscar su caballo en el sitio donde le dejó. Todo lo encuentra preparado y aguardándole desde largo tiempo. Allí sabe que el carruage ha salido en busca de Love; no obstante, desconfiando de estos indicios, duda todavía del buen éxito de sus planes, y calculando que la noche no está aun muy avanzada, vuela al galope á casa del gifero.

Llama, le responden, y le dicen que el carruaje se ha presentado; que un momento después ha llegado Love, acompañado de algunas personas, y á quien han entregado la carta; que ha vuelto á partir inmediatamente, y, añade el criado, me ha mandado en voz baja os dijera que os alejaseis sin tardanza. Ricardo no duda de que todo ha salido á medida de sus deseos, y suponiendo que le habian tomado la delantera, emprende otra vez su camino con la mayor rapidez. Cree que debe haberse cruzado con Love, habiendo salido ambos de sus casas al mismo tiempo, y que mientras él llamaba á la suya, que halló abandonada, Tom estaba con mistriss Barkstead en Church-Hill, donde habia encontrado el carruaje, partiendo mucho tiempo hacia. En esta persuasion, se dirige al camino de Windsor y se lanza al galope en seguimiento de su madre y de Love. Corre, adelanta, marcha como no lograria hacerlo ningun carruaje, y no vé el que busca, no pudiendo comprender que se haya adelantado tanto ni que haya podido ir tan aprisa, sobretodo conduciendo á una mu-

Barcelona 2 Abril 1860
El Editor Bienaventura Bassa

N.º 821 lit. 9.º m.º

LOS DOS CADÁVERES.



jer débil y enferma. Sin embargo, cobra nuevo aliento, se obstina en quererlo alcanzar y llega al lugar de la cita. El carruaje no estaba allí. Ricardo queda estupefacto, se detiene, calcula de nuevo la eficacia de sus precauciones y las probabilidades de buen éxito con que podía contar, y le parece que no ofrecen la menor duda, pues en su casa no encontró á persona alguna, y Love habia partido con el carruaje despues de leer su carta.

Entonces reflexiona que quizás el gifero habrá pasado por calles desiertas y dado largos rodeos para salir de Lóndres; que habrá hecho andar el carruaje muy lentamente mientras se encontrase en la ciudad, á fin de no llamar la atencion, y que entre tanto habrá sido cuando él, cuyo caballo corria á todo escape por el camino mas corto, se habrá adelantado al coche. Supone que el aviso que le han dado de que partiera sin tardanza, se debe á que su crimen ha sido descubierto; repítese una y otra vez este cálculo, ó mejor esta suposicion, se persuade fácilmente de su certeza, y acabando por tranquilizarse completamente, prosigue su camino hácia Great-House, entregándose á mil sueños de ventura, pensando en Carlota, cuya posesion veia ya cercana, yendo á Holanda y encontrando allí la dicha y la tranquilidad con su madre y su jóven esposa.

Por los acontecimientos que vamos ahora á referir, se verá cuan deleznable era la base en que Ricardo fundaba sus conjeturas y sus ensueños de futura felicidad.

Cuando Love hubo manifestado su resolucion al doctor, se retiró con este al cuarto de la enferma. Andlay creyó que no debia ocultar á mistriss Barkstead que le era preciso perder toda esperanza de volver á ver á su hijo, y entonces el gifero le contó todos los proyectos que este habia formado. El alma llena de resignacion de aquella pobre madre sufrió amargamente; pero sobreponiéndose á su dolor, quiso al menos consagrar al recuerdo de su hijo sus postreros momentos, suplicando al doctor que escribiera el último adios y los consejos que queria dirigir á aquel. Andlay miró como un deber sagrado el cumplimiento de semejante deseo; Love se encargó de hacer llegar la carta á manos de Ricardo, do quiera se encontrase este, y mistriss Barkstead encontró en aquella especie de conversacion con su

hijo ausente y en la certidumbre de que este conocería su último pensamiento, un dulce consuelo en los postreros instantes de su vida.

Habían terminado aquel precioso escrito, y Love se disponía á salir de la casa, saltando por la ventana, cuando se dejaron oír en la puerta algunos violentos golpes que la hicieron estremecer. A pesar de que la noche empezaba á cerrar, Betty pudo ver, al asomarse á la ventana, que algunos soldados rodeaban la casa, los cuales, no obstante la cruz roja que debía detenerles, obedecieron las órdenes del que les mandaba y hubieron arrancado en breve los signos masónicos que se habían estampado alrededor de la puerta. Andlay, que reconoció la voz del jefe, juzgó prudente abrirla antes que la derribaran, y Betty lo efectuó inmediatamente.

Al instante se presenta Ralph Salnsby, entra en la casa, y penetrando en el aposento de mistriss Barkstead, ve al doctor, que le detiene en la puerta preguntándole:

— ¿Qué buscáis aquí, caballero?

— Busco, respondió Ralph, á un hombre en quien la justicia humana debe castigar el mas espantoso sacrilegio.

— Si! si! dijo Andlay, é indudablemente cuando llevareis á cumplimiento el decreto, mirareis al criminal cara á cara á fin de no engañaros segunda vez: Ricardo no se halla aquí.

— Esto es lo que vamos á ver, repuso Ralph adelantándose.

— No entreis, dijo el doctor obstruyéndole el paso; no turbeis con vuestra presencia los últimos momentos de una mujer cuya desgracia habeis labrado.

— Vamos! vamos! doctor, dijo Salnsby empujándole, ¿por ventura creéis que hago algun caso de la superchería de la cruz roja que habeis estampado en la puerta? la jugarreta era á propósito para la canalla; pero teneis en muy poco la inteligencia de Ralph Salnsby, si pensais engañarle valiéndoos de semejantes ardidés.

Y así diciendo, se adelantó hasta el centro de la habitación. La presencia de mistriss Barkstead que se había incorporado en su lecho, dejándose caer otra vez despues de verle, fué para el coronel una contestacion mucho mas espresiva que la palabra del doctor. Habíanse introducido en el aposento junto con Ralph algunos dra-

gones que sujetaban al doctor, á Love y á Betty. Una lámpara ardía sobre una mesa. Ralph la tomó, y acercándose al lecho de la enferma, la examinó con muda atención. *Mistriss Barkstead*, estenuada por sus largos sufrimientos y descarnada por su última crisis, presentaba el aspecto sombrío de la muerte aunque respiraba todavía. La postración en que se hallaba, impedía que su rostro manifestara la menor emoción, y su vida se extinguía sin sacudimientos ni dolores. Ralph, que no estaba satisfecho por completo, se detuvo junto al lecho, pronunciando en alta voz estas palabras:

—Así muere, abandonada por toda su familia, viuda y desamparada por su hijo, la esposa y la madre de nuestros enemigos! Reciba en su hora suprema el juramento que hago de perseguir á su hijo hasta que le haya inmolado con mi propia mano.

Estas palabras infundieron un poco de aliento á la moribunda. *Mistriss Barkstead* se incorporó, y con voz débil, pero que en medio del silencio se oyó tanto como las palabras de Ralph, contestó:

—Quiera el cielo dar á tu madre la suerte que me has dado á mí, y hacer caer sobre tu cabeza el juramento que acabas de pronunciar.

Apenas proferidas estas palabras, espiró; y combatida por las pasiones políticas, aquella alma dulce y siempre inclinada á la indulgencia y al perdón, terminó su vida lanzando una maldición terrible.

Los dragones se apoderaron de Love; *Andlay* se llevó á Betty, que no se atrevía á quedarse allí, y después de haberse practicado las más escrupulosas pesquisas, sin dar con el culpable, todos se alejaron de la casa. Algunos minutos después era cuando Ricardo llamaba infructuosamente á la puerta.

Ralph, que había ido á ver á *Juxon*, á quien contó su frenesí y el vano resultado de este, quería á todo trance apoderarse de Ricardo. El obispo le había dicho que no podía esperar salvarse mientras no espusiera á la cólera del rey al verdadero criminal, y que de la prisión de Ricardo dependían no solo su porvenir y su fortuna, sino también la conservación de su empleo. En consecuencia, Ralph tomó las medidas más infalibles para verificar

esta prisión; pero por un lado el furor popular, que los dragones no se atrevían á contrarestar despues de haber sabido el desgraciado fin de sus camaradas, y por otra parte la repugnancia que algunos tenían en seguir á un jefe que se habia hecho verdugo, le detuvieron mucho, y, como se ha visto, llegó á casa de Ricardo demasiado tarde.

Así pues, Ralph volvió á salir de ella en cuanto hubo interrogado á Love, quien, apesar de su serenidad, se turbó algun tanto al preguntarle acerca del paradero de Ricardo y sobre todo cuando aquel le manifestó que iria á prenderle á su casa. Love, que nada podia impedir por la fuerza, confió en la casualidad, que hasta entonces les habia protegido, reservando decidirse segun las circunstancias se presentarán.

Mientras iban reflexionando así, llegaron á casa del gifero, delante de cuya puerta se hallaba parado un carruaje, y el conductor dijo á Love, en cuanto le vió:

— El señor Ricardo me ha ordenado al partir que os entregara esta carta.

— Si bien estas palabras hicieron temblar al gifero por los peligros que podian surgir de aquel escrito, por otra parte le tranquilizaron toda vez que le probaban que Ricardo no estaba en su casa; así es que se decidió á no oponer resistencia alguna, dejando á Ralph que se apoderara del billete. Unicamente mientras el coronel estaba leyendo el contenido, Love acechaba todos los movimientos de su rostro, y como este no manifestó rabia ni cólera, creyó que no hablabá del rapto de Carlota. Por otra parte Ralph no se animó con la alegría feroz que le distinguia, y Tom dedujo que el escrito no manifestaba el lugar de la cita. Finalmente, Ralph leyó atentamente el billete sin mirar una sola vez al gifero, y esto era señal de que su complicidad no habia sido descubierta. Así razonó Love, y su cálculo fué acertado. Ralph guardó un momento de silencio, como un hombre que busca un partido que adoptar, durante cuyo tiempo el gifero abrazó el suyo, que consistió en valerse de todos los rodeos posibles para evitar que Ralph descubriera el camino que habia seguido Ricardo.

Cuando el coronel levantó los ojos y los fijó en Love, le vió con la cabeza inclinada y sumido en el mayor abatimiento; sin embargo no quiso interrogarle, convencido de que no obtendría contestacion alguna, y mandando al cochero que se acercara, le preguntó para ir á que punto le habian pagado.

—Me han pagado para obedecer á maese Love, contestó el cochero, y para conducirle á donde me ordenase.

—¿No sabes el camino que debias tomar? dijo Ralph.

—Lo ignoro completamente, repuso el cochero.

Ralph lanzó una mirada á Love. Se asombraba de que el gifero, contra quien no habia queja ni sospecha alguna, y al cual ilegalmente habia obligado á ir á su propia casa para acompañarle, no hiciera valer sus derechos y no le mandara salir de ella, hasta que al fin adivinó el pensamiento de Love, que no era otro que el de dar tiempo á Ricardo para realizar su fuga, confiando en que la casualidad le instruiria de todo. Ralph y Love permanecian callados. De repente el coronel exclamó :

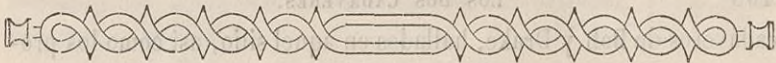
—Vamos! veo que es preciso renunciar por esta noche, pues supongo que no me revelareis el lugar de la cita. Pero en fin, si la Inglaterra es grande, las costas están bien guardadas. Adios, maese Love! Vosotros á caballo!

Ralph y los suyos desaparecieron; pero el gifero calculó que todo ello no era mas que una astucia, pues Salnsby era hombre capaz de recorrer en una noche todas las calles y poner en movimiento toda la fuerza de su mando antes de permitir que su enemigo se evadiera. Así pues, resolvió hacer confirmar las sospechas y suposiciones en contra suya, á fin de que Ralph se distrajera de Ricardo persiguiéndole á él. En consecuencia, cuando hubo visto alejarse á los dragones, bajó y dijo á uno de sus mancebos lo que antes hemos referido, y dando mil rodeos, como un hombre que quiere ocultar á donde se dirige, hizo pasear largo tiempo su carruaje por la ciudad, hasta que al fin, viendo que iba cuidadosamente escoltado, se dirigió hácia el camino de Francia, y una vez hubo llegado á él, hizo poner los caballos al galope como para recobrar el tiempo perdido. Su estratajema surtió el efecto que apetecia, y á cinco mi-

llas de Londres le salió al encuentro Ralph, que le acompañó hasta Greenwich, sitio que indicó al postillon como término de su viaje, y que aquel por disposicion de Love, habia comunicado reservadamente al coronel.

Mientras esto sucedia, Ricardo corria en direccion opuesta, siendo las diez de la noche, poco mas ó menos, cuando llegó á Great-House al mismo tiempo que Ralph llegaba á Greenwich.





XXXVII.

GREAT-HOUSE.



CONFIANDO en los acontecimientos que había dispuesto en su imaginación de manera que estuviesen acordes con sus planes, Ricardo se aproximaba á Great-House, y solo distaba algunos pasos de aquel sitio, cuando fué á sorprenderle un murmullo que se dejaba oír en la entrada de la avenida que conducía al castillo. La noche era tan oscura, que hacía imposible distinguir los objetos; pero no obstante, á lo largo de la cerca que rodeaba el bosque y delante del foso que lo separaba del camino, le pareció ver brillar unos rayos luminosos, cual si las estrellas reflejaran su luz sobre algunas armas. Alarmado con esta circunstancia, que debió creer dirigida contra él, especialmente al recordar los asesinatos del día antes y los descubrimientos que debían haberse hecho, se detuvo un momento y reflexionó acerca de su posición.

Ninguna duda le cupo de que habrían apostado á algunos hombres al rededor del castillo para impedir que se acercaran á él, y los

cadáveres de Bob y Drake, hallados en aquel sitio, así como los proyectos de Ralph, que habían abortado la vispera, hacían bastante verosímil esta suposición. Así pues, permaneció inmóvil á distancia de medio tiro de arcabuz, observando la luciente franja que brillaba al rededor del bosque, y escuchando los acompasados y monótonos pasos que revelaban la presencia de centinelas, sin que supiese que decidir. ¿Era necesario huir, reunirse con su madre y abandonar á Carlota? Su amor, su orgullo, el odio que profesaba á Ralph, se oponían á semejante resolución. ¿Debia intentar llegar hasta ella, con esposición de su vida? ¿acáso no podia hacer la señal convenida? ¿no era posible que ella encontrase, para huir, medios que él no podia imaginar? No sabia que resolver, y en la incertidumbre en que se hallaba, lanzó una mirada inquieta á su alrededor, como buscando alguien que le diera un consejo. Gracias á este movimiento, pudo distinguir al otro lado del camino á un hombre acurrucado y que sin duda debia estar allí mucho antes que llegase él, pues que no habia percibido el menor ruido.

Ricardo pensó que la fuga era el peor partido que podia adoptar, y que por lo menos debia saber que significaba aquella guardia armada alrededor de Great-House, por lo que, esforzándose en fingir la voz, exclamó:

— Eh! amigo, ¿que haceis ahí?

— Veo que teneis miedo, dijo el aldeano acercándose á Ricardo, porque me parece que antes caminabais á un paso mas que regular y que os habeis detenido de repente al ver relucir las picas y las hoces de mis camaradas. Podeis pasar, no son ladrones.

— ¿No son, pues, los moradores del castillo los que vigilan? preguntó Ricardo al que le hablaba.

— Bah! los del castillo! repuso el campesino, casi todos han huido, y para que no se escapen los que quedan, lo hemos sitiado nosotros.

— Como! exclamó Ricardo, se han escapado! Lady Salsby ha salido de Great-House!

— Lady Salsby se sintió indispuesta la noche última, contestó el campesino, y aunque esta mañana se encontraba mejor, al me-

diodía se han apoderado de ella fuertes convulsiones, y dos horas despues ha muerto.

— Que me decís! ¿estais seguro de ello?

— Pardiez! la he visto perfectamente, con los ojos hundidos y el rostro cárdeno y lleno de manchas negras y amarillas.

— ¿La peste quizás? exclamó Ricardo involuntariamente.

— La peste, sin duda alguna; una ó dos horas despues, tres criados han sido atacados tambien, muriendo uno de ellos al poco rato, tan horriblemente desfigurado como su señora; cuando los demás han visto esto, se han espantado y han querido huir, pero yo habia avisado á mis amigos, y como no queremos que vayan á nuestras casas y granjas á hablarnos y á tocarnos, para evitar que nos infesten, les hemos dado caza, rodeando el castillo á fin de que no puedan salir los que se hallan en él.

Estas noticias, que Ricardo tuvo que arrancar frase por frase, le produjeron un terrible efecto, aumentando su temor sin que su incertidumbre disminuyera. En efecto, ¿habia huido Carlota ó permanecia en el castillo? Si la primera hipótesis era cierta ¿en donde encontrarla? y suponiendo que se hubiese hecho conducir á Lóndres, ¿en donde se habia ocultado? ¿Quién sabe si habia esperado la noche para dirigirse á casa de Ricardo? ¿y que seria de ella al encontrar su casa deshabitada? Mientras suponía esto, creía que lo mejor era ir á Lóndres; pero enseguida la idea de que Carlota se hallaba encerrada tal vez en Great-House, y que una muerte espantosa podia acabar con ella, detuvo á Ricardo. Pensó introducirse en la casa para ver si estaba Carlota, en cuyo caso poco le importaba morir con ella; pero previó en seguida el caso de que una vez en Great-House supiera que habia partido. Entonces iba á verse prisionero y rodeado de una atmósfera pestilenta, mientras que su amante le buscara por todas partes, y Ralph, libre y enterado de su fuga, se la arrebataría. La rabia anticipada que le causaba esta idea, hacia que su incertidumbre fuese todavía mas espantosa.

En medio de este conflicto de terribles indecisiones, olvidaba que Carlota le habia dado una cita, y que aquella alma grande no faltaba jamás al cumplimiento de sus promesas; pero al fin, calmada ya algun tanto la agitacion que tan tristes noticias le habian

causado, razonó consigo mismo, y creyendo sin vacilar que Carlota le aguardaba, se acercó al foso á todo evento y dió la señal convenida. Antes de practicar esta tentativa, advirtió á los que rodeaban el castillo que no se alarmaran. Dejáronse oír los tres silbidos. Un largo silencio les sucedió, silencio que podia ser motivado por la ausencia ó tal vez por la muerte. Ricardo sintió desgarrarse su pecho; los latidos de su corazón se dejaban oír con violencia; temblaba y tenia frio. De repente oye su nombre en el bosque, pronunciado por una voz de mujer, alterada, plañidera, desgarradora. Ricardo todo lo olvida, no oye mas que á Carlota que le llama, y desatendiendo las advertencias de los que le rodean, salta el foso, entra en el recinto maldito y se arroja vivo en aquel vasto ataud.

Guiado por los gritos que oye, se precipita en direccion al castillo y encuentra á Carlota que corria hácia él; vele Carlota, y con indecible efusion se arroja en sus brazos gritando:

—Ricardo! eres tú! eres tú!

Este primer movimiento fué acompañado de abrazos, sollozos y lágrimas. Carlota permaneció un momento inanimada en los brazos de Ricardo, hasta que, calmado aquel transporte de alegría, continuó con acento de profundo terror:

—Huyamos al momento, Ricardo, huyamos!

El infeliz era tan dichoso en aquel instante, que respondió sin pensar en nada:

—Si, Carlota, huyamos; mi madre nos espera.

—Tu madre! dijo Carlota, oh! bendito sea Dios que me da un asilo! Pero huyamos en seguida; salgamos de aquí.

Así diciendo, se dirigieron ambos hácia el foso que costeara el camino; pero el resplandor de las estrellas, reflejándose sobre las picas y las hoces, hizo estremecer nuevamente á Ricardo. Solo que esta vez, á diferencia de la primera, no cabia la menor duda acerca de la desgracia que aquella triste aparicion le anunciaba. La muerte era cierta é inevitable si trataban de salir del castillo, no cabiéndoles mejor suerte si se quedaban en él, pues indudablemente se hallaba infectado.

Sin embargo, Ricardo se atrevió á esperar que la compasion, el oro y las promesas podrian enternecer á los aldeanos, por lo que se

adelantó hasta cerca del foso. Aquellos les habían oído acercarse, y se hallaban reunidos en gran número para cerrarles el paso. Llamóles Ricardo, y le respondieron con amenazas; pero sus picas y hoces no eran bastante largas para alcanzar á los dos prisioneros.

—Oh! exclamó Ricardo, es á una niña, á una niña de catorce años á quien condenais á morir bella y pura! En cuanto á mí, solo hace un instante que me hallaba entre vosotros, y por consiguiente no correis el menor peligro. Dejadnos pasar, pues; os apartareis un poco, montaré á caballo otra vez, y me alejaré á escape.

—No, no, respondieron de todas partes; no lo probeis ó vais á morir.

—Pero, respondió Ricardo, para matarnos será necesario que os acerqueis mas que para dejarnos pasar, y entonces.....

—Tiene razon, dijo el campesino que había sido el primero en hablarle; es preciso ir á buscar nuestros arcabuces, y les dispararemos desde léjos. Entre tanto arrojémosles de aquí.

Diciendo esto, cogió una piedra y la arrojó á Carlota, cuyo vestido blanco facilitaba la puntería. Este ejemplo fué inmediatamente seguido, y la pobre niña oyó silbar junto á sus oídos las piedras del camino. Ricardo la tomó entonces entre sus brazos y la llevó léjos del foso; parecía inanimada é insensible, y la colocó sobre un banco de piedra; llamóla con dulzura, pero permanecía muda, sejetando fuertemente con las manos su frente helada por el terror. Barks-tead se las separó y la llamó otra vez.

—Morir! dijo Carlota con acento apagado y triste; morir! Oh! no, Ricardo, sálvame! sálvame! no quiero morir!

—Ven, Carlota, ven! contestó Ricardo, tal vez la cerca no esté tan vigilada, y podremos huir. ¿No me contestas, Carlota? Habla, respóndeme... Carlota, ¿no me amas ya?

—Morir! repitió la jóven.

Y lanzaba gritos sofocados, llena de horrible pavor.

Ricardo estaba fuera de sí. Había supuesto que el alma de Carlota era resuelta y capaz de arrostrar la muerte, y en la hora del peligro la hallaba débil y desesperada. Y es que el peligro que se presentaba, la muerte que la amenazaba y que había devorado á sus víctimas ante sus ojos, era la mas espantosa que podia darse;

es que en la muerte hay otra cosa que la privacion de la vida ; es que el hombre busca siempre en ella una lucha y quiere una esperanza, y por mucho que sea su valor, por poco que aquella le intimide, el género de muerte no le es indiferente ; es que el que arrostra con calma y soporta con valor una enfermedad aguda y mortal, tiene tiempo para combatirla, para retardarla y aun quizás para vencerla ; es que el que comete un suicidio, se constituye árbitro de su vida y puede por lo mismo suspender el instante fatal. Pero verse atacado de un mal contra el que nada pueden ni la juventud, ni la voluntad, ni el valor, por un mal que hiere como el rayo, y que sin conceder ni una hora para connaturalizarse con la muerte, desgarrar el cuerpo con los mas crueles dolores, es cosa á la que hubiera sucumbido un alma mas fuerte y mas habituada á las miserias de la humanidad que la de una jóven de catorce años.

Ricardo la llamaba y procuraba calmarla ; pero por largo tiempo no obtuvo mas que lamentos y desesperacion. Por fin sus sollozos fueron paulatinamente apagándose, como si se arraigaran en ella las esperanzas que su amante trataba de inspirarla, y juntando sus manos con las de este, prestó atencion á sus consoladoras palabras. Pero cuando Ricardo creia haber devuelto la calma á su espíritu, Carlota se precipitó en sus brazos, cual si despertara de un sueño.

—Tengo frio ! Ricardo, tengo frio ! exclamó.

Era una noche de enero. Ricardo no llevaba capa, pues la habia dejado sobre su caballo. Las palabras de Carlota le oprimieron el corazon, porque él le habia hablado de esperanza, de fuga, de felicidad, de amor, y ella le contestaba que tenia frio !

—Pues bien, le dijo, ven al castillo ; allí debe haber lo necesario para calentarte.

Carlota, al oir estas palabras, rechazó á Ricardo como si le hubiese picado una víbora.

—Al castillo ! dijo, al castillo !

Y despues de una pausa añadió :

—Morir ! oh ! morir !

Ricardo no acertaba á comprenderla, y figurándose que temia presentarse con él delante de los criados que habia en Great-House, le dijo :

—Nada temas, Carlota! cñño una espada, y todos te respetarán aquí. Vamos al castillo!

La jóven se levantó y hechó á correr en direccion al camino con extraordinaria rapidez. Signióla Ricardo, logrando alcanzarla en breve, y tomóla en sus brazos, en tanto que Carlota forcejaba para desprenderse de ellos, gritando á los campesinos que guardaban las avenidas:

—Socorro! matadme! matadme! no quiero morir! matadme!

¿Los miserables contestaron á sus gritos ó á su terror? Poco importa; pero es lo cierto que sonó un tiro, y una bala silbó á los oídos de Ricardo, que se llevó de nuevo entre sus brazos á Carlota inerte, inanimada. Ricardo á su vez se sintió rendido por el cansancio, frio y lacerado, y tuvo miedo; sí, tuvo miedo. El espánto de Carlota y su desesperacion se apoderaban de él, y no podía ser otra cosa, porque para encontrarse en semejante estado, ¿qué es lo que habia visto su amante? ¿de qué horribles sucesos habia sido testigo? y si él estaba atacado por aquel mal devorador, ¿qué socorros podia esperar y de que medios podia disponer para salvarse? Cuando esta idea cruzó por su mente, tembló de horror, tembló por Carlota á quien veia sola y abandonada en aquel lúgubre recinto. Entonces comprendió que era necesario tomar un partido decisivo. Carlota casi muerta, helada, sin fuerzas ni valor, se apoyaba sobre sus hombros, por lo que, aprovechándose de su postracion, la levantó y se dirigió al castillo. Cuando estuvo bastante cerca de él para creer que podrian oírle, se detuvo y llamó, con riesgo de una nueva resistencia por parte de Carlota. Esta se enderezó y le miró con ojos estraviados. Ricardo llamó con mas fuerza. Carlota pareció reir sordamente, y aquel creyó que estaba loca y en su desesperacion lanzó un grito terrible. Nadie contestó.

Todo lo comprendió entonces. Carlota estaba sola en el castillo, pues todos habian huido, ó mejor habian muerto. A su vez pasó con rabia su mano por la frente; conoció que sus ideas se estraviaban, y oprimió convulsivamente su cabeza, como para retener la razon. Calmóse al fin; miró á Carlota y nada leyó en su rostro, ni miedo, ni desden, ni sarcasmo!..... Aquello era horrible. Sin embargo Ricardo no perdió el valor; su alma luchó contra los

obstáculos que se le presentaban, y pensó que podía salvarse con su madre y su amante. No se necesitaba poco valor para atreverse á esperarlo en aquel momento y en el lugar donde se encontraban!

Ricardo recorrió con una mirada la fachada sombría y uniforme del castillo. Nada se veía en él que diera señales de vida. Todo se presentaba con los mas negros colores, así las paredes como las ventanas. No obstante, á fuerza de mirar, creyó distinguir frente de él y á través de los vidrios de una ventana elevada, un resplandor que subia y bajaba con movimientos irregulares como los últimos destellos de la vida en los ojos de un moribundo, y suponiendo que podía ser la llama espirante de un hogar, resolvió dirigirse á aquel sitio. Sin embargo, no conocia las entradas del castillo; Carlota no podía guiarle, pues apenas tenia aliento para sostenerse, y él, prostrado por la falta de descanso durante dos dias, no tenia la fuerza suficiente para llevarla al acaso de puerta en puerta.

Conocia que aun le era posible llegar con su preciosa carga hasta un lugar poco apartado cuyo camino conociese perfectamente, pero que no podría hacerlo si debia dirigirse á través de mil escaleras desconocidas y oscuras y por un intrincado laberinto de corredores y aposentos donde fácilmente se estraviaría. Miró á Carlota, que estaba completamente abatida, la sentó sobre una piedra, le habló de su proyecto y le suplicó que no se asustara y que le aguardase un momento, en tanto que él se dirigia á la habitacion donde habia visto fuego, y la traia algunos tizones. La jóven hizo una señal de asentimiento con la cabeza; Ricardo tomó sus manos, las estrechó entre las suyas, le suplicó de nuevo que esperara y se alejó.

Apenas habia dado diez pasos, volvió la cabeza y vió á Carlota levantarse y dirigirse lentamente hácia el camino. Corrió y la alcanzó, pero esta vez la jóven no opuso la menor resistencia y se dejó conducir al mismo sitio. Una vez allí, Ricardo se arrodilló á sus piés, la rogó que le escuchara, que le comprendiera, y la decidió á esperarle; tomola entre sus brazos, la estrechó contra su corazon, y oprimiendo dulcemente sus labios con los suyos, trató de hacerla salir de la especie de marasmo en que se hallaba sumida. Creyendo al fin que habia comprendido sus intenciones, se encaminó otra vez al castillo, pero apenas hubo soltado su mano y andado dos pasos, cuando

Carlota se puso de nuevo en pié dirigiéndose otra vez al camino. Parecía que no obedecía á su voluntad, sino á un impulso irresistible, pues á imitacion de aquellos juguetes de los niños, cuya cabeza es de plomo y que tienden siempre á hacerla servir de base, sea cual fuere la posicion en que se les coloque, Carlota, bajo el peso de un terror inesplicable, parecia atraida invenciblemente hácia el camino.

Oh! si hubiese brillado el dia! si Ricardo hubiera podido presenciar el horroroso cuadro que algunas horas antes se habia presentado á los ojos de Carlota! sin duda se habria explicado su tenacidad en querer huir, adivinando que la infeliz habia sido arrojada del castillo por horribles sucesos, y que despues de haber huido aterro- rizada, su combatido espíritu tendia de tal modo á satisfacer aquella imperiosa necesidad de alejarse de tan funesto lugar, que si la llevaban otra vez á él, volvía á huir en cuanto la dejaban en libertad, aun cuando su razon estuviera estraviada y aun cuando no pudiera manifestar siquiera la causa de su accion.

Ricardo estaba desesperado y no sabia que hacer; miraba la luz vacilante, próxima á extinguirse de un momento á otro; veía á Carlota inmóvil y que, entreabiertos los labios por una febril agi- tacion y chocando entre sí sus dientes, se le acercaba murmurando en voz baja:

—Tengo frio! vámonos! tengo frio!

Mil ideas descabelladas abrasaban la mente del desdichado jóven: ora pensaba en abrir un camino subterráneo que atravesara por debajo de las paredes de la cerca, ora consideraba las probabilidades de buen éxito que podia ofrecerle un ataque contra los campesinos. Por un instante estuvo tentado de matar á Carlota y de matarse á sí mismo; luego pensó incendiar el bosque y el castillo y aprovechar, para huir, la confusion y el desórden que naturalmente debian nacer. Habia llegado á tal punto su exaltacion, que ni siquiera se acordaba de que semejante crimen podia llevarle al patíbulo, y lo hubiera cometido, no para satisfacer una venganza, no para asegurar su libertad, sino para salir de aquel recinto, fuera del cual le aguardaban mil peligros inevitables.

Entre tanto la noche avanzaba, y Carlota, helada por el frio, seguia exclamando, en tanto que lloraba como un niño:

— Oh! tengo frío! vámonos! tengo frío!

Ricardo no podia llevársela ni dejarla. Al fin se arma de valor, y adoptando un partido decisivo, se despoja de su banda de seda, arrima á Carlota á un árbol y la sujeta á él. Apenas se ve atada la jóven, lanza terribles gritos, lucha, quiere desasirse, se golpea la frente y se retuerce los brazos. Ricardo se detiene un momento, vacila, quiere desatlarla á impulsos de la compasion, pero últimamente se lanza frenético á las habitaciones del castillo.

A medida que avanza, oye los gritos de Carlota cada vez mas desgarradores, y acelera su marcha para no oírlas; piensa en lo que va á llevar á cabo, y se dice que es para salvarla; los gritos aumentan, y corre mas de prisa, hasta que llegando al dintel de la puerta principal, deja de oír los lamentos de Carlota.

Oh! que terrible angustia sentia! ¿Debia volver atrás? ¿habia muerto? ¿habia ido á socorrerla alguien al escuchar sus gritos? Detúvose un momento, un momento de estos que hieren el corazon con sufrimientos para los cuales no bastaria un año; pero al fin, resolviendo seguir adelante y buscar el aposento donde ha visto la luz, desenvaina su espada y entra en el castillo.

Atraviesa primero un largo vestibulo. La obscuridad era completa, y con la punta de su espada tanteaba á la ventura los objetos que encontraba al paso. De repente su pié tropieza violentamente con un cuerpo que resiste y cuya existencia no le habia revelado la espada, que llevaba á la altura del pecho. Era la primera grada de una escalera que sin duda conducia al aposento que buscaba. Sube, siempre con la espada en la mano, tanteando los escalones antes de poner el pié en ellos, y encuentra una masa inerte que obstruye su camino; la toca con la espada sin poder conocer su forma, la golpea sin que produzca ningun sonido, y se baja para examinarla con las manos: era el cuerpo de un hombre tendido á través de la escalera! Poco faltó para que Ricardo cayera de espaldas. Parecióle ver brillar dos ojos en medio de la oscuridad, y en el profundo silencio que le rodeaba, creyó oír un gemido. Permaneció inmóvil escuchando atentamente. ¡Qué alegres le hubieran parecido en aquel momento los gritos de Carlota! La voz de un juez al

pronunciar su sentencia, la del verdugo al anunciarle su muerte, le hubieran parecido dulces y agradables ! Nada oyó.

Pero Ricardo tenía un alma que, si podía doblarse como el acero, era para enderezarse al instante con mayor fuerza. Sube el horrible escalon, llega al primer piso, pasa por puertas que encuentra abiertas, atraviesa varios aposentos iluminados solo por la débil luz que filtra entre las tinieblas de la noche, y en los cuales sus pasos resuenan cual si fueran golpes dados sobre un ataúd vacío, hasta que por último á través de las rendijas de una puerta ve brillar un imperceptible resplandor; se precipita hácia ella, la derriba y penetra en una sala, en el fondo de la cual se eleva una vasta chimenea en que arde un fuego casi apagado.

Apenas introducido en aquella pieza, la recorre con una rápida mirada, y con el auxilio del débil resplandor que la ilumina, puede ver que está suntuosamente amueblada con cómodas y lujosos sillones dispersos en el mayor desorden, armarios cuyas planchas de cobre reflejan con un brillo siniestro la espirante luz de la chimenea, y un magnífico lecho colocado sobre una tarima y medio oculto entre las ricas cortinas, que colgadas del techo, forman una especie de dosel.

Ricardo se acerca á la chimenea, recorre toda la habitacion en busca de una antorcha, y no la encuentra; contempla la llama que se balancea sobre algunos restos de leña, que va á consumirse del todo y á dejarle en la obscuridad; distingue á su lado una mesa de nogal magníficamente esculpida, procura romperla y no puede lograrlo; la coge, la acerca á la chimenea y la coloca encima de los tizones; busca en seguida algunos objetos para reanimar la llama; encuentra un torno y lo hace mil pedazos; arranca las colgaduras, coge algunas telas que ve sobre las sillas y lo arroja todo á la chimenea; pero la llama ya débil y vacilante, se apaga antes de que prenda el fuego á ninguno de aquellos objetos, y la habitacion queda completamente á oscuras con solo algunas ascuas que no producen resplandor alguno. Ricardo se esfuerza en avivar la llama, sopla incesantemente, se fatiga, y no puede conseguir su objeto.

Entonces se detiene un momento; reflexiona, y se pregunta sino gastará inútilmente sus fuerzas en la lucha que ha empeñado, y en

la que todo parece conspirar contra él. Pero su valor triunfa todavía. Recoge algunas ascuas, las reúne, sopla con toda su fuerza y obtiene una pequeña llama; aplica á ella un trozo de tela, y se enciende; parécete que su vida se reanima; la esperanza le restituye las fuerzas; busca por todas partes objetos combustibles, descubre en un rincón un reclinatorio y encima de él un libro de rezo, lo coge, arranca sus hojas y alimenta con ellas la llama, que poco á poco se apodera de cuantos objetos le ha arrojado é ilumina el aposento con el más vivo resplandor. Regocijase Barkstead; el vivificante calor del fuego hace renacer las fuerzas en su cuerpo y en su espíritu; da nuevo alimento á la llama y queda convencido de que no se apagará fácilmente.

Satisfecho del buen éxito de sus tentativas, debido en gran parte al auxilio de las telas que ha arrojado á la chimenea, quiere proporcionarse otras y se dirige hácia la cama; separa las cortinas, se apodera de un cobertor, y se presenta á su vista un cuerpo yerto que en aquella estaba tendido. El infeliz lo habia olvidado todo, y ni siquiera pensaba en el horroroso cuadro que presentaba el castillo. Carlota tenia frío, él también, y esto era su único pensamiento, al paso que un poco de fuego para reanimarla constituia toda su esperanza, todo su deseo. Pero cuando vió el cadáver que yacia en el lecho, su situación se le presentó con todos sus horrores, y un temblor convulsivo agitó su cuerpo al verse encerrado en aquella horrible mansión donde se respiraba una atmósfera de muerte, y en la cual do quiera que ponía los piés ó las manos tropezaba con cadáveres. Una terrible cólera se apodera de él; no quiere ser vencido por tantos obstáculos, y jura que hará lo que ha resuelto: salvará á Carlota, separará de su camino los repugnantes cadáveres que se encuentran en él, la conducirá á aquel aposento, el fuego reanimará sus miembros, y al día siguiente, conjurados ya sus terrores, la rodeará de amor y hará que viva á pesar de la plaga que ha invadido aquella casa maldita. Así pues, se prepara á ejecutar su proyecto, y á fin de que Carlota no presencie aquel terrible cuadro, coge el cadáver para arrojarlo á lo lejos.

Horror!... Apenas su mano lo ha tocado, una agitación violenta mueve aquel cuerpo frío; su rostro se estremece, sus ojos se cier-

ran y se abren como si buscaran y temieran la luz, sus labios se dilatan, y Ricardo ve con asombro incorporarse el cadáver, cuyos largos cabellos grises caen sobre sus demacradas espaldas, y cuyos ojos ensangrentados giran de un modo espantoso dentro de sus órbitas.

Sin embargo su pecho no deja escapar ni un suspiro, ni un gemido que descubra que aun vive. De improviso estiendo un brazo flaco y descarnado, una mano se posa sobre el hombro de Ricardo, le sujeta, se apoya en él y le atrae. Ricardo, aniquilado é insensato, cede al poder que le encadena; un rostro se acerca al suyo; fija en él sus ojos, reconoce á lady Salnsby, lanza un grito, y huye aterrizado.

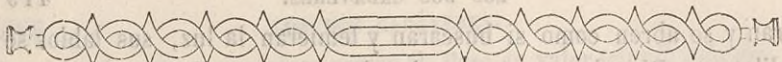
Pasa á través de los corredores y de los aposentos, atraviesa cuadras, salta escaleras, cruza patios y jardines, y do quiera que fija azorado sus ojos, no vé mas que un cuerpo que se levanta, una mano que le sujeta, un rostro que se aproxima al suyo. Ya no piensa en Carlota, ya no se acuerda de que esta está muriendo, y quiere huir; á su vez siente un invencible terror, que no habia podido comprender en la infeliz, se lanza hácia el camino, con riesgo de perecer atravesado por las picas y destrozado por las hoces, y corre sin mirar siquiera á sus lados, corre sin volver atrás los ojos.

Acababa de salvar la puerta del castillo y se hallaba en un espacio de unos cien piés todo lo mas, que separaba á aquel del bosque en cuya entrada habia dejado á Carlota. Hallábase á poca diferencia á mitad de aquel espacio, cuando tropieza violentamente con una masa que retrocede.

—Ah! es Ricardo por fin! grita con rabia una voz muy conocida.

—Ah! por fin es Ralph! responde Ricardo con voz de trueno.

Y retrocediendo ambos algunos pasos, lanzan á la par un grito de alegría y desenvainan sus espadas.



XXXVIII.

POR FIN!



LEGADO Ralph á Greenwich había esperado en vano la aparicion del carruaje que segun él debia conducir á Ricardo, hasta que pronto, gracias á la zumbona indiferencia de Love, conoció que habia sido engañado por lo que interrogó al gifero, quien le contestó burlándose de su perspicacia y diciendo imprudentemente que Ricardo debia á aquellas horas encontrarse muy lejos. Estas palabras, por insignificantes que fuesen, despertaron las sospechas del coronel, el cual reflexionó que atrayéndole á Greenwich, indudablemente habian querido separarle del lugar de la cita de Ricardo; y como el camino mas opuesto á aquel era el de Windsor, y este conducia á Great-House, dedujo que Ricardo habia partido en aquella direccion.

Esta suposicion le enfureció de una manera indecible. Abrumó á Love con amenazas y preguntas, y como la insolencia de las contestaciones del gifero hicieran llegar al colmo su desesperacion, resolvió á hacerle prender. Mientras Tom luchaba con todas sus po-

derosas fuerzas con los dragones que intentaban sujetarle, un papel cayó de su bolsillo. Era la carta que mistriss Barkslead dirigia á su hijo desde su lecho de muerte.

En vano quiso recobrarla Love, y fueron tantas sus instancias, que Ralph, conociendo su valor, se apoderó de ella, la leyó y vió confirmadas sus sospechas. En seguida y sin descansar ni un momento, monta á caballo, vuelve á Lóndres, atraviesa la ciudad y corre á Great-House. Llega y se entera de los terribles sucesos que han despoblado su casa; pero al mismo tiempo inquiere que un hombre ha entrado en ella, volviendo á aparecer al poco rato con una jóven, y menospreciando á su vez el peligro, pasa la cerca fatal y vuela hácia el castillo. Ya hemos visto que poco antes de llegar á él encontró á Ricardo.

Por el grito que ambos lanzaron al reconocerse, por la rápida espontaneidad con que desenvainaron sus espadas, parece que debieron arrojarse el uno sobre el otro y despedazarse instantáneamente sin pronunciar una sola palabra; pero no fué así, pues aquellos dos hombres no habian pasado toda su existencia conteniendo su cólera y avivando sus implacables deseos de venganza para despedazarse de improviso y ciegamente. No; llegados á la hora decisiva en que debia estallar de una manera terrible su odio inveterado, quisieron contemplarse frente á frente. Así como la jóven ansia una hora de soledad antes de la bendicion nupcial que ha de unir para siempre dos existencias, así como el culpable tiene necesidad de alguna meditacion antes de ir al suplicio, y á la manera del que se prepara para un acontecimiento importante, Ralph y Ricardo suspendieron su determinacion, no para vacilar, sino para afirmarse y complacerse en ella.

Por otra parte se veian dueños el uno del otro, se hallaban encerrados juntos, estaban seguros de encontrarse y de no volverse á perder, y esto hacia inútil que se apresuráran. Detuviéronse, pues, frente á frente y se miraron algun tiempo como para alentarse uno á otro con su presencia.

—Por fin! dijo Ralph, con una alegría infernal.

—Por fin, sí! contestó Ricardo con el mismo acento.

Los dos permanecieron inmóviles otra vez devorándose con la vis-

ta, y Ralph, cruzando indolentemente las piernas y apoyándose sobre su espada, dijo con una indiferencia que parecía aguzar mas la crueldad de sus palabras por medio de un contraste hábilmente estudiado:

—¿Sabes las novedades que hay Ricardo? ¿sabes que tu madre ha cambiado el lugar de la cita que le diste? ¿sabes que no debe esperarte en el recodo del camino que vuelve á la derecha, á media milla de Great-House?

—Lo ignoraba, repuso Ricardo, afectando el mismo tono de burla y de desprecio. Pero, dime, ¿cuál es el lugar nuevamente designado para la cita? No faltaré, pues ya sabes que no falto nunca á las que me dan, aun cuando tuviera que ir debajo del patíbulo de Tyburn!

—Tienes razon, no faltarás á esta, porque yo seré quien te abra el camino, replicó Ralph, suspendiendo su frase, como para darle mas intencion.

—¿Cuál es, pues, el nuevo lugar de la cita? volvió á preguntar Ricardo, que preveía una contestacion terrible.

—El otro mundo! dijo Ralph.

—Por vida mia que tienes razon! Sí, tú me abrirás el camino, pues vas á precederme, respondió Ricardo con voz que en vano quiso parecer tranquila.

Callaron un momento. Ricardo discurria sobre lo que acababa de decirle Ralph, recordando los tristes pronósticos de Andlay y los horribles síntomas de la víspera. Una lágrima humedeció sus ojos, y mirando fijamente á Ralph, le dijo á su vez:

—¿Estás enterado de las noticias que te conciernen, Ralph?

—Las sé, respondió este sin inmutarse.

—¿Sabes que he sido yo quien ha entregado á la horca el cadáver de Carlos I? añadió Ricardo levantando la voz.

—Lo sé, dijo tranquilamente el coronel.

—¿Sabes que fuí yo el que vino ayer á esta casa, y á quien quisieste hacer asesinar? continuó sonriendo cruelmente.

—Lo sé, repitió Salnsby impasible siempre.

—¿Sabes que he visto á Carlota, tu amor, tu esperanza, tu vi-

da? dijo Ricardo, recalcando cada una de sus palabras, como para hacerlas penetrar en el corazón de Ralph.

—Lo sé, volvió á decir este, que se dominaba perfectamente.

—¿Sabes que la muger á quien no has inspirado mas que odio y desprecio, se me ha entregado por completo y me pertenece ya? exclamó Ricardo con un furor y una alegría terribles.

—Mientes! mientes! gritó Ralph, palideciendo y temblando á su vez.

—¿Sabes que me espera y que huiremos juntos; que cuando este acero haya arrancado la vida de tu corazón, partiremos léjos de aquí y viviremos felices, mientras tu cuerpo quedará abandonado en estos lugares para servir de pasto á los cuervos y á las aves de rapiña?

—Cualquiera que sea el lugar en donde te aguarde, contestó Ralph, dominando otra vez su emoción, sonriendo y levantando su espada, está detrás de mi acero, y este es una valla que no lograrás salvar!

—Un momento! replicó Ricardo con acento desdeñoso é invitando con el gesto á su enemigo á que moderara su impaciencia y bajara su espada; un momento!

—Sí, repuso Ralph imitando la inflexion y el gesto de Ricardo; porque todavía no sabes que tu madre te ha maldecido desde su lecho de muerte, y que tengo en mi poder una carta de despedida que ha escrito para tí.

—La leeré, dijo Ricardo; pero tú tampoco sabes que sin duda te han engañado al entrar aquí, tú no sabes que tu madre vive y te espera.

—Ah! exclamó Ralph, la veré!

En este momento un rojizo resplandor iluminó el lugar en que se hallaban los dos adversarios. Para comprender bien la situación de estos, es necesario decir que el espacio que separaba al castillo del bosque, estaba cortado por una calle de árboles que conducia del uno al otro, en la cual se encontraban Ricardo, vuelto de espaldas al castillo, y Ralph, que lo veia de frente. Este pudo, pues, distinguir el resplandor á través de las ventanas, y exclamó á pesar suyo:

—Un incendio!

—Sí, respondió Ricardo, volviéndose y reconociendo el aposento donde habia encendido el fuego; si, es un incendio, y tu madre se encuentra postrada en el lecho, sin fuerzas y sin movimiento, en aquella habitación que las llamas van á consumir!

Ralph tembló de corage, y reuniendo sus fuerzas, quiso precipitarse sobre Ricardo.

—Plaza! plaza! le gritó.

—No pasarás, contestó Ricardo.

Ralph se lanzó hácia él; pero de repente unos agudos gritos que salian del bosque, situado detrás de Salnsby, fueron á sorprenderle y suspendieron su ataque.

—Fuego, fuego gritaba una voz desgarradora, fuego! me muerol

—Me engañabas! mi madre se hallaba aquí, me está llamandol dijo Ralph conteniéndose. Me llama, ¿ lo oyes ?

—No! no! observó Ricardo, es Carlota que me espera... Plaza! plaza!

—Tampoco pasarás tú, exclamó Ralph.

—Tu madre está muriendo, dijo Ricardo.

—Tu desposada se muere! repuso aquel.

—Pues bien, no irás!

—Ni tu tampoco!

Podian muy bien separarse y correr á donde sus afecciones les llamaban; pero su odio les detuvo, y se atacaron. Una rabia frenética les impulsaba, y sin embargo no fué un combate ciego el que empeñaron ni desatinados golpes los que se dirigieron, antes al contrario emplearon todas las astucias, toda la agilidad, toda la fuerza que dos hombres pueden desplegar, tanto para atacar á su adversario como para evitar sus golpes.

Entretanto el incendio se propagaba. De repente se oyeron crujir los cristales del aposento en donde el fuego causaba estragos, y al siniestro resplandor de las llamas que salian por la ventana, se pudo ver un espectro abalanzarse al balcon, dando desesperados gritos, en tanto que en el lado opuesto se distinguia á una jóven sujeta á un árbol y que forcejaba para desasirse, prorumpiendo tambien en lastimeros gemidos.

—Espera madre mia, espera! gritó Ralph descargando un tremendo golpe á Ricardo.

—Espera, Carlota, espera! gritó Ricardo hiriendo á Ralph con su espada.

Ambos retrocedieron heridos. Al verse frente á frente al resplandor del incendio, lanzáronse una mirada infernal, rechinando los dientes.

—El incendio aumenta! dijo Ricardo; ¿oyes á tu madre?

—Carlota espera! dijo Ralph; ¿oyes á tu desposada?

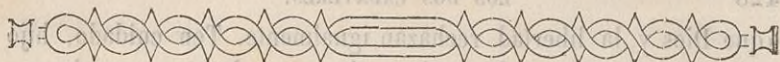
Así diciendo, volvieron al combate con nuevo vigor y furia. Las espadas chocaban y se cruzaban, reflejando las rojizas llamas del incendio. Oíanse sin cesar los gritos de lady Salsby y de Carlota. Al fin las espadas se tiñeron en sangre, y los dos adversarios no trataron mas que de matarse. Sus armas despedían chispas, sus vestidos estaban empapados de sangre y sus cuerpos acribillados de heridas.

Ni una palabra interrumpía el silencio que presidia á aquella lucha insensata, y solo se oía el rugido sordo que dejaba escapar el pecho de los combatientes. Sin embargo, poco á poco sus fuerzas se debilitaron, sin que por esto se agotara su rabia, y se herian todavía cuando sus golpes ya no podían hacerles el menor daño. A su alrededor todo iba apaciguándose tambien; los gritos se habían extinguido, lady Salsby no dejaba oír mas que un sordo estentor, y del pecho de Carlota únicamente salían algunos sollozos sofocados. Ralph, girando sobre sí mismo como presa de un vértigo supremo, cae al querer dar un paso hácia el castillo; una sonrisa de triunfo agita convulsivamente los labios de Ricardo, que cae á su vez en un charco formado por su propia sangre; lady Salsby, alcanzada por el fuego, rueda por el suelo, retorciéndose como una serpiente en medio de las llamas, y Carlota, sujeta por la cintura, va perdiendo sus fuerzas, doblándose como la mies segada por una dalla, y quedando suspendida, helada ó inmóvil, al tronco del árbol que había desgarrado con sus dientes y sus manos. Todo enmudece, y el incendio es el único soberano de la noche y del silencio.

Solo en medio de la oscuridad, lanzó al cielo sus rayos luminosos; solo en medio del silencio, dejó oír el chasquido espantoso de

sus llamas, y los habitantes de los alrededores se reunieron para ver como se desplomaba el castillo entre sordos mugidos y engañosas oscilaciones, dejando, para contemplar tan horroroso cuadro, de vigilar aquel recinto maldito. Pero era inútil; nadie salió de él.





XXXIX.

CONCLUSION.



ocho tiempo despues, dos hombres fueron á visitar aquel sitio, en que nadie se habia atrevido á penetrar despues de la espantosa catástrofe de que habia sido teatro, y encontraron atado á un árbol el descarnado esqueleto de una jóven. En la alameda que conducia al castillo reconocieron los restos de dos hombres, uno de los cuales no habia sido despojado de su jubon por las aves de rapiña. Registraron sus bolsillos y encontraron en uno de ellos un pergamino, en el que habia escrito lo siguiente:

«Ricardo, muero sin tener el consuelo de verte. Escucha los últimos consejos de una madre y no pienses que el cariño que profesas á Inglaterra se te considere como una virtud, si no es mas que un medio para satisfacer tus deseos personales. No olvides jamás que si las luchas que promuevas impulsado por ellos lisonjean tu venganza, Dios no los considerará como un mérito. Acuérdate de que si para servir la santa causa de la patria, de la libertad y de la religion te dejas llevar mas por el odio que profesas á tus enemigos que por tu amor á aquellas, te harás injusto; que la injusticia te conducirá al crimen, y que el crimen y la injusticia son armas

«que Dios y la libertad rechazan igualmente. Ten cuidado, hijo mio, sigues una senda fatal, en la que cada paso que damos, acelera el paso siguiente hasta que logra precipitarnos, desatinados y ciegos, en un abismo insondable. Ten cuidado, hijo mio, porque en lugar de alimentar en tu pecho el amor patrio, llama santa que vivifica el alma con su dulce calor y la ilumina con su luz pura, solo te complaces en avivar tu odio contra los tiranos de aquella, odio que es una hoguera terrible y devoradora en la cual arrojarás á pesar tuyo, para alimentarla, todos los sentimientos nobles de la vida: humanidad, pudor, amistad, amor. Hijo mio, ya ves que muero sin poder bendecirte.....

«Si llegas á Great-House y consigues sacar de allí á tu desposada, huye de Inglaterra, no permanezcas por mas tiempo bajo el aguijon que te escita y que acabará por estraviarte... Se justo, pues esta es la única manera de ser dichoso, y desde el cielo rogaré por tí, ya que no he podido volverte á ver.»

Los dos hombres se detuvieron, y uno de ellos leyó el pergamino al otro.

Andlay, que habia escrito aquellos postreros consejos dictados por mistriss Barkstead, fué quien los leyó, y Love, que debia entregar el escrito á Ricardo, los escuchó con la cabeza inclinada.

Andlay, terminada su lectura, le señaló silenciosamente las ruinas del castillo y los huesos esparcidos por el suelo, creyendo que era el mas elocuente comentario que podia añadir á aquel escrito.

Love guardó silencio, y seis meses despues se le vió recorrer las calles de Lóndres, con una antorcha en la mano, desatinado, ébrio, loco y gritando:

—Venganza! venganza!....

Gran parte de la ciudad, como es sabido, fué presa de aquel famoso incendio.

¿Qué es, pues, el odio político? ¿A donde puede conducir el furor de los partidos? Ah! nosotros, divididos por tantas opiniones, aprovechemos esta saludable leccion.

FIN.

INDICE

I.—Birth-Day.	5
II.—Withe-Hall.	17
III.—Ana.	31
IV.—Confesion.	42
V.—La nodriza.	53
VI.—Conspiracion descubierta.	62
VII.—Conversacion.	77
VIII.—El usurpador.	82
IX.—Ricardo.	88
X.—Carlota.	110
XI.—La antecámara.	119
XII.—La alcoba.	129
XIII.—Última voluntad.	138
XIV.—El fantasma.	146
XV.—Inglaterra.	152
XVI.—El mar.	162
XVII.—Las dos madres.	170
XVIII.—La noche.	181
XIX.—Promesas reales.	191
XX.—La torre.	206
XXI.—El camino.	214
XXII.—La ejecucion.	222
XXIII.—Decreto del Parlamento.	232

XXIV.—Windsor.	248
XXV.—El bosque.	263
XXVI.—El crimen	277
XXVII.—Regreso á Londres.	283
XXVIII.—La madre y el hijo.	290
XXIX.—Los dos hermanos.	300
XXX.—El noble y el verdugo.	315
XXXI.—Westminster.	326
XXXII.—El jarro de cerveza de Pawltry.	344
XXXIII.—Tyburn.	357
XXXIV.—El motin.	367
XXXV.—La cruz roja.	382
XXXVI.—Esplicaciones necesarias.	395
XXXVII.—Great-House.	407
XXXVIII.—¡ Por fin!.	420
XXXIX.—Conclusion.	427

FIN DEL ÍNDICE.

1	I.—Bird-Day.
17	II.—Windsor-Hall.
31	III.—Anna.
43	IV.—Confesion.
53	V.—La nodriza.
62	VI.—Conspiracion desobediencia.
75	VII.—Conspiracion.
83	VIII.—El usurpador.
88	IX.—Ricardo.
100	X.—Carlota.
109	XI.—La antecámara.
120	XII.—La aboda.
138	XIII.—Union voluntaria.
144	XIV.—El fantasma.
152	XV.—Inglaterra.
162	XVI.—El mar.
170	XVII.—Las dos madres.
181	XVIII.—La noche.
191	XIX.—Promesas reales.
200	XX.—La torre.
214	XXI.—El camino.
223	XXII.—La ejecucion.
232	XXIII.—Decreto del Parlamento.

PLANTILLA

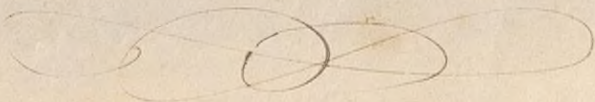
PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	PAG.
Ha dado un paso hácia atrás, y tirando de la daga, le ha herido á su manera.	28
Cromwell.	78
Era el honorable maese Tom Love.	126
Le coge con violencia, le precipita al mar y se arroja tras él.	166
¿No me reconocéis, vos, que me servisteis de padre? . . .	220
Cuatro perros arrastraban aquel extraño carruaje. . . .	253
Dos mujeres cubiertas de harapos, arrastraban un cadáver.	289
Jorge le apuntó friamente, disparó y le tendió yerto. . .	314
Asustado Williams, arrojó al instante el jarro y el cubilete.	355

Barcelona 2 Abril 1860

El Editor

Benedictine Bassus



PLANTILLA

PARA LA COLOREACION DE LAS LINEAS

28 La habo un poco facinorosa, y cuando he la boca, la ha
 29 pedido a su madre.
 30 Cromwell.
 31 En el momento en que Tom Love.
 32 Lo que con violencia, lo preside al mar y se creia
 33 ras de
 34 No me preocupas, vos que en el estado de padre?
 35 Cada uno de nosotros en el estado de guerra.
 36 De los mejores capitales de guerra, en el estado de guerra.
 37 dávate
 38 Jorge lo que lo mismo, dices, lo que lo mismo.
 39 Asamblea Williams, en el estado de guerra, lo que lo mismo.

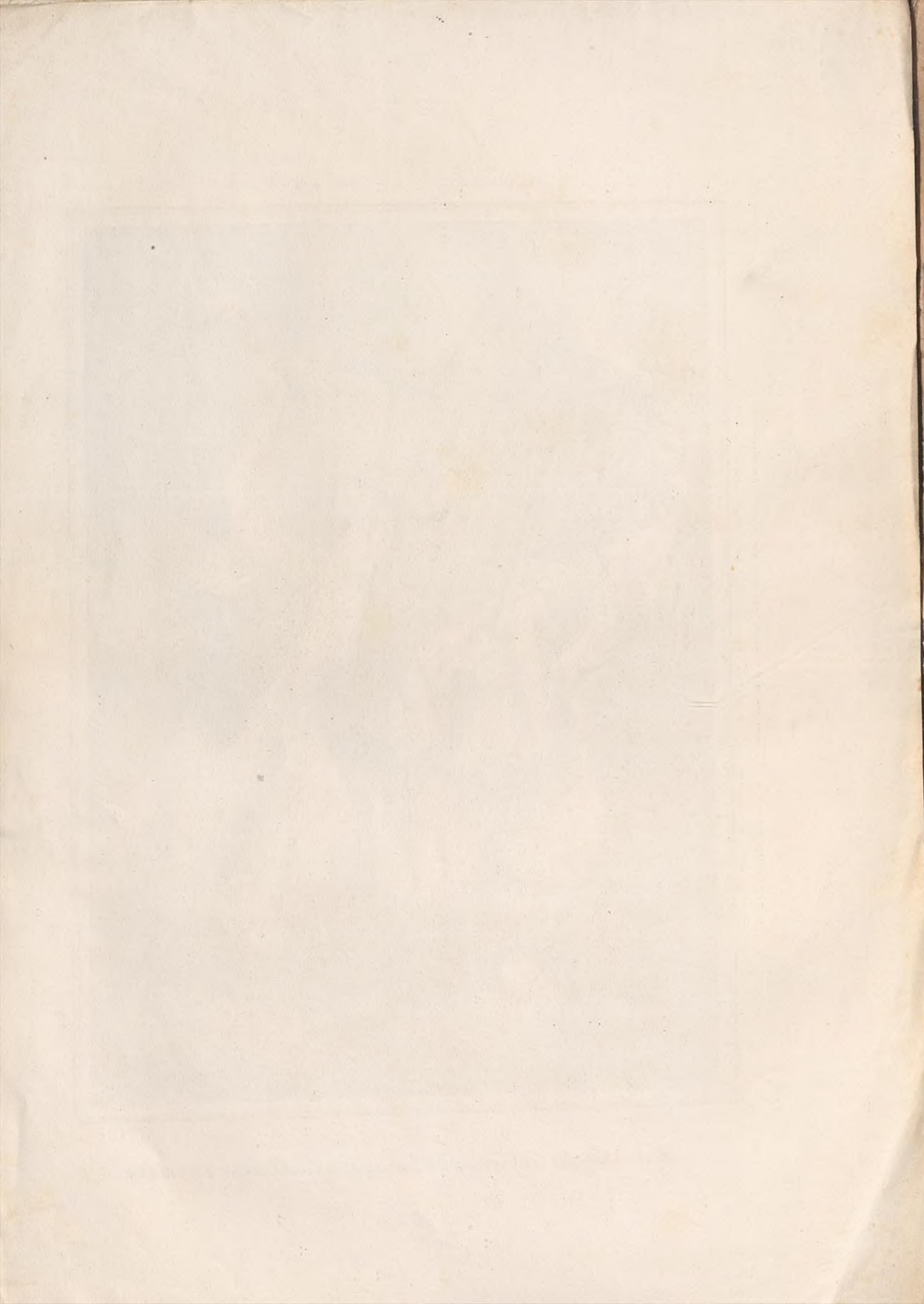
8
 10
 12
 14
 16
 18
 20
 22
 24
 26
 28
 30
 32
 34
 36
 38
 40
 42
 44
 46
 48
 50
 52
 54
 56
 58
 60
 62
 64
 66
 68
 70
 72
 74
 76
 78
 80
 82
 84
 86
 88
 90
 92
 94
 96
 98
 100



Lit. Vazquez.

Rambles 31.

Das mngeres cubiertas de harapos, arrastraban un cadáver.





Lit. Vazquez.

Ranbla 31.

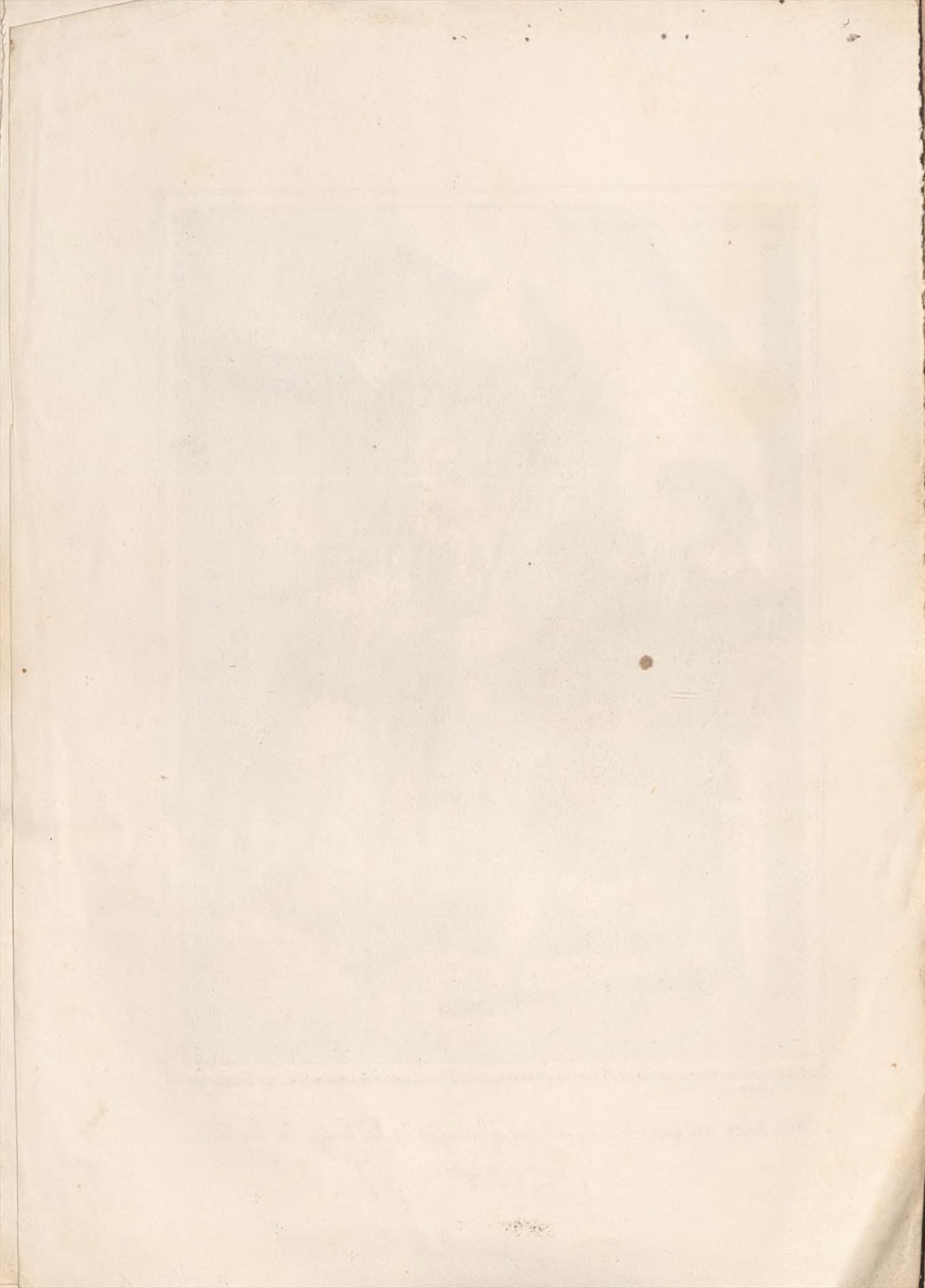
Constatado 'Williams, arrojó al instante el jarro y el cubilete.



L.R. Vazquez.

Rambla 31.

- Ha dado un paso hácia atrás, y tirando de la daga, le ha herido
à su manera.





L. Thorne R. 31.

Cromwell.



Lil. Vazquez.

Rambla 31.

Era el honorable maeoe Tom love.



Lit. Vazquez

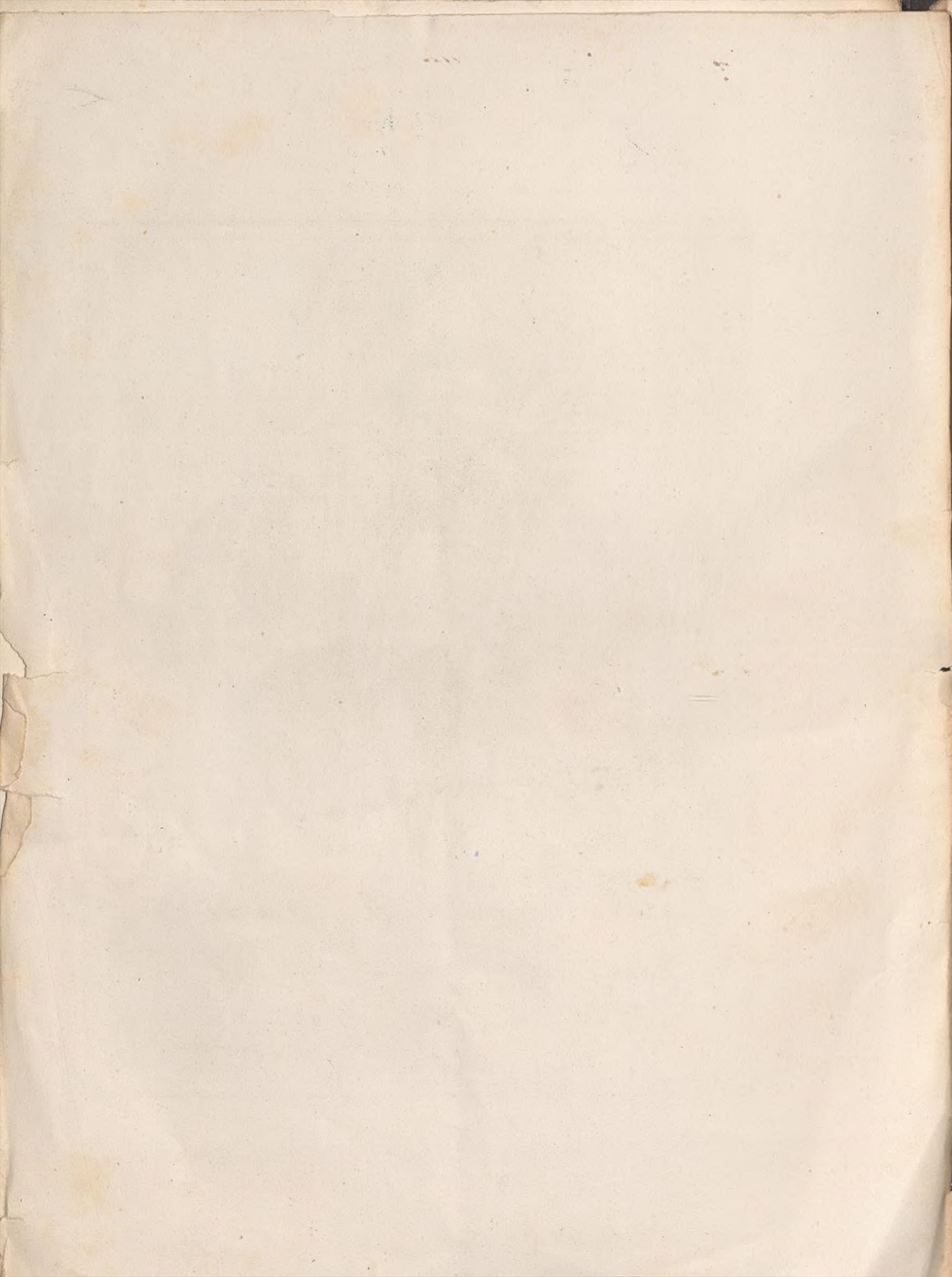
N.º 51.

¿No me reconoceis, vos, que me seroisteis de padre?



Lil. Vazquez, R431

Le cogé con violencia, le precipita al mar y se arroja tras él.

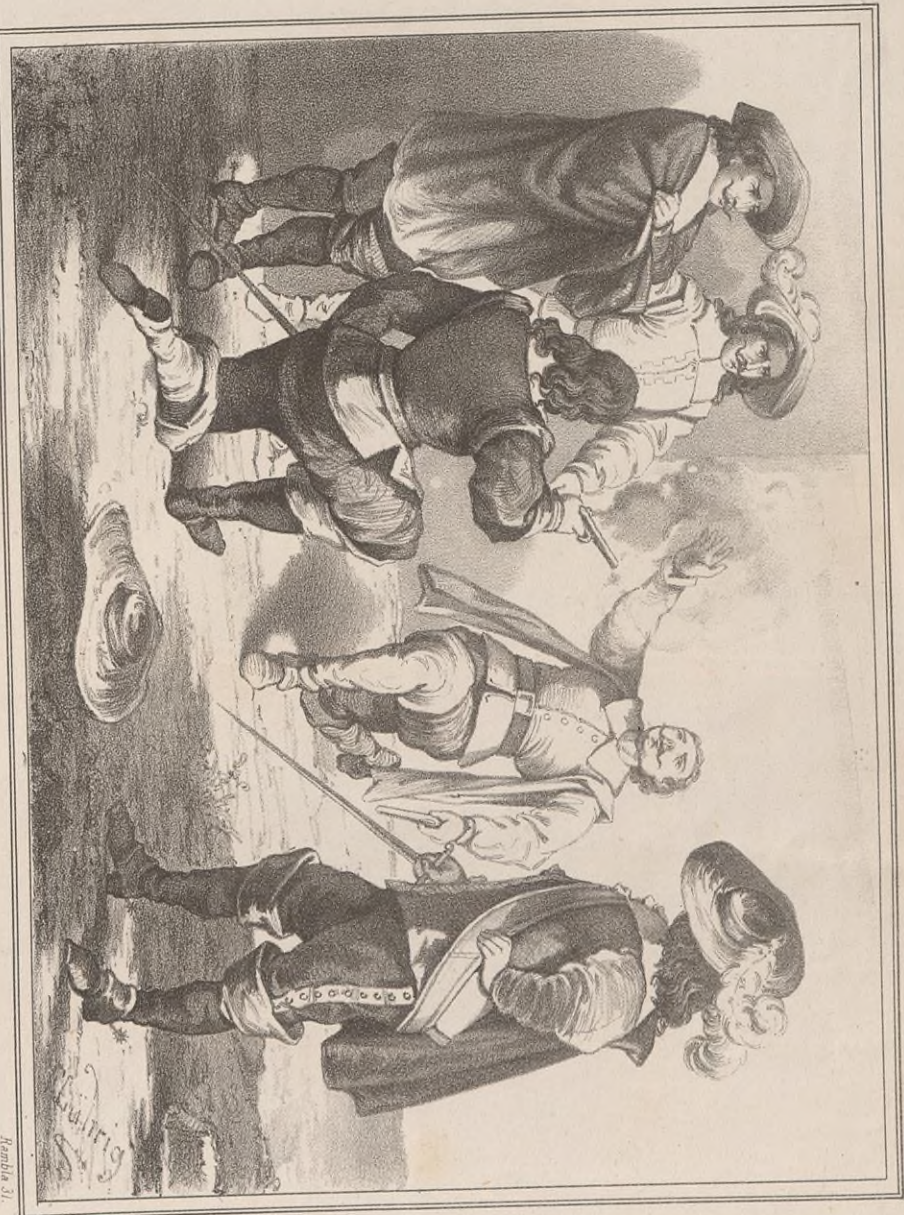




Lit. Vaquer.

Cuatro perros arrastraban aquel extraño carruaje.

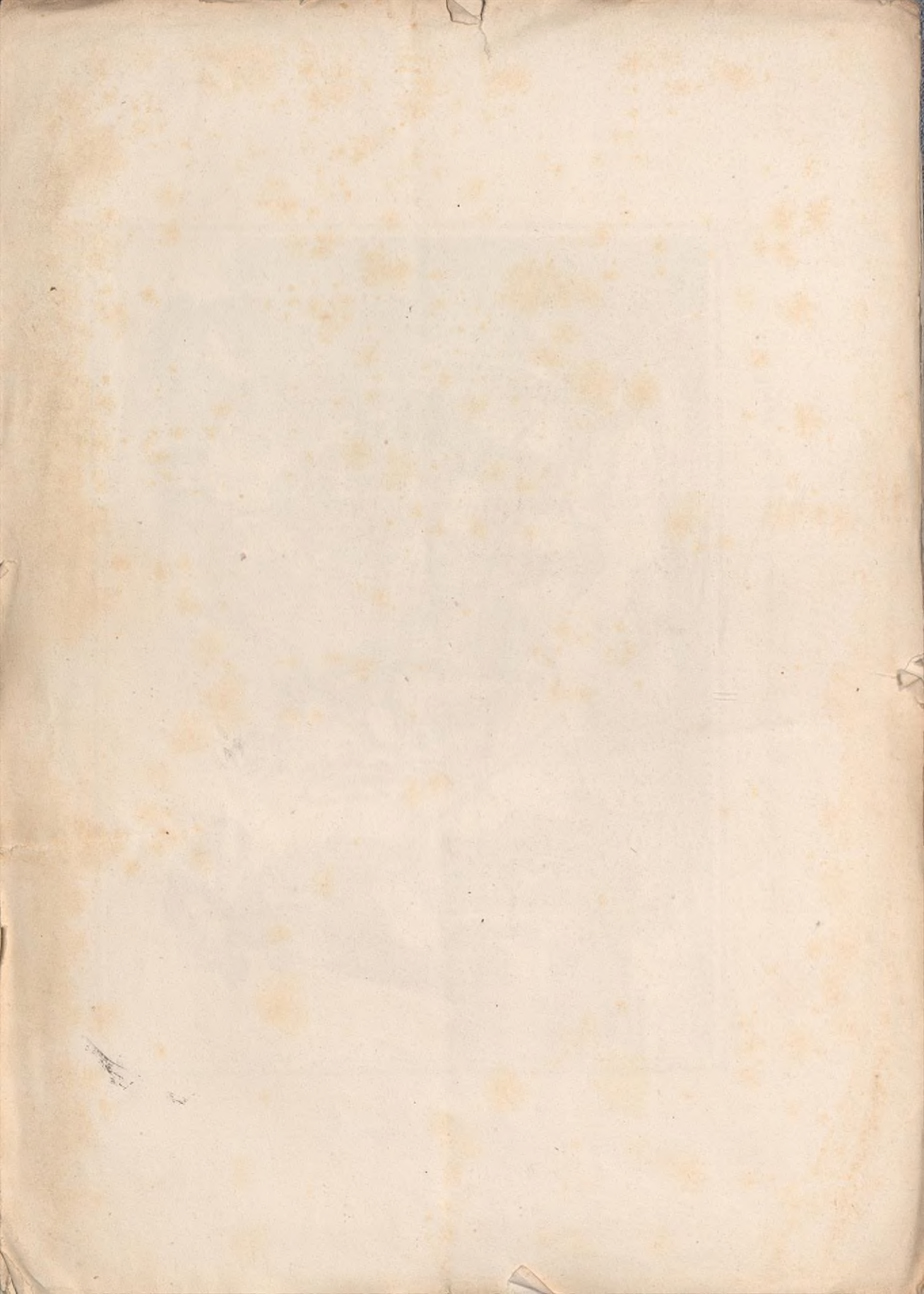
Rambh. 31.



Del Pasquero.

Jorge le apuntó firmemente, disparó y le tendió yerto.

Hambro 31.



Sardou (Victorien)

Andrea.

Comédie en qua-
tre actes six tableaux

Paris - J. Claye 1875

Folletto 12° in 2^{ca}

55-4⁵

Los dos cadáveres por
Federico Loulié = 1889
Con 9 láminas
